

ATHANASIUS

ATHANASIUS

CARLOS BLANCO

© Carlos Blanco

© Escuela Universitaria Sagrada Familia

Primera edición, 2016

I.S.B.N.:

Déposito legal:

Imprime: Gráficas la Paz de Torredonjimeno.
www.graficaslapaz.com

Impreso en España-Printed in Spain

Athanasius Kircher (1602-1680) fue un matemático, geólogo, filólogo y orientalista alemán nacido en Geisa. Sacerdote jesuita y sabio universal, la amplitud de sus conocimientos alcanzó cotas proverbiales, y se le llegó a llamar “el maestro de las cien artes”. Residió gran parte de su vida en Roma, urbe eterna desde cuyo cálido amparo cultivó sus múltiples intereses intelectuales y escribió docenas de libros.

Índice

<i>Sapientia universalis</i>	xxx
I) Esquivos deseos	
II) Unio mystica	
III) Ignorar y filosofar.....	
IV) Fe, imaginación, sentimiento	
V) Lágrimas en un mundo efímero	
VI) Noche evocadora	
VII) Una belleza misteriosa	
VIII) Magna e inescrutable historia	
IX) Nostalgia del pasado.....	
X) Un perdón que sane la historia	
XI) También el arte morirá	
XII) El tiempo se desvanece	
XIII) Un mal que inunda la Tierra.....	
XIV) La bella luz de la fantasía.....	
XV) Fragosos de duda	
XVI) Clamor de vida.....	
XVII) Ansia de libertad.....	
XVIII) El ser y lo universal.....	
XIX) Un anhelo que nada sacia.....	
XX) Una luz que venza toda oscuridad	
XXI) Jerusalén o Atenas	
XXII) Una ciudad desconocida.....	

Sapientia universalis

-“¡Universalidad, tu espíritu ha de ansiar beber del sagrado cáliz de lo universal y rechazar todo viso de angostura, de flaqueza, de empequeñecimiento!”- Retumbaban voces lejanas en la mente de Athanasius, pálpitos de perplejidad, graves fulgores que dimanaban de un foco ignoto y serpenteaban, agrestes, las inusitadas fluctuaciones que conmovían su pensamiento, como olas coléricas prestas para embestir contra acantilados imponentes. Clamaban por una infatigable y concatenada búsqueda de la totalidad, de lo absoluto y eterno, suspiro que dignificaba su lucha pero compungía su corazón.

Athanasius no discernía adecuadamente lo que en realidad evocaba ese séquito de aullidos nocturnos que aterraría a toda alma bella y serena, y por ello continuó con su exigente trabajo, en cuyos preámbulos llevaba inmerso tanto tiempo. Se trataba de un proyecto de envergadura colosal. Pocos antes que él se habían aventurado, en un ataque de intrepidez impávida, cándida o temeraria, a redactar una *Summa Universalis* que condensara, de manera comprehensiva, el ingente cúmulo de conocimientos atesorados por los siglos precedentes. Su mortificada voluntad se desvivía por una aspiración inasequible: la de identificar la unidad subyacente a toda multiplicidad; por ese sueño seminal, noble e inveterado que inflamó a Tales de Mileto en los albores de la filosofía occidental junto a las escarpadas costas de Jonia; por esa pretensión que cultivaron con fertilidad y esmero tantas tradiciones místicas del Oriente y del Poniente, como el *Advaita Vedanta* en la India y la cabalística del *Ein Sof*, fruto fecundo de los desarrollos protagonizados por tantos y tan enigmáticos sabios judíos que pugnaron por acariciar al irrestricto cielo

de lo incognoscible; por esa elevación extática hacia el excelso Uno, superior a todas las categorías, invariable, absoluto y arcano, que postuló Plotino en sus *Enéadas*; por esa tentativa lúcidamente estampada en obras inmortales como la *Summa Theologica* de Santo Tomás de Aquino, cuyo esquema neurálgico apela a la circularidad recapituladora de lo absoluto (a esa cadena áurea e ininterrumpida que engarza el *exitus* divino, su generosa revelación a la naturaleza y a los hombres, con el *reditus* de todo lo creado hasta los brazos misericordiosos de un Padre celestial, amor que acoge cálidamente a sus hijos pródigos), el *Ars Magna* de Raimundo Lulio y las *Disputationes Metaphysicae* del eximio Francisco Suárez; por la ambición sobrehumana que albergará con inequívoco decoro la mente cósmica de Leibniz, sumida en su búsqueda infatigable de las unidades últimas, del fundamento más recóndito del ser, de esas mónadas sin ventanas, autosuficientes, insondables, astros de inteligibilidad; de esos átomos psíquicos que tejerían la prolija costura cuyo bordado urde la espesa trama del universo; de esa armonía decretada *ab aeterno* entre el orden lógico y el exuberante ámbito de lo real, determinación encapsulada en la sinergia de posibilidad y necesidad; de esa *characteristica universalis* que reduciría la variopinta multiplicidad de los juicios a la imbatible unidad de una lógica todopoderosa; de esa racionalidad inexpugnable que obligaría al mismísimo y omnisciente Dios a escoger el mejor de los mundos posibles; por esa empresa tan ardua, tan desagradecida, tan desazonada, transida de opacidad pero simultáneamente inexcusable, llena de vigor e imbuida de embriagadora hermosura, que motivará a Swedenborg a entrever la hipóstasis del orbe espiritual en la vastedad de la naturaleza; por esa deducción del mundo -que esbozará agudamente Schelling- como prolífica cosecha de la negación libre y de la entrega abnegada de un absoluto dolido en su adusta, eterna e infinitamente apática soledad, cuya contracción bondadosa genera el universo, el florido prado donde prospera con furor la savia de la vida: la feraz planicie que crece hasta encontrarse con el espíritu, con esa libertad que tanto lo inorgánico como lo orgánico reclaman impetuosa y agónicamente, con la luz que sane todo impulso ciego; por esa subsunción hegeliana de todo el pintoresco dinamismo del ser en el despliegue inexorable, exótico y esplendoroso de la idea, que todo lo gesta, absorbe y metamorfosea en su voraz rumbo, y cuya autoalienación le permite obtener su más íntimo autococimiento como espíritu absoluto, con unas raíces heroicamente hundidas en el afligido suelo de la Tierra, mas exaltadas también hasta el más divino y

patrio de los cielos: como la filosofía que, tras haber rebasado el ardor y la voluptuosidad de la intuición artística, trasciende la representación religiosa en la robustez ínsita a todo concepto; como la suave rosa en la áspera cruz del presente... Lo que Athanasius perseguía no era otra cosa que la reconciliación de todos los opuestos y la integración de todas las frondosas ramas del saber humano, para que el violento y caudaloso río de su inteligencia desembocara en una visión sistemática, elegante y profunda, en cuyos dorados ecos resonara la eterna música de la verdad completa.

¡Con qué placer asumía Athanasius el oculto e impenetrable reto de unificar todo conocimiento, toda ilustración, toda fantasía, y de conquistar la liberación plena del sombrío mundo de las apariencias, de las certezas parciales y de las perspectivas fragmentarias, para así franquear el venturoso y sellado pórtico de lo universal: el atrio que, flanqueado por magníficas y extáticas columnatas, conduce a ese finísimo hilo que todo lo forja con su sigilosa e hilvanada concordia; a la sala hipóstila que protege el *sanctasanctorum* de lo permanente, de lo único dotado de un poder tan esclarecedor como para anegar, milagro de su perfecta luz, el vacío interior que hiere a todo genio! ¡Con qué delicadeza respiraba Athanasius el aroma más fragante y vivificador emanado por la epopeya humana; por esa curiosidad infinita, hialina y reconfortante; por ese viento tan suave que olea acompasadamente los rostros ávidos de novedad con su santo crisma de pureza y fascinación, y cuya templada brisa tonifica las ligeras y veloces alas del espíritu, henchido de un bálsamo de juventud, capaz ahora de sobrevolar toda tierra, todo corazón y todo cielo, preparado para explorar el vasto y aleccionador espacio de lo misterioso, de lo inagotable, de lo imperecedero! ¡Con qué aplomo se destila el elixir de la vida cuando el alma encara un duelo de dimensiones grandiosas e inspiradoras! ¿No fluye entonces libremente la energía, con ductilidad y tersura? ¿No flota sin resistencias el alma inmortal en su más anhelado éter y rema con mansedumbre por el diáfano mar de las ideas? ¿No se invisten el cuerpo y el espíritu de un vigor sobrenatural, rociados de una reciedumbre y humedecidos con un apasionamiento que los catapultan, gracias a artes prodigiosas y seductoras, más allá de las fronteras jalonadas por la imaginación presente? ¿No se asoma la voluntad, la inaprehensible sede del corazón, a un territorio virgen, heroico y titánico, donde sueña con descorrer el velo último que nos separa de la verdad final?

Con la conciencia nítida de que la tarea emprendida colindaba con una de las más osadas utopías del saber, con un designio ante cuya magnitud el mismísimo Aristóteles habría vacilado, Athanasius se dispuso a meditar, con una hondura ágil y dilucidadora, en torno a ese propósito tan inmenso, arcaico y esquivo que regía, entronizado en honor y majestad, el fervor irradiado por su alma, y cuya pujanza báquica inundaba los escenarios más abisales de su intelecto. ¿Lo lograría, o el dolor y la impotencia le impedirían coronar esa letrada cúspide de gloria y transportar el espíritu humano hacia un estadio ulterior, hacia una morada más elevada donde encarnar una bondad docta y angélica?

Se hallaba circundado por una cantidad ciclópea y ecléctica de libros, espejo de la abrumadora versatilidad de sus intereses intelectuales. Una sofisticada legión de volúmenes, obras que abordaban la práctica totalidad de las artes y de las disciplinas alumbradas por el genio de la humanidad, afiliaban su biblioteca, iluminada por antorchas embellecidas con llamas inestables y sinuosas, cuyos rayos insuflaban un aire de romántico secretismo a esos modestos aposentos. De la pluma del propio Athanasius Kircher habían brotado numerosas creaciones. Muchas encandilarían a todo espíritu subyugado por los saberes iniciáticos, como *Specula Melitensis Encyclica sive Syntagma Novum Instrumentorum Physico-mathematicorum* (publicada en Mesina en 1638, a petición de los caballeros de la Orden de Malta), *Magnes sive Ars Magnetica, Ars Magna Lucis et Umbrae* (sazonada de notables reflexiones sobre la naturaleza de la luz), *Musurgia Universalis sive Ars Consoni et Dissoni, Oedipus Aegyptiacus* (¡qué triste, sin duda, tanto sacrificio malgastado en su estéril tentativa de desciframiento de los jeroglíficos egipcios, cuya consumación sólo acaecerá casi dos siglos después, gracias al talento de Jean François Champollion y a la imponderable contribución de la piedra de Rosetta!), *Itinerarium extaticum sive opificium coeleste* y, por supuesto, su célebre *Mundus subterraneus*, que a tantos embrujó por sus consideraciones sobre ese orbe que yace, vibrante y subrepticio, bajo nuestros pies.

En los estantes se aglomeraban gramáticas y diccionarios de siríaco (Athanasius había impartido clases de esta lengua en el *Collegio Romano*, germen de la Universidad Gregoriana, que tanta gloria infundiría a la actividad educadora de los jesuitas), copto (Kircher escribió *Prodromus Coptus sive Aegyptiacus*, pionero en la introducción y diseminación de la coptología entre los eruditos europeos), armenio (un monje, nativo de la región de Vas-

purakan y especializado en la recopilación de las obras del poeta y místico San Gregorio de Narek, se la había prestado en un viaje a Roma), etiópico, samaritano, hebreo, arameo (¿no le habría entusiasmado a Athanasius residir en aldeas como Malula, a fin de familiarizarse con los entresijos gramaticales, léxicos y fonéticos de este idioma cuya pureza exhalaban los labios del mismísimo Jesús de Nazaret?) y persa. La edición del Nuevo Testamento de Erasmo de Rotterdam se amalgamaba con la *Biblia Políglota* de Amberes (comisionada por Felipe II y también denominada *Biblia Regia*) y con un ejemplar del Talmud de Babilonia publicado por Daniel Bomberg en Venecia entre 1520 y 1523.

Athanasius contaba con una copia de la *editio princeps* de la Biblia rabínica (*Mikraot Gedolot*), codificada por el erudito masoreta Jacob ben Hayim a expensas de un grabador oriundo de los Países Bajos, y con otra versión del Talmud, difundida por un judío de origen portugués, Immanuel Benveniste, nacido -por emigración forzosa- en Holanda, e impresa en Amsterdam entre 1644 y 1648. Una pila de opúsculos sobre teología nestoriana, cuidadosamente catalogados y de refinada encuadernación, básicos para sus pesquisas (de inadvertidas repercusiones sinológicas) sobre la presencia de este grupo cristiano en inopinados enclaves de la Ruta de la Seda, entreverados con una selección de palimpsestos bizantinos de autoría incierta (algunos congregados por el escribano Juan Myronas en la Constantinopla del siglo XIII), se hacían junto a manuales de astrología caldea, a papiros demóticos, sahídicos y bohaíricos, a códices litúrgicos latinos acompañados de coloridas y piadosas miniaturas, a tratados estoicos extraídos de la extinta Biblioteca de Pérgamo, a disertaciones sobre el simbolismo inherente a la matemática de los pitagóricos y a una copia manuscrita -obtenida en inverosímiles circunstancias- de la *Relación de las Cosas del Yucatán*, del franciscano español Diego de Landa (¿quizás Athanasius se había ya embarcado en el análisis meticuloso de ese abanico de ciencias cultivadas por las civilizaciones precolombinas?).

Un misionero que había visitado recientemente Alepo, y cuyos esfuerzos se concentraban ahora en el estudio de la versión siríaca clásica de la Biblia, le había facilitado una estética edición de la *Peshitta* que sobresalía de una de las repisas principales, adyacente a la *Recognitio Veteris Testamenti ad Hebraicam Veritatem*, de Agostino Steuco, y a la *Vulgata Sixtina*. Gracias a un bibliotecario de Wolfenbüttel (quien negoció, a su vez, con libreros y comerciantes de raíces toledanas), Athanasius había conseguido un compen-

dio de textos árabes de Avicena y Averroes. Incluía el *Tabafut al-Tabafut*, destinado a rebatir las tesis de Algacel, así como los comentarios del sabio cordobés al *Corpus Aristotelicum*, en particular a los tratados *De Anima* y *De Coelo*. Figuraban también glosas marginales a la *Metafísica* del Estagirita, en cuya lectura (sin soslayar la del *De Natura Deorum* de Cicerón y la del *De Materia Medica*, de Dioscórides) se hallaba sumido en ese preciso instante nuestro hombre.

La luz desprendida por los rutilantes caracteres arábigos inscritos en los bordes de una antología de místicos sufíes (aderezado con fragmentos de *Al-Futuḥat al-Makkiyya*, de Ibn Al-‘Arabi, y de composiciones poéticas de Rumi, incorporaba los pasajes más conspicuos del *Masnavi*, cima de la literatura persa) despuntaba en una de las baldas de la biblioteca, junto a la *Flos Sanctorum* del dominico italiano Jacobo de la Vorágine, al *Itinerarium Mentis in Deum* de San Buenaventura y a enciclopedias precursoras como la *Naturalis historia*, de Plinio el Viejo, las *Etimologiae* de San Isidoro de Sevilla y el *De Rerum Naturis* de Rabano Mauro. Ejemplares del *De Sphaera*, de Juan de Sacrobosco, así como de la famosa *Geometria Practica* del padre Christopher Clavius (eminencia señera, al igual que Aloysius Lilius, en la reforma gregoriana del calendario), se amontonaban con almanaques astronómicos elaborados por otros matemáticos ilustres de la Compañía de Jesús, como Christoph Grienberger y Odo van Maelcote. El *Opera Omnia Medico-chemico-chirurgica* de Paracelso, que acababa de publicarse en Ginebra en tres volúmenes, descollaba primorosamente en la ménsula adosada a una de las esquinas de la biblioteca. En la obra del controvertido médico y astrólogo suizo, Athanasius adivinaba reminiscencias del concepto de *anima mundi*, estrechamente conectado con las inexhaustas especulaciones neoplatónicas. Contiguas, se distinguían valiosísimas copias del *De Divina Proportione*, del geómetra, aritmético y ajedrecista italiano Luca Pacioli, y del *De Occulta Philosophia Libri Tres*, del teólogo, mago, ocultista, astrólogo, alquimista, numerólogo, cabalista y nigromante Heinrich Cornelius Agrippa von Nettesheim. Editado en París en 1567, lo engalanaban dibujos esotéricos, como el de un pentagrama en cuyo perímetro se perfilaba la grácil silueta de un hombre, plasmación de las medidas anatómicas, tan ideales y calibradas, que sugiriera el arquitecto e ingeniero romano Vitruvio en *De Architectura*.

Athanasius vivía fascinado por el hermetismo y la superabundancia de sus derivaciones, por esa mezcolanza sincretista de enseñanzas y supersti-

ciones de índole dispar (órfica, pitagórica, neoplatónica..., sin relegar los vestigios de ritos místéricos de época romana y de tradiciones alquímicas) atribuidas a Hermes Trismegisto y ordenadas a la purificación del alma mediante la intelección de la sabiduría más profunda del mundo antiguo. Había devorado el *Compositum de compositis* de San Alberto Magno, el *Novum Lumen Chemicum* de Sendovigius y el *Atalanta Fugiens* de Michael Maier. Tan poderosa atracción, abrigada ya en su época de estudiante en Coblenza, Heiligenstadt y Maguncia y afianzada en su etapa docente en Espira y Wurzburg, se evidenciaba en un abultado ejemplar de la traducción latina confeccionada por el humanista Marsilio Ficino, bajo el mecenazgo de los Médici y los auspicios de la Academia Platónica de Florencia. Sonoras habían sido las polémicas investigaciones del erudito ginebrino de origen hugonote Isaac Casaubon, cuyo pormenorizado estudio del *Corpus Hermeticum* parecía indicar que el griego empleado en esos escritos no podía remontarse a fechas tan tempranas (solía datarse en el apogeo de los faraones egipcios) como se había conjeturado hasta entonces. Escritos teológico-dogmáticos y filosóficos, como las *Sentencias* de Pedro Lombardo, el *De Nominum Analogia* del cardenal Cayetano y las *Disputationes de Controversiis Christianae Fidei adversus hujus Temporis Haereticos* de Roberto Bellarmino, obras matemáticas de Girolamo Cardano y François Viète, así como estudios histórico-críticos de Joseph Justus Scaliger, armaban también su vasto y sólido fondo bibliográfico.

Objetos llamativos de toda clase ornamentaban los colmados anaqueles que componían la biblioteca athanasiana: esferas armilares, vidrios esmerilados que imitaban el instrumental utilizado por los alquimistas tardo-medievales, en su perseverancia enloquecedora por transmutar cualquier metal en oro; un repertorio de rarezas geológicas que exhibían polifacéticas configuraciones morfológicas de lavas volcánicas, aptas para ilustrar su indagación sobre la edad de la Tierra y recogidas durante su expedición al humoso cráter del Vesubio, junto a las gigantescas ruinas de Pompeya y Herculano, adonde se dirigió para calcular su aterrador tamaño provisto de un novedoso “pantómetro”; aquilatados astrolabios que habían orientado a grandes navegantes en sus periplos por prístinos mares, adquiridos en diversas ciudades europeas a través de extraños intermediarios (muchos de ellos procedían de colecciones reales); antigüedades grecolatinas, probablemente desenterradas en yacimientos dispersos por el Lacio; mármoles, de disputada extracción frigia, que

habían conformado las hojas de acanto de unos pulcros capiteles corintios, perlas para dignificar un templo otrora emplazado en las estribaciones de Éfeso, joya de Asia Menor; estatuas fenicias y efigies cuyos tintes estilísticos remitían a la enigmática cultura etrusca; un muestrario de *ushebtis* provenientes de tumbas tebanas, comprados a un mercader chipriota afincado en Nápoles; relojes de arena barrocammente abovedados, cuyas chispas granulares obligaban a fijar la vista ávida en el centelleo de su brillo resplandeciente e inconcluso, cuan presagios aciagos de la fugacidad irrecusable que moldura el tiempo y de la siniestra constancia que derraman las silentes cascadas de una muerte ávida por exhumar la angustia del hombre...

Destacaba también, por su cautivadora sencillez, un *Ecce Homo* renacentista que invitaba, ferviente y melancólico, a incoar una oración profunda y sincera a lo trascendente y siempre misterioso, a la fuerza inspiradora de lo desconocido. Athanasius, el sabio, poseía un único e indiviso corazón, en cuyo titubeante seno convergían el ansia de entendimiento y la elevación sentimental del alma a unas alturas invisibles; las fustigaciones de una razón y de una fe no hermanadas invadían un espíritu inevitablemente atormentado, ascéticamente torturado, reiteradamente flagelado, dueño de lechosas alas segadas por la ambivalencia de la vida, quien sin embargo anhela el pináculo de la unidad, de lo indiferenciado, de lo simple, verdadero y bello; de esa paz que sólo el cielo otorga a un ser ya fatigado... Es él: es Athanasius Kircher, es el matemático, es el lingüista, es el geólogo, es el biólogo, es el botánico, es el físico, es el alquimista, es el historiador, es el astrónomo, es el explorador, es el filósofo, es el teólogo, es el ocultista; es esa síntesis del niño piadoso, postrado en su pudoroso reclinatorio, y del docto teólogo, devotamente arrodillado ante el supremo Señor del universo que todo lo impregna con el infinito hálito de su espíritu, quien en sus últimos días se afanó en erigir el *Santuario della Mentorella*, gesto memorable de honda religiosidad en honor de la beatísima Madre del omnisciente y humilde Redentor, edificado en la verdosa cúspide de la colina Sabina, a las campestres y rústicas afueras de una Roma eterna.

En su mesa se agolpaban decenas de epístolas enviadas desde las más remotas regiones de la Tierra. Con simpatía leía Athanasius un mensaje llegado desde China, misión oriental a la que habían sido destinados algunos de sus compañeros jesuitas, diligentes discípulos de San Francisco Javier y

del padre Mateo Ricci. Le sorprendió gratamente recibir un exquisito sobre lacrado que custodiaba una misiva emitida por Leopoldo I de Habsburgo, sacro emperador romano germánico, rey de Hungría y monarca de Bohemia, esmerado políglota y poseedor de un notable acervo científico, humanístico y artístico, cuyas palabras palatinas lo exhortaban a proseguir con sus averiguaciones sobre la geología del mundo subterráneo. Una carta de Gian Lorenzo Bernini solicitaba su colaboración en la traducción de los jeroglíficos de un obelisco milenario que mistificaba la inmortal ciudad de Roma (uno de estos trabajos cristalizaría en el libro kircheriano *Obeliscus Pamphylus*, de 1650), cuna de cultura y de aspiraciones, receptáculo que encumbra la herencia, la gloria y la hermosura prodigadas por tantas civilizaciones a lo largo de tantos siglos.

Indómito, un torrente bravío de erudición saturaba la desbordante enormidad de su espíritu. Ante su alma no cesaban de inaugurarse los más holgados horizontes, y en cada idea, en cada nueva lengua y en cada flamante descubrimiento, vislumbraba tenues rúbricas consagratorias de esa felicidad que con tanto celo impetraba: la epifanía de un don divino y hermético. Denodadamente suspiraba por sondearlo todo, por comprenderlo todo, por escrutarlo todo... Amena, mas ineluctablemente breve, se mostraba la intensidad de su regocijo, porque lo finito jamás desvela la solitaria faz de lo infinito: Athanasius somos todos. Por suntuoso, lo aprendido se nos antoja siempre insignificante, triste, desmoralizador, minúsculo y lacónico ante la magnificencia de lo que todavía ignoramos. Todo paso se convierte en un tímido y dosificado sumergimiento en aguas de profundidad inabarcable, porque de poco o de nada sirve desentrañar el sentido de algo, cuando la maravillosa esfera de inteligibilidad que ante nosotros se alza, solemne e indoblegable, nos supera ilimitadamente. ¿Y quién entiende la tragedia deparada a cuantos han dedicado su vida a bucear en el infinito océano del conocimiento, desconsolados al percatarse de que su ilusión es vana, y ni todo el saber del mundo, ni todas las verdades de la ciencia fundidas en el crisol del arte más sublime, aplacarían a un espíritu sediento de amor, deseo que ni siquiera un dios sacaría por entero?

Irrumpió el más súbito de los acontecimientos, y pocos podrían reproducir, con fiel exactitud, las vicisitudes precisas y abruptas que vertebran y enaltecen nuestro relato. Lo cierto es que una cohorte inasible de sueños

severos e insólitos se precipitó repentinamente sobre el alma de Athanasius, quien a partir de ese incapturable y codiciado infinitésimo de tiempo vagó por todos los territorios que trenzan la imaginación humana. Ante él desfilaron convulsos sueños de ansiedad, de gratitud, de piedad, de profecía, de embelesamiento celestial, de recriminación y de nostalgia. Nuestro hombre sintió, padeció, admiró... ¿Cómo pueden unos labios que tan sólo besan finitud proclamar con justicia todo cuanto Athanasius, el gran y célebre Athanasius Kircher, maestro de las cien artes, reverenciado en toda Europa por las más preclaras luminarias, personificación de ese anhelo de sabiduría que nutre la confusa odisea humana, palpó tras semejante entrelazamiento de visiones perturbadoras y de idílicos soliloquios, al amparo de infinitas musas? ¿Acaso la debilidad irrevocable que avasalla nuestra inteligencia constituye una herramienta idónea, un faro y una brújula para internarse en la sustancia genuina que dulcifica un cónclave de experiencias tan insignes, esa pléyade de fantasías y esa apoteosis de reflexiones que por un instante lo situaron, como a aquel santo abad de Leire, en los indecisos senderos de la eternidad? Con Athanasius, con un espíritu cuyo efluvio mirífico arroja a quienes siempre han añorado la totalidad, surquemos ahora ese mundo fabuloso donde confluyen todas las ideas y se vuelcan todos los sentimientos. No temamos desafiar géneros, cánones y jerarquías: amemos sólo la belleza pura, la profundidad pura y el cielo puro.

La levedad de ningún verbo humano accede al más secreto de los firmamentos, tranquila esfera por la que se desliza el perfume de lo intemporal: a ese reino donde se erosiona y quebranta la temblorosa divisoria que escinde lo pretérito de lo venidero y donde todo se otea con la inocencia de una luz que dispensa frescura inextinguible, haz que nos traspasa con su primicia absolutoria, inderogable y rejuvenecedora. Para extasiarse, el sabio sólo necesita contemplar la ciencia, la bondad y la hermosura con una mirada limpia y un corazón abierto, y ninguna dicción emula lo que habrían de atisbar ojos divinos, testigos de una primavera perenne y magnánima. Ninguna palabra, ninguna poesía; ninguna ambición, por excelsa, de amor y de sosiego narra lo indescriptible, ni inhala trascendencia, ni cartografía cabalmente la constelación de las esperanzas más profundas y ennoblecedoras que hospeda el espíritu del hombre. La auténtica belleza es vida, no letra muerta. La belleza que no expresa nada y es palabra hueca pero deslumbrante muere sin transformar el corazón humano, como un vacuo fuego de artificio efímero. Ni siquiera

ese frenesí estético con cuyos lauros de sensibilidad nos deleita la naturaleza se parangona a las intuiciones inefables que ensalzan el alma humana, vocablos enmudecidos que la enajenan a su verdadero paraíso. Sin embargo, siempre precisaremos del lenguaje para transmitir los frágiles destellos de lo inconceptualizable, y es aquí donde entibian munificencias, dramas y expiaciones del hombre...

I

Esquivos deseos

Toda idea honesta bebe de las fuentes perdidas de la inocencia límpida; hace llorar a los cielos y reverdece campos anegados de lavas volcánicas. Su magma de pureza sólo esparce luz, sagrados haces de fervor inmaculado. Convoca poderes reprimidos y sana corazones lastimados con pulcros compases de piedad, capaces de redimir memorias laceradas. A su son de ecos vigorosos emergen los fuegos ancestrales de la libertad, y el pequeño mundo de la mente desafía entonces la vastedad del universo y su mudo ardor, huérfano de palabras, de audacia, de anhelos creadores...

Athanasius: *Abrázame,
sagrada luz del mediodía,
y apiadaos,
cielos infinitos,
de mi sed de belleza
y mi hambre de ser,
que consumen mis ansias
y devoran mis conceptos
en areópagos preteridos.*

*¡Oh placeres de la vida
enlazados en brumosas intuiciones,
oh gran polifonía del mundo
que hila el amor con su sonrisa,
oh tersas amapolas*

*y canoros ruiseñores
que gorjean osados cánticos de esperanza
y con aplomo apagan
el rugir de estruendosas tempestades,
relámpagos de vida
ante un silencio atroz que socava mi templanza:
no me ceguéis frente a mi verdadero fin,
pues yo he de ensanchar el pensamiento humano
desde robustos púlpitos de franqueza!*

*¡Fluid, melodías celestiales,
y rasgad el velo de mi impotencia
desde vuestras eximias tribunas
en la inmutable noche de misterio!;
anegad los espantosos vacíos de la Tierra;
cubrir los abismos intangibles del existir;
abridme, musas innombrables
que preludiáis el perenne arco iris
en espacios dóciles y corazones rebosantes,
los dorados pórticos de la palabra,
para que mis labios sólo reflejen
una pasión eterna
y un amor sincero,
e inhale mi espíritu
el aroma de lo desconocido.*

*Concédeme,
¡dulce diosa que presides
la liturgia de las estrellas!,
tú, custodia del brío seminal de los léxicos,
que toda letra que escriba
y toda emoción que esparza
desborde una profundidad jamás contemplada,
y contenga el grial de la imaginación más noble,
anuncio de la convergencia
de vocablos y sentimientos,*

*para así esculpir,
¡oh claridad, oh anhelo, oh corazón!,
el más sublime,
el más puro de los pensamientos,
ese chorro de suave luz concatenada
que me muestre un mundo nuevo
y temple este exilio interior
de mi soledad desgarradora;
esa intuición cromada de gozo
cuyos pétalos coronen
la verdad última del alma
y la más grata lisura que exhala firmamento;
un fervor que nunca cese de estremecer
los sueños cincelados en el cielo,
para ingresar en remotas moradas del espíritu
e inaugurar un infinito y bello amor,
un amor inalienable
que despierte los ríos de la entrega,
faro de promesas
en un ilimitado y fúlgido universo.*

*Tú, nodriza de pechos virginales
que vierten corrientes lechosas
de blancos presagios puros,
parnasos en miniatura,
¡báñame desde tus senos de luz y amor!*

Mas ¿dónde yace el límite de mi sensibilidad?

*¿Con cuánta fuerza puedo conmoverme
ante todo cuanto me rodea?*

¿Dónde se yerguen las fronteras de mi fantasía?

¿Con qué tierra colindan mis palabras?

¿Hacia dónde apuntan mis pensamientos?

*¿Qué soy?
¿Qué he de ser?
¿Qué puedo ser?*

*¿Por qué no reposar
en eternas infancias de ternura y deseo,
y sólo ser,
ajeno a todo ímpetu,
desasido, dejado, suspendido
en densos horizontes de tinción ocre,
amortajado en sábanas de hondo terciopelo
y atrapado por las afables redes del sigilo?*

*¿Para qué expresar mis inquietudes,
si el lenguaje es esclavo de la lógica?*

*¿Cuál es la meta
de las sendas sinuosas
que surcan mi espíritu?
¿Qué foco las orienta?*

¿Dónde el pináculo de mis anhelos?

*¿Acaso me es dado buscar más,
sentir más,
amar más?*

*¿No se alza divisoria alguna
que abruptamente zanje
la desmesura de mis apetencias?*

*¿Por qué no cesar de sentir,
y de ansiar,
y de pensar,
y de pugnar estérilmente*

*por el vacuo resplandor de la grandeza,
para así sentir
lo que jamás se siente,
ni jamás se ansía,
ni jamás se piensa,
pues rebasa los caminos de la vida,
de un existir secuestrado
en un querer constante e insaciable,
cuya redención exige un no vivir,
un morir a esta vida desertora
para resucitar a una libertad auténtica,
a una felicidad genuina y laudatoria
en la esquiva morada de los dioses?*

*Me desasosiegas,
profundo mundo,
profundo y espumoso mundo,
vasto y leve,
sólido e inefable,
corazón de silencio,
impenetrable para la tenue luz de la razón...*

*¿De qué sirve ganar un cielo trémulo
si se pierde una tierra creadora?*

*Mas ¿para qué gozar en verdes y efusivos prados
si el espíritu no sondea
la hermosa magia del firmamento?*

*¿Quién me hablará
cuando me mortifiquen copiosas lágrimas?*

*¿Quién me invocará
cuando me perfore
el siniestro eco del olvido
y zarpen ya las naves de la desesperanza?*

*Yo quiero cruzar todas las fronteras del universo,
y ser transfigurado por todos los destellos de la naturaleza,
y no rehuir amor alguno,
ni sucumbir ante ninguna idea...*

*Yo quiero ser
un perpetuo peregrino de la vida,
y comprometerme sólo con mi búsqueda insumisa...*

*Lo infinito y lo finito,
lo pasado y lo futuro,
el tiempo y el miscible universo...*

Nada es real...

*Sólo hay lo que hay,
emulsiones de verdades inasibles
agolpadas en la dolorosa vía de la existencia,
y yo mismo emerjo inescrutable,
y nada ni nadie me conoce...;
los pulcros sollozos de una luz indescifrable,
de un viento vigoroso
y de unas aguas tronantes
habitan en mi lejano corazón;
su faz rumorosa me llama
y declama unos versos henchidos de silencio.*

*Mil astros han nacido
desde aquella aurora recóndita
que cautivó los resortes de nuestra utopía.*

*Yo he de explorar los confines de mi alma,
flanqueado por suaves ángeles de impotencia
y coreografías de sueños imposibles;
debo tentar el alcance de mis emociones,
y desafiar la angostura que oprime mis conceptos...*

*Hacedme llorar,
corazones santos y sensibles
que sólo respiráis
el aroma del amor y de la verdad;
yo os bendeciré con flores de loto
y dulces heraldos de paz eterna;
yo derramaré sobre vuestro espíritu
fragancias de azucenas y libros,
escalera de virtud que ascienda
al cielo del saber auténtico...*

Voz piadosa: *Sagradas luces de esta primavera,
cálidos rayos de amor y esperanza
que penetráis en mí con templanza:
¡cantad al son de vuestra fe sincera!*

*Mitigáis toda verdad severa,
y desde vuestro cielo de alabanza,
purifica la Tierra una fragancia
que en soledad y olvido persevera.
Brotan flores, anhelos y alegría;
sueños perdidos surgen con presura
en este despliegue de cercanía.*

*¡Oh hijas de claridad y ternura!,
convocad los poderes de la vida
en vuestra liturgia de paz y hondura.*

Voz ansiosa: *¡Abridme vuestras puertas,
serenas luces de la verdad pura,
y perfumad mis labios contritos
con el casto aroma
y la ternura invisible
de vuestros pétalos heridos,
amaneceres de radiantes colores
en la nobleza de un corazón entregado,
donde se agolpan sueños infinitos!*

*¡Jamás apaguéis en mí
la hermosa y serpentina llama de la sorpresa!*

*Yo sólo quiero penetrar en ese mundo
saciado de leyendas, deseos y clamores,
donde resplandecen estrellas inmortales
hendididas en la noche
como mármoles de mansa luz,
y toda palabra trémula bebe
de las gozosas fuentes de lo eterno;
allí, en lo recóndito,
adonde se elevan los destellos
de corazones derretidos
por el fulgor de un amor puro.*

*Yo sólo busco la ardiente claridad
que antecede a la noche y al día;
la estrella que brillaba
cuando ni soles ni crepúsculos
pugnaban por reinar sobre la Tierra.*

*Yo sólo ansío bañar
los anhelos de mi alma
y el dolor de mi pecho
en las aguas de lo permanente,
en esos riachuelos límpidos
que con dulzura se deslizan
al son de doctas melodías
aún indescifradas por el hombre.*

*Yo sólo me desvivo por escuchar
esa voz innombrable que revela
el porqué, el todo, el fin:
el rostro íntimo de un amor infinito y bello.*

*Sólo su bondad desatoraría
los cauces del espíritu,
libre para acariciar la verdad plena...*

*¡Venid a mí,
astros que nos espiáis
desde mágicos tronos de sigilo,
y posad vuestras alas sobre mi inquietud,
pujantes profecías de todas las edades,
verbos angustiados
que también hoy vislumbran
la morada de lo profundo y recóndito!*

*El velo de mi esperanza
no cesa de atisbar vuestra mirada;
por sus telas agujereadas
otea mi alma lánguida
vuestros anillos de terciopelo,
enclavados en el corazón del firmamento;
se acercan ya a mi aurora
esos rayos de agudas llamaradas
que rasgarán mi inhóspito silencio
y descubrirán el más hermoso de los horizontes...*

*Sólo vosotras calmaréis mi aflicción;
sólo vosotras sanaréis mi amargura
y renovaréis las sendas de mi existir
con metas inexploradas
y fervorosos haces de sosiego;
sólo vosotras tallaréis los árboles
que me flanqueen en el camino
hasta el hogar que nadie ha contemplado;
sólo vosotras leeréis mis pensamientos
y difundiréis mis lentas ilusiones
en blancas palomas de valentía;*

*sólo vosotras acogeréis
el corazón de la humanidad,
que también hoy flota
en lechos de sangrante desconsuelo.*

*Sí, yo os canto a vosotras,
voces ignoradas de todas las épocas,
rocío de perennes primaveras,
almas solitarias y bondadosas
que custodiasteis el ser del hombre
en los piadosos faros de vuestra música;
yo alabo vuestra lealtad,
y en las lágrimas que ahora derraman
estos ojos inviolados
navegan todos los espíritus
del pasado y el futuro;
vuestra luz deshoja mi tristeza,
en mi presente descansa
todo llanto y toda sonrisa;
si yo soy un hombre,
yo soy todos los hombres;
si golpean mi sagrario
pálpitos de punzante desamparo,
se conmueven todos los corazones;
si exhalo un sentimiento sincero,
viajo a la patria del sentir
y capto los misterios del alma,
y si amo en mutismos inexpugnables,
las gotas de mi turbación riegan
el frondoso bosque del amor auténtico.*

*¡Yo sufro el universo;
toda la vastedad de los cielos
se cierne sobre mí
como lluvia no expiada
de torturas pretéritas,*

*y mi llanto desemboca
en océanos divinos
custodiados por ángeles
de áureos rizos encrespados
que tañen las notas de la entrega
en arpas subyugantes,
en el espejo de todo deseo perdido!*

*¡Yo soy todo en todos,
y todos son en mí
como cuerpos constelados
en perdurables nebulosas
y oscuridades arrebatadas,
recapitulación estremecida
en cristales de esmaltes diáfanos,
adorados fulgores de promesas
y pasiones expansivas
que gesta el cosmos
en los senos de su magnificencia!*

*Sí, abrazadme esta noche,
hijas de la verdad y del amor,
mientras corretean las gacelas de la esperanza
por los gráciles prados de la libertad;
yo reposaré mis pensamientos
junto a estanques sembrados de nenúfares
que florecen con los ecos de quietudes olvidadas,
y saborearé mi paraíso en esta tierra...*

Voz nostálgica: *Si tuviera alas,
ebrias de pasiones inmortales
y ornadas de anhelos límpidos,
¿adónde volaría,
sino a los perpetuos cielos
de un amor inocente
y una verdad libre,*

*atraído por la cercana dulzura
de una miel eterna?*

*¿No caminaría sobre las aguas del dolor
si la bondad me guiase
desde las orillas de la vida?*

¿No enaltecería todo lo que el mundo adora?

¿No cortejaría pulsiones desencadenadas?

*¿No pintaría mi rostro
con tinciones de concordia?*

*¿No engrandecería
la humilde morada del saber,
su casto pálpito de rosados centelleos?*

*¿No bucearía sin cesar
en un océano de intuiciones invencibles?*

*¿No resucitaría toda hermosura
truncada por el olvido?*

*¿No daría voz
a corazones torturados por el silencio?*

*¿No abriría ojos vendados
por la envidia, el miedo y el recelo?*

*¿No forjarían mis manos
arco iris imperecederos
y perennes primaveras de colores puros?*

*¿No me refugiaría tras el follaje
de espíritus magnánimos*

*que sólo inspiren bondad
en mi faz arrebatada,
ante ángeles que tañen el arpa de la vida,
la gloria de la amistad verdadera?*

*¿No alabarían mis labios
a esas almas permeadas de nobleza
que esparcen honradez y alegría
y escrutan el cosmos con el haz de su esperanza?*

*Con un beso de amor auténtico,
sellaría una alianza eterna
en la sede de lo puro,
allí donde la muerte sucumbe ante la vida
y sólo reina la bondad,
el hilo inquebrantable del deseo honesto,
en estremecedoras lejanías e incalculables alturas,
en la fuente de una luz
que posa sus rayos en corazones
hambrientos de ternura...*

Voz profética: *Un sol ascendente recoge mi esperanza
con la serena caricia de sus destellos;
y tú, alma intempestiva
que te agitas en espacios remotos,
¿no contemplas esos cielos turgentes
que derraman sus viveros de luz
sobre tu faz ansiosa de reminiscencias,
y plantan su semilla victoriosa
en las fértiles copas de la verdad,
en un fondo de franqueza insondable
que ignora alturas o bajezas,
pues sólo evoca
unidad, armonía y permanencia
la inequívoca belleza de una gran idea?*

*Y es todo tan extraño ante mis ojos
que el mundo parece haber surgido
la pasada noche de silencio,
cuando el enigma aún vagaba
por la penumbra del ser,
ajeno al suave soplo de la vida
que hoy enardece
los contorsionados perfiles del horizonte.*

*¡Oh gentiles alas de la hermosura,
elevadme a vuestro reino de paz,
mansedumbre y entereza;
construid para mi espíritu anheloso
una nueva torre de sabiduría
que arañe las esquivas fronteras
de esa morada recóndita
donde nacen y mueren mis suspiros!*

*¡Izad mi alma a la eternidad inescrutable,
acolitada por las estrellas de un amor auténtico,
y entonad un canto a la creatividad humana!*

*Desde vuestra cima de pureza
saborearé imágenes perdidas
en la soledad de un alma atribulada...*

*Hoy celebraré mi liturgia ante vosotras;
hoy compondré un salmo a la belleza;
hoy diré "podéis ir en paz"
cuando haya soñado con el perfecto amor
frente a vuestro infinito haz de sugerencias;
hoy alabaré la mística del mundo y de la vida;
hoy seré quien sólo profiera
palabras inspiradoras;
hoy amaré todo lo que conozco,
hoy me convertiré
en siervo de lo inextinguible.*

Voz piadosa: *Ni las mejores flores de la ciudad de los jazmines,
ni Venus brillante sobre Palatinos eternos
bajo densos añiles puros
y ante una 'Domus Aurea',
ni joyas damasquinadas por orfebres omniscientes,
ni mezquitas de soberbios almocárabes,
gotas de perfectos destellos divinos,
y primorosos minarettes
que exalten el corazón al paraíso
con limpios ecos cadenciosos
y miríadas de presagios coloridos,
ni palacios de artesonados inmortales
y jardines embriagados,
ni catedrales góticas
engalanadas con vidrieras místicas
y serenas bóvedas de terciopelo,
ni iglesias venerables
tapizadas con seda carmesí,
ni almas de gozosa luz corpórea
revestidas con mantos de armiño,
cordones de azul radiante
y blancos cuellos almidonados,
circundadas por cristales de Amberes
y pujantes mármoles de Carrara,
emularían la hermosura de una idea sincera
que los cielos endulza con sus aromas puros...*

Voz de gratitud: *¡Luz de calma, limpidez y hermosura!
Me cubres con hálitos de esperanza
y renuevas la faz de mi templanza
desde los púlpitos de tu ternura.*

*La meta de esta pobre singladura
aparecerá al son de tu fragancia,
cuantas veces evoque tu añoranza
y besen mis labios tu rosa pura.*

*¡Esparce tu semilla de inocencia!
¡No ceses de verter tu llama herida
sobre las lágrimas de mi indigencia!*

*Sanarás mi pasión oscurecida
con el suave eco de tu complacencia,
y veré el paraíso en esta vida...*

*

¡Rebosas, Athanasius, de sentimiento, de pulsiones indómitas que cercan el espíritu como llamaradas flamígeras!

Deja atrás toda melancolía: pronto llegará la salvación. Poco falta ya para que contemples ese prado de felicidad, esa *eudemonía*, ese florecimiento de todas las provincias del ser y del pensar, ese cielo cuya armonía nutre tu imaginación y secuestra tu tristeza...

El tiempo se diluye cuando lo enfrentamos con lo eterno, con lo puro, con esa luz inagotable y de rayos electrizantes que lamina toda intuición.

Athanasius: *¿No puedo vivirlo todo
con una sola mente?*

*¿Ser de todos y con todos?
¿De todo grupo, de toda nación,
de toda fe
y de toda sensibilidad?*

*¿No caben en mí todas las ideas,
todo existir,
todo camino
y toda meta?*

*¿No brilla aquí la fuerza más hermosa
que bendice al hombre,
el sol de la universalidad?*

Voz nostálgica: *Atravesarás los muros que cercan
la tenue luz de un alma fatigada;
triumfal será tu sigilosa entrada
en los vastos pórticos que te enrejan.*

*Desasosiego y soledad apresan
mi hondo corazón, grata sede alada
que sólo clama por volar, dotada
de anhelos que osados sueños cortejan.*

*Un dolor me anega hoy: reminiscencias
de lágrimas, cuyo punzante sello
sepulta mi patria y borra mi herencia.*

*Tú, eres tú, es el haz recóndito y bello
de tu sonrisa, de tu fiel presencia,
la fuerza que revive mi destello.*

Quien desea conocerlo todo ha de aspirar también a amarlo todo. En su espejo se refleja la búsqueda de toda alma humana. En su espíritu convergen la ansiedad y la gratitud. Es hermosa su figura, porque en ella resplandece toda faz y vibra todo corazón...

Voz ansiosa: *¡Oh estrellas apasionadas
en vastas noches de misterio,
sombras erguidas
en la libertad del horizonte!
yo ardo en amor pungido
y el saber me aferra
con sus densas nubes de desconsuelo.*

*¿Cómo puede mi ser,
trémulo y de labios desesperanzados,
abrazar los astros de un deseo infinito?*

*¡Es dolor lo que me inspira,
cráteres de nostalgia
hendididos en el corazón!*

*¡Es sufrimiento lo que mana
de las aguas laudatorias del amor
y de las cascadas del conocimiento!;
porque no puedo,
no puedo, silente destino
que me hieres también hoy,
amparar tan alta voluntad,
tanto anhelo quebrado,
tanto y tan hermoso sueño.*

*Impotencia: rubricas tú mi verdad,
y entre penumbras oblicuas,
reflejos difusos
y temores vespertinos,
contra mí disparas sin descanso
presagios funestos de honda discordia;
pero nada ocultaría
que en mi corazón llamea
un fuego sacro,
tenso y vívido,
la claridad de una pira divina,
piadosa luz que me acerca,
desde sus lámparas
de tersura enmudecida,
a una realidad última,
inagotable,
incesante,
rosa de amor
y compás de sabiduría.*

*¡Ayudadme, alas celestes
que impulsáis las estrellas!,
pues mi clamor suspira*

*por esa mano angélica
y su haz de dedos valerosos,
palma suave asida de la mía
que porte,
con su pujanza
y su inquietante belleza,
la sufriente y delicada carga
del amor y del saber.*

¿Por qué?

*¿Por qué me encomendaste,
fuerza innombrable,
sentido velado,
voz inexplorada,
la herencia del amor
y el hechizo del saber:
mi hambre de infinitud?*

¿Y si renunciara?

*¿Y si acudiese a lisos prados,
rebotantes de dulces perfumes
emanados de senos virginales,
donde sólo imperara música
y floreciera tronante poesía?*

*¿Y si pétalos sosegados
reinaran en mi quietud?*

*¿Y si no amara,
ni conociera,
ni contemplara?*

*¿Y si tan sólo fuera,
desasido,
emancipado,*

*suspendido en los frondosos lechos de la paz,
unido a piélagos de amores inmarcesibles
y a los vivaces cielos de una armonía honesta,
vástago inocente
de la inmensidad del ser,
ajeno al dolor,
al poder,
a la compasión
y a sueños engastados en palabras marchitas?*

*¿Y si hoy encerrara
la constelación de mis afanes
en el honorable cielo de la fantasía,
y eternizase la copa de mis aspiraciones,
aherrojado en recuerdos de dichas vedadas
que cercan el feudo de mi esperanza,
bajo la tutela de arpas de sonos seráficos,
refugiado en cómodos jardines de encanto
forjados por condiscípulas de Armida,
cuya copiosa mansedumbre hipnotizase mis ojos
y subyugara el trémulo corazón
que late en este pecho afligido,
felizmente rescatado
de la noble contradicción
que mueve los gráciles ríos de la historia?*

*¡Pero tú, impotencia,
lastimada por la memoria atroz
de mi abandono
y mi flaqueza,
te muestras tan avara
que me avasallas,
y me obligas
a enarbolar
tu límpida bandera
y tu baluarte de pudor:*

*el abnegado servicio
a la aurora del amor
y al paraíso del saber!*

*No me dejes solo,
Dios desconocido,
Dios de la vida,
Dios del corazón,
ante tanto fervor
y tanto saber.*

*¡Sácíame con tu luz!,
tú, alevosa esperanza
de quien venera el mundo,
la vida y la verdad,
tú, inocencia,
tú, serena dulzura,
tú, casto amor
desatado en las vastedades de los cielos!*

¡Revélame qué te ha confesado hoy el destino!

*¡Purifica este voraz anhelo
de universalidad, equilibrio y delicadeza
que secuestra la sede de mi espíritu!*

*¡Invítame a tu morada inconmensurable
y a tu banquete de realidades profundas!*

Voz piadosa: *Un vago aullido en la noche es mi alma.
Triste está mi corazón,
disperso como un cometa sin rumbo.
Retablo de estrellas es mi voluntad,
pero de astros indómitos,
esparcidos al azar,
luces caprichosas que salpican el vacío,
intrusos en los dominios de la nada.*

*Tanto anhelo me consume
en esta lenta y dolorosa ascensión
al cielo de la verdad pura:
yo necesito concentrar mi amor.*

*Sólo entonces brillará su íntimo fulgor.
Sólo entonces resplandecerá la armonía
con mayor belleza que el caos.
Sólo entonces se abrirá de par en par el secreto de mi espíritu.*

Voz celestial: *Tu dolor sólo lo curaría una palabra,
y yo la desconozco...*

*Mas ¿qué es la vida,
sino el continuo trabajar
en busca de flores ignotas,
bajo cielos teselados de estrellas,
aprimionados por pasiones
que dormitan en hondas lejanías
y evocan el sagrado nombre de la belleza?*

*Nuestro deseo más profundo
yace en las oscuras celdas de lo inalcanzable;
rosas nuevas no cesan de brotar;
asoman corolas de límpidos presagios
que anuncian el amor puro
entronizado en cumbres de esperanza;
de una tierra reseca
salen granados pétalos
que preludian el arco iris de la dicha,
la primavera de una edad plena;
son los dorados ecos de la gloria,
es el deshielo del espíritu
y el amanecer de un corazón redimido:
es el Sol que llega del futuro
para enterrar lo imaginado...*

*No dejemos de soñar,
alegres hijos de la vida,
amor tras amor,
deseo tras deseo,
arreatados en reinos de fervor unánime,
porque todo anhelo esconde
una lágrima desgarradora,
una constelación de afinidades,
una fuerza de cautiva hermosura
e inspirado sacrificio,
capaz de extirpar el sufrimiento,
la nada irremisible,
las voces del vacío,
el mudo rostro de abandono eterno...*

*Las ideas del mañana
sepultarán nuestra lógica
con blancas túnicas de misericordia
tendidas por querubines
que brillan como lunas de alabastro;
las alas del hombre
sólo surcan porciones de verdad
en aguerridos océanos de infinitud;
la cima de nuestro saber
desborda toda frontera
y penetra dulcemente
en los ambiciosos cielos del amor...*

Voz ansiosa: *No puedo contener
el primor de un sentimiento;
su fuego es tan intenso
que abrasa mi espíritu
con las doctas y sedosas llamas
que expanden los haces de su tormento;
nada aplacará su ardor solícito
en vísperas de dolor, mutismo y abandono:
sólo el manso rocío*

*de la lluvia de un saber
y de las castas gotas de un amor
cuya profundidad me trascienda...*

¿Cuánta perfección soportará el hombre?

*¿Quién me concederá
el beso místico que me renueve?*

*¿Quién descifrará los eternos jeroglíficos
que condensan el arcano del alma?*

¿Quién saciará nuestra sed de respuestas?

*¿Quién escrutará este interrogante:
“por qué el ‘porque’”?*

*Late demasiada hermosura
en estos pensamientos:
es la belleza sigilosa del espíritu,
y toda la grandeza de cielos límpidos
que derrochan nobles rayos de indulgencia
se derrama en el secreto vaso de mi anhelo;
quizás no deba expresar
estas ansias que mi fe devoran,
porque su hogar sea el silencio...*

¡Qué gratos se revelan los emisarios del amor! Mas tanta delicadeza instaure un crepúsculo sutil, pues parece que nuestra inteligencia no puede pensar nada más grande, nada más hialino, nada más intenso y luminoso, ni sentirlo nuestro corazón... Todo se convierte en nostalgia, en una melancolía reservada y silenciosa que se desliza tenuemente por la dulzura y la delicadeza de nuestra sangre, para herir las profundidades del alma.

Voz ansiosa: *Mi amor es demasiado pujante
como para concentrarse en un único ser.*

¿Quién me ha condenado a amar tanto?

¿Quién usurpa mi soledad
y oscurece mi juventud?

¡Oh sagrada forma del amor!,
¿por qué eres tan bella?

¿Por qué irradas tanta luz cifrada?

¿Por qué anida en ti
una sabiduría inmarchitable?

¿Qué mayor hechizo que tu nombre
para fascinar a filósofos y poetas?

¿Por qué no puedo pensar
en una verdad más noble,
prístina y universal?

¿Por qué derrotas mi intelecto?

¡Oh corazón!,
¿por qué humillas,
con tu tierno flagelo,
mi razón ya extenuada?

¿No resplandece nada más allá de ti?

¿Quién fraguó los moldes luminosos
que tutelan la tersura de tus arcanos?

¿Quién bordó el encaje de tu misterio
y talló las alabanzas que te flanquean
en dulces crisálidas de fervor puro?

*¿Qué mano inescrutable hilvanó
las pudorosas fibras de tu enigma,
densos ovillos de blancos hilos enrollados
con doctas agujas de terciopelo?*

*Mis ojos parecen
ante la tímida presencia
de un amor incondicionado,
pues brilla el alma
y se engrandece el mundo
con su claridad,
chispa de fe libre y sosegada;
palpan mis oídos
la finura y mansedumbre
de esas fuentes inagotables
saciadas de fragancias espectrales,
haces que disipan mi agonía;
¡qué límpidas son tus aguas:
sutilmente emergen
de las profundidades de la tierra,
serenando rocas milenarias
y riveras fatigadas,
para abastecer anhelos eternos,
sueños celestiales
y místicas miradas:
el ansia inabarcable
de la perenne primavera!*

Voz celestial: *Los melifluos rayos del amor
nos ciegan ante cualquier evidencia;
sus alegres destellos sólo desprenden claridad,
y sus irisaciones blanquean
toda nube gris y entumecida
con caricias de un gozo eterno e insondable;
todo crepúsculo se transforma en mediodía,
y nuestros ojos sucumben a una ilusión
colmada de pureza, placer y entrega;*

*cálidos sedantes, dulces narcóticos
 penetran en nuestra sangre adolorida
 y la enrojecen con sueños imposibles
 y limpios presagios de terciopelo;
 una voz sigilosa clama por perpetuar
 la ficticia paz de ese instante efímero,
 nutrido por la savia de un amor
 que embeleca todos nuestros resortes;
 aun a riesgo de perder la vida,
 nos rendimos a su terso haz de pulcritud;
 mariposas celestes tejen crisálidas
 que nos proyectan a firmamentos inmortales,
 y en la fugacidad que condena todo amor
 a fenecer en el oscuro abismo del olvido,
 palpan nuestras manos vestigios suaves
 de anhelos hermosos e infinitos,
 brisas de esperanza hoy encarnadas
 en labios que musitan verbos embrujadores.*

*La vastedad del mundo palidece
 ante una fuerza que eclipsa el intelecto
 y aviva las indóciles llamas de la sensibilidad;
 mas degustar el sagrado cáliz del amor
 nos exige también aprender
 a buscar una ternura sabia, serena y bella,
 cuya noble luz tornasolada
 redima las manchas del egoísmo
 con doctas bocanadas de renuncia
 a todo amor, a toda pasión, a toda felicidad,
 ofrecidas, en heroico sacrificio,
 desde el imperecedero altar del descubrimiento,
 desde ese templo en cuyos atrios se inmolan
 los mártires de la creación,
 ansiosos de tallar amaneceres nuevos
 y mosaicos de noches beatíficas,
 capaces de desafiar todo amor presente
 con espejos que atisben trascendencia...*

*

Sólo quien ama emprende la búsqueda de la verdad y se deja cautivar por la sabiduría, el bien y la belleza. El amor y el conocimiento dimanan de las mismas grutas abisales e insondables. Diseminan amor quienes consagran sus vidas a ensanchar las fronteras del espíritu, a derruir los muros que aprisionan la ciencia y a forjar, con su entrega, el universo de las artes y el reino de la felicidad. Hemos de amar, si queremos conquistar una nueva cumbre para nuestra estirpe, y debemos permitir que las nobles alas de la utopía fluyan con libertad heroica. Si caminamos por las sendas de la vida vestidos de coraje, descubriremos la verdad de la existencia: crear lo que no nos ha sido dado.

Voz ansiosa: *¿No es amor lo que mueve a suspirar
por un sueño jamás desvanecido,
mirada de color despavorido,
haz que apuñala el ser con su vibrar?*

*¡Sí!, es amor, es pasión; es suscitar
fiera luz rescatada del olvido,
un tronar cadente que ha irrumpido
cuan clamor que exhorta a imaginar.*

*El vaivén de espuma que vivifica
mi frágil cuerpo con su fantasía
sosiega mi llanto y me glorifica.*

*Olas de honor, fervor y valentía,
lágrimas lustrales que magnifican
todo anhelo con su sabiduría.*

El amor exhorta a crear, a afanarse en forjar lo nuevo: a ansiar, henchidos de esa valentía mística e indescifrable, que despunte un sol cuya luz no cese de sorprendernos con sus serenos rayos de belleza.

La mente vive en el estímulo. Dejada a sí misma, se atrofia; enfrentada a la vastedad del mundo y de la imaginación, se diviniza. ¡*Vita in motu!* Y

el movimiento más sublime que puede realizar el hombre no es otro que el de la creación. El anhelo de crear es inalcanzable y misterioso como una virgen vestal, pero de él brota una fuerza invisible que impulsa la historia con osadía...

Voz ansiosa: *Descarguen el paraíso de la ciencia
y el casto cielo de la poesía
su furia infinita sobre mi espíritu,
si mis vocablos no irradian
la docta luz del amor
y el hermoso hálito de la sabiduría.
Habréis de desgarrar, ¡oh alturas!,
mis carnes y mis sentimientos,
para que en mi dolor borboten
las cálidas aguas de la sinceridad,
y esos ángeles que tañen
las cítaras de los dioses
me tomen a mí como instrumento,
como dulce harpa y sacra lira,
que declame la fuerza de la pasión
y el manso fuego de la valentía.*

*Nubes como rostros enmascarados,
estrellas y cometas,
matriarcas de sueños inmortales,
vidriosos astros sidéreos
que no cesan de inspirarme;
imponentes creaciones
que a mi alma fascinan,
y cuya brillantez entenece
la sede de mi fantasía:
yo os alcanzaré con la palabra,
con el concepto que todo lo penetra,
pues mi soledad disemina poder
y es cauce de energía,
de un ímpetu capaz de perforar*

*esas constelaciones que me envuelven,
y cuya claridad me glorifica;
pero yo no ansío competir con vosotras,
luces inocentes, pulcras e insondables,
en gallardía, en fortaleza:
mis sollozos claman por la verdad,
por la ciencia y la belleza,
mas no por recorrer valles de paz,
ni por atravesar praderas
transidas de hermosos vocablos
que las tiernas brisas de mi tierra
difuminarán sin clemencia,
sino por degustar aquella meta
donde destella la mayor hondura,
y en cuyo trono mis dedos tocan
el musgoso verde de la vida
y el sobrio blancor de la entrega.*

*¡Oh arte, perdido en esa noche
que sin nostalgia se despide!,
forja obras que rebosen de dulzura;
derrama lágrimas
ante mi sufrimiento y el de mi estirpe,
porque tu belleza brota del dolor,
y a mí me duele el silencio
que impera en el universo;
me duele mi llanto,
yo sólo quiero que el rayo de la verdad
y la corona del consuelo
me descubran
y me perdonen,
porque he deseado mucho
y he amado poco;
he ansiado comprender en demasía,
y mi anhelo de entendimiento
ha incendiado mi alma*

*y ha abrasado mi cuerpo,
que ceniza es en flor,
rosa marchita
cuyo corazón espera renacer,
como el fénix que goza
de la dicha de la reviviscencia...*

*Mi voluntad naufraga
cuando persigue sus deseos últimos,
y sólo me queda contemplar
estos arcanos que me rodean,
y permitir que una lluvia de sencillez
bañe la angustia que me posee,
y el tronar de mis ansias altaneras
se desvanezca bellamente,
como un fugaz suspiro,
ante la música de la verdad,
ante los gratos compases
de quienes no buscan
la luz lasciva del triunfo,
los lauros de la gloria
o el trofeo de la inmensidad,
bóveda de fulgores mortecinos,
sino tan sólo la sabiduría,
esa corriente suave
en cuyo fluir resplandece
el secreto de la vida,
que es el don, es la frescura,
es el amor, es el desprendimiento,
el desasirse del yo
para abrazar a la humanidad
y desbordar el sentimiento...*

*También de lo alto descienden
joyas invisibles
a cuya luz ni la poesía canta,*

*porque su brillantez nos deslumbra,
y sólo la intuye el sueño;
es a esas perlas ocultas,
que esconden la verdad del mundo
y el recóndito vigor de la vida,
a las que consagro mi pasión.*

*Yo os encontraré,
y mis manos palparán vuestra magia,
así que dormitad en vuestro refugio,
que yo irrumpiré en un sigilo
ciego de fervor y anhelo,
y os hablaré con susurros amorosos
y verbos que os conmuevan;
porque os busco, sí, os busco,
y ¡con qué entusiasmo os busco!,
tímidos presagios de lo que no perece:
os busco en la oscuridad y al mediodía,
en la solemne hora
a cuya luz conquista el genio humano
la eterna verdad de la vida:
la creación,
la forja de lo nuevo,
el imaginar un mundo que nos acoja
en un futuro vasto e incierto.*

*Ven a mí, frescura;
rózame
o circúndame,
manantial de besos coloridos,
pero planta en mí
tu semilla en celo,
y llora conmigo,
porque mi lágrima es pura,
y en mi rugosa piel se refleja
el dolor de quien tan sólo busca...*

¡Cuántos héroes en el firmamento!

¡Ah, qué implacable esplendor!

*Pero mis pies caminan
por un frágil cosmos de apariencias,
y no estriba mi destino en mirar el cielo,
ni en hundirme en la tierra,
sino en crear;
porque yo he de crear,
mi mirada ha de turbar el mundo
y estremecer lo eterno...*

*Ante este anhelo infinito
el cosmos se detiene;
¡qué débil eres,
mas con qué coraje desafía
la grandeza del universo
el rumor de tus deseos!*

*En ti, oh historia,
y en los collados del arte,
donde galopa
el bello corcel de la poesía,
portaré un antorcha
que irradie una llama límpida:
el ansia de crear.*

*

Buscas la verdad, alma ansiosa, y ¡qué alta pretensión es ésta! Persíguela con esmero, ama su estela y fascínate con su tenue rastro, porque crecerá tu fortaleza, y contemplarás las sendas de la belleza y de la sabiduría, corona celeste de la verdad última...

Voz ansiosa:

*Me atrapa un rumor
de amores concatenados,
murmullos celestes
que mi imaginación devoran,
y tras ese denso velo de apariencias,
que árboles y estrellas rememoran,
intuye mi alma la verdad de la vida,
el sagrado cáliz de la fantasía.*

*Sobre tu nubosa altura palpita mi deseo,
y en tu regia pira crepitan mis palabras
y flamea el mundo entero,
porque al perforar el cosmos con anhelos
de proporciones legendarias,
braman gritos fecundos
que la verdad revelan;
y yo quiero contemplarte, ¡oh verdad!,
tú que irradias este fuego que me desvive,
esta dulce luz que mi ímpetu profana.*

*¡Qué fervor
en la mar oculta
donde flotan mis suspiros!;
¡cuánta ansia derramada
bajo los invisibles doseles del cielo,
copa que baña la Tierra,
acrisola océanos
y purifica el firmamento
con las lustrales aguas de mis lágrimas!*

*En vegas gozosas
o profundidades recónditas
te descubriré, ¡oh verdad!,
aunque me cueste la vida,
porque he nacido para ti,
para rozar los vértices*

*de tu serena limpidez,
y en tu luz fraternal
reverbera el don
que los dioses forjaron
cuando despuntó mi primavera
y alboreó mi madrugada.*

*Allende el umbroso tiempo y el oscuro espacio,
se desploman montañas portentosas
que de temor me inundaron
bajo cielos inmensos
y bóvedas descarnadas,
y sólo brilla el amor,
suspendido en transparencia...*

*Cuando la muerte me traspase
y los vastos campos me reclamen,
no serán el polvo hambriento
ni las cenizas avaras
quienes me posean,
sino el recuerdo de una pasión
que transfiguró mis venas,
pues arderá la llama del amor
aunque se haya extinguido todo nombre...*

La sabiduría, la belleza y el mundo jamás saciarían a un alma poseída por un anhelo infinito de descubrimiento. Ella busca una luz distinta, una claridad heterogénea, pero la empedernida sombra de la nada se cierne sobre su espíritu. Siempre quedará, eso sí, el consuelo que brinda la intuición de lo divino...

Voz ansiosa: *No me fuerces, destino ingrato,
a descender a la superficie de la tierra;
no abrases mis sueños con ese fuego
que evoca la ubicuidad del sufrimiento.*

*Concédeme morar en estas alturas siderales,
en este cielo empíreo y sosegado,
parnaso de imaginación y de anhelos,
donde fluye, indómito, el poder del pensamiento,
y palpa mi alma lo divino, lo ubérrimo,
esa luz que no sucumbe a contradicción alguna,
mas brilla con una pureza insondable,
con una prudencia que todo lo reviste de armonía
y todo lo aquilata con la belleza inequívoca
que irradian los amenos haces de la sabiduría.*

*Bien sé que las lágrimas humedecen también hoy el mundo,
esos gemidos no enjugados que bañan mi orbe de amargura,
agrios presagios de lo fugaz e incomprensible de la vida...*

*Bien sé que la injusticia aún se aposenta
en el ceremonioso sitial del cosmos,
y mientras que unos se deleitan
con la áurea pasión que exhala el firmamento,
anegados en la pujanza prístina del amor
y arropados por las dulces alas del sentimiento,
otros perecen ya en vida,
y entierran todo consuelo...*

*Bien sé que aún persisten
los rugidos de la tristeza y el dolor
en los inescrutables senderos de la vida,
pues todo gozo incoa un paréntesis efímero
ante la vigilante sombra de la melancolía...*

*Bien sé que toda felicidad
colinda con la faz de la desdicha,
y copiosos placeres desembocan
en las siniestras celdas del rencor;
bien sé que un río inclemente
agrieta nuestro espíritu:*

*es el agua de la tribulación,
cuyas gotas erosionan nuestras ansias,
y obligan, inmisericordes,
a esas almas osadas
que imploran alzarse
hasta la cúspide del universo
a cejar en su añoranza,
bella e inconmensurable,
para así posar sus nobles pies
sobre la áspera y fría tez
de esta tierra inhóspita...*

*Bien lo sé,
bien instruida nace mi alma
en la omnipresencia de la aflicción,
pero no me conmines a recorrer ya esa declinante ladera,
porque ahora me extasio en la nivea cima del Olimpo,
y escuchan mis oídos a ángeles y dioses
que tañen amor, música y poesía;
encaramada a este vergel beatífico,
carece mi mente de barreras,
e impera, áulica, la más santa libertad.*

*¡Con qué agilidad, con qué bella ligereza
corretea mi alma por esta hermosa lisura,
mientras tiritan sus exquisitas flores
ante la majestad de unos cielos sagrados!*

*Levitan mis deseos en este aire,
puro y abnegado,
y respiro autonomía,
un aroma de embriaguez
tan cálida y efusiva
que nada logra aplacar
el celo de mi voluntad...*

*Mis manos acarician
tersa e íntima verdad;
absorbo hondos ocasos de silencio,
sencillez, simplicidad;
la fragancia de una paz milagrosa
esparcida por mi ser recóndito
perfuma mi propio edén,
y parpadea en la docta lejanía
la fuente de toda luz y de todo sueño;
¡no quiero descender a los abismos!*

*De abstracciones, sí, se halla inundado mi intelecto,
de frágiles bálsamos que prometen brindarme
esa plenitud que yo, denodado corazón, impetro;
y bien sé que todo refleja una vaga ilusión,
un delirio intruso y pasajero,
cuyo júbilo se desvanecerá
como el fulgor de la primavera,
para quizás retornar
cuando cese la severidad del invierno;
pero tal es la solemne belleza de este amparo,
y dimana tanta hermosura de iluminar mi ser
con la sublime luz de cuanto excede
lo que observan mis ojos aquí y ahora,
desde el angosto ventanal de mi existencia,
que sólo suspiro por que mis hermanos
participen de esta dicha insólita,
y su elegía se transfigure
en un estallido de concordia elísea,
para edificar, juntos,
ese hondo sueño que en todos vibra,
ese furor ardiente y noble
que ninguna nostalgia apaga;
esmaltaremos los muros
de una urbe suntuosa,
lípidamente recamada*

*con inagotables bordados de alegría
e inocentes rayos de fervores rubicundos:
nos basta la blancura
de unos léxicos divinos,
que propaguen el amor
y diseminen el espíritu de la bondad
por los difusos predios de la vida;
ornamentaremos sus pináculos
con el esplendor de la fraternidad;
pues es fecundo ensanchar
el alcance de nuestros sentidos,
y escalar esa montaña inefable
veteada de anhelos nuevos,
esa cordillera mágica,
donde habitan las deidades,
para divisar la totalidad del mundo
y la intensidad de las emociones,
y evocar un horizonte único,
una meta auténtica:
asir, con valentía,
esa tersa antorcha que ahora portan
los ángeles, los santos y los dioses...*

Ha de ser hoy cuando contemplemos el cielo...

Erato:

*Coronados por mirtos y rosas,
embriagados de pasión honesta,
compongamos hoy el más bello canto al amor...*

*

¿Acaso se ha extinguido ya todo ímpetu, y se ha marchitado la flor de la energía? ¡Qué agrio resulta captar la impotencia, la finitud, la imposibilidad de entenderlo todo y de percibirlo todo! Vivir sumidos en la carencia se nos antoja desventurado: una condena injusta, decretada por deidades inmisericordes. Sin embargo, el desánimo, esa apatía que nos impide gozar de los

bienes ya existentes y soñar con expandir el círculo de nuestra humanidad, adquiere tintes aún más dolorosos y oscuros. Si ni los astros ni las culturas nos fascinan, deleitémonos al menos con la magia que irradian las palabras y con la ternura que palpita en los rostros...

Athanasius: *He soñado apasionadamente
con surcar todos los mares
y con degustar todos los vinos,
con conocer todas las lenguas
y con entender todos los signos;
con titánico entusiasmo he anhelado
penetrar en todas las moradas
y escrutar todas las cuevas,
alabar toda dulce llamarada
y sellar toda violenta tristeza;
mas solo estoy,
solo, voraz y desbordado
ante tanta ignorancia,
ante tanto silencio,
ante tanta inclemencia...*

*He forjado un mundo
que sólo acoge a mi alma...*

*Ni el reflejo de la Luna,
ni el brillo de estrellas instruidas,
me brindan felicidad, paz y consuelo...*

*La juventud,
gozo infinito,
ya se desvaneció,
y sus recias fuerzas me abandonaron;
esa sagrada valentía que atesoré
para buscar la belleza y el amor,
el éxtasis y la sabiduría,
se ha extinguido sin redención*

*en la íntima noche de los tiempos,
en el crepúsculo de toda lozanía...*

*¡Qué arduo existir!,
yacer en lechos
impregnados de una fatalidad
que todo lo recubre
con sus tinciones oscuras,
porque tanto desvelo,
tanta ambición desaforada
por comprender los arcanos
que alimentan las llagas de la vida,
¿a qué escenario me conduce,
a qué meta mis ansias catapulta,
si no es a codicias desbocadas
y a la insatisfacción más profunda?*

*¿No otean mis ojos
el perpetuo abismo del sinsentido,
y se refugian en la compañía,
en el amor y en el deseo
para esquivar los vislumbres
de esos fondos insondables
que preludian la nada y el olvido?*

*Del crisol de mi espíritu
ha nacido una fuerza inabarcable,
de una exuberancia tan sublime
que mundos enteros
y alturas pavorosas
han sucumbido
a la brújula de su imaginación,
pero ni el esfuerzo más bello del hombre
garantiza la inmortalidad;
lo infinito se hunde siempre
en la valerosa finitud:*

*¡venid a mí,
hermosas alas de la finitud,
y envolvedme, abrazadme, besadme
con ese palpito de lo eterno
que vibra en vuestras formas puras,
espejos de perfección,
esferas incorruptibles
que enlazan todo origen
a todo término,
los sones del alba
y los ritmos del ocaso!*

Sin embargo, Athanasius se percata, como todo ser humano, ya sea alma ansiosa, foco de gratitud o gruta de nostalgia, de que alberga en su espíritu una fuerza tendente al infinito, una misteriosa asíntota que presagia el límite eterno, la verdad incognoscible. Esta intuición le infunde confianza, pero también siembra en su corazón un temor hondo e inocultable...

Athanasius: *Exuberante pulsión en mí brota,
mayor que todo cuanto el mundo ha visto;
incólume, en su soledad la atisbo,
y su pujanza encumbra esta alma ignota.*

*Ávida, me sobrepasa y derrota,
y aprisiona lo que, frágil, concibo;
mi dúctil voluntad ya no distingo,
embriagada por su onírica cota.*

*Me afano ardientemente en liberarme
del agrio gravamen que me subyuga,
y surcar mares de quietud amable.*

*Aguardo esa luz fiel que me rescate,
y me salve de tan rasa angostura,
y en el no ansiar palpe lo deleitable.*

Voz ansiosa: *Me avasalla la sed de una verdad infinita,
altivos destellos de un hondo anhelo
inscritos en frisos de mármol angélico.*

*¡Oh aves de piadosa luz,
mensajeras de evocaciones puras
que albean en cielos indemnes!,
escuchadme con clemencia,
secad las fuentes del dolor humano:
yo lo amaré todo;
yo apuraré cualquier cáliz
que contenga el secreto de la vida;
yo apagaré el silencio de gozos cercenados
que dormitan en póstumas tristezas;
yo redimiré esas miradas melancólicas
que naufragan en los mares de la ausencia...*

*

Advierte Athanasius en su interior, como fiel ser humano, como espejo en cuyos bruñidos y relucientes cristales se refleja toda alma secuestrada por un deseo incontenible, por una voluntad infinita de entendimiento, un poder inaudito, una determinación que le permite conocer y amar. Suscita un orgullo honesto en su alma gratificada, un pundonor impecable y decoroso que le insufla coraje ante la vida. Sin embargo, se percata también de que todo ese gigantesco torrente de energía, toda esa fuerza que lo capacita para aventurarse por las más sublimes sendas que trenzan la belleza y la sabiduría, enmascara, en realidad, una letal carencia, un doloroso ignorar el sentido último que todo lo permea, así como el propósito final, si es que existe, de su desafortunada búsqueda de respuestas...

Voz celestial: *Atesoras ímpetu sobrehumano,
y tu cuerpo es inmune a toda herida,
mas ¿conoces la clave de la vida,
y has escrutado su secreto arcano?*

*Disciernes al alba una sabia mano,
y de noche la magia condolida
de las galaxias es por ti sentida,
pero todo hito se te antoja vano.*

*Sólo un ósculo divino podría
redimir tu incesante sed de ciencia,
y tu desasosiego saciaría.*

*Te flagela una voraz impotencia,
honda lágrima que deprecaría
el áureo paño de la clemencia.*

¡Qué efímero se le antoja todo a un alma tan sensible...!

Voz piadosa: *Esa hoja que cae me enternece...*

*Su silencio incoa un llanto velado
ante la fugacidad de lo que amamos.*

*Conmigo lloran las galaxias y gimen los bosques,
enternecidos por la pureza de mis lágrimas,
sobresaltos cósmicos que engendran
luz, vida y esperanza,
sonoros bostezos astrales
de un cosmos ya desperezado
de la profundidad letárgica
de una soledad no exorcizada...*

Voz ansiosa: *Yo os pregunto,
hijos de la vida,
¿reposan las alas del sentido
sobre la Tierra
y bajo los cielos,
o revolotean libremente
por las gráciles moradas
del espíritu humano?*

Fugaz se muestra también el soplo de la imaginación, la brisa que exhala el entusiasmo...

Voz ansiosa: *No es tu adiós, ¡oh fantasía!,
lo que me entristece,
sino tu silencio,
el agreste vacío
de lo que fue pasión,
entrega,
deseo y sueño,
y hoy me usurpó
la crueldad del tiempo.
¿Encontraré fuerzas para continuar,
o apagaré yo mismo el soplo de la vida
con recias espadas de valor
y brillantes hojas de Damasco,
que corten, desde sus tajantes filos
y sus hermosas aristas doradas,
los lazos que anudan nuestro corazón
a la vasta trama de la historia
y a los indescifrables ciclos de la naturaleza?*

De carácter pasajero adolece, sí, esa profusión de experiencias que urde, con sus bramantes y sutiles hilos, el policromo tejido de la vida, mas al contemplar todo pasado marchito, y al reflexionar sobre tantas existencias desvanecidas en la insondable noche de los tiempos, nace en nuestro espíritu un sentimiento de conmiseración por tantas ilusiones y tantos amores difuminados en la espesura del firmamento, cuyos ecos aún hoy resuenan en los más nobles vestigios de la belleza y de la sabiduría que vibran en el cielo y anidan en el corazón...

Voz de gratitud: *Congrua pasión, de color envolvente,
se plasma como arte y naturaleza;
un destello de vida, una proeza,
haz que insufla un céfiro refulgente.*

*Se difunde una suavidad clemente,
de celestial dulzura y fiel grandeza,
luz que rememora entrega y firmeza,
energía abnegada y sueño ardiente.*

*Dichoso el recuerdo, grato hontanar
cuya agua sana mi adusta sequía,
al regarla con su bello manar.*

*Jamás olvide esta voluntad mía
tanto amor legado, hondo dimanar
de alegre y generosa valentía.*

Voz piadosa: *Yo respiraré las hondas brisas de la paz,
mimado por sedosas caricias de belleza;
yo convertiré todo vestigio de sufrimiento
en un mar anegado de sosiego y beatitud;
yo cantaré cuando cesen las voces
que honran el amor y la amistad;
yo forjaré los suspiros de mi llanto
en espacios transidos de indolencia;
yo sellaré los pórticos del dolor
con rosas de límpidas fragancias
que sólo evoquen futuro y felicidad;
yo visitaré tumbas olvidadas
en las regiones más recónditas;
yo rozaré el dedo de Dios
en el profundo corazón de la entereza;
yo descubriré el secreto de la hermosura
y desvelaré las tersas claves de la sabiduría;
yo esparciré besos de fraternidad
sobre todo cielo oscurecido;
yo invocaré nombres exánimes
en sagradas noches de silencio;
yo escribiré versos eternos
rebosantes de esperanzas fenecidas;*

*yo leeré odas místicas
 declamadas a deseos inmortales;
 yo recitaré presagios de dulzura
 en tierras lejanas e inhóspitas;
 yo sostendré las columnas del mundo
 y robusteceré los pilares del sentimiento;
 yo fortaleceré toda fe en auroras
 saciadas de luz, creación y amor...*

*

La honda insatisfacción que a tantos aflige exhala suspiros abrumadores, concita sueños volcados en conocerlo todo y a palparlo todo... La ciencia nos libera del odioso dogmatismo que empequeñece el espíritu, refugiado en la naturaleza incontrastable de sus afirmaciones, pero nos sume en la frialdad, en el silencio, en el vacío. Despojados de nuestra individualidad, privados de ese heroico recinto que considerábamos un mundo frente al mundo, nos condena a concebirnos como meros elementos que arman el vasto reguero de átomos, moléculas y organismos, ese dinamismo incesante cuya vorágine adopta conformaciones mudables a lo largo de millones de años, mas siempre sordas ante la belleza, el llanto y el deseo.

Hastiada entonces de la razón y de su angostura, pero desasosegada también ante la vaguedad de su sentir y la oscuridad de su imaginación, ¿qué le cabe anhelar al alma? ¿Qué facultad del espíritu saciaría la vastedad de sus apetencias, la infinitud de sus sueños, la desmesura de su deseo de sabiduría, amor y belleza?

Resplandece ante nosotros un porvenir repleto de avances científicos que no cesan de fascinar a la incomparable fantasía humana; progresos tan seductores que suscitan la siempre acuciante pregunta por los límites de la racionalidad. ¿Y cómo no extasiarse ante una ciencia que, gracias a Einstein, ha logrado condensar la grandeza del universo en unas pocas ecuaciones? Guiado por una intuición descomunal, este hombre creó una teoría tan insondablemente bella y poderosa como la relatividad generalizada, capaz no sólo de predecir ínfimas variaciones en la precesión del perihelio de Mercurio, sino de unificar, con excelsa armonía, conceptos fundamentales como

espacio, energía y tiempo. Habría que remontarse a los trabajos de Newton y Maxwell para discernir semejante grado de profundidad física, sofisticación matemática y alcance filosófico.

Desde tiempos inmemoriales, el hombre ha aspirado a deducir el ser del universo desde el pensamiento puro. Ayudado únicamente por el compás de la lógica, Einstein fue capaz de trazar ecuaciones que describen la estructura del cosmos con una precisión imbatible. ¿Cómo no admirar a quien, frágil al igual que nosotros, hecho de carne, huesos y tejidos, mutable y evanescente, efímero como una mota de cosmos sideral, débil ante la grandiosidad del firmamento, mortal y prescindible, consigue sobreponerse a la pobreza de la condición humana y se alza con el trofeo de la verdad sobre el objeto más sublime y colosal al que puede acceder la inteligencia?

El suyo constituye uno de los hitos más sobresalientes coronados por la inteligencia humana. Sin embargo, ¿hacia dónde nos conducirá la ciencia? ¿Qué otras fronteras franqueará? ¿Nos revelará un mundo allende los rígidos territorios donde posa sus pies la lógica del hombre? ¿Qué luce más allá de la mente humana?

Sólo una síntesis de ciencia y alma, de verdad y sentimiento, de materia y espíritu, una fusión que desemboque en esa tríada integrada por lo sensible, lo inteligible y lo espiritual cuyas evocaciones resuenan en los textos más hermosos de San Buenaventura, puede ayudarnos a surcar las ambivalentes sendas que teje la vida humana, para confesar, como San Juan de la Cruz, “*Entréme donde no supe/ y quedéme no sabiendo,/ toda ciencia trascendiendo*”.

Athanasius: *¡Deseo universal de comprender:
con qué fragor golpeas mi medida
y contagias mi rauda sangre oscura
con tu afán insaciable de entender!*

*Me inoculas fervor por aprender,
el grácil veneno de tu tortura,
ese voraz anhelo de frescura
y de doctas laderas ascender.*

*¿Me guiarás hacia la sabiduría?
¿Me ahogará en fosas de tristeza?
¿Me arropará tu cálida osadía?*

*Te veneraré, ¡oh ciencia!, con franqueza,
como a la aurora que despliega el día,
mas al amor brindaré mi entereza.*

Voz piadosa: *¡Qué gozoso bucear
en los abismos insondables del saber!,
desasidos de tiempos, poderes y espacios,
emancipados del mundo y del hombre,
tan sólo enamorados
de la belleza de los contenidos.*

*Entonces brilla la luz más pura,
y vuela el espíritu por parnasos infinitos
que nos devuelven la fe en la libertad.*

*Es la santa locura
de quienes ansían el todo,
ese todo en el amor,
ese todo en el saber,
ese todo en el buscar...
que engrandece al hombre
y le hace besar a Dios.*

Voz profética: *¿No late un mundo infinito ante nosotros,
escondido bajo cada porción de materia?*

¿No brilla lo sublime en moradas invisibles?

*Sondea, ¡oh alma!, el mundo entero,
sumérgete en cada río
y bebe de cada fuente,
contempla en cada átomo de ser*

*lo que siglos añoraron entender
y ahora brota como flor inteligible...*

*¿Qué ves, si no lo ilimitado?
¿Qué, sino lo incomprensible?
¿Qué, sino lo probable trenzado a lo real
en haces de luz y cadenas de fuerza?*

*Ni toda la inteligencia del hombre
agotaría el infinito mar de la naturaleza.
Pero no desistas,
pues tu sueño es noble,
y sólo desentrañarás
lo que tú misma hayas creado...*

Voz ansiosa:

*Vida,
breve, intensa,
dolorosa vida:
deja que alboree
nuestro deseo de universalidad,
y concaténate en cielos de esperanza...*

*Gloria a ti,
reflejo de ansias inmortales,
cresta de lo sublime,
polen de un milagro en flor,
presagio huidizo
que se afana en fugarse
de todas las memorias,
éxtasis de anhelos escondidos,
versos fluviales que amansan la tierra
con meandros de lo imposible.*

*¡Oh mar de pureza
sobre lechos sapienciales,
olas de un futuro que clama por ser,
gota evaporada de lo eterno!*

Coro de ángeles: *Buscad el conocimiento,
piedra filosofal del hombre,
pues todo lo transforma en luz;
el amor puede ensimismarse
en el deseo humano;
el conocimiento nos abre
al verdadero ser del mundo
y pule el diamante del espíritu
para trocarlo en piedra cúbica,
en rostro de lo oculto
y sonrisa del misterio,
en perenne exhortación
a imaginar lo que no es dado,
a expandir el pensamiento
y angelizar el corazón.*

*Es la luz vigilante que exalta
al alma ansiosa de claridad,
maestra insondable del espíritu,
efluvio sublime
emanado del interior de la Tierra,
magia del ser
recapituladora de todo itinerario.*

*Redime toda oscura melodía,
y esparce el fervoroso aroma
que disuelve los ídolos de la tribu,
transfigurados ahora en siervos
de una luz infinita,
de una verdad que es amor.*

*Transmutar el alma
para transmutar la materia;
purificar el corazón
para elevar la oscuridad
al trono de la luz,*

*el plomo al oro,
elixir de todo sueño.*

*Has de transitar
de la ignorancia al conocimiento,
del occidente al oriente,
del ocaso a la aurora,
para que despunte la luz real y eterna,
el amor que es bello y sabio;
y al controlar el fuego
que arde en el corazón
accederás a los arcanos mayores,
al reino del fulgor puro,
a la sede de lo arquetípico,
allí donde todo se rectifica
hasta dejar paso al saber auténtico,
cumbre de espíritu y materia,
celosa guardiana de la verdad,
armonía de todos los opuestos.*

*Todo se tornará límpido
en ese tabernáculo supremo,
crisol de sabiduría imperecedera,
verde y sensual
como el genuino árbol de la vida.*

*

¿Quién no ha venerado, en el más expresivo de los silencios, en la más sonora de las soledades del místico carmelita, las irradiaciones del *Gesamtkunstwerk*, de esa obra de arte total wagneriana? ¿No suspira nuestra mente por lo íntegro, por lo pleno, por lo incondicionado?

Toda ciencia, toda letra, toda cristalización de la belleza, de ese poder creador que apacigua las semillas del sufrimiento, refulge como foco magnético que orienta el rayo de nuestro deseo más íntimo y profundo. Pero ¡qué amargo y avasallador resulta el palpito de la totalidad! Al más tenue contacto

con la belleza inasumible que envuelve esta idea, sus esporas se diseminan milagrosamente por la inabarcable vastedad del espíritu humano, siempre ávido de absolutos que colmen su angustiosa concatenación de anhelos gigantes. Su sombra aciaga infunde tales pretensiones en el corazón que la voluntad se vacía de fuerza, y todo se le antoja vano...

Athanasius: *El ansia de una totalidad libre
ha clavado una espina dolorosa
en mi ser y en mis sentimientos...*

*Yo quiero yacer en el ser,
y deslizarme por la corriente de lo eterno.*

*Mi alma se desvive por lo imposible:
por la tiara del amor,
por la antorcha de la verdad,
por las salvajes intuiciones de lo imperecedero,
y ya no triunfa ese sosiego ameno
declamado por místicos y poetas,
sino una turbación irredenta
y transida de agrio desconsuelo;
un fervor punzante que me astilla,
unas cadenas severas que me apresan.*

*Ya no sé qué hacer:
todo me resulta vano;
mis anhelos traspasan
la vastedad del universo,
y me oprime una voluntad
que ni yo mismo gobierno...*

*Ni el cosmos me satisface,
ni la hermosura de las letras,
ni los arcanos del hombre,
ni esas evocaciones de la naturaleza
que trepan hasta las bóvedas de mi nostalgia...*

*¡Ah, solo estoy,
flanqueado por la nada
bajo fulgores de oscura faz
que surgen de grutas infinitas!,
y en nada devengo,
y de nihilidad me imbujo,
pues todo se pierde,
todo valor languidece,
toda ambición se extingue,
todo sueño capitula y palidece,
y únicamente impera el sinsentido,
el ignorar por qué vivir,
por qué pensar
y por qué amar;
el gritar sin ser partícipe
del hialino don de la respuesta.*

*Mi corazón se ahoga
en un océano lóbrego,
donde toda pretensión,
noble o ímproba,
pacífica o instigadora,
fenece sin clemencia,
como hojas secas que se despiden de la vida...*

*¡Oh docta ignorancia!,
mis labios te preguntan:
¿cómo existir?
¿cómo conducir una vida aciaga,
si no vislumbramos esa íntima luz
que del yugo de estas hondas apatías
nos purifique, dispense y redima?*

*Mas ¿no yacemos suspendidos
en sagrados cielos de incertidumbre?*

*¿No vagabundean los cometas
por rutas de oscuridad y vasto silencio?*

*No quiero nada:
sólo ser,
sólo estar,
sólo contemplar,
y metamorfosearme en abnegación pura,
ante un amor que me envuelve y abruma...*

*Deseo que me absorba lo insondable,
esa nada que me aterra,
para que el pavor me avasalle,
hunda sus raíces en mi alma
y con su voraz llama me abrase;
ya nada temeré,
y se apoderará de mí la valentía,
y viviré serenamente,
desasido de agobios,
como los gozosos ruiseñores
que custodian el azul del cielo
y esos lirios luminosos
que tutelan campos y praderas;
sin ansias, veleidades o agonías,
y el desasosiego se tornará en paz,
en el más dulce consuelo,
pues nada soy,
ni nada impetro,
y entonces lo soy todo,
y la nada y el todo me contienen
en su invicta crisálida,
en sus jabonosas pompas de silencio...*

*¡Ah, sí, ya atisbo la salvación!
la luz y el frenesí
de no ceder ante la nada,*

*ni claudicar ante el todo,
sino emerger yo mismo
como contradicción insepulta,
libre, tenaz, inmaculada;
y ser todo y ser nadie,
y sobreponerme, heroicamente,
a la desazón y a la dicha,
a la alegría y al duelo...*

*Yo inundaré el mundo de sueños,
y jamás el sentimiento
incendiara el espíritu
con un ardor tan bello y tan intenso.*

*La dorada lanza de mi anhelo
atravesará los muros del desánimo
y el corazón de la finitud.*

*De mis palabras abstinentes
sólo emanará amor,
ansia de descubrimiento.*

*

Un cansancio indescriptible, enseñoreado de todas las parcelas del espíritu, es lo que siente un ser tan hermosamente ávido de explorar todo cuanto el mundo y el pensamiento pueden ofrecerle: ese hastío intangible de quien se palpa impotente para coronar todas las metas que su imaginación, voraz y desbordada, alumbra en el silencio y escolta en el vacío...

Entonces es preciso huir, como Fausto, a la amplia llanura, dejar atrás los libros y abandonar las bibliotecas para inhalar brisas nuevas y cultivar el corazón al son del mundo, al compás de la vida, de la historia, de la contingencia y de sus aleccionadoras sorpresas, nunca menguantes, y vernos reflejados en el espejo infalible de quienes han pugnado por la verdad más allá de las convenciones, los anhelos y las enseñanzas recibidas. En bellas palabras de Descartes, “resuelto a no buscar otra ciencia que la que pudiera hallar en mí

mismo o en el gran libro del mundo, empleé el resto de mi juventud en viajar, en ver cortes y ejércitos, en cultivar la sociedad de gentes en condiciones y humores diversos, en recoger varias experiencias, en ponerme a mí mismo a prueba en los casos que la fortuna me deparaba, y en hacer siempre tales reflexiones sobre las cosas que se me presentaban que pudiera sacar algún provecho de ellas” (*Discurso del Método* I).

Voz ansiosa: *Una fatiga amarga sobrecoge
las frágiles fuerzas que en mi alma moran,
y mis lustrosas ansias se demoran,
sin que una tierna mano las deshoje.*

*Con piadoso júbilo las acoge
el jardín de hondos fulgores que doran
el gris presagio, y cuyas flores oran
al dios que nuestros anhelos recoge.*

*¡Vuelve, rumor de trémula energía,
y enciende un aura de vitalidad
en mi desasimiento, en mi apatía!*

*Espanta las brumas de iniquidad
que se apoderan de mi valentía,
y encierran, vanas, mi serenidad.*

La tristeza que tantas veces impera en nuestras almas, y cuyo fruto se plasma, con frecuencia, en lágrimas intempestivas que encharcan los ojos con el agua cárdena del llanto, para anegar el espíritu con el torrente que transporta la melancolía más severa, custodian la hondura de un amor sincero hacia la vida y hacia el conocimiento, por lo que esas gotas alícuotas, esos gránulos líquidos que condensan, ellos solos, el poder beatífico de las emociones, remiten al vislumbre de una alegría, profunda y bella...

Voz ansiosa: *Cuanto mis sollozantes ojos vierten
no es lágrimas, ni velados suspiros,
sino un clamor de amores cristalinos,
cumbre de vocablos languidecientes.*

*¡No cese este desfallecer hiriente,
ni se agoten mis anhelos divinos,
mas emerja el vigor de estos gemidos,
que transfigure así mi ser doliente!*

*¡Derrame mi alma sueños y deseos,
y estremezcan el cielo mis pasiones,
para enternecer el mudo universo!*

*Dimanan de mis entrañas pulsiones
que nutren, pujantes, mi llanto fresco,
cuan elixir de nobles ambiciones.*

Sin embargo, ningún atisbo de aflicción, por intenso, por aguerrido, por inmisericorde, logrará jamás extinguir esa fascinación por la naturaleza y por la sabiduría que siente todo ser humano en la espesura de su mente y en la ansiedad de su corazón...

Voz de gratitud: *No desistiré de maravillarme
ante el sonoro cántico del mundo;
sucumbiré a su misterio profundo:
su fervor brilla para embelesarme.*

*No cesará el orbe de fascinarme,
ni perecerá el fulgor en que abundo;
cultivaré el anhelo que difundo
de a mansa y bella quietud entregarme.*

*¡Arróbense mis sueños con la magia
de esta colorida naturaleza,
cuyo verdor tanta dicha presagia!*

*¡Admírela por siempre con franqueza,
y embriágueme el aroma que contagia,
para que se oblitere mi tristeza!*

*

Aun enmudecida por obra de un destino esquivo, la naturaleza nos obsequia con cánticos celestiales, y destella ante nuestros ojos una dorada hermosura que se esparce infinitamente. Pocas creaciones humanas imitan su aplomo. Resulta innegable que también nos revela la crudeza de la vida, su ferocidad inhóspita, esa silente indolencia que para nosotros exhibe las características de una injusticia patente, pero nada nos cautiva tanto como ese fervor poético encarnado en la vasta tierra y en el inconmensurable cielo, cuya magia se desliza por las coloridas plantas y las incansables fieras...

Voz de gratitud: *¿Qué declaman tus dulces melodías,
suaves torrentes de inmortal pureza,
que nos otorgas, fiel naturaleza,
entonando risueñas sinfonías?*

*Hija predilecta de hermosos días,
foco esparcido de excelsa grandeza,
amparo de suspirada franqueza,
sincera estampa de almas alegrías.*

*Consuelo frente a nostalgias atroces,
chispa de amenidades sugestivas,
epifanía de anhelos veloces.*

*Fluirán tus evocadoras misivas,
aun cuando cesen las humanas voces,
y fenezcan sus pasiones altivas.*

La naturaleza quizás entrañe dolor, muerte y silencio, pero también refleja libertad, ingenio y creación...

Voz de gratitud: *La naturaleza desconoce
nombres y fronteras;
tan sólo responde a una llamada:
el misterioso clamor de la vida...*

*Tú envidias a plantas y animales
porque no conocen barreras,
odios y lenguas.*

*No te equivoques:
la maravilla del hombre
luce en su aspiración
a vencer toda necesidad.*

*Por mucho que suframos,
por inefable que sea el mal,
por nebuloso nuestro porvenir,
por grandes las tempestades
y avasalladores los desafíos,
todo sueño es nuestro.*

*Hoy la naturaleza ha tomado
un nuevo nombre:
se llama humanidad.*

Si nos envuelve la callada hermosura del alma, ¿qué hemos de temer?

Voz de gratitud: *¡Qué aire más puro, qué luz tan serena!
Palpo un silencio, docto y nemoroso,
y se evade todo anhelo fogoso
ante tal maravilla, azul y amena.*

*Mi consuelo se nutre de esta escena,
y admira su don, límpido, oloroso,
huésped ya de un paraíso amoroso,
y encaramado a su divina almena.*

*Mi pequeñez rubrica mi grandeza,
y en el sosiego respiro verdad,
desasida mi alma de la tristeza.*

*La delicuescencia de toda edad
no ha de avivar mi angustia y mi flaqueza,
sino mostrarme sendas de humildad.*

Nos circunvala y sostiene la belleza, hija del día o flor de la noche. Subyugado se halla el espíritu de la humanidad por el brillo de esos astros que, vigilantes en su bóveda serena y mística, custodian nuestra abnegada Tierra...

Voz ansiosa: *Una prístina emoción me extasía
si contemplo el fervor de las estrellas,
que tú, fulgurante noche, destellas,
al cubrir con tu suave manto el día.*

*Percibo sigilo, paz, armonía,
una cohorte de intuiciones bellas,
arcadia de virginales doncellas
y hontanar jaspeado de energía.*

*Flamantes evocaciones inspiras
a quienes veneramos tu hermosura,
ese límpido aroma que respiras.*

*Nobles miradas, ávidas de hondura,
perforan los prodigios que suspiras,
embriagadas de tu sabia ternura.*

Voz nostálgica: *Apaga, ¡fuego de la noche!, tu dulce luz:
mis ojos quieren contemplar la verdad del universo...*

Eleemos la mirada, sí, a la claridad de los cielos, pero al azul que embellecerá el mañana, porque las constelaciones del hoy ya han enmudecido...

Voz ansiosa: *Circundado por estrellas sin nombre
que perecerán en la aurora,
y por la agreste oscuridad
en cuyo silencio naufraga todo sueño,*

*sólo quedas tú,
¡oh deseo, oh palabra, oh poesía!,
y sólo brillan tu luz,
tu amor que deshoja mi angustia,
el alma de tu tesón inviolado,
ese destello de sentido,
de pasión y de futuro...*

*Abriré tu cofre
y desenrollaré tu pergamino;
ojalá el polvo de esos milenios
que sepultaron tu fantasía
me ciegue ante el hoy
y me vuelque hacia el mañana.*

*Y en esos colores
que mis pugnaces deseos exhalan,
habré de contemplar mi cielo,
mi fuerza y mi universo.*

Voz nostálgica: *¡Renace, oh mundo, y sácanos con la luz de tu futuro!...*

*¡Aspérganos con el santo hisopo de lo nuevo,
y bendícenos con esas gotas nobles
que transparenten verdad y limpidez,
luciérnagas que diseminan paz
sobre cielos inquietos y oscuros;
mosaicos de teselas luminosas,
encarnaciones minúsculas
de ese fervor abnegado
que acoge todos los deseos del hombre;
bálsamos frente a una razón calculadora
que todo lo subsume en agria necesidad
o en el azar de sus barajas aciagas,
triste haz de luces segmentadas,
palacio de espejos bruñidos*

*que no reflejan unidad:
desgarros de sentimiento
que disgregan el corazón de la belleza,
incapaces de contemplar
el hermoso cáliz de lo puro!*

Alabar con qué noble y victorioso aplomo brotan las imperturbables fuerzas de la vida nos imbuje de consuelo: nuestro ser se difuminará en la eterna inmensidad que cubre el universo, pero el poder creador inflamado por la naturaleza no cesará de enardecer esa llama arcana cuyos estuosos rayos de vigor custodian el sagrado don de la belleza. Prenderá su fuego, incluso sin alzarse más ojos conscientes, capaces de deleitarse con la gozosa observación de ese dinamismo y esa voluptuosidad que enhebran el cosmos...

Terpsícore: *¡Qué bella resplandece esta aurora!*

*Mi corazón la observa,
y se seca la fuente de mis deseos...*

Me posee ya la plenitud.

*Tú luces cuando todo oscurece:
te admiro,
te anhelo,
te evoco.*

*Belleza, amor, bondad:
tú, poder desconocido;
tú, fuerza innominada;
tú, profunda gallardía;
tú, obsequio inefable:
no me abandones nunca...*

*El latido de los cielos
inspira el canto de los ruiseñores
y las densas lágrimas de los hombres.*

*Las nubes tañen arpas
que fascinan a la vida;
es la gloria de la belleza,
es la hermosura sin palabras,
es el humilde corazón indemne
que sólo escucha, siente y contempla.*

*Concedámosle una oportunidad
a la sagrada flor de la utopía...*

*Encumbremos todo deseo bello
hasta cimas brillantes e inmortales...*

Voz piadosa: *Descubriremos el corazón de la belleza,
y levantaremos columnas más robustas
que esos troncos de luz
hendididos en Karnak,
pilares majestuosos
de una sala hipóstila
que parece sostener el universo
como un bosque abraza el cielo
y atrae el fervor del firmamento.*

Mas alabemos también la pureza de la oscuridad que puebla el crepúsculo, donde cabe soñar con la vastedad del universo, y reconocer, como retoños de humildad y mansedumbre, nuestra insanable pequeñez, para así embargarnos de admiración ante el poder divino que exhala la inteligencia, cuya luz, cuyo haz de rayos salutíferos y difusivos, escruta las leyes del cosmos y resalta la belleza del firmamento...

Voz de gratitud: *El aura del amanecer es tan pura
que glorifica la esperanza
en la tersa luz que brindará
la mano del nuevo día.*

*Presagias, alba mía,
el furor y la aventura,
y a tu amparo despunta,
audaz y esplendorosa,
la docta luz de la fantasía
con destellos saciados de hermosura.*

*Aire imbuido
de la suavidad del terciopelo:
me posees y arrebatas
con el palpito de tu ternura,
y en mi ser inflamas
la altiva llama del deseo.*

*Vivificas mi imaginación
con el manantial de tu frescura,
y golpeas mi rostro
con tu ardiente bocanada,
con tu fragante dulzura.*

*Portas el elixir de la naturaleza,
y nos brindas,
desde los ventanales de tu amor,
en la copa inmaculada
de tu delicada valentía,
ese nutriente inagotable,
ese cáliz tonificador
que exhala el rumor de tu pureza...*

*Tu calidez derretirá
el frío de mi soledad recrudecida,
y en tu silencio descubriré
el clamor de la verdad.*

*

¡Ah, sí, ya ves tu cielo, Athanasius! Asciende entonces, para luego regresar a la vasta tierra, y bañarte de nuevo en las fragantes y bellas aguas que emana la naturaleza. Rubricará ése tu nuevo y terso cielo...

Athanasius: *Como un devoto peregrino
he surcado veredas de entusiasmo,
densas sendas de desvelo,
e incontables espadas
me han perforado
con sus filos inclementes,
rebosantes de sueños;
habéis sitiado,
¡oh poderes de otro mundo!,
la fuente de mis deseos,
el alma intrusa que ha gestado
mi ardor, mi entrega, mi esmero,
y me habéis tomado prisionero,
para que abnegadamente os sirva
en la patria de mi consuelo;
mas ¿a qué cielo me eleva
esa pálida burbuja
de fervor, belleza y silencio,
que exhala, con su soplo,
la pléyade de amores
que guían mi fantasía
y fascinan mi sentimiento?*

*¡Acogedme, oh estrellas de ébano,
con el ósculo de vuestra energía,
pues sólo reposa en mí gratitud
ante el santo don de la vida!*

*No se pliegan mis anhelos,
aturdidos por huestes celestiales,*

*ante ángeles, tambores y tridentes
que ensordezcan mis oídos
con sus guerras inmemoriales;
mi ser tan sólo adora
la suavidad del arte
y la mansedumbre de la poesía.*

*Mis sueños no se despiden
de mi tenso corazón,
porque son carne, aire y lágrimas,
sudor de entrega
y llanto de valentía,
y toda altura se franquea
cuando esa verdad
que en el alma habita
entona su cántico áureo,
su clamor de libertad.*

*Sí, es amor,
es ansia incontenible
lo que me impulsa a buscar
lo inefable y desconocido;
es piedad, es pureza,
y un viento templado
me reconforta y protege
de la indolente crudeza
de espacios y tiempos.*

*¡Os encontraré,
oh ilusión desvanecida
y fragor prohibido!,
porque sólo la muerte aplacaría
este fuego, esta ambición, esta vida,
este yo de vehemencia,
este furor que eclosiona
al despuntar la primavera;
ya brota el alba de la imaginación,*

*el fiero latido de quien sólo sueña
con morar en la nubosa vastedad
de la limpidez y el desprendimiento.*

*Sucumbiréis, estrellas altivas
que concurrís en profundas noches de silencio,
y os abandonará esa brillantez eximia
que secuestró nuestros sueños
desde la génesis de la conciencia,
pero mi deseo no perecerá,
porque se oscurecerá mi alma
y se disolverá mi cuerpo,
pero la semilla que planté
incoa la flor de lo eterno;
y ¡contemplarte yo quiero,
oh inmortal atisbo
de ese poder de noche y día,
de carne y espíritu,
que con su solo rumor
transfigura y esparce mis anhelos!*

*Sí, mis ojos azorados te desean,
y extenderán mis dedos
su más tierno vigor
para acariciar los haces de tu luz;
me poseerán tu verdor,
tu aplomo,
tu espesura,
tu fantasía,
y coronaré la alta y sagrada torre
donde resplandece tu sabiduría,
pináculo de bramantes voces
que sólo escucha el corazón
en la apasionada soledad del universo;
así que permanece firme y a la espera:
pronto te alcanzarán unas manos
ávidas de tu complacencia.*

En nosotros puede despuntar la flor de la felicidad más profunda, si nos afanamos en convertir todo crepúsculo en un amanecer colmado de amor, de crecimiento y de sabiduría...

Voz de gratitud: *El más hermoso don
tiende una mano de consuelo...*

*La más bella creación
declama un verso que nos redima...*

*Yo magnifico la vida
y exalto el amor...*

*Presurosas alas invisibles
me elevan hasta un reino
saciado de lágrimas
que humedecen mis deseos
y santifican mi tristeza...*

*Es el iris de la fantasía,
bañado en un océano infinito
de aire, agua y valentía...*

*

¿Cómo no alabar la belleza que derrama su sagrado óleo sobre tantos paisajes cautivadores, cuyo fulgor propicia que interioricemos un éxtasis estético dotado de incomparable densidad, capaz de permitirnos sentir las emociones más memorables y transformadoras? ¿Cómo podría sustraerse nuestra alma a ese embelesamiento salutífero que brota de admirar la vastedad de los mares, de hechizar nuestros ojos con el críptico fluir de sus olas y de vivificar la imaginación con ese mundo ignoto que florece bajo su superficie azulada?

Voz piadosa: *Perenne voz de celeste hermosura,
fiel reflejo de un ímpetu divino,*

*dorado destello de amor que advino
al contemplar el cosmos con hondura.*

*Hálito immaculado de finura,
primicia mesiánica del destino,
clamor en éxtasis adamantino,
viva faz de la ardiente desmesura.*

*Desprenden los mares un suave aroma,
mística fragancia de eterno encanto
que el primor del paraíso retoma.*

*Dulce rúbrica de angélico manto,
héroe que al Olimpo su alma asoma,
orgullo del más elíseo canto.*

Naturaleza, sublime naturaleza, amada de filósofos, poetas, científicos, místicos, santos y profetas, foco de la exaltación romántica, cima de nuestra imaginación, solemne poder de cuya virtud surgimos, mas ¿es en ti todo luz, o irradias también oscuridad? ¿Busca el ser humano habitar sólo en tu morada, y regresar filialmente a tus brazos, o se inflama en nosotros un fuego que nos aleja de tus inexorables cánones, y nos conmina a explorar un escenario nuevo, un mundo distinto, ajeno a tu indoblegable concatenación de causas y efectos, de determinismos e indeterminismos, de muertes y vidas: un cielo regado de amor, de libertad y de frescura, cuyas estrellas desbordan todo concepto?

Voz ansiosa: *¡Qué luminosa la mañana,
qué bello el Sol que ahora despunta!*

*Profiere tu hermosura, naturaleza,
la grata palabra del mundo que me acoge
y de la bóveda astral que me custodia.*

*Me deleitas y fascinas,
¡tú, arte encarnado!,
¡tú, luz benéfica para mis sentidos!*

*Embriagas mis deseos
y desatas el estallido
de mis más pujantes fantasías,
acurrucadas en estancias insondables.*

*Ante ti, se disipa mi dolor.
Raptas mi éxtasis
con los brazos de una vida nueva,
y no importa lo fugaz de este sueño,
porque el rostro de la deidad verdadera
me bendice con su mirada, su paz y su dulzura.*

*Tus flores me sobrecogen
y tu verde me diviniza,
mas ¿dónde late en ti
la libre y próspera pulsión del amor,
frente a la ciega necesidad de la vida
que rige este universo,
este espacio traidor?*

*¿Dónde arde en ti
la noble llama de la justicia?*

*¿Dónde despunta en ti
el santo sol de la fraternidad?*

*¿Qué lágrimas has enjugado?
¿Qué sufrimiento has consolado?
¿Qué aliento has infundido?
¿Qué caricias has prodigado?*

*¿Dónde se oyó
que la crudeza del destino
cediera en tus pechos
la antorcha y el testigo
al coraje de la misericordia,
al beso de un don inmaculado?*

*¿Por qué reviertes el vino de la vida
al agua de un mutismo inerte,
y construyes el nuevo amanecer
sobre las ruinas de la esperanza?*

*Yo he venido a prenderte fuego;
¡abrásame, oh mundo,
y desvelame todos tus secretos!*

Voz piadosa: *¡Oh fin temido y añorado,
que no cesas de acercarte a la morada de los hombres!*

*Yo me he sumergido en mares donde reina
una armonía de ecos eternos,
y sólo espero que sus hálitos vivificadores
me suspendan en un cielo de amor puro.*

*Mi alma sólo busca
vivir en paz con la naturaleza,
la humanidad y nosotros mismos.*

Huérfanos nos dejas, naturaleza, cuando ni nuestros ojos ni nuestro corazón contemplan, en la grata efervescencia de tu policromía, la mansa rúbrica del amor, de la clemencia, de la compasión...

Voz ansiosa: *¡Ocúltate, Sol, si en ti no fulgura
la luz del amor y de la concordia!
¡Eclípsate, Luna ebria, si es discordia
cuanto corusca en tu argéntea altura!*

*¡Detente, gran mundo, si tu hermosura
no irradia el haz de la misericordia,
ni en las aladas fuentes de tu gloria
borbotea el agua de la ternura!*

*Concédeme el don de la fe, ¡oh destino!,
en la críptica magia de la vida
y en el poder de su tesón divino.*

*Toda creación que en la mente anida
refleja un sueño ardiente y cristalino,
y el mío es un fervor que nada olvida.*

*

En la fuerza de la palabra, en el poder de un pensamiento que alcanza los confines del cosmos, en el brío de unas letras que acrisolan, en su hermosa fragilidad, todo un cielo colmado de ideas y bañado de sentimientos, ¿no discernimos, aun dosificadamente, esa luz salvífica por cuyas caricias suspira nuestra voluntad, como bálsamo frente al agrio silencio que preside el firmamento, como antídoto que neutralice lo inhóspito de la vida?

Voz ansiosa: *¡Yo quiero una palabra
que condense el universo,
compacta como las leyes de la naturaleza!*

*Ansío transformar el mundo con mi voz;
busco sobrecoger cielos y Tierra
con las aguas de mi agonía,
y desprender una pujanza tan bella
que perezcan las montañas
y se evaporen los océanos
con sólo pronunciar mis labios
el sagrado verbo de la verdad,
del amor,
de la paz,
del ensueño...*

*¡Básteme un solo vocablo!
¡Trastoque toda potestad,
todo terror inconmensurable,*

*un tímido epíteto de pureza
que encapsule cada ideal noble,
cada trémula luz de esperanza
que riele, fervorosa y enérgica,
en la vasta sede de las almas;
impúsenos su rayo de vida
a enarbolar una bandera,
un emblema saciado de claridad,
cuyo ardor y cuya bravura
jamás descansen ni languidezcan
en los dominios de la valentía!...*

*¡Qué aire más puro se respira
cuando nuestro ser se anonada
ante una palabra inmaculada,
que lo desborda, intempestiva,
y cuya luz cautiva su amplitud,
el pulcro cielo de su fortaleza
y las hondas grutas de su amor,
con su haz de pasión dulcificada!*

*Magia de la palabra,
encuéntrame...*

*Magia de la palabra,
embriágame...*

*Magia de la palabra,
hechízame...*

*Magia de la palabra,
conmuéveme...*

*Magia de la palabra,
estreméceme...*

*Magia de la palabra,
transfigúrame...*

*Magia de la palabra,
redímeme...*

*Magia de la palabra,
absórbeme...*

*Magia de la palabra,
créame...*

Voz piadosa: *¿Te hago derramar lágrimas con lo que escribo?*

*¿Despierto los ecos dormitados
de tus deseos más íntimos?*

*¿Penetro en ti como una flecha de áureos filos
que asaetea la recóndita morada del sentimiento?*

*¿Desembocan en tu alma
todos los llantos del universo?*

¡Doy entonces por cumplida mi misión!

*¡Descanso ya en lechos de paz límpida,
flanqueado por pétalos de rosas inmarcesibles
emanadas de pedestales eternos
que frisan amores prohibidos!*

*¡Declamad vosotros,
alabados cielos de la alegría,
los versos que rubriquen este milagro insondable
bordado de oro y púrpura!*

*Mi voz tan sólo ansía contemplar,
y yo me fundo ahora
con los alados siervos del silencio...*

¿Acaso no palpas, estimado amigo, un poder soberano que inunda el mundo en forma de voces, ideas y deseos?

Voz profética: *Observa cómo desciende el rayo de la pureza:
serena los cielos sepulcrales
con el aura de su bondad;
advierte la llegada de una luz,
profunda, efusiva y tierna:
busca irrumpir en el clamor de tu soledad...*

*Derrama palabras,
vocablos de paz y destellos de entereza,
tenaces vástagos de hondura y quietud,
celestes corceles enjaezados de amor
que recorren los reinos del silencio;
son los dones de esta arcana fuente de energía,
que despide relumbrosas chispas de agudeza...*

*Suaves, armoniosas y sencillas,
nos liberarán de tantas sombras ásperas y cegadoras.*

*Su luminosidad golpeará nuestros párpados,
ahora cerrados a la policromía de la vida,
y atravesará la negrura de nuestras pupilas,
para avivar un fuego insólito en nuestra retina;
cesará, abruptamente, todo crepúsculo en la morada
de nuestro sentir, de nuestro anhelar, de nuestro pensar,
y brotará la savia del día entusiasta y vigoroso:
ese chorro denso, límpido y profético,
esa irrupción de sonora claridad
con cuyos ecos renazcan pasiones tullidas,
otrora aletargadas en agrios lechos de desánimo;*

*relámpago de osado resplandor
que propicie el violento morir
de toda tiniebla y de todo egoísmo,
y cálidamente disipe
los vicios de la esperanza.*

*Luz, divina luz: acarícianos, blanquéanos, confórtanos...
Luz, dulce luz: contempla nuestra tristeza y apiádate...
Luz, risueña luz: circúndanos, abrázanos, rescátanos,
franquea nuestros techos agrietados;
cubre nuestro entero y tenue ser,
ansioso de promesas inquebrantables,
con la calma y envolvente brillantez
de la simplicidad, del amor, de la honestidad.*

*Absorbe con aplomo,
¡tridente de infinita fuerza!,
tanto vestigio de desdicha y maldad
que aún habita en el corazón humano,
y exhala, con tu potencia mágica,
el fulgor cristalino y santo
de la rectitud, de la misericordia,
en los campos dorados de la sinceridad.*

*Alicata nuestras paredes con el mármol de la verdad,
y pule nuestros suelos con el primor de la autenticidad,
pues sólo así florecerá la más recia hermosura,
y se revelarán fecundos nuestros suspiros,
para regar toda tierra y todo cielo
con las aguas diáfanas de la clemencia.*

*

Entraña la palabra, ese brillo de haces coruscantes entronizados en la poesía, un regalo que los dioses han decidido prodigarle a la anhelosa estirpe humana. Nosotros hemos de venerarlo, recogidos en la devoción más

límpida, piadosa y honesta, conscientes de que el poder estético intrínseco a todo verbo encapsula, custodia y esparce un vigor mesiánico, una fuerza que nos transporta más allá de toda áspera finitud; mas no a un infinito ajeno al tiempo y desasido del espacio, sino a un infinito verdadero, capaz también de integrar, como ambicionara Hegel, la grandeza de la finitud, destilada en la regia copa que contiene toda suprema *Aufhebung*...

Voz ansiosa: *Libertad brota de la poesía,
bello don a mi mustia soledad,
fuente de consuelo, luz de verdad,
tierno refugio para mi alma umbría.*

*Oasis de anhelos y de alegría,
torrente noble, celeste heredad,
fiero milagro, en cuya tempestad
resplandece la flor que mi alma ansía.*

*Redimirá mi angustia la hermosura,
legado de portentos siderales,
cuan bálsamo que sane mi angostura.*

*Cura mirífica de nuestros males,
encarnada en palabras, cuya hondura
nubla las vastedades abisales.*

La fe en el embrujo de la palabra, así como en la versatilidad de su poder para transformar el universo y redimir la historia, no apaga, sin embargo, esas pujantes llamaradas flamígeras exhaladas por la incertidumbre, ni disipa la más honda y misteriosa agonía que esclaviza el alma ...

Voz ansiosa: *Sí, yo deseo mucho,
y mucho confío
en los magos de la palabra
y en los hechiceros de las emociones
para conjurar el fuego de mi complacencia,
y desatar en mi fatiga interior*

vanos anuncios de felicidad duradera....

*¿Cómo resistir la fascinación,
el arrebató inexorable
de los lenguajes y los pensamientos?
¡Ah, vida mía!,
qué tristeza soñar tanto,
y anhelar tanto,
y vislumbrar tanto,
y tan poco conquistar,
mientras desfallece la alegría...*

*¡Tú, rostro de un alma inmortal!,
cuán enérgica te sientes
para transfigurar el mundo
y tonificar el espíritu,
pero qué frágil te revelas,
cómo sucumbes
a la liviana sombra del olvido,
y con qué facilidad capitulas
ante la fatalidad
y el hechizo de lo innombrable...*

*Ni a ti misma te conoces,
¿y pretendes escrutar
los arcanos siderales?*

*Sueñas con perfumar
el universo con tu aroma;
suspiras por bañar el cosmos
con la fragancia de tu encanto,
y clamas por ornamentar
ramos de galaxias
y fosas de profundidades abisales
con tu vistoso y refinado manto,
pero ni a ti misma te comprendes...*

*Yo ya desistí de entenderme,
y de gobernar mis querencias indómitas...*

*Ya sólo vivo,
y siento,
y busco,
y esparzo inquietud,
sumido en la ignorancia,
y ajeno a la esperanza
de hallar un término
a la mar embravecida
de mi estremecimiento...*

*Ni la poesía me consuela,
ante tanta ambición frustrada
y tanta apetencia honesta conculcada...*

*Ya ni las palabras me sosiegan...
Ya todo es nada:
no saber,
no entender,
no poder..*

*Incluso el amor
abandona mi morada,
cuando medito sobre el sentido
que todo lo permea:
los predios del ser y de la nada;
y el vértigo de mi angustia,
lucifugo y doloroso,
asuela mi alma amurallada;
mas ¿quién me rescatará
de esta tortura presagiada?*

*¡Os añoro, cálidas manos
que acogíais mi soledad!*

*Recuerdo vuestra delicadeza,
y con qué presura acudíais
a mi sedienta llamada,
para dulcificarme con esa flor
de recios y acuosos pétalos
que me mostrabais
con tenues broches de nostalgia...*

*No os olvidaré,
voces abnegadas que me consolasteis
en noches de amargura y de silencio;
pero yo busco lo que nadie puede ofrecermé,
y ni siquiera vuestra generosidad
mitigaría el haz de mi dolor...*

*Prodiga el presente efímero,
a cuyo son brotan deseos infinitos,
el único beso que hoy venero,
y en él a encontrar aspiro
una luz que me colme,
una luz que jamás se rendirá
a la custodia de los labios,
una luz inefable y silenciosa,
una luz que mi imaginación desborde...*

*Y al percibir mi corazón,
bajo la tutela del sigilo,
que su encomiable luz me supera,
y cómo ante la aurora de su belleza
toda altiva fuerza flaquea,
palpo una primicia perspicua
y atisbo una buena nueva,
cromada de destellos
de noble y áurea felicidad,
liberado de mi yo opresor,
de mis ansias irredentas de grandeza,*

*sanado por la pequeñez de la nada,
que me hace ser todo,
y convierte mi sufrir en dicha,
y mi dicha sufre, compasiva,
en brazos de mi desdicha,
y yo, desventurado,
gozo con mi ventura...*

*

Tanta reflexión, tanto deseo, semejante concatenación de ideas y de palabras...: ¿no pincela el foco del más arduo de los desconciertos en todo corazón sensible? Athanasius, venerable doctor de las innumerables ciencias, artes y promesas del espíritu, mente enciclopédica que porta, en ese recóndito sagrario esquivo a toda imagen, la totalidad del saber atesorado por su época, irredento explorador de una verdad lejana, bella y poderosa, mas fiel y devoto sacerdote del dios incognoscible, ha de implorar los intangibles admículos que le deparen unas alturas siempre inescrutables cuando el hombre clama por su ayuda, y hacia cuyo amparo migra, ansiosamente, el séquito de arroyos que contiene sus sueños...

Athanasius: *¡Oh Dios, te busco y no te encuentro!*

*Sólo tu rostro me saciaría;
es sólo a tus palabras
a quienes se dirige mi llanto,
como lácteo rocío derramado
por hontanares de tristeza,
por pechos de desesperanza,
por senos de dolor y olvido.*

*¡Corred, aguas de mis lágrimas,
hacia la playa de la nueva aurora,
para bañar, con vuestra espuma,
una tierra de pureza, amor y entrega!*

*Lame el mar su reposada arena,
y a su belleza cantan las gaviotas...*

Todas mis olas se rompen en sus rocas...

*Allende las montañas que custodian
el recogimiento de sus orillas,
habita esa faz por cuya luz suspiro;
ríos de leche y miel enardecen sus paisajes;
álamos solitarios,
enhiestos naranjales,
sonoros ruiseñores
y sauces sollozantes
que conmueven las riberas
componen su hermosura y su materia;
me faltan verbos, epítetos, exclamaciones,
cuando oso imaginar cómo brillaría
esa paz, ese místico silencio que revelara
la íntima verdad de la vida,
el dolor que impulsa la voluntad,
el presagio de una felicidad desconocida.*

Voz piadosa: *Señor,
espejo de mi alma,
alláname tus inescrutables caminos;
perfora con tu amor mi espíritu;
repara los clamores de mi corazón.*

Todo deseo inescrutable posee un nombre insumiso a cualquier palabra humana. Ningún verbo condensa su esencia más profunda. Tan sólo intuimos atisbos de su magnificencia, y nuestros ojos creen contemplar, en la más recóndita lejanía, un firmamento moteado de figuras incomparablemente bellas, como astros dispersados en un cielo imbuido de color y de vivacidad... Anhelamos muchas cosas, luces indescifrables, esquivas, infinitas, e ignoramos la razón última que guía nuestros afanes más vigorosos, pero jamás nos liberaremos de las evocadoras cadenas de la voluntad...

Voz ansiosa: *¿Cómo ocultar esta llama hegemónica,
fiero ímpetu que humilla mi pudor,
y abrasa mis entrañas sin clemencia
con hondos anhelos de arte y de amor?*

*Misterio lo es todo:
rúbrica del enigma de la vida,
de un furor indescriptible
que libremente explota,
como agreste lava volcánica,
pujante, creadora y luminosa,
cuyo sagrado fuego trastoca
toda potestad, todo dominio,
para renovar un mundo fatigado,
la vejez de un campo enmudecido.*

*Mas ¿dónde yace la fuente de un amor
cuya belleza porte la frescura eterna?*

*¿Dónde se quiebra todo equilibrio
para desatar el torrente del don,
de la generosidad, de lo inesperado:
el manantial de lo insólito,
hontanar de la creación,
el sol naciente de una nueva idea?*

*¿Dónde cesa de brillar
un astro que se redime a sí mismo
con sus luces de chorros homogéneos,
para ceder su prudente testigo
a rostros ansiosos de besos nuevos,
que exulten ávidos de crecimiento,
y cuyos ojos sueñen con admirar
el amanecer de un futuro auténtico,
capaz de salvarnos de lo ya palpado?*

*Y tú, sabiduría,
¿dónde habitas?*

*¿Desde qué foco irradian
el nutriente de tu luz?*

*¿Quién entiende el ágil rumbo
que dibujan tus rayos sinuosos?*

*¿Lograría alguien describir
tu inefable soplo de vida,
tu perdurable intensidad,
tu justicia escondida?*

*Sólo labios divinos
declararían tu delicadeza,
mas la lengua humana...,
¿de qué modo te gloria?*

*¿Por qué no limitarme,
piadoso, a contemplar,
en santo silencio
y absorta soledad,
el áulico orden que rige,
sereno y entronizado,
la paz que permea la Tierra y el universo?*

*Pero esta tranquila armonía,
gruta inexpugnable que emana
alineaciones de estrellas, cometas y galaxias,
cielos azulados y tierras entristecidas,
carece de alma, de lágrimas, de amor;
yo anhelo un mundo nuevo:
el hermoso hogar de la creación.*

*

La ciencia y el arte jamás saciarían ese anhelo tan profundo que alberga nuestro espíritu, porque ni siquiera en sus doradas fuentes bebemos las aguas del amor, del encanto y de la libertad. Necesitamos una luz más bella que el fulgor de los rayos esparcidos por el conocimiento y la hermosura: precisamos de semblantes, de palabras, de oídos, de brazos, de manos, de afecto, de comprensión...; de un amanecer cuyo brío clausure el fiero ocaso que cubre nuestra soledad.

¡Ah, espiral saturada de misterios concatenados, y muchos sufren al no entender...! Una fuerza ignota clama por sepultar, en exasperantes túmulos, todo enigma, para así propiciar que brille la luz de la racionalidad, pero sólo en el misterio de los rostros diferentes, sólo en el inasible don de la alteridad, sólo en la magia insondable de contemplar cómo caminan, sobre esta vasta y subyugante tierra, otros espíritus y otros cuerpos, otros corazones inescrutables que custodian un mundo arcano, inagotable y majestuoso, hallaremos esa felicidad tan elevada por cuyo néctar suspira el alma de todos los hombres... La razón se ocluye, se acoraza sobre sí misma y sucumbe a su propia oscuridad. La alteridad, el candor que envuelve cada recóndita parcela de lo real, exhala verdes colores que introducen una suave e insospechada cláusula de novedad, atisbos de esa luz cuya añoranza anida tanto en los sentidos como en el intelecto...

Voz de gratitud: *Me ofreces tu mano con alegría
y escuchas con aquiescencia mis ansias;
me exaltan tu bondad y tus fragancias,
¡sí, eres mi amigo, luz de mi alma umbría!*

*Ya no he de buscar más sabiduría,
pues penetra tu voz en mis estancias;
a lo alto doy con entusiasmo gracias,
porque inflamas cuanto en mí oscurecía.*

*Vislumbró Aristóteles con hondura
que en el primor de la amistad se funden
dos cuerpos en una unión, bella y pura.*

Un único espíritu en ellos cunde;

*un anhelo, un fervor y una ternura;
un milagro que al cosmos se difunde.*

*

El fervor bulle en el alma; aun si desconocemos qué grato sol bruñe su meta, dejémonos remolcar por su viento cálido y osado, cuyo impulso nos conducirá hacia mundos nuevos...

Athanasius: *Yo consagro toda esa potencia ignota,
esa luz que en el fondo oscuro de mi alma mora,
a una pasión ilimitada, pujante y vivificadora,
al fulgor que desprenden el amor y la alegría.*

*No sé si reina la bondad en mi espíritu,
ni si brillan sus prístinos colores en el cielo,
pero aquí palpo su amena fragancia y su hondo consuelo,
cuando contemplan mis ojos y mis sentimientos
el poder de la sonrisa y el halo de lo bello,
la estela de la amistad y la brisa de la misericordia,
la piadosa juventud del candor y del sobrecogimiento;
y ojalá me conquisten tan suaves fuerzas,
y rediman mi ser sus serenas armonías,
porque creer en lo lejano y esquivo brinda entereza,
e insufla un hermoso don que nada ni nadie doblega,
cuya verdadera esencia no se rinde a los conceptos,
pues canta, entronizada, en el áureo sitial de lo inefable,
sede de majestad donde también impera
la silente grandiosidad de la naturaleza...*

¡No desistamos de soñar con el poder del porvenir, con la magia de una historia inconclusa, decurso que jamás detiene su rumbo! Sólo así conquistaremos el florido reino de la libertad... Propiciemos que el nuevo sol declamado por los poetas y anunciado por los filósofos ilumine nuestro sofocado espíritu. La incandescente luz del saber y del querer debe avivar una llama ardiente, vívida e ilusionada en nuestro corazón: un bálsamo para la dolorosa

lasitud que hiere todo ser. Su brío habrá de proyectarnos hacia el más bello de los cielos, y confesarnos esos nombres divinos que han cautivado nuestros sueños más egregios, esos hermosos “vástagos de un cerebro perezoso” (Shakespeare). Procede, pues, hacia el futuro, hija de la esperanza...

Voz ansiosa: *¡Yo quiero escuchar palabras nuevas*
y amar ideas nunca antes alumbradas!

*¿Ha de ocultarse como fruto prohibido
la flamante luz de la creatividad?*

*¿Qué oscura deidad,
qué ángeles ofuscados
por máscaras de inclemencia
nos vetarían degustar
el acceso genuino
a esos sagrados hontanares
que tutelan la llama de lo original?*

*¿Fue un áureo privilegio
de mentes de la Antigüedad
acariciar las brisas de ese don,
fresco, terso y venturoso,
que blande la radiante llave
de los pórticos de la verdad,
y con aplomo se asoma
a la cascada de la fantasía,
para penetrar,
como flor de audacia,
en el templo de la felicidad
y en el sacrario de la alegría?*

*No deseo mirar a pasados mustios,
sino incoar ya aquí todo futuro,
y erigir nobles y gozosas maravillas
que fascinen a los tiempos venideros;*

*¡oh cielo perlado de estrellas
que esta noche contemplas
un rostro angustiado:
mi anhelo se cifra en tu misterio:
yo busco emular esa heroica valentía,
ese amor, esa pulsión de vida,
armonía y santidad
que los clásicos desprendieron,
allá en la primavera de nuestro género!*

*¡Yo quiero fundir todo pretérito
y toda sombra de futuro
en un presente de sabiduría!*

*Pero tú dime:
¿cuál es tu creación?*

¿Qué has hecho para engrandecer el mundo?

*¿Has cantado ya un cántico nuevo,
o piensas que todo himno bello
ha sido declamado en el seno de la Tierra?*

Sí, tú buscas crear... Las conciencias adormecidas tienden a desoír la luz que despunta en su interior, así como a despreciar los sagrados rayos que ansían perforarlas desde el cielo. Quien ama la creatividad no desprecia nada: su amor es ubicuo, y disemina el haz de su pasión sobre todos los espacios donde cabe atisbar flores nuevas. Y sin diversidad, sin referentes externos que sirvan de contraste, la mente se ocluye sobre sí misma, y se secan los manantiales de la creatividad auténtica...

Voz ansiosa: *Mi sed nada la calma:
ni el agua más pura
tonificaría mi aridez;
hambriento vivo de un don
que ningún mundo me ofrenda:*

*la belleza de la creación,
la hermosura silenciosa del espíritu;
finos ríos de esperanza,
lagunas virginales,
focos de luz, vida y deseo
que retienen el haz de mi nostalgia...*

*Mi anhelo es impávido,
y osado es mi desafío:
yo aspiro a trastocar
lo que hoy amanece,
el sol ya dado;
yo necesito crear.*

Voz profética: *Erijámonos, hermanos de los cielos
y gozosos vástagos de la Tierra,
en artífices de un sueño que engrandezca el universo...*

*¡Cómo se contraen los pulmones de la belleza
cuando la chispa de musas providentes
detona el estallido de una furia creadora!*

*Nosotros hemos de esculpir el rostro de lo nuevo;
y fundir en el crisol de la esperanza
el diamante de la hermosura, del amor y de la sabiduría,
preámbulo de una unidad perfecta como el cosmos,
de un crecimiento futuro
que divinizará el alma de nuestras ansias.*

*Alzaremos las alas como halcones de oro
que emprenden dulcemente el vuelo
hacia las recónditas moradas de la verdad,
hacia los manantiales de la luz que inunda el mundo
con sus pulcros rayos sapienciales...*

*

Esa vasta cascada que impulsa los esquivos deseos abrigados por el alma de los hombres forja un río caudaloso, resplandeciente y colosal, a cuyo alrededor crecen los más bellos árboles y se extienden los más prósperos vergeles...

Voz ansiosa:

*En mí vive el mundo;
respira la Tierra en mis pulmones,
y bombea mi corazón
la recia sangre de los cielos.*

*Las lágrimas derramadas por mis ojos
recogen el llanto de todas las criaturas.*

*Las miríadas de estrellas del firmamento
reposan en la vastedad de mi imaginación.*

*El verde infinito que enternece
frondosos bosques callados
con sus hileras de abedules
y coposos árboles sin nombre
refleja también mi ansia de vida y luz,
mi sentiente sed de amor,
y las altas olas que exhalan los mares
salpican, con su espuma, mi anhelosa faz.*

*Mientras agonizo en mi tristeza,
pétalos de claridad recaman
la espesura de mi añoranza;
cristales de evocación
extirpan las espinas de mi desconcierto,
ensartadas en flechas de soledad;
aromas inexplorados
perfuman el fragor de mi mirada
con suaves irisaciones de esperanza.*

*Musitan mis labios versos sinceros,
claves de ecos que resuenan armoniosamente
en los bellos silbos de la naturaleza.*

*Mi voz canta al unísono
con el silencio que mistifica este planeta.*

*Todo es en todos
y todos son en todo.*

*¡Oh Tierra, oh cielo, oh misterio
que germinas en lo profundo de mi ser
y alcanzas los límites del universo!*

Esa corriente atronadora posee un destino: desemboca en un océano quizás innombrable, quizás invisible, quizás vedado para el frágil poder de la razón, mas no por ello irreal, porque no deja de cautivar nuestros pensamientos y de arrebatarnos nuestras emociones.

Ningún poeta ha logrado jamás rehuirlo. Incluso su más tenue vislumbre ha nutrido el dorado manantial de nuestra imaginación durante siglos. Nuestra aflicción, esa compunción que dimana de convivir con una voluntad insaciable y de albergar una ignorancia irredenta, nunca se curará si no exteriorizamos ese anhelo tan profundo y tan hermoso que nos embarga. Hemos de afanarnos en lo imposible, pues una voz inefable nos llama a crear. Debemos engendrar lo nuevo...

Voz piadosa: *¿No has soñado con convertir en luz toda oscuridad,
y con fundir el tiempo con la espada de lo eterno?*

*¿No has suspirado por fraguar todos los prodigios
que se alumbran en la hoguera de la locura humana?*

*¿No has anhelado prolongar la existencia
hasta acariciar las entrañas mismas del ser verdadero?*

Polimnia:

*Yo busco un amor eterno,
eterno como el espíritu de Dios,
inmenso como el deseo de felicidad
que vivifica al hombre.*

*Sólo si mi voluntad se bañara en sus aguas,
se sanaría mi dolor y se desvanecería mi tristeza;
sólo si el brillo opalino que exhalan sus corrientes
tonificara mi mirada oscurecida
y robusteciera mis manos cansadas;
sólo si una frescura libre y abnegada,
un don desprendido e imperecedero,
me acariciara con retazos de su dulzura
y me oleara con la brisa de su belleza;
sólo entonces,
sólo cuando toda palabra de amargura,
todo vocablo transido de sombras y aspereza,
todo verbo que no irradiara
la gozosa luz de la vida,
hubiera abandonado para siempre
la ávida morada de mi corazón,
me poseería la felicidad,
y me adoptaría, filialmente,
el cálido dios de la paz.
Sólo entonces emprenderían mis alas
el vuelo hacia esos nobles cielos
cuya hermosura derrite toda ansia;
sólo entonces se apagaría
el ardiente fuego de mi voluntad
y se secaría el arroyo de mis lágrimas;
sólo entonces el brío de mi anhelo
cesaría de esparcir su fulgor
por mi mundo y por el universo,
porque mi alma habría ya alcanzado
el sagrado reino del silencio,
esa mansa, verde y humilde gloria*

*que no consiste en querer,
sino en amar, en sentir y en contemplar.*

Athanasius: *¡Qué triste el deseo humano!*

*¡Qué fugaz el placer más sublime,
exiguos instantes
de éxtasis divino,
locura y sacrificio
de las más bellas energías del hombre,
causa recóndita de nuestra insatisfacción!*

*¿Cuándo se fundirá
el cirio del anhelo?*

*¿Cuándo cesará
la llama de las aspiraciones?*

*¿Cuándo se apagará
la luz de nuestras ansias?*

Sólo cuando fenezca nuestra especie...

II

Unio mystica

¡Oh paisajes infinitos que me saludáis a esta grata hora del amanecer! Mis ojos únicamente ansían belleza, y vosotros me la proporcionáis en grado eminente. Sólo albergo gratitud hacia esta generosidad tan consoladora que me bendice en la difusa luminosidad del alba...

La enfermedad me consume; las fuerzas me abandonan; la ilusión se desvanece. Sólo me queda la alegría que me brinde la contemplación de un don hermoso, y este deleite tan sutil, tan suave, tan enardecido por una frescura rejuvenecedora, dimana de ese gozo que vosotros le ofrecéis a mis sentidos. ¡Cantad, músicos ocultos que habitáis en las verdes y florecientes ramas de esos árboles coloridos y majestuosos! ¡Declamad vuestros versos, poetas ignorados, a quienes la naturaleza aposentó en los más recónditos pulmones de la vida! ¡Insuflad ahora el delicado soplo de vuestro amor!

Bosques, ríos, prados... El vigor de la tierra sólo palidece ante la inmensidad del mar. Yo anhelo palpar la docta pujanza del sentimiento. Yo sólo busco un torrente que me inunde con una novedad pura y escondida. Mi cuerpo palpita, ávido de sumergirse en unas aguas que sacien al fin mi voluntad desbocada. Las letras de los libros oscurecen mi espíritu; me fatiga volver la vista a esas ingentes cordilleras de verbos vanos y ampulosos que tantos hombres y mujeres han alumbrado a lo largo de los siglos. ¡Qué difícil resulta discernir una palabra cromada de verdad, autenticidad y amor entre tanto orgullo, tanta ostentación, tanta sumisión a ese apetito indómito de fama y poder, que trágicamente nos distancia del manso e inexpugnable reino de la felicidad! Entre esas tediosas montañas anegadas de ufanía y despojadas de la

belleza de la sencillez, ¿encontraré un tesoro que irradie doradas irisaciones, los vívidos destellos de la sinceridad?

Sólo la limpidez, sólo una potencia incondicionada me transmitiría esa misiva por cuyo advenimiento ha suspirado mi espíritu, con una vehemencia tan honda y honesta, desde que mi mente imploró por vez primera elevarse hasta las más enternecedoras cúspides de la sabiduría, y posar allí sus tersas alas: el mensaje de ese ángel bondadoso que me rescate de mi gélida soledad. ¡Ojalá me inunde ya esa luz que ha fascinado a todas las almas nobles! Resueñan hoy en mi corazón los ecos de ese texto tan profundo que dejó escrito el místico islámico Bajesid Bostami: “Entonces, el Señor, el altísimo, me descubrió su secreto y me reveló toda su gloria. Allí, mientras yo le contemplaba, no con los míos, sino con sus propios ojos, vi que mi luz, comparada con la suya, no era más que tiniebla y oscuridad. Y cuando con los ojos de la verdad examiné las obras de piedad y devoción que había realizado en su servicio, reconocí al punto que todas procedían de Él mismo y no de mí” (*Tadhkiratu l'avliya*, “Memorias de los amigos de Dios”).

¿Y cómo me atrevo a hablarte a ti, luz inextinguible por la que gime el corazón humano, si, como Abraham, me siento polvo y ceniza? ¡Oh sublime manantial, siempre lleno de agua pura, mientras mi alma vive vacía y clama por recibir la frescura de tu fuente! ¿Y no suplica mi temblorosa y pálida piel ser abrasada por tu fuego amoroso? ¿No profieren mis labios extraños gritos de estupor y dulzura cuando esta emoción me sobrecoge y transporta a ese mundo donde la noche se funde con el día, y donde el cielo brota de las entrañas de la tierra, y donde el conocimiento y la bondad resplandecen al unísono en el firmamento de la armonía suprema?

Voz piadosa: *Vagos rumores de cielos desconocidos
hormiguean en el fervor
de una imaginación ansiosa.*

*Recuerdos derrotados ceden el testigo
a la furtiva aurora de la creación pura.*

*Caminos sinuosos y soledades abúlicas
ha atravesado el alma hasta alcanzar*

la visión pura e indivisa del ser.

*Es el amanecer de la mística;
canta ahora el amante despierto,
que acaricia el objeto
de su pasión más profunda.*

*Se entonan las más altas melodías,
y toda la belleza desemboca
en las aguas del conocimiento y del amor.*

*Se abren las puertas de lo que no tiene nombre,
porque jamás ha de ser nombrado,
sino sentido y alabado
con el más hermoso de los ímpetus
que despliega el hombre.*

*Brilla ya la morada del saber eterno,
resplandece la verdadera salvación.*

Voz ansiosa: *¡Cómo soportaré tanta belleza a mi alrededor,
tantas sorpresas enraizadas en este mundo,
tanta luz por descubrir!*

*¡Quién no quisiera ser todos y serlo todo,
recorrer todos los enclaves
y surcar todos los cielos,
palpar todas las primaveras
bajo soles inmarcitrables
o noches de consuelo!*

*¡Oh gran mundo,
gran ser,
gran vida,
gran espíritu,
gran cruz*

*de la experiencia inconclusa
que me transporta
a la noble morada de lo nuevo,
no reniegues de mí,
concédeme degustar todo cáliz
y amar toda bondad
que camine sobre esta tierra!*

*Mi corazón ansía demasiado,
ama demasiado,
busca demasiado;
se fundiría con toda alma pura
y besaría todo rostro entristecido;
todo color sublime admiraría
en esta historia irredenta.*

*Fuerza desconocida,
acacia solitaria
que canta a lo inescrutable:
nos has condenado
a alabar la hermosura de la vida,
pero ni un ave inmortal
contemplaría tantos paisajes divinos
que pueblan este mundo;
exánimes nos dejas
ante tu despliegue de fervor,
pasión y armonía;
es una tortura ser hombre
sin ser dios al mismo tiempo.*

Athanasius: *¡Oh Dios mío!, ¿adónde me llevas?*

¡Revélame ya tu luz!

*¡No me hagas soñar con ojos que naufragan
en la vaguedad de océanos imposibles!*

*Entre espadas flamígeras,
he recorrido el mundo y he venerado el cielo;
miles de páginas han sucumbido a mi avidez;
mi curiosidad me desveló un parnaso
imbuido de belleza, profundidad y sabiduría;
efigies de bondad y erudición
me deleitaron con sus palabras.*

*Pero yo te busco a ti,
verdad eterna,
hermosura escondida,
amor que nunca muere,
caricia que no acaba,
verbo que no defrauda,
amigo que siempre acompaña.*

¿Dónde tus destellos?

¡Me abandonas!

¡Reniegas de mi corazón!

*En este espacio de soledad,
se abren las esclusas del dolor,
y un inmenso torrente de tristeza
me inunda con furia y rapidez.*

*Nada ni nadie captura mi ser,
y por ello abjura de mí
la dulce mirada del amor.*

*¡La fe me destierra de su cálido reino,
pero yo necesito amor,
más amor,
un amor infinito,
un canto misericordioso que suavice
las tribulaciones de esta alma lacerada!*

*Ya no palpo las agitaciones
de esa luz perenne y enternecedora
cuyo vibrar mece los resortes del universo,
y como pétalos de un mundo fenecido
me envuelven los recuerdos de su belleza.*

*¿Dónde un atisbo de tu ser
que no perezca cuando concluyen
la magia de la música
y el embrujo de la poesía,
esas fuentes prístinas
de mis más honestas lágrimas:
las raudas aguas del sentimiento?*

*Y contemplo la vastedad del cielo,
pero no veo tu rostro,
sólo el don de la vida,
la floreciente llama del amor
que copa nuevos espacios
en la verdad del ser.*

*No cesa de sorprenderme este mundo,
y este hombre,
y esta mente,
y este deseo,
pero aún ignoro qué soy
y qué debo ser.*

*¡Arde,
gran teatro del existir,
gran sol de la vida,
y propicia que vuela
ese fénix escondido
en las cenizas de tu misterio!*

*Ha de brotar ese mundo
que desborde nuestro anhelo;
ha de despuntar esa aurora
que humille nuestros conceptos;
ha de triunfar la paz
sobre esta incesante guerra
en los senos de la vida.*

Voz ansiosa: *Las noches se suceden sin cesar,
mientras crepúsculos abnegados
entrelazan luz y oscuridad,
hilando mi llanto con su recuerdo;
pero mi deseo persiste,
mi duda arrecia,
mi inquietud me devora:
¡eres tú, Dios añorado,
ese misterio que me absorbe,
esa claridad ausente en mi mirada,
el único bálsamo absolutorio
para esta soledad que me consume!*

¡No te encuentro!

¿Cuándo te verán mis ojos?

*¿Cuándo elucidará mi pensamiento
los colores que enardecen tu rostro?*

*¿Cuándo se secarán mis lágrimas
al invocar tu nombre impronunciable?*

*¿Cuándo abrirás la ventana
de mi mundo de vacío, silencio
y erupciones de dolor
para esparcir pétalos de sentido
y cálidos aromas de un amor imposible?*

*¿Cuándo derruirás los muros
que me separan de la historia
y de los coros de voces humanas?*

*¿Cuándo extenderás tu brazo
para acariciar mis manos afligidas
y revelarme esa palabra que busco
desde el inicio de los tiempos?*

*¿Cuándo rescatarás mi pureza recóndita,
y brillará libre ese cielo de anhelos
que florecen en mi reino incognoscible?*

*¿Cuándo reverdecerá mi alegría
como primavera luminosa e inmarchitable?*

*¿Cuándo me alzaré, confiado,
ante los poderes del cosmos,
y beberé del cáliz de la sabiduría?*

*¿Cuándo soplarán vientos diáfanos
que transporten rosas de entrega?*

*¿Cuándo esculpirá mi fragilidad
la efigie de una faz redentora,
haz de rayos
enhiestos y perforadores
que transfiguren
toda nube de melancolía
en hondos celajes de esperanza?*

*¿Cuándo me retiraré
a una morada de paz creadora,
y exhalarán labios eternos
los más hermosos verbos de misericordia?*

*¿Cuándo me sumergiré
en intuiciones inexploradas?*

*¿Cuándo coronará mi espíritu
el Carmelo que entroniza la delicadeza?*

*¿Cuándo estrecharé todos los cuerpos
y escucharé todos los cánticos
que entonen honestas alabanzas?*

*¿Cuándo me atraparán
los ángeles de la belleza,
y me elevarán hasta un parnaso
donde sólo resplandezcan
soles incondicionados?*

*¿Cuándo sucumbirá todo espacio
a mi ansia de universalidad,
y se desceñirá todo cielo
de sus densas diademas de silencio?*

*¿Cuándo se fundirá ese cirio límpido
que clama por integrar la razón
con los gozosos vástagos del sentimiento?*

*¿Cuándo respiraré todas las fragancias
y hablaré todas las lenguas?*

*¿Cuándo desbordaré
las fronteras de lo humano?*

*¿Cuándo contemplaré volar
palomas que sólo difundan buenas nuevas?*

*¿Cuándo recobraré mi corazón
la dulzura perdida?*

*¿Cuándo crecerán
tallos que fusionen las tierras y los cielos?*

¿Cuándo seré todo en todos?

¿Cuándo se cumplirá mi profecía?

Voz nostálgica: *“De profundis clamavi ad te”,
sed non audivisti deprecationem meam...*

Voz piadosa: *Te conquista tu impotencia
con su haz de ciega luz calcinadora,
y consumes tus horas
ante la vela de la angustia;
en tu corazón magullado sólo anida
el espíritu del desasosiego,
sólo rugen la soledad
y una tristeza que no amaina,
mientras tu esperanza se precipita
como una hoja seca y cansada
que busca reposo perenne
en las entrañas de la Tierra.*

*¿Dónde se ocultó tu fe
en la serena magia de la vida?*

*La imagen de Dios
no se encarna en almas umbrías,
sino en las miradas anhelantes
eternizadas en hondos cielos de pureza:
en el fulgor de la faz amorosa
que entrega a los demás
su pujanza noble,
valiente, solícita y luminosa.*

*El espíritu cae infinitamente,
hasta un fondo insondable
y unos límites inalcanzables;
tan profundos se revelan sus dominios
que ninguna luz los perfora,
y sólo resuena en su reino
el eco de una voz embrujadora,
de rumor agrio y tronante:
la agreste dicción del egoísmo.*

*Del ensimismamiento nos rescatan
los pulcros brazos de la humanidad;
hemos de escapar de esa morada,
acongojante y subterránea,
y volar con las bellas alas
que conducen al sol de la felicidad,
cuyo candor nada derrite,
pues sólo irradia paz,
indulgencia y libertad,
y todo lo restaura y reconcilia.*

*El reflejo de lo divino
no se plasma en esas ansias,
en esas voraces llamaradas
de un entender descomedido,
sino en percibir la fragancia
de un poder incesante y piadoso
aun en la brevedad de la vida,
una aurora que en nuestros ojos
insufla el aliento de la sabiduría,
para que los tallos de la bondad
crezcan frescos y vigorosos.*

*Deleitémonos con la hermosura
que abrasa el universo,
mas no perdamos la fe*

*en las alas de la humanidad:
hemos de surcar los cielos
de esperanza hereditaria
que acogen el bien y la verdad.*

*Si nos abrimos a la pureza del amor,
nos transfigurará su ardor divino,
y ya sólo respiraremos entereza,
mansedumbre y alegría,
y alabaremos al Dios eterno
y a su gloriosa sabiduría,
luz inmutable y soberana
que no resistió la pulsión
de la clemencia, de la osadía,
al descender desde su sitial gestatorio
saciado de honor, riqueza y plenitud;
encarnada en la fragilidad
del tiempo, del deseo, de la juventud,
asumió nuestro dolor vicario
y cicatrizó nuestras heridas,
para compartir las contradicciones
que exhala el regio fuego de la vida.*

*Sumerjémonos entonces
en los dulces manantiales del amor,
émulo de lo eterno e innombrable,
pues brotan de sus grutas
caudales hialinos e inexhaustos
de ciencia, gozo y compasión.*

¿No sientes un poder que te trasciende?

¿No eres hijo de un amor desconocido?

*¿No se elevan nuestros sueños,
otrra circuncidados por manos oscuras,*

*hasta el fervor de las estrellas,
como silentes hiedras trepadoras
ávidas de coronar cimas puras?*

*¿No se vincula todo
a un principio sin final
y a un final sin principio,
invisible y áurea cadena
que todo lo entrelaza y unifica?*

*¿Quién definiría
las lindes del firmamento
y los confines del pensar?*

*¿Acaso existen un afuera y un adentro
en la santa inmensidad del intelecto?*

*Mana de las nieves del espíritu
y de la vastedad del universo
un bello palpito de infinitud;
sus aguas resplandecientes
borbotean, como ángeles solemnes,
desde elíseos hontanares
que desprenden luz y vida,
pues ¿no llueve con cada amanecer
una claridad placentera y sobrecogedora,
una bendición grata y embriagadora,
cuyo docto aplomo no se detiene
ni siquiera en las altas horas del crepúsculo,
cuando impera una mudez estremecedora?*

*Todo comienza de nuevo,
en un ciclo que nada conmueve,
tenaz rueda a cuyo son reverdecen
esos coposos árboles que flanquean
los arcanos y vívidos torrentes*

*recorridos por nuestro ser;
y en su flor despunta la rúbrica
de lo sublime e imperecedero,
de la inmortalidad suspirada
y de la felicidad implorada.*

*Infinito es el mundo
que nos circunnavega:
infinita el alma,
infinita la belleza,
infinito el amor,
infinito el poder
de cuyos pechos sapienciales todo surge,
en cuya matriz se hunden todas las raíces
y hacia cuya mar toda acción confluye...*

Voz ansiosa: *¡Corred, sagrados ríos de la vida:
ningún abismo detendrá vuestro curso;
ningún acantilado se alzaré
entre esa vastedad de océanos
que ocultan perlas inmortales
y el dolor profundo que hiere hoy la Tierra!*

*La luz de vuestros manantiales
sepultará los oscuros precipicios
que escinden realidades y deseos:
todo sol despuntará
en horizontes de pureza eterna;
todo anhelo desembocará
en mares de claridad y encanto;
toda gota de sangre
se convertirá en agua de esperanza;
toda obra bordada
por las infatigables manos del hombre
enjugará las lágrimas
que desprenden nuestros rostros;*

*todo palpito de belleza
forjará castillos de sólida hermosura
que asienten la rosa de los cielos
sobre las llanuras de este mundo.*

*Euterpe: Purifica tus impulsos
en mares de bronce;
así ascenderás a las estrellas
y acariciarás los trazos nevados
de sueños doctos y pujantes,
flechas clavadas
en insondables lejanías,
alegres clamores
de voces insomnes y arrebatadas
que no han cesado de cantar
a los hijos de la vida.*

*De los pasos perdidos
nacerá un son nuevo,
una luz inusitada,
una enseñanza oculta
que penetre en la esencia del todo,
en su origen y su desarrollo,
en su presente y en su posibilidad;
no habrá polvo ni hollín
que sepulte esta lámpara eterna,
este fervor inagotable.*

*Bucearás en lo profundo,
bajo el hondo escrutinio de los cielos,
y triunfarán las huestes del gozo
sobre los haces de rosas descoloridas
y los centinelas de sonoras soledades...*

*Verdades, símbolos y experiencias
mostrarán el camino*

*a la más pura de las metas:
crear.*

Athanasius: *Mi crispado rostro
pugna por un existir nuevo;
ansío la eternidad
en el areópago de los clamores puros:
me desvivo por rozar su nitidez,
y busco su brío más egregio
en el vasto océano del conocimiento;
deseo el cáliz de la sabiduría,
mas surcan mis alas y mis sueños
largos caminos velados,
cuya inclemencia me sume
en fosas de fiereza y agonía.*

*Emergen fallas vigorosas
que escinden mi corazón;
onerosos haces de inquietudes
se precipitan como peñascos agrietados
sobre las nubes melancólicas de mi espíritu:
sus roturas incorpóreas fragmentan mi alma.*

*Espectros de dudas desoladas,
cinceladas en la noche de la honestidad,
remolinean angustiosamente a mi alrededor,
como ávidas de absorberme y hundirme
en los profundos abismos de una soledad herida.*

*Me posee el más alto de los anhelos,
pero no coronó sus nobles cimas vitalicias,
esas catedrales anegadas de luz,
en cuyas cúpulas ángeles risueños
entonan loas a la verdad y al amor...*

*¿Qué caricias insospechadas
me prodiga este mundo tan yermo y tan oscuro?*

*Vuestros ojos sosegados
perciben luz y sabiduría
allí donde mi voluntad tan sólo encuentra
espinas de negrura, ignorancia y apatía,
esparcidas por voces pusilánimes,
inundadas de irreparable languidez...*

¡Yo no debo ni puedo sentir tanto!

*¿Qué obtener,
sino este sutil sinsentido
de impotencia perforadora
y de penumbras de nulidad punitiva,
sombras que se alargan más y más,
medrosos resplandores que expanden,
con rapidez perturbadora,
mi feroz y cruel pesar,
mi escepticismo despiadado
ante el sagrado valor de la verdad?*

*¿Dónde encontraré descanso
y contemplaré claridad?*

¿Dónde yacerá por fin mi espíritu?

*¡Yo busco la verdad,
y sólo encuentro un infinito indoblegable,
un silencio altivo y doloroso,
una imposibilidad que me aniquila!*

*No, no equivale el ser al pensar:
el ser evoca un poder libre,
demasiado hermoso para sucumbir
a las insumisas garras del entendimiento...*

Meister Eckhart: *En amaneceres sonrosados,
repletos de claridad y amor,
hemos de regresar
a nuestra patria creadora,
a la Ítaca de nuestra inspiración,
para reconquistar el más noble patrimonio
deparado al espíritu del hombre:
la confianza, la entrega, el anhelo.*

*Dispongamos nuestras manos
y palpe nuestro corazón,
desde ocultos balcones
y tras oscuras celosías
de serena y bella holgura,
hospicios de amapolas místicas
e intactas flores de indulgencia,
la suavidad del perdón
en el misterio de los rostros,
en su luz y en su ternura.*

*Toda palabra se refleja
en el ópalo del amor...*

*Nuestra alma inmortal busca conocimiento;
quiere entenderlo todo y agotarlo todo,
pero nuestro corazón ansía silencio,
esa hermosura a cuyo son se oye
la palabra inesperada,
la grácil sorpresa de la vida.*

*El saber no nos redimirá:
es infinito e insaciable,
y siempre desemboca
en inhóspitas contradicciones.*

*Se alza una luz,
agilizada en osados cielos de pureza,
que la ciencia no comprende:
es el aquí y el ahora,
es la mirada inexorable,
son los vocablos,
es el sentimiento.*

Voz extasiada: *Te tienes a ti mismo,
¡evocación de fuerza infinita!*

*El poder de amar nunca se agota;
flaquea, tiembla y desconcierta,
pero jamás se extingue su furor más profundo...*

*¿Quién no se sumergiría sin cesar
en las aguas de su gozo,
reminiscentes de lo infinito?*

*Llegué a amar el conocimiento
y la luz de la inteligencia
como las mayores glorias del hombre,
pero ahora sólo amo la bondad.*

*El saber puede encerrarse en libros;
la bondad sólo brilla en los rostros,
¡y bienaventurada sea la bondad,
porque su fulgor diviniza al hombre!;
mas tú,
alma atormentada
por la soledad de lo infinito,
¿has llorado alguna vez
ante una idea profundamente hermosa?*

*¿Han fecundado tu espíritu;
esas lágrimas vertidas ante la bondad?*

*¿Te ha extasiado un pensamiento tan hondo
que revelaba la faz de lo sublime?*

*¡Alégrate entonces
más que toda hija de Sión!,
dulce retoño del existir,
pues ya eres dios,
ya acarician tus dedos el cielo,
ya vives para siempre
en el parnaso de la verdad,
y ya has cumplido tu destino como hombre.*

Santa Teresa:

*El saber entraña una ilusión,
vanas efigies de un amor imperecedero,
un sol tenue y fugaz
abocado a desvanecerse
ante las heladas voces de la muerte,
rodeado de oscuridad, de angostura,
de huestes de nostalgias invasoras
que coaccionan nuestra perseverancia,*

*¿De qué sirven
el caudal y los ríos de la ciencia
si no aprendemos a amar
y a renunciar a nosotros mismos?*

*Sólo una mirada de compasión
mitiga el dolor de egos infatuados
y apacienta los deseos del alma.*

*Desde las macizas rocas de basalto
que sustentan tu resignación,
has jurado votos de obediencia
a la sagrada orden del entendimiento;
en tu espíritu clamas por comprender
por qué enmudece el cielo y crecen las flores,*

*por qué coruscan los astros y arden los colores,
pero permanece siempre un destello
que desborda toda verdad,
toda bella palabra,
todo noble sentimiento:
se llama "vida".*

*Y la vida sólo es digna
si es esclava del amor,
del desasimiento, de la quietud;
sólo es profunda
si yace en ciego amor sumida,
en ansias infinitas secuestrada,
espiral de tormento invisible
que acerque el alma a lo divino;
si es una vida que no teme
la sombra del sepulcro,
y ofrece su claridad
a una luz desconocida,
a una hermosura que nos excede.*

*Todo corazón ha de consentir
que lo traspase un rayo de oro:
el tridente del amor,
el haz del perdón,
la santa suavidad que redime
todo rostro demacrado
y todo sueño perecido;
una belleza tan piadosa
que hiera la imaginación
y rasga el velo del silencio,
porque en su flecha reverbera
el místico poder de lo inefable,
de quien convierte su vida
en testimonio del amor...*

*Ya no es él o ella;
ya no son el tiempo y el espacio;
ya no es lo eterno y lo inmutable;
ya no son los cielos y la tierra:
ya sólo se alza la unidad,
la intuición célibe
y no parcelada
en la soledad de estratos inconexos,
la pureza ascética,
la contemplación;
un corazón dilatado,
una esperanza que desafía
la fuerza de toda dialéctica...*

*Sólo un beso celeste repararía
conceptos enfermos,
huérfanos de luz, amor y vida...*

Voz admonitoria: *¿Fluye por tus venas
la sangre de este mundo?*

*Desde tu atalaya de ciencia y complacencia,
sólo resplandecen las cadenas de lo eterno,
pero el amor verdadero
vive en la historia,
en el dolor del hombre y la naturaleza,
en la hermosa y vibrante finitud
que riega las provincias de este mundo
con su rocío de oscuridad,
luz y exuberancia.*

*Si no inhalan el aire herido de la historia,
tus palabras serán fatuas,
y caminarás por las sendas de la vida
como un vagabundo extraño,
carente de patria, hogar y ternura.*

Voz ansiosa: *Pureza buscan mis palabras vanas,
amor desean mis exhaustas ansias,
y respirar las más dulces fragancias,
para imbuirme de gracias soberanas...*

*Mas solo estoy
y solo resisto,
recluido, sepultado,
ensimismado
tras las grises rejas
de un ser afligido,
hostigado por noches
de fiera pesadumbre,
bajo vastedades parsimoniosas,
lisiadas en su tosca indiferencia;
capciosos nardos de incertidumbre
propagan sus agrias profecías,
mientras yo busco sin hallar,
y muriendo, vivo...*

*No he comprendido aún
que el llanto enaltece la vida,
porque rubrica el don y el misterio.*

*He de llorar,
si las lágrimas de mi impotencia
arrastran la nave de la entrega:
de quien sufre con la humanidad,
y en ese dolor encuentra
la íntima verdad de la vida.*

*¡Oh sí!, ese ángel que os atravesó
me alcanzará también a mí
con su puñal indescriptible,
y perforará mis entrañas quebradas
con el filo del amor;*

*flor de sonriente y tierna faz,
el sosiego de sus alas virginales
y de sus cabellos ensortijados,
haces de ondulantes brillos sinuosos
y hermosas plumas de faisán dorado,
se deslizará, sensualmente, sobre mí,
para bañar con sus destellos mi rostro;
él me traerá ese dulce dardo
que clave mí su secreta pujanza:
la eterna cadena que me vincule
a un paraíso trenzado de amor;
su corazón será el mío,
y mi turbación abrazará la suya...*

*Me abrasará su metal incandescente,
matriz de todo fuego inextinguible,
y el dolor de mi espíritu me enseñará
una verdad que jamás envejece,
ribeteada de vidriosas esmeraldas,
evocaciones de placeres recónditos
y de sombras prohibidas
que ululan en el alma...*

*Ven, ¡oh ángel de amistad!,
retoño de facciones límpidas
y lechosos pómulos curvados
sobre mares de espuma e inocencia;
acerca tus labios a mis mejillas,
distiende tu cálida piel de terciopelo
y fascíneme con tu mirada insondable,
¡oh rubio seráfico que reflejas
la inefable luminosidad del cielo!*

*Vivo hambriento del beso de tu lanza;
mi sangre es fresca y pura,
e incluso a un ángel deleitaría,*

*pues en sus linfas sólo nadan
luces de un deseo sincero,
semillero de galaxias y cometas:
la sed de entendimiento.*

*La mixtura de este anhelo
de comprensión y felicidad
con el púrpura amoroso
que irradia tu noble arma
redimirá mi sangre
y saciará mi soledad;
desde su púlpito de pasión
contemplaré cada posibilidad
en cada inagotable universo
que me otorguen sus manos puras,
como corolas descendidos
del cielo de mis sueños,
y de penumbras mortecinas
brotará el sol de la esperanza,
el amor que conquistó lo infinito
luna oculta donde delira todo concepto...*

*¡Ven, oh ángel,
pues te aguarda mi impaciencia,
profunda y aleccionadora,
sobre las ansias de una tierra
que no cesa de enarbolar
racimos de presagios
y espesas nubes de estrellas
como mosaicos indescifrados!*

*¡Hierre mi alma con tu belleza,
y ya sólo cantaré tus alabanzas!*

*¡Ubica la fuerza de mi espíritu
en tus órbitas solemnes y armoniosas!*

¿Cuál es tu nombre?
¿Quizás “poesía”?
¿Quizás “hermosura”?
¿Quizás “conocimiento”?

*Me revelarás tu onomástica sagrada,
porque he perseguido un único pétalo
en cuantas rosas pueblan el universo:
un verbo de consuelo, belleza y sabiduría;
yo sueño con entronizarlo en mi corazón,
para transformar mi espíritu y mi cuerpo
al son de una verdad imperecedera...*

Voz piadosa:

*Dadme un corazón más extenso
que todos los océanos,
más puro que todas las estrellas
tendidas en los arcos del infinito,
más noble que todas las miradas
de ternura y misericordia
nacidas sobre la faz de la Tierra;
tan inmenso como para acoger
todo dolor y toda dicha,
y fundir los ecos del egoísmo
en el crisol de amaneceres nuevos,
en auroras de una bondad
que redima y exalte nuestro ímpetu creativo
con las serenas alas del amor.*

*Quien lucha por amar
se conquista a sí mismo,
porque con amor,
con esa fe sublime en lo desconocido,
camina el hombre sobre las aguas,
abre océanos,
limpia cielos,
mueve montañas,*

*engendra ángeles,
exhala palabras divinas,
levanta pirámides
y embellece cordilleras;
con los ojos del amor
se disipan las sombras
de todas las tragedias,
ahora transfiguradas
en astros de luz primordial
y en dulces rostros de inocencia;
con un amor libre
alcanzamos la felicidad verdadera
y expandimos las fronteras del alma...*

*Sólo el buen pastor,
un entender recto
y un actuar compasivo,
nos guiará con su cayado
por los valles y hondonadas del espíritu;
el existir será suave
para toda alma atribulada,
porque degustarán sus labios
el sabor de lo eterno
en cada parcela de la vida,
de una vida que busca crear
la efigie de lo nuevo...*

*La sed de Dios es sed de amor,
y luz es mi alma en este acontecer,
diáfana como la ventana a lo imperecedero
que abre todo enamorado.*

Voz extasiada: *Poder invisible,
señor de rostros escondidos
que precede auroras y ocasos,
mente del universo,*

*corazón flagelado
y llama sempiterna
que trasciende toda imagen,
ímpetu creador, renovador y destructor:
asperja mi alma con el hisopo de la verdad,
receptáculo de gotas inmaculadas
que reflejen el mundo en su pureza,
desasido de amor, pasión y celo,
yacente en su simplicidad
bajo cielos sedientos de ternura,
surtido de imágenes límpidas e iconos diáfanos,
vástagos de una claridad perdida
que aún hoy captura los suspiros más hermosos,
las lágrimas más nobles
del ansia humana de entendimiento...*

Athanasius:

¿Qué extraña fuerza me interpela?

*¿Qué vago sonido penetra en mí,
y me invita a renovar la faz de mi pensamiento
con mundos inexplorados e ideas insumisas?*

*¿Qué tenue vislumbre del futuro
me llama por mi nombre,
y me exhorta a deshacerme
de todo apego hacia el presente,
a despojarme de la gruesa capa del temor
que me ata a los mástiles de un cosmos fenecido?*

*¿De qué cielo inédito procede
este chorro de libertad y entusiasmo?*

¿Qué estrellas emiten esta luz inopinada?

*¿Qué labios declaman este nuevo poema
a la belleza de la vida,*

*pájaro de beneplácito
suspendido en corrientes de amor puro?*

*¿Qué espada corta las cadenas de mi impotencia,
y qué alas siembran en mi corazón
el sueño de una obra grande,
de un acto heroico,
de un amanecer de ímpetu creador?*

*¿De qué escondido centro de los mares
emergen estas olas de valentía,
estas crestas coloreadas de espuma y esperanza?*

Voz extasiada: *El pensamiento es una parte de la naturaleza,
pero no agota su exuberancia,
y no siempre es la más bella y fecunda
de cuantas regiones tejen su manto eterno...*

*

¿Cómo no admirar a Santa Teresa? El alma, proclama esta doctora mística, semeja un castillo compuesto por siete moradas. La perfección estriba en penetrar en la séptima, más amurallada aún que la recia y severa ciudad de Ávila donde vio por primera vez la luz esta ilustre reformadora católica. En su seno reside el señor de tan singular alcázar, el amo legítimo de esta insólita fortaleza. Comprendió la santa madre del Carmelo que sólo al amparo de esta ciudadela esquiva se funden, en sagrada coalescencia, lo humano y lo divino. Moradas, estancias, fases que debe recorrer cada persona para ingresar en la inagotable esfera del conocimiento espiritual...; empresa ésta, sin embargo, que no se mostraría susceptible de culminación sin la gracia otorgada por el Altísimo, cuyo don munificente prende el vigoroso fuego de nuestras potencias, cuan hermosa y noble luz que nos alumbra en el otrora tenebroso baluarte de nuestra alma. Y la gracia equivale a un reino, a una constelación infinitamente luminosa y pura, capaz de abarcar lo natural, para aquilatarlo y desbordarlo:alzada sobre lo propio y excluyente, corona lo impropio, lo

originario y supremo, lo último e integrador. Sólo la mística, sólo la unión total de nuestro ser con Dios, sólo la plena pertenencia al ámbito unificador de la gracia, nos permite atisbar la profundidad que permea estas crípticas verdades, cuya hondura excede la ductilidad de todo concepto, de toda vibrátil sistematización abocada a ahogar las energías del espíritu en la rigidez de las ideas.

Tanto las místicas occidentales (judía, cristiana...) como las orientales (hindú y budista), tanto las místicas antiguas como esas chispas de pureza, amor y trascendencia que han dimanado de los labios de Simone Weil, han exigido una renuncia firme a lo concreto para sumergirse en el hierático y arcano terreno del espíritu, en ese orbe imponderable que acoge las semillas de la plenitud y redime los abismos de la miseria humana: una negación de la voluntad de vivir. ¿Cómo no percibir la estrecha analogía con la *Verneinung des Willens zum Leben* predicada por Schopenhauer, filósofo que distinguía tres niveles de manifestación de la voluntad: el atingente a la concatenación universal esclarecida por la ciencia; el que concierne al arte, en cuyos cielos se abre el espíritu hasta divisar las ideas, que fungen como intermediarias entre la multiplicidad caótica y la unidad de una voluntad no parcelada; finalmente, el que acrisola la compasión?

¡Cuán bellos se nos revelan los astros que tutelan ese embrujo inflamado por la fúlgida llama del romanticismo, brillo inextinguible que nos incita a arrodillarnos frente a lo santo, ancestral y sugerente!

Sí, nos fascinamos ante la indiferencia, ante el desasimiento, ante la absorción de la latente voluntad individual en el imperio mayestático que consagra lo universal, en esa razón suficiente que lo envuelve todo desde su cuádruple raíz, para así llegar a una “noluntad”, a un quietismo y a un embelesamiento conmensurables a esa paz beatífica conquistada por Buda a la grata sombra de una humilde higuera, pero cuyo intenso palpito siembra también el germen de ese sentimiento trágico de la vida sobre el que meditara Unamuno, también ante un Cristo crucificado que “hila la eternidad con sus suspiros”... Sólo entonces accede el alma a una conciencia superior, donde los opuestos se fusionan y se desvanece la disparidad entre el amante y el objeto de su amor, para ceder el testigo a una unidad inescrutablemente bella y poderosa.

San Juan de la Cruz lo recoge en unos versos de hermosura insondable:

*“Quedéme y olvidéme;
el rostro recliné sobre el amado;
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado,
entre las azucenas olvidado”.*

(Noche Oscura, canción 8)

*

Sin embargo, ¿puede el hombre desistir de edificar él mismo un mundo nuevo? ¿No impone la mística una sutil tiranía sobre las ilusiones más profundas de un pensamiento que ansía superar todo lo dado y descubrir un flamante manantial de vida, fuerza y creación? Veneramos a todo egregio místico, a Meister Eckhart y su sublime metafísica de la fusión entre el ser y el no-ser, pero lo que ellos contemplan en el aquí y ahora de su éxtasis inefable sólo puede surgir mediante la investigación racional del mundo.

¡Oh místicos!, incitad el sentimiento, avivad su fuego, pero no apaguéis el anhelo de conocimiento que vibra en nuestro espíritu, no os recreéis en lo indecible, no os regocijéis en la ignorancia, no frustréis el camino de la razón como única senda hacia la libertad, no nos obliguéis a luchar contra el sentimiento por haberlo entronizado avasalladoramente sobre la razón, ahora demudada en estrado de sus pies... Deslumbradnos con la belleza de vuestras palabras, pero no condenéis como impío al que se afana honestamente en llenar los vacíos del saber presente y en abrir los pórticos del saber futuro, acuciado por esa sombra que devora el alma de todo hombre comprometido con la búsqueda de la verdad.

Shakespeare: *“We know what we are,
but not know what we may be”...*

Hölderlin: *“¿No podemos hallar lo que somos,
y lo que buscamos,
y en cambio hallamos lo que no somos?”*

*¿Qué es el ser y qué no es el no ser,
presagios líquidos de sueños inmortales?*

Leibniz: *¿Por qué tú, oh ser?*

¿Por qué no tú, oh nada?

Voz piadosa: *En el misterio irrevocable del instante
en el inagotable aquí y ahora del existir,
que rehúye las sonoras fuerzas del concepto,
emerge un poder infinito
y se derrumban las montañas del pasado;
prosiguen epopeyas inescrutables
y sucumben potestades marchitas;
se abaten sentimientos
y renacen pasiones antes olvidadas
en pavorosos sarcófagos de indiferencia.*

*Es el hoy, hermanos míos,
es este amanecer de virtudes ignotas
el rocío que inspira mis cánticos nuevos,
mientras despunta el cielo de mi nueva esperanza
y se apagan las luces fenecidas
en profundos crepúsculos de tristeza.*

*Jamás comprenderé que también ahora,
que también aquí,
que también en mí se abran
las esquivas alas del ser;
jamás,
jamás devorará mi sed de palabras verdaderas
este enigma insondable
que hoy me sostiene,
y ayer edificó
la catedral del universo.*

*Jamás,
jamás penetraré en esos acordes puros e infinitos
que propagan los hermosos ecos de la naturaleza.*

*Jamás,
jamás conquistará mi imaginación
esa cima de hondura y belleza
donde arde la antorcha de toda respuesta
a una voz de ansias heridas y ojos arrebatados:
por qué,
de un océano de posibilidades inabarcables,
se encendió el sol de mi aurora...*

Voz nostálgica: *¿Qué es más sublime:
reflexionar sobre la poderosa forma del yo
o percatarse de que mi ser,
mi unicidad,
mi enigma,
se nutre de la misma materia,
de la mismas leyes,
del mismo vigor que vivifica galaxias
con su soplo inconmensurable
y su fuerza de génesis recóndita?*

*¿Dónde brilla más luz:
en el individuo o en el todo?*

*¿Dónde me conoceré,
abismo infinito,
espíritu ansioso y concatenado
a pujantes lazos de sutileza, esfuerzo y vastedad,
si no es en las fuentes del todo que me auspicia?*

Voz ansiosa: *Me atormentan las dudas,
y las lágrimas absorben
mis flácidas energías.*

*La aurora pusilánime
de sediciosos titubeos
traiciona mi fe en la razón
y desvirtúa el rostro de mi esperanza;
recuerdos heridos vagan junto a mí:
son los lejanos ecos de ansias marchitas,
como nieblas emanadas
por los espiráculos de criaturas invisibles
que me cercan con su sombra
y hurtan la antorcha de mi celo,
mientras sus nubes esquivas
fluctúan por el reino de mi nostalgia,
por mi hipertrofia de sentimientos fenecidos.*

*¡Revélate, oh luz!,
y transpórtame a esa esfera de paz pura
y conocimiento verdadero,
donde el peregrinaje de la vida
alcanza las cúspides de una bondad redentora;
¡devuélveme a una infancia perenne!,
donde rosas de inocencia arropen mi cuerpo
y bendigan mi alma,
donde la historia y el existir del hombre
sólo irradian creación, entusiasmo y esperanza;
¡sumérgeme en esas aguas de amor desconsolado
en las que añoran naufragar
los valerosos hijos de la entrega!*

*Hoy,
en esta noche de incertidumbre y flaqueza,
abrumado por estrellas y galaxias
que abaten toda vanidad,
sólo la ciencia,
sólo ese avance incesante
hacia el hogar de las fuerzas primordiales
que impulsan la epopeya del universo,*

*sacia mi dolorosa sed de verdad;
sólo el rocío de sus pechos amamanta
las desdichas de una vida
hambrienta de novedad...*

*Pero yo busco bañarme en aguas más profundas;
mi espíritu ya sólo anhela
rasgar el velo de lo eterno;
mi corazón suspira por besar
ese rostro que esconde
la clave recóndita del ser;
yo no quiero desentrañar misterios:
yo sólo quiero ser amado...*

Silesius:

¡Ah, infausta orfandad de respuestas!

*Nos aprisiona un delirio,
un fuego de largas llamaradas
incorregible y ubicuo,
cuya aciaga luz nos impulsa
en todo tiempo y en todo espacio
a no desistir de formular preguntas...*

*No, rosa erguida, no te inmutes,
y no te conmueva, ¡oh divina flor
enderezada por magias líricas!,
la incesante pléyade de dudas angustiosas
que la mente humana forja y no abastece.*

*Yo nada pregunto,
mas amo la hermosura
imbuido de destellos
inmortales,
como un vacío libre
que flota en presagios
y silencios puros...*

*No, no me equivoqué cuando anuncié,
con un fervor límpido
y en un clamor honesto:*

“Die Rose ist ohne warum, sie blühet, weil sie blühet...”

Voz piadosa:

*¡Oh Dios de la verdad y del amor,
que trasciendes todos los conceptos
y humillas todas las religiones!*

*Tú eres lo infinito e inabarcable,
el siempre más a todo el ser
en su limpidez inefable,
la fuerza incontenible
que todo lo vivifica ...*

*De tus entrañas brotará
el obelisco de excelsa luz
que transfigure todas las tinieblas,
espejo de claridad suprema
cuyos rayos esculpan la justicia,
el reino de la justicia verdadera,
hacia el que dirige su vigor
el ojo de todo destino
en el inacabado templo del espíritu,
en el eterno altar del amor,
don que purifica, ilumina y une.*

*Tú inspiras
el casto beso al mundo
de un alma en perenne búsqueda,
ansiosa por desempolvar
el libro ignoto que todo lo contiene,
la clave del amor,
que es la cifra de la sabiduría
y el hogar de la belleza.*

Voz profética: *Mi Dios es la bondad.*

En ella brilla él tesoro más elevado.

*Crea en mí un alma de oración,
que sólo desee contemplar bondad
y extirpar sufrimiento.*

*Tú, bondad,
tú, cima del mundo,
tú, conocimiento supremo...*

*Derramarán tus labios la grandeza de Dios
en la frágil copa del universo.*

*Y en mí habitará
el cántaro que acoja
las pujantes lágrimas de lo eterno.*

*Y cuando amaine la tempestad
en los mares de mi corazón,
mi espíritu será un lago de sosiego,
un hogar puro,
de aguas encalmadas,
de suave espuma que acaricie
a cuantos vengan a mí;
puro, sí,
puro como la verdad,
terso como el árbol de la vida;
sí, puro,
sólo puro,
y sólo aspirará a lo puro...*

¿Acaso ha escrutado tu corazón la totalidad del universo? ¿Por qué excluyes entonces a Dios? ¿No te llega su fulgor? El Corán dice: “Luz sobre Luz. Dios guía a quien quiere hacia su luz, y Dios moldea sus parábolas para los hombres. Dios es omnisciente de toda cosa” (azora 24,35). Es “la luz

fluida de la divinidad” a la que se refiere Matilde de Magdeburgo, la “*lume fuor di misura*” que figura en un hermoso verso de los *Laudi* de Jacopone de Todi, “la luz incomprensible que nos envuelve y penetra” de Jan van Ruusbroec, “la luz que conoce la noche, sino que más bien es siempre luz, que nada la disturba”, invocada por Santa Teresa de Ávila. Es la sabiduría más profunda que subyace a todo, el orden creador del cosmos, la subyugante meta del espíritu, superadora de todas las dualidades, pura y desbordante como la síntesis de todas las verdades:

*“Antes de los abismos fui engendrada;
antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas.
Antes que los montes fuesen formados,
antes de los collados, ya había sido yo engendrada;
No había aún hecho la tierra, ni los campos,
ni el principio del polvo del mundo.
Cuando formaba los cielos, allí estaba yo;
cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo;
Cuando afirmaba los cielos arriba,
cuando afirmaba las fuentes del abismo;
Cuando ponía al mar su estatuto,
para que las aguas no traspasasen su mandamiento;
cuando establecía los fundamentos de la tierra,
Con él estaba yo ordenándolo todo,
y era su delicia de día en día,
teniendo solaz delante de él en todo tiempo”
(Prov 8, 24-30).*

No sólo de ciencia vive el hombre, sino también de los rebosantes pechos de la sensibilidad; y tú, ¡oh alma flagelada por infinitos látigos de dudas!, contempla la grandeza del mundo, la belleza de la vida, las maravillas del arte y el eterno misterio de la existencia. Todo evoca ese nombre sagrado que muy pocos valientes osan pronunciar, pero que todos reconocen en el sublime rostro del amor: “A Dios nadie le ha visto jamás. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor se perfecciona en nosotros” (1 Juan 4,12).

Sí, ese amor que posee tan fuerza como para absorber la rígida esencia de lo divino, abajar lo absoluto al polvo terrenal y redimir el duro corazón

del hombre; ese amor, esa energía inagotable que funde cielos y tierras en la morada de la unidad más límpida y resplandeciente; esa melodía que nunca cesa; esa efusión de ternura y sinceridad que ha impulsado al hombre a mover montañas y océanos; ese anhelo que inspira las más delicadas obras del espíritu; ese soplo de vida en medio de una naturaleza silente y sobrecogedora.

Hermanos míos: yo os revelo la verdad última del universo, y no es otra que el amor, el eterno deseo de amor, el supremo don del hombre, el sendero al éxtasis, las alas peregrinas que nos elevan a la patria del destino. Pues ¿no está el hombre llamado a amar? ¿No desemboca toda la sabiduría en una exhortación conmovedora a amar? ¿No se resumen la ciencia, el arte y la fe en una palabra: “¡ama!”? Mis labios se entusiasman al proclamar, como Hugo de San Víctor, ¡“amor, cuán grande es tu triunfo”!, y vienen a mí esas nobles palabras que pronunció el poeta precolombino Nezahualcoyotl:

*“Amo el canto del cenzontle,
pájaro de las cuatrocientas voces.*

*Amo el color del jade,
y el enervante perfume de las flores,
pero lo que más amo es mi hermano,
el hombre”.*

Y el amor es gracia, ese concepto tan bello como etéreo e incomprendido, ese soplo de libertad y ensueño entre las fatigas de la vida, ese acto inexplicable que nos rescata del sufrimiento, ese buen samaritano que, sin esperar nada a cambio y sin debernos nada, nos recoge en medio del camino y nos lleva al hogar de la paz. Pero si no eres capaz de verter lágrimas ante un sentimiento bello y un gesto bondadoso, no me hables. Yo sólo quiero pureza, hermosura y sensibilidad. Sólo así diré, con Goethe:

*“Dormidos están los salvajes impulsos,
como todo acto impetuoso;
nace ahora el amor humano,
nace el amor de Dios”.*

(Fausto, primera parte, gabinete de trabajo).

*

Los interrogantes fundamentales persisten por siempre, y cada ser humano incoa un nuevo comienzo, asistido por los débiles e inseguros, mas audaces pasos que los intelectos más conspicuos han protagonizado previamente. Por ello, replantearse la cuestión sobre la fractura que escinde lo real y lo ideal, e incluso osar aventurarse en la más elevada de las interpelaciones, la que trata de conferir un sentido al mundo y de escapar de una nada abrumadora, para así rehuir esa duda definitiva sobre el ser y el no ser, constituyen tareas imperiosas para toda mente humana y honesta.

No desacreditemos esta esmerada pregunta: “¿por qué el ser y no la nada?”. Pese a lo aparentemente abstruso de su formulación, oculta, con una diligencia bella y seductora, el cofre que custodia una certeza categórica: la vacilación nos asedia sin tregua, y su inclemencia nos inocula un áspero sentimiento de agonía ante lo que nos rodea. ¿Acaso encarno a un mero actor diluido en el gran teatro del mundo, en “esa noble mesa donde sueños y realidades se sientan a almorzar” (Ibsen)? ¿Represento una ínfima partícula difuminada en la ingente maquinaria cósmica, una mota de polvo que ensucia el universo, o sustento el gran todo con mi luminoso yo? ¿Por qué ha surgido el pensamiento en la vasta trama de la vida, y por qué una característica circunscrita a una especie determinada ha logrado desentrañar las leyes del firmamento y las eternas verdades de la lógica y de la matemática, así como tallar el templo del arte, de la filosofía y del amor: el cielo imperecedero de la creatividad? ¿Cómo reconocer mi propia vida, brindarle un significado, trascenderla y discernir una meta que la supere y cohesione con la miscelánea complejidad del devenir?

Si ni el ardor desplegado por la mística, ni la brisa encandiladora que desprende la filosofía, ni la contemplación volcada hacia un pasado egregio, ni la audacia que exhibe la teología... nos satisfacen, ¿qué soles han de iluminar esa tierra por cuya creatividad se desvive nuestro corazón? ¿Qué corona y qué lauros ansiamos? ¿De qué áurea copa deseamos beber, y con qué jugoso y dorado manjar anhelamos deleitarnos? ¿Qué pingüe aroma codiciamos respirar? ¿Con qué límpida y divina agua pretendemos rejuvenecer nuestra mirada y purificar nuestros sueños?

Voz de gratitud: *Mi corazón ha sentido el verdadero amor.*

*Fue en un día luminoso de primavera,
cuando palabras bañadas de bondad
serpenteaban entre hondas nubes de presagios.*

*Su celo perforó la frontera
que separa mi alma del bien,
de la magnanimidad y de la entrega.*

*Mas bajo este crepúsculo tan gélido
que hoy domina el universo,
en mi imaginación sólo palpitan
pálidos atisbos y confusos recuerdos
de esa hora de claror imperecedero...*

Voz nostálgica: *Conquistame, pureza cristalina,
verde, blanca, serena, luminosa,
flor de la paz, estrella venturosa,
celestes jardín de bondad hialina.*

*Te busco con tenacidad divina,
a la espera de tu agua generosa,
pues me castiga una sed dolorosa,
penuria que mis fuerzas difumina.*

*Se alza el ideal frente a mi mirada,
la felicidad, el sueño inefable,
y bien sé que su luz me está vedada.*

*Sucumbo ante el amor inalcanzable,
y me absorbe su lejanía alada:
nada saciará mi anhelo insondable.*

Voz piadosa: *Bajo las tinciones enrojecidas del ocaso
y a la sagrada luz de toda aurora,*

*en un universo que desconoce
las noches y los días,
los otoños y los estíos,
las palabras y el silencio,
yo he de reconciliar razón y mística...*

Voz ansiosa: *Mi filosofía se llama desasimiento,
renuncia a uno mismo
para ganar un mundo nuevo.*

Athanasius: *¡Oh sabiduría angélica!,
¡oh coro celeste que entonas
la bella armonía del universo!,
tú declamas poemas eternos,
mística que sólo se capta
en la inmensidad del sentimiento...;
apiádate de mí,
pues yo lo quiero todo,
deseo la ciencia plena
y la bondad beatífica.*

*Rebosa,
rebosa sin miedo,
receptáculo de este anhelo mío
cuya luz livianamente surca todas las profundidades
que baten cielos y tierras desde entrañas inasibles.*

*Caerás sobre la copa que todo lo acoge;
purificarás la faz de mi esperanza,
y todo cuanto de ti brote
tonificará espacios agostados
y almas marchitas en silentes vastedades.*

En ese deseo de integrar todos los opuestos, de una docta concordia que reconcilie cualquier enfrentamiento, no sólo late una aspiración albergada por algunos de los mayores sabios de Oriente y Occidente, como Sankara,

Meister Eckhart y Nicolás de Cusa, sino también la exuberancia de una utopía que condensa el horizonte más revelador deparado a la voluntad humana: pugnar por lo imposible. En tan hermosa ansia se reconoce todo aquél que venera una luz ignota sobre la mutable faz de nuestra inagotable Tierra; todo aquél que busca la sabiduría, el amor y la belleza.

Hermanar lo antitético siembra el germen de un bello y fecundo pensamiento paradójico, cuyos desarrollos, del *RigVeda* al *Tao Te Ching* y de Heráclito a Hegel, se han afanado en desafiar la inmovible solidez del principio de no contradicción, de esa pulcra racionalidad consagrada por la lógica y la metafísica de Aristóteles como ley suprema del ser... Semejante propósito despliega una rúbrica esclarecedora de la más dolorosa fantasía humana: la ambición dirigida a lo inconcebible. Sí, sabemos que el intelecto jamás logrará desprenderse de la identidad y eximirse del tercio excluido, pero nuestra imaginación vislumbra un escenario bañado de novedad absoluta, de posibilidad ilimitada, de libertad auténtica: el cielo de la creatividad. Soñar con su belleza nos contagia de coraje para proseguir embarcados en la inescrutable epopeya que un destino siempre huidizo ha decidido prodigarnos...

Nadie nos arrebatará jamás el gozo de implorar lo inalcanzable. Nadie nos usurpará una ambición que nada sacia. Nadie nos despojará de este sueño volcado en tomar las evanescentes riendas del ser... Mis venas se embriagan de su aroma y se imbuyen de su pujanza; devotamente me arrodillo ante el placer que me infunde suspirar por un don apto para rebasar toda frontera.

Esta añoranza irredenta yace en la historia, en la irrefrenable sucesión de imperios que conquistaron, fugazmente, el magno trono de la humanidad. Todo hijo de la vida, todo vástago dotado con la capacidad de querer un bien nunca acariciado por mano alguna, ha sido partícipe de esa seductora y palpitante sombra que exhalan los espiráculos de lo imposible. Desde los más remotos albores de nuestro género, el corazón ha temblado ante la sola declamación de una luz que trasciende todo nombre. Como profesa el hermoso himno judío *Atta Nimsa*:

“¡Tú eres!

*Ni el escuchar del oído ni la luz de los ojos
puede llegar a Ti.*

*Ningún cómo, ningún porqué, ningún dónde
te conviene como signo.*

¡Tú eres!

*Tu misterio es recóndito,
¡quién podrá sondearlo!*

*Tan profundo, tan profundo,
¡quién lo encontrará!”*

Nos hemos esmerado en sondear el fulgor que tonifica el inconmensurable firmamento, para así elevarnos sobre lo ya dado. ¡Oh desvelo que has impulsado el tesón de la humanidad! Impetrar lo imposible, dejar que nos apresen los tenues destellos de lo nuevo, del ímpetu creador, de aquello que rompe majestuosamente con los cánones establecidos, ha propagado ese sustento tan nutricional en cuya semilla despunta el secreto del más profundo entusiasmo.

Mas ¿por qué codiciar tan desafortunadamente la supresión de todas las dualidades que impregnan lo real y lo posible? Lo dual enriquece la monotonía del ser, en la eterna lucha entre lo posible y lo imposible. Anhelemos mejor una unidad libre, bella y recapituladora, y jamás olvidemos que la alta corona de la vida la custodia, en verdad y espíritu, un compromiso que no todos asumen: la voluntad de crear...

Y tú, cristianismo, evocas continuamente la unidad, la recapitulación, la *anakefalaiosis* que lo reconciliará todo con todo y sellará el esplendor escatológico de lo creado. Pero ¿qué significa salvar el mundo, recapitularlo, propiciar que todo se haga todo en todos? Sólo puede significar descubrirlo, dotarlo de razón, permitir que hable con la voz del hombre y de lo que ha de venir después del hombre. La recapitulación del mundo es la mente que penetra en el ser de este proyecto inacabado.

Gran hondura exhiben las palabras de Hermann Hesse: “el hombre no es de ninguna manera un producto firme y duradero (éste fue, a pesar de los presentimientos contrapuestos de sus sabios, el ideal de la Antigüedad), es

más bien un ensayo y una transición; no es otra cosa sino el puente estrecho y peligroso entre la naturaleza y el espíritu”.

“¿Qué habéis hecho para superar al hombre?”- se preguntaba retóricamente Nietzsche. Respondamos con orgullo: “hemos creado”.

III

Ignorar y filosofar

Estremece intensamente pensar sobre la humanidad, sobre el mundo y sobre la historia. No existen parábolas que describan lo inefable, ni metáforas que expresen lo inexplicable. El tiempo no se comprende: se vive. Y en vivir anidan las ansias de nuestra stirpe...

Ya en el alba de la metafísica, ya en la aurora de Occidente, ya en el amanecer de la bella luz de la filosofía, Parménides vislumbró la unión entre el ser y el pensamiento. La vastedad del ser sólo la explora la infinitud de la inteligencia humana. Las incesantes y majestuosas olas de nuestro entendimiento surcan, con bravura, el profundo e inabarcable océano del ser. Sin embargo, nuestro destino entiba en forjar lo nuevo, en crear, en vencer incluso la infinitud del ser y del pensar. Quizás vaguemos sin rumbo, pero hemos de entonar, impávidos, el más hermoso y fértil de los cánticos, aun sumergidos en la indolente inmensidad del ser y del pensar. Puede que así se concite un sosiego deleitoso para unas almas presas de agitación, de finitud e incertidumbre...

Athanasius: *¿Qué mayor tragedia que la ignorancia?*

*¿Y cómo ser libre
si se vive en la ignorancia?*

*¿Pero no padece la humanidad
el desconocimiento de la verdad última,
del sentido profundo de la realidad
y de la íntima clave de la felicidad?*

*Mi espíritu clama por un bien lejano:
lo inefable, lo puro, lo inaudible:
esa luz dulce y sagrada
cuya sola intuición
enamora a toda alma,
caudales de sentimientos que emanan
al son de un corazón herido...*

Calderón:

*¿Qué mayor infortunio
oscurece el sol de nuestra estirpe
que esa pesarosa y sutil tribulación
de haber nacido a una vida,
a un tiempo y a un espacio...?*

*De nada sirve entregarse a pensar:
la vida se siembra en los campos del dolor;
nuestro existir brota del sufrimiento,
de profundos imperios de silencio,
de carencias delatadoras,
de noches de olvido y abnegación.*

*Hemos de nacer para palpar el cielo
y suspirar por el don de su paraíso santo;
pero nacer es morir,
es ignorar,
es rechazar,
entraña ya sentir
la docta llama de la impotencia.*

*He aquí la verdad absoluta,
cuya punzante fuerza teje la vida:
la culpa, el delito imborrable
de que despunte nuestra luz
sobre la faz de mundos agotados,
hijos de un cosmos desfallecido,
incapaz de acoger más novedad...*

*Todo ha sido ya pensado;
toda palabra se ha pronunciado;
toda ternura se ha sentido;
toda delicadeza se ha saboreado;
toda hermosura se ha contemplado.*

Voz ansiosa: *Ya estoy cansada de buscar.*

*Nada siembra en mí
esa satisfacción por la que suspiro.*

*Todo me agota;
nada cumple mi ideal de perfección,
de bondad,
de pureza.*

*Todo escapa de mis manos
como una mariposa huidiza
que algún día amé,
pero que ya no absorbe mi ternura.*

*Lo que antes me fascinaba,
perece hoy en mi espíritu,
y este sinvivir que me obliga
a explorar sin fatiga nuevos reinos
me desasosiega profundamente.*

*¡Qué será de mí,
si no logro encontrar ese bien infinito
en las tribulaciones de lo finito!*

Voz profética: *Agitaré cielos y revolveré tierras,
provocaré tormentas insólitas
y truenos inopinados incendiarán
la rugiente faz del mundo;
abriré nuevos océanos*

*y avivaré volcanes escondidos;
rasgaré el núcleo del planeta
y agrietaré las más altas cordilleras;
desataré caudales de fuego
y liberaré las fuerzas más terribles...;
de todo sería capaz por ennoblecer
el anhelo humano de conocimiento,
y verter la luz incesante de la ciencia
sobre la humilde vasija del espíritu humano
para recobrar esperanzas huidas;
¡pero con qué presura brotan mis lágrimas solícitas
cuando me embriaga el vino del saber
y me flagela el látigo de remordimientos implacables,
compungido por anteponer
la mudez del entendimiento al alma de la vida!*

*

¿Qué alma no ha palpado una repentina e incomparable irrupción de luminosidad en las difusas sendas del saber? Guiadas por la sabia mano de un maestro, cuyo ímpetu docente nos revela la lógica que vertebrada una determinada disciplina, cualquier campo del conocimiento destella con una luz bañada de incontenible y aleccionadora nitidez. La vasta historia se nos representa, en la recóndita morada de nuestra imaginación, como una trama lineal perfectamente hilvanada, donde las causas y los efectos trazan una recta impecable, liberada de ingratas fisuras. Las ciencias y las humanidades exhiben su más sólido e intachable armazón conceptual, su más inexpugnable axiomática, y la arquitectónica de sus principios y derivaciones brilla con una luz cegadora. Sin embargo, basta con reparar en el ingente reguero de dolor que hubieron de padecer los grandes forjadores de los más bellos descubrimientos y de las más hermosas expresiones de creatividad acopiadas por el género humano para percatarse de una evidencia robusta: toda luz, todo atisbo aquilatado de tersura y limpidez que chispee en el universo del conocimiento, se ha cosechado desde el sufrimiento, la abnegación y la oscuridad. Ese escenario que ahora se nos antoja armonioso, irreprochable y perspicuo precisó del esfuerzo, del talento y del poder de persuasión de muchos hom-

bres y mujeres para manifestar el orden intrínseco que hoy nos maravilla. Sí, el búho de Minerva sólo emprende su vuelo al anochecer, y la venturosa fuente de la luz brota de grutas lóbregas y arduas, cuya exploración sólo la acometen espíritus dotados de osadía y bendecidos con el óleo del amor por el saber. Nada auténtico, nada profundo, nada verdaderamente bello emana de caminos resplandecientes, ya sembrados de suaves rosas, cuyas direcciones se perfilan en encrucijadas que se recorren a la clara luz del día. El sol del conocimiento esconde, con docta cautela, sus rayos más sublimes, y sólo los propaga cuando el corazón del hombre se ha atrevido a sumergirse en los vívidos dominios de la oscuridad, para rendir veneración, instigado por la amarga carencia de su cáliz, al exuberante prodigio de la luz. Se asemeja a un señor celoso de desvelar sus más hondos secretos a quienes no demuestran compromiso ni acogen pasión por esos arcanos. Pero nada es parangonable al fulgor de la recompensa. Ya lo escribió ese inagotable investigador de los misterios de la mente que fue Ramón y Cajal: “la corona del sabio otórgasela la humanidad entera, su estatua tiene por pedestal el amor, y sus triunfos desafían a los ultrajes del tiempo y a los juicios de la historia”, pues “por encima de todos los estímulos de la variedad y del interés, está el goce supremo de la inteligencia al contemplar las inefables armonías del mundo y tomar posesión de la verdad, hermosa y virginal cual flor que abre su cáliz a las caricias del sol matinal”.

Fichte: *El mundo sucumbe
ante la primacía del yo,
ante su noble poder creador;
ante esa bella fuente que distiende
aguas refrescantes y vigorosas,
cuyas linfas se deslizan,
livianas, tranquilas, silenciosas,
con elegancia y reciedumbre,
por piedras de brillo sereno
y arenas de humilde resplandor;
sus gotas salpican dulcemente
vergeles ansiosos de novedad,
glaucos terrenos a la espera
de un inmarcesible verdear,*

*y sus puros y fragantes olores
sazonan las sendas de la Tierra;
gozosos hálitos de infinitud
propagados en el silencio de la vida.*

*¿Cómo no maravillarse
ante la perenne aurora
que forjan los conceptos
y edifican los sueños?*

*¿Cómo no venerar
esa amplia y polifacética gama
de ideas pujantes y destellos versátiles
que desprende la magia
ínsita a todo pensamiento?;
pues aun abocados
a violentas aporías
y a feroces antinomias,
preservan hermosuras indemnes
que ninguna potestad confuta:
es la delicada fragancia
que dimana de su hondura,
incontenible, pacífica, serena,
para perfumar con su esencia
la morada de nuestras vidas...*

*Creí siempre en el yo,
en la ubicua conciencia,
en la identidad,
en lo originario,
en la idealidad,
en ese yo que se pone a sí mismo
en el infinito espacio del ser,
para instaurar el mundo
y esculpir la naturaleza y la historia
desde su eterno y dulce amanecer.*

Athanasius: *¿Cómo describir el bello portento
de que en la mente habite un infinito,
un cosmos ilimitado, orbe inscrito
en tan frágil fracción del firmamento?*

*Son ideas y amores su alimento,
y corona el universo un noble hito
cuando irrumpe este milagro inaudito,
dicción divina con humano acento.*

*Rebasan las almas la exuberancia
de los eximios astros rutilantes,
y exhalan la más mística fragancia.*

*Dotadas de potestades flamantes,
encarnan la triunfal coalescencia
de moradas que creímos distantes.*

Schelling: *Somos hijos de la entrega,
porque el absoluto no es carencia,
sino renuncia apasionada
a su gloria y omnipotencia;
se ha privado de su plenitud
por amor, por infinita clemencia
hacia el mundo y la humanidad,
al consentir que su ‘alter ego’
con fervor se rebelara
contra su legítima potestad;
desde inescrutables raíces
transidas de sangre y negación,
desde lágrimas derramadas
por un dios sacrificado
en el altar de la creación,
desde tan heroico desafío
a su hermosa hegemonía,
abruptamente han aflorado,*

*con inesperada franqueza
y ecos de sonora valentía,
toda fecunda naturaleza,
toda historia sorpresiva
y toda llama abrasadora
que avive los invictos fuegos
impulsores de nuestra gallardía...*

Hegel:

*Es en la síntesis,
bella y poderosa,
de sujeto y objeto,
donde resplandece
esa potencia suprema,
esa idea gloriosa
cuyo espíritu se desenvuelve
por firmes predios de espacio
y confusas cañadas de tiempo,
e, insumisa, tenuemente se revela
en el vasto decurso de la historia,
para iluminar nuestro pensamiento
y esparcir el aroma de la verdad,
cuan evocadora aurora,
cuan críptico búho de Minerva.*

*Pensamiento que se piensa
a sí mismo y en sí mismo...
“¡Noeses noeseos!”*

*¿Qué más puede implorar
el frágil corazón humano?
¿Con qué otro astro
alentaré mi existencia
y purificaré mis anhelos,
si no es con el más elevado
de todos los conceptos?*

*Se ausenta ya todo futuro
y se disipa toda profundidad,
porque no cabe pensar más,
ni afanarse en conquistar
una belleza más embriagadora;
espadas llameantes,
blandidas por querubines
de profundos ojos seráficos
y tersos plumajes leonados,
nos impiden franquear
el pórtico de la novedad.*

*Una muralla divina se alza
ante el vigor de la imaginación
y la indecisa claridad del intelecto,
cuando al fin descubrimos
que todo amanecer preexiste
en la pujanza de la idea,
en la magia del entendimiento.*

*Del barro de la tierra
se edifican ciudades sublimes,
y de la debilidad de los verbos
emergen creaciones portentosas
que humillan a ángeles y orfebres;
mas hemos de convencernos
de que alborea un límite inexorable
para las ansias de nuestra razón;
su hermosa linde ya ha despuntado:
es la luz de la filosofía.*

Novalis: “La filosofía es, en realidad, nostalgia”...

¡Oh conceptos, luces divinas, límpidas y objetivadoras imágenes de eternidad! Es bello contemplar cómo avanzáis, coruscantes, majestuosos, para que vuestra impavidez surque el vasto océano de la realidad... ¿Quién po-

dría interpretar ese singular hálito de misterio que desplegáis ante los ojos del alma; ese destello bañado de infinitud, cuya profundidad ha impulsado nuestro deseo de saber, siempre vociferante, febril e insatisfecho? Despuntan conceptos enaltecedores, dotados de una fortaleza moral que propicia el crecimiento ético de nuestra estirpe. Otros muchos oscurecen el corazón humano, al envolverlo e hipnotizarlo con el lúgubre y áspero manto del odio, del egoísmo y de la división. Pero en cada concepto, en cada idea alumbrada por ese tesoro que portamos en lo más recóndito de nuestro espíritu, ¿no emerge el prodigio de la creatividad? Constituyan o no construcciones de nuestra mente, infatigable e inmensa, perennemente curiosa ante las dilatadas sendas del universo y la hermosura de descubrir esa verdad a cuya música obedece todo arte, en los conceptos resplandece la rúbrica de un don: la inteligencia, esa chispa de los secretos poderes que enardecen el furor del cosmos y avivan la llama de la creatividad.

No ceséis de inspirarnos, ¡oh conceptos!, al sumergirnos en un mundo inagotable, destinado a aleccionarnos y a exaltarnos, para trazar una huella profunda en las sonoras hendiduras que agrietan nuestro espíritu: un sello perseverante y revelador... Permitidnos adorar, aun en nuestra flaqueza, ¡oh venturosas palabras!, ¡oh mundos que nos rebasan!, toda belleza desmedida. Consignad, con aplomo, una visión que evoque resonancias celestes, y a cuya noble luz saciemos nuestro ingente anhelo de pureza, de entrega, de forja de lo nuevo: el único alimento que ensalzaría nuestra alma, desconsoladamente ávida de lo innombrable...

Athanasius: *Alígeras surcaban las ideas
ese vasto cielo de mis deseos,
y creía mi alma que sus anhelos
coronarían por fin las estrellas.*

*Grata ternura emana de tan bellas
fantasías; gloriosos centelleos
y miríadas de hondos embelesos
que en silenciosas fuentes borbotean.*

*¡Venzan mis afanes todo tormento,
y conviértanse en jubilosos dueños*

del alba y de su angélico fermento!

*Perforará mi amor el firmamento
sobre el alado carro de los sueños,
y enaltecerá mi ardor irredento.*

*

No se siente desolada el alma sabia por constatar su impotencia, su infecundidad para descubrir la verdad última que vertebró el universo y enardece el espíritu: se entrega a la creación, a vislumbrar aquello que no le ha sido dado, a luchar por lo imposible, a expandir los angostos límites del pensamiento...

Voz ansiosa: *¿Se revelará imperecedero
todo don, toda luz emergida
desde esa recóndita armonía
que se perfila en nuestro intelecto,
y embellece la vastedad del cosmos
con la delicadeza de sus alfombras mullidas?*

*¿Fluirá por siempre
el río de nuestro pensamiento,
sin desembocar jamás
en una mar profunda y última,
en el hermoso océano de la verdad?*

*¿Dónde atisbar ese elemento
que, perenne, el todo asuma,
y cuyo poder trascienda
lo infinito y lo concreto,
lo posible y lo real,
lo celeste y lo terreno;
esa proficua concatenación
de verdades eternas;
esa síntesis que hilvane*

*el sagrado manto de la vida;
esa idea grande,
valiente y efusiva,
que en sí condense
el todo y la nada,
y en cuyas letras cristalicen
nuestras ansias irredentas?*

*Quizás no hayamos de buscar
la luz de un único concepto,
sino la primacía del amor,
rayo que desborda el sentimiento...*

Voz nostálgica: *Trágicos y pobres somos,
pero en nuestra inocencia
resplandece nuestro tesoro,
ese fulgor prístino que nos exhorta
a venerar la belleza de la vida,
y a buscar, hijos de amor y devoción,
la flor inmarcesible de la sabiduría.*

*Bañémonos en las aguas de la filosofía,
y deleitémonos con sus gratas corrientes
de sugerencias apasionadas e infinitas,
pero sin olvidar que sólo dibujan ofertas,
interpretaciones mutables y disonantes
del escurridizo misterio del hombre
y del inefable arcano de la naturaleza...*

*Decidamos a cuál de ellas consagrar
el vivaz fuego que irradia nuestro espíritu,
a qué visión del mundo adherirnos,
émulos de una voluntad libre e insondable,
que entrega su contemplación
al cosmos, a la hermosura y al amor...*

*La filosofía es arte:
 la magia de una creación
 que busca, sí, la verdad,
 pero la luz de una certeza
 siempre esquiva y difusa;
 en la inagotable claridad
 que desprende el terso faro
 de textos inmortales,
 el sol incomparable
 de sus flores clásicas,
 enhiestas y aterciopeladas,
 el don de haces virginales
 cuya inocencia tornasola
 el alma occidental
 y el espíritu de Oriente,
 despunta una aurora regia
 que forja historias y delirios:
 el genio inventor de nuestra estirpe,
 el caos creador de cuyo aplomo
 brota la pujanza de la vida;
 esa brisa fresca y vivificadora
 que acucia el arte y la religión,
 la emoción y la fantasía,
 la belleza, el amor y la sabiduría:
 los estandartes de la provincia humana...*

¡Oh filosofía, perenne y al unísono mutable; tesoro inextinguible de cuya belleza se nutren tantos sueños apergaminados en la historia del alma humana...! Mas ¿para qué filosofar...?

En un mundo asediado por la omnipresente sombra de la utilidad, ahora encumbrada al Olimpo de los cánones que han de regir nuestras vidas; en un mundo cautivo del embrujo de la técnica, considerada por muchos como investida de virtualidades cuasi deíficas, dotadas de un hálito profético que presagiaría la resolución de todos los problemas del género humano y la respuesta a todos los interrogantes que hoy por hoy nos interpelan; en un mundo tan estrecho, en un mundo tan esclavizado por el deseo de eficiencia, resulta

comprensible que las humanidades, y la filosofía como epítome del espíritu que define estas disciplinas del saber, se hallen en un estado de permanente cuestionamiento.

Impera entre nosotros, con brumosa sutileza, una perspectiva (aquejada del severo mal del cortoplacismo) que sólo presta atención a aquellas actividades cuyo cultivo reporta réditos inmediatos. Por ello, estudiar filosofía se les antojará a muchos poco más que un lujo insostenible, un divertimento ocioso y aristocrático quizás apto para contribuir al acervo de nuestra erudición, pero no para obsequiarnos con un provecho “real”, del que podamos beneficiarnos fehacientemente. Al contrario que las ciencias, cuyo valor para el florecimiento y la mejora de la vida humana viene ratificado no sólo por su poder explicativo, sino también por sus aplicaciones técnicas, la filosofía no deja de ser un mero cavilar sobre problemas inveterados, sobre arcanos dilemas que rara vez desembocan en una solución; un simple ejercicio mental que sólo las sociedades opulentas logran permitirse, al haber superado los rígidos umbrales de la subsistencia, pero sobre cuya legitimidad se cierne el espectro fantasmagórico de la sospecha incesante, incluso en el seno de los países ricos.

No puedo compartir las dos premisas que acabo de exponer: la suposición de que la filosofía constituye una vacua elucubración intelectual, carente de interés práctico, y la idea de que sólo en las sociedades más industrializadas, más “avanzadas”, existen recursos suficientes para que unos pocos afortunados consagren sus vidas al estudio de la filosofía y de las disciplinas parejas.

Ser humanos nos convierte ya, de alguna manera, en filósofos. En el “de alguna manera” reside, sin embargo, la clave más importante de la temática que abordamos. Vivir humanamente nunca discurre ajeno al desarrollo de una concepción del mundo. Creer que sólo desde esa feliz combinación que entrelaza la ciencia con la técnica se enciende la llama del progreso trasluce ya la adhesión devota, y con frecuencia acrítica, a una determinada filosofía.

La tarea de la filosofía entiba, justamente, en examinar las distintas visiones del mundo que se han alumbrado en las diferentes épocas. La filosofía está llamada a custodiar ese legado de creatividad que sazona la historia humana. La filosofía, por tanto, ha de mirar en retrospectiva al pasado, auxiliada por los datos que le proporcionan las demás ramas del conocimiento, para desvelar, con el máximo rigor, la riqueza conceptual latente en las múltiples esferas de la vida humana.

Este aspecto obedece a la dimensión de pasado que vertebra el quehacer filosófico. Pero subsiste también una orientación hacia el futuro, en cuyos senderos la filosofía no se limita a interpretar las diversas tradiciones especulativas de la humanidad, sino que se lanza, impávida o temeraria, a forjar ella misma una reflexión sobre un tiempo todavía ausente: el porvenir. La filosofía no debe contentarse con la contemplación nostálgica de los tiempos pretéritos. Ha de discutir ideas, no nombres. No basta con comentar, hasta la saciedad, lo dicho y escrito por las grandes mentes de edades ya desvanecidas. Imbuida de intrepidez y hondura, la filosofía ha de abogar por proyectarse hacia el futuro, intrigada por esos frutos de la voluntad y de la razón que quizás maduren en el mañana. La filosofía enjuiciará, sí, el pasado y el presente: adoptará ópticas más o menos plausibles sobre los grandes sistemas filosóficos y sobre las principales categorías sociológicas, y argumentará, con mayor o menor grado de persuasión, en defensa de su hermenéutica específica; pero este análisis de la realidad pasada y presente llevará ya implícita una percepción, siempre confusa, de cómo debe ser un futuro inevitablemente esquivo.

Una filosofía secuestrada por el pasado y hechizada por lo ya marchito; una filosofía confinada a la investigación de lo que otros pensaron hace siglos; una filosofía que, en definitiva, no nos abriera a imaginar el futuro, ni nos enseñara a amar la sabiduría, a buscar el conocimiento y a expandir los horizontes de nuestras ideas, habría perdido su razón de ser.

¿Qué no ha sido ya pensado? ¿Qué noción no ha descendido ya, desde su cosmos platónico, hasta la docta incertidumbre que impregna la tierra? ¿Qué metáfora no ha seducido ya nuestros sentimientos estéticos? Sí, todo se ha imaginado, todo se ha creado, todo se ha contemplado...; todo, menos el hoy; todo, menos nuestro futuro. Hemos de imaginar nosotros el mundo; debemos crear nosotros la historia; tenemos que contemplar nosotros la belleza. Nadie nos ha pensado a nosotros mismos: asimos la antorcha de la novedad.

Abdicaríamos de nuestra condición humana si desistiéramos de interpretar el universo y la historia. La subjetividad inherente a todo acto interpretativo, ya sea a título individual o colectivo (la relatividad de los marcos culturales), no desacredita la labor filosófica. Lo subjetivo resulta indispensable para configurar una existencia auténticamente humana, una vida que no sucumba ante el influjo unilateral y avasallador de esa aspiración a la objetividad alentada por las ciencias empíricas y la tecnología. En cuanto sujetos,

revelarnos “subjetivos” no esboza sino una manifestación preclara de nuestra humanidad más diáfana. El cúmulo tan exuberante de interpretaciones filosóficas que nos brinda la historia representa entonces un signo privilegiado de la desmesura de la empresa humana; una prueba, vívida y hermosa, del potencial creador que atesoramos. La filosofía, en este sentido, colinda bellamente con el arte, y con otras expresiones del genio humano, pues instauro mundos que no existían y se entrega al ansia de transformar el cosmos que divisan nuestros ojos. En este doble vínculo, que liga la filosofía tanto al pasado como a un presente ineluctablemente encaminado hacia un futuro nebuloso y subyugante, destella el alma del trabajo filosófico. La filosofía se yergue, por ello, como un derecho humano fundamental, cuyas raíces se hunden en nuestros anhelos más profundos: conocer y amar.

He aquí el empeño, noble y aleccionador, deparado a la filosofía: pensar el mundo e imaginar lo venidero. La filosofía debe interpretar todo lo que nos rodea desde el mayor número posible de ángulos, inspirada en las ciencias naturales, en las sociales y en las disciplinas humanísticas, mediante la conjugación de procedimientos intuitivos, inductivos y deductivos, capaces de compaginar la observación con la creación intelectual en su acepción más genuina. La filosofía, lejos de restringirse a aquéllos que gozan de bienestar económico, se alza como un instrumento de valor inconmensurable para propiciar el avance tan añorado en todos los campos de la vida humana. Para progresar, para edificar un mundo más justo y enaltecedor, es preciso juzgar críticamente el presente y gestar una idea, aun vaga, de futuro, tentativa para cuya consecución la filosofía nos ofrece una ayuda inestimable.

*

En efecto, ¿para qué continuar inmersos en la ardua tarea de la filosofía? ¿Para qué pensar sobre cuestiones revestidas de tanta y de tan abrumadora profundidad, si sabemos, de antemano, que jamás habremos alcanzado una respuesta definitiva a los interrogantes que nos subyugan con mayor intensidad? ¿Dónde radica la meta de este séquito interminable de especulaciones, de ideas, de conceptos y explicaciones más o menos verosímiles, de regresos al pasado y de anticipos del futuro, de sumergimientos en las vivas aguas de la ciencia para extraer todo su potencial filosófico, de reflexiones sobre

temáticas sociales y políticas para las que ya han emergido disciplinas provistas de mejores herramientas...? ¿Toleraremos también hoy este copioso desperdicio de energía? La labor filosófica sólo tiene sentido si es capaz de engendrar ideas nuevas. Al igual que el arte, cuya finalidad más universal no estriba en otra cosa que en la satisfacción de un anhelo de evocación, del ardoroso deseo de que una fuente externa a nosotros mismos alimente, con amables dosis de belleza, nuestra imaginación voraz y su inextinguible sed de fantasía, toda esa vasta maquinaria filosófica desplegada por tantas culturas a lo largo de tantos siglos debe conducirnos a sondear ideas nuevas. La tragedia de la filosofía residirá, justamente, en su dramática carestía de intuiciones, de ideas imbuidas de arrojo, de especulaciones valerosas que, aun alejadas de la percepción general, nos propongan un horizonte renovador, la mañana de una flamante juventud: una primavera para almas ávidas de vislumbrar la luz del amanecer, amustiadas después de tristes crepúsculos.

Sin esta apelación a forjar lo que todavía no comparece en el mundo ni se acrisola en el pensamiento, la filosofía se convierte en una mera transposición de los métodos arqueológicos: con loable meticulosidad, desentierra interesantes ejemplares cerámicos que nos revelan con qué aire respiraban, hace milenios, civilizaciones ya extintas. Trabajosamente exhuma los cadáveres de culturas que ya exhalaban su último aliento, y excava, con esmero, para identificar los residuos estratigráficos de orbes fenecidos, cuyo esfuerzo plantó, eso sí, la semilla que sustenta nuestro mundo presente. Dispone ante nuestros ojos el maravilloso cosmos del pasado, repleto de pléyades de creaciones artísticas; sembrado de creencias, de supersticiones, de sueños hoy ya perdidos. Nos proporciona un breve y frágil descanso en medio de las inclemencias que ofuscan esta vida, sujeta a los inmisericordes cánones de la tecnocracia y de la racionalización más rígida. En la contemplación del pasado, nos sosegamos ante la desconcertante vorágine que estremece el presente con su violenta angostura. Pero este bálsamo se muestra exiguo, irreal y fugitivo: al poco de degustarlo, nos vemos obligados a retornar a nuestro ingrato día a día. Tan sólo habremos incrementado, cuan dóciles y abnegadas hormigas, nuestro ya de por sí ingente acervo de erudición. Habremos añadido un minúsculo grano de arena a la montaña que oculta todos los conocimientos humanísticos, pero ¿habremos escuchado una palabra que nos transfigure, una meditación que oriente nuestra vida en su noche oscura, un ideal al que dedicar el conjunto de nuestras energías? Quizás retengamos en la memoria

el recuerdo de ese deleite, efímero y hermoso, que nos brindó el aprendizaje de lo ya pensado por figuras señeras de la Antigüedad, así como la exposición a las creencias que abrigaron culturas enteras en la lejana alba de las esperanzas humanas, pero su savia se difuminará con inexorable e inquietante rapidez. Más aún: una hipertrofia de erudición sume el espíritu en el tedio más profundo, en una desmesura adormecedora, en la marchitez más pálida e hiriente. El aburrimiento liquida el interés por las cuestiones humanísticas. Una filosofía que fatigue a quien se aventure, con entusiasmo, en sus grutas promisorias, por evadirse deliberadamente de la responsabilidad de iluminar nuestra existencia en el irrepetible “hoy”, habrá de catalogarse como una mala filosofía, como una filosofía pobre, como una filosofía extenuante, momificada en catálogos de fórmulas y elencos de doctrinas: como una filosofía que refleja cansancio, desidia e impotencia.

“Me sobrecoge tu conocimiento; tus lecciones me elevan, pues insuflan en mí el agradable hábito del entendimiento, al mostrarme ese magnífico mundo que me antecede, las raíces de mi remota filiación: la génesis del linaje humano, la aurora de la civilización, el prodigioso desarrollo de nuestra estirpe, los más variopintos destellos del progreso, la era de los clásicos, la áurea edad de Grecia, el apogeo del Renacimiento, la sutileza del racionalismo, la fecundidad del genio científico de la modernidad, la exuberancia del idealismo...; pero no pronuncias ningún verbo aterciopelado que penetre cálidamente en mi corazón; no me ayudas a comprenderme a mí mismo y a guiar mi vida. La efervescencia de saberes que exhibes suscita en mí gozo y alabanza: es muy bello bendecir una existencia con el crisma del conocimiento, pero más hermoso aún juzgo propiciar que todo ese vasto cúmulo de ciencia y erudición me exhorte a crecer como persona, a perfeccionarme, a divinizarme, a trascenderme, a encender la fervorosa llama de la aspiración a superarme a mí mismo en la esfera de la ética y en el ámbito de la creatividad, así como a ampliar el radio del esquivo círculo que encierra el fenómeno humano”.

Una filosofía que se refugie en lenguajes crípticos, severos y alambicados, ceñidos en exclusiva a cuantos prosélitos accedan a instruirse en misterios órficos e iniciáticos, en cultos arcanos y sectarios, en sacrificios rituales tributados a deidades de cariz gnóstico, inmunes a la evaluación externa y a la saludable medicina de la crítica, nada hondo, sincero y ennoblecedor podrá confesarle al mundo que un destino inescrutable nos ha deparado vivir.

Una filosofía que se inmunice a sí misma frente al inevitable escrutinio de un tiempo que ya ha escuchado demasiadas palabras grandiosas y grandilocuentes no habrá logrado pensar lo nuevo, no habrá conquistado una heroica y retoñada cima en la historia del pensamiento, sino que habrá optado por mirarse, como el más sedicente de los Narcisos, en su propio y renegrido espejo acuoso, ahogada, ensimismada, desvanecida, naufragada en un vago océano sin fondo, ni superficie, ni orillas.

Esa clase de filosofía se me antoja angustiosa. Cierra la mente en vez de abrirla. Esconde incapacidad, silencio, temor, lobreguez, miseria y soledad: grisácea teoría que no custodia ninguna entraña verdadera, fértil y provechosa, sino tan sólo trémulas espirales transidas de vacío; un repliegue calenturiento sobre sí misma sin otro objetivo que sofocar todo espíritu original e innovador, para preservar, en tantas ocasiones, la pulcritud de esos pedestales nostálgicos, solemnes, graves y monótonos, privados de viveza, color y alegría, sobre cuyos refulgentes mármoles se corona y entroniza a los maestros apegados al pasado, a quienes inundan y hastían el mundo con su ínclita ilustración, cuando en realidad no portan ninguna palabra valiosa, ningún vocablo sublime que proclamar a los hombres y mujeres del presente, y menos aún a los del futuro. Frente a la proliferación de eruditos y de autoinvestidos guardianes de las ideas (muchos de ellos meros parásitos de nociones ajenas, oportunistas que sólo se dedican a criticar sin atreverse nunca a construir un argumento), ¿no son los filósofos más distinguidos y admirables precisamente aquéllos que atesoraron suficiente coraje como para pensar esa luz que su época no había concebido? Frente a los simples transmisores de sabiduría ajena; frente a los usurpadores de la belleza y de la hondura que otros han legado; frente a los ladrones de energías pródigamente derramadas por seres generosos y pretéritos; frente a quienes no aman el saber como un manantial de vida, como una realidad cercana, cuyo cuerpo no cesa de suspirar por abrazarnos con su ternura, sino que lo consideran una posesión de la que tan sólo unos pocos escogidos han de adueñarse; frente a quienes escinden, dolorosamente, pensamiento y vida, ¿no debemos consagrar el fruto de nuestra veneración, el don de nuestra sorpresa, el cáliz de nuestra fascinación y la copa de nuestra gratitud, a esas almas que han expandido los límites del pensamiento y han alumbrado ideas nuevas? ¿No hemos de aplacar ya hoy esa “extraña impaciencia de los cielos” mencionada por Shakespeare? Lógicamente, es a tenor de esa osadía como han interpretado, con mayor agudeza,

las vicisitudes de su propio tiempo. Quienes pretenden leer con perspicacia el presente sin haber gestado un lenguaje y una gramática en cuyas letras transpire el soplo de la novedad; quienes ansían enseñar al mundo lo que en realidad ellos mismos ignoran; quienes osan erigirse en avezados preceptores del presente sin haber diseminado el ímpetu y la luz de la creatividad, profanan el santo templo de la filosofía.

El amor al saber sólo brota de espíritus puros; sólo emana de corazones inocentes, limpios ante esa saturación inabordable y letárgica de contenidos, ante ese enjambre de conocimientos dispersos, de abanicos colmados de ideas que no se han comprendido en su plenitud: puros, porque se conmueven ante las menores implicaciones que comporta cada idea, al haber perforado, con su mirada honesta, romántica, delicada y transparente, la gruesa capa tras cuya espesura resplandece el núcleo más íntimo y trascendental asociado a todo pensamiento. Captan, con toda su fuerza, ese ápice de oro o de azufre que subyace a cada concepto profundo y a cada hondo sentimiento. Sobrevuelan las alturas del saber cuan aves ingravidas, amas de un aleteo que dulcifica la inmensidad de cielos jubilosos, pues todo vasto escenario brilla ante sus ojos íntegro, sereno y suspendido en su más fina simplicidad, y sólo proyecta su concepto último, su sustancia irreductible y aquilatada, su nutriente medular y ponderado, sin necesidad del maquillaje de fútiles aderezos, de arabescos superficiales cuyos ornatos eclipsen lo profundo y nos distraigan de lo auténtico, privilegiado y estimable. El colosal firmamento se les presenta desnudo, radiante en su más lúcida pureza, envuelto en su noción más recapituladora: toda su inasequible variedad se ha condensado en una idea sencilla y diáfana, cuya claridad virginal, cuya nitidez inmaculada desvela un mundo gigantesco e inexplorado para todos aquéllos que deciden abrir sus mentes, deseosas de frescura, al fulgor prístino e inagotable que desprende la luz de lo profundo.

Almas puras son entonces aquéllas que se entregan a la bella y digna empresa de pensar, al primor místico de bucear hasta el fondo último de un concepto y hasta el néctar recóndito de una teoría, para así expresar la totalidad de su jugo y, después de inhalar esa noble y templada fragancia que esparce su aroma, apta para acariciar, con la suavidad de sus efluvios, todas las estancias del espíritu y verter su perfume sobre todos los reinos del corazón, preparar ellos mismos una esencia nueva: diseccionan, como el más diestro de los entomólogos, todos los detalles que el mundo les ofrece, la versátil

y prolija cadena de información y de matices sugerentes que les otorga ese elenco tan extraordinario de disciplinas y de métodos que acompañan nuestra andadura por las sinuosas sendas del saber, para, orladas con las mejores armas y blasones de su tiempo, franquear un nuevo pórtico, protagonizar un paso insospechado en la historia del espíritu, derribar heroicamente muros y constricciones, y así descubrir un nuevo y terso verdor cuya belleza insondable nos cautive a todos.

Los hombres y mujeres de hoy entonan una súplica agónica a esos cielos melancólicos y enmudecidos: “¡enviadnos, benévolas alturas, mensajes nuevos, rebosantes de ideas no presagiadas!”

Athanasius: *¡Oh eruditos,
contempláis el mundo
como un mero objeto,
pero no lo vivís,
no lloráis con él,
no derramáis vuestra sangre por él,
no arriesgáis nada por él,
no creáis nada,
os servís de la audacia de otros
para llenar de polvo
libros, estantes y bibliotecas!*

*¿Y queréis que yo os admire?
¿Pretendéis que os rinda pleitesía
como a los verdaderos santos y maestros?*

*No;
yo sólo podré veneraros
cuando observen mis ojos caer
el sudor de vuestra frente,
afanada en comprender esta tierra,
esta alma,
este dolor y esta alegría.*

*Podéis desmenuzar toda producción del hombre,
y buscar sus causas y efectos,
y sondear sus vicisitudes
en espacios y tiempos,
pero yo anhelo conocer
a los que trazan un nuevo rumbo para la humanidad,
a quienes hacen florecer la rosa
en medio del desierto,
y marchitan toda tragedia
en las nubes del pasado,
a quienes pecan de ingenuos y visionarios,
a quienes enaltecen la razón
mediante la imaginación,
la intuición
y el inagotable sentimiento,
a quienes elevan sus alas
a cielos inexplorados,
para luego verter el cáliz de la sabiduría
sobre el afligido suelo de la historia.*

*

La filosofía ha de comportarse no sólo como la forjadora de ontologías creativas, sino al modo de un “árbitro epistemológico”, que muestre tanto las virtualidades como los límites de las ciencias de la naturaleza y de la libre expresión artística del hombre.

No existe ciencia primera, más allá de la libre expansión del infinito universo del conocimiento. Tampoco cabe una división rígida de las artes y de las formas de pensamiento en géneros unívocos. Ansiemos la totalidad del saber y la amplitud de la creación, pero renunciemos a categorizarla en jerarquías angostas, en dicotomías desazonadoras y en inflexibles árboles porfirianos: ha de brillar con luces puras...

IV

Fe, imaginación, sentimiento

¿Desgranará la ciencia el sentimiento? Si la razón desconcierta, ¿debemos entregarnos a la fe y rendirnos a la imaginación?

Incomparablemente dulce para tantas almas, el bálsamo que exhala la fe y desprende la fantasía busca la más bella de las ternuras, un poder que otorgue sosiego al ser humano y sane los ecos de su amargura, gracias a acercar su espíritu marchito al inagotable reino de lo inefable. Suspiramos por respuestas que brinden consuelo a nuestros corazones malheridos. Anhelamos una riqueza insondable que nos vivifique. Imploramos una radiante poesía que dé voz a nuestras dudas lastimosas y al desabastecido elenco de nuestras ansias, rehenes de una agria sospecha: la vasta mar que sostiene nuestra fe, nuestro amor y el esfuerzo de nuestras ilusiones quizás esconda una hondura ficticia. Nos maniatada y abisma esa orfandad estremecedora que nos aleja del cáliz de la esperanza y del néctar de la sabiduría...

Se habla de los límites de la ciencia, de las barreras inexorables que cercenan toda teoría sobre el mundo, pero ¿qué decir sobre las fronteras del arte, de la religión y de la filosofía, tanto o más angostas que las lindes que constriñen el conocimiento del universo físico? ¿Y sobre los límites del espíritu? ¿Y sobre los límites del hombre? ¿Y sobre los límites de la propia naturaleza? ¿Y sobre los límites del ser? ¿Rubricará el límite la verdadera esencia del ser, o estribará en la capacidad infinita de superar cualquier límite su sentido más profundo?

No podemos plegarnos a esa falsa dialéctica entre la particularidad del sujeto y la universalidad de la razón: debemos universalizarnos mediante la

razón para que florezca todo el potencial humano, para que en verdad nos convirtamos en sujetos, libres de condicionamientos objetivos como los que nos impone el mundo. Sin afanarnos en crear lo nuevo, sin consagrar nuestra energía a la edificación de un amanecer dotado de mayor hermosura que ese séquito de auroras fascinantes, de albas cuya luz tanto nos han seducido hasta hoy, sucumbiremos ante la nada...

Voz piadosa: *Tanta profundidad me estremece...*

*Me faltan fuerzas para pensar
en la vida y en la muerte,
y densas lágrimas de impotencia
oscurecen mi rostro.*

*Dejadme solo,
vocablos,
ideas que crepitáis
en la hoguera invisible del recuerdo;
yo me revelo demasiado débil y temeroso;
mi irrefrenable ser caduca,
y se desmayan mis ilusiones
en su cielo de nubes puras...*

*Buscad a otro siervo desprendido y amoroso;
mi entusiasmo ya se sumergió
en la tardía hora de mi juventud,
y mi tristeza es honda e incurable,
propagada por la perseverancia
de fríos ecos imperceptibles...*

*¡Sopla, oh amor desconocido,
y vivifica mi soledad con tu aroma!*

*Mis llagas no han cicatrizado;
blandas, dolientes y efusivas
son las heridas rugosas que me asuelan,*

*pero no vibra en la razón,
sino en el sentimiento,
ni nace en la gloria,
sino en la entrega,
la clara bondad que limpiará mi alma...*

*Chateaubriand: ¿Dónde, sino en el genio
de todo fervor religioso
que enardece el mundo
con el fuego de lo intangible,
encontraré la fascinación?*

*¡Oh lágrimas que me santifican
cuando sueña mi alma
con el silente cielo de lo desconocido!*

*¡Oh pasión eterna que me posees,
y me proclamas tu leal siervo!*

*¡Oh búsqueda de novedad,
de dorada inspiración,
de una dulce brisa que devuelva
el amor por la naturaleza
y la fe en la humanidad!*

*¿Dónde, sino en los rebosantes valles
y en los serpenteantes montes de Europa,
en los hegemónicos cauces fluviales
del Rin, del Ródano y del Danubio,
la enaltecida magia de lo cristiano,
el insondable conjuro
de lo ancestral e inveterado,
el embriagador hechizo de la historia,
el lastimoso llanto de los siglos,
la incesante emoción de quien anhela
una jubilosa gota bañada de eternidad,*

*el palpito incombustible de quien desea
en perennes y bellos cielos perdurar,
lograré, con piedad y luz,
encontrar y amar?*

*¡Yo te amo, oh pasado,
y suspiro por tus besos y caricias,
testigos de una nueva infancia;
por el dulce rocío
que emanen tus pechos,
por la pureza de tu mirada
y el legado de tu esperanza!*

*¿Acaso comprendí
las aciduladas desventuras
que atenazaban mi alma
en Roma o en París,
cuando viajaba y divagaba
por los ardorosos senderos
de la vieja Europa y de su densa aurora,
en busca de un atisbo de lo absoluto,
en busca de un verdor clásico y genuino,
en busca de unas enérgicas raíces,
en busca de una luz que me mostrara,
ya sin desdenes marchitos,
el origen y la meta de la historia,
inflamado mi espíritu,
ansioso de una belleza vedada,
por el vigoroso fuego del romanticismo?*

*¿A qué se debe esta melancolía,
esta añoranza profunda,
el reinado de este crepúsculo inaudito
teñido de dolor y de tristeza:
esta nostalgia inabordable,
esta ambición no sanada*

*por un continuo retornar
a las fuentes seminales de la vida?*

*¡La causa el amor!...
Mas ¿cómo amar en medio de esta ignorancia?
¿Cómo anhelar algo sumido en la impotencia?
¿Cómo vislumbrar la eterna sabiduría,
esa corriente indómita que siempre surque
la infinita mar del sentimiento?*

*Pushkin: Fue en mi Rusia natal,
al amparo de mi noble pueblo,
donde acaricié, con suavidad,
la tersura del romanticismo,
ameno elixir de vida
y grata fragancia de consuelo,
mas néctar cuyo aroma siembra
un hondo e inexpugnable anhelo,
la cruz de la insatisfacción perpetua.*

*Humboldt: Es en la bella flor de la aventura,
tutelado por apegos románticos
a la sagrada luz de la novedad
y a su cielo de valiente hermosura;
es en ese deseo vibrante y audaz
de explorar, sentir y descubrir,
que me llevó a las distantes tierras
del inca y del maya egregios,
y al reino de los antiguos dioses
transportó mi alma e impulsó mi cuerpo,
donde palpó mi corazón
el anuncio de la alegría,
el anticipo de la plenitud,
el reflejo de la sabiduría.*

Voz piadosa: *Dejad que florezcan rosas de oro,
y broten racimos de glorias presagiadas,
con sus haces de amores innombrables...*

*Redimirán esta heredad marchita
sus ángeles de olorosos pétalos,
y volaremos tan alto
que toda luz que hoy admiremos
nos resultará vana...*

Voz ansiosa: *¡Besad mi frente,
rayos del mediodía de la bondad,
presagios inmutables de un alma bella,
y que vuestra pureza alegre
mitigue mi rostro mustio
con su haz de pétalos intangibles!*

*Me arrodillo ante esos misterios celestiales
que no cesan de envolverme
con sus eternos brillantes de sigilo,
zafros que parpadean en bóvedas infinitas.*

*Podría sucumbir la historia como un castillo de barro,
y gozar yo de vuestra inmensa compañía
en amables noches de paz y hondura;
podría extinguirse la llama de la vida
y triunfar vuestra hermosura
en tronos inagotables que evocan
la sombra de grandezas inasibles;
podría perecer el arte
y resucitar la belleza perdida de la naturaleza
con un esplendor más sublime
que todas las glorias concitadas por el hombre;
podría yacer suspendido en aguas de tristeza,
y de esta dormición ascender
a la recóndita morada de la felicidad verdadera;*

*podría, podría, podría...,
 yo podría conquistar cualquier reino,
 y deleitarme con cualquier objeto,
 y transmutar todo viso de aflicción
 en la nueva faz de dichas prohibidas,
 y volar por cielos insondables,
 y descifrar el oculto lenguaje de lo eterno,
 y coronar cimas inescrutables
 con la bandera de mi esfuerzo,
 y aspirar a sumergirme en océanos absolutos
 que nadie surcará jamás,
 y acariciar con mis dedos pálidos
 todos los escenarios del cosmos..*

*¡Todo lo podría,
 todo cabe en mi imaginación,
 y me siento dueño de ambiciones insumisas,
 monarca de imperios invisibles
 que envuelven con la magia de sus evocaciones
 todas las energías del mundo y del pensamiento!*

*

La variedad de la cultura (lo que el hombre añade a la naturaleza; la ganancia de nuevos espacios de vida, motivada por dos impulsos básicos: la satisfacción de necesidades materiales crecientes y el desarrollo incontenible de universos simbólicos) quizás nos suministre el bálsamo más bello y placentero frente a la soledad, la ignorancia y la acuciante sombra de la nada.

Abrámonos a la creatividad que ha desplegado nuestra estirpe a lo largo de tantos milenios. Busquemos evocación, sobrecogimiento e inspiración; iluminemos nuestro espíritu, siempre ansioso de novedad, con los frutos ya maduros del ingenio. El apogeo del romanticismo, personificado por Humboldt, Herder y tantas otras grandes almas, nos insufló ese sentimiento de admiración por la prolijidad y la policromía con cuya hermosura ha resplandecido el genio humano a través de tiempos, catástrofes y espacios, ya fuera en esa humilde urna griega que despertó la conmoción de Keats en

forma de una oda sublime o en decadentes ruinas romanas que esparcieron, en el profundo corazón de Goethe, nobles reminiscencias de glorias fenecidas. Con la aleccionadora meticulosidad de sus investigaciones eruditas de la talla del injustamente olvidado Lorenzo Hervás y Panduro (hijo de España, vástago de esa nación de místicos, poetas y pintores, país que protagonizó dolorosas odiseas por mares inmensos y tierras exóticas...), autor prolífico, prefecto de la biblioteca del Palacio del Quirinal en Roma, sabio y jesuita como Athanasius Kircher, unánimemente reconocido como uno de los pioneros de la lingüística comparada, versado en docenas de idiomas (¡casi tantos como el legendario Mitrídates, rey del Ponto, o como el prodigioso cardenal Mezzofanti!), algunos provenientes de las remotas tierras de Polinesia, y descubridor de familias lingüísticas hasta entonces no apreciadas por la ciencia, habían recorrido en esa época dorada el espeso velo que enceguecía la mente occidental ante la multiplicidad de lenguas, religiones y culturas que sazona el mundo. Nosotros nos erigimos en partícipes de su legado y de su fascinación...

Voz ansiosa: *¡Abrámonos a lo humano,
y naveguemos por ese océano
de misterios inagotables
que surcaron las culturas
y admiraron los pueblos!*

*Descubramos, en Oriente y Occidente,
un caudal de irrestrictas maravillas:
sanarán los ecos de su belleza
las llagas de nuestro ser doliente;
consolémonos con la humanidad,
con la flor de su arte y de su ciencia,
de su mirada y su indulgencia.*

*Sólo así se enjugarán las lágrimas
y se desvanecerá nuestra tristeza...*

*Nuestro único nutriente
crece en los campos ubérrimos
de esta humanidad amada.*

*Allí se cultiva el gozo
y se recolecta la esperanza;
allí se siembran ilusiones
y se cosecha la templanza.*

*En su luz entiban las aguas de mi serenidad
y los verdes prados de mi complacencia.*

*¿Qué mayor felicidad,
qué mayor deleite
que acudir, piadosos,
a esas profundas fuentes
desde cuyas aguas borbotan,
con luz, belleza e integridad,
el fervor de las civilizaciones,
la riqueza de la novedad
y el néctar de la creatividad,
para bañar, con su hermosura,
todos los rincones del orbe:
la copa de la Tierra
y el cáliz de los cielos?*

*Degusta ahora mi alma
un maná que no se agota,
el nutriente fecundo
del vasto genio humano,
que el universo cubre
con su frondoso manto,
evocador y delicado,
resplandeciente y profundo...*

Lord Byron: *¡Alabado sea ese empíreo fuego de pasiones!,
ese áureo desenfreno de sentimientos,
ese despliegue de deseos y emociones
que ha presenciado la historia
de nuestra estirpe humana*

*en las grandes obras de la literatura,
de la música y de la pintura:
en el éxtasis que bendice las artes
y en la primicia de la filosofía...*

*¡Dichoso sea el espíritu romántico!,
y jamás renunciemos a inflamar
el sanctasanctorum de nuestro ser
con la pira del ensueño,
con la chispa de la utopía
de un amor puro y eterno,
con la viva ilusión de convertir
nuestro secreto y fatigado mundo
en la bella encarnación
de lo incondicionado y absoluto,
en faz de manso resplandor,
cuyos irisados destellos presagien
la satisfacción de todo anhelo.*

*¡Aléjese la amarga incitación
a desistir de ansiar,
sobre las alas tentadoras de la alegría,
ese palpito tierno, luminoso y cristalino
que clama por una fuerza titánica,
por un conocimiento infinito
y una bondad divina!*

Voz nostálgica: *No nos neguéis, vastedades de cielos y de tierras,
ese regio ensueño que nos embruja,
esa hermosa pasión que nos cautiva:
la ilusión de un espacio, puro y amoroso,
donde florezcan la llama del arte más sublime
y el rumoroso fuego de una verdad flamante,
y nuestros ojos divisen todo fin y todo origen,
todo astro de felicidad y de concordia,
transfigurados por el fulgor de la sinceridad*

*y por la antorcha de la misericordia,
ajenos ya al ondulante devenir del mundo
y a las tortuosas sendas de lo perecedero,
huéspedes de una recia morada
que jamás ante nada languidezca.*

*¿Habremos de esperar a que acontezca
ese triste e inexorable término
a cuya meta nos hallamos abocados
para dulcificar nuestra imaginación
con esa idea salvífica,
con los lentos presagios de una vida nueva,
con ese hechizo deslumbrante,
con esa crisálida que desborda
las fronteras del silencio,
y suavemente nos transporta
hasta un reino colmado
de maravillas siderales,
tras cuyos celosos pórticos
se satisfaga todo anhelo?*

*No aguardemos a que advenga
lo que nunca por sí solo llegaría,
porque es en la mente osada
que sobre lo áureo y divino cavila
donde se aposentan el milagro y la dicha.*

*Soñemos, hijos de la humanidad,
embriagados por el alba
que desprende el amanecer de lo romántico
en los augustos primores de la aurora,
para que ningún crepúsculo tenebroso
anegue la tenue blancura de nuestra alma.*

*Será la claridad del arco iris,
densa, serena y cristalina,*

*el prodigio que perpetuamente
nos visite y conquiste,
y ya no irrumpirán mustios ocasos,
si veneramos su vistosa magia,
honda, transformadora y bella...*

*Habremos edificado en nuestro espíritu
un castillo ennoblecedor e inexpugnable,
el paraíso de las deidades
y el oasis de los ángeles,
un manantial beatífico cuyo fluir procure
el agua que nos rescate del egoísmo,
penumbroso, túrgido y efímero,
y nos impulse, con las alas de la honestidad,
al dorado imperio de la clemencia,
donde las lágrimas no implorarán
un generoso paño que las enjague,
pues, aun frágiles, erigirán
el refugio pujante y seductor
frente a toda soledad desconsolada,
cuan llanto afable y creador
que redime corazones vulnerables,
cuan suspiro que forja deseos
y vivifica realidades y portentos,
con el único testigo de la música,
de la belleza y de la sabiduría,
embarcados en la regia nave
que nos conduce a la alegría,
con unas velas remolcadas
por la dignidad de la imaginación,
por el desmesurado poder de la fantasía.*

*¡Despuntará la eterna juventud
en la suave mar de nuestros sueños,
donde no envejece la humanidad,
ni se decolora la naturaleza!*

*Tersos vergeles de límpida frondosidad,
milagros de fecundidad verde y profícua,
son los campos por los que vaga
el alma de la poesía,
ardor que no sucumbe al pesimismo
ni capitula ante la melancolía...*

*Apresúreme siempre a caminar
por esos hermosos collados,
y posen mis pies su debilidad
sobre esos montes y altozanos,
para que me iluminen sus ansias,
profundas, enaltecedoras y diáfanas,
y me transfiguren sus fragancias húmidas
bajo los recónditos amparos del mañana,
fruto añorado de un néctar celestial
que inunda toda luz que imaginamos,
si es al enhiesto foco de la virtud
y a ese sol coruscante
que sólo exhala rectitud
al cielo que con fervor nos entregamos...*

*El rocío de los hontanares de los sueños,
vívido, remansado y cadencioso,
bañará nuestra faz con su frescura,
con su aplomo, con su bella hondura,
y su bienaventuranza redimirá
el relicario de nuestros recuerdos:
la letanía de tantas tragedias vividas
y de tantos dolores compartidos.*

*Se desprenderá nuestra alma
del aciago orgullo de ufanos cisnes
que encharca nuestro ser envanecido
en ásperos clamores no sanados,
en rugidos desolados de amargura*

*que ofuscan el depósito del amor
y nublan el hogar de la esperanza;
brotará un destello de hermandad,
un despliegue de gloria y de lisura
que acariciará nuestra piel agrietada,
vigorizará nuestros cabellos lacios
y tonificará nuestro espíritu oscurecido.*

*

Existe una dialéctica tensa pero fascinante: es la fecunda discordia que atañe a la distinción entre el clasicismo y el romanticismo, entre la razón y el sentimiento, entre el límite y la infinitud....

Las tenues dosis de conocimiento que nos suministran las ciencias experimentales y las disciplinas humanísticas no retribuyen, con la anhelada plenitud, nuestros más vívidos deseos de verdad. El espíritu humano, ya desde los más remotos albores de su racionalidad, ha tomado conciencia de una percepción ubicua: más allá de lo observable e incluso razonable, subsiste un halo estético capaz de gratificar los ímpetus más profundos que anidan en su alma. Los afanes más señeros y enorgullecedores de inteligencia y de sabiduría siempre han discurrido en paralelo a una ambición volcada hacia la pulcritud y la elegancia. Lo apreciamos en el arte rupestre del paleolítico, en esas joyas pictóricas que adornan las cuevas de Altamira y de Lascaux; en la magnificencia impresa por los antiguos egipcios en sus obras más majestuosas e inmortales, cúspides que elevaban al hombre a cotas inauditas de grandiosidad, así como en las maravillas legadas por Grecia y Roma, en cuyas creaciones resplandecía el pináculo de una concepción del mundo, de una "Weltanschauung" sustentada sobre los pilares del equilibrio y de la armonía, subyacente a sus producciones materiales más insignes. Su luz habría de iluminar el curso de la historia de Occidente por los siglos venideros. Para glorificar a Dios, los arquitectos medievales erigieron templos formidables, muestras privilegiadas de esa noble obstinación que porfía en suspirar por lo fastuoso, por la belleza suprema que añora el hombre. No resulta atrevido afirmar que, en la mayoría de los pueblos, ha comparecido fervorosamente, a lo largo de su densa y dilatada historia, una vehemencia robusta dirigida a la innovación, a la auscultación

de nuevos cielos donde identificar ese primor coruscante que desprende el sagrado sol de la belleza.

La búsqueda humana del eterno rostro de la perfección ha propiciado, a través del tiempo y el espacio, el surgimiento de vibrátiles apetencias de hermosura, de elocuentes deprecaciones que clamaban por contemplar tierras virginales y reflexionar sobre la realidad, la nada y el devenir. Su pujanza ha favorecido la emergencia de obras maestras del arte, y bajo su tutela ha arraigado una honda convicción en el corazón del hombre: nada de cuanto nos enseñan nuestras ciencias (digo nuestras, porque las ciencias las han ideado los seres humanos para servir a sus empeños indómitos de obtener un conocimiento certero; se amparan en la inteligibilidad misma que dimana del universo, pero transparentan una necesidad inconfundiblemente humana) constituye un absoluto, un término que satisfaga, por completo, nuestras aspiraciones más imperiosas, sino que más bien nos estimula a rastrear, con mayor ahínco, la verdad plena y nunca jalonada. Las ecuaciones que describen el universo se hallan investidas de una sutil hermosura, y es legítimo preguntarse por qué existe esta asociación entre verdad y belleza: por qué las teorías más sobresalientes de las ciencias físicas y matemáticas han discernido formulaciones barnizadas con el loable esmalte del refinamiento, y por qué los intelectos más descollantes han colmado el fruto de su ingenio con un singular hálito de belleza, cuya luz nos exhorta a rendirles merecida pleitesía y a desvivirnos por emular sus conspicuos ejemplos.

Quizás la ciencia no hubiera escalado hasta cumbres tan aleccionadoras de no haberse beneficiado de las aportaciones auspiciadas por inteligencias sumamente originales (y probablemente insustituibles), cuya agudeza ha conferido a la enunciación de la verdad material (referida a los hechos empíricamente atestiguados) una cadencia exquisita, vivificada por la amable luz de la belleza, en sus categorizaciones matemáticas. El “hecho bruto” se ha transfigurado, de este modo, en “hecho elaborado”, asimilado por el espíritu artístico del hombre, quien persigue inhalar un aire, respirar una aureola estética en todo cuanto indaga, impetrado galardón para quien venera esa canora hermosura que tonifica la naturaleza. La matemática, como ciencia que versa sobre entidades posibles, aquilata la más fiel declamación de universalidad en el seno de los fenómenos que acaecen en el cosmos, debido a ese común sustrato lógico que los coaliga inextricablemente..

No exageraríamos al sostener que brilla, en el rostro de todo científico y erudito, el críptico fulgor de un artista: las teorías que triunfan nos fascinan no sólo por su confirmación experimental (al modo de las ciencias naturales) o por su verosimilitud teórica y poder de persuasión (como en el caso de las especialidades humanísticas), sino por su ínsita belleza. Los griegos concibieron un universo configurado por la perfección y la armonía, y sus manos tallaron creaciones que aún hoy absorben el brío de nuestra imaginación, como cimas ubérrimas, rebosantes de una hermosura insuperable. El poeta Juan Ramón Jiménez escribe: “Sólo en lo eterno podría/ yo realizar esta ansia/ de la belleza completa./ En lo eterno, donde no/ hubiese un son ni una luz/ ni un sabor que le dijeran/ “¡basta!” al ala de mi vida./ (Donde el doble río mío/ del vivir y del soñar/ cambiara azul y oro)”. ¿Qué, sino lo eterno, lo pletórico, lo inagotable, codicia nuestro espíritu, inquieto e insaciable?

El arte, como plasmación de nuestros más inefables sentimientos, acrisola una manifestación de la incompletitud de esa exploración que protagoniza el espíritu humano: de la inherente imposibilidad de concluirla mientras peregrinamos por las sendas que trenzan esta vida terrena. Las ciencias nos otorgan más y más conocimientos, y embelesan nuestras mentes con horizontes nuevos e insólitos. Sin embargo, nada nos embruja tanto como el arte. Ningún corazón permanece impasible ante la belleza que unge una gran obra literaria, pictórica o musical. La cultura griega, pueblo que coronó cumbres imperecederas de sabiduría, concertó su progreso científico con su genio creativo. Cuando nos sumergimos en el estudio de la civilización griega, ¿no nos aprisionan, dulcemente, las proficuas cadenas del asombro? ¿No nos atrapa un cálido estupor, ante cómo intelectos profundamente interpe-lados por la necesidad de escrutar la realidad advirtieron, al mismo tiempo, el imperativo de ornamentar la flor de sus creaciones con destellos de la más alta pujanza artística, con ese vigor estético que el “hecho bruto” no les procuraba por sí solo?

Grecia encarna el semblante de la ciencia, pero mejor aún personifica la faz del arte. Los artistas más insignes de la historia trataron de culminar sus creaciones con la diadema de una belleza casi perfecta, aunque la mayoría, abrumada por tan monumental labor, se percató de que sólo los dioses degustaban el cáliz derramado por esa hermosura límpida, por esa simplicidad bañada de luz que ellos mismos vislumbraban en la intimidad de su genio

creador. Los griegos, quienes concebían un mundo eterno, se vieron obligados a identificar la perfección con la armonía que infunde el límite, sintetizado en la esfera, figura máxima de la ciencia geométrica, divinizada por Parménides y Empédocles a tenor de la simetría que sazona sus partes. Su fe en la perpetuidad del firmamento cegó sus ojos ante la auténtica plenitud, cuya luz sólo puede radicar en desbordar todo límite y en traspasar toda barrera, mas no en esa sumisión abnegada a confines inexorablemente restrictivos, como acontece con el punto, con el círculo y con la esfera.

La honda huella impresa por la devoción griega hacia una perfección encerrada sobre su propio e imperturbable universo rebasa las fronteras de esta subyugante cultura. De hecho, la alegoría del círculo como imagen intelectual del ser divino surca numerosas tradiciones filosóficas y teológicas. La esfera, el círculo proyectado en una tercera dimensión, goza de una característica especial, condensada en una célebre frase de San Agustín: “cuius centrum est ubique, circumferentia vero nusquam”. La perfección geométrica que ostenta lo esférico ha ejercido una fascinación inescrutablemente poderosa en el espíritu humano. La sondeamos en los escritos de Platón, así como en las especulaciones de cariz hermético y alquimista. La fuerza seductora que dimana de lo pleno, sereno e inmutable, ejemplificado en la esfera, cuyos puntos superficiales equidistan del centro, renace también hoy en quienes privilegian la armonía sobre la espontaneidad. Ignoro si la persistencia de estos símbolos en el imaginario colectivo de la estirpe humana responde a la sedimentación de categorías heredadas y transmitidas de generación en generación (en sintonía con la hipótesis de los arquetipos y del inconsciente colectivo de Jung). Más bien conjeturo que obedece a un modo similar de reacción adaptativa, inmersos en una naturaleza hilvanada por fenómenos reiterativos, cuyo tejido interpela por igual a todas las mentes, con independencia de su raigambre cultural.

La finitud, la ductilidad y la contingencia del cosmos, cuya aprehensión quizás inocule en nuestras almas la ponzoña de una amargura tortuosa y de una angustia no curada, ha invitado a los hombres y mujeres, a través de los milenios y de los continentes, a refugiarse en el arte. En su hermoso hogar, se desliza la “expresión” de lo inefable. El arte ensalza nuestro espíritu hasta cúpulas tan magníficas de belleza y creatividad que redime la pequeñez de nuestro entendimiento, así como la fugacidad que envuelve nuestras etéreas

ansias terrenas. Remueve nuestras acciones y conmueve nuestros sentimientos; nos emociona con esa posibilidad de acariciar, aun tímidamente, el árbol de la belleza pura. Nos alienta con esas enérgicas perspectivas estéticas que dispone frente a nosotros; exhibe la quintaesencia de esa razón universal que añoramos, de esa superforma que trascienda los márgenes modales, para manifestar la universalidad del ser y la inteligibilidad del reverberante cosmos que nos acoge e impulsa: un fundamento caracterizado por la belleza y la elegancia, bendecido con la jubilosa luz del equilibrio y de la continuidad, de la tendencia acompasada hacia un mismo fin. ¿En qué suelos místicos hunde sus raíces la armonía? ¿Acaso no se cimienta sobre lo justo y racional, sobre ese foco de luz cuya atmósfera, imbuida de estabilidad, reflejo del orden que quizás presida el ser y el universo, cautiva el alma humana, ávida de divisar ese equilibrio que ella no cesa de fecundar, pero cuya silueta se ausenta, dolorosamente, de tantas parcelas de la vida?

Sólo el arte logra complacer esos anhelos indoblegables de sublimidad que anegan nuestro espíritu, cuyas luces nos instan a albergar la esperanza en un siempre lejano e inabarcable encuentro con lo supremo, con lo perfecto, con lo divino. Escuchemos las composiciones musicales de los genios, contemplemos las obras maestras de nuestros pintores y deleitémonos con las estatuas más hermosas cinceladas por los antiguos y los modernos...: meditemos sobre esa búsqueda constante de belleza y eufonía que permea la historia. Arte para nuestro tiempo, arte y excelencia estética: de estas utopías aún hoy precisa el corazón humano

Los hitos consumados por individuos concretos se diluyen, bellamente, en las gestas que honran a la entera familia humana, y el desarrollo del saber se revela como una epopeya colectiva: todo el género humano, sin distinción de raza o de cultura, participa en el hermoso sueño de expandir el círculo del conocimiento y de propagar los rayos de su noble luz.

*

Muchas almas sienten admiración por la naturaleza y por el espíritu, pues es en sus predios donde perciben el hálito de lo eterno, la llama de lo bello, pleno e infinito: “*Deus in omnia, vel infinitus in me*”. Algunas de las manifestaciones más eminentes del arte se han inspirado en su luz. El fuego

de las grandes religiones lo aviva su contemplación. Ya en muestras tempranísimas de la mejor poesía y del más elevado fervor, percibimos la huella de ese anhelo de lo absoluto que hiere el corazón humano. Una voz desconocida entonó, casi catorce siglos antes de Cristo, un hermosísimo himno dedicado a Atón, disco solar: a Atón vivo y creador de la vida, primogénito entre los dioses vivos, cuyos sagrados rayos todo lo abarcan; señor de la eternidad, artífice de excelentes designios, sol que nace por el Oriente y descansa en la orilla de los occidentales, astro que cautiva la fascinación de todos los ojos puros, foco luminoso que despertó, al alba de la conciencia, esa sed humana de alabar lo glorioso y de rendir adoración a lo sublime...

Nuestra estirpe rara vez ha desistido de creer, mas ¿en qué creer? ¿Acaso en el poder de la creatividad humana, de esa huella deífica, de ese sello suntuoso de la imaginación, forja de palabras más bellas que las declamadas por cualquier profeta? Sí, el ingenio creador de la familia humana, cálido reflejo que exhala un esplendor inextinguible, pero cuya claridad también subyuga el alma con la promesa de un sentido capaz de trascender nuestra propia angostura... De éstas y de otras hondas cuestiones se ocupa la teología, pero quienes cultivan esta longeva disciplina difícilmente alcanzarán un consenso sobre la esencia de la fe...

Voz nostálgica: *Devuélveme esa alegre fe perdida;
chorros de esperanza, colores puros
reflejados en espacios oscuros
que evocan una vasta luz prohibida.*

*¡Vierte sobre mi faz entristecida
tus copiosas aguas de amor futuro!
¡Sana esta soledad que no clausuro
en las precarias sendas de la vida!*

*Ardientes cruces de belleza eterna
borrarán polvos, heridas, silencios
que hoy me separan de esa fuente tierna.*

*¡Adiós, angustia atroz!; yo te sentencio
al brotar esta lágrima fraterna
llorada en hora de voraz tormento.*

Voz ansiosa: *¡Yo quisiera trastocar el mundo
y traer por fin la justicia a esta tierra,
el equilibrio de sabiduría, poder y armonía!*

*Mis ojos vislumbran a esta hora
un sol de rayos misericordiosos
que dibuja el rostro de la primavera;
ángeles de indulgencia
cuya hermosura suaviza
la tristeza de mis últimas auroras,
mientras levitan los conceptos
en parnasos de inteligibilidad.*

*La luz de un cielo puro
traspasa mi voluntad
y mortifica mi mente:
me pliego ante su belleza,
y anhelo encarnar
ese haz de sagrados pétalos
que reflejan los labios de lo eterno;
la inescrutable llama de mis sueños
avivará el reino de la igualdad,
y en el robusto árbol que presida
el trono de mi parnaso invisible,
florecerá la rosa del amor,
en la cima del Carmelo de la paz...*

*Pero mis ilusiones son esquivas,
zozobran en lagos de inquietud
y revelan trazos angustiosos
de ansias desencaminadas;
sólo la lejana faz de la esperanza
corona mi ser,
pues hoy me ahoga
la agria conciencia
de mi vasta pequeñez,*

*y me invade un pavor,
despótico e irredento,
hacia mi insignificancia,
hacia mi fría impotencia...*

*Profeso fe en lo divino y en lo humano,
porque albergo una confianza incorpórea
en la galante magia que ameniza los sueños...*

Voz piadosa: *Te pregunto:
“¿tienes fe?”,
y me respondes:
“sí,
porque creo que la razón
no agota el mundo”.*

*¡Bravo!
amas lo inexplorado,
y no temes
los tajantes farallones
que flanquean lo desconocido,
pues ansías vivir.*

*Sin fe en algo
que desafíe el presente
y subyugue la razón,
nada brillante,
nada bello,
nada puro y fecundo
surgiría de las manos del hombre.*

*Somos animales de fe,
y no dejemos que nadie secuestre
esta pasión,
hermosa como la luna llena,
mucho más sublime*

*que todas las religiones
y todos los idearios de la historia.*

*Creer en el mundo,
en la vida
y en la razón
nos ennoblece,
y de su luz nace esa gloria
que posa sus rayos vigorizadores
sobre los mejores momentos
del existir humano,
formas caprichosas
que en realidad evocan
sagradas armonías...*

Voz nostálgica: *¡Oh Señor!,
cuanto más lejana me parece la fe,
más la necesito;
es demasiado bella
para que me desprenda de su dulzura,
pero ahora sólo consiste
en lágrimas de impotencia
y gemidos de ignorancia.*

*¡Cómo suspira mi alma
por contemplar un sentido,
mas qué poco ven mis ojos!*

*¡Dame amor,
dame bondad,
dame verdad, belleza y sabiduría!
¡Dame lo que nadie me ofrece!*

*Si eres tú solo, mundo,
admirable y hermoso mundo,
ante ti me pliego,*

*y te adoraré en ese altar eterno
que han tallado ángeles invisibles,
ante un retablo de belleza infinita
y misterios inagotables.*

*Si hay algo más,
si despunta un sol eterno
de luz, verdad y alegría,
renueve su fulgor mi rostro
y siembre en mí sueños
que desborden todo presente...*

*Él será mi pastor,
y circundaré su sombra
bañada de ternura,
porque enjugará mis lágrimas
con su faz amorosa,
y su bondad colmará mi alma
en los valles áridos
y las cañadas lóbregas.*

Voz ansiosa: *No dejes que se extinga mi deseo
como se apagan los ecos de la belleza;
allí donde brille la sabiduría,
en mundos pasados o en sueños futuros,
lucirá un sol
que nutra mi anhelo
con savia nueva.*

*Y elévate, sombra
sobre las entrañas del dolor;
besa esos cielos de pureza
que inspiran tu alegría;
entierra amarguras
y cadenas de tristeza;
contempla sólo*

*moradas de fuerza,
valentía y amor.*

*La omnipotencia de Dios
ha de ser la libertad del hombre.*

*Y yo hoy digo:
tú, muerte,
no apagarás la belleza de nuestra creación;
yo te reclamo,
yo exijo que comparezcas
ante el tribunal de la bondad humana,
y nos desveles tu verdadero ser,
tu auténtico significado.*

*Yo hoy elevo mi voz
a la infinitud del universo,
e imploro una respuesta
que redima mi impotencia.*

*¡Resurjan todas las esperanzas
sepultadas en los cementerios,
y llenen de un nuevo azul el cielo,
vida pincelada en nubes de luz,
audacia y hermosura!*

Coro de ángeles: *¡Despertad,
eternos soñadores del mundo:
la vida os llama,
el trabajo apremia,
las manos de esperanzas fenecidas
golpean en vuestro corazón
y claman por un éxtasis nuevo
en los sagrados reinos del futuro!*

*

La fuerza más poderosa que ha estimulado la creatividad humana trasciende los rígidos cánones de la mera exigencia física. Sus alas surcan otro cielo. Persiste un impulso, difícilmente discernible, dotado de tal intensidad que nos obliga a permanecer suspendidos en el hermoso éter de lo inefable, cuyo despliegue, más allá de esas imposiciones adaptativas consustanciales a nuestra índole biológica, parece escorarnos hacia la esquiua esfera de la invención espiritual. Hunde sus raíces en nosotros mismos, en ese hondo misterio llamado individualidad. Ya lo escribió Jung: “la verdadera historia del espíritu no se conserva en los libros doctos, sino en el organismo vivo, anímico, de cada individuo”. Hallamos palabras similares en las obras de Hermann Hesse: “La divinidad habita en tu interior, no en conceptos y libros”. Ignoro si subsiste un fondo psíquico colectivo, una estela hilvanada por extraños motivos arquetípicos sedimentados en una *mens perennis*, cuyo inconsciente transpersonal nos vincule “espiritualmente” a todos los hombres mediante cadenas invisibles u oscuros tentáculos. Proliferan símbolos coincidentes en todas las culturas, pero, al menos en muchos casos, las diferencias resultan también tan ostensibles que surge una duda legítima: dichas semejanzas, ¿se reducen a simples coincidencias o, por el contrario, evocan la naturaleza más honda de la condición humana, incólume pese a las distancias espaciales y temporales que segregan a los diversos grupos humanos, escindidos como ramificaciones de un hipotético tronco común del espíritu? ¿Y qué otra instancia, además de la ciencia de la mente, podría dirimir este interrogante?

En cuanto que miembros de una misma especie, en cuanto que seres provistos de una estructura neurobiológica pareja y en cuanto sujetos de necesidades análogas, las inquietudes más profundas que hemos exteriorizado a lo largo de los siglos convergen, inevitablemente, en un mosaico de intuiciones fundamentales que permean el universo cultural humano. Guardan un estrecho paralelismo con los “pensamientos elementales” (*Elementargedänke*) de Adolf Bastian, así como con las ideas primitivas examinadas por Lucien Lévy-Bruhl (cuya prejuiciosa distinción entre la mente primitiva y la moderna no tiene por qué invalidar algunas de sus conclusiones sobre *les représentations collectives*). También en Claude Lévi-Strauss encontramos unas binarias básicas e irreductibles que han vertebrado el psiquismo humano desde tiempos inmemoriales. Lejos de mi intención sostener que estas vagas ideas

determinen, inexorablemente, nuestro pensamiento. Tampoco defenderé que el espíritu humano se clausure en torno a sus estrechos límites, pues profeso una fe firme en la infinita capacidad de nuestra mente para rebasar toda frontera ya establecida y, ciertamente, sustraerse a toda herencia recibida. Sin embargo, yo también sucumbo a esa intuición, quizás intolerablemente especulativa, sobre la presencia de unas categorías primordiales que se repiten en los individuos y se reproducen en las culturales desde los albores de nuestro existir consciente. Rechazo, eso sí, que se nos impongan como muros infranqueables y clónicos, de una robustez granítica que confine la noble luz de nuestra creatividad al interior de la angostura de sus márgenes.

Los estudiosos más eminentes de la versatilidad histórica y sociológica exhibida por el fenómeno religioso, así como de sus implicaciones filosóficas, de Kant a Weber, de Otto a Eliade, de Durkheim a James, han percibido atisbos ubicuos de ese “fondo insondable” que se perfila en los diferentes credos históricos, de ese *noúmenon* que se manifiesta en infinidad de *phainomena*, cuyas vigorosas olas se han abalanzado sobre el corazón del hombre en todas las edades. ¿No resuenan también sus ecos en esa *signatura rerum* que tanto fascinara a Jacob Boehme; en esa rúbrica, en esa hipóstasis de lo divino inscrita en la naturaleza que entrevió Emmanuel Swedenborg (para quien el mundo es el “*homo maximus*”); en ese sueño albergado por todo místico ansioso de palpar destellos de la morada eterna en la fragilidad del orbe terrene; en ese sentimiento de dependencia del absoluto sobre el que teorizara Friedrich Schleiermacher; en esa intuición atemática de lo puro, santo y totalmente-otro que tan bellamente atrapara la imaginación de Rudolf Otto...? ¿No apela a la entraña “suprarracional” de la existencia humana, pues integramos, de forma dolorosa, intelecto y sentimiento, y encarnamos la más ardua de las preguntas? Cómo caracterizarlo, cómo elucidar su auténtica esencia, cómo alcanzar una definición que cumpla los más elementales criterios de ciencia, constituye una dificultad probablemente insuperable. Pero el vislumbre de ese núcleo recóndito que subyace a la creatividad espiritual de la estirpe humana se me antoja imposible de soslayar: su luz parpadea con demasiada pujanza.

Rousseau: *Admiremos el don de la fe,
y la flor de su fruto perfumado
en forma de bondad y de arte.*

*Mas ¿no acrisola la fe,
en su más noble primor,
un sentimiento inasible,
cuyas alas nos ensalzan
desde la afligida faz del mundo
hasta el más insondable de los cielos,
para enaltecer todo pensamiento
y purificar todo deseo?*

*¿Cómo disociar la fe de la emoción,
y oscurecer el prudente sol de su belleza
con la angostura del conocimiento,
si nuestro corazón ignora
la esencia más recóndita
que trenza las cadenas de la vida?*

Kant:

*“Hube de desplazar la razón
para dejar sitio a la fe...”*

*Ya no queda espacio
en el hogar del entendimiento:
saturan su amplitud
un séquito de categorías,
un cúmulo de experiencias
y una legión de presupuestos;
busquemos quizás otra morada
en las sonoras inmensidades
que cubren la fantasía humana,
pero no mezclemos fe y razón...*

San Anselmo:

*El ser solo se basta;
entraña universalidad
y rebosa de pujanza;
es tal la profundidad
de todo cuanto evoca,
aun en su inefabilidad,*

*que su luz nos eleva
hasta los elíseos cielos
del bien y de la verdad.*

*¡Oh divina fe:
el dulce viento
de tus mugientes ráfagas vespertinas
impulsa los brazos fatigados
que sustentan mi ser!;
tú gozo me proyecta
hasta un don ilimitado,
y me permite conocer
astros hermosos y eternos,
las caricias de un amor inveterado.*

*Tu luz rejuvenece mi corazón,
y en los lagos de tu frescura
se baña hoy mi alma exánime.*

¡Inúndame con tu paz!

¡Rózame con tu sosiego!

*¡Enjuga mis lágrimas
con el paño de tu delicadeza!*

*Sí, creo para conocer,
porque el raso comprender
me hiere, asuela y angustia,
al sumirme en la agonía
de la finitud exacerbada;
la faz de mi corazón implora
una voz que me satisfaga
con palabras de infinitud,
y con verbos de un amor
inconmovible, bello y eterno...*

*No cesaré de creer,
mientras el mundo no me ofrezca
ese sentir infinito,
ese querer no presagiado
y ese entender irrestricto...*

Voz profética: *La ciencia es conocimiento,
es verdad,
es certeza;
la religión es sentimiento,
vasto simbolismo
en el frondoso espacio de la imagen;
es posibilidad,
es angustia,
hermosa y noble angustia...*

*Ambas han convivido siempre
en la contienda del alma humana,
pero no las mezclamos,
no hagamos un único corazón
de lo que nació dividido
y ha de vivir dividido.*

Voz ansiosa: *Mi corazón mortificado
sólo busca una fe
demasiado bella,
demasiado profunda,
demasiado limpia
para esta fragilidad
que me atenaza y condena.*

*Ningún labio profético
entona el cántico más puro
que recoge la sed de mi espíritu;
verteré aún más lágrimas,
hasta que irrumpa ese ángel*

*saciado de ternura,
y me bendiga con la luz
de una palabra inmarcitable,
la gran obra de un alma honesta;
hasta que manos cautelosas
acaricien la sequedad de mi piel
con efusiones de suavidad celeste,
resguardados nuestros corazones
bajo una cúpula de astros sigilosos
evocadores del rostro,
la claridad y la vida
de una dicha imperecedera,
cuan velados resplandores
de las entrañas insondables de lo eterno...*

*

Para Hegel, la alabada autonomía del espíritu humano, su liberación del brumoso despotismo de lo divino, comenzó cuando Ockham, esa alma noble, inglesa y bella que despuntó en el ocaso de los tiempos medievales, dudó, vacilante y quizás también estremecida, de muchas de las certezas albergadas por los filósofos que habían descollado en los siglos anteriores. Opuesto al principado tiránico que ejercían los romanos pontífices, contra el que lanzó sonoras denuncias, y amparado por príncipes y soberanos poderosos, a cambio de cuya espada les consagró la agudeza de su pluma, Ockham se rebeló contra ese áspero rosario engastado en vanas divagaciones escolásticas. Su sed de sabiduría se sublevó contra innumerables especulaciones dogmáticas, inanes y adoctrinadoras que rara vez fomentaban el avance del conocimiento. Vivían adormecidas por un respeto reverencial, infecundo y letárgico hacia la autoridad ostentada por glorias fenecidas, por Platón, Aristóteles y los Padres de la Iglesia, fuentes de una claridad inconmensurable para la historia del espíritu humano, pero estrellas demasiado distantes como para verter su luz sobre todos los días del futuro.

Este fraile franciscano fulminó muchas de las capciosas y acarameladas sutilezas argumentativas que habían cultivado, con tanta sagacidad, las Escuelas, inoculadoras de un perspicaz veneno filosófico, concebido para

epatar los oídos del pueblo llano con apelaciones inoportunas a causas, sustancias y analogías; un armazón de nimios nombres y fútiles adjetivos, de circunloquios carentes de hondura y desprovistos de certeza, diseñados, en muchas ocasiones, para embelear a los sufridos súbditos del régimen feudal con visiones umbrosas, y someterlos al caduco vasallaje infligido por unos clérigos y señores más afanados en engrosar sus pingües haciendas que en buscar, con entrega, la luz de la verdad y el astro de la justicia. A esta opresión se enfrentó, perseverante en su amor religioso al Dios de la bondad, sol de rayos iridiscentes que sólo derraman su luminosidad sobre corazones puros y humildes, este ilustre franciscano, este recio y osado espíritu nacido en las Islas Británicas, cuya audacia plantaría la semilla de un cosmos nuevo... Sus ojos pulcros y piadosos, alzados hacia la nebulosa inmensidad del firmamento, ¿no vaticinaban el advenimiento de una edad rejuvenecedora, que se maravillaría ante el brillo irradiado por una razón también doliente? Se cernía el crepúsculo de la Antigüedad y asomaba el amanecer de los siglos modernos.

Despojado de ese engarce armonioso con la razón, con la ciencia y con su otrora fiel esclava, la filosofía, el discurso teológico quedó relegado a una gruta profunda e inaccesible, como reliquia para espeleólogos inquietos, o elevado a etéreos castillos escondidos tras densas nubes grises, aislados de la Tierra, desgajados de la historia, remanentes de los productos más elaborados de la fantasía humana. Pocos consiguieron recobrar esa confianza en erigir puentes firmes que vincularan la razón y la fe. Lanzarse al vacío, flanqueados por abismos de aterradora oscuridad, se convertiría en la única opción válida para los nostálgicos de lo divino. Pero se yergue un mundo vasto y libre, en cuyo seno también se hermanan la fe y la razón, y extiende sus brazos la esperanza al afligido corazón del hombre: el universo de la creatividad. Nosotros hemos de tributar el fuego de nuestra imaginación a propiciar una flamante y docta aurora, cuya belleza exceda, en pasión, aplomo y ternura, la flor blandida por todo albor pretérito...

Schleiermacher: *De nostalgia se embarga mi espíritu
ante el recuerdo de esa dulce armonía
que conciliaba fe, razón y fantasía,
alumbrada en los lejanos tiempos
de castillos, monjes y catedrales,
sobre cuyo aplomo se alza mi Europa,*

*mi amada y sabia Europa;
edades enfebrorizadas
por una fe inquebrantable
en la noble luz de lo divino,
como testimonian, entusiastas,
sus vidrieras insignes,
sus sugerentes arbotantes,
sus ábsides y baptisterios,
sus bóvedas estrelladas
y sus cúpulas radiantes;
sus nervaduras, sus pórticos
y el estruendo que propalan
las perlas de sus campanarios,
retoños de esos bellos prodigios
que talló la creatividad humana
en los pináculos del arte gótico,
en Westminster, Burgos y Salisbury,
en Amiens, Chartres y París,
en Sevilla, León y Canterbury,
en las fachadas de luces flamígeras
que azuzaban las fogosas llamas
de una creencia inexpugnable
en el hondo cielo y su perenne primavera...*

*¡Oh catedrales góticas,
amparo de criaturas míticas,
de gárgolas y endriagos,
cuyo misticismo vivifica
sublimes joyas arquitectónicas,
exaltadas por cuantos románticos
añoran esa fusión legendaria
de la sangre del espíritu
y el vino de la naturaleza,
ávidos de elevar sus espíritus
a las siderales alturas del alma!*

*Cálidas luces de piedad
y amenos rayos de recogimiento
inundan las grandiosas naves
de esos templos consagrados
a hermosuras innombrables;
mi corazón anhela acariciar
ese haz de chorros delicados
que anegue mi tabernáculo
y lo sacie con su claridad,
con el cáliz de su magnificencia...*

*Yo encuentro ese poder egregio
no en el impasible cielo,
sino en nuestro indócil corazón
y en el hermoso altar de sus sueños...*

*La fe nos vincula
a una realidad infinita,
bella y aleccionadora,
y no cabe desligarla
del inasible sentimiento,
de esa sonora sed humana
por una tierna y pura aurora
de pasión, frescura y alegría;
labios ocultos claman en el alma
por degustar la magia del ser,
clavada en astros celestiales
y acrisolada en leyes morales:
en la sonrosada luz del sol
y en el fiero verde de la vida.*

*Los riachuelos de la fe
y los arroyos del sentimiento
desembocan en un mismo océano:
en la búsqueda de lo eterno...*

*He aquí la clave dorada
que vertebra toda religión...*

*Palpemos con humildad
nuestra profunda dependencia
de lo absoluto e insondable;
esa flor de emoción indescriptible
cuyos pétalos inspiran todo fervor,
todo ascetismo,
todo gozoso comedimiento,
todo atisbo de devoción,
toda ansia y toda reciedumbre:
la fe en lo inmutable e intangible,
cuyo fragante vigor excede
los territorios de la ciencia,
pues su agudeza desborda
los frágiles confines de una razón doliente.*

Voz profética: *Este eclipse de lo puro
presagia un nuevo amanecer;
renacerá la luz de lo divino,
dulce y descomunal,
ya no opresiva y monótona,
sino glorioso reflejo
de la libertad creadora del espíritu,
de la eterna potencia
transfigurada en audaz acto;
pues la impenetrable oscuridad
es también bella,
el no saber es sugerente,
polo magnético de un corazón inquieto,
aspiración a lo imposible,
tronar irredento
en silencios siderales,
doloroso grito cósmico
en una vastedad sin nombre,*

*furioso despliegue de lo que puede ser,
profeta de una verdad infinita.*

Voz piadosa: *Franquea los pórticos de Karnak,
pasea por el claustro de Silos,
surca la gran nave de San Pedro,
penetra bajo la bóveda de la Mezquita Azul,
y déjate contagiar por la emoción
que vivifica el intelecto.*

*Eleva por unos instantes
el corazón y la mente a lo inescrutable.*

*Te sentirás un ángel entre ángeles,
postrado ante el trono de lo infinito,
ante el supremo cáliz del misterio.*

Hegel: *“La religión es el amor”...*

Spinoza: *Mas “la superstición no entra
en el corazón de los hombres
sino con el miedo,
y todos estos objetos
de falsa adoración
no son sino fantasmas,
hijos de un alma tímida
que la tristeza goza al delirio”.*

Voz nostálgica: *Templos,
piedras vivas,
preguntas abiertas,
gritos del hombre
a dioses invisibles;
lágrimas endurecidas,
como peldaños vivientes
que auspician nuestro ascenso
hacia el cielo de la verdad pura.*

*Y el hombre camina
entre bosques de intuiciones,
junto a árboles de ideas
y coposas nubes de deseos,
entre la claridad y la niebla,
entre el temor y la esperanza,
entre órdenes visibles
y senderos intangibles.*

Voz piadosa: *¡Oh mortales!*

*Yo os felicito
por todo lo que habéis construido;
de inhóspitos terrenos
eleváis pirámides, templos y catedrales,
anticipos del cielo,
destellos de orden
que perfeccionan la hermosura
de una naturaleza inagotable,
crisálidas de conocimiento
en el silencio del cosmos,
anuncios de lo eterno
y de lo que ha de superar lo eterno:
el ser y el destino,
el sendero hacia el espíritu,
la vía regia a la verdad.*

*Con la escuadra del amor
y el compás de la sabiduría
habéis trazado
la más sagrada de las obras,
la imagen del ser recóndito,
holocausto quemado
en urnas invisibles.*

*No insistamos tanto en lo que somos,
sino en lo que aspiramos a ser.*

¡Haced hablar a la muda naturaleza!

¡Imploradle conocer!

*¡Abridle las puertas
en el frondoso bosque del deseo innato!*

*Y derrame los rayos
de su eterna belleza
sobre cielos sedientos de luz y espíritu...*

Voz profética: *Tú estás llamado a derruir
las fronteras de los hombres;
no desprecies símbolos y misterios,
no te sonrojes ante el pasado,
no desdeñes el alma antigua:
busca integrarlo todo
en un espíritu universal,
en la copa de la sabiduría,
como nuevo cuerpo místico.*

*

La verdad más elevada y profunda que desea descubrir nuestra inteligencia se refiere a la existencia o inexistencia de Dios, de ese ente supremo, de ese hacedor del mundo cuya idea y cuya añoranza han clavado sus penetrantes púas en tantos corazones que no se han desprendido de la obsesión de acariciar su luz lo largo de la historia.

Honestas y luminosas son las palabras del salmista (138, 6-10):

*“Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.*

*¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;*

*si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha”.*

Casi seis siglos después de Tales de Mileto, Virgilio se hace eco de una convicción: lo divino permea el ser, pues “*Iovis omnia plena*” (*Bucólica* 3,60). Es la fuerza universal que todo impulsa: “*Est Deus in nobis, agitante calescimus illo*” (Ovidio, *Fastos* 6,5”). Es la luz imperecedera: “*lux vera quae illuminat omnem hominem venientem in mundum*” (Jn 1,9). Es el ímpetu que habita en las profundidades insondables del corazón humano, intimidad absoluta que todo lo origina, belleza radical a la que ya no amaremos tarde, sino desde el alba misma de todo amor: “*Noli foras ire; in teipsum redi; in interiore hominis habitat veritas*” (San Agustín); y como San Buenaventura, nos exhorta de este modo: “*Aperi igitur oculos, aures spirituales admove, labia tua solve et cor tuum appone*” (*Itinerarium mentis in Deum* I, 15), pues es ese fulgor eterno declamado por Dante:

*O luce eterna che sola in te sidi,
sola t’intendi, e da te intelletta
e intendente te ami e arridi!*

(*Paradiso, canto XXXIII, 124-126*).

Es el Dios cuyos noventa y nueve nombres más pulcros funden lo distinto en el crisol de la unidad: “Yo soy Él, el que deseo, Aquél al que deseo soy yo; somos dos espíritus que moran en un solo cuerpo. Si me miras, también le habrás visto a Él. Y si le miras, nos habrás visto a los dos” (Al-Hallaj). Es la suprema geometría del universo, la austera hermosura de las matemáticas, incandescente reflejo de lo eterno. En aguda sentencia de Proclo, célebre filósofo neoplatónico del siglo V: “Así es, pues, la matemática; te recuerda la

forma invisible del alma; da vida a sus propios descubrimientos; despierta la mente y purifica el intelecto; arroja luz sobre nuestras ideas intrínsecas y anula el olvido y la ignorancia que nos corresponden por nacimiento”. Reveladora como la manzana de Newton es también esta expresión de Leibniz: “*Cum Deus calculat, fit mundus*”. Dios aparece como el excelso geómetra que traza las leyes del universo con el compás de su sabiduría ordenadora, potencia que mueve el cosmos e inspira el afán del hombre por elevarse al templo de lo puro, al sagrado reino del conocimiento y el amor.

Todo, todas las interminables cadenas y espirales de nuestras dudas, todo nuestro ingente y bello despliegue de tenacidad, de trabajo, de voluntad de edificar la historia; todo cuanto afecta al universo, a la vida y a la humanidad...; todo, en último término, remite a este misterio: ¿existe Dios? Si lográsemos una contestación definitiva a un enigma que ha surcado la mente humana desde tiempos inescrutables, ¿no se extinguiría nuestra sed de saber? Todo resplandecería diáfano para nuestro entendimiento. Todo problema encontraría de inmediato su anhelada solución, y se despertaría todo sueño adormecido; responderíamos a cualquier interrogante con una seguridad y con una claridad admirables, y todo oscuro arcano desembocaría en un mar saciado de certidumbre. Por desgracia, nadie ha sido capaz de despejar esta vasta incógnita, este interrogante tan doloroso... Y preservarlo abierto, comprobar cómo esquivaba cualquier viso de elucidación, nos inviste de libertad y justifica la belleza de caminar por sendas insospechadas, para explorar islas virginales. Aún hoy es noble y hermoso buscar el conocimiento (“*Edita doctrina sapientum templa serena*”, escribió Lucrecio).

Y yo os digo, artes, religiones y filosofías: vosotras sembrad esperanzas y la ciencia recogerá realidades.

Voz ansiosa: *¡Amados míos,
destruyamos toda frontera religiosa!*

*Sólo existe una religión:
el amor a una luz que nos eleve,
el ansia de crecer,
el anhelo de unir todos los soles
y todas las estrellas,*

*el deseo de expandir el corazón
hasta mundos inimaginables,
el hambre de saber
para superar lo dado:
la esperanza de un sentido
que forje amaneceres nuevos,
el compromiso de crear.*

*Y a ti,
poder desconocido,
sabiduría eterna,
los hombres te piden
guía y fortaleza
por el recto camino
de la vida.*

*Pero tu fuerza brilla
en nuestro interior:
es la llama inmortal
de todo verdadero,
de todo puro y noble amor
que abrasa el corazón
de cada hombre,
y también incendiará
el alma de lo venidero...*

*Voz piadosa: Yo quiero lo eterno,
lo que siempre sería bello
más allá de pasiones y recelos,
esperanzas y amores,
poderes y flaquezas,
personas y deidades.*

*Desde su seno,
profundo y luminoso,
el alma levitaría*

*en la esfera de lo puro,
libre e incondicionada,
alegre y vivaz,
suave y radiante.*

*¡Entronízame
en la cátedra de Salomón,
para que contemple
los trabajos más sublimes del espíritu
y empuñe mi diestra
el gozoso cetro de la sabiduría,
vivificado mi ser
por los sagrados rayos del amor!*

*Así fundiré
gracia, razón y experiencia
como luces supremas
en toda búsqueda de la verdad.*

Es la meta de mi vida.

*

¡Ojalá un empeño análogo, tan bello como ese gozo que muchos consagran a exaltar sus respectivas creencias, se dirigiera al corazón de la humanidad, a la heroica vocación de construir una sociedad, un mundo, una historia, una fraternidad de luz fecunda y hermosa, cuya vida desprenda el docto aroma de la paz perpetua!; despojada de fracturas, de fisuras, de enemistades, de amarguras, de odios inveterados, de celos no cicatrizados... Una república integrada por individuos independientes y sinceros, anhelosos de buscar la verdad sin sucumbir a esos falsos refugios que nos brindan los dogmas religiosos, filosóficos y estéticos, rosarios de asertos que pretenden inmunizarse frente a toda crítica racional, inmediatamente tildada de blasfema, como si la sola evocación de la insuficiencia argumentativa que traslucen determinadas ideas hubiera de desencadenar escándalo o conflicto, cuando la auténtica amistad no niega las discrepancias, sino que las subordina a los

bienes más preciados: el amor y la concordia... Personas de cuyas almas se ausenten el pesimismo y la tibieza, y en cuyas mentes triunfen la audacia, la honestidad y la tolerancia, soberanas invencibles: criaturas enamoradas de la libertad. No creencias que nos separen, sino ese reino ecuménico de los fines universales con cuyo vislumbre soñó devotamente el abnegado Kant bajo las lunas inspiradoras de Königsberg...

Mientras tanto, entonemos una acción de gracias a la humanidad por haber propiciado el nacimiento de personas dotadas de cualidades espirituales sobresalientes; seres que, como Lev Tolstoi, Charles de Foucauld, Mahatma Gandhi, Albert Schweitzer y Simone Weil, ennoblecen la historia y nos revelan nuestro genuino cielo, cuyas fuentes fluyen del poder más profundo que atesora el corazón: la capacidad de amar.

Voz de gratitud: *No he de temer cuanto la vida ofrece,
ni venerar la muerte y su agonía,
pues con la aurora despunta alegría,
y al ocaso toda ansia reverdece.*

*La vastedad del cosmos me enternece,
prendido de su aplomo y fantasía,
y el miedo, su indolente tiranía,
en mi embelesada alma languidece.*

*No creo en el amor y en la belleza
por ahogarme una fiera soledad,
postrado ante la cósmica grandeza.*

*Hijo soy de silencio y libertad,
y enaltezco la tierra y su franqueza
para acariciar el don, la verdad.*

Kierkegaard: *Religiones y teologías:
no os desvanecáis nunca,
ni emigréis jamás
de la doliente faz de la tierra;
no nos dejéis solos,*

*suspendidos en este invierno gélido
y en este adusto desasosiego,
cautivos de la amarga angostura
que proyectan el espacio y el tiempo,
abarrojados en la flagrante desmesura
de unas vastedades siderales
que abandonan todo sueño
y renuncian a toda utopía,
obstinadas en prolongar
su inveterado enmudecimiento;
pues nuestros hombros aún acarrear
los ambiguos y pujantes dones
de la razón, de la fe y del sentimiento,
para pensar el mundo y amar las estrellas...*

*Mi mente es demasiado oscura,
anegada en rapsodias infinitas
y perdida en ansias pasajeras;
mi corazón ya no palpita
con el entusiasmo que lo arropó
en las cimas de mi juventud tullida;
sólo vuestras creencias,
sólo la complicidad de vuestras fantasías,
sólo vuestro noble ardor,
sólo vuestra dulce valentía
precipitará una hermosa luz
sobre ese abismo inescrutable,
silente y estremecedor,
en cuyas regias profundidades
no resuena ningún eco bello,
y tan sólo escuchan mis oídos
los sonos de certezas expatriadas...*

*Sólo por esa infancia
que vuestro claror infunde,
con entrega y delicadeza,*

*en mi espíritu envejecido,
merece la pena contemplaros,
porque ahora regresa a mí
el color de la alegría,
y late de nuevo mi alma
con el vigor que antes destellaba;
una brisa templa mi angustia,
y me colma de la honda lozanía
que, incesante, se desvaneció;
gratamente recupero
ese anhelo de sabiduría
que en las nubes de mi soledad
menguaba en fases de dolor,
atrapado en mi propia cobardía ...*

Feuerbach: *“Quien ama a los hombres por sí mismos,
quien se eleva hasta el amor del género,
hasta el amor universal,
hasta la esencia del género
que corresponde al amor,
es cristiano,
es cristianismo” ...*

Voz piadosa: *Mi religión funde amor y conocimiento.

Aún no tiene nombre...*

Voz nostálgica: *Anhelo que exista algo
capaz de desbordarme ilimitadamente.*

*Se desviven mis ojos por esa luz
mayor que la razón y el sentimiento.*

*Clama mi corazón
por ese espacio oculto
y extenso*

*que nada presagia...;
pero yo lo ignoro todo,
y sólo imagino,
saboreo,
atisbo...
en insondables lejanías
que no cesan de embriagarme
con vislumbres de claridad,
ternura
y pureza.*

*El cielo y la tierra me condenan
a yacer en las moradas de la duda...*

Voz ansiosa:

*Si caminara eternamente
sobre espesuras algodónadas,
como burbujas umbrías
dispersas en la vastedad del cielo,
flanqueado por esperanzas,
árboles,
riachuelos,
piedras miliare,
estrellas y hondonadas,
pertinaces ruiseñores,
fervor
y sagrados haces de deseo,
me encontraría a mí mismo;
secaría la fuente de todo misterio
y sólo respiraría amor,
las nobles chispas de su luz serena:
el hálito de la verdad,
que no conoce origen o destino,
pues las alas de su belleza
surcan mundos universales...*

*

¿Existe una escapatoria a ese angustioso desfiladero tan férreamente vigilado por la Escila de la razón y la Caribdis del sentimiento? ¿Dónde mora el añorado *tertium exclusum*, ese bello y aletargado asomo de lo imposible, por cuya suave luz de astucia suspiran infatigablemente las alas del pensamiento y del corazón?

Aún hoy penetran en lo más profundo del espíritu esas doctas y luminosas palabras que declamó el gran sabio persa Omar Jayam, enamorado de la unidad más sublime y recapituladora unidad:

“¡Oh, vida de mi cuerpo y vigor mío, todo Tú!,
eres mi corazón y eres mi alma, ¡oh corazón y alma, todo Tú!
Te convertiste en mi existencia, y así, eres todo yo,
y en Ti me volví nada, y así, soy todo Tú” (*Rubaiyat*, 385)

El símbolo ensancha la mente y la sensibilidad. Es el anticipo de lo desconocido, la piedra de lo que deseamos construir, el espacio de lo posible. En él se intuyen los límites de la racionalidad y se vislumbra un horizonte nuevo, la revelación de un territorio inexplorado que ha de ser conquistado por el esfuerzo del hombre, por su ciencia y su técnica.

Símbolos y metáforas se alzan entonces como dones del alma que nos abren a un cielo de intuiciones puras; oasis para la sensibilidad, premio para la razón. El símbolo trata de armonizar la racionalidad y el sentimiento, lo comunicable y lo inefable, la naturaleza y la cultura. El símbolo es el pilar de la arquitectura invisible del espíritu, es el elemento con el que la conciencia humana levanta un edificio intangible, que es la obra del pensamiento y de la fantasía, a la larga más vasta y fastuosa que todas las construcciones materiales, la auténtica catedral del universo, para convertirnos, como pedía Rumi, “en alma del alma”.

Llamémoslo *coincidentia oppositorum*, en cuya infinitud se reconcilian todos los opuestos, si anhelamos seguir la hermosa estela marcada por Nicolás de Cusa; llamémoslo imaginación; llamémoslo creatividad; llamémoslo energía, ímpetu, voluntad; llamémoslo, en definitiva, filosofía, porque en ella convergen la ciencia y el arte, la necesidad y la libertad, lo real y lo posible. Propendamos hacia sus estrellas, pues transparentan claridad infinita. En su reino simbólico nos erigimos en dioses...

Voz nostálgica: *Necesitamos imaginación,
y precisamos del poder evocador
de vuestras más conspicuas creencias,
aun cuando resulten lejanas e inverosímiles
para esos estrechos, ingratos y oscuros límites
que ciñen la fragilidad de la inteligencia.*

*Sé que la sombra de la contradicción
se cierne sobre toda época,
sobre todo arte,
sobre toda civilización;
mas quizás florezca en la magia
de vuestros venerables templos
y en el fervor de vuestras iglesias,
en el ímpetu que derrama vuestra fe,
diseminada a hermosos e invisibles cielos,
y en los besos que vuestra esperanza,
vertida a poderes incognoscibles y recios,
prodigue sobre nuestros rostros,
la rosa de ese vigoroso amor
que habrá de regresar muy pronto:
ese sol incomparablemente bello
que alumbró las edades doradas
de nuestra expectante estirpe.*

*Lo pasado jamás retornará,
pero en vosotras yace un oasis
donde el tiempo no perece
y no desfallecen los sueños,
porque al igual que el arte
y la pujanza de la filosofía,
revivís glorias marchitas
y gestáis apetencias infinitas.*

*¡Desafiadnos,
alas firmes, gozosas y concatenadas;*

*exponednos sin término
a esas fulguraciones seráficas
que irradia un horizonte egregio,
saciado de verdad, amor y plenitud,
para ofrecernos acariciar sin fin
el jugoso fruto del árbol de la vida
y el néctar efusivo de los sueños!*

*No temáis compartir con nosotros
vuestras tersas y exuberantes fantasías,
ni os atormente el miedo al desprecio
o la áspera agonía de la indiferencia,
porque todos somos hombres y mujeres,
niños de afable y perpetua infancia
que juegan en vastas playas de saber,
corazones y espíritus
teñidos de amargo y trémulo desconsuelo,
peregrinos en búsqueda incesante
de una respuesta que sane y calme
interrogantes tan copiosos y dramáticos,
como látigos de luz que restallan
en la hoguera de mi alma,
intensos fragores que nos sumen
en el más agrio de los duelos.*

*Hemos de ensanchar el espíritu,
y brilla aquí la tarea más apremiante
que ha de absorber nuestras fuerzas;
una responsabilidad acuciante
de cara al mañana siempre nuevo,
al alba, infinita y rejuvenecedora,
que no desistirá de sorprendernos.*

*Jamás dejarán de esparcir mis ojos
suaves lágrimas de inocencia
cuando otros me pregunten
qué hemos de esperar de la vida...*

*No tengo la respuesta;
 en mi llanto se deslizan
 las aguas de mi sabiduría,
 el reconocimiento piadoso
 de mi debilidad y mi nesciencia.*

*

Nos apremia la tentación de internarnos en el laberinto sentimental de la fe, haz de solemnes galerías que nos transmiten una grata emoción de seguridad, de quietud, de tranquilidad, adormecidos por la incomparable placidez que emanan su silencio, su sosiego y su reciedumbre. Pero también Adán y Eva hubieron de pecar: sus labios tenían que morder y degustar el fruto prohibido, y su alma conocer los secretos del bien y del mal. Sin abandonar el paraíso, jamás habría despuntado la hermosa y contradictoria luz de la historia, de la propia fe y de la gracia redentora. No existe ningún edén para la humanidad más allá del parnaso que construyamos con nuestro tesón, nuestro entusiasmo y nuestro anhelo: la sagrada torre del amor, de la belleza y de la sabiduría.

Nos asaltarán las más horrendas dudas, y muchos corazones jamás podrán abrirse a esa luz saciada de limpidez y de osadía, a ese fulgor que irradiaba una creencia sincera en los dorados y cándidos vergeles por cuya pureza suspiran nuestras almas; mas no han de morir la fantasía, la fe y la esperanza: sus voces de clarividencia, enhiesta y abnegada, immortalizan esa magia que envuelve de fervor el cosmos natural y propicia la mística de sus fuegos fatuos. Nos transporta a mundos que no fenecen, oasis frente a esta soledad endurecida...

Voz ansiosa: *¡Exhalad el hálito epifánico
 del más puro de los conceptos
 y del más elevado de los deseos!,
 porque todos nuestros corazones,
 se alcen o no en partícipes
 de vuestras floridas enseñanzas,
 respirarán cualquier fragancia
 que les resulte dulce y placentera,*

*sin importar su arcano origen
ni sus secretas consecuencias,
si sus destellos les desvelan,
desde un púlpito de amor y de belleza,
la noble senda de la humanidad
y de la longanimidad imperecedera.*

*Acojamos todo anuncio cuyo vigor abra
las densas ventanas del entendimiento;
tributémosle cordiales bienvenidas,
como súbditos del país de la inocencia,
patria de cuantos espíritus ansían
conocer, amar y sentir,
para cultivar el jardín de la razón
y el oasis del sobrecogimiento...*

*La luz que arde en todo corazón
clama por reflejarse en cálices nuevos;
enriquecer el alma y ensanchar la voluntad
llenar de fuerza y entusiasmo la vida;
quien no busca el grial de la sorpresa
perece en noches de desánimo, combate y soledad:
acariciar cumbres coronadas de asombro
nos imbuje de amor y piedad,
y alivia las heridas de nuestra tristeza...*

Voz celestial: *¿No esconde toda religión una gran poesía
declamada a lo desconocido?*

*¿No es Dios esa bella y noble meta
que hemos de alcanzar al término de nuestra aventura?*

Pascal: *“Razones hay
que la razón ignora,
razones hay
que la razón superan”...*

¡Oh razón, devuélveme a mi Dios!

Platón:

*La sabiduría y la virtud,
si beben de las aguas límpidas
de la honestidad más hermosa,
consisten en conocer a Dios,
la realidad suprema y recóndita,
la bondad más bella y suntuosa,
esa luz celestial y genuina
que ensombrece toda apariencia,
y cuyo prístino resplandor nutre
a cuantos seres gozan hoy
de la dicha de la existencia...*

*Tan sólo esa luz nos saciaría,
porque el alma sólo aspira
a una realidad eterna,
a la morada del amor
y a la fuente de la belleza.*

*¡Oh mundo inteligible!
¡Oh esfera incognoscible
que amparas el brío de la verdad
y el lienzo del amor puro y sereno,
inasequible al engaño,
insensible al fingimiento,
estrella ensortijada donde reverbera,
con la majestad más sublime,
el implorado fulgor de lo auténtico,
y desde cuyo auspicio se tornan posibles
las esperanzas y los sueños,
para declamar los versos más eximios
y descifrar los más profundos misterios
que aderezan el universo con su manto;
en su sol se hallan enunciados sempiternos,
astros que no sucumben al inclemente tránsito
que esfuma los infatigables tiempos,*

*y se recitan palabras alígeras
que estremecen a los dioses
y conmueven a los héroes;
en su mesa se degustan
los manjares más exquisitos,
cuya delicia no estraga boca alguna,
por penetrar en corazones nobles
y honrar paladares sabios e infinitos!*

Voz nostálgica: *Siempre que creamos
nuevas formas y teorías,
contribuimos a colmar
un firmamento enmudecido
con ese bálsamo vivificador
que derraman nuestras ideas.*

*¿A qué Roma caminarán mis afanes,
si no es hacia la ciudad eterna
del ardor y de la vivencia,
hacia la novedad inagotable
y el amanecer sin más crepúsculo
que el de nuestra voluntad indomable,
fatigada, quizás, de tanto anhelo
y de tantas ansias imponderables?*

*Las religiones han de brindarnos
la luz de la fantasía y del amor,
pues de nada valen la fe y el fervor
sin almas a las que abrazarnos.*

*Todo credo ha de traducirse
en una ética que nos vivifique,
mas no toda moral
ha de desembocar
en esas aguas que suspiran,
con santa y noble devoción,
por la gracia celeste y divina.*

*

En el fervor religioso y artístico desplegado por las grandes civilizaciones, hemos de contemplar un legado evocador de esos anhelos que, durante tantos siglos, han anidado en nuestro espíritu: un don que alimentase su voluntad insaciable, su ansia de plenitud. En todo libro sagrado refulge la llama de la pasión y de la entrega, de la búsqueda de la bondad, del amor y de la más alta estética, cuyo fragor no cesa de percutir nuestros adormecidos corazones. Y si es cierto que la belleza es incluso más hermosa cuando va unida a la bondad, más sublime aún si la vivifica el rostro de la sabiduría.

La creatividad humana embellece el universo. Ya fueran las creencias profesadas por sumerios o egipcios, por hititas o babilonios, por medos o persas, o por cualquier otra cultura que haya enriquecido la historia, el vasto y florido orbe, con sus obras y con sus sueños, palpitaba en ellas una tierna y profunda ambición de entendimiento, una impetración de respuestas a aquellas preguntas que el universo despachaba con su enmudecimiento inveterado. Pero la maravilla de nuestra estirpe radica en haber alcanzado una contestación, indudablemente provisional e incompleta, a ese misterio que ningún glorioso cielo se ha dignado revelar. Resplandece aquí el brío, el color tan fiero e inolvidable que bendice la inteligencia humana. Debemos conquistar, custodios del mismo vigor que enardece la razón y abrasa el sentimiento, un oasis cromado de creatividad, un vergel de fantasía como ese ameno paraíso plantado por el arte, la religión y la filosofía, las tres determinaciones supremas del espíritu hegeliano. Nuestra insatisfacción precisa de hermosos bálsamos que dulcifiquen la vida, cálices de entusiasmo frente a la mustia frialdad que desprende la historia y al gélido viento que exhala la naturaleza.

No confundamos el alma que tonifica el arte, la religión y la filosofía con el espíritu que impulsa la ciencia. ¡Qué vanas se nos antojan hoy, en este radiante mediodía, esas tentativas denodadas del arzobispo James Ussher por calcular, con absoluta precisión, el instante en cuya magia el dedo omnipotente del Dios eterno e innombrable insufló el aliento de la vida al cosmos, al inabordable universo! Henchido de una fe incommovible en la literalidad de las Sagradas Escrituras de los judíos y los cristianos, en la verdad irrefutable latente en cada libro, en cada capítulo, en cada versículo, en cada humilde letra que sazona, con el esquivo barniz de la imaginación, los contenidos de

estas obras, como si dimanaran de un munificente dictado divino que descifrase la más regia verdad por milagro infuso, el primado de Irlanda ofreció una esmerada disquisición aritmética para computar la edad de la Tierra. Su efigie habría despuntado, por efecto pródigo de la sabiduría del Altísimo, a lo largo de la intensa noche del 23 de octubre del 4004 antes de Cristo. ¡Qué aciago esfuerzo! ¡Cuánta energía derramada, malgastada, dilapidada, derrochada, prodigada fútilmente en despejar la incógnita que esos libros sólo transmiten revestida de un lenguaje simbólico, de una sugerente metáfora destinada a conmover los corazones, mas no a instruir una razón que ha de buscar la verdad a través de las exigentes sendas de la ciencia!

Ya lo proclamó bellamente Spinoza: en las Sagradas Escrituras brilla “una sencilla idea, en que se resuelven todas las divinas inspiraciones de los profetas: que se debe obedecer a Dios con un corazón puro, es decir, practicando la justicia y la caridad”.

*Voz de gratitud: Los profetas han irradiado un fulgor
cuya suavidad acaricia todos los corazones,
una llama provista de tal furor
que disipa el ímpetu de todas las razones.*

*Acrisolan el amor, la belleza y la sabiduría
las tres grandes luces del espíritu,
el triángulo de la plenitud,
la pentalfa imperecedera,
el tesoro que doctos y santos nos han legado,
y el perfume que perdura en su mensaje,
dulce como la más delicada de las miradas,
redime nuestra alma y sana nuestro cuerpo,
porque al escuchar su hondura,
fenece el egoísmo y se enaltece la concordia.*

*¿Qué otro don buscar,
si yacen aquí el sumo bien
y la verdad más noble?*

*Cuando nos transfigura la pujanza honesta
que desprenden estas excelsas realidades
diseminadas por la morada del corazón,
un ángel nos acoge en el hogar de la virtud,
y ya no es preciso anhelar más, ni sentir más,
sino postrarse, humilde y devotamente,
ante el manso pedestal de la bondad,
para adorar la magia de la hermosura,
y así convertirnos en discípulos
de ese mesías que a todos hermana
con su claridad, con su encanto, con su ternura;
su copa nos brinda el insondable don de la alegría,
ese amado y bello elixir que esparce felicidad,
y cuyo sagrado aroma cura toda desventura.*

*

Spinoza, noble hijo de Sefarad: tú perteneces a un pueblo elegido por la inefable fuente del amor y de la vida. Labios celestes convocaron a vuestros ancestros para componer esa cima poética condensada en las letras inmortales de la Biblia. Sí, tu linaje ha recogido la llamada que profiere un adalid ansioso de revelar su verdad a nuestro afligido espíritu...

Pueblo hebreo, recia stirpe ultrajada por odios e injusticias, cuyo esmerado cultivo del saber aquilató la búsqueda de conocimiento y de libertad que confraterniza a todos los hombres. En su ansia de emancipación desenterró su más bello tesoro.

Voz ansiosa: *Alma hebrea,
noble alma judía...*

*¿Dónde descubrir
el secreto de tu genio,
de ese ímpetu israelita
que metamorfoseó el mundo
con su fervor profético,
con su incesante desafío*

*al vano silencio de la historia
y a la agria afonía del universo?*

La delicada antorcha de la libertad la conquistó ese anhelo judío extrapolado a un mundo nuevo. En frase de Heine, “desde el Éxodo, la libertad ha hablado con acento hebreo”. Esa mar, flamante y luminosa, la surcan hoy otras muchas naves. Los vástagos de Europa hemos de impetrar perdón, debemos suplicar una bella expiación a nuestros hermanos judíos. Intransigentes, intolerantes se mostraron nuestros antepasados con este noble pueblo. Nada doblegó su deseo de libertad, pero poderosas fuerzas conspiraron para reprimir la pulsión de vida y de sabiduría que albergaba el alma hebrea. Recluidos en guetos ominosos, acusados de todos los males del mundo, humillados, vilipendiados... Encarnaron así la figura del siervo sufriente y abnegado a cuya entereza cantara, bajo antiguos soles, el profeta Isaías. Quienes decían seguir los Evangelios y predicar el amor universal claman hoy por indulgencia, por una compasión redentora que los absuelva de haber vertido, sobre la raza judía, una culpa indeleble y letal.

Pero hemos de convencernos de que Dios ha escogido a todos los hombres, no sólo a unos pocos, para que busquen, con pasión, el amor y la libertad. En palabras de Spinoza, “siendo todas las naciones iguales respecto a la inteligencia y la virtud verdaderas, no teniendo Dios sobre este punto ninguna clave de preferencias, ni elección o distinción por nadie”. En los logros de proyección universal coronados por cualquier civilización, resplandecen el genio humano y la creatividad de las fuerzas de la vida. De hecho, ¿no se yergue esa bella chispa, ese brillo purpúreo que subyace al genio sapiencial desplegado por el pueblo hebreo, como partícipe de la versátil alma semita, de ese espíritu adamantino de poetas que extendió sus alas sobre la totalidad del Creciente Fértil? Su magia vibra ya en el Dios misterioso de Ebla, uno de los padres de las deidades del Cercano Oriente, progenie de insignes pueblos y prosapia de ideales que han definido el rumbo de la civilización, pues difundió hasta tierras lejanas la piadosa luz de lo innombrable... Cristaliza, en el *Elohim* de los hebreos, en esa ansia que personifica un amor inmarcitable, eterno e insondable, en esa nostalgia por una voz vivificadora del silencio que obtura la colosal arquitectónica del universo, en esa melancolía por una luz que alumbre el vacío de los sentimientos, una totalidad unificada, compuesta por ese séquito de deidades que habitaron en el alma semita. En ella se fun-

den todos los opuestos y despunta la unidad; en su hogar resuena, cautivadoramente, el arcano tan fúlgido que permea el universo.

De las fértiles raíces de esa recóndita alma semita brotó también el árbol del Islam, en cuya patria se aposentó el majestuoso espíritu de la poesía. Imbuido de la fe firme en la misericordia del Dios eterno y creador, este linaje de hondos sentimientos auspició a espíritus tan nobles como el que tuteló a Omar Jayam (cuyas meditaciones sobre la imparable fuerza que impulsa el destino, sobre el *dahr* indiscernible que perfora el universo, se alzan aún hoy en el acervo de las artes con profundidad y con belleza), Avicena y Averroes.

En las esperanzas depositadas por todas las culturas, en los mástiles inquebrantables a los que se han aferrado tantos corazones a lo largo de la historia, debemos buscar esa fragancia, nítida u oculta, cuya esencia exhale paz y desprenda voluntad de amor y de comprensión entre los seres humanos: una comunión que nos permita cimentar juntos un mundo nuevo, una morada que acoja la indómita variedad del pensamiento que es capaz de alumbrar la mente. Fusionemos, en cada uno de nuestros espíritus, los ideales más nobles, hermosos y aleccionadores que haya forjado cada pueblo. Cuanto de luminoso exhiba el Avesta (¡oh Persia, madre virginal, entraña fecunda y palpitante para la creatividad religiosa, en cuyas dilatadas planicies alboreó la luz de una sabiduría retoñada, encendida en almas como las de Zoroastro y Mani!); cuanto de bello irradian los Salmos; cuanto de tierno emanen los Evangelios; cuanto de sublime nos otorgue el Corán; cuanto de clarividente provenga de los Upanisad, o de ignotos libros e indecifradas escrituras de otras civilizaciones, incluso perdidas, que enaltezcan el vasto orbe... Su inagotable misticismo expresa ese querer ardiente cuyo fuego nos exhorta a crear y a soñar, para atisbar un don que desafíe la desazonada estrechez del presente, la mustia soledad que preside el aquí y el ahora. Sane su cáliz el dolor que nos aflige, inmersos en este minúsculo enclave de un cosmos gigantesco...

*

Las grandes religiones han inoculado en nuestra sangre un sabroso veneno, cuyas toxinas fluyen ahora por la vastedad de nuestro espíritu, enseñoreadas de nuestra imaginación, de nuestro intelecto y de nuestra voluntad: la pregunta por el sentido de la vida.

¡Qué suave, qué grato, qué placentero resulta sucumbir a la pujanza de este interrogante tan voraz, dotado de un fulgor tan intenso que derrite la gélida apatía de una razón sólo volcada hacia la naturaleza, apresada por las fronteras infranqueables que nos imponen los rígidos dominios del espacio y del tiempo, bajo cuyo brillante artesanado no se vislumbra significado alguno, sino nubes inderogables de vacío, silencio y necesidad!...

Mas ¿existe una contestación, o adolecen de carácter vano nuestros afanes?

Voz ansiosa: ¿Qué puedo esperar de la vida?

*Me lo preguntan tus labios,
y al hacerlo me conmueven,
porque yo también me lo pregunto,
y nada ni nadie me responde...*

*He escuchado, sí,
dulces palabras
que hablan del amor
como el magno pórtico
a una plenitud eterna;
pero mi amor es frágil,
y mi corazón se fatiga
de tanto buscar
sin nada encontrar,
bajo nubes demacradas
por tristezas imperecederas...*

*Sabrás el destino qué esperar,
quizás nada;
yo viviré sumido
en silencio e ignorancia,
mas alabaré la vida,
veneraré la belleza
y serviré a la sabiduría;
admirará mi ser los rostros*

*que declamen alegría,
y los ojos que inspiren,
suaves, dúctiles y honestos,
formas visibles
de grandezas invisibles,
la más tierna de las fantasías,
para no capitular ante un olvido
que corre, como rocío de Leteo,
por las llanuras atezadas de toda alma.*

*Es profundo mi dolor,
pero más profunda es mi esperanza,
rompeolas que disgrega
las emanaciones de la agonía,
refugio frente al desamparo.*

*Ella me dispensará de la angustia
que flanquea esta curiosidad infinita,
este agujijón incontenible,
esta llama que apunta a lo intangible,
al hogar de lo inagotable.*

Voz profética: *En la fuente de toda claridad
me topé con el sentido
encarnado en el universo.*

Le pregunté:

*“Dime,
¿es cierto que todo este amor
y todo este saber
se desvanecerán en lo desconocido?”*

Y contestó:

“Sí,
mas también todo este odio
y toda esta ignorancia,
todo este sufrimiento
y toda esta injusticia”.

Y respondí:
“¿Entonces habremos luchado en vano,
o habremos forjado
el lazo inextricable del destino?”.

Voz celestial: *Pasan las horas y se fugan los días,
y no cesan de aturdirme,
con su inhóspito fragor,
las ásperas campanas de la ignorancia
y el doliente resonar de mi tristeza.*

*Ve, valiente peregrino;
álzate con aplomo
y surca el largo camino
que conduce, sinuoso,
a una intensa vastedad
sin meta ni principio.*

*Nada te consolará,
sólo tú mismo;
pero busca en los demás,
en esas manos de piedad
que forjan hermosura,
comunican amor
y legan sabiduría,
el más fiel de los compañeros
en tu oscuro vagar
por las tierras y los cielos.*

*No temas lo recóndito,
ni rehúses mirar a lo alto*

*o sumergirte en lo profundo:
atrapa mariposas evanescentes
y deshoja las vivaces flores del destino.*

*Te tienes a ti mismo,
y yacen en ti
la cima de tu alegría
y la cúspide de tu desasosiego...*

*Allí contemplarás
tu verdadera Damasco,
tu admirada Atenas,
tu Jerusalén eterna,
tu ciudad desconocida;
destruirás esa piedra
para que de las pugnaces lágrimas
de tu corazón y de tu anhelo
brote la piedra eternamente nueva,
el sereno océano de la misericordia
que derrame el amor de Dios
sobre el dolor de la Tierra.*

*Allí descubrirás
el tesoro escondido
de una sabiduría imperecedera,
de una divinidad invisible,
que quería despuntar
en la aurora de la Tierra,
en la patria de la vida;
el poder creador inagotable,
el tiempo que no cesa de fluir
hacia el piélago de lo infinito,
la suprema posibilidad del ser.*

*Allí añadirás un nuevo peldaño
a la inacabada escalera del universo,*

*al sueño de Jacob
que enlazará la tierra con el cielo
en suaves brisas matutinas
y nostálgicos crepúsculos,
para que retorne la palabra perdida
y talle tu esperanza
el trono del amor,
radiante como sol al mediodía,
hogar del perfeccionamiento,
logos incandescente
que pugna por forjar lo nuevo
en el seno de la creación;
macrocosmos y microcosmos
reflejados en el espejo de un ser que busca,
en el sello de un corazón ansioso,
en el clamor de un alma renovada;
la unidad en potencia
que presagia la plenitud,
el fervor de los opuestos,
la comunidad en espíritu y verdad.*

Todos los grandes maestros del espíritu nos han enseñado a despertar a la luz. De Buda a Jesús y de Pitágoras a Sócrates, emerge una doctrina diáfana y pura: el hombre sólo agota la fuente del sufrimiento si busca la verdad. Y la verdad yace más allá de vagas impresiones y de miradas superficiales. Es en la entraña de todo ser donde resplandece una razón que renueva el corazón, ya desadormecido.

Surquemos sendas oscuras y profundas soledades para abrirnos a un mundo inundado de luz, sagrado como el cielo, íntimo como el amor, universal como el conocimiento. Anhelemos el verde de la vida y la luz del conocimiento. Entreguémonos a la contemplación creativa del universo. No hay tiempo que perder...

✧

“Lo divino”, esa realidad inefable por cuyo advenimiento tantos suspiran, ese sueño intangible que ha enardecido multitud de corazones, ¿acaso no consiste en un fuego bello y sabio, cuya humarada sólo logra elevarse hasta las más insondables alturas del firmamento cuando el alma desprende la llama sagrada de la bondad?

Lo divino resplandece en todo cuanto colma, despliega y exalta nuestros deseos más ennoblecedores: en los verdes lauros de la libertad, en el pináculo del amor y en la cúspide que implora todo espíritu ansioso de felicidad. Dios, su infinita inteligencia, habla también a través la voluntad del hombre, su templo inacabado, que es parte de la naturaleza y se erige en una de sus fuerzas más poderosas, predestinada como las otras, fuente ella misma del destino...

Miguel Ángel: *Me estremece la sola idea
de que el fulgor de lo absoluto,
el culmen de todo pensamiento
avivado por griegos y hebreos,
esa hipérbole de poder y embrujo
de cuya luz todo dimana,
la palabra eterna y el lenguaje supremo,
se encarne en la pequeñez del mundo
y en la vastedad del sentimiento;
Él, hijo de Dios,
humilde e inocente retoño
del amor innombrable,
de la verdad superlativa,
de la hermosura inmutable,
del sueño incandescente
y de la bondad inagotable...*

*¿Cómo expresar,
si no es con lágrimas
de nostalgias abrasivas
que cubran con sus llamas
de pureza y casto fervor
el velo de mis ojos furtivos,*

*la belleza de este acontecimiento,
de este cielo que hunde sus raíces
en el dolor que anega la Tierra,
y cuya nobleza centellea
con una claridad indescriptible,
para derramar las aguas benéficas
de su torrente de vigorosas sugerencias,
sello de la irrevocable gloria de lo divino?*

Voz piadosa:

Lo terreno y lo celeste

*ya felizmente unidos
en nobles desposorios,
pues los labios angélicos
han impreso su ternura
en piedras adustas,
en peces escamados
y en olas efímeras,
y toda la tierra rebosa
de una mansa frescura:
la inunda el pulcro y sideral aroma
que exhalan nubes arboladas
y diseminan incontables criaturas,
insuflado por ese ósculo deífico
que ha besado, con el chorro de su luz,
proficuo y arcano,
la brevedad de los elementos,
para modificar la vida
y rejuvenecer la historia
con el furor de la verdad,
de la paz,
de la bondad,
y encandilar la profusión de seres
que puebla ardientes firmamentos
con su hálito de áurea suavidad,
con su soplo sazonado de hermosura;
porque la fusión de lo infinito y lo finito,*

*ese dedo beatífico,
 alma de generosidad
 que transfigura nuestra mano dúctil
 con la serena omnipotencia de su amor,
 nos revela el enigma de la vida
 y el secreto de toda esfinge misteriosa:
 ese germen inconfesado
 de cuyas pulsiones brota,
 con irreprochables rayos de pasión
 y tridentes de la más copiosa holgura,
 la vehemencia del universo
 y la claridad que esparce el mediodía:
 integrar los opuestos,
 desafiar lo dado;
 entronizar lo imposible
 y coronar lo soñado.*

*Lo eterno e innombrable
 se apiadó de lo réprobo y mutable,
 y agració los recios montes,
 las riberas coloridas
 y los briosos collados
 con el don de sus palabras
 y el milagro de sus gestos,
 pues reverbera hoy en el cosmos
 la luz de un mensaje sempiterno:
 el amor,
 el perspicuo amor,
 el sacramento de la vida
 y el santo grial de los sueños,
 cuya honda brillantez condensa
 la verdad implorada,
 haz que sacia sentimientos
 y transforma las miradas,
 al ensanchar la fantasía
 y purificar los deseos...*

*El enmudecido firmamento
y los sonoros cánticos de la naturaleza
suman la fragilidad de sus voces
al coro que entona esta dorada sinfonía,
obertura que le tributa el corazón humano
al eterno fruto de la caridad;
destella un recital de anhelos irisados
que preludian amor, entereza y armonía,
una insatisfacción que nada sana,
si no es el elixir de una palabra
engastada en perlas de bondad:
la virtud de unos vocablos prolíficos
cuyo límpido fragor desencadene,
con la salud de su encanto,
fertilidad y presura,
el prodigio de la felicidad,
de la alegría diseminada
por este cosmos niquelado
en noches de mística y arrobamiento,
investido de un gozo tan divino
que sobrecoja los errantes astros
y deslumbre los cometas plateados,
al presenciar el hechizo de un verbo
cuya fragilidad proclama e irradia
la pujante fuerza que imbrica
el brillo silencioso de lo eterno,
de esos prados celestiales
incognoscibles,
inescrutables,
apuestos para todo ideal de belleza...*

Una fe desbordante en la divinidad de Jesucristo resplandece en este hermoso texto filosófico de Leibniz, una mente de dimensiones estremecedoras, orgullo del género humano, pues nuestra mayor dignidad brota de quienes piensan, estudian, buscan la verdad y difunden la luz del conocimiento y del bien: “Los antiguos filósofos han conocido muy poco estas importantes ver-

dades: sólo Jesucristo las ha expresado de un modo divino y de una manera tan clara y tan familiar que los espíritus más groseros la han comprendido: así su Evangelio ha cambiado enteramente la faz de las cosas humanas; Él nos ha dado a conocer el reino de los cielos o esa perfecta república de los espíritus que merece el título de ciudad de Dios, cuyas leyes admirables nos ha descubierto; Él sólo nos ha hecho ver cuánto nos atañe; que teniendo cuidado de los pajarillos, no abandonará a las criaturas racionales, que le son infinitamente más queridas, que están contados todos los cabellos de nuestra cabeza; que el cielo y la tierra perecerán antes que se cambie la palabra de Dios y lo que pertenece a la economía de nuestra salvación; que Dios atiende mejor a la más pequeña de las almas inteligentes que a toda la máquina del mundo; que no debemos temer a los que pueden destruir los cuerpos, pero que no podrían dañar a las almas, puesto que sólo Dios puede hacerlas felices o desdichadas; y que las de los justos están en su mano a cubierto de todas las revoluciones del universo, pues nada puede obrar en ellas más que Dios; que ninguna de nuestras acciones se olvida; que todo está contado, hasta las palabras ociosas y hasta una cucharada de agua bien empleada; en fin, que todo tiene que resultar para el mayor bien de los buenos; que los justos serán como soles y que ni nuestros sentidos ni nuestro espíritu han gustado jamás nada parecido a la felicidad que Dios prepara a aquellos que lo aman (*Discurso de metafísica*, 37).

Pero no concentremos en Jesucristo el oloroso aroma de la fe: todo aquél que busca la verdad y el amor es hijo de Dios, y ha revelado el rostro de lo insondable en el dolor de la Tierra. Resuena aquí el supremo mensaje de toda religión, pues “la espada del espíritu es la palabra de Dios” (Ef 6,17), más brillante que la de Demóstenes o Bossuet, hoja tan afilada como la boca del profeta Isaías. Ella rubricaría la victoria definitiva sobre el tiempo y su indolencia, anticipada en la invención de la escritura...

Es el perfeccionamiento del hombre mediante la razón, el amor y el símbolo lo que descubre la faz de Dios, para que todos construyamos la gran catedral del espíritu, e irrumpa en el clamor de la historia ese reino de paz soñado por el profeta Amós: un espacio saciado de virtud y bienaventuranza que habría fascinado a Confucio, Lao-Tsé y Mencio, una morada de gozo puro, un trono de felicidad infinita como el que alcanzó Buda en su luminoso nirvana.

Siglos anduvo la humanidad bajo el yugo de la tiranía, pero siempre despuntó el fulgor unitario del conocimiento y de la libertad. Desde los sabios primordiales, como Imhotep y Utnapishtim, cualquier fruto cosechado en el infinito campo del espíritu, cualquier conquista de la razón, cualquier semilla de amor y de concordia, cualquier éxito en nuestro desafortunado anhelo de belleza y plenitud... no ha hecho sino anticipar el triunfo de la luz sobre la oscuridad. En el siglo XVI descubrimos que la Tierra no era el centro del universo; en el XVII expandimos el poder de las matemáticas; en el XVIII nos convencimos de que la nobleza se lleva en el espíritu y no en la sangre...

Firmes y profundos han sido los progresos de nuestra especie en los últimos tiempos; inexorable nuestra victoria sobre toda forma de tiranía (tiranía de la naturaleza sobre el hombre, del hombre sobre el hombre, del hombre sobre la naturaleza, del hombre sobre sí mismo...). Y al analizar la vida de un esclavo en Roma, ¿quién se atreve a defender que no existe el progreso? La fuerza anárquica y creadora del hombre ha convergido hacia una mayor conciencia del mundo y de nosotros mismos.

Como Gilgamesh hemos perseguido la copa de la inmortalidad, acompañados por nuestro propio Enkidu, por el ímpetu irrefrenable que mana de un impulso eterno. Semejante unión de naturaleza y libertad, de materia y espíritu, de Tierra y cielo, mediante el desarrollo intelectual y moral, mediante el sumergimiento en el inagotable océano de la sabiduría, la belleza y el amor, se nutre de una franca aspiración: la de trabajar incesantemente para que lo divino no constituya un remoto imaginario alumbrado por mentes arcaicas, sino el verdadero horizonte de la evolución, de la materia, de la vida y del pensamiento.

*

Cuando examinamos la doctrina cristiana con detenimiento, pero no por ello sin la requerida amplitud de miras, ¿qué deducimos de esa inmersión en aguas tan desconcertantes? ¿Quizás que en ellas se encuentra la formulación de la más elevada utopía concebida por el espíritu humano? ¿Quién no suspiraría por un Dios omnipotente, rebotante de amor y saciado de benevolencia hacia sus hijos, cuya luz velara por su bien y los acogiera, de cumplir fielmente los mandatos que promulga su ley eterna, en su seno maternal? Hemos de advertir que el mensaje del cristianismo no se dirige tanto a una

utopía presente como a un sueño futuro. El núcleo de la doctrina cristiana, el nervio más pujante en torno al que gravitan sus enseñanzas más señeras, despojadas de tantas excrecencias políticas y religiosas, de tantas vestimentas espurias, capciosas y entenebrecidas que han cubierto, a lo largo de los siglos, el corazón más bello de esta fe, tan hondamente enraizada en las esperanzas proféticas que abrigaban los israelitas y vertían hacían tiempos venideros, se condensa en la aspiración a un escenario futuro, bajo cuyo cielo el amor se alce como la verdad de la vida y de la historia, y donde lo divino “se haga presente”. El cristianismo, o es amor o no es nada.

La fe cristiana parece enteramente volcada hacia una perspectiva noble y alentadora, pero difícil de comprender en su integridad: la divinización del hombre, la superación de las constricciones menos inspiradoras que nos imponen la naturaleza y la cultura para ascender a un reino bañado de juventud, donde, imbuidos de júbilo y pertrechados de convicción, entonaremos un cántico a nuestra filiación divina, porque nos habremos convertido en verdaderos hijos de un mismo Dios... Sí, un plano cuya esencia desborda por completo el alcance de nuestra razón presente y, desde luego, pasada: pocos han logrado entender, con la suficiente profundidad, lo involucrado por la proclamación del más genuino mensaje de Jesús. Cuando me refiero a “pocos”, no exagero. Tan sólo espíritus solitarios, almas en muchas ocasiones enfrentadas al cristianismo (por haber desentrañado su centro “último”, y haberse percatado de sus implicaciones y consecuencias para nuestra idea de lo humano) o desvividas por él hasta caer presas de la locura, han sido capaces de penetrar con valentía en el sanctasanctorum de esta fe: Orígenes de Alejandría, San Agustín, Hegel, Kierkegaard, Nietzsche...

Muy lejana se revela, a día de hoy, esa edad de oro, ese santo grial que destile el agua de la vida eterna y de la juventud inagotable, pero ¿no expresa el cristianismo una ambición hermosísima, un anhelo vivificador, un aliciente para continuar con nuestra dolorosa marcha por las sendas de la historia; una bocanada de aires frescos, fuertes y evocadores que remocen un mundo empequeñecido, consciente de su insignificancia en medio de esta vastedad de espacios cósmicos, e igualmente sabedor de su inexorable fin: la aniquilación? “Con la ilusión, con la fantasía, con el deseo, no se vive en autenticidad”, -objetarán los espíritus escépticos. Sucumbimos ante sueños cromados de innegable belleza, brisas purificadoras que nos insuflan un bálsamo de placer y de consuelo, pero esa búsqueda de satisfacción para mentes acostumbradas

a ansiar lo infinito se topa siempre con una realidad inmisericorde, ajena a esa voluntad de plenitud, eternidad y “divinización”. Esta constatación es cierta, pero también resulta incuestionable que, en su fatigoso caminar por la historia, la humanidad ha conseguido ensanchar su conciencia, descubrir horizontes antes inimaginables, desgranar la estructura material del mundo, avanzar, con presteza, por los terrenos de la lógica y las provincias de la matemática, desarrollar la fantasía hasta extremos prácticamente insuperables en belleza y en profundidad... ¿No resuenan aquí los ecos de esa llamada a la “divinización” y al perfeccionamiento? ¿No somos hoy más “divinos” que en la Antigüedad?

La muerte no cesa de aprisionarnos, y la condición humana en poco difiere, en tantos casos, de la terrible y violenta naturaleza que afligió ya a nuestros ancestros, y cuyo fondo casi insondable los llevó a perpetrar los peores crímenes y a afanarse en empresas irracionales; pero hoy somos capaces de pensar con mayor hondura, e incluso de sentir más... Sí: tantos siglos inundados de filosofía, de ciencia, de música y de literatura nos permiten contemplar mayores mundos, y solidarizarnos con otras formas de vida, y soñar con trascender el estado dado de lo humano, y con mitigar el sufrimiento (hasta quizás extirparlo definitivamente del plano físico, para reservar a los maestros del espíritu su erradicación en la esquivada esfera del alma), y vivir más y con mayores visos de felicidad, y comprender más, y adquirir mayor conciencia de la infinitud potencial que preside el horizonte de la ciencia y de la especulación, y admirar la variedad cultural que ha forjado nuestro género, y bucear en las fuentes del pasado, para sentir hoy lo que corazones ya fenecidos palparon hace milenios... Progresivamente dejamos atrás lo humano, y nos internamos en una morada que suscitará, en muchos, temor, pero que a otros tonificará con la savia de la esperanza: franqueamos las fronteras de la humanidad e inauguramos un nuevo templo consagrado a lo desconocido, mas a una especie indudablemente “superior” a la nuestra, porque poseerá una conciencia más profunda sobre la naturaleza, la vida y la historia, y habrá engrandecido el espacio de su sentimiento.

Debemos divinizarlos. Las alturas del olimpo nos pertenecen: se yerguen como la cúspide de esta escalada tan ardua y tan oscura. Todas esas bellas promesas que declaman los versos imperecederos del cristianismo, esas palabras colmadas de ternura, piedad y amor, cuyas luces de pureza se han clavado en el corazón humano como dardos de dulce veneno ensartados en

suaves flechas invisibles, encarnan, performativamente, una exhortación a edificar ese mundo futuro, ese límite asintótico sobre el que extrapolar nuestros ideales.

El cristianismo no ha existido aún: sólo en un futuro de luz emergería, esplendorosa, la torre cristiana que vinculase la tierra con el cielo. Pulimentemos con esmero sus piedras, para que resistan, agraciadas con una solidez inquebrantable, los avatares dispensados por una historia cambiante, cuya figura zigzaguea con trazos sinuosos y denodados, dibujos misteriosos que con frecuencia nos distancian, de modo casi irremediable, de la heroica meta de la divinización. No se trata de privar el cristianismo de su protología y de su escatología: la fe cristiana profesa una fe sincera en el universo como hermosa pero irredenta obra de las manos divinas, y cree en el futuro último como escenario de la salvación final, de la transformación irrevocable del mundo para que despunte un sol henchido de claridad eterna y amorosa. Quienes veneran la divinización del hombre también se adhieren a esta fe, plasmación de esperanzas hondamente arraigadas en el corazón del hombre. Este fenómeno contribuye a explicar el éxito histórico deparado a la religión cristiana, así como su potencial fracaso venidero. No reniegan de la inmortalidad ni de la génesis divina del mundo: tan sólo aseveran que su sustancia más genuina personifica un sueño futuro, a cuya conquista nos acercamos con paso titubeante en la superficie, pero firme en lo profundo...

El cristianismo proclama, en síntesis, la redención del hombre mediante el amor; pero ¿qué redimirá a lo que supere al hombre? ¿Qué poder elevará a esa criatura inimaginablemente evolucionada que ha de irrumpir en el futuro y engrandecer los caminos del pasado?

Voz de gratitud: *Vino la luz gloriosamente,
para rescatarnos
de este atroz destino...*

*Vino, sí,
el amor,
vino, sí,
la belleza,
vino, sí,
la sabiduría;*

*y no cesarán nunca
de arribar sus barcos
al ansioso puerto de nuestras almas,
donde fondea la nave de la fantasía
y se respiran las brisas del deseo,
pues en toda edad despuntarán
su luz, su aplomo y su valentía,
mientras bebamos del cáliz de los hombres,
inhalemos el aire que despide el arte
y perdure el tiempo de la humanidad...*

*¡Oh dulce llamarada!
que desprendió ese fuego,
ese vigor pasional
descendido de cielos inequívocos,
áureo lazo que Hermanó
lo eterno y lo perecedero,
para demudar por completo
la faz de nuestra atribulada Tierra,
y unir por siempre
lo sacro y lo profano...*

*Acacia incorruptible,
divina inocencia de quien aspira a crear,
vínculo indisoluble que todo lo permea.
ojo luminoso
entre las corrientes de la Tierra
y los calmados mares del cielo,
delta mediador entre mundos,
crisol y nueva Alejandría.*

*

¡Lo divino! Mas la sola pronunciación de estas letras sagradas despierta ya la más feroz de las suspicacias. El espíritu de Feuerbach, ese arroyo inundado de fuego y negación, aligera su raudo vuelo y se posa sobre la debilidad del alma. Su águila es pujante, y sus garras atrapan toda reminiscencia de esas

realidades ignotas, foco de veneración desde tiempos antediluvianos, cuya esencia quizás tan sólo esconda una proyección antropomórfica, un bello anhelo, un sueño luminoso de profundidad indoblegable, rayo que abisma el intelecto y perfora el tuétano del existir humano. Su fuerza revela las ansias más hondas aposentadas en el corazón. Para el alma escéptica, toda apelación a lo divino e innombrable descansa en una superstición ancestral, constituye un sortilegio, invoca un conjuro, rezuma un consuelo celestial que oculta la verdad última de nuestro ser: nuestra apertura a lo infinito, nuestra insaciable voluntad, la vastedad de los campos por cuyos gráciles verdores corre, ufano, el pensamiento. Pero ¿logra alguna potencia desatada por la humanidad, incluso ese vigor tan glorioso que irradia la ciencia, aplacar la llama del misterio? ¿Disipa alguna creación fraguada por nuestra estirpe las densas brumas de lo arcano e inefable? ¿No subsistirá siempre un horizonte ulterior a todo cuanto nuestro intelecto, nuestra sensibilidad y nuestra fantasía son capaces de gestar? ¿Quién extinguiría el sinuoso y destellante fuego que flamea en lo incognoscible?

Feuerbach: *¿Acaso resistiría
el laureado reino de los cielos
tanto frenesí que enardece esta tierra
y tanta angostura que glosa todo tiempo?*

*No, no necesita el hombre
el auxilio de ningún dios,
sino tan sólo acariciar
las intachables luces del amor,
de la clemencia y de la sabiduría;
y en la virginal belleza de sus predios
contemplan mis ojos lo divino,
la paz que unge las alturas seráficas
con su casto óleo de inocencia,
cúspides a esta hora descendidas
a esas profundidades abisales
en cuya abrupta oscuridad naufragan
nuestros más feroces sueños,
enhiestas fibras afiligranadas*

*por el soplo mesiánico de la fantasía,
voces que claman por orfebres
que forjen un mundo nuevo,
donde impere la solidaridad;
nos convertiremos así en dioses,
y las deidades se humanizarán,
y los exangües olimpos
serán nuestras cálidas moradas,
y en los dorados templos gozaremos
al declamar nuestros versos,
fusionar nuestras miradas,
fundir nuestros deseos,
asir nuestras manos
y acompasar nuestros cánticos
en el más bello de los cielos...*

*¡Oh nueva era de la humanidad!,
liberada ya del yugo de los dioses
y de la servidumbre de los ídolos,
ansiosa por fin de venerar
el elíseo poder de nuestra estirpe,
su furor creativo y diversificado,
la majestad que moldura su amor,
el haz que difunde su misericordia,
la sagrada y límpida epopeya
de sus letras y sus ciencias,
la exaltación de su estética
y la fertilidad de su clemencia,
la estilizada finura de sus pensamientos,
esa mezclanza que hibrida nobleza, tesón y robustez,
luz que vertebrata la honda médula de su esperanza
y el palpito inagotable de sus sentimientos...*

*Habladme de los cielos,
y yo dirigiré vuestros ojos
al dolor que desborda la Tierra...*

Diderot: “¿Veis este huevo?
Con él se desmienten
todas las escuelas de teología
y todos los templos de la Tierra...”

Voz recriminadora: *Me falta tiempo para la fe, el poder y el honor:
tengo mucho que leer, pensar y escribir...*

*Reniego de toda esperanza
abstraída de la diáfana Tierra,
despojada de su sangre y su viveza,
evaporada la pujanza de sus aguas
por el despótico calor que exhala
el cónclave de las estrellas...*

*Mis labios proclaman fe
en la fuerza de la humanidad
para recorrer caminos desconocidos,
desenterrar pasiones olvidadas
y sanar tristes ojos enceguecidos
ante la claridad que flanquea toda aurora;
pero aborrece mi tenue corazón,
ávido de luz, pasión y vida,
esos grises cielos demacrados
por su dramática carencia de amor.*

*Sólo lo finito saciaría
mi drástica sed de infinitud;
sólo en lo efímero descubriría
ese amor audaz que inaugurara
el santo amanecer de la justicia...*

Voz piadosa: *¡Penetra en mí,
luz hija del hombre,
con ese rocío de fuerza sapiencial
que revela el profundo sentido de la vida!*

*¡Exhala las gozosas brisas de tu conmiseración,
y limpia nuestros corazones
desde tu trono de ternura profunda y límpida!*

*¡Alcánzanos amorosamente
con el eterno fulgor de la misericordia!*

Athanasius: ¡Yo te siento, espíritu divino!

¿No rozas ahora mi cuerpo a través de mi mente?

¿No abres mis ojos ante el gran espectáculo del mundo?

*¿No siembras en mí la insatisfacción perpetua,
y espoleas fuerzas desconocidas
que me impulsan a lo eterno?*

*¡Oh suave soplo de lo oculto!,
¿por qué llamas a mi puerta?
Nada tengo que ofrecerte;
sólo dudas y desesperanzas.*

*Pero me deleito con tu presencia.
Esta cercanía a un universo ignoto
me llena de entusiasmo;
restablece el ardor de la vida
y me hace vislumbrar un paraíso.*

*No me abandones;
no dejes de fluir junto a mi pobre ser,
sueño jamás consumado.*

Te necesito.

*Contigo vagaría por espacios innombrables
que nadie ha sondeado nunca*

*en los dominios de lo infinito;
descubriría todas las verdades
y sellaría todo dolor.*

*Como una música sublime
sonarían para mí todos los astros
en la sinfonía de lo imperecedero,
y todo irradiaría una luz pura
en las sendas del existir.*

*¡Oh alma que no comprendo!,
insertada en los resquicios del mundo,
claman por ti
los poderes escondidos
que hoy también albergo,
nubes que no cesan de ensancharse
y de trasladarme a un cielo nuevo.*

*Iníciame en tu secreto más noble,
pues quiero trabajar en tu seno,
honesto y hermoso,
y así nada temeré;
recorreré todos los caminos del mundo
con la confianza de quien entiende
que el significado brota del amor,
y en dulces noches de fervor
conquistaré esa imagen que yo busco,
esa palabra recapituladora
del saber más profundo.*

*Dame silencio para ponderar,
audacia para realizar,
perseverancia para alcanzar
la luz pura del espíritu,
el grial del corazón,
el pilar de un mundo nuevo,*

*altar de belleza,
trono de amor,
santuario de sabiduría.*

*¡No me olvidéis,
esferas celestiales,
revelaciones mudas
de una armonía que me enaltece!*

Los ojos de un alma piadosa se desconsuelan al observar a tantos próceres ataviados con indumentarias que sólo reflejan vanagloria, engalanados con túnicas orladas de armiño y con estolas cuidadosamente bordadas, cuyas manos se aferran a mitras magnificentes embellecidas por joyas principescas engastadas en oro. ¿Qué diría ese humilde carpintero de Nazaret que poetizaba sobre los lirios del campo y las aves del cielo, dueño de unos labios que sólo proclamaban la hermosura del eterno reino del amor, si contemplara esta escena tan horrenda, tan dolorosa, tan inhóspita, de constatar cómo sus hipotéticos seguidores han sucumbido al culto más oscuro, más tormentoso, más destructivo, que accede el corazón humano a tributarle al poder, a ese demonio aguerrido que no cesa de pulular por las techumbres de la conciencia y del deseo?

No nos engañemos: la mayor parte de quienes se han autoproclamado portavoces de los recónditos propósitos celestiales no han sabido nada acerca de Dios, la verdadera conversión del espíritu y el auténtico ser del hombre... Escaseaba en ellos la limpidez de corazón, requisito indispensable para osar referirse a lo absoluto. No conocían el amor, ni el entendimiento más profundo: tan sólo habían degustado su fría arrogancia, su propia pequeñez solapada con su propio narcisismo. En sus invectivas y arrebatos, estos sátrapas religiosos desahogaban sus ansias de dominio y de monopolio sobre la belleza de una intuición que merodeó por los recovecos del alma de nuestra especie desde los tempranos albores de la conciencia: la radicación de lo humano en lo divino. Cuesta demasiado encontrar palabras honestas en los oficiosos maestros del espíritu, verbos no contaminados por la corrosiva sed de poder, alabanza y prestigio póstumo que suelen maquillar con apelaciones entusiastas a la nobleza, la integridad y la piadosa sumisión a autoridades reveladas.

Pero la fe aún arde en nuestra más hermosa intimidad. Tiembla toda carne cuando se plantea las preguntas últimas de la vida. Crujen los cielos y se estremecen las montañas cuando el silencio de nuestros ojos se interroga por el sentido de la existencia. Todavía falta mucho para que el intelecto y la sensibilidad del hombre coronen esa cima de claridad por la que todos suspiramos. No, no ha avanzado la conciencia lo suficiente como para adentrarse en abismos tan desgarradores...

*

Hemos de abrir el pórtico de lo divino con nuestras frágiles manos y nuestras vacilantes ideas. Debemos entregarnos, inauguralmente, a todo, y contemplar la hermosura inacabable que perfila el mundo, reflejo de la divina belleza, para aspirar a fusionar lo divergente, así como a transfigurar los más rústicos espíritus en almas místicas y poéticas. Ante la infinita sugerencia de la vida humana han de sucumbir nuestros corazones temblorosos, implorantes de que los metamorfosee esa desmesura de evocaciones, esa flor inspiradora cuya luz dimana de todos los siglos y de todas las civilizaciones...

Atisbaremos, en todas las álgidas edades que arman la vasta textura de la historia, la manifestación de un astro edificante que no ha cesado de iluminar a los hombres: la insaciable pasión, ese don cuyo embrujo ha estimulado las creaciones más sublimes que ha tallado la humanidad... Y en el piadoso anhelo de amor y de vivencia convergen Oriente y Occidente, como pusiera de relieve Rabindranath Tagore con la hermosa metáfora de aquel pájaro que, en su alígero volar, proclamaba que la verdad nunca se alcanza, pues cada evidencia nos conduce a certezas ulteriores y concatenadas, cuya inconclusión educa la infinitud potencial y libre que sazona el sagrado océano del ser y del conocer, vínculo inexorable entre los soles de Oriente y Occidente. En el ave serena de Tagore se funden, con leda coalescencia, lo racional y lo volitivo, los espíritus de dos culturas, indisociablemente hermanadas en ese afán vigoroso de conocer una verdad siempre inasible, así como de vivir según sus exaltados designios, explayados en la incomparable frescura que bendice todo deseo de búsqueda y toda ambición de descubrimiento, vástagos de una belleza jamás clausurada...

V
Lágrimas en un mundo efímero

Todo gozo es fugaz, y toda certeza, inescrutablemente vana, porque la áspera sombra que proyecta la contradicción, el manto nebuloso que impone el escepticismo y el implacable viento que disemina la tristeza no cesan de acechar la delicadeza de nuestro espíritu... La oscuridad, en forma de dolor, se cierne sobre nosotros. Como a vulgares marionetas, como a títeres errantes manipulados por sus dueños y dócilmente resignados a que sus labios tan sólo profieran las palabras dictadas por sigilosos ventrílocuos, corrientes insumisas nos zarandean sin piedad y nos desplazan de un escenario a otro. Crepúsculos helados cubren nuestro corazón. Voces indiscernibles presagian tormenta, caos y olvido, mientras incalculables tempestades desatan su imponderable furia sobre nuestra palmaria fragilidad. La historia prosigue y transcurren las vidas. Nos hemos embarcado en naves regias, hemos izado velas majestuosas y nos hemos internado en mares inabarcables, pero nada disipa nuestra ignorancia sobre los fines últimos, y nadie sabe hacia qué puertos bogan nuestros deseos y rema la humanidad. No temamos, sin embargo, sufrir, y atémonos a la firmeza primordial de los mástiles cuando oigamos contumaces cantos de sirenas que auguren una felicidad exenta de lágrimas. Los ojos puros ennoblecen el mundo, al verter sus lágrimas virginales, suaves e insondables. El enmudecido firmamento jamás desprenderá gotas prístinas que estremezcan a los dioses y asaeteen, con sus flechas engastadas en autenticidad, las entrañas de los más joviales ángeles... Rozamos ya estrellas eternas y divinas...

Voz piadosa: *¡Aquí yacen mis lágrimas,
y sopla desde este frágil corazón*

*el viento del llanto más hondo
que nace en el alma humana!*

*¡Surcad la Tierra de Este a Oeste,
como soles ansiosos de bañar el mundo
con los parpadeantes rayos de su luz!*

*Astros encarnados brotan hoy de mis ojos;
cristales de palabras insonoras
que despiertan los ecos escondidos
de esperanzas olvidadas.*

*¡Soy vuestro,
gotas de la tristeza verdadera,
ocultas moradas de la vida;
soy siervo de un sentimiento
que me transporta a la patria
de todo amor, toda pureza
y todo presagio de los cielos!*

*¡Prestadme vuestras alas,
hijas de la emoción sincera,
y elevadme a esas cúspides
que contemplan en silencio
el fondo del espíritu!*

¿Y cuál es tu verdad, oh alma mía?

*¿Quién me enseñará a sufrir,
pues toda vida entrelaza
noches de dolor
y auroras de dicha?*

*Mas no os temo,
hermosas lágrimas;
no ceséis de calmar
la angustia de mis mejillas,*

*como manos que esparcen rosas
en inhóspitos desiertos de indiferencia,
y torrentes de agua límpida
en la soledad de valles castigados.*

*Evocáis el rostro de ese amor
que jamás se consume
en espacios marchitos;
yo lloro porque se desvanece
todo lo que amé
y todo cuanto esperé;
pero no dejéis de fluir,
cálidas lágrimas que inflaman
la antorcha de mi corazón;
no sepultarán el universo
y su ejército de vastedades
este rocío que humedece
la faz de toda alma.*

*Tarde aprendió el cosmos a llorar;
pronto se derraman las lágrimas
desde los púlpitos del hombre;
ya hemos conquistado un trofeo
que humilla galaxias, astros y planetas:
es el poder de una sola lágrima,
esbozo de un clamor eterno.*

Voz ansiosa: *La felicidad colma y abandona;
hoy me ahoga un mar de contradicciones,
¿cuándo advendrán bellas fulguraciones
de esa dulce paz que mi alma ambiciona?*

*Despunta siempre un duelo que cuestiona
el gozo y su cohorte de emociones,
y hallo una agreste orfandad de dicciones
que expresen el mal que el placer succiona.*

*Cuando el fragor del pesimismo arrecie,
liberaré mi paloma, alba, alegre,
don de un amor que toda acedia enreje.*

*No desfalleceré en gris elegía,
dueño de un ardor que, tenaz, ansía,
transmutar todo viso de agonía.*

Voz nostálgica: *Lloran los ojos cuando la verdad más oscura
los alcanza, violenta y desdibuja con su luz trasgresora...*

*Buscamos la felicidad, la paz, la alegría,
pero ¿acaso toleramos una verdad flébil y recriminadora,
cuyo arrojo desenmascare el dolor que hiende el mundo?*

*Sólo la verdad que exhala luz desata lágrimas bellas y puras;
toda certeza transida de turbación suscita llantos fríos, soli-
tarios, rugientes,
sollozos de desasosiego que conquistan nuestra templanza
con su fiera y gris cascada de tristeza, lobreguez y desolación,
ajenos a esa claridad que despunta al son de verdades
redentoras,
cuyos rayos revelan la más honda emoción que abriga el
espíritu:
desasirse ante lo inefable;
suspirar, libremente, por las llorosas brisas del arte y del
misterio;
convertirse en siervo de lo desconocido,
en hijo de esas mesiánicas gotas de juventud
que anegan faces ansiosas y mejillas expectantes,
sumisas a unos párpados que descubren su más noble secreto
cuando florece la genuina fuerza de la vida
y pestañean crípticamente los cielos del alma,
pacificados por el grave silencio que mistifica su noche
honestas,
sembrada de estrellas virginales que evocan deseos infinitos,*

*mientras las pupilas emanan aguas cálidas y refulgentes,
limpios presagios de un sentimiento eterno e íntimo...*

*

¡Qué bello sería encarnar toda la impotencia en una única lágrima, en cuya vívida ternura cristalizaran el dolor del mundo y los sueños de la humanidad!

Ya declamaron los grandes poetas que el valor de un hombre lo mide la pujanza de sus lágrimas. El llanto vivifica un cosmos silencioso, embebido de su propia y armoniosa estabilidad: un universo que se modifica en el espacio y en el tiempo, pero cuya esencia permanece idéntica a sí misma, cautiva de sus propias e inexorables leyes, enceguecida por su incurable enmudecimiento. Lloremos, desprendamos gotas que conmuevan el mundo y humedezcan la sequedad que endurece el firmamento; exhalemos lágrimas trémulas y tienras que dulcifiquen la asepsia de la vida; esparzamos un rocío invadido de sobrecogimiento ante el dolor, la hermosura y la bondad que cubren las más diversas parcelas del alma humana; destilemos una elegía saciada de lágrimas y emociones que ennoblezca la osada aventura de la humanidad sobre estas recónditas esferas; derramemos letanías inundadas de sinceridad, bañadas en esas aguas honestas y refrescantes cuya suavidad despierta a los lejanos dioses, a los distantes gobernadores de las más altas cúspides de la materia, a esos seres sobrenaturales que dormitan en los más florecientes pináculos del espíritu al son de arpas tañidas por ángeles risueños; irradiemos torrentes compuestos por lamentos bellos, puros y profundos, capaces de anegar, con su fulgor sinuoso e inmarchitable, una oscuridad que clama por las caricias prodigadas por luces redentoras. Toda lágrima transparenta hondura, porque sucumbe el poder de la materia y de la vida ante ese objeto que desencadena el irisado fluir de nuestro llanto, el milagro de unos ojos entregados a la compasión. Ya dimane de la angustia, ya proceda de la injusticia o ya emerja del deslumbramiento ante la magia reflectante de la belleza y de la sabiduría, en toda lágrima se encapsula un don que rebosa de humanidad. Admirar la grandeza de cada lágrima, de ese regalo que nos brindan los finos resortes de la vida, de ese tesoro compartido con otros seres que también dignifican, en virtud de su aplomo y tenacidad, la vasta trama del universo, planta el árbol

de la felicidad, de la piedad y de la honradez. ¡Oh lágrimas, salvadnos de nuestra soledad!

Proust: *¿A qué compararé la pujanza de una tersa lágrima,
el tesón invicto que borbotea en ese río de emociones,
cuyas aguas nacen de nuestro dolor o de nuestra dicha
para desembocar en el inhóspito silencio del universo,
en la prolifera tierra y en el rumoroso cielo,
y regar, desde sus fértiles cauces,
el frondoso bosque de la vida
y el dorado reino de los sentimientos?*

*Cada lágrima custodia el arcano más excelso,
el secreto recóndito del ser y de la nada;
porque sufrir entraña descubrir,
comporta palpar una fuerza creadora,
y han sido esas miríadas de lágrimas,
lentamente forjadas por la humanidad
en el sinuoso decurso de los tiempos,
quienes han reverdecido la sequedad del cosmos
y han desafiado el agrio mutismo de la naturaleza,
para gestar un vergel saciado de ideas y emociones,
un valle rebosante de esperanzas y sueños
que se cosechan al amparo de ilusiones noctívagas...*

*Aun transidas de la aflicción que las suscita,
las lágrimas encapsulan un júbilo inconfesado,
una honrada voluntad de perpetuidad
cuyas llorosas huestes se rebelan
frente a todo trágico desvanecimiento
en el voraz espacio del olvido;
un amor tan dulce y osado
que nos exhorta a ofrecernos a nosotros mismos
un mundo nuevo y una historia retoñada.*

*En cada lágrima derramada,
en cada elegía que tonifica*

*la aridez del firmamento
 con sus susurros recapituladores,
 se enciende la fúlgida luz
 de unas voces que silban
 melodías abrumadas de hondo aliento,
 labios bellos y voluptuosos
 que jamás desisten de proclamar,
 con sus timbres de claridad inusitada,
 que la muerte no detentará
 la última y agónica palabra,
 ese oculto y feroz tormento
 que expíe nuestras culpas
 y selle nuestro destino
 en las robustas grutas de la Tierra
 o en la libre ligereza de los cielos...*

*Yace en cada flébil lágrima,
 inmerso en su flexuosa blandura,
 un léxico que musita honestidad:
 los hermosos ecos que balbucen
 joviales coros celestiales
 al son de dicciones de noble hondura;
 un vocablo que reta toda potestad
 cuyos próceres desoigan
 nuestro estentóreo afán de permanencia;
 porque al desfallecer nuestra alma
 en cada minúscula alícuota esparcida
 que compone, con su aplomo, el llanto,
 acontece el triunfo de la humanidad
 y la mansa victoria del amor
 sobre la pétrea ceguera del universo;
 pues es el encanto que destila el amor
 la plácida luz que inspira nuestro gemido;
 es en la bella fuente de la pasión,
 es junto al ángel que tañe nuestro fervor,
 donde bebe esa tristeza que configura*

*la versatilidad de nuestras lágrimas
y la policromía de nuestro espíritu...*

*Cada furtiva lágrima que mis ojos desprendían
sintetizaba un amor eterno y esmaltado,
una luz efímera que mi alma enardecía,
así como el presagio de un sueño
que se disipaba sin remedio,
herido por la sombra acezante y deletérea
de una muerte inmisericorde
y del inexorable crepúsculo
que extiende sus alas incoloras
sobre deleitosas edades baldías...*

*Cristalizaba en cada gota
que mis negras pupilas vertían
una vocación de subsistencia,
flanqueada por un interrogante vívido
que nada ni nadie mitiga:
el desconsuelo ante este no saber
por qué reír,
ni por qué llorar,
ante esta vida que se nos escapa
y este silencio que nos hiela...*

*Dirigía una pregunta al orbe entero
en cada lágrima que legaba al universo,
en cada encarnación de esa bella entrega
que incoan las odas de todo llanto,
en cada don que otorgamos
a ese oculto parnaso de inocencia
que mistifica esquivas moradas del espíritu,
en cuya luz de crisálidas puras,
filtrada por vidrieras celestiales,
son acogidos los recuerdos...*

*Cinzelaba cada lágrima una estatua eximia,
 una escultura delicada y fascinante
 de perfiles más sinceros y sublimes
 que las magníficas tallas labradas por Fidias:
 una amapola más armoniosa
 que el Apolo de Belvedere,
 las cúpulas de Bizancio
 y los minaretes de Isfahán;
 rendía su ardor un homenaje perenne
 al poder que atesora el llanto humano,
 a esa abnegación, a esa pureza,
 de tintes doctos y seráficos,
 que misteriosamente habita
 en el sigiloso recinto de cada lágrima
 y en la fragilidad que ciñe todo afecto:
 a esa generosidad,
 a las pródigas virtudes de un alma
 que no se reserva para sí
 el vivaz hechizo de los sentimientos,
 sino que exhala el haz de sus emociones
 y difunde el lívido tridente de sus rayos
 al ceniciento e inabordable cosmos,
 para que iluminen todo espacio lóbrego
 y dulcifiquen ríos que latían
 oscuros, solitarios y abigarrados,
 y encaramen el exánime mundo
 a las altas torres que atestiguan
 nuestro gozo y nuestra desdicha,
 el llanto alegre o compungido,
 e inauguren un diálogo que no cesa,
 un prodigio inmarcesible, bello, beatífico:
 la radiante magia de la comunicación,
 que acrisola el esplendor de la sabiduría...*

*Portaba cada alícuota derramada
 por párpados demasiado vulnerables*

*como para no conmoverse
ante la áspera fugacidad de la vida,
una profunda misiva bañada
en las sagradas aguas de la reminiscencia;
un grito que brama candor inextinguible
contra la rigidez del tiempo y su tiranía;
las pálidas flores de un anhelo inveterado
que se afana en no sucumbir
ante fuerzas despiadadas,
cuyos soplos obliteran nuestras ansias
y borran nuestras creaciones,
al sumirnos en la agria nihilidad,
y convertir toda ventura
en lluviosas briznas de una ilusión pasajera.*

*Fluía con mis severas lágrimas
todo el llanto de la humanidad
enlazado a broches virginales:
todos los deseos marchitos,
todas las miradas fenecidas
y todas las utopías vislumbradas,
gotas mezcladas hermosamente
en copas de un cáliz inmaculado;
y del apogeo de mis suspiros
brotaba, con liberalidad,
una voluntad insumisa
de amor y de vida,
de luz y de inocencia;
porque ya fuera la contemplación
de una humilde magdalena,
disuelta por el ineluctable vigor
de la briosa y bella naturaleza,
o el rememorar las ambiciones
que atesoré en la lejana juventud,
imbuida de convulsos desvelos;
ya fueran la áfona materia*

*o los elocuentes léxicos,
moldeados por dúctiles labios
que aman, cultivan y saborean
la exquisita riqueza del universo;
ya fuera lo inerte o lo vivificado,
en todo hallaba la violenta rúbrica
de ese ímpetu hacia la permanencia...*

Spinoza: *Qué gran verdad proclamáis,
pues todo busca “perseverar en su ser”.*

He aquí el docto secreto del universo...

Voz profética: *Gloria, que en la faz del llanto extasiado
presagias el fulgor de una esperanza,
¿no me llenas de dioses? ¿No me ensalzas
con el canto de un amor consagrado?*

*¡Oh fe en lo que nunca vemos, atados
a astros caducos y luces fugadas,
que inextricables e incesantes vagan
por silencios y mundos olvidados!*

*Si mis lágrimas concitaran fuerza,
levantaría un templo más brillante
que todos los soles del universo.*

*Bendeciré noches, almas y estrellas,
apóstoles del fervor más pujante,
relámpagos que claman por lo eterno.*

*

Anhelaríamos concitar una letanía de lágrimas aún más conmovedora que la derramada por Orfeo ante la desconsolada pérdida de Eurídice, o más pura que esas gotas de inenarrable tristeza desprendidas por los ojos de Dido al

marcharse Eneas, cuya soberbia elegía estremeció al mismísimo San Agustín de Hipona en el ardor de su mítica juventud, o más profunda que las lágrimas de sangre esparcidos por Jesús sobre el huerto de Getsemaní la víspera de su calvario... Y ¿cómo no llorar ante el atroz destino de Desdémona y Otelo, y morir espiritualmente sobre ese beso que purga el dolor pasado y la injusticia consumada? Mas no sólo de lágrimas vive el hombre, sino del coraje que nos impulsa a extender las cálidas alas de nuestra creatividad...

Voz piadosa: *¡Oh llanto mirífico que da vida,
luz consagradoria de un corazón puro!*

*¡Oh alma lágrima de mi recuerdo!,
que en la suavidad de tu cadencia
forjas copiosos valles escultóricos
y compones mis más inopinados sueños:
tú me unes a la humanidad,
fulgor que gime también de dolor oscuro,
ante una vida que nos resulta esquiva
y preludia siempre un destino aciago:
la inderogable meta de la muerte...*

*Mas ¿por qué llorar sin redención,
y no cesar de verter lágrimas
que camuflan desesperanza
y toda gozosa pulsión secuestran,
al aprisionar nuestros deseos
en nostalgias insurrectas
por glorias que jamás regresan,
perdidas ya en ocultos escondidos?*

*En cada prístina lágrima
se han condensado un mundo y una historia,
las vicisitudes de una naturaleza y de un espíritu,
las rúbricas de una melancolía tensa y creadora,
que nos exhorta a extender
las blancas alas de la memoria
y la bella ternura de los léxicos,*

*para estrechar cada difunto ser
con nuestros brazos estremecidos,
y acariciar cada fugaz elemento
de este ingente y fragoroso cosmos
con unas manos que impetran
trascender su ensimismamiento,
y vivificar, con el roce de su dedo luminoso,
lo que antes yacía inerte,
émulas de un poder divino
e instrumentos de un amor eterno...*

Voz ansiosa: *El río de mis lágrimas no fluye hacia ninguna mar...*

*Las aguas que gimotea mi llanto son oscuras,
reminiscentes de profundas horas aciagas,
y ningún grato aroma desprende su curso.*

*No lo flanquean verdes maravillas:
es una vasta soledad lo que me rodea.*

*¿Dónde encontraré el consuelo,
si mis ojos no derraman cristales de vida
ni exhalan el hálito de la valentía?*

*Se desvaneció de mi llanto
perlados de hondas vocaciones
esa pujanza que, afligida, crea
la historia, la fantasía
y el ardor de todo gran poema.*

No quiero sufrir más ni anhelar más...

*Soñé con una palabra tan sabia y bondadosa
que su cálida fuerza secase ya mis lágrimas,
pero el dolor no se pronuncia,
y ningún verbo encarna la faz de la carencia.*

*¡Amadme, ignotas verdades que cubrís los cielos,
porque sólo el amor me salvará de mí mismo!*

¡Rescátame, oh luz, oh entrega, oh compasión!

San Francisco: *Hemos de vivir con alegría,
para desterrar el sufrimiento
y sepultar las grises nubes
que tutelan la melancolía.*

*Encaremos el cosmos
desde el trono del sentimiento,
con una sonrisa dulce
y un fervor audaz,
valiente y mansa luz divina
en medio de este orbe ciego,
de este abandono indolente
revestido de ropajes deshilachados,
aspereza que hiere almas azoradas
por las sombras acezantes
de evasivos deseos infinitos.*

*Las lágrimas esconden belleza,
la tierna beldad de sus evocaciones,
la estampa de la compasión suscitada;
pero su más elevada grandeza
no reside en su fluir,
cristalino, prudente y melodioso,
ni en conturbar a las almas piadosas
y a las conciencias adormecidas,
sino en exhortarnos a amar
y a transformar la historia...*

*Convirtámonos en cisnes
que canten a la vida sin nostalgia,
mientras surcan armoniosamente*

*la frescura de aguas immaculadas,
cuellos firmes y estilizados
que sostienen miradas orgullosas
volcadas al espacio entero...*

*Alabemos la bondad,
la belleza de un alma desprendida,
la limpidez del espíritu
y la clara hermosura de árboles
erguidos en suaves bosques de paz,
bajo soles, lunas y cometas,
gráciles hermanos de nuestro ser
glorificados en nuestras palabras,
ante aves místicas y flores coloridas
que esparcen sus fragancias olorosas.*

*Busquemos no nuestra salvación,
no nuestra felicidad cercenada
en rígidas prisiones solitarias,
sino esa humilde dicha universal
que abraza astros y corazones
con la holgura de su brillantez...*

Voz piadosa: *Contemplo tus lágrimas
acaecidas en el silencio,
mientras oras a lo desconocido;
el dolor te aflige,
la vida revela toda su injusticia
frente a tu alma pura y frágil,
pero tú crees
que los mansos heredarán la Tierra;
y ¡con qué pujanza desearía yo
degustar el cáliz de esa inocencia
bella, tenaz y santa
que a ti te arroja con su manto de sollozos,
sólo enamorada de la quietud y la hermosura
que baña cielos libres y recónditos!*

*Mi razón se arrodilla al presenciar
este acto tan profundamente humano;
mis ojos lloran y mis palabras tiemblan
al sondear vislumbres de ese cielo
que acaricia las virtudes perennes del alma.*

*Ante tanto sufrimiento y tanta bondad,
mi corazón no cesa de suspirar por un Dios de luz
capaz de acogernos en los reinos de su amor
y en los pechos de su ternura,
cielo labrado con vistosos surcos de estrellas...*

*¡Luchad,
nobles hijas de un don perdido,
por el trofeo de la libertad
y el tesoro de la esperanza;
buscad incansablemente
los gozos inéditos de la vida
y su racimo de exuberancias laudatorias!*

*Se marchitarán vuestras alas límpidas
si no respiran hoy el aroma prístino
de ese cielo diáfano e irreprochable
que redime la sangre de los hombres
y absuelve todos los gemidos
en el altar de la bienaventuranza eterna.*

Voz nostálgica: *No entiendo,
no puedo;
soy incapaz de asimilar
todo el dolor del mundo:
cada llanto,
cada gemido,
cada grito no escuchado,
cada mano amputada,
cada látigo blandido;*

*cada acto de iniquidad e injusticia,
cada clamor de un esclavo,
cada manifestación de odio,
cada gesto de crueldad,
cada sombra de la historia,
cada antítesis de amor
que ha herido el mundo.*

*No soy dios,
pero el divino ser
no salvó a los condenados,
no bajó al crucificado,
no socorrió a los esclavos
hacinados en naves infernales.*

*Ni siquiera un dios
extirpa el sufrimiento
en un único milagro;
es un desafío lento,
una epopeya del espíritu
anticipada por almas nobles
y corazones puros;
es el deseo de descubrir
la infinita dignidad del ser humano.*

Voz profética: *Dicen que eres barro;
yo digo que eres luz,
terso rayo de anhelos,
clara y vívida imagen de lo eterno,
árbol que acaricia el cielo
con suaves hojas de fervor.*

*Eres todo lo que ha sido y puede ser,
recapitulación del universo
en tu hermosa pequeñez,
ímpetu que no cesa
de sondear lo ignoto.*

*Sí, hijo de Dios,
hijo de la plenitud,
hijo de la infinita posibilidad
que trenza las sendas del existir.*

Voz de gratitud: *Amáis mucho al hombre,
sólo exhaláis gozo
desde vuestros corazones,
cirios misericordiosos
que se funden ante la bondad;
vuestra mirada me humilla y enaltece;
la hermosa paz que baña vuestro rostro
me eleva a la fuente de mis sueños más puros,
y me basta escuchar vuestra voz
para palpar el sentido de toda una existencia.*

*¡Gracias,
oh fuerza invisible,
oh labios inmutables,
oh cielos escondidos,
por este don,
por saber que ni la maldad más atroz
extinguirá nunca
la luz infinita de un bien,
de un amor,
de un ansia de vida
que embellece el universo!*

*Ni todo mi dolor,
ni todas mis lágrimas,
ni toda mi soledad desconsolada
eclipsarían nunca ese sol,
esa alegría desbordante
que renueva el mundo
con cada gesto de ternura,
compasión y grandeza
de un simple hombre.*

Voz ansiosa: *Yo venero a esos corazones desprendidos,
a esas rosas intactas que jamás se marchitan,
a esas almas desasidas de apegos vanos
que se sacrifican en altares intangibles
para preservar el don de una sonrisa;
y aunque sólo cosechan ingratitud, recelo o desesperanza,
mantienen incólume la llama de su bondad,
la fina expresión de su amor más puro,
e invocan a ese espíritu invisible
que enardece la esperanza,
aroma que siempre fluye por los cielos
cuando los sufrientes labios del hombre
claman por inhalar las brisas de su benevolencia,
fruto del amor, la luz y la vida
ante espacios sedientos de dulzura.*

*Yo deseo fundirme
en un abrazo de entendimiento, bondad y fortaleza
con esas almas limpias,
inmaculadas,
irreprochables,
vírgenes nacidas en lechos divinos,
que sólo buscan engrandecer la vida
y caminar al son
de una humanidad que llora;
yo exijo en este ocaso
transido de misterio y amargura
que una fuerza escondida
eclipse el Sol, la Luna y las estrellas
y me envuelva en un cielo de concordia,
intachable presagio de bienaventuranza,
mientras cantan las voces del hombre
a un amor que redime sus deseos...*

*¡Yo os convoco,
poderes sobrenaturales!*

*respondedme:
¿existe algo más sublime que la bondad?*

Coro de voces puras: *Remontaremos el río del olvido
para rescatar lo que robó Leteo,
el aliento que vivía
en el libre cielo de las exhalaciones puras,
el fervor innominado
que aspiró a la plenitud
en gloriosas vigilias y osados mediodías,
cuando toda oscuridad se arrodillaba
ante el trono de la luz,
y todo crepúsculo se transfiguraba
en pujante aurora de deseo,
en paz,
en la paz insondable de un amor puro,
en la paz celestial del saber verdadero.*

*

No sólo la compasión bebe de la fuente de las lágrimas: también el deseo, la voluntad de subvertir la historia y de rejuvenecer el mundo. Un llanto de alegría es lo que merece la humanidad...

Voz nostálgica: *¿Qué no forjarán mis lágrimas?*

*Cálido rocío que abandonas mi morada,
renueva el mundo
y dispersa mis sueños...*

Voz condolida: *Yo busco la verdad
en la incólume senda del deseo honesto,
y derramo vastas lágrimas,
y en mi llanto vive Europa...*

*Yo lloro por la humanidad,
pues allende las patrias,*

*más allá de sus angostas fronteras,
florece el árbol de la libertad
y resplandece la sabiduría.*

Voz nostálgica: *Todo aquél que llora por la verdad
suspira aún por lo divino...*

*Explora los mares
y cartografía las tierras:
todo es fugaz,
una hoja mustia y estrellada
sumida en crepúsculos de nostalgia...*

*Todo palpita de silencio:
eleva tus brazos a lo alto,
pero allí no encontrarás a Dios;
profundiza en tu corazón,
mas tampoco acariciarás
la flor de un amor eterno;
observa los rostros
y degusta las miradas:
lo puro no habita en esos predios.*

*Nadie sabe dónde mora lo absoluto:
ansiémoslo con inocencia,
como niños piadosos
que juegetean a orillas del océano,
porque en forjar el futuro
y en expandir el círculo de la creatividad
estriba el secreto de lo divino
y la llave a las entrañas de lo humano...*

Voz de gratitud: *El dulce llanto de los bosques
lo consuelan con amor los cielos:
enjugan esas nobles lágrimas
gracias a su paño de tiernas flores,*

*fragancias ululantes
que sosiegan un firmamento marchito.*

Voz ansiosa: *Contempla esas ingravidas burbujas,
bellas primicias de la amable vida,
que portan una misiva escondida,
presagio del don con que tu alma embrujas.*

*Son las reminiscencias que dibujas
frágiles hilos, costura tejida
con una ilusión ya desvanecida,
por cuyo regreso en tu llanto pujas.*

*Ignoto cielo, cuyo azul absorbe
hondos sueños y desdichas sonoras,
la policromía de este vasto orbe.*

*Oscuro abismo excavan nuestras horas,
mas resta esperanza, mar que nos sorbe,
vivaz fuego de llamas indoloras.*

Voz profética: *Serán hermosos mis suspiros,
si bañan los campos de la clemencia
y aquilatan el templo de la compasión.*

*La cascada de mis lágrimas
fletará las naves de anhelos imponderables...*

Voz nostálgica: *¡Regresad a mí,
atardeceres umbrosos
saciados de evocaciones
profundas y delicadas
que flanqueabais mi juventud!;
os retendrá la suavidad de mi pecho,
ávida de degustar vuestro misterio,
desgarrada por la ausencia de esa mística
que enardeció las tardías horas de mi infancia...*

¡Llenad el alma y abasteced el corazón!

Athanasius: *Un séquito de dulzura me atrapa suavemente...*

¡Qué húmedas e impecables son sus enredaderas!

*Mi alma flota en etéreas bóvedas immaculadas,
y con la agilidad de sus plumajes revolotea
sobre todas las tierras y todos los océanos,
como una idea que clama por la vida...*

*Buscaba respirar las bondades de esta luz
desde la sagrada hora de la infancia,
y ahora palpo con cuánta ternura me envuelve
esta inagotable sensación de inocencia
diseminada por focos violáceos
de belleza heráldica.*

*Todo es puro, hermoso y sabio;
en cada infinitésimo de experiencia
acarician mis manos los gratos pétalos
de copiosas flores inmarcesibles,
y escucha el primor de mis oídos
los tenues murmullos de ángeles alborzados.*

*Vive el auténtico mundo,
y perece todo atisbo de apariencia.*

*Renace mi amor hacia lo humano,
y se imbrica mi pródigo pensamiento
con cada fracción que enfervoriza
los esquívos dominios de lo real y lo posible.*

*Todo dolor se evapora
en un cielo de felicidad,
saciado de limpidez, candor y belleza,
nobles testimonios de una verdad que no muere.*

*Se funden la noche y el día
en un estado desconocido para el alma
y para una razón vengadora,
mientras una luz inefable invade
cualquier resquicio del ser y de la nada.*

*En todo resplandecen destellos inteligibles
sazonados del más profundo de los sentimientos;
brilla ya la integración plena, ubicua y santa,
y se regocijan todos los opuestos
al cálido son de arpas tañidas
por alados querubines de generosidad,
cuyos cabellos risueños evocan
el advenimiento de la perpetua alegría;
mirlos que cantan a rosas olvidadas...*

*Corazón y espíritu se abrazan
en este vislumbre de lo eterno,
unidos por siempre con el beso de la paz...*

VI

Noche evocadora

Erizados paisajes se alisan, y sus anfractuosidades ceden el testigo a una llanura inmensa y esplendorosa, surcada por ríos serpenteantes que cincelan formas voluptuosas, y cuyas llorosas riberas trazan una silueta dotada de belleza inigualable. Vibra el impulso de las grandes fuerzas que todo lo tejen, deshacen y reconstruyen.

La planicie se puebla de coposos árboles enclavados en suaves colinas, altozanos de sutiles ondulaciones que zigzaguean, con primor y sinuosidad, a lo largo y ancho de este vasto lienzo enardecido, para imprimir el sello de un encanto singular a las nobles cohortes de la vida que allí reinan. En la distancia, se arquean nubes silbantes que auguran júbilo y braman impaciencia.

El irisado cielo se desmaya, extenuado, tras ungirnos con el óleo de tanta y tan efusiva brillantez, y lo releva el crepúsculo, sereno, radioso, enmudecido, intacto. La tersa luz se distiende en oscuridad, y la claridad que brota de un placer inconmensurable nos bendice cuando, al dibujarse las primeras estrellas de la noche, la soledad se disipa, e inmersos los corazones en la exuberancia del silencio, palpamos la hermosa magia de la vida, atados al firme mástil de ese anhelo volcado en contemplar realidades gozosas y profundas que nos sumerjan en mundos invisibles...

Voz extasiada: *Un coro de ángeles exulta hoy al contemplar
con qué grato vigor resplandece la belleza.*

*Naturaleza, ¡alza ya tu voz
sobre los mundos terrenales!*

¿Quién no espera escuchar tu anhelo?

¿Quién no ha sufrido por tu silencio?

*¿Quién no ha soñado
con acariciar el fragor de tu rostro?*

*¿Quién no suspira por entender
las sutilezas de tu lenguaje?*

Voz piadosa:

*Noche,
sagrada noche,
suave areópago
de voces inaudibles...*

*¿Cómo describiría
este flujo de intuiciones
que atraviesa mi alma?*

*¿Qué hermosa idea
o qué vasto sueño
no ha nacido en el corazón del hombre
al contemplar tu grandeza?*

*¿Qué nudo no se ha roto
bajo tu hechizo?*

¿Qué misterio no ha sido desentrañado?

*¿Qué parcela del ser y de la vida
no ha brillado con toda su luz
cuando titilaban tus astros?*

*¿Qué armonioso círculo
no se ha convertido en cuadrado,
y de qué desierto no han surgido
los manantiales del agua eterna?*

¿Qué bosque no ha izado
la bandera de sus árboles más puros
hasta coronar las cúspides del cielo?

¿Qué odio no se ha transformado en gozo?

¿Qué afrenta no ha sido reparada?

¿Qué tristeza no ha desatado
los chorros de la verdadera alegría?

¿Qué concha no ha mostrado
todas sus perlas ocultas?

¿En qué cáscara no se ha aposentado
la inmensidad del universo?

¡Oh populosa noche estrellada!,
yo te admiro,
porque te sobrepones a lo inexorable,
y en tu oscuridad amanece
la auténtica magia de la vida,
el infinito reino de lo posible...

Voz profética: ¿Qué potencia sublime
rige el destino
de esa miríada de luces
que hoy nos embelesa?

Tras esa bóveda serena,
hermosa y enmudecida,
trono de silencios místicos
que perforan el alma
con recuerdos arrebatados,
¿qué profunda guerra cósmica se libra?;
¿qué voraces fuerzas actúan?;

*¿qué foco esparce
el siniestro rayo de la discordia
para mover el universo?*

*¿Y si el espejismo de una paz perenne
nos vetara contemplar
la eterna lucha creadora?*

Athanasius: *Enmudece el cielo,
y sólo se escuchan las voces de la vida,
los hondos gritos de la Tierra,
mientras astros encrespados irradian
haces de titilaciones ansiosas,
nescientes de su verdadera meta:
luces mortificadoras que recuerdan
la fugacidad de todo destino,
al candor de estrellas pujantes,
topacios incrustados en oscuras lejanías...*

Flanqueado por sueños noctívagos que rugen en la oscuridad, cuan rumores subliminales que crepitan en la susurrante lejanía, bajo la tutela de los húmedos destellos de una noche pura y huérfana, deambula Athanasius junto a una orilla meliflua, canora, melancólica, amorosa, cuyo insoslayable resplandor exalta sus entusiasmos, que ahora frisan un reino ajeno a cualquier concepto, y cuya luminiscencia irreprimible conquista todo el furor conculcado a esas altas, fragantes y sombrías horas. Su ser busca, en esa estética tan cautivadora que exhala la naturaleza, en ese obsequio inmerecido que nos acompaña por las arduas e inescrutables sendas de la vida, un refugio ameno frente a la incertidumbre que asedia su espíritu... ¡Con qué pasión inundan su alma esas flores tan olorosas! La luz de los astros redime su imaginación, y el frescor de la noche le insufla ese hálito de existencia que el angustioso calor sembrado por tórridos mediodías había recludo en la sequedad de lo visible... ¡Qué sosiego tan noble, tan incomparable, tan añorado! Todo es límpido; todo es sugerente; en todo palpita esa luz que ninguna tiniebla apaga. El corazón se eleva sobre las sagradas cumbres del destino, para inaugurar su propio y refulgente cielo...

Athanasius: *Noche, franca noche, noche que presides el universo...*

¿Qué sueños no se habrán derramado en tu silencio?

*¿Qué versos de amor no habrán inundado tu vastedad
con la inspiradora fragancia del deseo?*

*¿Qué descubrimientos no habrá vislumbrado el alma humana
al honesto amparo de tu mística soledad?*

No temamos la desbordante magnitud de los cielos, cuya fuerza, cuya tempestad de pujanza difusiva adquiere, en el enmudecimiento ascético que envuelve la noche, una categoría colosal: veneremos, más bien, su poética hermosura, su gigantesco esplendor, su inagotable océano de evocaciones...

Voces ansiosas: *¡Oh indócil inmensidad de tiempos!
¡Oh luctuosa vastedad de espacios!*

*Nos abrumáis en nuestra pequeñez:
no nacen verbos que describan nuestra impotencia...*

*Exhalad el soplo de vuestra piedad sobre nosotras,
mostrad conmiseración hacia nuestra flaqueza...*

*Sólo buscamos palabra, amor, sentimiento,
pasiones concitadas en auroras de oro;
sólo anhelamos brazos que nos entreguen
una misiva bañada de esperanza,
nuevas aderezadas de luz y de belleza,
corona de recuerdos jamás marchitos:
un ángel que desprenda entendimiento;
abalorios sagrados que reflejen
la íntima verdad del universo...*

Voz profética: *Alza los ojos al cielo
y contemplarás arcanos entrelazados,*

*miríadas de evocaciones puras,
gritos velados y secretos clamorosos,
reflejos del poder último que todo lo mueve,
la huella insondable del progreso,
la críptica conjunción
de espacios, materias y tiempos
para esculpir la faz de lo nuevo.*

*En el cielo encontrarás la Tierra,
y en la Tierra amarás
el docto fervor del cielo,
pues lo superior se funde con lo inferior
en el templo de la unidad pura.*

*Y entroniza al hombre
y a quien ha de superar al hombre
como sacerdote, profeta y rey del cosmos,
nuevo geómetra que traza sus designios,
imagen de lo posible
en el cáliz de lo real.*

*Lo divino lucirá
en el centro de tu estrella flamígera,
en el corazón de tu ser,
en la conciencia de tus posibilidades,
conocimiento de lo profundo y de lo externo,
orden velado y manifiesto,
geometría con alma y deseo.*

*

Un silencio santo, humilde y gozoso nos permite descender a las profundidades del ser y a las grutas de la verdad. Cuando el misterio desenvaina esa espada ornada de estrellas que blanden los cielos nocturnos, sólo respiramos hermosura, delicia y un dichoso abajamiento... El sigilo de los árboles y la discreción de aguas murmurantes revelan mucho más que esos rostros

altivos cuyos labios sólo rezongan palabras vanas, ensimismadas y egoístas. Sumergidos en paisajes bucólicos que despiertan la pureza de la imaginación de su letargo otoñal, de su asfixia, del hastío de su corrupción, se encienden las auténticas luces del alma, y el hombre perdido retorna a nosotros con renovado ardor en esta insospechada primavera. En esos escenarios de limpidez indescriptible, en esas vastedades coronadas de presagios sinceros y de amores inviolados, nos internamos en criptas deslumbrantes y ascendemos a paraísos eternos con nuestras propias alas. Revoloteamos por las alturas de la felicidad y nos rocían las gotas de los pétalos más bellos jamás concitados en el seno de la naturaleza. Ángeles desconocidos vierten sentimientos ennobecedores sobre nuestros pechos fatigados, y la totalidad del mundo nos confiesa su secreto olvidado...

Voz de gratitud: *¡Oh cántico que en el río
transfiguras el sentir
con tu pacífica armonía,
y embelesas la imaginación
con tu llanto de luz e inocencia!*

*Eres tan puro
como el aura del amanecer
en las sonrosadas horas del estío;
tu furor expande
las vibrantes energías de la vida,
como felices retoños
de ese fervor límpido
que llueve desde alturas innombrables,
entre sensuales amapolas
acariciadas por una brisa
que las mece con delicadeza y ternura.*

*Te venerarán nuestros ojos
en su cielo de lágrimas,
en el crepúsculo de ascetas
enamorado de tu sagrada brillantez.*

*Sin cesar nos asaetean
arcanos efluvios de dramas olvidados,
pero ya no nos tortura
el recuerdo de lo desvanecido,
pues es hoy la alegría
el sol que nos alumbra
bajo cielos incognoscibles.*

*Hoy dormita toda angustia
en estancias inefables,
y sólo florece el sosiego,
el profundo sosiego
de quien cae en brazos
de un ser que nos trasciende,
penetra y eleva,
desasidos en el silencio
para escuchar
las eternas profecías,
la palabra de Dios
en el altar de la naturaleza.*

Dialoguemos con nosotros mismos, porque en una morada recóndita habitan los verdaderos pronunciamientos de nuestra humanidad, ese sagrario de sabiduría que custodia el cáliz de nuestro más remoto origen y salvaguarda el cuerpo místico de nuestra acuciante llamada a trascendernos...

Voz ansiosa: *Paseo junto a un río,
y mi mente yace inundada
por una corriente lustral
de reminiscencias superpuestas...*

*Su agua cristalina se refleja,
milagrosamente,
en las trazas de mi ser oscuro,
y es semilla de luz,
un foco opalescente,*

*una pléyade tornasolada
 de destellos beatíficos,
 la brújula que guía
 mi inaudito caminar
 en esta noche lóbrega;
 porque un río siempre exhala
 claridad, valor y tersura,
 la percepción nítida
 de que la vida fluye
 aun sin nosotros,
 al rebosar la naturaleza
 de una magia creadora,
 de un arte insondable.*

*Ningún primor nutre,
 con una vehemencia tan dulce,
 con una luz tan osada,
 el horizonte de nuestros anhelos
 como la hermosura indescriptible
 que transpira en esas gotas minúsculas,
 vívidos chorros de luminosidad
 que, juntos, horadan los valles
 y socavan las cordilleras,
 investidos de un poder
 magnético, grandioso, inimitable,
 de una pujanza
 versátil y rebelde,
 capaz de trastocar
 las descomunales potestades
 que rigen este vasto orbe,
 para suscitar un límpido vergel
 ornado de copiosas maravillas
 y galvanizado por arroyos nemorosos
 que despiden sentimientos inefables:
 una savia de vida inacabable,
 la más bella mezclanza de colores
 y la más sonora melodía de emociones...*

*Se desvanece mi temor,
se disipa mi llanto
y crece mi valentía,
cuando mis ojos contemplan
una belleza que no comprenden...*

*Río, agua, génesis de vida,
dinámica perturbadora
que metamorfosea un cosmos silente,
y transfigura, al unísono,
nuestra alma irredenta y desolada,
tímida criatura que ahora arrecia
en cielos bañados de confianza,
demudada por los ámbares rutilantes
que desprenden tus afables hontanares...*

*Son bellas tus riveras,
surtidas de joyas granulares
y de árboles cantores;
es sencilla y limpia tu juntura
con la tierra, con la vida,
con puros y dorados cristales
abrilantados por la luna llena.*

*El lento caer de hojas lanceoladas
que buscan reposar en tu simpleza
me transmite paz,
una concordia inmerecida;
es elegante y ligero su viaje
hasta esas corrientes livianas
que mecen, con delicadeza,
a quienes antes habitaron
en una sede inmóvil,
en una nave encallada
en arenas entristecidas,
cuyo ser anhelaba partir
al más profundo océano.*

*Ellas no mueren:
tan sólo cambian de morada;
abandonan el verdor,
esa grácil frondosidad
que resucita campos y praderas,
para internarse en tu blancura
de cálidos matices alabastrinos,
en tu perenne y suave fluir
hacia una mar desconocida...*

*Transitar perpetuamente ansío
en torno a tus orillas serenas,
y ser partícipe de tu quietud sagrada
y de las prístinas evocaciones que generas,
y venerar la fuente inmarchitable
de perspicua belleza que en ti late,
y palpar mi exhausto espíritu
con tus sugerentes pulsiones,
prendido de esas olas sosegadas
que propaga el haz angélico
de tus incesantes mudanzas pasajeras,
para aquilatar mi imaginación
con la concomitancia de fulgores
que en tus ondulaciones diáfanas
coruscan, declaman y reverberan...*

*Anégame tú, río, agua, vida,
triunvirato de conspicuos creadores,
santuario saciado de un alba irrestricta;
coadyuve tu estrella a iluminar
la faz de mi densa negrura enmohecida,
para brindarme ese relámpago
ungido de chispas rotundas y sabias
que, inocente y tembloroso,
espera el fervor de mi corazón.*

*Cubre con tus doradas aguas
de soledad desvanecida
mi vacío ingrato y bullicioso,
y cataliza mis afanes
hasta el infinito más remoto,
para eclipsar mis celos no sanados,
y catapultar mi voluntad
hasta límites insospechados;
lograrás insuflar en mis venas
la inescrutable fragancia de la vida,
el relente amor que en ti anida
y la sabiduría precursora
que tus refrescantes gotas vigilan;
trasunto de esa 'prisca scientia'
que los antiguos honraron,
impresa en todas las provincias
de una naturaleza sublime:
el designio primigenio
rubricado en sus profusas formas;
la prolífica virtud
de innovar que tú incubas;
esa hermosa irradiación de vigor
que maravilla mis pupilas expectantes,
para inocular en la avidez
que auspicia mi mirada
un bálsamo placentero,
el cáliz de un prodigio efusivo
que mis torpes lágrimas enjague
y reconforte el hastío de mi espíritu,
aun en los cánones
de la más agria y tortuosa tristeza,
amparado en tu robustez,
en tu beldad,
en tu exuberancia,
en el inasible espacio de tu misterio,
en la fibra de ese magno arcano
que con celo inflammas y proteges...*

*Río, agua, vida...
 que no languidezca
 el sólido resplandor
 de tus divinas linfas divagantes,
 para que todos los ojos que te observen
 acaricien los doctos rayos del consuelo
 y adulen la rosa del rejuvenecimiento
 en tus chorros jaspeados de energía,
 y, encandilados por tu vibrante hechizo
 y por tu sol de descollante sabiduría,
 tu munificencia nos convierta
 en profetas de tu don hialino,
 de tu belleza primordial,
 de tu fosforescencia,
 de la cúspide de tu gallardía;
 en heraldos de esa ardiente alegría
 que dimana de los prados y de las florestas,
 en augures de una paz inconfesada,
 fruto noblemente fecundado
 por ese aplomo ancestral
 que teje las fuerzas de la naturaleza;
 y aun imbuidos de pesares insumisos,
 aun heridos por el tridente del dolor,
 vislumbremos el encanto
 que fertilizan el río, el agua, la vida,
 esta emergencia bravía
 de figuras rozagantes y polifacéticas,
 este espectáculo tan pródigo
 con cuya luz nos obsequia la Tierra,
 y abrácenos la delectación fugaz,
 preludio de gracia indeleble
 y crepúsculo de toda consternación,
 que se despierta en el abismo recóndito
 de nuestras más profundas apetencias.*

*Me sobrecoge mi pequeñez,
y me aterran los dardos
que en mí clavan la muerte y el silencio,
pero divisar la calma que temple el agua,
cuyos elementos no cejan en su fluir,
ofrenda de bella aquiescencia,
me colma con una proeza efímera,
pero seductora, expresiva e intensa,
con un pináculo de gozo
que humilla todo lauro humano
y atempera toda codicia infinita;
porque más allá de cualquier tribulación,
allende las esquinas de ese océano áspero
por cuyas olas nada la aflicción
que asaetea el corazón del hombre,
lejos de la estela de la amargura,
por encima de poderes, odios y olvidos
que perforan nuestros frágiles pilares,
permanece, ajena a atisbos de nostalgia
que mitiguen su brío creador,
la embrujadora naturaleza,
el borbotar indoblegable
que prodigan el agua de los manantiales
y el son que compone su pureza,
enhiestos espejos de vida
que discurren desasidos de descansos y rencores,
para embriagar, sin dibujos de medida,
la vastedad de nuestros sueños
y la amplitud de nuestras emociones.*

Voz piadosa:

*¡Qué bien se nada por estas aguas
diáfanas y puras,
espejos de concordia!*

*La luz que emanan sus guijarros cristalinos
redobla mi anhelo de sumergirme*

*en los profundos mares del saber,
y renacen ilusiones fenecidas
en los sepulcros del olvido*

*¡Con qué pulsión entregan el espíritu
al libre juego de la fantasía,
cuando ni las mayores catástrofes perturban
a un alma sosegada por el amor!*

*¡Oh transparencia,
oh presagio,
oh tersura prohibida en albores remotos!*

*Un torrente de claridad impulsa mis brazos y mis piernas,
mientras otean mis ojos un fondo saciado de maravillas,
colores límpidos que reflejan mundos añorados
y caudales de esperanzas omnívoras...*

*Ya no necesito saltar ansiosamente
de nenúfar en nenúfar,
como rana despavorida
ante la oscuridad espeluznante
de esta laguna de misterios,
de esta fosa de acuciantes soledades
y reminiscencias aterradoras...*

*

La noche representa un manantial eminentemente fecundo para que florezcan los pensamientos más hondos que llega a alumbrar el ser humano, quien, albacea de esa soledad silente de cuyo sosiego se halla imbuida toda oscura hora, aterido de frío bajo inmensas masas cenicientas, no puede sino dirigir la mirada hacia la grandiosidad que preside los espacios siderales...

Voz nostálgica: *¿Qué sueño evocas, dulce noche mía,
crepúsculo que tiñes las alturas*

*de un nostálgico negror y saturas
la sugerente claridad del día?*

*Se ocultó tu matutina energía,
los límpidos destellos que procuras,
perenne inspiración de las culturas
y vívido despliegue de alegría.*

*¿Dónde reverberas, dorada aurora,
cuando impera un noctámbulo sigilo,
ausente tu luz tonificadora?*

*¡Ávido vibra mi espíritu en vilo
cuando tu suave fulgor se demora,
y no me traspasa tu afable filo!*

Bellos astros parpadean en la lejanía. Su sonrisa nos atrapa con suavidad, y los dulces destellos que exhalan sus titilaciones nos reconfortan. La alegre naturaleza besa el firmamento con sus fulguraciones. Los ojos siderales pestañean con amabilidad y delicadeza, y se desata el espectáculo de esa hermosura que pincela el cosmos en la alta noche, cuando frunce el día su ceño luminoso. Musita esa solemne bóveda palabras que no comprendemos, y cuerpos centelleantes silban sonoras melodías, cuyos compases nos emboscan con su noble sutileza. Los cometas derraman sus espumeantes vinos olorosos, bañados de vivaces colores, en copas bendecidas con incrustaciones de oro puro y eterno, y esa magia zodiacal que nos envuelve nos embruja también con sus sedosas telas y sus finos bordados. El pan de la tierra se transustancia en el nutriente de los cielos. Sí, amamos la noche, porque veneramos el misterio...

Voz ansiosa: *En la oscuridad se concita la fuerza amorosa del misterio;
cuando sólo la tenue y tierna luz de astros inmortales
cubre, con su sagrada palidez, el mundo de nuestros rostros;
cuando sólo el eterno negror de las alturas resplandece
guarecido tras las musas de su poder, invicto, majestuoso, sublime,*

*allá en esos predios que conquistan toda imaginación
con la grata frescura de sus gotas engastadas en fantasía,
sólo entonces florece, inmarcesible, la bella percepción
de un cosmos que supera todo anhelo y excede toda idea;
sólo entonces nos habla la divina voz que enardece
el santo y vasto firmamento con su inextinguible fuego.*

*Peregrinos de todas las edades,
almas bellas que transparentaron la luz de un oriente perpetuo,
de un nacer inacabado al verdor de la vida y del conocimiento,
sabios nunca perecidos en la profunda morada de los sueños,
han intuido la noble brisa de un hálito saciado de perenne juventud,
la hermosa sombra de un voraz espíritu de creatividad,
de candor, de luz, de magia inocente y primorosa,
que exhala, con delicadeza, el aroma de lo nuevo;
miríadas de ojos gozaron con la contemplación
de una inmensidad que nos sobrecoge, rodea y enaltece;
innúmeros corazones palpitaron en un sentir
que estremece el alcance de toda pasión terrena;
incontables almas se transfiguraron, con pujanza,
cuando su impecable espejo interior vio reflejada
la luz abrasadora que derrama lo innumerable,
el destello de la corona generosa y suprema,
la próspera y refulgente llama de lo arcano,
en ese cielo nocturno, insondable, sereno, oscuro;
en ese bordado purificador que irradia autenticidad;
en esa exhortación a un cántico anegado de poesía
y a una mañana tonificada por el embrujo del deseo;
en ese reino donde aletea, amablemente, lo inefable,
y sopla, con su toque de armonía, el viento de lo prístino,
de la aurora primigenia que jamás fenece
en un crepúsculo de olvido, tristeza y silencio.*

*Jamás reposa este universo de fervor, maravilla y dinamismo;
jamás se apaga, por completo, la luz del amanecer:
todo es alba, todo rezuma blancura en este mundo;*

*e incluso la noche, esa mano que tiende el ocaso
al nuevo día cuya estrella sanará el dolor de la vejez,
esconde y custodia, sutilmente, el secreto de la energía,
un don tutelado por formas lóbregas, sepulcrales, descoloridas,
la fingida dormición en cuyo invierno se halla sumida
la bóveda de claros y rutilantes cuerpos que nadan
en la imperturbable mar de un amor desconocido.*

*Todo espíritu suspira por descorrer ese denso velo agujereado
que nos separa de la verdad, eterna, profunda y precursora,
pero sólo en la noche se palpa, con pasión y dulzura,
la íntima esencia de un enigma que surca todo sol y permea todo cielo;
de un éter omnisciente cuya docta luz ha engendrado
este linaje de graves, mudas y vigorosas leyes
que rigen, con solemnidad abacial,
la imponderable esfera de la naturaleza.*

*¿Y no brotan del amor, de la donación, de la entrega,
de un poder inundado de misterio y valentía,
toda suavidad y toda fiereza,
toda oscuridad y toda luz,
todo castigo y toda bendición,
toda muerte y toda vida,
toda amargura y toda felicidad,
toda lágrima y todo consuelo,
toda invisible cadena que hermane cuanto existe,
cuanto se alza, irrevocable y agraciadamente,
sobre la faz que entrevera lo real y lo posible,
con los dorados lazos del ser y el pensamiento?*

*Llamémoslo amor, si con sus letras evocamos
esa cálida luz que abraza lo incognoscible,
el milagro de ese cáliz sigiloso que ampara,
en su áurea, regia y centelleante hondura,
el perfume destilado por lo eterno e inconmensurable;
ese misterio que humilla toda altiva veleidad*

*de comprender el destino último del universo;
ese brillo hermoso y placentero de un corazón
que desafía el heroico poder de la inteligencia;
esa presencia inescrutable de fragantes hechizos
cuyos relámpagos bañan y vivifican el azulado cosmos;
ese bello chorro de aguas creadoras,
cuyo aplomo innombrable riega,
desde un dulce rocío de broches de oro,
los vastos dominios del cielo y de la Tierra.*

*¡Oh silencio que presagias el advenimiento de la verdad!
Del espeso rumor de tus seres siderales emerge, esplendorosa,
una luz honesta y cristalina que descubre a los hombres
la fuente primordial de toda vida, de todo cambio y de toda certeza.*

*Esas ardorosas alas, de sabios plumajes leonados,
con cuya ligereza bate todo espíritu los cielos
en busca de un nutriente inagotable, de un fuego eterno,
bellamente se elevan hacia tus alturas immaculadas,
hacia la cúspide de ese Carmelo de recogimiento
cuya pureza ha congregado las añoranzas de místicos y poetas,
cuando cae la noche, cuando aparenta descansar el día,
cuando se despierta, con reciedumbre virginal, lo divino,
el misterio sacro, inveterado, rosa a cuya alabanza
ha declamado sus más hermosos versos todo siglo...*

*

Sí, mucho le queda aún al alma por vivir, pues cuanto brota de su mente no consiste más que en un cúmulo irredento de vagas y temblorosas abstracciones afanadas en idealizar un universo tantas veces inhóspito. Pero hemos de deleitarnos con cada noche, porque a esas altas horas se desata un espectáculo sobrenatural, un estallido de ardor que sacia bellamente esas ansias de imponderable soledad que alberga todo espíritu elevado: se enciende la luz del misterio, y con fragor trona la inspiradora música de lo desconocido...

Urania:

*Contemplo tu crepúsculo
teñido de púrpura
sobre un mar encalmado,
mientras suaves olas de presagios
mecen tu serena vastedad.*

*Tu profundidad cerúlea
bruñe el espejo de mi alma,
ansiosa de verdades hondas
y sentimientos inagotables.*

*Un verde de frescura
se funde con tu azul oscurecido,
y voces silenciosas
braman suspiros de paz
en este mundo embravecido.*

*Tu aroma inconfundible me inspira,
y ya no necesito más,
pues me basta sentir
la cercanía del infinito
para acariciar destellos de dicha y gloria,
huellas de suave primavera.*

Athanasius:

¡Oh belleza inmaculada del crepúsculo?

¿Ya me abandonas?

*¿Ya despiertan tus hijas,
estrellas locuaces que evocan
el infinito mundo del misterio?*

*Deja que purgue mi soledad
ante los ecos de tu enigma;
chorro de pasión,
grandeza y sugerencia,*

*óleo de luz inmortal
tallado en el firmamento.*

*Escúchame,
y no te inquietes;
mi corazón descubierto la verdad:
Dios es la fascinación ante lo desconocido.*

*Mi alma absorbe hoy esa luz
que ilumina toda paz;
ya no tiemblo,
ni dudo,
ni me angustio;
todo templo de la Tierra cabe en mí;
el mudo resplandor
de todas las aguas
nutre hoy mi espíritu;
la hermosura de todo cielo
se aposenta en mi sagrario;
el verde de todas las praderas
eleva mi ser
a espacios recónditos,
y como aves gozosas
se baten mis alas
sobre nubes de fervor inexplorado;
galopo sobre todos los corceles
de la mente y de la vida,
y cuan gacela extasiada
brincan mis anhelos
en esta llanura bendita,
en este campo sosegado,
en esta morada de amor,
pureza y armonía.*

VII

Una belleza misteriosa

Los sueños de una voz ansiosa trasladan ahora su alma a las frondosas selvas de Sudamérica, donde respiramos el aroma de la vida y la fragancia de la libertad, y a cuya luz todo nos invita a reflexionar sobre los lazos más nobles y profundos que engarzan la maleabilidad del espíritu. Su pureza nada tiene que envidiar a esos paisajes que hicieron exclamar a Horacio “*O rus, quando ego te aspiciam*”... ¡Sí, con cuánta belleza nos sorprende el mundo, ya sea en el idilio de la naturaleza o en el fervor de las grandes obras cinceladas por el genio humano! ¿Cómo no suspirar por la hermosura de la silueta de un león alado junto a un minarete de Samarkanda, o de un altivo Quetzal que pose sus regias plumas sobre la cúpula de una pirámide de Palenque, o de los sinuosos y resplandecientes rayos del Sol que penetran, con periodicidad bianual, en la cámara del templo Abu Simbel?

Recala el alma ansiosa en un enclave cercano a las reducciones que han establecido los incansables jesuitas. Con el beneplácito de España y Portugal, los hijos de San Ignacio de Loyola quisieron construir el Reino de Dios en aquellas remotas tierras de Sudamérica, para engendrar una comunidad singular y paradisíaca, expresión máxima de la utopía de los filósofos y de los poetas, encarnación de las más perspicuas ilusiones forjadas por Campanella y otros visionarios de las postrimerías del Renacimiento. A su amparo conviven los indios guaraníes, protegidos de la voracidad de unos colonizadores que nunca resisten la más tenue tentación de esclavizarlos y de someterlos a oprobios inhumanos. Se trata de una iniciativa tan encomiable que incluso mordaces críticos y enemigos acérrimos de la Compañía alabarán sin reparar en elogios, pues para muchos constituía un buen ejemplo de espíritu huma-

nista, en contraste con el férreo dogmatismo que impregnaba tanto las ideas como las acciones de los jesuitas en Europa.

Los hijos de San Ignacio se habían propuesto edificar un estado que se inspirase en la forma de vida asimilada por los primeros cristianos, donde todas las riquezas y energías se compartieran por igual entre sus miembros: un imperio de entusiasmo y maravillas, una plasmación terrena de la morada celestial. Y allí, en las cataratas de Iguazú, uno de los prodigios más seráficos que nos brinda el cosmos natural, medita una voz ansiosa sobre la belleza, y bien pudieran declamar sus labios, como los de Baltasar Gracián en *El Criticón*, “¿Quién no admira, quién no celebra tanta hermosura junta con tanto provecho?” El hombre que las descubrió para los europeos (no para los indígenas, quienes las conocían desde hacía milenios) se llama Alvar Núñez Cabeza de Vaca, explorador que, al observar el estruendo ensordecedor y majestuoso que acompasa ese fluir inextinguible de torrentes caudalosos, cuyas cascadas desprenden agua y utopía, cautivo del mayor de los asombros, gritó: “¡santa María!”, al acordarse de la Virgen, la madre de su Dios cristiano, en tan lejanas latitudes. ¡Quién describiera el gozo que embargaba a ese fiero y aguerrido conquistador, a esa alma de hierro que, como toda persona, como todo espíritu blando y enternecido, caía presa de la conmoción ante un espectáculo que sobrecogía, deslumbraba y aleccionaba su ser, mientras contemplaba, con la sudorosa fragilidad de sus ojos, exánimes tras la extenuante fatiga de errar por la espesas, arduas y húmedas selvas que pueblan el Nuevo Mundo con su verde angélico, la tersura de una fantasía acogida en los deleitosos predios de la realidad, de una proeza que ni las más excelsas mentes de los literatos y cantores que enorgullecieron a Europa habrían alumbrado nunca!

Es allí, en los incomparables vergeles de Iguazú, en un Edén planetario de escala insuperable, donde el alma cavila, extasiada por la belleza, embelesada por el vislumbre de un don immaculado e inagotable, absorbida por la intuición más límpida del ser, sobre las cuestiones últimas que siempre han fascinado a la filosofía. Resuena el incesante tronar del inconmensurable volumen de agua que se vierte a través de la Garganta del Diablo, cuya precipitación estentórea todo lo tiñe con los ecos de un estupor rutilante, y a cuyo son late la gracilidad que extiende las alas de la frescura. El alma, aunque ya goce de un acceso propedéutico al concepto científico de evolución, no deja

de estremecerse ante una evidencia no refutada: del mero devenir de las cosas naturales, del decurso de la vida misma, ha surgido una luz tan fabulosa, un portento que ilumina los corazones más tenebrosos y las mentes más oscurecidas, un milagro que simboliza la unión de lo humano y de lo divino en la naturaleza, en un trasunto de ese panteísmo cósmico que rebasa todo sueño: el agua del universo se transforma en el vino de la sensibilidad.

Iguazú... ¡Empíreo lugar!, bajo cuyas irisaciones, bañadas de misterio, perfumadas por los efluvios de lo inexplicable, la imaginación no implora volar más, pues ante ella ya se despliega, sin necesidad de una búsqueda ulterior, todo aquello por cuanto nos es dado suspirar. Siente el alma que la hermosura inefable que preside las cataratas la conmina a sumergirse en el lago de la filosofía y en el río de la ciencia, para así desvelar unas razones que satisfagan la inquietud de su intelecto, y le espongan esos mecanismos precisos y esos ideales alentadores cuya fuerza ha propiciado que fenómenos bendecidos de una beldad tan soberana existan y se conserven. Y allí, junto a la Garganta del Diablo, se aprecia la desenfrenada policromía de un atardecer en las Américas, un obsequio que ni Dante, ni Petrarca, ni Bocaccio, habrían podido relatar, ni tan siquiera avivar con el fuego de su inventiva, de no ser en ese recóndito arcano que tutela sus delirios más enloquecidos...

Voz de gratitud: *Has curado mis heridas;
me has llamado por mi nombre,
inmortal semilla del arte,
ansiosa de plantar tu don
en cada corazón adolorido
que riegue la faz de la Tierra
con gotas de su cáliz inefable.*

*Yo me entrego a ti,
cielo de felicidad incesante;
suspira mi voz por declamar
tus perfiles de sofisticación
con tus alegres versos insondables.*

*Suavemente se desliza por mi piel tu bálsamo,
y agujerea los intersticios de mi espíritu.*

*Ahora me envuelve su dulcedumbre,
y su óleo de hermosura me bendice
con una fragancia docta y olorosa,
luz indescriptible, santa, ¡pura!*

*Mi entero ser se postra
ante cualquier atisbo de belleza,
y con un temblor sacro
apostado en labios pálidos
solloza mi alma cantos de inescrutable amor
al armonioso misterio de lo indefinible:
a la libertad de lo incondicionado...*

Shakespeare: *“Thou Nature, art
my goddess;
to thy law,
my services are bound”.*

Voz ansiosa: *No longer “a tale told by an idiot”!;
no longer “full of sound and fury”!;
no longer “signifying nothing”!*

Voz piadosa: *¡A ti, síntesis que funde
naturaleza y cultura,
necesidad y libertad,
razón y anhelo,
en el crisol de lo creativo!;
a ti, musa inagotable,
confío mi voluntad:
a tu servicio me ofrezco,
y no morirá el Sol
ni perecerán las estrellas
que pueblan el firmamento
sin que labios de fervor
resalten tus maravillas
y proclamen tu grandeza...*

*Los rayos de tu luz pura
perforarán mi alma como dagas
blandidas por ángeles obsequiosos,
por poderes celestiales que sieguen mi dolor
con el dorado filo de una belleza eterna...*

Athanasius: *Yo busco lo incognoscible;
mi alma sólo persigue
un lenguaje tan sublime
que me sosiegue con su magia,
estremezca el ardor de mis ojos
y renueve la fe de mis oídos
con sus arquetipos de esperanza...*

*Naturaleza, cima nevada de hermosura:
no cese jamás mi espíritu
de alabar tu piadoso nombre,
la luz de tu resplandor bendito...*

*Tu pureza me fascina,
y expresas tanto, aun silente,
que tu clamor me cautiva,
pues refleja lo divino,
la imagen, áurea y límpida,
enguirnaldada con coronas sinceras,
de ese noble éxtasis al que aspiro.*

*Susurradme,
flores que pacificáis los bosques
y aves que exaltáis los cielos,
¿cuál es el recóndito secreto de la vida
y el irrevocable arcano de la belleza?*

Shakespeare: *La belleza es inefable,
y ni los dioses conocen su esencia.*

*Su verdad es íntima:
exhala un don que custodia el sentimiento.*

*Yo soy esclavo del tiempo
y súbdito de la hermosura;
heraldo del arte,
Hermes de la poesía,
siervo de las Musas
y devoto de la vida.*

*Tu voz de noble gratitud
implora una belleza inalcanzable;
te embriaga la delicadeza,
y sólo anhelas entregarte a su palpito,
al latido rumoroso de su corazón.*

*Pero la hermosura debe evocar finitud;
ha de vivir transida de dolor,
de honda carencia,
de olvido e irremisible negación.*

*Que no te ciegue tanta luz,
ni te absorba tanta belleza,
ni te aprisione tanta profundidad...*

*Para valorar el don del arte,
el cielo de la hermosura,
hemos de pisar la tierra
y beber aguas amargas
que no inspiren ternura;
debemos ansiar, con recogimiento,
la luz que el mundo no nos brinda;
han de tocar nuestros dedos
una aspereza que nos invite
a proseguir hacia lejanas tierras,
donde florezca ese parnaso
que presagian nuestros sueños.*

*Sólo el alma sedienta
y amante del trabajo
vislumbra un oasis de aguas puras,
humildes y premonitorias,
sobre las que aletea el fénix del arte,
ave inmortal que siempre resucita
de las cenizas de la desesperanza;
allí se imagina refrescada
por unas linfas generosas
que entierran su crepúsculo.*

*Sólo el corazón hambriento
se afana en sepultar el mal,
la más oscura privación,
con la claridad de un amanecer
que procure el manjar honesto.*

*Sólo una voluntad no saciada
se entrega al amor, a la búsqueda,
a la fantasía y al descubrimiento.*

*Quien codicia ya coronar
el más alto de los sentimientos,
ese pléroma en cuya suavidad
tañen los ángeles sus arpas sagradas,
perecerá como Ícaro,
quien desoyó a su padre,
el prudente Dédalo;
los bravíos rayos del Sol quemaron,
abrasadores, radiantes y míticos,
sus tersas y vigorosas alas,
por querer contemplar unas alturas
demasiado luminosas para su espíritu.*

*Discierne en lo limitado, en lo fugaz, en lo transitorio,
en la contingencia que baña las esferas de esta vida nuestra,*

*esa chispa de eternidad, pasión y arte
que deseas con furores bellos y pureza immaculada.*

*No somos dioses,
y un exceso de luz nos deslumbra y oscurece,
y tanta hermosura nos anonada y enloquece,
y una profundidad sobrepujada nos ahoga y estremece...*

Voz extasiada: *Cuando mis oídos escuchan
las alegres melodías
que resuenan en cielos prohibidos,
un ángel de presagios bondadosos
pulsas las cuerdas de mi voluntad.*

*¡Se abren entonces los magníficos pórticos
de la felicidad verdadera,
y tersas legiones de ecos puros
desfilan ante mi alma adolorida!*

*Paños piadosos enjugan la tristeza de mis lágrimas,
y me siento unido al infinito mundo del espíritu:
todas las razas,
todos los deseos,
todos los rostros
y todos los llantos
me atrapan al unísono
en una espiral de celo consumado.*

*Nubes de destellos tornasolados me capturan
y elevan a universos desconocidos,
y ya palpo ese corazón indiviso
que me hace ser hombre.*

*Resplandece la armonía más sublime,
y perecen las agrestes sombras del olvido.*

*Soy ya en todos,
y todos hunden en mí
sus raíces recónditas.*

*Estrellas y auroras me poseen,
y percibo fuerzas indoblegables
que exaltan almas, materias y vidas.*

*Ya no temo la muerte,
el apremio a retornar
al gran ciclo de la naturaleza,
ni el sufrimiento,
ni el triunfo:
sólo degusto cálices rebosantes
de una belleza libre,
alma de claridad y silencio,
espejo límpido del poder que todo lo crea...*

Voz piadosa: *¡Vierte sobre mí toda tu cólera!*

*¡Hazme llorar, sangrar, desfallecer,
hasta que languidezca mi propia sombra,
y sólo respire el espantoso aire del dolor y del olvido!*

*Cercena mis ansias y humilla mis pasiones;
cúbreme con el polvo pugnaz
que sepulta todo anhelo de hermosura,
y entierra mi sed de plenitud
en los profundos infiernos de lo imposible;
rasga mis vestiduras y aflige mis carnes con tus látigos;
flagela mi espalda con tus disciplinas;
condéname a bárbaros suplicios
y muéstrame toda la tristeza de la Tierra
condensada en lágrimas que penetren en mis ojos,
como cristales desconocidos;
lléname de turbación,*

*de pesadumbre,
de nostalgia;
envuélveme con el recuerdo de la bondad perdida,
y permite que ante mí desfilen
todos los rostros de la tragedia;
tacha cualquier sonrisa de los tabernáculos de mi espíritu,
y exhala las procelosas nubes de desesperanza
sobre esas arcadias bucólicas
que mi inocencia había construido...*

*Sí, tíñeme de oscuridad,
marchita mis pulsiones
y corroe los muros de mi firmeza.*

*Empapa mi templanza con el sudor de los hombres
y desmiente mi hambre de justicia;
quiebra las atalayas de mi fortaleza
y prohíbeme degustar los cálices de la sabiduría;
veta ya hoy todo vislumbre de un cielo puro,
y borra rápidamente los iconos
de felicidades preteridas.*

*Sí, dios del terror,
demiurgo de todo mal,
corazón de tinieblas amenazadoras
que absorben mi entereza:
despierta tu furia aletargada
y crucifícame en calvarios innombrables.*

*Todo castigo que me impongas
me inspirará un nuevo amor hacia la vida,
y de los llantos que escuche derramar,
precipitados por los bruscos abismos
del abatimiento
en el crepúsculo de mi valentía,
compondré un renacido himno a la existencia.*

*No importa la severidad de tu tormento:
la nada conduce al ser,
y sin negación no brota
la semilla de la auténtica alegría,
hija del más noble sacrificio.*

*Todo el horror que palpen mis manos
convocará los ecos de una belleza escondida
tras disfraces de flaqueza.*

*Sin ausencia no camina la historia.
Sin noche no amanece la añorada luz del día.
Sin asumir
la onerosa carga de la finitud,
jamás amaré
la lejana perfección
que revolotea por bóvedas de paz, silencio y entrega.*

*Sin la fragilidad de este hoy,
truncado por nebulosas de amargura,
no aprenderé a desear lo imposible
y a luchar por ese cielo que colma mis suspiros.*

*

Ningún corazón puede confinar lo bello, lo sabio o lo amoroso a los estrechos límites de un único lenguaje. Incluso la poesía ha de ser susceptible de experimentar una traducción a cualquier *forma mentis*. Todo pensamiento ha de resultar efable. La flor de lo bello ha de dimanar de una raíz más profunda que la mera perfección estilística lograda en un cierto idioma, gracias a la armoniosa y docta combinación de sonidos y estructuras: tiene que remitir a una sinergia última entre idea y expresión, alcanzable en todo lenguaje humano y sobrehumano... En la finitud ínsita a cualquier lenguaje ha de resplandecer el sol de lo infinito, hermosamente tutelado por los frágiles astros de lo inagotable...

Voz ansiosa: *¡Pobre espíritu humano!,
retoño herido por flechas de abandono,
por tristezas columbradas
en crepúsculos solitarios,
esclavo irredento y agitado
de rayos de curiosidad intempestiva,
encapsulado servilmente
en concilios de anhelos obstinados
que lo desheredan de la felicidad,
tajantes espadas ubicuas
cuyo ímpetu nunca sanaría
la profunda insatisfacción
que aherroja los ojos del espíritu
con furias incesantes y despiadadas,
con haces que trasiegan el intelecto
y perforan el sagrario de la voluntad...*

Góngora: *No ha de apesadumbrarse el espíritu
por ansiar la perfección estética,
esos compases de primor eterno escandidos
en alambicadas secuencias endecasílabas,
reflejos arrebuados en pálidas lejanías:
la cima del éxtasis más sublime y sobrecogedor,
la dorada cumbre reservada
a quien se afana en lograr,
humilde, pudorosamente,
recorrer caminos de verdes prados
abocados a la más elevada plasmación
de la piedad que anida en el alma,
aun en la fragilidad de las palabras
y en la debilidad del pensamiento;
porque yace en la plenitud nuestro destino,
y si abdicamos de buscarla,
nos exiliamos del templo de la vida,
pues sin añorar la llegada de sus verbos,
la manifestación de sus nombres*

*y el advenimiento de sus adjetivos,
es la muerte, es el cansancio,
la fuerza que nos oprime,
y su sombra reseca nuestros labios
con el amargo cáliz del olvido.*

*Hube de postrarme
ante la diosa de la belleza,
y mi corazón le suplicó,
en su ternura,
en su trono de delicadeza,
que le revelara a mi voz,
sierva de ojos límpidos,
los conceptos más excelsos;
anhelaba declamar,
encaramada a su haz de luces nobles,
la honda magia de la poesía,
y así rendir con mi espíritu,
desde los altares del esplendor,
una recia y casta pleitesía
al suave canto de Calíope
y a la sedosa hermosura de Afrodita.*

*Sólo un don me embrujó
en ésta, mi somera vida:
la inasible, inescrutable
y celestial belleza;
amapola de finura insondable,
azahar de pétalos insumisos,
racimo de pureza regia,
copa que absorbe los perfumes
de las más exquisitas maravillas,
y cuyo fulgor subsiste, hegemónico,
en el cálido hogar de la naturaleza.*

*¡Hermosura, diosa celeste
a la que tantos veneran...!*

Calíope: *Belleza, luz de la vida, reflejo
de ansias gratas y purificadoras,
flor de lises rejuvenecedoras,
¡prodigio que de contemplar no cejo!*

*Apíadate, si de tu aura me alejo,
y olvido tus caricias redentoras,
y tus fragancias tonificadoras,
y en mi lánguida soledad me enrejo.*

*No se afanen mis anhelos en nada,
si no es en ti, inveterada hermosura,
y en la llama sacra por ti inflamada.*

*Donas el verdor, la inmortal tersura,
purpúrea alma por todos amada,
corona de la más sublime altura.*

Voz piadosa: *¡Oh santa belleza!*

*¡Oh francos reflejos de lo eterno
que embriagan mi alma
en las profundidades de la naturaleza!*

¡Oh exuberancia admirable de dones infinitos!

*¡Oh luz que exalta mi corazón
hasta las cimas inmortales
de lo que pueden ver los ojos del hombre!*

Voz ansiosa: *¡Belleza, redime con tu luz mi soledad!*

Voz extasiada: *Mis lágrimas envejecen,*

*por brotar de un rostro fatigado,
pero cuando las desencadena
la amable luz de la belleza,
tan sólo reflejan juventud,
pasión y complacencia:
un anhelo que jamás cesa.*

*Pocas veces brilla
la chispa del genio humano
con tanto aplomo y esplendor
como cuando la rosa del arte,
nuestro más heroico vástago,
delicada flor de cumbres olvidadas,
conmueve el sentimiento
y humedece los semblantes
con el agua cárdena del amor.*

*

La llama de la belleza se revela tan dulce y sugerente que conquista todas las almas, cuyos corazones ya sólo viven para contemplar la hermosura, y para amar, y para servir a la sabiduría. Escribió Goethe que “lo bello es la manifestación de las leyes secretas de la naturaleza, que sin su aparición habrían quedado para nosotros eternamente ocultas”. Es la armonía entre arte, naturaleza, belleza y verdad, la ciencia total ansiada por este ilustre alemán, la morfología universal que contempla el despliegue de la totalidad de los fenómenos del mundo desde el arquetipo primordial, trasunto de la perfección divina.

Inasequible se nos antoja una definición de la esencia de la belleza. Los pueblos y las épocas la descubren en objetos distintos y en tonalidades divergentes, pero todos se hallan poseídos por el anhelo irreprimible de una luz que deleite los esquivos cánones de su espíritu. Es hermoso ese fenómeno capaz de suspendernos en el momento efímero que se desvanece, mas cuya fugacidad imprime una huella indeleble en nosotros, y catapulta nuestra imaginación hasta el reino de los sueños más elevados y de los más primorosos fines, y amansa la vida con bálsamos llevaderos, y alivia este pesar que afli-

ge nuestra existencia, y nos rescata de nuestra fatal angostura y de nuestro agrio egoísmo, esa vulgaridad plebeya... Rebosa de hermosura aquello que nos embelesa en un éxtasis intemporal: “Detente, instante, eres tan bello”, declama Goethe. ¿Es acaso posible inaugurar de nuevo una juventud saciada de sabiduría, de belleza, de arrebatos de sentimiento y de amor? Max Weber pensaba que no: el impulso racionalizador de la cultura occidental lo impedía irremediablemente. No regresarán la dorada edad de Atenas, ni el brillo luminoso de Florencia, ni la pasión salvífica del romanticismo...

Sin embargo, no hemos de olvidar que la belleza no se materializa nunca, ni se circunscribe a una obra específica: constituye un ideal que sólo vislumbramos, una tenue luz que nos cautiva, pero un fulgor que jamás atraparemos con nuestras frágiles manos. En esta libertad de cuyo don goza la hermosura reside también su grandeza, porque nadie logrará nunca apoderarse de ella, como tampoco se enseñoreará del amor o se adueñará de la sabiduría. Somos siervos, no propietarios de una luz que nos trasciende y mora en el vasto y enaltecedor universo del ser, ajena al amargo imperio del tener. Todavía cabe profesar esperanza en una primavera de plenitud, sin manifestar nostalgia por siglos marchitos y por civilizaciones periclitadas, dotada de confianza en sí misma y de valentía para edificar ese templo que creemos inalcanzable...

Voz de gratitud: *En mí has clavado tu luz jubilosa,
hermosura serena y redentora,
y has sanado con tu ferviente aroma,
que en dulces fantasías nos devora,
a quien ciego se alzaba ante la vida,
y sordo, no escuchaba tu misiva.*

*Tonificaste con ardor sus ojos,
y avivó sus oídos tu honda magia,
que la ventura celestial presagia.*

*Contemplo, con tu haz, un fulgor divino,
y mi rostro perfora el universo,
porque allende el confín del firmamento,
resplandece un destello cristalino,
una verdad que, alegre, me consuela,*

*pues desvela el destino de quien sueña
con la belleza y su verdoso brío.*

*Felicidad los dioses depararon
a quien ama el arte y la gracia estima,
y palpa un ímpetu que hoy desafía
toda tristeza con su epifanía.*

*Sucumben las vastedades a su halo,
y afloran los bosques con su energía.*

*Crecerá el cosmos, manará la vida,
y un nuevo sol despuntará en la aurora,
pero nada borraré la noble hora,
vigorizada en el fugaz instante
que no se detuvo, mas expectantes
nos dejó con su faz inspiradora.*

Beethoven:

*¿Debe ser que el hombre
despierte en un brioso sueño
de libertad y entendimiento,
y atisbe, en el cristal de la belleza,
la sagrada flor de las alturas,
el eterno poder de lo estético,
un fervor insumiso que sana
todo odio, todo rencor y todo recelo,
y en cuya llama flamea
el calor de la bondad,
la luz benéfica de la entrega?*

*¿Debe ser que nuestro corazón
geste en su intimidad un reino,
el vasto imperio de la verdad,
en cuya magia se descubra
la leda huella, el dulce trazo,
del don imperecedero,*

*y se admire, con gozo,
con pasión y con esmero,
en esa infinitud vertiginosa
que irradia todo espíritu,
la rúbrica evocadora
de una joya inmortal:
un alma bella y luminosa,
la noble hermosura del amor
y el milagro de la clemencia?*

*¿Debe ser que el arte
inspire fe en la humanidad?*

*¿Debe ser que el hombre
le desvele a la naturaleza
todas las rosas que ansía,
y le muestre, cuan leal
y relumbroso espejo,
la ternura más eximia?*

*¿Debe ser que plantemos
la semilla del amor
en los silentes campos
que pueblan la Tierra?*

*¿Debe ser que cultivemos
el jardín de la sabiduría,
al grato son de la música
y al compás de la poesía?*

*¿Debe ser que nuestra belleza
sirva a un fin inmarcesible:
el trono de la compasión,
la copa de la fraternidad,
el radiante sol del amor,
el cielo de la libertad?*

*¿Debe ser que la perfección
no nos resulte vedada,
ni la utopía inasequible?*

*¿Debe ser que logremos
la consonancia añorada
entre la realidad y los sueños?*

*¿Debe ser que obtengamos
la belleza más elísea,
la más elevada idea
y la más inefable pureza
en todo cuanto forjamos?*

*¿Debe ser que la hermosura
se alce como la meta última
de todo cuanto el hombre crea?*

*¿Debe ser que el ser
venza el no-ser;
que lo real
derrote lo irreal;
que lo ideal
conquiste nuestro mundo?*

*¿Debe ser que se efectúe
una suprema integración
entre todos los reinos del espíritu:
la eclosión de lazos recapituladores
que fundan, en su crisol eterno,
lo subjetivo y lo objetivo,
lo humano y lo divino?*

*¡Debe ser!
“Es muss sein!”*

San Agustín: *¡Lloro!;*
lloro ante la belleza celestial
que me redime y transfigura...

Derramo un rocío no enjugado,
como suspiré, con piedad lacrimosa,
preso de llantos desaforados,
penetrado por gotas silenciosas
en la catedral de San Ambrosio,
cuando escuchaba cantos elíseos
que los cielos conturbaban...

Todo oído sensible y todo ojo puro han de emocionarse ante la más alta de las hermosuras. La belleza no se circunscribe a forma, estilo o género alguno. Siempre nos sorprende. Nos desborda. Todo es en ella corazón, muchas veces transido de una silente racionalidad.

La belleza infunde alegría y disipa tristeza. Regocijémonos, por tanto, al son de la música más sublime, y veneremos a su artífice, a esa mano divina que desciende a la tierra para otorgarnos un don que justifica la odisea humana. La hermosura con cuyo suave aroma nos deleita su creatividad encapsula un sentir y refleja un universo: las lágrimas de la humanidad, el ansia de una belleza libre, cuyo milagro no obedezca a la fiera necesidad de la vida. Su profundidad no la ha compuesto un único espíritu: en sus acordes vibra toda una estirpe...

Voces nostálgicas: *La belleza que exhala tu música*
ha despertado nuestro más hondo llanto:
el haz de sus modulaciones ensalza
la cadencia retórica de la vida.

Somos hijas de lágrimas puras:
de sus aguas bebe nuestro espíritu.

¡Nutre el rocío de nuestros ojos
con la ágil profundidad de tu arte,
rosa que solemniza este amor!

Voces extasiadas: *Vertemos lágrimas devotas,
pues nos conmueve la belleza
que irradian acordes gozosos
de tu albo himno a la alegría.*

*Brilla aquí esa casta maravilla
implorada por todas las almas:
el bálsamo que se desliza
desde la fuente del consuelo;
la gota salvífica que resbala,
rauda, ligera y valiente,
por los montes del entusiasmo;
y es amor lo que buscamos,
un elixir frente al desapego
hacia la vida, hacia el silencio;
porque fuimos hijas del temor,
de la angustia, de la desazón,
y hoy hallamos la paz,
la paz que desprende el arte,
la luz que esparce la belleza.*

*Del repentino cáliz de tu don
dimanan aguas saciadas de concordia;
sus corrientes prodigan un mensaje
que todo corazón invoca,
pues tu arte da sentido a nuestra vida.*

*Triunfa siempre, esplendoroso,
ese docto y humano júbilo
que ninguna tragedia aplaca,
al vivir y soñar en un mundo
donde es posible la esperanza.*

*Emerge el deleite inefable
desde las grutas más profundas
y los más copiosos surtidores
del siempre inescrutable espíritu,*

*susurrante primero,
sonoro y solícito después,
para aliviar,
con el sagrado hálito
que disemina su paz,
el fuego del dolor,
el anhelo de placer,
el ansia de felicidad,
y confortar toda faz
pálida y gemebunda
con los rayos de su magia,
con las caricias de su primor;
porque es angelical
la serena luz de la armonía:
su ardiente haz
y sus relámpagos dorados
mitigan todo daño y toda herida,
y nos proyectan a un cosmos
en cuyo amanecer purpúreo
reina la sabiduría,
y donde el amor y la bondad
redimen toda elegía.*

*De las lágrimas
brotan densos destellos,
coronas de limpidez,
estrellas ribeteadas de pureza,
compactos y húmedos
efluvios colmados de alegría...*

*Como ninfas amansadas en la montaña,
sus brisas olean
rostros sedientos de belleza...*

Beethoven:

*Mas, “¿quién soy yo
cuando me comparo con el universo?”*

*Yo deseo lo imposible:
la hermosura plena,
la perfección divina.*

*Quizás florezcan creaciones
que colinden con el cielo,
y brillen portentos
por cuya belleza se deslice
el osado río de lo eterno,
pero yo he ansiado explorar
el paraíso imperecedero,
y rozar esos pórticos
que frisen moradas inmortales
y tutelen bienes indestructibles:
predios, pastos y cañadas luminosas
donde despunte y fructifique
la pureza insuperable,
el arte más sublime...*

Poco he logrado...

Frágil yace toda cosecha de mi ingenio...

*A poco me saben mis obras,
y en nada se me antoja la belleza
que hemos forjado los hombres.*

*Ningún poema,
ningún verso,
ningún himno,
ningún acorde...
merece los lauros que yo busco.*

*Es sufrimiento escuchar música
y vagar por las aguas de la poesía,
porque no encuentro esa hermosura,*

*esa perfección,
ese culmen de creatividad,
esa plenitud cuyo vislumbre me cautiva...*

*Mi corazón suspira por otro mundo,
y este cosmos le resulta demasiado angosto;
es un dolor penitencial lo que siento,
es impotencia,
es olvido y silencio,
y ninguna mirada me consolará,
ni palabra alguna me redimirá:
yo necesito otro universo,
otra historia,
otra humanidad;
yo clamo por un Dios que me revele
el noble secreto de la perfección,
el dorado reino de la felicidad...*

*

En esta atmósfera, imbuida de una búsqueda apasionada de la más alta de las bellezas, una pléyade estelar, integrada por músicos y enfervorizada por voces angelicales, entona una composición insólita y abrumadora. Su cálido viento sopla libremente, y se respira un aroma que rebasa el poder descriptivo ínsito a toda palabra y consustancial a todo presagio. Comienza de modo silencioso, persuasivo y enigmático, como si proviniese de los lúgubres abismos que trenzan un mundo oscuro o emergiera de las más ignotas profundidades del ser, cuan exhalación despedida desde grutas infaustas que infunden fatalidad. ¡Con qué aplomo surgen repentinas melodías en el horizonte! Esas tonalidades puras y conmovedoras, esas armonías beatíficas, esas hijas predilectas del sentimiento, deleitan sobremanera a todo espíritu, y proyectan su sensibilidad hacia dimensiones pletóricas, hacia el hogar donde posa sus alas lo sobrehumano.

Tan cadentes acordes dimanan de la tristeza más aguda que provoca el ineluctable fallecer de la humanidad: el inveterado cáliz de la muerte, misterio inescrutable que tiñe de desesperanza nuestras vidas. Sin embargo, esa

música celestial, ese chorro límpido, colmado de esplendor y tejido de ensueño, cuya gloria rebasa toda magnificencia litúrgica, baña los oídos con una hermosura suntuosa y arcana, y aun sumidas nuestras almas en la tribulación, se desprende un destello salutífero que nos envuelve con el suave hechizo de su refulgencia. Fluyen ya sus corrientes revitalizadoras, y esas aguas que se deslizan, piadosamente, por nuestro corazón se muestran capaces de brindarnos la más insospechada de las alegrías.

Es una misa de *Requiem*, obra que describe, sin parangón en el difuso reino de lo humano, las fluctuaciones que experimentan nuestros siempre dúctiles sentimientos ante la inexorable y vaticinada realidad del óbito. ¿Quién ha alumbrado semejante maravilla? ¿Quién ha conseguido, aun enfrentada su alma al escenario doloroso de la muerte y de su congénita pesadumbre, legar un cúmulo saciado de tanta beldad elísea, una exultación tan inimitable que prodiga encanto y nos unge con el sagrado óleo de su estética impercedera, rebosante de palpitos de eternidad que apagan todo viso de consternación? ¿Quién ha incoado esta noble arenga hacia la vida, como vástago del más decoroso de los tributos rendidos a la inmortalidad de la belleza? ¿Qué delicias del Olimpo han saboreado sus labios para inspirar una creación tan sublime? ¿Qué héroe, qué mente y qué corazón privilegiados habrían sabido aunar, en una misma orquesta, a cohortes seráficas y a coros de muchedumbres humanas? ¿Qué ojos han contemplado ya los cielos?

Voces extasiadas: ¡*Desveladnos solícitamente su nombre!*

*¿Quién ha captado,
con una intensidad tan pura,
el significado más recóndito
que permea las huestes de la vida
y nutre las raíces del sentimiento?*

*¿Quién ha exaltado
las ansias del espíritu
hasta cúspides dulces,
solemnes e inagotables:
hasta pináculos dorados?*

*El fruto de sus manos
es demasiado bello para nuestra finitud...*

Mozart: *Amadeus es mi nombre.*

*Provengo de Salzburgo,
al pie de los soberbios y festivos Alpes...*

¡Salzburgo!, donde habita la felicidad... Al recorrer las calles de esta señera ciudad, y contemplar las fúlgidas cúpulas que ornamentan sus iglesias barrocas, los monasterios y conventos que se yerguen, majestuosos, en las lechosas cimas de sus montañas, las aguas cristalinas de su río y el níveo paisaje de los alrededores de este mágico lugar de Austria ubicado al pie de los Alpes, parece posible comprender el milagro que encumbró a Mozart.

Los milagros esquivan toda confrontación con los cánones que presiden nuestro entendimiento. Llamamos “milagroso” a aquello que no alcanzamos a escrutar con el auxilio de las solas fuerzas de la razón ordinaria. **Y Mozart acrisola un milagro inagotable.** Como ocurre con cualquier genio, resulta inconfundiblemente prodigioso que alguien, en tan corta edad, legase al género humano algunas de las obras más perdurables de todos los tiempos. ¿Cómo olvidar la estremecedora pureza vocal que exhalan creaciones como *Soave sia il vento*, *Sull'aria...* y *Un'aura amorosa*, la cegadora luminosidad de *La Flauta Mágica*, la ternura del *Ave Verum Corpus*, la sensibilidad del concierto número 21 para piano, el virtuosismo que impregna tantas composiciones para violín o la hondura expresiva del *Requiem*, cúspide de espiritualidad? En suma: con la delicadeza de un cartujo, sus frágiles manos han tallado un tributo eterno a la belleza.

Muchos alegarán que se trata, más que de un fenómeno milagroso, de una realidad impredecible que brota como Minerva de la cabeza de Júpiter: nadie habría presagiado nunca el cuándo y el dónde del alumbramiento de un genio de semejantes dimensiones. Y es cierto. El evocador destello de Mozart se evade ante todo vaticinio, pero su existencia también resulta milagrosa, si admitimos una acepción lo suficientemente laxa de este concepto como para englobar también, en el seno de su aureola, todo aquello que jamás cesaría de sorprendernos con chispas de fascinación inconmensurable, incluso en

ese lejano momento en que la ciencia hubiese desentrañado las raíces más profundas de la genialidad.

Y, más allá de indudable milagro personificado en Mozart, ¿cómo no pensar que la extraordinaria belleza que permea Salzburgo, cuna donde este músico inmortal vio la primera luz, y la egregia urbe a cuyo amparo transcurrieron varios lustros de su breve pero fecunda vida, ha de formar parte, de una u otra manera, de toda explicación y de toda conjetura sobre los recónditos manantiales de su talento?

Todo en Salzburgo destila hermosura. Radiantes las iglesias, espléndidas las calles, apacibles los monasterios y conventos, suntuoso el río, inigualmente inmaculado el paisaje... Todo invita a entonar un *exultate et iubilate* perpetuo, como si la vida no nos amenazara con la sombra de ninguna desdicha. Es rebosante plenitud, es la gozosa embriaguez del aroma de una felicidad límpida lo que se respira en Salzburgo, con la estela de su hijo más universal presente por doquier. Ojalá en todos los enclaves de este mundo nuestro los sufrimientos y las contradicciones inherentes a la vida cediesen reverencialmente el testigo a un júbilo irrepetible que diseminara encanto, primor y fantasía, y todas nuestras preocupaciones y tristezas fuesen sustituidas por esa alegría descomunal que transmite la vibrante música de Mozart, tan pura que sólo puede venir de Dios, luz encarnada en Salzburgo. Como Dostoievski, no logro desprenderme de una utopía alentadora, pero reiteradamente contradicha: la belleza salvará el mundo... Su irrestricto resplandor también hoy me redime.

Sí, milagros como Mozart y Salzburgo representan dones que hacen la vida más llevadera, al insuflarnos un hálito arrobador y beatífico, mística que nos exhorta a crear un espacio potencialmente infinito, enardecido por el fuego de la belleza, del conocimiento y de la paz. Todavía hoy resuenan con pujanza las hermosas palabras que clausuran *La Flauta Mágica*: “¡La fortaleza ha vencido/ y en recompensa ha coronado/ a la belleza y a la sabiduría/ con una corona eterna”.

*

La voz de gratitud se halla candentemente maravillada por su encuentro con ese gran músico llamado Wolfgang Amadeus Mozart, uno de los ma-

yores compositores de la historia, heraldo de las eternas apetencias del ser humano. ¡Cómo le gustaría a esa voz ávida toparse con el cisne de Mantua, para que su genio poético le revelara palabras concisas, pulcras y aquilatadas que reflejasen, cuan espejo de deprecaciones divinas, el séquito de sus más ledas y honestas impresiones!

La voz de gratitud, que es también la voz más dulcemente extasiada, consignó por escrito, en la perturbadora debilidad de unos vocablos siempre efímeros y lánguidos, siempre incapaces de expresar la enhiesta verdad del sentimiento, los siguientes párrafos:

¡Con qué vocablos proclamará un alma tan frágil como la mía la grandeza que bendijo a Mozart! Él fue como un ángel o, mejor aún, como un espíritu divino que trajo a nuestro mundo las más deslumbrantes melodías que resuenan en el paraninfo del reino de los cielos. Sólo un ser sobrenatural comprendería, en su plena hondura, la profundidad de ese don, de esa luz límpida, de ese tesoro de pureza que Mozart quiso otorgarnos.

Este conspicuo vástago de Salzburgo no se comunicó con nosotros mediante léxicos perecederos, sino a través de las divinas voces que una luz altísima y sapiencial le había dictado: la más benéfica armonía y el ubicuo sentido de lo bello, cuyos rayos descuellan en la magia tonificadora que preside sus composiciones más sublimes.

¡Revéleme, Mozart, el arcano de tu genio! ¿Qué inteligencia nacida en esta Tierra resolverá un misterio tan bello y abisal? Ante la impotencia que transpira en mis conceptos sólo me queda postrarme sobre mis rodillas genuflexas, para así venerarte, y alabar la incomparable luz de tu talento, que forma ya parte del acervo de nuestra cultura universal, y constituye un motivo de honra inextinguible para ese noble linaje de cuyas verdosas ramas todos procedemos.

Surge de tus melodías una profusión fascinante, inundada de formas embelesadoras, cuan mensajes magníficos y ocultos que proyectan la conciencia de quien los escucha hacia la añorada dimensión de lo poético, hacia el parnaso supremo. Tus acompañadas producciones nos imbuyen de un gozo santo y evocador. Con tu arte, penetras como pocos en el castillo interior de nuestra alma, para recorrer cada recóndita estancia y descubrir, en cada oblonga esquina, horizontes nuevos. Tus dedos han combinado, de modo eminente, las

emociones antitéticas que se entronizan en el corazón humano. ¿Cómo no apreciar, en la faz de los genios, a los elíseos portavoces de nuestros afanes más entrañables, a los profetas de la divinización del hombre y a los arúspices de la humanización del universo?

Y en una sinfonía que estremecería al mismísimo Júpiter con un éxtasis flamígero, con un fervor meteórico, has clausurado, ¡oh Mozart!, uno de tus conciertos magistrales: una sinfonía en cuya brillantez insólita se condensa lo más vívido de tu música, de esa tentativa prometeica por educir un anhelo insoslayablemente humano: la declamación de lo perfecto; ese ardor barroco, esa serenidad clásica, esa trasgresión romántica, que en el refinamiento de tu música logra integrarse en un sistema de felices ecuaciones, en un complejo vasto y eximio, dotado de tanta belleza que siempre agrada al hombre y lo exhorta a abrir los pórticos del alborozo infrangible. Oboes y percusiones, la infinita exquisitez del piano y la grata frugalidad del violonchelo, la elegancia del violín y el ímpetu del trompón...: con tan humildes herramientas se edifica un monumento salvífico, perpetuado en ese encanto vivificador que dimana, con agilidad y holgura, del suave hontanar de tus creaciones.

Y llegamos al Requiem... Mozart moribundo, Mozart ya cercano al augusto cielo, merecido firmamento, cabal retribución por esa felicidad descomulgada con cuyo resplandor ha obsequiado, liberalmente, a la humanidad... En el entristecido umbral del óbito acaeció un fenómeno extraordinario: como si se tratase de una leyenda ancestral, que ni en los mitos babilonios, ni en las historias de los griegos, ni en el lecho de Leonardo, ni en el féretro de Donatello, se habría emulado, y que ni Homero, ni Virgilio, ni Ovidio, habrían conseguido imaginar, Amadeus forjó su pieza más seráfica poco antes de abandonar este valle de lágrimas y esta llanura de sueños. Es en ella, es en esa obra inmortal, donde comparece un deseo inmarcitable, rosa por todos y en todas las edades implorada y divulgada: el ansia de coronar las empíreas y cálidas alturas del amor, de la belleza y de la sabiduría.

¡Repose en paz quien brindó al orbe el astro de una insondable infinitud saciada de hermosura!

¡Oh música, que irradias nuestros sentimientos más profundos a la inmensidad del cosmos, mediante palabras luminosas que urden el lenguaje de lo eterno!

Del inagotable tesoro que nos ofrece la música clásica, oso proponer escuchar a Bach si buscamos profundidad, mística y fervor en el espíritu, para así coronar las más bellas, armónicas y piadosas cotas de éxtasis religioso; a Mozart, si nuestro anhelo estriba en degustar alegría, equilibrio y luz; a Beethoven, si el corazón suspira por descubrir el verdadero alcance del sentimiento humano... De ellos nace la santísima trinidad de lo sublime: la *Pasión según San Mateo*, la *Flauta Mágica* y la *Novena Sinfonía*.

*

Ávido de hermosura, de bondad y de sabiduría, contempla Athanasius los cálidos portentos que circundan su alma en esa eterna ciudad de Roma, así como los prodigios que ornamentan los verdes prados de su amado Lacio, por cuya luminosidad vaga en días bendecidos por el dulce refulgir del Sol. ¿Acaso no constituye este sonoro espectáculo una viva prueba del poder salvífico que esparce la belleza? ¿No nos enaltecen esos momentos efímeros bajo cuyo amparo embriagamos nuestros sentidos con las maravillas que exhala el arte y disemina la naturaleza? ¿No atisbamos la plenitud? ¿No vislumbran nuestros ojos luces que muchos filósofo han concebido como irisaciones de lo absoluto? ¡Roma, Lacio, Italia...!, hijas predilectas del Renacimiento, sedes de la beldad más excelsa que ha forjado nuestra stirpe en su fatigoso caminar por las esquivas sendas que tejen la historia...

Athanasius: *Miro a Italia en mi desconsuelo,
y mi mente se sumerge con innumerable gozo
en esas doradas calles y en esos egregios templos.*

*Una luz, profunda y soberana,
inunda de sosiego mi ser ansioso,
redimido ya de la intensa aridez del pesimismo,
y rescatado de la gélida y punzante amargura
que infligen la soledad, la nostalgia y el conformismo;
pues me interno en esas maravillas del arte y de la alegría,
tributos que colman las briosas ciudades del Renacimiento
con su hálito saciado de pujanza, sugerencia y valentía.*

*Mis ojos se habían oscurecido
ante los vívidos colores del Sol y de la Luna,
y habían olvidado degustar
el néctar de la desmesura;
entristecidos se hallaban ya
por esta aciaga historia de lágrimas y dolores,
mas dirigí la vista a los siglos pasados,
en busca de la verdad sobre los venideros,
y encontré en Florencia, en Roma y en Venecia
un pináculo de esperanza jamás parangonado.*

*Me dispuse a franquear esos áureos pórticos
que me invitaban al universo de la belleza suma,
para penetrar en esas deslumbrantes iglesias
que anegaban mi alma de felicidad y de hermosura.*

*Se ausentó la desdicha que amustiaba mi espíritu
cuando se volcaron mis sentidos
hacia la beldad más elevada,
hacia esa belleza límpida y generosa
que se condensa en las insignes urbes italianas
del Lacio, del Véneto y de la Toscana;
soñé con la pureza de esos días jubilosos,
a cuya aurora el fulgor de los dioses
resplandeció con tal poder,
con tal fusión reciedumbre, aplomo y maestría,
que en la clemencia de su coruscar,
bienaventurado, manso y deleitoso,
se enjugó todo viso de agonía.*

*Vi a Miguel Ángel, a Rafael y a Leonardo,
y fue el hechizo seráfico de la vida,
el más verde y terso de los árboles
que engalanan el jardín de las delicias,
lo que transfiguró la agrietada faz
de mi pensar y de mi sentir,*

*reconfortado ya al palpar,
con sus pulcras alas posadas
sobre la frágil gloria de mi ser,
los logros más suntuosos
de esa edad exuberante,
al son de cuyos astros ruborizados
se hospedó, sobre nuestro mundo efímero,
lo que antes se nos antojaba
un vedado patrimonio de los ángeles,
y los destellos de un cosmos primaveral,
cromado de plenitud, sobrecojimiento y fantasía,
tonificaron nuestras otrora lánguidas ilusiones
con la claridad de mármoles y alabastros
que baña su furor
y con los rayos de su abrumadora energía.*

*¡No cese nunca de adorar
ese torrente de pasión invicta
que han legado a nuestros corazones
la sangre y el fervor del Renacimiento!,
y jamás renuncie a desbordar
el vasto reino de mis anhelos
con ese ardor, dulce y suave,
que desprende el bálsamo
de sus siglos salvíficos,
para abrasar mi voluntad y mi razón
con la belleza, el bien y la sabiduría,
fuego piadoso, benéfico y creador,
tridente con honor entronizado
en ese sitial beatífico que custodian,
con hondo y abnegado celo,
las rebosantes ciudades de mi amada Italia.*

*La esencia de esa flor inmarchitable,
cultivada con esmero y prominencia
por los genios inmortales del Renacimiento,*

*sanará, desde la paz de su aroma, toda herida,
y su fragancia desterrará toda apatía.*

*También esta noche brillan con desnudo
las miríadas de estrellas que nos envuelven
bajo el tierno bordado del firmamento;
también hoy riegan sus gotas de luz
el hermoso cáliz de la fantasía humana;
mas jamás reverberó con tanta entrega
la diáfana luz de la bóveda celestial
como en esos siglos que condecoraron
el Renacimiento y su fresca y añorada estela...*

*¡Oh surtidores de entusiasmo, devoción y belleza!:
cuando la acorazonada pasión de las alturas
embargue mi imaginación y conquiste mi deseo,
me trasladaré a esa época imperecedera,
y me acogerán las cálidas brisas de Italia,
para que navegue junto a las joyas de Venecia
y camine sobre sus aguas evocadoras,
y me embrujen los tesoros que prodiga Roma,
y me encandilen Florencia y su grandeza divina,
y acaricien mis manos, ávidas de delicadeza,
el límpido rostro de la pintura
y las sedosas sienes de la poesía,
e inhalen ese aire numinoso, cuyo fluir inspira
la magia del Renacimiento y de su ambrosía.*

*¡Anégame con tu exuberancia,
sagrada luz de la belleza,
y rocíame con rosas de sueños y ramos de anhelos,
con un sentir infinito y un amor desbordado,
espinas de hermosura que agujijoneen mi ser
y siembren el fervor por la naturaleza!*

*Vagaré como eterno peregrino
por esas doradas sendas de Italia,
y la música que tañen los ángeles
transfigurará mis oídos,
mientras contemplan mis ojos
ese poder misericordioso
ese espíritu de barniz divino,
que los genios desvelaron
en el alba y la majestad del Renacimiento.*

*Extasiadme sin miedo,
hialinos destellos de un mundo
que mis lágrimas presagian,
y viva siempre en esa morada tierna,
donde los llantos emanan hermosura,
y de toda tristeza emerge
el haz de una felicidad sincera,
la alegría que es hija de la hondura,
y venera en las maravillas del arte
la grata rúbrica de lo imperecedero.*

*

Sin embargo, cuando la cotejamos con la hermosura viva, con esa beldad encarnada en un rostro, en un cuerpo, en una mirada que cruje de misterio, pasión y enaltecimiento, la belleza del arte palidece para los ojos insondables que enguirnaldan cada faz. Ni la mayor creación del espíritu estético de la humanidad emularía nunca esa magia, ese don indescriptible que nos otorgan contemplar y palpar, con nuestras propias y trémulas manos, una belleza cristalizada en un individuo, vivificada en un mundo que se alza frente al mundo, personificada en un universo rebosante de deseos, pensamientos y evocaciones cuyo alcance excede, en cúspides de poder y en cumbres de fascinación, las cimas del silente cosmos de nuestras obras. La belleza que siente, anda, sufre y declama quizás no posea la grandiosidad de las pirámides, del Partenón o de la Capilla Sixtina, pero para cada uno de nosotros, para ese reino recóndito del que nos erigimos en dueños, resplandece como el tesoro

más hermoso y como la fuente más profunda de nuestra felicidad... Nada, ni siquiera versos inmortales de la poesía o verdades eternas de la ciencia, saciará tan hondamente nuestro anhelo de plenitud y entrega como un abrazo que transparente la más noble sed de amor...

Voz ansiosa: *Toda un alma,
y la más hermosa de las almas,
exhala su furor a través de ese cuerpo.*

*¡Oh belleza viva e íntegra, yo te admiro!
Desde que te contemplé por primera vez,
mis tímidos ojos dormitan hoy, absortos,
ante ese don, ante esa escultura tierna,
de suaves, elegantes y armónicos perfiles,
que se ha alzado, majestuosa,
frente a una mar mullida,
iluminada por los pujantes rayos
de un Sol invicto, cuya voz canta a la pasión,
a esa sensualidad tan límpida,
tan noble y tan placentera
que ha conquistado mi fantasía.*

*Me ha bastado observarte un instante
para nutrir por milenios mis sueños
con la calidez de tu roce
y el eterno gozo de tus caricias.*

*Eres equilibrio, medida, concordia;
todo en ti contribuye
a exaltar la maravilla de la vida,
el encanto de una carne
cuya ductilidad redime
la soledad que entristece mi espíritu.*

*Del norte o del sur,
de lo alto o de lo profundo,*

*de estrellas nacientes o astros declinantes,
de cualquier gloriosa rama
de cuyo vigor brote esa rosa
esbelta, ondulosa y andante,
haz de pétalos salvajes
que aquel día inolvidable
insuflaron en mi ser
su aroma santo y voluptuoso,
don que aún hoy me extasía,
yo te venero,
forma inmortal hecha carne,
convertida en proporción,
en fuerza,
en brío fragante,
en ansia,
en rocío de amabilidad y de candor;
en cabellos insondables
que fascinarían a un ángel celeste
con su dorado brillo chispeante;
en un tronco robusto para sostener
el dolor de tantos que sufren;
en una mirada que sólo revela bondad,
con pestañas bañadas
de la más espléndida juventud,
y pupilas de centelleantes colores
que me otorgan esperanza...*

*¿Cuándo te veré de nuevo?
¿Cuándo exultará mi corazón
ante tanta belleza descendida a mi mundo?*

*Como una fugaz sombra te desvaneciste;
como un soplo efímero de un viento sagrado,
obsequio de dioses henchidos de conmiseración
hacia mi anhelo de vitalidad, de fervor, de sentimiento;
como gratos heraldos de lo inefable
se han marchado tu faz y tu hálito...*

*Ni tu nombre conozco,
pero tu porte seráfico
morará por siempre
en esa cripta recóndita
donde yace, entronizada,
la flor de mi reminiscencia.*

*Una humilde brizna
que reflejara tu belleza
alimentaría mi imaginación
en un amanecer imperecedero...*

Voz profética: *¿Quién me hace sentir las caricias del cielo?*

¿Quién disipa mi amarga soledad con su sonrisa?

¡Oh ángel descendido a la tierra!

¡Oh bondad con rostro de entusiasmo!

*¡Oh ternura inagotable
que sólo me transmite pureza,
paz y generosidad!*

*Quieran los dioses
en su olimpo de grandeza
concederme un único deseo,
un anhelo tan profundo y desbordante
que llega a las esquinas del universo:
mientras surque las sendas del existir,
mientras me arroje la vida
con su hálito de misterio,
no me separen nunca
de un alma que me hace vislumbrar
la morada de lo eterno.*

*¡Oh alas que revoloteáis
las esferas del futuro!,
no os olvidéis de mí,
no me alejéis de este corazón puro
que me envuelve con su delicadeza,
de esa mirada de claridad
que me perfora con su celo,
de ese sagrario infinito
donde yo palpo las huellas
de un amor imperecedero.*

*Y yo elevo mis cánticos más sinceros
a quien merece toda alabanza honesta,
porque me otorga
el más bello de los dones
a que puede aspirar el hombre:
bondad, alegría y pureza.*

Voz de gratitud: *Vive en su rostro esa luz de ternura
que serena mi faz entristecida
con su entusiasmo y fuerza engrandecida;
bálsamos de mi sed y mi amargura.*

*¡Cómo brilla en sus ojos la dulzura,
y en esa franca mirada imbatida
palpa el corazón la huella enardecida
de quien sólo busca la bondad pura!*

*¿En qué otra alma mi ser encontraría
un espejo de anhelos e inquietudes
que inflame mi pasión por la alegría?*

*Sólo tu flor de paz exhalaría
la brisa que me llene de virtudes;
sólo tú y tu hambre de sabiduría.*

Athanasius: *Te abrazaría ya mismo;
me abalanzaría sobre ti
como la luz sobre una sombra ansiosa,
y apagaría el brillo
de todos los astros,
para que sólo tu fulgor
iluminara el firmamento.*

*Y amanecería entonces el dios
que vela por lo eterno,
y se extinguiría todo concepto
cuan arroyo que desemboca
en océanos inescrutables,
y proclamaría la dicha de amar
como meta de la vida,
y perecería toda angustia
fundida con la llama de mi anhelo,
y sería el ser puro,
el pensamiento que se piensa,
el amor que se ama,
pero en un espíritu nuevo.*

*Somos nosotros
el nuevo cielo y la nueva tierra,
y de mis manos brota
un deseo infinito
que busca cumplimiento;
ni en las cimas del absoluto
se saciaría mi voluntad:
he nacido para sondear
provincias que nadie ama,
altares que nadie entiende.*

*¡Oh felicidad de quien se afana
en coronar las cumbres prohibidas*

*y en tallar desde su amor
la faz del universo!*

*¡Oh poema nunca escrito,
oh idea jamás explorada,
oh verdad no descubierta!,
¿no aleteáis, inquietas,
en mi corazón?*

¿No me fustiga vuestro silencio?

*Posad vuestros pechos en mí,
criaturas sedienta del dolor ajeno,
porque en mi mundo todo cabe,
y en él se consume
la unión de todo opuesto;
y mi sufrir es paz
en inmensidades empequeñecidas
frente a este poder creador
que me invade con su celo.*

*

Quien busca el amor, la sabiduría y la belleza; quien enfoca todas sus energías hacia el descubrimiento de rosas inmarchitables; quien aprende a entregarse a un universo puro, libre y abnegado, conquista esa alegría serena ensalzada por los grandes místicos y ascetas de todas las edades y culturas (“No son las armas las que vencen los ánimos, sino el amor y la generosidad” –Spinoza, *Ética* IV, cap. 11). Ascende a la cima del Carmelo de lo incondicionado, donde se perfila la felicidad plena. Allí, situado en esa cúspide de bondad, desasido de cualquier apego hacia el poder, la riqueza y los honores que prodiga el mundo, lo envuelven las brisas sagradas de esa santa y bella indiferencia hacia todo fin que no transparente limpidez y altruismo. Su alma individual yace absorbida por las nubes invisibles de una meta inagotable, capaz de unir los corazones de todos los hombres y mujeres. Su rostro irradia claridad, y lo posee una sonrisa perpetua que también dulcifica a los espíri-

tus más endurecidos, pues su chorro de luminosidad derruye toda coraza, y ya sólo sirve al infinito reino de la generosidad. En todos los jardines encuentra flores inmortales, e incluso cuando se halla inmerso en severas oscuridades, palpa destellos resucitadores de la más hermosa y diáfana de las luces. Después de toda tragedia, vislumbran sus ojos el eterno triunfo de la magnanimidad. Su faz desprende hondura. El grato cielo de la inocencia lo abraza con sus blancas alas, y sólo prima un azul magnífico y ubicuo, fuente de resplandor inextinguible, faro que evoca la presencia de ese paraíso divino anhelado por todos los deseos cuya savia exhale profundidad y esparza atrevimiento. Su mirada destila paz, y en cada uno de sus gestos y palabras intuimos las gráciles melodías de la belleza auténtica y de la trascendencia verdadera.

VIII

Magna e inescrutable historia

Al mirar a la prehistoria y a la historia, ¡qué estremecimiento se apodera de toda alma sensible! ¡Cuánto sufrimiento, cuánto esfuerzo, cuánta ansia de vida diseminada, sello de nuestra esperanza presente! ¿Cómo no entonar una eucaristía cósmica, una muestra de gratitud hacia nuestros ancestros? ¿Y cómo no emocionarse ante las grandes mentes del pasado, ante esos pináculos de audacia, inteligencia y plenitud que nutren los caudalosos ríos del acontecer humano?

Ávido del conocimiento y del consuelo que ha de brindarnos un pasado siempre sugerente, Athanasius dirige sus pensamientos a la historia y a los líderes hegemónicos que han definido sus desconcertantes sendas. Mas ¿no desasosiega, y de un modo inenarrablemente profundo, contemplar esa hilera aséptica de siglos, esa galería de civilizaciones, esa concatenación de guerras y de glorias?

¡Qué vértigo produce asomarse al abismo del pasado, a esa realidad difuminada irrevocablemente! ¿Tras qué disfraz se oculta todo ese tiempo ya desvanecido? ¿Acaso puede lo existente dejar de existir de manera súbita? ¿No se integrará todo en un ciclo inderogable, en cuya abnegada dinámica todo persista? ¿Cómo comprender el tiempo en cuanto dimensión? ¿Dónde los anhelos apergaminados en lo recóndito de la voluntad; dónde los sueños, los gozos, las desdichas, el apego a la belleza y la efusión de amores que se gestaron al amparo del mismo sol que hoy segrega su luz centelleante sobre la frialdad de nuestros cuerpos? Circula por nuestras venas su sangre, y las ruinas y demás vestigios imponentes que nos han legado esas grandezas marchitas tan sólo constituyen minúsculas porciones de unos restos mucho

más vigorosos, densos y resonantes que hoy fluyen por nuestro espíritu y vivifican nuestra carne.

Sí, somos el pasado que mora también en nosotros, y si nos sobrecoje volcar la vista a lo pretérito, quizás se deba a que nos conmueve sondearnos a nosotros mismos...

Athanasius: *¡Yo quiero respirar el arte y palpar la historia!*

*Pirámides, templos, catedrales...,
enhiestos vestigios de anhelos inmortales,
yo ansío imbuirme de vuestra pujanza evocadora,
y sufrir con las desdichas de quienes ya no profieren
clamores de justicia y súplicas de misericordia,
para recoger el testigo de esa voluntad indómita
de entender, de sentir y de crear
que surca las embravecidas olas de la historia.*

Nietzsche: *¡Oh historia!,
¡arcano palimpsesto de recuerdos!;
¿qué poder te guía,
qué viento empuja tus naves
y qué ondas balancean tus creaciones,
si no son ímpetus volcados hacia el poder,
ansias descomedidas de dominio:
esa voluntad irredenta de avasallar,
de poseer,
de gobernar,
de asir, en la pudorosa fragilidad de las manos,
la precaria totalidad del firmamento?*

*No es el casto amor tu nutriente,
ni esa belleza pura y escondida
a cuya suavidad cantan los poetas:
es el poder ingrato e insaciable,
es un abrumador delirio de grandeza...*

*Yo no creo en la humanidad:
yo amo la luz que superará mi stirpe
e inaugurará el crisol de un nuevo cielo
aposentado sobre esta fatigada tierra;
su aurora borrará la flaqueza del hombre,
y despuntará el sol de un linaje
heroico, robusto y flamante,
cuyos vástagos regirán los cauces del ser
y encenderán el noble fuego de la verdad.*

*Cuando este superhombre
se eleve, con alas de gloria y majestad,
sobre la sagrada bóveda del bien y el mal,
coronará la más hermosa libertad,
y beberá del más bello cáliz que cautivó
la vívida flor de la imaginación estética...*

*Sus obras desbordarán todo límite,
y sus deseos humillarán
el orgullo de las palabras
y la altivez de los conceptos.*

*Sólo brillará la voluntad;
el límpido poder de unos anhelos
que a nada sirvan:
tan sólo a propagar
la incontenible fuerza del deseo.*

*Mi desdichada humanidad
culminará la cima del Olimpo,
y expulsará a esas deidades
que secuestraron su sentimiento
desde la más remota antigüedad;
despeñará todo atroz vestigio
de sumisión a lo ya marchito,*

*para alzarse, ufana, bella, poderosa,
sobre los restos de un cosmos fenecido...*

*¡Qué sereno y propicio será el aire
respirado desde esas recias cúspides;
qué dulce y recóndito todo aroma,
qué tierno todo presagio,
qué pujante todo sueño!*

*Se contemplará la tierra
con ojos puros y piadosos,
auspiciados al trono de un corazón valiente,
amante de la vida
y victorioso sobre el dolor.*

*Como débiles riachuelos
arrumbados en la lejanía
correrán las memorias
de nuestro antiguo sufrimiento...*

*Sólo florecerán el coraje,
el fervor,
la felicidad hoy desertora;
la alegría de quien descubre
una morada ajena al miedo,
una patria de entusiasmo,
un vergel de posibilidad absolutoria...*

*¡Dividid pues la historia!
¡Parcelad el ser y el deseo!
¡Retad el tiempo y desafiad al Creador!
¡Devenid en el nuevo Prometeo,
en esa fuente de eterna juventud
que dore toda oscuridad
y purifique todo sueño!*

*¡Convirtámonos en padres de una humanidad
apegada al sentido de la tierra,
cuyo brioso árbol reverdezca
en la vasta planicie de la vida,
bajo el bello sol de la libertad,
a quien nada ni nadie constriña,
privada de desdenes, gozos y angustias,
partícipe de la constancia de la eternidad,
y tonificada por los ciclos recurrentes
que trenzan el sabio e indómito bordado
entretejido por nuestra temporalidad!...*

*He aquí el incuestionable triunfo del hombre
y la muerte de todo arcaico ídolo;
ya se acercan el crepúsculo de los dioses
y el ocaso de la humanidad;
resuenan ya los tambores
de un ejército imbatible
que conquistará un mundo nuevo:
es el alba del superhombre...*

*Sus estrellas, caprichos astrales
que materializan profusiones de sueños,
diseminan rayos creadores
y derraman lazos inundados de esperanza:
su luz obliterará toda tribulación
acaecida en los siglos ya desvanecidos...*

*¡Oh fuerza del olvido!,
tú nos rescatarás de la sutil prisión
del pasado y del presente,
y todo amargo vaticinio sucumbirá,
noblemente preterido,
ante la belleza que exhala el futuro,
ante la hermosura de una estirpe
despojada de agrias cadenas:*

*de un hombre divinizado
y de un dios sacrificado
en el altar de la creación.*

*La única reminiscencia
señalará la frescura de la vida,
de una tierra que suscita
el dulce don de la pasión,
de la entrega y de la energía.*

Nietzsche, afligido Nietzsche, hijo de soledad y desamparo... Por un lado nos fascinas, al contemplar cómo encarna tu rostro el prototipo del hombre: alma sumida en abandono, espíritu ansioso que vaga por las sendas de la vida en busca de una verdad inalcanzable y desbordante, mientras las alas de su imaginación revolotean sobre la belleza de unos Alpes dotados de fecundas evocaciones, al son de cuyas brisas su inteligencia cavila sobre el eterno retorno a lo mismo y el advenimiento de la nueva humanidad. Pero su indolencia, su desprecio por los esclavos, su animadversión hacia todo aquello que refleje derrota, parálisis de la voluntad, negación del yo, servidumbre..., ¿no nos lacera profundamente? No logramos entender cómo un pensador de su talla, cómo una mente de su brillantez, de su genio, de su pujanza para regir los destinos de la creatividad filosófica, se reveló incapaz de enternecerse ante la honda tragedia de un ser humano impelido a sufrir, a abajarse y a besar el polvo y los arquetipos de la Tierra si quiere descubrir su auténtico corazón...

¿Y si yo amara el sufrimiento? ¿Y si en esta devoción por esos ojos que transparentan injusticia, abatimiento y fragilidad alumbrara mi ser el sueño más hermoso: el del verdadero superhombre, el de un espíritu lo suficientemente grandioso, impávido y solemne como para verter las lágrimas más vigorosos y enaltecedoras que jamás se hayan deslizado por las cálidas mejillas de la raza humana; llantos tan esclarecedores que forjaran, por sí solos, un futuro recamado de nobleza, confianza y magnanimidad?

Voz ansiosa: *Yo no puedo dividir la historia:
mis lágrimas secuestran mi vigor,
y atrapa mi soledad el tridente de mis sueños.*

*Los árboles no cesan de crecer,
y palabras dotadas de verdad y saciadas de belleza
enaltecen el cosmos con su alcance;
pero mi corazón yace condenado a sufrir,
a contemplar el más hermoso de los cielos
en noches fulgurantes, serenas e inspiradoras,
y a gozar con el vislumbre redentor
del eterno templo del conocimiento,
mientras su impotencia retiene, sin piedad,
toda fuerza, todo entusiasmo, todo deseo
en el angosto valle de mi presente efímero.*

*Yo soy mi soledad,
emblema de facés maceradas,
y en mi interior no penetran
los aromas de ninguna fragancia salvífica;
cultivo el diálogo
y venero la delicadeza,
mas ásperos vacíos me encarcelan,
enlazado a dédalos
de nostalgias entrecruzadas...*

*¡Ojalá me conquistara un amor auténtico,
y en la magia que irradia todo sentimiento
descubriera mi alma destellos de valores insondables
que sanaran esta vida de oscuridad, abandono y egoísmo!*

*Su luz me ofrecería un mundo nuevo
para explorarlo con heroica valentía
en cada agudo y sugerente amanecer
transido de esperanzas y de anhelos;
en cada don bañado de claridad
que alborea en los ecos primordiales de los días:
en toda aurora aún consagrada a mi existencia...*

*Sólo en el silencio más profundo,
sólo cuando el alma de todo verbo exhala*

*sus efluvios más íntimos, honestos y puros,
corona nuestro ser las más nobles cúspides,
y siente la vastedad de la Tierra
empequeñecida ante sus regios pies,
como arrodillada frente al señor del universo,
postrada ante la imaginación
de quien se halla ahora entronizado
en la dorada sede de la fantasía;
sólo entonces se humilla la historia
y se enternecen el espacio y el tiempo;
sólo entonces reverdece nuestro espíritu
y brilla la dulce luz de la felicidad.*

Voz piadosa: *El esfuerzo de innumerables criaturas,
la conjunción de astros recónditos,
los sueños de incontables hombres,
parecen disolverse
en una vastedad innominada,
extintos
como el eco de un grito en el acantilado.*

*Pero todo contribuye al despliegue del ser,
a la realización de lo posible
en las sendas del tiempo,
al desarrollo del universo.*

*¿No evocan las desdichas presentes
el arduo ascenso
al divino cielo de la perfección?*

*Todo pensamiento y toda acción,
toda obra de la naturaleza y del espíritu,
hijos de un mismo ser,
graba su huella inalterable en lo universal...*

*Miríadas de luces iluminan el vacío:
es el triunfo del ser sobre el no ser,
es la corona del destino.*

*Hechos, no palabras,
cincelan lo absoluto.*

*Es el mazo que derruirá lo antiguo
sin desecharlo,
pues esculpirá la piedra
del espíritu supremo
desde la materia bruta y agostada.*

*En el silencio florece el pensar,
y es en la acción donde fructifica.*

*Mas el hombre es también palabra,
palabra que ha de servir
al pensamiento y a la acción.*

*Quien conoce su estructura y sus leyes
descubre ese plan invisible,
y aprende que su libertad
no es accesoria,
sino entraña de un mismo y vasto proceso,
de la gran Biblia de Dios
en el inagotable libro del mundo,
receptáculo de la verdad.*

Voz profética: *Dios ha muerto;
¿y si ya hubiera resucitado?*

*

Contemplado en retrospectiva, todo rebosa de claridad. Cualquier hito se despoja de misterio, todo dolor se desvanece de la historia, todo mérito se evapora y todo descubrimiento, todo acto heroico, toda destreza inusitada, toda hazaña digna de los más pujantes y evocadores calificativos...; todo, en definitiva, se nos antoja sencillo: un elemento aditivo, armoniosamente integrado en esa gigantesca línea recta que hilvana la gran trama de la ciencia, del arte y de la sociedad.

El arrojo que tantos hombres y mujeres tributaron a resolver un problema cuya elucidación ahora nos parece obvia, o a explorar territorios hoy perfectamente inspeccionados por los ojos avizores de la civilización y de la técnica...: ese ingente caudal de vicisitudes insospechadas que han atravesado las empresas más nobles y esperanzadoras enarboladas por el género humano, ¿no pierde, inexorablemente, su halo místico? Sólo unos pocos se muestran capaces de adquirir conciencia del inmenso valor que entrañan determinadas conquistas y logros de la Antigüedad. Para quienes viven apegados al presente y, sin renegar de sus inocultables raíces pasadas, no llegan a interiorizar la verdad tan profunda y desconcertante de que algunas de las gestas más enorgullecedoras protagonizadas por la raza humana obedezcan al arbitrio, al azar y a la voluntad, ese hecho, esa evidencia indisputable de que nos moldea el barro de lo indeterminado, accidental y gratuito, carece de importancia. Para ellos, todo desprende luz, limpidez, inteligibilidad, cuando la historia no la forjan el mármol y el rocío de una razón siempre triunfante, sino el sudor y la sangre de lo incomprensible...

¡Y con qué facilidad destruyen el odio, la ignorancia o la ceguera de la naturaleza esas perlas que con tanto esfuerzo labran las manos del hombre! Construir una cultura lleva siglos o milenios; sepultar todo un mundo es cuestión de minutos... Una civilización sólo prospera si, además de expandir nuestras energías materiales con el conocimiento y la técnica, aprende a ampliar nuestras fuerzas espirituales, la audacia de creer en nosotros mismos.

*

Larga es la senda recorrida por la humanidad. Conmueve pensar en tanto dolor, en tanta soledad, en tanto sinsentido. La mano celeste nos abandonó ya en los albores de los tiempos, pero nuestra estirpe alzó siempre los ojos

y extendió el brazo para proseguir y crecer, para experimentar y descubrir, para enaltecerse y difundir el poderoso bálsamo que esparce su creatividad...

En ningún lugar se respira el inquietante viento de la historia con tanta intensidad como en Egipto... Oloroso o aterrador, severo o absolutorio, su aroma, el perfume inconfundible que exhala el limo egipcio, nos revela nuestra inmensa pequeñez, nuestra inextricable imbricación en una hilera de siglos y en una cadena de ambiciones, y nos conmociona hondamente. Ese ibis que encarna la sabiduría cuando sumerge su pico en las doctas y fecundas aguas del río Nilo, en ese manjar que cada año inunda Egipto con la bella y floreciente savia de la vida, evoca la fusión entre lo terreno y lo celeste: la armonía de un equilibrio natural que los egipcios se afanaron en reproducir en su dilatada pero estable historia. Su soplo mesurado definió también los esquivos cánones del *Duat*, de ese mundo de ultratumba a cuyo juicio todas las almas se hallaban abocadas. La vida eternamente dichosa, los perennes gozos epagómenos, sólo se ganaría si, en la sobria balanza de la justicia, ante ese insobornable tribunal de graves deidades presidido por Osiris, el peso del corazón difunto lograba ponderarse con la sutil y hermosa ligereza que baña la pluma de *Maat*, cuya suavidad condensa el esplendor perpetuo de la rectitud.

Nuestras espaldas son demasiado frágiles para sostener el arcano peso de los tiempos: hemos de entregarnos a contemplar el enigma del desvanecimiento de las civilizaciones, de la génesis de nuevos pueblos y de la gestación de ilusiones inéditas. ¡Camina, oh historia, por donde lo desees, pues nunca de cesarás de cautivar a espíritus expectantes, estremecidos ante tu misterio, ante tu insondable, ágil e inspiradora grandiosidad...!

Voz nostálgica: ¿Cuánto dolor,
 cuánta injusticia,
 cuánto llanto no enjugado
 se consumió
 sobre las arenas de Egipto
 y junto a las orillas del Nilo
 para erigir estas pirámides
 y tallar la nariz de esta esfinge?

*¿Cuántas lágrimas regaron
las planicies de Giza
y las dunas de Saqqara?*

*¡Diáfana elegía que forjó
esos prodigios que ahora alabamos;
excelsa cosecha del sufrimiento
que impulsa los anhelos
de todo corazón humano!*

*Mas el agua de la vida
te roció con su espíritu,
y tú, ¡oh Egipto!,
¡oh grato don del Nilo!,
lograste lo imposible...*

*Tus silentes y áureas rocas,
el esplendor de tus templos
en Karnak, Luxor y Edfu,
la magia de tus bajorrelieves,
las sagradas ruinas que evocan
la majestad de tus ciudades,
de Menfis, Tebas y Amarna,
la sabiduría de tus papiros,
de esas doctas palabras reveladas
por Thot, escriba de los dioses,
y el arcano de tus tumbas,
¿no cantan la gloria humana
ya en sus orígenes recónditos,
en esa hora heroica
a cuyo albor despuntó
el sublime sol de la historia,
y saludó la pulcra luz del día
a la mano ansiosa
de la civilización,
al iris de la poesía?*

¿Dónde descansan tus dioses, Egipto?

*¿Dónde aletea tu escarabajo sagrado,
efigie de solemnes amuletos y de conceptos renacidos;
ese Jepri que condensa las fuerzas del devenir
en ciclos trenzados de auroras y crepúsculos,
de noches misteriosas y radiantes mediodías,
parábola del dinamismo inconcuso
que teje las vastas estelas del tiempo
y transforma la extensa planicie de la vida?*

*¿En qué mundo de ultratumba,
en qué carmíneo ocaso
que ningún amanecer sepulta,
reposan Amón,
el oculto dios de Tebas,
Ra, gran sol de Egipto,
primicia del Nilo,
perenne claridad
de quienes aspiran a lo eterno,
laborioso escarabajo al alba
que auspicia al astro
victorioso al mediodía,
inescrutable alfarero de luz
en los dominios del atardecer;
Isis y Osiris,
Seth y Nut,
Ptah,
el de hermoso rostro
que crea por la palabra,
Hathor y Taueris,
Atón y Anubis?*

*¿Quién eres en verdad,
Horus poderoso
que sobrevuela las dos orillas,*

*triunfante sobre sus enemigos
en el jubileo de su gloria,
señor de las brisas más puras
y de los cetros más audaces?*

*¿Son tus alas las estrellas
que conversan en tus cielos,
y tus labios las piedras
que rememoran tus hazañas?*

*¿Adónde voló ese caudal de fe,
ese fervor que aún hoy nos sobrecoge?*

*Destellos suyos resplandecen
en tus tumbas y en tus templos,
en los Textos de las Pirámides,
en los jeroglíficos de los sarcófagos
y en el Libro de los Muertos,
mas se perdió por siempre
esa hermosa mirada dirigida
hacia las moradas de Occidente,
allí donde el fiero ocaso
abraza al fatigado Sol
que desciende, osado,
a las profundidades de la Tierra,
para renacer en mística aurora
y derramar la piadosa luz de Tebas,
el chorro de sabiduría prístina
que vivificó tu fértil flor
y multiplicó, en sus corolas,
el noble fulgor del mediodía,
¡oh Kemet!, ¡oh suelo primordial!,
¡oh arcilla tonificadora
bañada por las linfas del Nilo!*

*Has maravillado con tus colores,
con tus frescos y dorados valles
nutridos por las aguas del Nilo,
a un sinfín de generaciones,
a toda alma ávida de contemplar
las cúspides de la belleza
y el santuario de la creación
que custodiaste tú, Egipto,
en los albores de la ciencia,
en la cuna de la civilización,
en la génesis de la conciencia.*

Sargón II:

*De Asiria soberano soy,
de su gloria y esplendor,
señor de los antiguos,
¡de vida y paz benefactor!*

*En la prosperidad de mi reino,
en la continua ampliación
de mi dominio terrenal
sobre los pueblos colindantes
con las proficuas riberas de Akad,
anhelé conquistar y gobernar
un vasto y bello imperio,
pero también otorgar
a todo pueblo subyugado
por mis cadenas de honor
y mis flores de terciopelo
una ley, un entendimiento,
un código y un derecho
que unificasen a la humanidad.*

Voz nostálgica: *¡Grandeza de Nínive!
¡Quién pudiera penetrar
en esa legendaria biblioteca
del rey Asurbanipal,*

*cuyos anaqueles contenían
la áurea y venerada cima
del saber de ese remoto tiempo,
de esa noble y lejana edad
volcada hacia valores fenecidos!*

Asurbanipal: *¿No soy dueño de auroras y de ocasos?*

*¿No es a mí a quien cantan las primaveras
que adoran al Sol de Mesopotamia?*

*Soy guardián de los sagrados cauces del Éufrates,
protector del arcano poder del Tigris,
señor de Assur, Harrán y Nínive,
constructor de constructores,
quien invoca a los eternos rayos de la sabiduría
para que viertan su furor
sobre el receptáculo de Asiria,
crisol de imperios,
león cósmico de radiantes melenas,
fuerza colosal,
conquistadora de reinos inmortales
que creían destronar al dios del tiempo...*

*¡Oh Ishtar,
oh guerra que vivifica la faz del orbe
con la sangre de la audacia!*

*¡Oh temible Asiria,
oh verdad de ejércitos
que someten todo mediodía
bajo mi férula magnánima!*

Ciro el Grande: *Soberano del mundo soy,
del Oriente y del Poniente,
libertador de la execrada Babilonia;
¡yo brindo paz al universo!*

*En Persépolis, en Susa
y en las ciudades de allende
los confines del Creciente Fértil,
una concepción del estado
y una comprensión del poder
quise forjar con docta valentía,
para convertir los mundos
en retoños de la luz,
en vástagos del orden,
en enorgullecidos hijos de la unidad.*

*

De humildad y amor se hallan faltos los altivos corazones de todos los poderosos que han regido la historia con su férula, ensalzados en estatuas ecuestres, presos de sus sonoras y voraces ínfulas, enfermos de su agria y jactanciosa sed de gloria, ciegos fatuos ante la simplicidad amansadora que fluye delicadamente de los resortes de la vida. Rara vez se deleitaron con la dulzura del cántico de un ruiseñor, o con el suave movimiento de una mariposa que bate sus alas, o con las olas espumosas que mecen tiernamente el mar, o con las tenues caricias que prodiga un soplo de viento sobre la afligida faz del hombre. Pretendieron dominar, cubrir el mundo con su manto enmohecido y extender sus relucientes garras hasta las más recónditas esquinas de la Tierra, pero no siempre se afanaron en crear un legado digno de la familia humana. Sin embargo, desdeñemos todo resquicio de homeopatía cuando se trate de fomentar el crecimiento ético de la familia humana: lo mismo no se cura con lo mismo; la ceguera de la vanidad tan sólo se sana con hermosas y conmovedoras dosis de sencillez y de servicio. Mostremos humildad con los humildes y con los soberbios: a los primeros, les obsequiaremos con el regalo que merece su virtud; a los segundos, les brindaremos la mejor lección de su vida.

Convenzámonos de esta verdad: toda la riqueza, la potestad y el prestigio del mundo no valen nada en comparación con una idea y un sentimiento nobles, profundos y bellos.

Voz condolida: *Ansiado es triunfar, mas aleatorio,
en el frágil y efímero presente,
pues con indolencia aleja la mente
de cuanto no sucumbe a lo ilusorio.*

*¡Lloren los cielos si me vanaglorio,
y cuando sueñe con fama inminente,
con demudarme en astro coruscante,
desprendan su furor admonitorio!*

*¡Ábrase ante mí la pasión sincera,
que no busca victoria, sino amor,
fiel hontanar de dicha verdadera!*

*¡Ríndase mi anhelo ante ese clamor
de una voluntad santa, que venera
la honestidad con su límpido ardor!*

Voz de conmiseración: *Amas el poder y la gloria,
pero Dios vive
en la cruz de los que no cuentan,
y el amor verdadero sólo florece
cuando te entregas
sin pedir nada al cambio.*

La vanidad surca el vasto espacio de los siglos. Nuestra memoria lacera-
da la espolean la reminiscencia de glorias y la evocación de sus ambivalentes
epígonos, muchas veces de escaso aleccionamiento para nuestras almas. Ol-
vidamos a los pequeños, a los desheredados y a los desposeídos, cuyos espí-
ritus llevaron las riendas de las culturas, y cuyas fructíferas manos portaron
la antorcha que custodia nuestros más edificantes sueños. Ellos cultivaron la
esperanza en espléndidas ciudades que nos acogieran con amor, para que por
fin triunfase la dignidad en estas tierras de amargura, llanto y desolación. Y
es precisamente en el cuidado de los débiles donde brilla el sello de nuestro
progreso espiritual. A lomos suyos, la comunidad humana vence la ciega ne-
cesidad de una naturaleza que jamás ha oído pronunciar la palabra “justicia”.

Ojalá quienes son llamados “grandes” fuesen reconocidos por el resplandor de su servicio, de su amor y de su entrega, no de su poder, de su crueldad o de su soberbia. Ojalá emergiera una humanidad nueva, flamante entre lo nuevo, en cuyo corazón primara la fraternidad y no imperara la tiranía. Ojalá esas aguas retoñecidas que transportaran el hechizo de la juventud lograsen percolar a través de las tajantes piedras que entierran el entusiasmo y consagran la injusticia...

Alejandro Magno: *¡Cómo no propagar
los altos ideales de Grecia,
que los mismísimos labios de Aristóteles
le enseñaron a mi conmovido corazón!*

*¡Cómo no ensanchar
el noble espacio de lo griego,
y esparcir los pétalos
de sus más hermosas flores
desde Macedonia y el Ponto
hasta Fenicia y Egipto,
desde Siria y Mesopotamia
hasta Media y Armenia,
desde Persia y Partia
hasta Aracosia y Bactriana,
e inundar la recóndita India
con el fragor de mis ejércitos
y la docta estela de nuestra luz,
para así grabar mi nombre en la historia
con las doradas letras de los dioses!*

*Ambicioné crear un mundo níveo,
un pedestal tributado a la cultura griega...*

¡Alejandro Magno!, vívida encarnación de esa ambivalencia tan clamorosa que exhibe el triunfo... El célebre rey de Macedonia, hijo de Filipo II, expandió la cultura helénica hasta los remotos confines del Oriente, y alcanzó la India. Tras la brillante y colosal batalla de Gaugamela, conquistó el

vasto imperio persa y fundó nobles ciudades que aún hoy nos cautivan por su acervo y su belleza, pero se convirtió en rehén del ansia desquiciada de dominio, y se apoderó de su espíritu la arbitrariedad, esa locura incomprensible que lo indujo a quemar la sublime urbe de Persépolis en una noche de ebrios vicios. Sojuzgó a pueblos enteros, amasó riquezas inimaginables y por él se derramaron torrentes descomedidos de sangre irredenta: he aquí la contradicción ínsita a toda gran figura (“hay dos almas viviendo en mi pecho”, declama Goethe), más palpable aún en esas personas que han coronado la embrujadora categoría de “magnas”...

Para pensadores como Thomas Carlyle y Johann Gustav Droysen, en genios como Alejandro Magno resplandecería la más hermosa prueba de que las abrumadoras sendas de la historia las conducen las biografías de los individuos más sobresalientes. Sólo resuena su memoria, la reminiscencia de los grandes hombres y de sus fascinantes vidas.

Sin embargo, un gran hombre siempre esconde una pulcra e inconmensurable estela de legados de cuya virtud se sirve sin cesar; una infinitud de pequeñas onomásticas, casi obliteradas, sin las que no habría ascendido a esas egregias y relucientes cimas. El halcón de su luminaria se ha posado sobre pináculos robustos, y escaso mérito atesoran quienes se alzan en este mediodía, pues nos anteceden milenios repletos de esfuerzos, pródigos en sueños, rebosantes de una consagración honesta a la valerosa empresa del arte y del conocimiento. Todos somos ínfimos frente a la inmensidad del cosmos, capitidismuinidos ante el pujante furor que emana el universo. Nos asemejamos a gotas lánguidas y sollozantes que discurren por la solemne y rumorosa cascada del firmamento: a lágrimas que precisan del ardor y de la sensibilidad, de una compasión cuya energía brota de las fuentes más recónditas del secreto humano...

Voz nostálgica: *¡Alejandría, divina y eterna!...
Igualas a Roma en esplendor,
pero superas todas las urbes
que se alzaron en el pasado
y despuntarán en el futuro
gracias a la gloria de tu erudición,
a las cimas de esa belleza inmortal
que derrama la eterna luz de la sabiduría.*

*Tu nombre rubrica profundidad,
entendimiento y grandeza...*

*Monarcas lápidas,
Ptolomeos de Lago,
ascendencia de Cleopatra,
reina de Egipto,
guardiana de sus escarabajos dorados,
copa de hermosura
y cáliz de inteligencia...*

*¡Cómo no venerar
la áurea luz del Mediterráneo,
que desde Alejandría irradió fulgor,
los rayos de hermosos pináculos
de ciencia, alegría y pulcritud,
diseminados desde ese crisol de culturas
hasta los más remotos vértices planetarios!*

*¿Y qué palabras pronunciarán mis labios
cuando medite sobre ese parnaso empíreo
que floreció en vuestra fabulosa biblioteca?*

*Ese mítico y sublime paraninfo
que ofrecía doctas libaciones
en honor de la sabiduría humana,
¿no conservaba los elixires de la vida
y los néctares de los sueños?*

*¿No plantaron vuestros jardineros
el terso árbol de un conocimiento
capaz de fusionar toda tierra con todo cielo,
para elevar a los hijos de nuestra estirpe
hasta el sitial del firmamento?*

*Fueron sus níveos muros
receptáculo de la 'prisca sapientia',
anhelo de sumergimiento
en los mares inagotables
y en los jubilosos fastos de la ciencia;
el proyecto más humano
y a la vez el más divino,
en cuyo trono se aposentó,
con gratos retazos de frescura
y piadosos signos de complacencia,
la sagrada llama del amor,
haz rotundo que también exhala
el pujante fuego de la hondura,
el gozoso brío de la sabiduría...*

*Si con Tales se perfiló
la fascinante andadura griega
por las ascéticas sendas del entendimiento,
fue en Alejandría donde culminó,
con honor, fervor y pureza,
ese progresar egregio
que coronó las cúspides del conocimiento.*

*¿Qué verbos habrían declamado
Pitágoras, Empédocles o Sócrates
al contemplar a la serena Grecia
en la encrucijada de tantas tierras?*

*¡Volved, Apolo y Atenea
bajo el cielo cantado por Homero!
¡Resucitad, dioses fenecidos,
cumbres de la creatividad del hombre!*

*¡Hablad de nuevo,
deidades envueltas en el ocaso!*

*¡Susurra también hoy
el eterno secreto de la vida
y el suspiro de la perfección!*

*

Sí, rebosa de hermosura, inteligencia y esplendor el mundo clásico, olímpico de “entendimiento, medida y claridad” (Schiller), el ágora de Atenas, el fulgor de la filosofía, el legendario sol del helenismo, la magnificencia de Roma, la luz perdida de esa Cartago “rica y belicosa”, como la describiera Virgilio en *La Eneida*... ¡No cese nunca de fascinarnos su pléyade de sabios, su estela de artistas, su legado de intuiciones eternas que también hoy elevan a la humanidad! ¡Oh belleza imperecedera del Apolo de Belvedere y de la Venus de Milo!

Voz nostálgica: *¿Conseguirá mi añoranza
resucitar tu paz y tu alegría?*

*Ese poder suave que mistifica tu figura
me eleva a un firmamento
que creía extinto en lo recóndito.*

*¿Cuándo brotará el árbol tullido
de un mundo ya marchito
y de un equilibrio derribado?*

*¡Oh cielo límpido anegado de delirios!
¡Oh excelso reflejo del perenne amanecer!
¡Oh síntesis de medida, fuerza y armonía!*

*Extiende tus alas sobre este mundo lánguido,
esculpe también hoy
la pasión que te dio vida...*

*Radiante es la aurora que te bendice,
luz pura destilada de soles infinitos,*

*vanidoso sueño aquilatado
en la perfecta finitud de tu cuerpo,
cáliz de los dioses,
hogar de simetría,
regocijo condensado
en relaciones inmutables,
crisol de proporciones prístinas
que sólo revelan
la incesante recapitulación
del indómito todo
en la sedosa magia de la idea.*

Voz piadosa: *Te contemplo,
Venus cercenada por el olvido,
y mis lágrimas tallan tus brazos mutilados.*

*Mi sueño perdido te vivifica,
y el anhelo de perfección
que surca el océano de la historia
devora las profundidades de mi alma;
le dejaré componer con delicadeza
los fragmentos amputados de ese cuerpo
que un día glorificó lo ignoto
y ahora evoca amor, equilibrio y pureza.*

*Tu hermosura,
vivaz y luminosa,
serena los cielos.*

*Un verso apresurado
no cantará tu belleza.*

*Sólo el sosiego de un espíritu feliz
recogería tu grandeza,
espejo de alegrías inefables.*

*Despierta pronto,
regresa ya a la vida,
esperanza inmortal
tonificada en docto mármol:
la blancura de tu rostro
coronará esa victoria alada
que hoy yace sin nombre ni destino...*

Sin embargo, la historia no debe detenerse, pues hemos de continuar: han de proseguir los siglos y han de florecer los campos. No hay tiempo para que la nostalgia y el remordimiento de nuestros ojos exánimes miren hacia cielos ya desvanecidos, y rayos inmisericordes nos petrifiquen en estatuas salinas y en laudas sepulcrales. Sí, la senda es tortuosa y se debilitan las fuerzas, pero quedan milenios por delante. No, no puede immortalizarse el instante, por luminoso que se nos antoje, pues es nuestro deber marchar con firmeza y presura, henchidos de esperanza y colmados de valentía, encaminados hacia una ciudad misteriosa, hacia una cúspide ignota donde rendir la rosa de nuestro fervor a una belleza desconocida...

Aníbal: *¡Grandeza de Cartago,
bella hija de Fenicia,
pueblo de comerciantes
y estirpe de mercaderes
que propagó al mundo
canoras riquezas,
heroísmos memorables
y tersos esplendores!*

Julio César: *¡Que mi epíteto evoque el tiempo,
y mi persona el triunfo,
y en mi entero ser resuene Roma,
sólo mi amada Roma,
divino nombre inscrito,
con malvas letras
y palabras bronceínas,
en los sabios anales de la historia!*

Voz nostálgica: *Roma, eterna Roma,
evocadora Roma,
Roma de vida y deseos,
ojos dormidos y efigies desnudas
que claman por abandonar sus prisiones de mármol...*

¿Qué poeta cantaría tu belleza?

¿Qué filósofo entendería tu secreto?

¿Qué alma abrazaría tu amor?

*La muerte se desvanece ante tu luz,
porque arde en ti la historia
y flamean las glorias antiguas,
la pasión del Renacimiento
y esa hermosura que aún hoy
cautiva nuestro esquivo tiempo...*

*Sí, eterna eres;
incoan tus solemnes ruinas
galerías de foros, templos y coliseos,
la digna victoria sobre el presente,
y propugna el panteón de tu arte
la exaltación de toda reminiscencia.*

*No priman en ti noches ni días,
soles ni lunas,
albas ni crepúsculos:
tan sólo impera el fulgor
de esas ansias inmemoriales
que han esculpido
la estatua de tu majestad
y el busto de tu anhelo...*

*¡Eres vida, amor y entrega,
y nada me alejará
del poder de tu recuerdo!*

Atila:

*¿Qué alma de generosidad,
que ángel conversaría conmigo,
en cuyo rostro tan sólo contemplaría
la faz del más atroz de los asesinos,
despojado del sol de la nobleza,
privado del don de la sabiduría?*

*Mas los cielos conocen la verdad:
cultivé el fúlgido acervo de las letras
e inhalé el dulce aroma de la poesía.*

*Unifiqué a los nómadas hunos,
y los conduje, con valentía,
fuera de unas aciagas planicies
que desposeían a nuestros vástagos
de todo sustento, de toda esperanza,
para buscar una vida más humana
en tierras extensas y propicias.*

*¡Que no me acuse la historia
de haber sembrado únicamente
el germen de la destrucción
y el veneno de la barbarie
en las sienas de Europa!
ingenuos, no advirtieron
el terrible estado de mi pueblo,
de las desperdigadas tribus hunas,
asoladas por hambre, sed y pobreza,
forzadas a deambular
por el más amargo de los destierros.*

Clío:

*Anhelo liberarme
de todo recelo,
y bogar en las naves
de un corazón puro,
lento a los prejuicios.*

*Jamás anidará en mi mente
el águila de la verdad;
jamás desplegará sus alas
con la merecida plenitud;
pero mi espíritu desea
sondear mundos nuevos
en búsquedas infinitas,
donde mi alma no ceda
ante las opiniones heredadas,
mas observe la Tierra
desde atalayas de claridad
y altas torres de limpidez,
asomada a ojos cándidos,
bellos y temblorosos,
encaramada a hermosos carros
conducidos por corceles de franqueza
y aurigas de honda magnanimidad;
y, desasida del pasado,
tolere que la posea
esa magia inveterada
cuya luz exhala frescura,
primicia heterogénea,
flor nunca antes palpada:
la áurea chispa de la novedad,
el halo flamígero de la sorpresa,
haz que nos resucita
al hogar de una vida bella,
don que nos rescata de la melancolía,
del tortuoso pesimismo al que claudican
los abanderados de la desesperanza,*

*los esclavos de antiguas profecías;
un tesoro de libertad
que redima nuestro ser
de los tentáculos de la apatía,
y extirpe la oscura flecha
que clava en el corazón del hombre
estigmas de desánimo
ante el sol de la alegría.*

*¡Barred,
miríadas de sabios
que glorificáis las ciencias y las artes,
los dolorosos prejuicios
que aprisionan el espíritu humano
bajo cielos crueles,
péndulos que sólo conocen los extremos
y no gozan de la placidez del justo medio!*

*Y bañémonos
en las inescrutables aguas de Leteo,
para que se desvanezca toda idea
que hoy pesa en nuestra alma.*

*Resonará en nuestros oídos
la sagrada música de las esferas,
penetrante, rigurosa e inspiradora,
hija de firmamentos cristalinos.*

*Nadaremos por cielos puros y desasidos,
vastos como el universo en su silencio,
lechosos como cumbres invioladas,
donde sólo resplandecerá
la novedad perpetua,
la luz no presagiada,
el renacer de toda esperanza
frente a las cárceles del pasado.*

*

Si concebimos la historia como una máquina gigantesca, ¿qué fuerzas la mueven? Impera, por supuesto, la aleatoriedad, pero como este motor hipotético no depende de la voluntad humana, debemos centrarnos en aquellas energías ante las que sí respondemos nosotros. ¿Cuáles son? Anhelos de continuidad (procreación), de mejora, de compañía, de conocimiento, de amor, de poder; la sombra del miedo, la llama de la curiosidad... En definitiva, es la insatisfacción el dinamismo que impulsa las alas de la historia. Contemplación y acción, presente y futuro, tejen su trama. El pasado genera nostalgia o repulsión; el futuro, fascinación, temor o esperanza. El presente siempre despierta la insatisfacción en el seno de la conciencia del hombre.

Athanasius: *Desconfiad de quienes proclaman
la relatividad de toda época;
la mente es la misma aquí y allá;
una misma y milenaria trama
nos sostiene, oprime e impulsa;
los mismos soles y amaneceres
han iluminado el rostro de los hombres
desde el alba de su racionalidad;
el mismo poder de superar lo dado
inflama todos los corazones;
las mismas ansias y necesidades
han nutrido el espíritu humano
y han batido sus alas
bajo profundos cielos de misterio;
el mismo temor a la soledad
ha bañado nuestros labios;
el mismo anhelo de amor
ha cautivado nuestro ser;
la misma fuerza de la lógica
ha tonificado nuestro pensamiento;
los mismos errores han definido
el proceloso curso de la historia;
el mismo espectro del poder*

*ha flanqueado nuestros caminos;
 la misma sed de conocimiento, belleza y hondura
 ha encendido el alma de todas las civilizaciones;
 las mismas nubes de la insatisfacción
 han arañado nuestros ojos
 con sus penumbras de silencio;
 una misma vida nos vincula a todos...*

*

Los vástagos de Occidente nos sentimos tentados de pensar que las maravillas más sublimes del mundo han despuntado en nuestra exigua porción del globo. Es cierto que civilizaciones como la egipcia, la griega y la romana legaron testimonios de proezas arquitectónicas e intelectuales cuya gloria aún hoy atrapa la capacidad de fascinación que ostenta el hombre, pero contemplar los logros de la América precolombina, de China y de la India ha de infundirnos una admiración de dimensiones análogas, enorgullecidos por pertenecer a la misma familia humana, tronco del que brota toda semilla de creatividad, esperanza y valentía.

Cada cultura ha sido deudora de su imagen del mundo, propiciada por el conocimiento disponible en su tiempo. Figuras como Marco Polo, Colón y Copérnico brindaron a Occidente una experiencia nueva y única, tan asombrosa que obligaba a derribar muros intelectuales hasta entonces vigentes. Sus hallazgos empíricos y sus ganancias netas de creatividad especulativa permitieron ampliar el radio de la imaginación de la época, y por tanto ensanchar la conciencia de su civilización.

Existe una fuerza más poderosa que el afán de supervivencia, que las tensiones económicas y que los impulsos inconscientes: es el descubrimiento.

IX

Nostalgia del pasado

Nostalgia por lo pretérito es lo que siente un corazón, simbolizado en el de Athanasius, que ha sacrificado su vida en el altar del conocimiento: la piadosa tristeza inoculada al constatar que todo languidece inexorablemente en pozos de lobreguez y en grutas de decadencia. Nunca emularemos el vedado esplendor de los siglos pretéritos, el fulgor que bendijo unas épocas ya remotas, ungidas por los dioses con una gloria tan magnificente que su brillo estremece a los espíritus que colonizan nuestro tiempo. Esta comprensible añoranza del pasado, este fiero misoneísmo que nos transporta a imaginarios caducos, nace de forma consustancial al desarrollo de la conciencia histórica del hombre. Amaneció ya en los albores de la civilización, como lo atestiguan esas hondas y admonitorias “Lamentaciones” entonadas por el sabio egipcio Ipuwer en el ocaso del Reino Antiguo, desde cuyas auroras y al son de cuyas noches tanto había prosperado este grandioso pueblo oriundo del Norte de África.

Un amante de la ciencia, de la historia y de la cultura universal no puede sino compungirse ante el desvanecimiento de luces tan bellas y pujantes como las que coruscaron en la Antigüedad, pero, como sucede en el *Ständchen* de Schubert, que primero amenaza con sumirse en la melancolía para de inmediato desprender la esperanza más profunda y hermosa, ha de sobreponerse a toda pesadumbre y caminar hacia el futuro, donde deben destellar soles aún más sublimes...

Athanasius: ¿Qué ven tus ojos?

*Prados dorados,
aves seductoras,
un cielo floreciente
y una vastedad de impresiones...*

*Sobre la robusta cúpula de un templo
posan las cigüeñas sus colores,
y contemplo montes,
ríos,
nubes,
mares,
campanarios,
torreones,
alturas y hondonadas,
cumbres lechosas
y fuentes virginales,
el fulgor y el brío,
la radiante hermosura
y el recóndito silencio...*

*Diviso dolor y alegría,
muerte entreverada de vida,
fuerza y cansancio,
aurora y crepúsculo,
oscuridad y epifanía.*

*Despliega todo...
un pálido reflejo de cuanto ansío;
un haz de luces traviesas,
arremolinadas en ese culto sigilo
que pacifica la conciencia.*

*Mi remiso corazón,
acuciado por esas figuras procelosas,*

*se refugia en mundos ya desvanecidos,
pues mis sentidos hoy no admiran
la claridad que el universo les ofrece,
y el palpito de mi imaginación
se ha fatigado en demasía.*

*No hay futuro ni presente:
sólo pasado ante mis mudos ojos,
y percibo el fragor de lo pretérito
en la ardua senda de mis afanes.*

*Tan sólo observo ya vestigios
de lo que fue en rebeldes edades exiliadas
de ese reino, misterioso y desafecto,
que contiene el espacio, la energía y el tiempo.*

*¿No albergo entonces
el mayor y el más noble de los tesoros:
la magia invisible del recuerdo?*

*Evocaré siempre las rosas marchitas,
y me deleitaré con el agua,
y con el viento,
y con el ardor del fuego,
y con la reciedumbre de la tierra.*

*Mas he de pugnar por una voz
que también ahora me ilumine,
y por la ternura de una mano
que mi frágil rostro hoy acaricie
con sus dedos aterciopelados,
y por no derramar más lágrimas
ante esta soledad desconsolada...*

*Quizás en el futuro estribe
la grácil y sazónada copa*

*por cuyo bálsamo mis anhelos se desviven,
y la sutileza de su esencia
humedezca, santamente, mis entrañas...*

*Habrá que esperar
a la eclosión de la primavera,
no lo sé,
o al rumor del otoño,
o al ímpetu del estío,
o a la profundidad del invierno...*

*No cesaré de escrutar
los secretos de la vida,
y sondearé los siglos,
y peregrinaré por el cosmos
en busca del amor,
de la belleza
y de la sabiduría.*

Mas ¿por qué permanecer apegado a renuentes edades ya desvanecidas, a palabras pronunciadas hace demasiados siglos y a voces que nunca más vivificarán el aguerrido mutismo del universo? ¿Cómo superar esa contradicción tan dolorosa que se establece entre la veneración de lo antiguo y la forja de lo nuevo? ¿Cómo vencer la dualidad que escinde tradición e innovación, la implacable dicotomía entre una magia desangelada y un verdor hoy aflozado? Quien vive fascinado por el pasado sólo encontrará la felicidad si abre su mente a una luz cuya belleza todavía no ha despuntado sobre la afligida faz de la tierra...

Voz nostálgica: *Mi alma ha recorrido
inhóspitos caminos,
sendas polvorientas
heridas por silencio
y plagadas de olvido;
ha soñado siempre
con cálidos vislumbres,*

*allá, en la honda lejanía,
 del sol de la eterna majestad,
 del candor más puro y vibrante,
 de esa estrella de bellas puntas
 y de resplandeciente luz
 que nos revelase,
 desde el trono de su amor,
 alegre en las alturas,
 el nacimiento de una edad
 donde se sacie todo anhelo;
 el reino de la nueva era,
 bajo cuya luna perfilada
 toda antigua flor
 ya se haya marchitado,
 para impulsar, con su fuerza,
 como hija de un arcano cielo,
 ese don que hoy no imaginamos...*

*

En primorosos sueños que vislumbran lo futuro y recuerdan lo pasado, el alma se fascina por las glorias pretéritas. Absorbida por su inquietud, aherrrojada en su melancolía por ese silente e inescrutable discurrir que entrelaza siglos borrascosos, se refugiará en grandezas ya desvanecidas, en esplendores vedados al hoy, en soles que ya perecieron. Quizás se halle prendada de la magnificencia que permea la vieja Europa, cuna de numerosas ciencias y fuente inagotable de arte y de copiosa hermosura; aunque es posible que también suplique la redención de los muchos pecados cometidos por el anciano continente, para que una luz bañada de cálido fulgor expiatorio la convierta en una Europa ética, en una Europa que acoja a todos, en la Europa del encuentro entre los mundos y las culturas, capaz de vencer el indoblegable anhelo de poder y de dominio que ha avasallado tantos corazones.

¡Oh vieja Europa, que te yergues, áulica, arcana, mayestática, sobre las olas de la inconclusa historia! ¿Quién te abarcaría?

Voz ansiosa: ¿Dónde te encontraré, Europa?

¿Acaso en el suave fluir del Mosela,
de cuyas aguas tonificadoras emerge
ese destello saciado de romántica hermosura
que eleva nuestras ansias simbólicas
a pináculos inconcebibles,
inspirados en el hechizo
que prodigan sus castillos medievales,
hogar de héroes legendarios
que junto a esas frondosas orillas
forjaron la pléyade de sus hazañas?

¿Quizás en la divina perla de Venecia,
esa serenísima fantasía nutrida de vistosos colores
encarnada junto al majestuoso azul del Adriático,
cuya fusión de luz, agua, tierra y cielo
estremece el tabernáculo de las palabras
y conmueve el florido altar de las emociones?

¿Acaso en un atardecer azafranado
frente a La Alhambra de Granada,
cuando cae el Sol desde el altivo cielo a la lábil tierra,
y asciende la insumisa llamarada de los afectos
desde la oscuridad recóndita de nuestros deseos
hasta la cúspide poética que entroniza nuestros sueños?

¿Dónde hallarte, Europa?
¿Dónde palpar tu vasta esencia,
y vibrar al son de tus anhelos,
y dejar que me demude
la tierna magia que tu savia evoca?

¿Dónde?
¿En qué enclave, en qué bosque, en qué ribera,
en qué ciudad, en qué monumento, en qué pradera,

*en qué biblioteca, en qué templo, en qué iglesia,
en qué cumbre, en qué planicie, en qué viñedo...,
en qué sacro pedestal te rendirá mi corazón pleitesía?*

*¿Dónde, Europa?
¿Dónde mora tu bello espíritu?*

*¿No late en ti la expresión
del alma de un ideal egregio
alumbrado por filósofos
y declamado por poetas?*

*¿No se adensan en ti
las estrellas de una utopía sublime?*

*¿Y en qué consiste, en qué radica ese delirio,
enigmático, cautivador y poliédrico,
cuyos ecos parecen resonar, ubicuos,
cuando nuestros labios pronuncian
las benéficas letras que enhebran tu nombre?*

*¿En qué pensador, en qué literato, en qué pintor,
en qué compositor, en qué científico, en qué santo,
en qué humanista..., en qué hombre o mujer
visualizaré la viveza de tu semblante?*

*¡Muéstrame, Europa, la luz de tu verdadero rostro,
y revela ante la trémula fragilidad que cubre mis ojos
esa beldad nívea y tierna que custodia tu sagrario,
ese suspiro irredento que en ti se ha aposentado,
esa meta colectiva que tus siempre celosas alas,
haces místicos que surten el esquivo cáliz de la historia
con el chorro de su profunda claridad absolutoria,
protegen sin término lóbrego, triste y ponderado!*

*¡Apíadate de mí, Europa!,
contúrbate ante mi flébil ignorancia,
y despliega tu poder beatífico
frente a la avidez de mis sentidos,
cuyos rayos buscan, desconsolados,
descifrar tu misterio íntimo y mirífico,
y entender, finalmente, quién eres,
y qué arcana gesta esperas
de cuantos por primera vez adoramos
la compasiva luz que exhala el día
bajo la honda nobleza de tu amparo,
¡oh regia Europa!;
flanqueados por ese sínodo de siglos
entreverado de glorias y tragedias,
de creación y destrucción,
de luminosidad y tiniebla;
bañados por la tersa mar de variedad,
de exaltación de la policromía de los sentimientos,
que vivifica esas llanuras y esos montes llamados “Europa”...*

Voz piadosa: *¡Quiero cantar a mi amada Europa!*

*Recorrer tus calles,
veladas por la más fiera nostalgia
de palabras hoy prohibidas;
contemplar tus catedrales,
rostros de esperanzas ausentes,
efigies de ilusiones menguadas,
reminiscencias de una luz ya fenecida;
sumergirme en la viveza de tu historia,
y respirar creación,
haz de gentiles primaveras,
para inhalar brisas pretéritas
que también ahora me reconforten.*

*¡Me atraparán tus manos delicadas,
e incontables flores olorosas
me perfumarán con su rocío de evocaciones!,
hasta que rosas de recuerdos indelebles
me eleven en su crisálida sapiencial,
orlada por pétalos puros.*

¡Eres claridad, belleza y hondura!

*Me posee tu llama romántica,
resplandor de juventud eterna,
y cuando sus chispas de pasión
quemán mis dedos fatigados,
no es dolor,
sino cálido asombro
la fuerza que me embriaga...*

*¡No cesen de verter mis ojos
lágrimas de hermosa tristeza
ante tu pasado,
dulce rehén de mi melancolía,
ante tus campanarios,
dorados por el fulgor de alegres soles,
ante tus museos,
sagrarios de maravillas inmortales,
ante tus glorias desfallecidas
en amargos lechos de olvido,
ante tu vasta mar que baña
todos los poros ansiosos
del profundo espíritu del hombre!*

En místicos claustros y en enmudecidas bibliotecas monásticas, cuyos anaqueles custodiaban joyas sapienciales mientras Europa languidecía, traumatizada por crepúsculos de guerra, barbarie y destrucción, y se apagaba sin clemencia la bella luz de Grecia y Roma, sumido el mundo en una horrenda oscuridad, en una turbia lobrete que relegaba la otrora radiante tierra eu-

ropea a la más áspera y penumbrosa negrura, fueron monjes silentes quienes se encargaron de copiar los grandes códices alumbrados por la Antigüedad. La más preciada perla del orbe clásico yacía, ilegible, en empolvados, mohosos y roídos manuscritos que hallaron acomodo en maderas apolilladas, entenebrecidas por el irrevocable paso de los tiempos. ¿Qué habría sido de mundo si hubiéramos perdido el legado de Platón, de Aristóteles, de Eratóstenes y de Tolomeo? ¿Qué habría sido de la historia, disipada en la agria noche de los tiempos? Viviríamos inmersos en un presente ajeno a la conciencia de ese pasado tan glorioso de cuyo tronco brotan nuestras ramas, y jamás habría conseguido nuestra estirpe emular, en los altos y dorados días del Renacimiento, el velado resplandor de la edad clásica, la obliterada magia de Grecia y Roma. Sin el pujante recuerdo de esos regios amaneceres clásicos, no habría conquistado nuestro continente la afable luz de la libertad, de la frescura, de la tolerancia, el amor por la ciencia y por la belleza, el deseo de superar las cúspides ya coronadas.

Esa piedad cuya abnegación construyó las diáfanas piedras que sacralizan las catedrales góticas, ese torrente pasional de fe en lo desconocido que dominó toda una era, se agrega al vasto río de la historia. Sus torrentes horadan ya el valle de la reminiscencia y esculpen un grato paisaje, sazonado de árboles en flor que exhalan silbidos insondables, y de arbustos y matojos que ornamentan sus violentos cauces copiosos. Sí, no olvidemos nunca la Edad Media, embarcada en interminables disputas sobre el ser y los universales, con Abelardo y Eloísa, Santo Tomás y San Buenaventura, Escoto y Ockham... La nostalgia por sus húmedos claustros y por sus imponentes iglesias plantó la dulce semilla del romanticismo, pese a que su estética e inconsolable elegía desdeñara, con frecuencia, el hiriente reguero de sufrimiento, esa vía dolorosa de lobreguez y ferocidad cuyo eclipse coexistió, como en tantas otras épocas que hilvanan el oscilante manto de la historia, con los pináculos de las más hermosas creaciones artísticas.

¿Y cómo no derramar lágrimas ante el esplendor de la piedra tallada, reflejo de un universo espiritual que solo evoca orden, pureza y sabiduría, la armoniosa imagen de una arquitectura capaz de fundir la racionalidad con la belleza, la síntesis más eximia entre la mente y la sensibilidad? Ya hace mucho tiempo que se desvaneció la confianza en mundos invisibles y en paraísos sobrenaturales, pero la contemplación de esos nobles edificios, de esas

emanaciones sublimes del tesón, la reciedumbre y el desprendimiento, fruto cosechado de unos ojos puros que disciernen luz aun en medio de la ausencia de respuestas, ilumina también el amanecer que hoy se nos brinda.

Debemos caminar; hemos de conquistar una creación reverdecida; y la fe, la esperanza depositada en las posibilidades que atesora la humanidad, no ha de cristalizar en piedras que endurezcan el vigor del sentimiento, aun cuando nos deleiten con el fuego que despierta su belleza: debe penetrar en el corazón con una flecha aguda, punzante y olorosa. La catedral de nuestros días será el templo del corazón humano, bajo cuyas solemnes cúpulas de beatitud se rinda pleitesía a los más elevados valores que llegue a albergar el espíritu, y donde los herederos de los antiguos sacerdotes egipcios viertan libaciones ya no a Amón en Karnak, sino a la inescrutable fuerza del amor humano. Esa fe, esa pasión, ese fervor tan pujante de cuyas aguas dimanaron las gloriosas catedrales góticas, como antes surgieron las pirámides, los mausoleos y los panteones, no ha de petrificarse en obras forjadas desde la materia, enquistadas en el barro, cosificadas en elementos perecederos: ha de cincelar el templo del corazón. La fe, la pasión, el fervor y la entrega no los encapsularán ya dogmas, doctrinas o filosofías: resplandecerán como un límpido anhelo rociado de amor, bañado de belleza y perfumado con el aroma vivificador que destila la sabiduría, cuyo brío tornasolado desborde las rígidas y trágicas fronteras que establece la humanidad en la inmadurez de su seno, ya sea entre religiones, culturas o naciones. La fe se transformará en ansia propagada de creación, en la voluntad aleccionadora de engendrar lo que aún no nos ha sido deparado, como prolegómeno para la expansión de las energías del pensamiento hasta alcanzar la inagotable morada del espíritu: el hogar de un corazón abierto al futuro.

Voz nostálgica: *Desprendo un haz
regado de furtivas lágrimas
por mi amada Europa,
por mi vieja y admirada Europa,
por mi extenuada, sabia y perdurable Europa,
víctima de la voracidad humana,
aprisionada por la ignominia más infame,
emponzoñada por un veneno maléfico y letal,
que la indujo a renegar de sus sueños inmortales,*

*y la forzó, como glacial ave altiva
extraviada en acrobacias fútiles y aciagas,
a abandonar el dorado paraíso del espíritu...*

*¿Dónde yace la Europa que yo palpé,
ese aire y esas aguas
que embargaron mi fantasía,
y cuya generosidad me colmó
con la más sublime de las alegrías;
esa delicada y vistosa estela
prendida de sabios, literatos y estetas,
donde la cultura y la moral,
asidas de la mano
y estrechadas en un mismo pecho,
los valores perennes
que ennoblecen la ductilidad del alma,
la pulcritud y la elegancia,
la flor insondable del arte
y la nata del más exquisito refinamiento,
paseaban sus rostros orgullosos
por Brandenburgo y por los Elíseos,
para inflamar esa llama aleccionadora
que enardece ideales vigorosos:
la luz del amor, de la belleza,
de la paz y de la ciencia?*

*¿Dónde esa anciana, mas brillante y elevada Europa,
a quien tantos han consagrado sus vidas y sus esperanzas?*

Hemos de edificar la Europa no del poder, sino de la ética, cuyo manjar nutricional ya no amanezca en la rememoración de ambiguas y amargas gestas, sino en el caminar con los demás pueblos hacia la búsqueda del amor y la difusión del conocimiento. Porque yace en este templo la gloria verdadera, la fuente primordial de la sabiduría, la magia venerable que irradia el sol de la concordia: no en la opresión de unos hombres sobre otros, ni en el caduco orgullo asociado a la conquista de quienes, sedicentes, aseguran haber descu-

bierto mundos desde antiguo conocidos, sino en la voluntad inconvencible de aprender de todos y abrazados a todos los cuerpos. Una Europa sumida en la lasitud suplica hoy perdón por la perpetración de sus muchos crímenes: su cansancio implora que se disipen los rencores generados a lo largo de tantos siglos, para que todos miremos juntos, asidos de nuestras manos desfallecidas, al pasado, al presente y los hermosos haces del futuro. Europa sólo será redimida cuando todos los miembros de la familia humana, todos los habitantes de inmensas y recónditas tierras que un día capitularon a su férula pecaminosa, compartan, sin recelo, esa belleza prístina que dimana de los verbos y ese primor inagotable que brota del pensamiento.

Un mismo y centelleante cielo nos sobrecoge a todos, hijos de la madre humanidad; una común y densa tierra nos contiene, contempla y alimenta. Esa bóveda del firmamento que nos ha cautivado desde los más remotos albores de nuestro linaje no desiste de clamar, con angustia, por la eclosión de un mundo nuevo y absolutorio, donde nunca más triunfen los verdugos de nuestros sueños más nobles...

Voz condolidada: *¡Europa, antigua y reverenciada!,
resucita hoy
desde el oscuro sepulcro
a cuyas incasantes profundidades
el egoísmo y la desidia
te condenaron sin piedad,
y revive los rayos salvíficos
de ese espíritu radiante
que fecundó el alma de Atenas,
el árbol de Florencia
y el corazón del romanticismo:
la añorada luz que presagia
la docta aurora del amor,
de la hermosura y de la sabiduría.*

Voz de gratitud: *No hemos de rechazar
cuanto de verdadero y bello
floreció en edades ya ausentes...*

*

¡Oh Europa! Eres foco de ciencia, eres ángel de sabiduría, de belleza y de amor, mas eres también fuente de las tragedias más horrendas y de las injusticias más flagrantes que ha presenciado el espíritu... ¿Acaso no encarnas esa contradicción insumisa que perfora las provincias de lo humano (ahora convertidas en taifas irreconciliables), pues nuestra alma concibe, al unísono, la más elevada de las hermosuras y el más tenebroso de los males?

Un viajero solitario, un hijo de la modernidad, un vástago en busca de una verdad siempre evanescente, se sintió desolado, preso de una amargura indescriptible, cuando visitó los campos de Verdún, en Francia: planicies saturadas de muerte y transidas de destrucción, en cuya superficie aconteció una de las batallas más sangrientas de la I Guerra Mundial. Tituló su escrito “Identidades plenas”, con la intención de proponer la superación de lo humano por lo humano, para hallar la identidad auténtica y colmada de los hombres en el advenimiento de su mutuo y triunfante amor, en la frescura de la paz y de la fraternidad. Se trata de una carta que dirigió, impetrante, a la humanidad entera, tonificado por la convicción de que todas las naciones han de enorgullecerse mientras cobijen a los retoños del anheloso linaje humano, para hermanar sus corazones y sus mentes, y así construir, en la más eximia de las conjunciones, el añorado reino de la paz y del conocimiento, preámbulo impostergable para la configuración de una sociedad humana, plenamente humana...

Sempiternamente venerada humanidad:

El ímpetu que inspira la carta que os dirijo se ha fraguado en mí tras largos años de experiencia, repletos de aciagas desdichas y de amargos sufrimientos, pero también de robustas alegrías y de insospechadas esperanzas. ¡Si supierais con qué vigor ha ansiado mi espíritu remitiros este mensaje, y cuánto ha vacilado mi trémula voluntad antes de divulgar mis más íntimos pensamientos!... Por miedo a la reacción que se suscitaría en el seno de los más diversos corazones he mantenido oculto y casi obliterado este escrito, a fin de que nadie conociera mi más honesto credo. Llegado el instante crucial, esa infinitésima fracción de tiempo a cuyo amparo la epifanía de una arcana voz interior parece indicarnos, cuan signatura universal de procedencia misterio-

sa, pero insoslayable, que nuestra alma no ha de temer sincerarse y declamar sus más hondas cavilaciones, me he decidido, por fin, a publicar esta misiva.

Me estremeció, os lo aseguro, contemplar aquella infinidad de tumbas, ornadas con cruces, estrellas de David y medias lunas, que albergan los cuerpos de los soldados fallecidos en las dos guerras mundiales que asolaron la vieja Europa y el entero y vasto mundo. Me anegó de pesadumbre otear esa maraña de alambradas que antaño marcaron los límites de las trincheras, así como palpar los surcos y las hondonadas interminables que seccionan las colinas de Verdún, los despojos de armas, tanques y obuses destinados a privar nuestro cosmos de más y más vidas, diseñados para engendrar un abismo insalvable, una tragedia mortífera... Los laberintos de Douaumont..., ¡con qué nitidez tan conmovedora simbolizan la verdadera naturaleza de la guerra, de esa carencia tan áspera de una meta, de ese no saber hacia dónde peregrinar!

Por los umbríos y criptológicos pasillos de los búnkeres corrieron los desafortunados oficiales de Francia y de Alemania, atacados por enfermedades inmisericordes, por la humedad y por el frío, por penurias extremas que nunca alcanzaré a esbozar, accesibles sólo a través de los relatos de quienes las experimentaron en sus propias y fieles carnes... Sí, nuestra mayor desventura estriba en la imposibilidad de asumir, cabalmente, el llanto y el dolor ajenos...

¿Por qué, humanidad, os habéis desgarrado a vos misma? ¿Por qué habéis permitido que una parte se impusiera sobre la otra, y triunfaran la división y la discordia? ¡Oh inteligencia mía, inundada de fragilidad, pues no te es dado entender las causas últimas que propagan la miseria de los hombres! En Verdún te sorprendías ante la catástrofe más desalmada, ante el dolor catapultado hasta un exponente quizás insuperable, ante la desconfianza y la impotencia... ¿Por qué combatían todos estos hombres? No seas ingenua, mente mía: bien sabes que los instigaba el fantasma del poder, del dominio, de la altivez...; de esa búsqueda funesta, en definitiva, de ellos mismos.

Diréis, humanidad, que las reflexiones de aquel desconcertante filósofo que pregona la voluntad de poder como directriz última del comportamiento humano se hallaban revestidas de una veracidad irrefutable, confirmada por esa nube de terror y de ignominia que devastó los campos de la vieja Europa. ¡Triste stirpe humana!, ¿por qué preferís resignaros ante esta fatalidad, en apariencia insalvable, y relegarlo todo al concurso de esa voluntad de poder tan desmoralizadora? ¿Por qué no sondear una solución factible

y profundamente humana, cuya luz impulse al hombre hacia la percepción límpida de que ha sido llamado, por una voz innominada, a ejercer su dignidad inalienable!

Me niego rotundamente a aceptar el sino de un destino prefijado. Nunca toleraré la guerra como una realidad ineluctable o incluso necesaria. ¿Cómo explicar a los familiares de aquellas almas que perdieron sus vidas, de aquellos corazones que inflamaron las tierras de Verdún con emulsiones de sangre, sudor y lágrimas, que sus seres queridos luchaban por meros ideales temporales, por objetivos egoístas que a nada condujeron y a ningún puerto nos guiarían? ¿Cómo justificar que tantos seres humanos hayan perecido en tierras extrañas para satisfacer los insaciables deseos de unos y acabar con las difusas veleidades de otros; para disgregar las almas, en lugar de fusionar los espíritus?

Fango, barro, odio, destrucción..., sentimientos inhóspitos que parecen haber infectado, perennemente, las colinas de Verdún con sus hedores irredentos. Se respira el aire pútrido, una atmósfera decrepita y encenegada que rezuma muerte, destila venganza, exuda rencor. ¿Acaso no confiaban los sabios en la bondad natural del hombre? ¿Acaso una miríada de poetas, pensadores, artistas y literatos no había instruido a los hombres en los cánones empíreos de la belleza y en las eternas leyes de la armonía, en esos dictámenes universales que determinaban el ritmo del cosmos y ubicaban al ser humano en un plano superior, entronizado en sitaliales de cultura y en solios de entendimiento, alejado, venturosamente, de toda acción bárbara y colérica, postrado tan sólo ante el altar de la pulcritud y el sagrario del orden? ¿De qué ha servido, yo pregunto, que miles y miles de eruditos, a lo largo de centurias, hayan examinado meticulosamente la índole de la humanidad, y hayan desentrañado esos enigmas inescrutables que exhala el universo para brindar sosiego a las mentes más inquietas y ávidas de conocer, si, perdidos en el más fútil ensimismamiento, hemos abdicado de nuestra responsabilidad inaplazable, si hemos transigido ante ese espectáculo tan infausto de divisar cómo se desangraban, martirizaban y humillaban nuestros miembros, ennegrecidas sus almas y desvanecidas sus utopías en trincheras maléficas por cuya soledad se desliza, silente, ese río regado de dolor que sepultó Verdún?

Mis espaldas transportan los interrogantes más angustiosos que cabe alumbrar, una cohorte de interpelaciones indoblegables, mas ¿existe respuesta? Salvaguardo la esperanza, amada humanidad, de que despunte el sol de

una contestación a cuanto me conturba de manera tan punzante. Profeso, embargado de inocencia, una fe cándida en que Verdún no es el fin, ni el principio, ni el punto medio: Verdún encapsula un signo ineludible, una rúbrica tétrica del infortunio que envuelve al ser humano, quien insiste en caminar solo, en codiciar bienes que no perduran, cuando nuestra vocación más primorosa radica en inundar el universo de conocimiento, de luz y de amor, y en propiciar que la justicia ocupe los espacios del vacío cósmico, y el ser venza el no ser.

Hemos traído felicidad y hermosura angélicas a este orbe irredento. Hemos acogido, generosamente, a artistas que han transmitido esos ideales eternos y elíseos que todo corazón implora, y hemos palpado la ternura de la sabiduría, del amor y de la belleza. Filósofos de influjo indeleble han intuido conceptos inexpugnables, cuya claridad ha resistido el fango de las trincheras de Verdún, los insoportables alaridos en que prorrumpían los combatientes y el fragor inaudito proferido por una metralla ensordecedora, el frío y la desesperación, la ceguera y el sufrimiento... ¿Por qué claudicar, humanidad, ante el dolor, en la más lacerante de las sumisiones, si hemos pisado la superficie de los astros, si hemos coronado esas figuras centelleantes que, ya desde los albores más remotos, fascinaban la expectación de nuestro intelecto, y cincelaban un oasis rutilante, saciado de imaginación, fervor y deleite, ante escenarios ignotos y apasionantes, al evocar historias y mitos, caleidoscopios de fantasías y de realidades, así como una miscelánea de emociones que nunca desvelaremos por completo?

Muchos músicos han sabido manifestar, en virtud de su genio, las contradicciones que anegan nuestro espíritu. En cada lágrima derramada por esas elegías, ardientes, fecundas y frondosas, de quienes han condescendido, solícitos, a que los aposentos de su alma fueran bañados por los caudales beatíficos que desprende la apoteosis estética, se aquilataba una semilla de bondad, un germen proficuo de reconciliación, un amanecer para el mundo humano. Emulemos a los mejores músicos, y sepamos trascender lo concreto, para escalar los collados de Verdún y marchar en todas direcciones, y arribar a Alemania, y abrazar las ciudades de Francia, y así propalar nuestra gratitud por esos dones de belleza, sabiduría y amor que nos han legado nuestros artistas más excelsos.

¡Ascended, pues, humanidad, por las colinas de Verdún! ¡Saltad sobre las trincheras y las alambradas, penetrad por los laberintos de los fuertes y echad a un lado los tanques, cañones y obuses de diferentes milímetros, que antaño producían un ruido demoníaco, el estrépito de la desesperación y la colosal estridencia de la ignorancia, el zumbido belísono de la deshumanización del hombre! ¡Corred, ufana, por las sendas de Verdún! ¡Llamad a las puertas de los pueblos, también de esos hogares que, como en la humilde aldea de Fleury, se disiparon fatídicamente, pero aún conservan el recuerdo de su dignidad! ¡Transitad osadamente por esos enclaves, y proclamad la buena nueva de una humanidad unida y de un hombre humanizado, el crepúsculo de las fricciones y la aurora de la concordia, el nacimiento de un compromiso para exceder toda nación, país o tierra, y así resucitar la patria que acaricie a todos con su ternura, y en cuyo altar forjemos una plegaria ecuménica pincelada de amor y de universalidad! ¡Adentrémonos en las trincheras, y rememoremos a todos los que fallecieron en sus abismos, pero en la reminiscencia pródiga de que su muerte nos procura frutos inagotables, pues ha concitado en nuestro espíritu la advertencia sobre los horrores de la desunión y de la guerra, para irradiar la luz aleccionadora que refleja el destino más genuino del ser humano!

Cuando, arropada por vuestro manto dorado, surquéis los montes de Verdún, persistirán aún esas trincheras impasibles, ese testimonio tan vívido de la aflicción despiadada que asedió a cuantos allí fenecieron, mientras batallaban en aras de aspiraciones que en realidad les resultaban ajenas, de imaginarios que emergían como brote marchito del mal que mora en los intersticios del alma humana; pero esas zanjas estarán ya desprovistos de su pujanza pretérita, pues se habrán ausentado el temor y la animadversión que ofuscan los corazones de los hombres.

No cubráis los ominosos agujeros, ni silenciéis el estruendo avasallador del pasado: contempladlo humilde y devotamente, para así anhelar el camino de la paz y de la reconciliación. ¡Escucha, humanidad, el cántico melodioso de la naturaleza, la meliflua musicalidad que subyace a toda la creación, cuya luz nos manifiesta una realidad recóndita, mas suspirada! ¡Oigamos la sonoridad exhalada por la tierra y sus florestas!, ¿y qué mejor escenario que los enmudecidos altozanos de Verdún, cuyas praderas, impregnadas de rencor, han presenciado la aniquilación de los hombres? No huyamos del pasado; no rehusemos enjugar los inconsolables gemidos de nuestros hijos con retazos de

salvación... Que el llanto de la humanidad nos transfigure en el sagrario de Verdún.

Os imagino ya, mientras estrecháis, con un vigor integrador, a todos vuestros hijos, y dirigís la más augusta orquesta que hayan visto los siglos y los milenios, en cuya partitura se registra la sinfonía de la concordia. Vaticino, humanidad, con qué aplomo y belleza iluminará a vuestros vástagos una llama que no se consume, de eterna incandescencia

Ojalá irrumpa el tiempo en que los hombres no se diferencien, con nefanda artificiosidad, por el oscuro criterio de su procedencia, ni sirvan más a los réditos egoístas de su patria, ni los ciegue esa porfiada y enervante altanería que en tantos ha inculcado una conciencia de estéril superioridad. Ojalá en el futuro las naciones no pugnen entre sí, sino que se erijan en adalides de la universal labor humana. Ojalá sea nuestro ese minuto descollante desde cuya dulce y asombrosa aurora, al ser inquiridos por nuestras respectivas ciudadanías, contestemos con firmeza: “humanum sum, et hoc satis est”, y ya no nos nuble la jactancia infundada de pertenecer a tal o cual país, sino que los éxitos de Alemania se demuden en hitos de las Galias, y los triunfos de Francia luzcan también en Dresde y Brandenburgo. Ojalá se vislumbre, en su blancura más pura y majestuosa, esa época dorada bajo cuyo manto las personas no se distinguen por su raza o condición, sino que en todas refulja un don munificente, indescriptiblemente bello, que todos custodiamos en nuestro interior: ese espíritu infinito que se eleva sobre lo concreto y atisba la universalidad de las leyes que presiden el cosmos...

La fuerza del amor vence toda resistencia. Cuando palpamos la encarnación de la bondad, del encanto y de la sabiduría en una persona, se desvanece todo prejuicio sobre su lugar de origen, sus creencias y sus deseos. El ardor de la vida abrasa siempre toda idea, calcinada por la límpida y estuosa verdad de la experiencia, del sentimiento, de esa impresión incommunicable que recibimos al disponernos ante un rostro nuevo y unos labios desconocidos. Las fronteras que hemos erigidos entre nosotros, esos muros materiales o psicológicos que nos escinden despiadadamente, son incapaces de contener la savia de nuestra naturaleza más íntima, cuya innata luz asciende, con hermosa sutileza, por todas las barreras, como una hiedra que trepa hasta las más altas almenas de los castillos, para eventualmente rebasarlas, y derramarse al inagotable espacio de lo humano, a esa vasta y acogedora planicie en la que “vivimos, nos movemos y existimos”.

Velemos por una humanidad que persevere en un sendero colmado de esperanza, en cuyo frente reposen horizontes de grandeza inusitada, bruñida de sabiduría, de belleza y de amor, de flores inmarcesibles que nos rocíen con sus refrescantes y divinas aguas.

¡Cantad, humanidad, desde los insólitos coros de Verdún! ¡Entonad un cántico exultante! ¡Regocijémonos, pues el supremo y eterno amanecer ha sido abierto de par en par en las gratas primicias de la sabiduría, del amor y de la hermosura! Discerniremos así nuestra plena identidad.

Voz profética: *¡Qué bello no conocer fronteras,
ni idiomas,
ni ansias de poder,
como esta naturaleza que nos circunda,
alma de concordia
libre de las punzantes desdichas del hombre!*

*Pero para conocer hay que sufrir,
y abandonar esa arcadia de inocencia
que flota sobre mares de sangre, fuerza y destrucción.*

*Sólo así amanece
el furtivo vislumbre de esperanzas secretas,
y estallan las burbujas de anhelos moribundos...*

*

Para acariciar la venerable tez de Europa, hemos de contemplar el decoro, el pundonor que vivifica su cultura, esa longeva mezcla entreverada de pueblos y de anhelos que ha surcado siglos y ha enardecido pasiones...

Y la riqueza más valiosa de ese tesoro inefable que ampara Europa en su seno resplandece en la santidad, en el amor, en la paz, en la filantropía. ¡Que pensar en Europa equivalga a recordar a Maximiliano Kolbe y a Albert Schweitzer, y suscite en nosotros esa impostergable reminiscencia de los grandes espíritus que también nos ha deparado un siglo teñido de destrucción...! ¡Que meditar sobre la India nos exhorte a reflexionar en torno a

Gandhi, las poesías universales de Tagore, la fascinante gramática de Panini, los *Vedas* y los *Upanisad*, que son patrimonio del género humano, y han iluminado las conciencias de los hombres a lo largo de milenios! Sólo así, sólo si nos internamos en el dulce dédalo del saber y en los gozosos laberintos del arte, en esas luces capaces de exhalar destellos libres y expansivos, en aquello que proyecta nuestros ideales hacia una comprensión más profunda del todo y de lo individual, de la críptica *rerum concordia discors* que trenza la corona del cosmos, lograremos apreciar esa maravilla del ser humano aposentada en la fraternidad, cuyas irisaciones surgen, misteriosamente, desde los más inesperados rincones del globo, pero rápidamente alcanzan y conmueven a cuantos corazones surten de sangre a nuestra estirpe.

No pueden, sin embargo, ocultar algunos seres la honda nostalgia que sienten en su pecho por la flor ya marchitada, y por las edades áureas que se decoloraron en la noche de los tiempos...

Voz nostálgica: *Deja que te contemple con sosiego
fugaz cima de sereno candor,
pues no regresará tu luz, tu amor,
al marchitarse tu dorado pliego.*

*Se enterneció el semblante de un labriego
que soñó con tu hermoso y puro ardor,
tras palpar la hondura de tu sabor
y beber tu agua de fecundo riego.*

*Pereció el alma de esa edad tan bella,
y lágrimas brotaron de mis ojos
al sentir la indolencia de la historia.*

*Su alegre sol ya nunca más destella,
mas claman mis ansias por sus despojos,
en busca del consuelo de su gloria.*

Voz ansiosa: *Hemos de retornar al tiempo,
y no rehuir el alma de los siglos,
pues somos hijos del pasado,*

*vástagos inocentes de la gratitud,
y el futuro desprende un don
que sólo se presagia en el silencio.*

*No nos evadamos del hoy,
equívocamente nostálgicos
por edades ya desvanecidas,
en añoranza de bosques caducos
y de néctares marchitos,
fascinados por siglos ausentes,
elididos, delicuescentes,
de esta esquiva historia,
de este irreversible tiempo.*

*No nos encerremos
en bibliotecas empolvadas,
saturadas de anaqueles vetustos,
ni nos refugiemos en claustros oscuros
repletos de sombras y sepulcros,
sin la alegre vivacidad
que propaga la asimilación sincera,
cuyos irreprochables rayos no reproducen,
mas reconquistan y actualizan
ese espléndido aljófar heredado,
ese parnaso que otros ya incoaron.*

*Busquemos en las sendas del ayer,
del hoy y del mañana
la divina luz de lo eterno,
cuyo aroma esparce la fragancia
de la vida buena y anhelada,
y yace en su vibrante hermosura
la dulce fuente de la clemencia.*

*

¡Ah, historia de la humanidad, quién comprendería tu rumbo y tu esencia!... ¿Existe acaso una historia universal, o equivalen las andanzas de nuestros semejantes a cauces confusos que no desembocan en ningún magno océano? ¿Será verdadera la sentencia clásica: “*veritas temporis filia*”?

Todo acto humano refleja esa simbiosis de fuerza recóndita y de flaqueza aciaga que exhibe nuestro género, y en cualquier muestra de aflicción, en cualquier épica, en cualquier manifestación de fantasía, por remotas y difusas que se nos antojen, vibra la historia universal. Si todos somos humanos, si a todos nos confraterniza una misma rama del vasto árbol de la vida, resultará entonces inútil renegar de una historia común que nos oscurezca o ilumine...

Vive en nosotros el pasado; florecen en la memoria la alegría y la tristeza de tiempos ya desvanecidos; mora en el espíritu todo un mundo que jamás regresará... He aquí nuestro más bello poder: devolver la vida a ese aire que se evaporó en el silente espacio del olvido.

Voz ansiosa: *Sucumbo ante la desesperación,
cuando contemplan mis ojos tantos siglos,
ciegos e indolentes,
vaporosos y esquivos,
y las dúctiles presiones de mi corazón
me recuerdan que necesito fe:
ha de estrecharme
entre sus brazos
un poder
suave y arcano,
una ternura maternal
que me invite a vivir,
en su morada luminosa,
como profeta de la paz...*

*¿En qué creeré?
¿Habré de regresar,
como hijo pródigo*

*y mártir bendito,
a leyendas devotas
y a arcaicos mitos,
para embriagarme
con edades doradas
y bosques marchitos,
cautivo de delirios
nebulosos y desvanecidos?*

*¿Bálsamos de falso consuelo
bastarían para devolverme
la jovialidad y el deseo?*

*No...
Preciso de la fe
en una luz que yo mismo palpe,
en un poder invicto
que me sobrecoja,
trascienda y rescate.*

*“Acepta tu finitud”,
me susurran las tinieblas
de voces espectrales,
ásperas y porfiadoras,
mientras titubea el cielo
y tiembla la vacilante Tierra;
mas algo late en mí
que no cesa de clamar
por el don de la infinitud...*

*Sólo el amor,
la belleza y la sabiduría
encapsulan, hijas de la magia,
ese sentido que me fascina.*

*Es fe lo que nutre
mi ardiente confianza
en esa recia textura
entretejida y custodiada
por el sol de la bondad,
del entendimiento
y de la hermosura.*

*Fe...,
¿y qué no es fe en nuestra vida?*

*¿En qué esfera de cada día
no resplandece esta virtud,
recamada de presagios puros
y bellos ímpetus desconocidos,
junto a su noble y gozosa osadía?*

¿De qué estamos seguros?

*¿No es el vasto mundo
un coloso que languidece,
como astro agonizante
que perdiera su luz beatífica,
ante la agria voracidad
de nuestro escepticismo?*

*¿No soy yo mismo ilusorio,
un ser descentrado,
un naufrago sin destino,
pálido, frío y errante
como un témpano de hielo;
un peregrino sufriente
en la inmensidad de este firmamento,
teñido de un silencio tan profundo
que enfurece el corazón del espíritu?*

*¿No encarno a un fugaz advenedizo
en la agreste carrera de la vida?*

*¿No dan mis ojos rostro
a un misterio para mi propio intelecto?*

*Mis manos desfallecen,
faltas de dulzura...;
imploran alegría,
bañarse
en las aguas lustrales del placer,
volar hasta las alturas de la dicha
y profundizar en las grutas del saber...*

*“Necio soy”, me decís,
ingenuo y apresado
por la severa gelidez
de temores invernales,
cuyas sombras lanceoladas
me impide admirar
el fulgor de la primavera
y de sus joyas celestiales...*

*¡Mas yo suspiro
por el verde de la vida
y el azul de la felicidad!,
y una fuerza agresiva,
mayor que los embistes
de un tigre de Bengala,
férreamente me domina,
y me insta a caminar,
a esperanzarme con cada aurora,
y a buscar el fruto de la novedad
en cada mañana resucitadora:
ese manjar que sólo madura
cuando nos abrimos, con luz y holgura,*

*a la naturaleza, a la historia y a los sueños:
a la efervescencia que despiden
los rayos de toda aventura...*

*¿Qué espíritu subyace
al raudo decurso de los tiempos,
sino un poder infinito,
forjador de galaxias y de constelaciones,
escultor de verdades y orfebre de ambiciones,
un brío creador que todo lo comprende,
del que todo surge y al que todo vuelve,
la ambivalente teofanía
de lo innombrable e incognoscible,
que todo lo abarca con su magnificencia,
con esa enmudecida,
con esa esotérica,
con esa inasible,
mas gloriosa espiral de energía
y cometa de voluntad indómita
que estremece la razón
y conmueve el sentimiento
con los sonoros compases de su valentía,
y cuya pujanza sólo aflora
en esas perlas regias
que los dioses nos legaron,
como obsequio por nuestro dolor
en esta tierra regada de lágrimas
y anegada de melancolía:
el amor, la belleza y la sabiduría?*

*¡Ah!, mis labios repiten
estas palabras sagradas,
estas dicciones angélicas,
pero no quiero nublarlas
con la lobreguez de mi discurso,
ni pretendo profanarlas
con la vacuidad de mis vocablos...*

*Ansío entregarme a ellas,
y erigirme en súbdito
de su benevolencia,
porque sólo exhalan
frescura y acción,
éxtasis y clemencia...*

*Esta trinidad de maravillas
entrelaza un eslabón áureo,
cuya luz de beneplácito
nos vincula a lo insondable
y nos ata a las fuentes de la vida:
el cordón umbilical
que nos une a lo inefable;
porque quizás el silencio,
en su eternidad impasible,
en esa libertad majestuosa
que impulsa la blancura de sus alas,
hechuras de marfil límpido,
en los ecos de su robusta permanencia,
constituya la verdad del universo,
la docta epifanía del ser
en su más amilácea pureza,
el más elevado concepto
y la más sólida certeza:
el pontífice que hermane
las realidades y los sueños...*

*

¡No capitulemos ante la nostalgia! Ya proclamó Hegel que siempre caminamos entre las ruinas de lo egregio. Hemos de morir para que se renueve la vida, y los resplandores pretéritos han de ceder su eximio testigo a las generaciones venideras, cuya tarea estriba en abrir, sin cesar, los horizontes de lo humano. Quizás nunca más retornen algunas de esas luces divinas cuya evocación todavía hoy cautiva nuestra alma, pero no renunciemos a

inaugurar una edad aún más bella y edificante que esos floridos días que nos precedieron.

Pese a todos los males, perseverantes y perturbadores, que han atravesado la historia, hemos de afirmar: ¡ha merecido la pena esta difusa y zigzagueante andadura!, pues se han forjado obras que deleitan suavemente a todo espíritu, y se han irradiado las maravillas de la humanidad desde la serena faz de los santos y de todos los grandes hombres y mujeres... ¡Este áureo báculo, y no el cetro del odio, es lo que ha de blandir nuestro linaje! Cada drama humano representa una tragedia sinuosa, severa, y cada éxito individual pertenece también a la gloria de nuestra prosapia. ¿Y no yace en el diálogo un principio seminal para concitar concordia? ¿No cabe resolver, con palabras de entendimiento y verbos de amor, toda disputa, utopía ésta a la que se nos antoja difícil renunciar?

¡Qué amable y cálido resulta internarse en las sendas del optimismo universal, sé que desacreditado, pero cuyo haz golpea nuestra mente con fortificada y retumbante percusión, para incendiar nuestro espíritu con sus llamas enardecidas de entusiasmo!

Voz profética: *La imaginación nutre la epopeya humana:
es el pan de su intelecto.*

*Aun lo impensable se reviste
del bello manto de la posibilidad
en el infinito espacio del espíritu.*

*¿Quién nos habría revelado
que los vástagos de los hombres,
desterrados hijos de Eva,
se hallaban destinados a conquistar
los áureos cielos
y la jaspeada Luna?,
para colmar nuestras ilusiones,
acuciosas, perseverantes, divinas,
y coronar,
desde el trono de su fervor,*

*ese astro sosegado y remoto
que los antiguos contemplaban
con cándida y paciente devoción,
enamorado de un misterio
cuyo cálido soplo dulcifica la naturaleza,
ávidos de escrutar, en días puros
que immortalizan esperanzas afligidas,
y en noches doradas y susurrantes
que nos hacen admirar el mundo
y besar lo incognoscible,
la arcana psicología de los cielos:
su sentido, su luz, su razón,
para descifrar una palabra
henchida de consuelo
en estos espacios infinitos;
un verbo saciado de valentía,
aun en este silencio eterno.*

*Y ahora el hombre,
el incorregible hombre,
arribó a lo alto,
rebasó las nubes
y trascendió, con su poder,
todo lo alumbrado en la lejana Antigüedad...*

*¡Luna celeste!,
tu efigie ha sido objeto
de sueños y anhelos,
de imaginaciones desbordadas,
de leyendas y gnósticos secretos...*

*Has cautivado nuestros ojos
y has ensanchado nuestros sentimientos;
tú, nívea Luna,
tú, lívida perla,
tú, fúlgida antorcha,*

*que en las oscuras noches
 del invierno y del estío,
 del otoño y de la primavera,
 encendías la llama de la pasión,
 cuyas huestes abrasan los corazones
 y exaltan las emociones,
 y nos fascinabas con tu fervor,
 con tu primicia, regia y luminosa,
 en las alturas sidéreas que tapizan el cosmos...*

*¿Cuántas pupilas no soñaron contigo,
 qué visionarios absortos en noches profundas
 no acariciaron tu superficie
 ya al alba del humano tiempo,
 como si un cielo encogido cupiera
 en el hondo cáliz de la utopía,
 cuando la dudosa luz del crepúsculo
 se apresuraba a imponer
 su negro y vespertino manto
 sobre el prudente y fatigado día,
 y la imaginación era guiada
 sólo por tu magia y tu fantasía,
 inspirada en tus ansias sublimes,
 para ascender, impávida,
 hasta la cúspide de sus delirios,
 hasta esas estrellas rizadas
 que encumbraban nuestra alegría?*

*Al cálido fulgor que baña tu amparo
 escalaba mi alma todas las montañas
 y se sumergía en todos los mares,
 comprendía ideas inveteradas
 y escrutaba enigmas celestiales...*

*¡Y el hombre te alcanzó,
 pisó tus grisáceos suelos,*

*y refrendó, con aplomo,
las inderogables leyes de la ciencia!*

*¡Oh acto que hermana épica, belleza y sabiduría!
¿Qué habrán de declamar mis labios?*

*Mi corazón, mi entero ser entona
un ilimitado cántico de alabanza
por las proezas del hombre
y el inagotable misterio de lo humano...*

*Athanasius: Las hialinas irisaciones de perfección geométrica
que clarisas de pureza celeste hoy me envían
rejuvenecerán mi alma y sanarán sus sombras,
porque mi luz se halla hambrienta de colores vivos,
que de lo alto dimanen y a las alturas la eleven...*

*Pero el cielo de mi espíritu,
ahora transido de desesperanza y desasosiego,
hijo pródigo que vaga por esta vastedad de universos,
despoblada de almas, palabras y deseos,
férreamente apresado
en ese Tártaro de titanes desvalidos,
mientras su sed de vida se hunde
en oscuros abismos de impotencia y soledad,
al alzar vistas, corazones y promesas
descubrirá tesoros de conocimiento,
una hermandad de santas inquietudes,
una efervescencia mirífica
que concite las pasiones más bellas,
y se impondrá el amor sobre cualquier atisbo de melancolía.*

*En ese horizonte infinito que sobre mí impera
caben todas las emociones y brillan todos los anhelos.*

*Sea dorada su inmensidad
 o lóbrego su dominio,
 sea jubiloso o entristecedor
 el inabarcable espacio que se me ofrezca,
 la sola incitación
 a que mis sentidos huyan de esta prisión terrena
 y vuelen hacia la patria de la libertad,
 manumitidos de los grilletes seculares que los secuestran,
 y encandilados con esa enormidad que se yergue, majestuosa,
 ante el desconsolado fervor de mis ojos,
 me brindará un hontanar inagotable
 que surte sentimientos puros, hermosos y sinceros,
 enraizados en una profundidad que mora en mi corazón,
 en una hondura grata y delicada que ni yo mismo sondeo,
 habitantes de esa aurora recóndita, inefable y luminosa
 que sin cesar despunta
 en el cielo de la cortesía,
 primicia de un amanecer sereno y tonificado;
 ¡yo he de sucumbir mansamente
 a esa luz que la naturaleza me concede,
 a ese vergel fúlgido ennoblecido por experiencias
 que redimen mi soledad y la exaltan, con bravura,
 hasta la flamante y dulce cumbre de cuanto ansío:
 caminar más allá de mí mismo!*

*

¿Razón o sentimiento? ¡Ojalá regresara ese tiempo espléndido a cuya luz brotó la flor de la sabiduría plena! Mas ¿llegaron a coruscar los rayos de esa edad? ¿Iluminó alguna vez su dulce sol a las gentes de semejante época? ¿No preferiremos vivir, sentir, disfrutar, llorar y sonreír, aun sin alcanzar el conocimiento más excelso?

Fue Proust quien buscó, con ardor y lágrimas, ese tiempo de paz perdida por el que suspira el corazón. Pero ignoramos dónde despuntó el candor de esas idílicas eras a cuya hermosura idolatrada ha cantado el fervor de los poetas. Ni siquiera sabemos si existieron, si se alzaron bajo el sol que siempre

ha iluminado la Tierra la Atlántida descrita por Platón, la utopía de Tomás Moro, los vívidos relatos de Campanella: toda flamante chispa de esas realidades míticas enaltecidas por los sueños de civilizaciones milenarias... También ese mártir de la soledad, de la pureza y del espíritu llamado Hermann Hesse, fascinado por el misterio de edades áureas que moran en la imaginación de las más recónditas culturas del orbe, nos relató las vicisitudes de la sociedad de Castalia, obsesionada por el interminable juego de los abalorios (¿parábola del deseo humano de integrar todas las ramas del saber y de coronar la más alta torre de marfil, cuyos sagrarios custodien el infinito impetrado por ese Fausto que habita en cada individuo y en cada pueblo?) y con la exhortación a trascenderse, regida por una aristocracia platónica de sabios, por un firmamento sideral y armonioso que cobijaba a nobles y abnegados maestros, como Aljenadro y Tegularius, quienes se afanaban denodadamente en desertar de una historia marchita, de un tiempo inexorablemente condenado a la decadencia. Enamorados del saber como fin en sí mismo, estos émulos de los “Peregrinos de Oriente” tributaban su entusiasmo a estudiar las lenguas antiguas, la música barroca, la filosofía de Leibniz, los pormenores del sánscrito o las cimas de la literatura china. Buscaban, como Joaquín de Fiore, una tercera y ácrona edad de lo humano, desde cuyo denso y rebotante fulgor convergieran el destino de la materia y el horizonte del espíritu.

Sin embargo, José Knecht, tras haber adquirido elevadas órdenes en el seno de la comunidad castalia, tras haber alcanzado la categoría de *Magister Ludi*, osó rebelarse contra la tiranía impuesta por esa voluntad enloquecida de eternidad, de perfección y de una ciencia atemporal e indolente, sorda a los gritos de desesperanza que profieren los labios de los hombres. Después de entablar una conversación incomparablemente profunda y límpida con un sabio benedictino, aprendió a venerar, inspirado por los consejos de ese grato y aleccionador erudito que sólo vertía luz, la belleza de la historia, la hermosura de un tiempo que no sucumbe al estatismo, al ensimismamiento, al vasto silencio, sino que se abre al brío de la pasión, del amor, de la incompletitud. Decidió abandonar ese cálido universo ficticio forjado por los castalios, esa realidad etérea deliberadamente enajenada del tiempo, cuyo único cometido residía en proporcionar un refugio contra el irrevocable tránsito de los siglos, una evasión frente a la inderogable presencia de lo imperfecto en las sendas de la humanidad. Knecht se abrazó a la épica de la existencia, al insólito don del cambio y del crecimiento, aunque pereciera en esas aguas heladas que

simbolizan el gélido enigma de la vida... Frente a un mundo que languidecía, huérfano de entrega, ajeno a la tersura del compromiso con lo mutable y evanescente, consagró sus ansias a explorar el floreciente verde de la vida, esa fuerza tan bella que pródicamente dimana de los manantiales inefables y tonificadores del sentimiento.

No toleremos que nuestro espíritu desfallezca en sueños bifurcados, ni se limite a inventar construcciones mágicas, edificios fabulosos y embelesadores que jamás rebasarán la gloria de la naturaleza y la robustez de la verdad... “Tú me has hecho infinito”, escribe Tagore en esa inolvidable ofrenda lírica que nos otorgó la pureza de su alma. Y la infinitud despliega sus alas para transfigurar el mundo...

No hemos de dissociar la razón y el corazón: debemos propiciar que ambas potencias nos abran a mundos desconocidos, al fervor tan agudo y radiante que brota de vivir..

*

Para que brille con fulgor la savia de la felicidad, es preciso morir a antiguas vidas y resucitar a nuevas existencias; hay que disponerse a fallecer, para así renacer con un esplendor reverdecido, y abandonar todo vestigio tiznado de agrio conformismo. Hemos de blandir una antorcha rejuvenecedora: la vela que porta el fuego del entusiasmo, cuyo ardor no sucumbe ante atavismo alguno, sino que emerge, indómito, pujante y osado, para superar toda reticencia, todo prejuicio, y acariciar suavemente el espíritu con un brío que nos transfigura, demudados ahora por su hechizo consagratorio...

X

Un perdón que sane la historia

Ningún destino podría revelarse tan perverso como para privarnos de la magia resucitadora del perdón. A quienes han buscado con honestidad las fuentes más amorosas, bellas y sabias, y han ansiado compartir con las demás almas su anhelo inconmensurable de pureza, de entrega y de verdad, el perdón los vivifica desde el más arcano y profundo espíritu de nuestra humanidad. No existiría la historia sin la posibilidad de perdón, de entendimiento, de mejora. Nuestra grandeza reside en el perdón. Su hermosura excede toda imagen y desborda todo concepto.

Voz absolutoria: *Yo no te condeno: te amo, te siento;
tu mirada sana mi soledad,
y en tus lágrimas beso mi verdad:
un corazón puro y de noble aliento.*

*Amargura y rencor ya no alimento;
es tan bello el perdón, dulce heredad,
que sólo es luz, don, gozo y libertad
el grato aroma que hoy me otorga el viento.*

*¿No cesan ya las agrias profecías
de un mundo ajeno a la misericordia,
de un alma huérfana de sabiduría?*

*Suave, honda se desliza la concordia,
con verbos de clemencia y valentía
que sellan los pórticos de la gloria.*

Shakespeare: *“O, how this spring of love resembleth
the uncertain glory of an April day,
which now shows all the beauty of the sun,
and by and by a cloud takes all away!”*

Voz piadosa: *¡Oh Némesis restauradora
que castigas toda hybris
y sancionas los cauces del destino,
el voraz fuego de lo misterioso,
en los senderos de la historia
y en los caminos de la vida humana!*

*Clemencia te impetran los labios
de esta estirpe rota, humillada y afligida.*

*Concédenos vislumbrar esa docta luz
que refleje misericordia, amor y autonomía;
invádenos con la frescura del arrepentimiento...*

Voz ansiosa: *Todo recuerdo de males e injusticias
plantará el germen de clamores nuevos,
la semilla que nos impulse a volar
hacia cielos de promesa y esperanza,
redimidos por la fuerza del perdón,
sangre invisible e indolora
que derrite la frialdad del alma
como un sol eterno,
como un astro de luz incesante y virginal
cuyos rayos purifican el corazón humano,
y con el agua del amor,
limpian todas sus manchas....*

Voz profética Yo llamo a los pobres de la Tierra,
a los desheredados de este mundo,
a los olvidados de la historia:
no os importe el desprecio
ni temáis el desamparo;
las fuentes del amor,
de la belleza y de la sabiduría
pertenecen a la humanidad;
un mismo cielo os cubre, acoge e ilumina;
alzaos con el estandarte de la sonrisa,
la ternura y la compasión,
y desde ese púlpito de paz pura y difusiva
conquistaréis el tiempo
y apagaréis todo hálito de injusticia.

Vuestro es el areópago del futuro...

Construyamos juntos un nuevo humanismo
y hagamos de la tierra un cielo.

El viento de la vida soplará
sobre campos moribundos y almas abatidas:
será la aurora de la solidaridad,
cuando el corazón humano
forje lazos perpetuos
con todo vástago del espíritu y de la naturaleza.

Yo lucho por la intelectualización del hombre,
y en ese porvenir que supere todo egoísmo
no existirán ya fronteras, jerarquías y humillaciones:
tan sólo brillará la luz límpida
de una conciencia compartida;
todo genio se aposentará en toda alma,
y todo dolor se diluirá en todo cuerpo,
y toda esperanza redimirá todo corazón...

Abrámonos a la belleza del perdón, cuya claridad libre desata las ásperas cadenas de la necesidad, porque la mano omnipotente del amor, la fuerza inextinguible de la filantropía, redime todo pasado...

-“Te perdono” - Me confiesas con una mirada y unos labios que me desarmen. Y sí, ha vencido el amor sobre la justicia, la libertad sobre la necesidad, la voluntad sobre la razón, porque el perdón expresa el triunfo de lo nuevo, la legitimidad de creer en una aurora tan hermosa, tan pujante, tan bañada de una luz capaz de sosegarlos y de impulsar el alma, que toda tragedia pasada, toda afrenta, toda iniquidad..., sencillamente perecen ante el poder de la misericordia.

El perdón encapsula el fruto más dulce derramado por la fe en una realidad que logra desafiar el silencio, el deber, la obligación, la rasa utilidad, el inhóspito intercambio. Con el perdón despunta ese rayo sobrecogedor que porta la exuberante semilla de dones límpidos. Y ante lo gratuito no caben palabras. El alba de la entrega ha amanecido para irradiar un fuego que derribe toda frialdad. La juventud ha renacido para sanar el envejecimiento que ofusca el espíritu. Nos posee ya la primavera, y es ahora posible alabar la grandeza del género humano, porque tu gesto, esa humilde muestra que exhala clemencia, ha fulminado cualquier atisbo de recelo. Súbitamente se ha deshecho la gruesa y agria coraza que me recubría, esa aprensión hacia mi estirpe, ese pesimismo, esa consternación ante la falta de ternura y de piedad que con frecuencia impera entre mis hermanos. Es la magia de la indulgencia, cuya fuerza trasciende toda barrera explicativa, y destella un hálito de pureza tan conmovedor que sólo queda contemplar, sólo cabe rendirse ante la espada de la bondad, ante un sable de filo tan suave y delicioso que toda alma añoraría ser traspasada por su enhiesta punta. Resuena, aun confusamente, el eco de eso que llamamos milagro. El hechizo de la vida se despliega ante mis ojos, provisto de todo su esplendor, y este espectáculo desconcertante me condecora con los más altos e intangibles honores del mundo. Pues ¿qué más osaría pedirte, si me ofreces tu perdón?

El perdón es servicio; en él cristaliza un compromiso con el futuro; desde su seno, tributamos la más cálida veneración al derecho a crecer, a mejorar, a alzarnos de nuevo tras haber caído tantas veces sobre la dolorosa sequedad que entumece la tierra. Me perdonas, y yo me sacudo el polvo que me ahoga,

esas virtutas de arena que reflejan mi perversión y al mismo tiempo evocan, con asombro, mi abajamiento. Y ahora soy flamantemente feliz, pues cuando me deslizaba por la áspera pendiente de la soledad, ha llegado tu perdón para rescatarme. He cruzado ya el pórtico de la gloria, y quizás me reserve aún más sorpresas la existencia, pero en tu perdón he palpado el sumo bien, y mis ambiciones intrusas se redimen.

En el perdón florece la palabra y se marchita todo vestigio de gélido enmudecimiento, pero se trata de una palabra tan profunda que no ha de no ser pronunciada, sino sentida. Y yo siento ahora el perdón, porque la gravedad de mi mal, el alcance de mi error, la robustez de mi egoísmo... palidecen como tenues luciérnagas desbordadas por el brillante resplandor de la luna llena, que platea los campos y magnifica los anhelos. ¡Cuánta luz! La oscuridad de la justicia nada puede contra la generosidad, y ese perdón que me otorgas no lo merezco.

—“Gracias”— he de decir, y con ello interiorizo y proclamo al unísono el discurso más hondo y sincero, un mensaje que nos comunica la verdad que envuelve la vida; una misiva imbuida de tal elevación, valentía y entereza que un único vocablo basta para actuar como heraldo de los dioses, como relámpago desatado por lo eterno. —“Gracias”—, porque en tu perdón me reencuentro, exulto y te deseo. —“Gracias”—, porque ahora descubro la humanidad. Me perdonas, y por ello conquistas mi entero ser y fascinas mi frágil corazón. Me perdonas, y por ello creo en la vida. Me perdonas, y entonces me inunda la esperanza. ¿Revelará la mente humana un misterio dotado de mayor belleza? ¿Alumbrará nuestra imaginación un reino que custodie un tesoro más edificante? ¿Escribirán nuestras manos una historia más aleccionadora?

*

Amamos ardientemente a la humanidad. Nos embriaga su nombre, esas bellas letras en cuya figura se condensa la inabordable variedad que ensalza nuestra estirpe, mas no siempre logramos amarnos los unos a los otros a título individual...

Se nos antoja más sencillo profesar amor hacia la languidez de un concepto que hacia la viveza de un semblante desfallecido, ávido de ayuda y de ternura bajo los flamantes soles que despuntan y fenecen sobre nosotros.

Esta hiriente contradicción horada también a los espíritus más elevados. En nuestro *yo* se hunde un fondo oscuro e inasible, en las estremecedoras llanuras abisales donde pugnan el ser y la nada. Todos somos, en definitiva, santos y pecadores al unísono. El “*simul iustus et peccator*” entonado por Lutero expresa esa paradoja, esa antonimia irresoluble y procelosa que nos perfora.

Nuestro deber no puede consistir en desterrar todo hábito de negatividad de los predios de esta tierra: hemos de crecer; debemos conquistar el futuro que redima a una humanidad heridas desde tiempos aciagos por la espada de la tiranía. Hemos de crear; debemos emplear todo nuestro poder para expandir nuestro pensamiento y acoger en su seno más profundo todo cuanto hoy carece de espacio en sus difusos dominios. Jamás excluirémos el mal de los serpenteantes caminos del mundo y de la vida: hemos de afanarnos en luchar, en sobreponernos a la fatalidad, en edificar un reino de felicidad, aun cuando sepamos que nunca se ausentará por completo la tragedia... Sin dialéctica, ¿subsistiría la humanidad?

Lo antagónico mueve los elementos del cosmos, la invencible dualidad, el perenne caduceo de serpientes enroscadas. Se trata de un equilibrio entre *filia kai neikos*, entre el amor y la discordia, entre la unión y la disgregación, entre la permanencia y el cambio, como lo vislumbró ese espíritu fascinante, nacido en Agrigento, que fue Empédocles. Y así sucederá, hasta que el amor se erija en la única fuerza, en la energía suprema del universo, como lo presagió aquel jesuita soñador y solitario, vagaroso por las estepas de China y los inescrutables senderos de la fe, siempre arduos, dolorosos y dilatados.

Spinoza: “*La conmiseración en el hombre que vive
conforme a la guía de la razón
es por sí mala e inútil*”.

 “*La humildad no es una virtud,
pues no nace de la razón...*”

Voz de gratitud: *No nos obligues,
razón tirana,
faz oscura,
potencia avara,
a plegarnos ante necesidades impertérritas,*

*cuyo invicto poder bautiza las vastedades siderales
con las regias aguas de su majestad incommovible...*

*Bien sé que la misericordia desafía todo juicio,
y con viveza recuerdo que los sabios proclaman
un amor intelectual y una virtud serena
frente al ríspido temor, la agria debilidad
y la marchita tentación que el egoísmo impregna,
pero en mí arden el fuego y la pasión,
y mi sentimiento transmuta, retoño de belleza,
los grises cielos donde mora mi razón,
fuerza mía que ya no busca certezas incólumes
en las tibias heredades de esta naturaleza áfona
y de estos bosques, collados y valles adoloridos
que trastornan la límpida nobleza del arco iris;
frágil criatura sometida al imperio nebulosode frías,
sordas y angustiosas leyes universales,
cuya autoridad gobierna este mecanismo ingente
del que somos meros e intrincados engranajes,
hilillos perdidos en madejas inabarcables...*

*Mi fruición ha saboreado los frutos de la libertad,
y aspiro a transformar el cosmos y a cambiar la historia,
guiado por la brújula, áurea e infalible, de la solidaridad;
poco me afecta ya la grandiosidad del firmamento,
pues he hallado en mi pecho reinos gozosos e infinitos
donde sí caben la clemencia y la piedad,
y a cuya luz se admira la ternura,
pues el angosto espacio del intelecto ha sucumbido
ante el brío divino que irradia la hermosura,
y se transfigura el aplomo de la otrora altiva inteligencia,
que no ansía más descifrar los densos arcanos de la tierra,
sino enfrentarse a los cielos y a los mares con valentía,
y redimir la tristeza y la amargura
con el bálsamo, dulce y difusivo,
que compone los santos griales de la alegría...*

*Mi razón es sentimiento,
y mi amor, sabiduría;
todo es en mí todo,
sin confusión, ni división, ni anarquía:
una unidad inefable y recapituladora,
una apocatástasis escatológica,
un apocalipsis de concordia y luz
que clama por abrir las fronteras de la vida...*

*Lo aciago perecerá
ante las pulsiones del amor
y el imperturbable fuego de la sabiduría,
y ese esplendor que enhebra montes,
prados, llanuras y ríos,
la gloria de las rosas y de sus corolas,
la mitra suavizada de todo pétalo
y la ternura que baña las amapolas,
inundará la espesura de mi alma
con el grato ardor de la alegría,
porque en su belleza descansaré,
y me poseerá su solemne valentía.*

*¿No oís cómo resuenan
las vivaces gotas del rocío,
y cómo laten los corazones
y se embargan los espíritus
con el follaje de los árboles,
con el primor de sus hojas
y la reciedumbre de sus flores?*

*¿No contempláis cómo crece
la dúctil esfera de la naturaleza?*

*¿No sentís la fuerza de la vida,
el tronar de las corrientes
de aguas puras y cristalinas*

*que horadan las montañas,
amplían las fértiles hondonadas,
socavan, rumorosas, las colinas
y desbordan, con el haz de su música,
bellos océanos saciados de fantasía?*

*Cuando se asomen las estrellas,
allá en las altas horas de la noche,
para saludarme tras el crepúsculo,
no habré de despedirme de la luz,
ni rendirme al anhelo de la aurora,
sino venerar esa bóveda tan efusiva,
y conversar con cada astro pontificio,
con cada abnegado foco que exhala energía...*

*¡Ah fresca de la Luna y de los cometas,
claridad que reverbera con mayor potencia
que el deslumbrante sol de cada día!,
¿no he de alabarte por cuanto evocas,
por haber inspirado a nuestra estirpe
ya en el recóndito albor de los sueños?*

*¿Cuántos sabios, santos y profetas
no desfallecieron ante tu pulcra magia,
para alumbrar en sus espíritus
el hondo amanecer de lo divino?*

*Es ese brillo indescriptible
lo que palpan los leales servidores
de dones sagrados e inmarcesibles.*

*Eres tú, firmamento sideral,
cúpula impenetrable,
noche vibrante y sobrecogedora,
la madre y maestra de las religiones,
de las artes y de las filosofías,*

*ese aliento inextinguible,
profundo, incognoscible,
cuyo hálito de misterio nos impulsa
allende los confines de la vida.*

*Tú, cosmos,
síntesis de intelecto y materia,
triángulo perfecto,
tríada de concordia,
enlace de belleza
en los desposorios
de lo intangible y lo tangible...*

Athanasius: *Yo no condeno; tampoco salvo.*

*Sólo busco engrandecer al hombre:
sus posibilidades,
su mente y su corazón,
para franquear nuevas fronteras
y descubrir mundos inexplorados.*

*Yo sólo aspiro a crear,
¡oh cielo eterno!,
y amar es crear,
pensar es crear,
conocer es crear,
disfrutar es crear,
sentir es crear...*

*Yo canto a la infinita alegría
de vivir en este mundo enigmático,
poroso,
colosal,
crujiente y desconcertante;
de convertir el dolor en dicha,
de luchar contra el sufrimiento*

*y de soñar con amaneceres nuevos
y primaveras hoy vedadas.*

*No me impresionan
esas lágrimas fingidas
de quienes sólo contemplan
la desesperación del hombre,
y gritan a esquinas recónditas
con bramidos que esconden
tristeza punzante,
inseguridad
e impotencia indómita,
fanático abandono.*

*Yo amo mi soledad
como ventana a una vida
que renace sin fin;
yo amo mi condición
de cosmos en el cosmos,
de ave que vuela en armonía
con las alas de la materia
en su perpetuo fluir,
de gota en el océano del ser,
de tensa cúspide
en el inabordable valle del mundo,
de vigía que observa calmadamente
los misterios del universo,
afanado en escrutarlos
con sus ansias poderosas.*

*Y en crear lo innominado
estriba la belleza pura
que alaban mis ojos
y declaman mis labios.*

*

Sin embargo, incontables son quienes han abandonado el mundo sin gozar de la belleza de la compasión. No se desvanecerá el recuerdo de todo el dolor de la humanidad pasada y del inenarrable sufrimiento que ha conducido hasta nosotros, sino que alimentará nuestro anhelo de progreso, conocimiento y libertad. El fruto del perdón sólo madura en las más altas cúspides de la razón y del sentimiento, cuando la mente humana ha rebasado los fieros cánones del deber, de la ley, de la necesidad, y se ha aventurado a respirar el aroma de una libertad que no sobrevuela el rencor y la nostalgia, pues se presta a surcar unos cielos nuevos.

Hemos de ensanchar las alas de nuestra memoria, como suplicara Walter Benjamin. Acojamos todos los nombres de la humanidad, pero rebelémonos contra quienes reducen el hombre a su historia (“Qué sea el hombre sólo se lo dice su historia”, escribió Dilthey) y encierran la brillante luz del futuro en la nostálgica cárcel del pretérito...

Anhelaría salvaguardar en mi memoria todos los nombres que ha exhibido la humanidad; onomásticas en su mayoría anónimas, por pocos recordadas, pero que alumbraron bellas esperanzas, se afanaron en vivir, lucharon por encender luces diferentes y sentaron las bases de nuestra historia. Somos sus herederos. Debemos profesarles el más sincero de los agradecimientos. Muchos cometieron errores, y perpetraron gravísimas equivocaciones que tardarán mucho en disiparse, pero creo que la mayoría ansiaba un único bien: la felicidad. Tan sólo buscaba un don que respondiera a su deseo de amar, de conocer, de disfrutar de los placeres, aun pereceros, que envuelven la vida.

Quisiera asumir el peso de la historia, aunque ignoro si mis hombros se revelarían lo suficientemente recios y tenaces como para sobrellevarlo, y hacer justicia a todos los que no descubrieron su grata luz mientras residían en este orbe tan exótico. Convivimos con una realidad de la que es vano evadirse: el sufrimiento inexplicable, el mal que rebasa el límite de nuestra frágil comprensión.

¡Qué desesperación la mía, al pensar que tantos nombres que ha adquirido la humanidad se evaporarán, cautivos del inclemente furor de la delincuencia, obliterados como fugaces huellas de arena que colapsan ante los

indóciles soplidos del viento! ¿Dónde se alzan esos nombres? Es mi pregunta, es el grito fragoroso que lanzo a quien pueda oírme. Y ojalá alguien me oyera; ojalá alguien extendiese, solícitamente, su mano de serenidad, y me otorgara ese mensaje tan codiciado que sanara la desgarradora nesciencia que invade mi espíritu. Me siento tan solo, tan aprisionado en el más sofocante de los ensimismamientos, tan anclado en un no saber que asesina lentamente todo ímpetu, tan impotente ante este vasto océano repleto de dudas inmisericordes... ¿Por qué ha poseído tantos nombres la humanidad? ¿Para qué vivir, si hay que morir? ¿Hasta cuándo persistirá la humanidad en su insondable empeño de adoptar nombres y apelativos tan variopintos, en tantos y tan prolijos enclaves y en tantas y tan álgidas épocas? ¿Dónde la contestación a estos interrogantes que me abruma?

Nuestro mundo no alcanzará la justicia verdadera mientras no preserve, en la dulce morada de la reminiscencia, todos los nombres que ha recibido la humanidad. Sólo cuando fuéramos conscientes de lo acucioso de conmemorar a cuantos nos han precedido, y nos arrogásemos, profética y audazmente, la responsabilidad de portar la antorcha de nuestra memoria colectiva, habríamos edificado un orbe digno de que lo habite el género humano.

Y no palpo mayor justicia que esa luz que nos concede el arte. Con la literatura immortalizamos la memoria de quienes fallecieron sin haber gozado de la grandeza de la vida. Sus aciagos infortunios se transfiguran en una vibrante semilla de eternidad cuando el fervor estético, la más sublime y angélica de las hermosuras, perpetúa su efigie, su dolor, su sentimiento, en la gloria que coronan esas eximias obras que condensan la belleza universal. Los poetas, los escritores, los pintores...: a todos ellos se les ha encomendado la noble tarea de custodiar el testigo de los nombres que ha tomado la stirpe humana. La memoria de esa anciana que murió tras décadas de padecimiento angustioso y de trabajo incansable, sin percibir recompensa alguna en vida, ha de ser reivindicada por el poder redentor del arte, porque la mayor riqueza de la humanidad resplandece en el áureo brillo de la compasión. A través del arte nos convertimos en partícipes de su amargura, compartimos la mortificante aspereza de su tribulación, y nos consolamos al unísono, juntos en la más hechizante de las compañías, con el hermoso y fúlgido sueño de que mañana construyamos una urbe nueva, un prodigio que desafíe las maravillas que hoy nos fascinan, para liberarnos, con su brío mesiánico, de las sojuzgadas ataduras que impone el pasado.

No me desprendo de la siguiente utopía. Irradia delirios de fantasía que algún día me asaltaron, y cuyos ecos apremiantes regresan a mí con insistencia, como un espectro que ambicionara secuestrar mi alma y atenazar mi inventiva: en el futuro evocaremos, vívidamente, todos los nombres que ha tenido la humanidad. Ni uno solo caerá rehén del furtivo olvido. Todos los hombres y mujeres anónimos que han cincelado, hijos del esmero, nuestra historia hallarán acogida en la angusta galería de los recuerdos, junto a los grandes científicos, a los músicos ilustres y a los más distinguidos santos, místicos, filántropos y estadistas. Nos enorgullecemos, honestamente, al experimentar en nuestras carnes la extraordinaria pujanza de la memoria, cuya estela constituye nuestra mejor y más eficaz arma contra la muerte y su indolencia. Despuntará la mayor expresión de solidaridad que el mundo haya conocido. No puedo imaginar una muestra más excelsa de concordia, de unión entre los corazones y las mentes de la humanidad. Nadie será preterido, porque nuestras energías se volcarán hacia el cuidado de la memoria de quienes nos antecedieron en las inescrutables sendas de la vida. Nadie habrá caminado en vano bajo este centelleante firmamento. Todos se internarán en la magna biblioteca de nuestros recuerdos, cuyo tamaño excederá, inconmensurablemente, el de todos los templos sapienciales que hayan divisado nuestros vigilantes ojos. El mendigo que expiró, agónico, en una escondida esquina, sin que ningún rostro de ternura lo auxiliara, dispondrá de un espacio en esos fabulosos anaqueles. Las generaciones venideras acudirán a ella para rememorar, celosamente, a sus antepasados. Los niños y niñas de las escuelas estudiarán en la biblioteca de la humanidad, y rendirán pleitesía a tantas personas, otrora desdeñadas, que sembraron el bien en esta castigada tierra. La compasión adquirirá tales y tan impredecibles dimensiones, y tanto habremos ensanchado las suaves alas de nuestro espíritu y de nuestra magnanimidad, que esparciremos conmiseración también hacia quienes sucumbieron al mal, porque nos entregaremos a la magia del perdón, y la piedad sellará la más bella rúbrica de nuestro linaje humano.

Mi utopía quizás se nos antoje un delirio, una manifestación de profunda y desbocada locura. Probablemente lo sea..., pero la locura inspira el arte, exhala el espíritu de la creatividad y nos conmina a abrir, inauguralmente, esa dorada ventana que mira al escenario aún no explorado. Ojalá me arrebatase una locura de tintes divinos, si así lograra vislumbrar tan altas esperanzas, porque vivir es soñar y soñar es vivir, y ningún verso puede declamarse en vano...

*

No cesan de fascinarnos el poder, la grandeza, el esplendor que ha bendecido a tantos espíritus cuyas estrellas han brillado, rutilantemente, en las más elevadas alturas del cielo. Reverbera en sus faces esa apetencia desbocada de gloria que embriaga tantos corazones, rayos de indolencia que ningún amor destrona. Alejandro Magno, Julio César, Marco Antonio... Y, no hace tanto, Napoleón anheló conquistar Europa para difundir los ideales de la Revolución francesa, a pesar de haber sucumbido a la esclavitud de una voluntad irredenta de poder. Napoleón, emperador de Francia y de media Europa, quien liberó a los oprimidos de injusticias seculares y abrió los guetos de los judíos con el fuego de la tolerancia, ansioso de derruir los muros del oprobio para inaugurar el templo de la humanidad... Su astro se alzó sobre las ocres arenas de Egipto, junto a pirámides milenarias que desafían la tácita majestad del cielo. Más de cuarenta siglos contemplaban su efigie durante esa célebre batalla; ¿no palpaba, acaso, aquél que había de protagonizar la historia la sagrada carga del pasado? ¿No soñaba con ofrecer a los tiempos venideros un legado perdurable? Sí, rescató la antigua civilización egipcia para el mundo del saber. Ennoblecó nuestra búsqueda de conocimiento, al propiciar que doctos y artistas como Fourier y Denont redescubrieran una de las cunas de la historia. Y es que morimos cuando olvidamos el largo sendero de la vida y de la pasión que conduce hasta nosotros...

Pero nadie, ni siquiera los próceres más descollantes y receptores de la más venerada pleitesía, se libran de las amargas contradicciones que permean el espíritu humano. Napoleón entregó constituciones a numerosos pueblos, cuyos artículos aspiraban a avivar el ardor de la libertad y a propagar el ideal de la fraternidad entre todos los hombres y mujeres. Limitó el poder de la Iglesia, proclamó la igualdad y el imperio de la ley..., mas ¿qué fin movía sus ímpetus? ¿Acaso no suspiraba, ante todo, con el refulgir de su águila imperial a través de medio orbe? ¿A la gloria de qué alma tributaban cánticos las victorias de Austerlitz y de Marengo: a la flor de la causa de la libertad o a la gélida jactancia de un hombre inexorablemente caduco? Su onomástica pervive, inscrita con letras doradas impresas en los libros de historia. Su ambición ilimitada, su codicia insaciable, ¿no rubrican la condición humana? ¿No representan el epítome de nuestra naturaleza?

Más allá de las aparentes glorias que todos los imperios se atribuyen, permanece el sufrimiento de los pueblos, de hombres, mujeres y niños para quienes la historia reservó un destino cruel: servir a la soberbia y al poder del egoísmo. No han de seducirnos quienes alaban las virtudes de los grandes de este mundo. Debemos mirar a los pequeños, a los últimos, que quizás lleguen a ser los primeros; a los postergados, a quienes encarnan la verdad humana en su más frágil y enternecedora impotencia. En su corazón ha de residir la áurea meta de nuestro recuerdo.

Sí, todo es vanidad, y este sentimiento que corroe y aprisiona el espíritu para apoderarse, henchido de ínfulas narcisistas y avasalladoras, de fuerzas sublimes que moran en el alma, ¿no condensa la tragedia más altisonante de la humanidad, de una estirpe incapaz de despojarse del deseo de dominio ríspido y de majestad adulterada?

Voz piadosa: *Mis ojos han contemplado
la gloria de la bondad,
entre hondos y luminosos suspiros
que mutilan mi melancolía....*

*Ya no se arrodilla mi alma
ante testas coronadas
por los amargos laureles del poder
y el ciego discurrir de los días,
sino ante almas sabias,
nobles y bondadosas,
verdaderos reyes del mundo,
pues rigen el universo
con la luz de su ciencia y de su amor.*

XI

También el arte morirá

¡Sublime arte!, manantial por cuyas aguas fluyen nuestros anhelos más vistosos y puros, encarnación de los sueños más vivaces que abriga el espíritu humano... ¿Cómo describir tu poder? ¿Cómo expresar ese haz de emociones que suscitas en las almas, ansiosas de ser demudadas por la magia tan deleitosa y fecunda que nos inspiran las mejores obras de la estética universal?

En las mayores creaciones del arte resplandece el museo de los sentimientos humanos. Su luz expande la imaginación, tarea esencial no sólo para el crecimiento de nuestra inteligencia, sino para el engrandecimiento de nuestra sensibilidad, de esa finura de espíritu que nos permita comprender mejor el mundo y las complejidades de lo humano.

Sin embargo, no concibamos el arte como un cálido refugio de belleza frente a la ciega vastedad de silencios cósmicos que nos envuelve, sino como una exhortación, deslizada suavemente desde el hontanar de las vocaciones más profundas y nobles, a extender nuestros brazos para palpar todo el dolor que perfora el firmamento, para convertirnos en los nuevos Hércules que sostengan la esfera celestiales...

Voz ansiosa: *¿A qué te compararé,
don, hipérbole, florido cielo
que exhala la naturaleza
y aletea en el espíritu,
pues desafías todo concepto,*

*dada la desmesura que cubre tu belleza,
y en tus ojos late un exceso de energía
que policroma los techos del mundo
con su mosaico de matices delicados,
y cuya luz impulsa las estrellas,
cristalizaciones de anhelos profundos
que custodian todo secreto humano,
hacia las altas moradas de la fantasía?*

*¿Despuntarán los rayos de una aurora
cuyas aguas bautismales me invistan
de coraje, nitidez y ardor para resaltar,
desde el gozoso coro de mi espíritu,
desde paraninfos de piedad y recogimiento,
el fértil tesoro de tu ubérrima hermosura?*

*¿Exaltaré esa llama de fuerza superabundante
que abrasa mi corazón con sus admoniciones
puras, nobles y aleccionadoras?*

*¿Me concederá la copiosa gracia del amanecer
mostrar tus maravillas más eximias?*

*¿A qué homologaré lo bello?
¿A qué astro commensuraré
el proceloso mar de lo sublime?*

*¡Oh inagotable alma mía,
cuán estériles se revelan tus apetencias!*

*Débiles son mis obras,
pálidas figuras
de ansias malditas;
nunca expresarán mis palabras,
ni jamás brotará de mis labios,
lo que en verdad siente
el fondo abisal de mi espíritu...*

*Mas no hemos de turbar el pensamiento
con la difusa luz de la perfección,
ni con la advertencia profética
de la atroz fragilidad de los vocablos...*

*Yace en los suaves prados de la imperfección
nuestro jardín de rosas divinas...*

Don Quijote: *Yo no cesaré de batirme
con colosos y molinos
de condecorados vientos,
y marcharé tras doncellas imaginarias
por los agrestes llanos de la Mancha,
y mi fervor ansiará gobernar
en ínsulas desconocidas,
porque soy hijo de la fantasía,
y florece en las leyendas ese elixir
que llena de sentido la vida,
y destella en mis aventuras
una esperanza que desafía
todo viso de amargura,
toda ceguera ante la utopía,
toda orfandad de ideales,
toda agria y gélida apatía.*

Quevedo: *Es amor lo que mueve el arte:
un amor que desprende claridad;
un amor por la vida cromado de tal belleza
que despoja la muerte de su oscura pujanza.*

*Mientras los múltiples saberes duermen,
aletargados en un Olimpo altivo,
clama el espíritu por besos y caricias,
por brazos y manos,
por ojos y oídos,
por las brisas de la carne*

*y el hálito de la ternura,
y no cesa de resplandecer en el alma
el dulce recuerdo del amor,
que es la viva faz de lo amado
impresa por el fuego del deseo,
cuya llama es pura e indeleble,
pues nos invita a franquear
los gloriosos pórticos de lo eterno:
de esa entrega, limpia y libre,
que nos rescata de la cárcel
de nuestro umbroso egoísmo.*

*Al no ser ya sujetos
de anhelos insumisos,
ni vacuos objetos
de apetencias descomedidas,
no se alza, turbadora, la muerte,
ni afanosa, la vida:
tan sólo brillan la integración,
la paciencia y la armonía,
melifluos acordes de la eterna primavera;
abandonamos ese mundo pesaroso
de cuanto descubren los sentidos,
y penetramos en nobles moradas
que custodian dones intemporales
y por los dioses benditos.*

¡No, no vencerá la nada!

*Quizás sepulte mis amores
la áspera penumbra de una tristeza
que ahogue el ímpetu de la vida
y seque el manantial de la belleza;
quizás se oculte,
rehén de ocasos escatológicos,
la tersa luz del nuevo día*

*que amanece, con fe y abnegación,
para alumbrarme en mi melancolía...*

*Arribará, sí, la amargura,
y germinará la nostalgia,
y expirará la profundidad
que fascina el espíritu,
pero ninguna muerte borraré,
con sus inclementes tachaduras,
el perenne legado de la vida,
el don del amor,
la luz de la belleza
y la gracia de la sabiduría.*

Schiller: *“Auch das Schöne muss sterben”...*

Spinoza: *“El sabio piensa en la vida,
no en la muerte”.*

Gracián: *“La destrucción de una criatura
es generación de la otra;
cuando parece que se acaba todo,
entonces comienza de nuevo,
la naturaleza se renueva,
el mundo se remoja,
la tierra se establece
y el divino gobierno
es admirado y adorado”.*

Epicuro: *Si cuando nosotros estamos
la muerte no está,
y cuando imperan las cohortes de la muerte
ya se ha ausentado nuestra sombra,
¿por qué aprisionar el pensamiento
de siglos y muchedumbres
con la evocación de sueños
que siempre nos resultarán ajenos?*

*¿Por qué no entregarnos,
con paz, profundidad y finura,
al decoroso arte de vivir,
de amar, de sentir,
cuya luz ha de brindarnos
sosiego y no amargura?*

Voz nostálgica: *Si la lira se rompe,
fenece la armonía;
cuando desaparezca el mundo,
se apagará todo eco sublime
con la sombría belleza de una flor marchita,
cuan restos ominosos de verdades perdidas...*

Pascal: *¡No, no renunciemos a proyectar la mirada
de nuestra alma ávida e irredenta
al oscuro reino de la muerte!*

*La sabiduría asume el óbito y la vida,
y dirige la imaginación y el pensamiento
a las coloridas sendas de la existencia
y al lúgubre temor que la muerte inspira.*

*He aquí la fuerza de la honestidad
y el poder de la valentía...*

*Vivir es ya morir;
las grietas de todo rostro
rubrican la estela de lo perecedero,
por lo que hemos de reflexionar,
con coraje, tesón y hondura,
sobre el agreste destino que nos aguarda...*

*Sólo las aguas puras y meditativas
de espíritus que osan percolar
por los intersticios de rocas adustas,*

*cuyas espesas corazas tiñen el cosmos
de vacío, incomprensión y fatalidad,
colman el cáliz de la filosofía
y embellecen la copa de la ciencia.*

Voz piadosa: *Sacralizado en la perpetua orgía del misterio,
cálices y cruces presiden esta ceremonia
que muchos presagiaron
en tímidos crepúsculos de audacia,
y brota la aurora escatológica:
ciervos y gacelas brincan
junto a fieras y serpientes ávidas de amor.*

*El mundo renace
y parece esta vieja humanidad;
las intrépidas alas de la imaginación
desbordan toda frontera,
y toda certeza se sacrifica
en el altar de lo posible;
pero yo os digo,
artes, religiones y filosofías:
¿amáis la verdad?*

*Diseminad haces de consuelo, entrega y heroísmo:
mi espíritu se desvive por la verdad.*

*Todos mis suspiros fluyen
hacia esa mar vasta y tortuosa
que custodia la perla más preciada.*

*Todas vuestras creaciones sucumbirán,
prisioneras de su efervescencia,
y todo recuerdo de la ternura
que engrandeció el alma del hombre
palidecerá ante un solo atisbo de lo verdadero,
espejo de lo eterno.*

*No os encerréis en vanas palabras, formas y modelos.
Renunciado a vuestro propio narcisismo
y avanzad hacia el futuro
para recorrer el velo de la ignorancia.*

Triunfarán quienes reconcilien verdad y sentimiento...

*Voz ansiosa: Rosas marchitas en víspera fiera,
pétalos de fuerza, arte y paz cautivos
del ágil galope de tiempos vivos;
¡eterno canto de verdad severa!*

*Nostalgia de felicidad sincera
desvanecida en silencios altivos,
flor furtiva, indeleble, astros esquivos,
¡hondo dolor que toda fe vulnera!*

*¡Muerte ajena al soplo de la clemencia,
bárbara ley que al corazón obliga
a renunciar al amor y a la ciencia!*

*Toda hermosa luz que mi faz bendiga
rasgará espesos velos de indolencia
y apagará el temor que hoy me fustiga.*

*

¡Oh tristeza! Porque toda esta hermosura ha de perecer. Esparcirá penetrantes y melancólicos rayos de luz que evocarán soles vedados en mundos silenciosos, y retornará el atroz polvo cósmico que nos persigue. ¿Cómo no entonar, al igual que en la célebre aria de *Alcina*, “*verdi prati, selve amene, perderete la beltà*”?

Pero no hemos de temerte, muerte aciaga, sino desafiarte. Sólo si nos batimos con la sombra de tu nihilidad, con esa erupción de sinsentido que se desata cuando se produce tu desconsolador advenimiento, iluminaremos la vida y clarificaremos el devenir. Sólo si nos afanamos en crear, sólo si an-

helamos lo imposible (y si no lo prohíbe la ley de la contradicción -e incluso entonces deberíamos ser cautos-, ¿cómo sabremos que algo es imposible?), lo que conlleva suscitar un don cuyo germen no se haya plantado en ningún campo, bajo ninguna noche sidérea o ningún cielo diurno, mereceremos portar el vigor del pensamiento y de la voluntad de amor, misterios que nos aproximan a lo eterno...

Voz ansiosa: *Todo puede ser fuente de tristeza,
que colme los mares con su amargura
y eclipse cualquier halo de blancura
con clamores de dolor y aspereza.*

*Ubicua sopla la letal flaqueza,
que destila llantos y desventura,
mas late también una docta hondura
que exhorta a la pasión y a la entereza.*

*Entre pesimismo y bella alegría
se debaten hoy nuestros corazones,
profetas del gozo o de la apatía.*

*Al verde de la vida, a su energía,
ansío entregar mis tenues razones,
cándido afán que ama la luz del día.*

Voz piadosa: *Más allá de soledades y poetas malditos,
más allá de poderes, prestigios e instituciones,
más allá de ideas, libros y templos consagrados,
respirará mi alma el amor, la belleza,
el dulce néctar del saber,
su perfume místico y sus mansas claridades,
desasido ante una pureza de rayos amistosos...*

*Conforme peregrino por el mundo,
se alzan inmensidades pavorosas
que me torturan y fascinan,*

*y raudales de esperanza
devoran mis inquietudes;
mi corazón se estremece
de congoja y anhelo,
y me cubre con sus astros
la honda noche de las aspiraciones:
surcar el universo,
verter toda verdad y toda belleza
en la copa de mi espíritu,
degustar todo el amor reservado a esta vida,
acariciar las rosas de lo infinito
en un inhóspito desierto de soledad.*

*Camino lentamente
por parajes que exhiben
luces ajenas a mi comprensión
y al hogar de mi aquiescencia;
madura mi dolor y arrecian mis dudas,
la tullida sombra de una felicidad ausente,
la brisa tenaz de frescuras desvanecidas,
pero yo ya sólo soy esclavo de los sueños,
y bailo al son de una música inescrutable,
mientras dedos divinos pincelan
pudorosos óleos de inocencia.*

*¡Oh cielos que por mí veláis
desde reinos de silencio!*

*¿Por qué naufraga mi pasión
y se extinguen mis fuerzas,
arrebujado en mi abandono?*

¿Quién descubrirá mi destino?

¡Pero qué gozo respiro al sufrir sobre la faz de la Tierra!

*Extraños hálitos de deleite
se posan sobre mi rostro,
y coronan cimas invisibles,
ecos de paraísos olvidados,
primaveras de futuro
que surten briosos chorros de sorpresa.*

*La hermosura del perdón redime toda herida
y me impulsa a levantarme
cuando cae mi cuerpo enflaquecido.
Toda derrota se demuda en victoria;
la efímera alegría de este nuevo amanecer,
superior a todo ocaso,
compensa cualquier pérdida
en el seno de mi alma,
y leva anclas la nave de mi voluntad...*

Athanasius:

*¡Oh luz sublime de un arte
que repare toda nostalgia,
todo tosco pesimismo,
toda oscuridad retadora,
y bañe los rostros
y las inflexiones del alma
con cálidos presagios de lo eterno!*

*Mis labios se desviven
por honrar el más hermoso premio
tallado por las manos de los hombres:
una aurora de creación y audacia,
un crisol de coros inmortales
cuyas voces entonen cánticos de gratitud
a los trazos de amor, poder y entusiasmo
que inspira la épica de la existencia;
loas de fervor y asombro declamadas
a esos brazos de entrega y pujanza
que se esmeran en trenzar*

*los lienzos de un bordado misericordioso,
sembrado de palabras nobles y valerosas,
destellos de voluntad, sabiduría y heroísmo,
imágenes lacónicas de ansias perpetuas,
pudorosas reminiscencias
de esas olas diseminadoras
del valor que encumbra las ideas más excelsas,
capaces de enjugar el rocío de los cielos
con sus finos paños de promesas y esperanzas...*

XII

El tiempo se desvanece

Debemos cuestionar el mundo, interrogar la historia, desafiar el pasado y alumbrar el futuro. Hemos de perseguir el ser, lo inasible, el agua eterna que no cese de bendecir rocas desnudas, la luz que no capitule ante ningún dominio, sino que rebase siempre las fronteras conquistadas por el pensamiento: debemos descubrir la fuente de la libertad, del poder immaculado, que es la hondura del amor.

Voz ansiosa: *¡Oh tiempo,
yo adoro esos rayos
de belleza, audacia y hondura
que perforan la Tierra!*

*¡Permíteme admirar
todos los prodigios
de la creatividad humana,
de Oriente a Occidente,
de la noche al día,
del ayer al mañana,
del odio al amor,
de la muerte a la vida!*

*¡No cierres tu crepúsculo
sobre las ansias de mi corazón
sin que hayan contemplado mis ojos
todo reino de evocación y hermosura,*

*toda edad dorada,
todo destello del genio,
toda palabra divina,
toda lágrima sincera,
todo sentimiento sublime,
todo vestigio de amor,
toda rúbrica de esa voluntad
de renuncia, tesón y desvelo
que consagra al hombre
en los altares de lo incondicionado!*

*Exuberancia que humillas toda idea;
gotas de sangre que vivificáis los sueños;
cantos de novedad que consoláis el alma;
efervescencia de anhelos puros
que reveláis dolor y nostalgia
por una fe desconocida;
aurora de luces ignotas
que abris los pórticos del futuro:
benedicidme con vuestras brisas
forjadas en cielos inmortales;
hacedme respirar ese fervor
que enardece mundos oscuros;
elevadme a nubes tiernas,
rebosantes de suavidad y alegría,
que dividan horizontes absolutos...*

*Yo me encaramaré
a una procesión de carros imperecederos;
sus aurigas de ángeles nobles,
hijos de gloria y sabiduría,
me conducirán por universos recónditos
al amparo de un viaje perpetuo;
surcaré todas las alturas
y navegaré todos los océanos;
degustaré todo cáliz excelso*

*y conquistaré toda cima prohibida;
alabaré todo fuego sagrado
y me alzaré sobre toda injusticia;
el cincel que tañan mis manos
esculpirá templos de deseos
y estremecerá los pilares
de la imaginación humana...*

*¡Oh fuente de mis esperanzas,
árbol de hojas generosas
que no tiemblan ante vientos
de desazón, soledad y fractura!;
tú me guiarás en la distancia;
tú me brindarás el agua
que sane mi melancolía
y disipe mi tristeza;
tú iluminarás mi espíritu
ante ocasos de abandono;
tú avivarás la llama
que sepulte las huestes del olvido...*

Voz piadosa: *El tiempo asciende por sutiles enredaderas;
a su grácil son se precipitan ilusiones...*

*La nostalgia lentamente se apodera
de ese entusiasmo que brotó en la juventud;
la agilidad de los siglos no conoce tregua,
y olvida los bellos cánticos que entonamos
a la magia de la vida y a la savia de la creación...*

*¡Oh fuerza oculta y vigorosa,
temida por imperios, artes y ciencias,
cuyo crepúsculo oscurece toda luz
forjada por las manos de los hombres!*

*Tú, tiempo inaprehensible,
sellas una verdad avasalladora
y sepultas el deseo incontenible.*

*Si me liberara de tu yugo,
acariciaría la totalidad,
y con la paciencia de un Newton
escrutaría todas las maravillas del mundo,
desgranaría todos los átomos
y perforaría todas las montañas;
dadme tiempo,
musas celestiales,
y asimilaría todo el universo,
hasta que el sol de la dicha futura
secase el mar de todas las lágrimas.*

*El corazón suspira por trascender el tiempo,
pero debemos hallar las aguas de la plenitud
en la fuente de cuyas grutas manan los instantes:
en la recia verdad que purifica todo sueño...*

Voz profética: *He visto el mundo en un reloj de arena,
entre imágenes mutiladas
y palabras fragmentarias,
preso de fuerzas que trascienden
los pórticos de nuestra comprensión,
hechura de un tiempo que borra
alegrías, glorias y penas,
sometido a la vejación de lo finito...*

*¡Qué humilde sé me antojaba su forma pura
encarcelada en esa prisión de poderes invisibles!*

*Como un monarca destronado lloraban sus ojos
al contemplar las imágenes de su grandeza pasada,
y el fluir de sus lágrimas absolutorias*

*cicatrizaba esa derrota hendida en los surcos
de su rostro humedecido.*

*Tan bella era esa agua
emanada de sus párpados
que parecía sangre purificada
por un sentimiento honesto.*

*Y me dije:
no te inquietes, vasto mundo,
por claudicar ante el tiempo,
la oscuridad y el sinsentido;
todo lo que has hecho es digno,
venerable y vigoroso;
seas lo que seas
y respondas ante quien respondas,
yo te admiro.*

*Tras edades áureas,
argénteas,
broncíneas y férreas,
amanecerá la era del conocimiento y del amor,
la eterna fusión entre cielo y tierra,
la sagrada ley
aunada al sentimiento,
la nueva catedral de la vida y el espíritu;
el hombre erguido ante el universo,
el destino y la luz...*

✧

El futuro..., ¿cómo se revelará su luz tan anhelada? ¿Cómo no sucumbir ante la tentación enajenadora de concebir lo venidero como el fruto necesario de gérmenes seminales ya plantados en edades pretéritas? ¿Cómo no aspirar a derrotar lo azaroso, lo indolente, lo fortuito? ¿Cómo no pretender otorgarle a la estirpe humana un lugar de preeminencia en esta convulsa historia y en este desconcertante universo, desde cuya sede solemne, grave y dorada voces desconocidas nos exhorten a creer que cuanto ha acaecido, ha sucedido inexorablemente, a imagen y semejanza de lo que añoró mostrar Hegel en su insólita filosofía de la historia? ¿Cómo no vislumbrar un significado más allá de tanta y tan confusa alteración que transmuta el imparable decurso de los siglos? Mas ¿permanece algo allende ese desvanecimiento raudo que entierra los milenios? ¿Acaso sólo persisten, indómitos, el inalterable paso del tiempo y la arcana vastedad de la materia?

Voz nostálgica: *¿Ha de brindar algo nuevo el mañana,
que insufla en nuestros ojos esperanza,
y revista nuestra alma de templanza
para colmar la rosa en que se afana?*

*¡Oh críptica realidad mundana!,
¿a qué se debe tu aciaga tardanza,
pues sólo en la insondable lontananza
desvelas la verdad que nos hermana?*

*El rocío de la flamante aurora
borrará los vestigios del ocaso,
al son del alba resucitadora.*

*¡Nazca una luz rejuvenecedora,
y alumbra nuestra marcha hacia el parnaso
que alcanzaremos en la sublime hora!*

El porvenir... Yace en la humanidad la encarnación proficua de un futuro siempre ignoto... Se revela el hombre como *homo absconditus*, volcado su espíritu hacia lo que aún no comparece...

“Homo absconditus”: afortunada expresión de Ernst Bloch, que seculariza el célebre *“Deus absconditus”* del Deutero-Isaías, para así traducir su contenido a un lenguaje inteligible para todos, creyentes o no, de manera que las religiones y la teología se propongan, por fin, fomentar la unidad y no la división... *“Hombre escondido”*, hombre oculto, esto es, misterio perenne que se talla en cada ser humano, imposibilidad de reducir lo humano a una esencia universal, prefijada, determinable mediante el análisis racional, ni siquiera a través de la indagación histórica en las manifestaciones adquiridas a lo largo de tantos siglos...

Qué es el ser humano, la pregunta que sintetiza los tres grandes interrogantes kantianos (qué puedo saber, qué puedo hacer y qué me cabe esperar), constituye aún hoy la temática más apremiante, si nos hemos hecho cargo del desafío que supone ser hombres y mujeres.

“Por qué el ser y no la nada”, que para Leibniz y Heidegger representa el enigma más profundo de la filosofía, se convierte entonces en *“qué es el hombre”*. La pregunta por el porqué de la realidad, por qué existe un universo, por qué hay algo en vez de nada (tarea que, en la perspectiva de la teoría crítica, nos conmina –como ha señalado Habermas– a abordar una cuestión pareja y, en mi opinión, complementaria: por qué las cosas son como son y no de otra manera), apela a una incógnita que me atrevería a calificar de antecedente: qué es lo humano, y por qué permanece custodiado, en un recóndito enclave del pensamiento, el añorado secreto del hombre, cuyos ecos resuenan en toda época y en todo espacio. Nunca cabrá afirmar, categóricamente, que hayamos agotado la comprensión de esa asíntota hacia cuyos confines tiende la esencia humana. Al fin y al cabo, el interrogante referido al porqué de todas las cosas lo enunciamos nosotros mismos, por lo que se alza una problemática inaplazable: por qué existe un ente, el hombre, dotado con la habilidad tan cautivadora de alumbrar semejantes cuestiones. *“Por qué el ser y no la nada”*, pero, más aún, *“por qué la humanidad se ha aventurado a preguntarlo”*.

La incógnita sobre el ser humano se halla indisociablemente unida al esclarecimiento del rol del futuro en la historia. Plantearse qué es el hombre implica ahondar en el significado del futuro, porque poseemos una evidencia incontestable: se yergue un porvenir delante de nosotros, al menos mientras perdure el tiempo humano. Siempre es posible posponer la pregunta y su eventual respuesta al mañana, al misterio tan evocador de un día que borre

los rastros del ayer, del alba resucitadora. El horizonte reinterpretativo que ofrece el futuro relativizará, ineluctablemente, toda definición de lo humano que hoy formulemos.

Porque existe un futuro, es el ser humano “homo absconditus”, y por cuanto ningún pasado ni ningún presente acapararán jamás la última palabra sobre el porvenir, el ser humano se revelará siempre como un ente escondido, como una realidad irresolublemente enigmática, que no habrá desplegado aún la plenitud de sus capacidades, para bien o para mal. La historia nos confiere un arbitraje crítico insustituible, cuya luz contribuye a contextualizar el espacio de lo humano, y doblega toda altisonante pretensión de haber desentrañado, por completo, la esencia humana. Nos percatamos, al menos tentativamente, del alcance de nuestro poder: tímidamente intuimos la belleza de esos pináculos de conocimiento y de amor que nos es dado conquistar, y trágicamente comprobamos que el dolor no cesa nunca de embestir, con su oscura furia, contra nuestros sueños inmarcesibles; pero esta percepción, esta contradicción entre nuestra voluntad de bien y nuestra propensión al mal, la limita una certeza que nada confuta: nuestro comprender se subordinará siempre al mañana. No podemos excluir que, arropado por el futuro, logre el ser humano aún más: más ciencia, más hermosura, más amor, pero también más odio y más resentimiento. Nuestros hijos recorrerán sendas no imaginadas, que conducirán el espíritu humano hacia mejores o peores destinos. La voracidad de nuestras dudas jamás franqueará la sólida muralla de una verdad muy luminosa: el ser humano, si subsiste en este inmenso cosmos cuyo silencio eterno tanto atemorizaba a Pascal, es un arcano venidero, un misterio que remite al porvenir en cuanto tal, a un futuro hipotético que dilucide las claves más profundas sobre su naturaleza. Mientras persevere ese futuro inconoscible, toda hermenéutica de lo humano se nos antojará provisional, una frágil anticipación de un sentido anhelado, cuya cúspide nunca se corona en el presente.

En tanto haya futuro, el hombre será “homo absconditus” y, más aún, será el hombre humano, porque no cabe humanidad sin porvenir. Una humanidad que se transformara en un presente puro, en la boeciana posesión perfecta de una vida interminable, gloriosamente revestida de rasgos de inmutabilidad, habría abdicado de ser humana, pues se vería privada de la belleza del cambio, de la hermosa mirada al mañana, de la docta incertidumbre que fluye de crear y de soñar. Un hombre desembarazado de cualquier

atisbo de negatividad; un hombre alejado por siempre de la intrusión dialéctica de la carencia, cuyos espectros acuciantes exhortan a edificar un espacio nuevo y bendecido con mayores visos de amplitud y elasticidad; un hombre que asumiese ya el carácter de espíritu absoluto, cesaría de ser humana.

Para entender qué es el hombre es preciso admitir su condición de “ab-sconditus”, de totalmente-otro con respecto a sí mismo. En virtud de esta dependencia de un futuro inasible, pero liberador, ninguna determinación (natural o histórica) decidirá nunca y de modo inexorable el destino de la humanidad. Nuestro consuelo más aleccionador como humanidad, el antídoto más bello contra la desgarradora sombra de la finitud y de la ignorancia, reside en gozar del bálsamo de nuestras creaciones: en abrir nuestras mentes a las culturas, al arte y a la ciencia, para identificar, en el sinuoso océano del saber, así como en esa variedad tan seductora de civilizaciones y de interpretaciones del mundo que perfora lo histórico, un reverberante oasis saciado de paz, humildad e inspiración.

“Mihi quaestio factus sum”; “Nec ego ipse capio totum, quod sum” (San Agustín, Confesiones X)... En la fascinante riqueza de lo humano, en cada rostro, en cada idea y en cada sueño, en el misterio que nosotros mismos encarnamos, busquemos un desafío a nuestra subjetividad: la rúbrica de una vocación a abandonar nuestra estridente angostura y a luchar, con coraje y amor, por una historia a cuya luz cada miembro de la familia humana forje su propio destino, y en la que todos nos deleitemos, irrestrictamente, con la insondable pluralidad de las creaciones humanas.

Porque se alza un porvenir, porque despunta el hermoso sol del mañana, expandiremos el saber y renovaremos las civilizaciones; porque el crepúsculo de nuestro hoy no sellará el ocaso del mañana, la humanidad podrá crecer, podrá enfrentarse al reto impostergable de escoger el camino de la unidad, del amor y de la justicia antes que la vía de la división, del rencor y de la iniquidad.

No sabemos qué es el ser humano ni de qué es capaz. Como humanidad, no hemos pronunciado un verbo concluyente e inmodificable. Quizás nadie diga nunca la última palabra. Un espeso velo cubre la verdad sobre nuestra naturaleza más íntima, porque lo humano se produce, fácticamente, en el devenir histórico. Persiste un único fundamento trascendental, una única certeza inexpugnable que dimana desde la historia para irradiar su luz profética:

el impenetrable futuro. “Homo absconditus quia homo futurus”: estriba en él nuestro mayor tesoro, el inescrutable don del tiempo, cuyo hermético sigilo nos invita a un perpetuo viaje allende nosotros mismos.

*

Futuro ignoto e incognoscible, no cautives los vibrátiles resortes de nuestra imaginación, y permítenos disfrutar de la fugacidad que cubre el presente, para admirar el pasado remoto y abatido, y no vivir secuestrados por esa incertidumbre desgarradora que dimana de tus fuentes, por esa lluvia de misterios que nos azota con encono, animadversión y violencia, y cuyas olas sinuosas y atronadoras, transidas de la inescrutable espuma que exhala la perplejidad, embisten, despiadadas, contra nuestro entusiasmo y nuestra solicitud...

Pero yo soy el señor del cambio. Le basta a mi dedo tocar, con su hermosa flaqueza, cualquier pedazo de esta vasta e indócil realidad para que su acto repercuta, inexorablemente, en el conjunto del universo. ¿No determino yo, minúscula fracción del mundo, el curso insondable y polifacético de la naturaleza? ¿O me rige, de modo inflexible, un plan trazado en los albores de todo ser? Lo ignoro, mas me siento vigoroso, porque puedo concebirme como libre y como dueño del temido y expiatorio destino. Palpo con qué ligereza se postra ante mí todo un cosmos de posibilidades. Con tan sólo advertirme una voz profética, sea la solemnidad de la ciencia o el rumor de la intuición, de ese hado ineluctable teóricamente preestablecido por fuerzas eternas, puedo modificar sus promulgaciones arcanas e impasibles, y alzarme, con orgullo y decisión, sobre las inderogables leyes que modulan la materia.

¡Gracias, profundidades inalcanzables, por este don tan bello, cuya frágil inocencia aletea delicadamente por el sagrado cielo de mi fantasía renacida!

Voz ansiosa: *¿Cuál es tu esencia, oh tiempo?*

*¿Dónde yacen los gozos
y las desdichas del pasado?*

¡Inunda mi alma lánguida con tu verdad!

¡Anega mi tensa voluntad con tu pasión!

Tú, tiempo, eres tiránico...

*Toda cronología es opresiva,
porque hiere nuestras alas
y enreja nuestros deseos...*

*Es la oligarquía de los elementos,
es el despotismo del universo,
cuya indolencia apaga
el cálido fulgor de lo romántico,
y cuyo viento disipa
la frágil dulzura de los sueños.*

*¡Oh tiempo!, que en tu continua fluencia,
en tu avance perpetuo e inconcuso
hacia ciudades desconocidas
y puertos recónditos,
fracturas ilusiones y entierras el amor
en afligidas tumbas de misterio
y en hondas grutas de saber prohibido,
sin jamás revelarnos a qué meta te diriges...*

*Tus cauces son luminosos y oscuros;
deslizas tu elegancia
por hermosas corrientes livianas,
y por rocas puras
resbala, con delicadeza,
el docto manantial de tu frescura;
riachuelos con guijarros esparcidos
por sus fondos de suavidad angélica
sosiegan los cuerpos armoniosos
de bellas carpas doradas
que se recrean grácilmente
en el seno de su mansedumbre,*

*como luces sembradas
en lechos de paz y sugerencia,
cuyos haces de ternura resplandecen
ante los ojos ávidos del visitante;
dorados remolinos borbotean
junto a sus crestas agitadas;
pero también surcan su pujanza
ríos ásperos y atronadores,
que destruyen lo ya forjado
y asuelan los sueños que tallamos.*

*Ningún poder te doblega:
¿qué sientes, tiempo,
dotado de tanta gloria,
dueño de un amanecer eterno
que sólo las deidades atesoran?*

*Toda contradicción borras
y toda esperanza enalteces,
porque tu ardiente fuerza
ahoga las lágrimas pretéritas
y enturbia los gozos venideros.*

*Nadie se hospeda en tu morada;
eres un anfitrión severo,
huérfano de misericordia,
que a todos despide vacíos:
tan sólo acoges el recuerdo...*

*Alegría y tristeza,
honor y desdoro,
poder y carencia...:
todo sucumbe ante ti.*

*Sólo un amor divino
perdonaría tu castigo aciago...*

Voz piadosa: *Reposan en nosotros,
en ese mundo frondoso y fértil.*

*Quienes murieron,
santos o pecadores,
viven en nosotros.*

*Somos ellos,
y su esfuerzo anida en nuestra alma.*

*No han desaparecido:
vibran en nuestros sueños.*

Voz profética: *Te preguntas
dónde brillan las glorias del pasado,
y tu alma busca ardientemente
la gloria del saber perdido,
la dicha de admirar
toda flor hermosa
que haya despuntado
sobre la faz de la Tierra.*

Deja que te responda.

*Si no amas hoy,
si no te adueñas del poder interior
que llevas contigo,
habrás vivido en vano.*

Todo pasa y nada regresa.

*Sólo el universo permanece;
sólo la verdad subsiste;
sólo el amor vence a la naturaleza.*

¿Cómo comprender el tiempo? ¿Cómo contemplarte, inescrutable tiempo? ¿Cómo amarte, si en ti se gesta nuestra felicidad, pero se desvanecen también nuestros sueños? Una voz inundada por las afables aguas del espíritu romántico trata de respondernos...

El tiempo..., misterio insondable, diligente exhortación a la reflexión y al cultivo del entendimiento humano. ¿Cómo no sorprendernos ante el cambio, ante lo mudable, ante la transformación, ante el tránsito, ante la diferenciación? ¿Pudo algún gran pensador, algún egregio científico o algún incauto filósofo, resistirse a proyectar el instrumento mesiánico de su inteligencia a la dilucidación del enigma subyugante que envuelve el ser y el devenir?

Fue Hegel quien nos instó a efectuar un sencillo experimento: escribir en nuestro diario “es de día”. Al volver de noche nuestra vista sobre esa frase, ¿qué habremos de pensar? ¿Verdadera, falsa? ¿Qué es lo verdadero y qué es lo falso? Aquella oración era verdadera en un tiempo concreto, no en todo instante. ¿Qué es pues el tiempo, evanescente realidad que convierte lo verdadero en una luz relativa, efímera, vaporosa, y cuyas alas dominan y postran el ser ante sí?

Contemplamos el mundo, la naturaleza, el universo, la evolución...: ¿No ha determinado el tiempo todos estos procesos? Presenciamos fenómenos que primorosamente despuntan y fugitivamente se desvanecen. ¿Qué son el nacer y el morir, esquivas realidades que nos impiden sostener: “yo he muerto/ tú has muerto”, “yo naceré/tú nacerás”, aun cuando una gramática desligada de las revelaciones de la vida sí lo admita?

Si la religión judeocristiana, con el dogma de la creación, nos propuso una concepción lineal del tiempo, las culturas antiguas esbozaban su devenir de forma cíclica, como vaivenes cimentados en la críptica mismidad de lo cósmico. Y un hombre del otoño de la modernidad, uno de los más fascinantes y a la vez más temibles espíritus de la historia, recuperó esta teoría y la consagró como base inexpugnable de su filosofar: Nietzsche.

Nietzsche hablaba del eterno retorno, de la perennidad del momento episódico: volver tenazmente a uno mismo, para expulsar todo lo que limita el embrujador fuego de la vida. No hay futuro preestablecido (menos aún cálida armonía leibniana...), sino sólo voluntad de poder irrestricta: un destino ciego que interpretamos a través de la propia acción. Para Schopenhauer, la

esencia del mundo no consiste ya en una potencia de índole lógica, sino en un impulso oscuro e insumiso: la voluntad. Al igual que los grandes maestros de la sospecha, como Marx y Freud, Nietzsche rechazaba ese principio que tanto cautivó a los medievales: el de los trascendentales, el de la igualdad última entre el ser, lo verdadero, lo bueno y lo bello. ¡No! ¡La verdad puede ser repugnante, amargamente fea, áspera, desprovista de todo indicio sintomático de anhelada hermosura! ¿Quién sino el hombre puede transmutar en verdadero lo bello y en bello lo verdadero? ¡Sólo la acción, esa aptitud indomable para erguirse de nuevo, para buscar valores rejuvenecidos, para ansiar vencer el 'fatum' cósmico y la crepuscular tiranía de la naturaleza! He aquí la tentativa de hacer de lo cíclico, de la incesante yuxtaposición de modificaciones y reanudaciones de un tiempo inasible a toda reminiscencia, el escenario para el triunfo definitivo del hombre, para la victoria incontestable de la acción.

Es así como, mediante el entendimiento profundo de la ciclicidad y eternidad de lo cósmico, quería Nietzsche elevar al hombre por encima de toda determinación que le resultara extrínseca. Pero ¿acaso no se le antoja más sencillo a la humanidad alzarse como dueña y señora de un tiempo que sólo fluya en una dirección, y posea un final y un comienzo? ¡No!, vociferaría estentóreamente Nietzsche. Esa idea del tiempo apunta al concepto de creación, a la noción de lo divino como manantial originario del ser contingente. Y, ¿cómo tolerar que lo divino impere por encima de lo humano, al modo de un absoluto sempiterno hacia cuya meta se orienten indefectible, y aun inconscientemente, todos nuestros actos?

Nadie olvidará las geniales reflexiones de Nietzsche, su descubrimiento del fondo dionisiaco (hasta entonces opacado) de la cultura griega, foco de la admiración de los europeos. Nietzsche... Él, que tan inmisericorde e impío parecía ante los ojos cristianos; él, bello hereje y abnegado profeta que proclamaba, desde su fecunda soledad, el advenimiento del superhombre, la derrota de todo lo pretérito, el hombre rebasado por sí mismo, ¿no se abrazó compulsivamente, en Turín, a aquel infausto caballo maltratado por su dueño? ¿No encarna Nietzsche la contradicción intrínseca de la vida humana, la honda paradoja de una apetencia insaciable y furibunda de autonomía y poder que ha de convivir con el llanto inconsolable ante la injusticia tan palmaria que nos circunda, ante la negación de lo auténticamente humano? ¿Y qué decir de la injusticia cósmica, de la tortuosa incógnita de la aflicción, del mal invete-

rado? ¿Pudo acaso Nietzsche desprenderse de ese deseo de vencimiento de la debilidad humana sin sucumbir a una nueva y más terrible flaqueza? ¿Dónde se clausura la tragedia humana?

Nietzsche vislumbró, con nitidez cerúlea, que en la esencia del arte no descuellan sólo belleza y plenitud, sino que emerge también una crueldad monstruosa: el inhóspito desdén de un cosmos despótico y cíclico que retorna y finge avanzar. Se preguntaba el poeta Hofmannsthal cómo era posible el arte ante tanta y tan lacerante injusticia en el mundo, y Adorno llegó a sentenciar que, después de Auschwitz, la poesía representaba un acto de barbarie. ¿Cuánta verdad soporta el hombre? ¿Ha de resignarse el individuo a padecer la fatalidad de Edipo, o debe sublevarse contra lo injusto y lo aciago, como la valiente Antígona? ¿Cómo no perecer ante la verdad “bruta”, ante la evidencia sin interpretación, ante el ostracismo del hecho aislado que sumerge al hombre en la áfona masa cósmica, en la anulación de lo personal, en la aniquilación del genio creativo inherente a todo espíritu? Y el arte... La resplandeciente rosa de la estética blande las espinas de la injusticia, del desorden, de la incompreensión. ¿Cabe una creación artística que prometa ayudarnos a entender y a sobrellevar lo sublime, cuando no cesamos de constatar la ineludible presencia del mal en el mundo? ¿Puede el hombre prolongar infinitamente el instante del éxtasis (el “Verweile doch! Du bist so schön!” goethiano), de la suma contemplación, de la síntesis de lo propio y de lo foráneo en el arte, en el ensimismamiento de la música, de la pintura o de la poesía?

Lo dionisiaco, el devenir continuo de Heráclito...; he aquí la fuerza imparable del mundo y de su silencio, la multiplicidad indefinida de lo fenoménico, que Kant creyó domesticar mediante las categorías del yo. Pero ¿es inteligible esa desproporción, esa variedad indómita que tantas veces obstaculiza el ascenso rotundo del hombre, al gravarnos con una prolijidad de normas y de insospechadas constricciones? ¿Cómo puede el hombre trascender y a la vez “inmaner” con respecto a toda barrera? De ahí que los existencialistas ansiaran liberar al hombre de la “cárcel” de las esencias. ¿Por qué no interpretar la esencia no como lo previo ni como lo alcanzado, sino como la incognoscible e infinitésima transitoriedad de lo presente? ¿No es en lo presente, en el posicionamiento del hombre en un momento dado, irrecuperable, insondable, irreductible, jamás aprehendido por nuestra razón, donde se preconiza la autenticidad de la esencia, la verdad del hombre, la certidumbre del yo que

se determina y es conformado por lo externo, mas nunca cesa en su afán de trascender toda imposición, propia y ajena?

¡Grandes románticos! ¿Cómo no conmoverse ante el llanto que derramó Novalis por las piedras, por esas lágrimas endurecidas que manifiestan el hechizante arcano del ser, del porqué del mundo y del conocimiento? ¡Y cómo no recordar que Fidias y Miguel Ángel demostraron que de las rocas se gestan maravillas cuya iridiscencia se acerca más al cielo que a la tierra! ¿No logró el genio de Caprese vivificar en mármol los más hondos sentimientos de compasión y ternura cuando esculpió La Pietà?

Yace aquí el evocador misterio de la capacidad humana de crear, pero de hacerlo en lo objetivamente dado, que no se limita a negar lo propio (como pensaban los idealistas), sino que, en conjunción con el poder de la subjetividad, nos ensalza hasta una nueva dimensión, hasta un firmamento inexplorado. En la interacción entre lo humano y lo natural, entre lo subjetivo y lo objetivo, en su eventual concordia, se percibe el hálito de lo absoluto, la aurora de la trascendencia. Dos mundos, materia y espíritu, armonizados en la cohesión cósmico, en el actuar sincronizado que permite que surja el hombre y persista el universo, y cuya fuerza recapituladora propicia que nuestro intelecto columbre leyes y, más aún, atisbe lo divino en ese reflejo cósmico de la conciencia humana, como si el universo se pensase a sí mismo, y tratara de encontrarse con desnudo, tanto como el hombre que persigue su ser más profundo y suspira por esclarecer la verdad sobre esa fúlgida bóveda celeste que lo arropa de día y de noche.

¡Cuán fascinante resulta pensar que, aun en el seno de la materia, haya existido espacio para la libertad humana, para ese poder asintóticamente infinito de concebir, de aspirar a lo nuevo, que incluso transigió a que Nietzsche propusiera la negación de la moral! ¡Sublime la historia, magnético el hombre, embelesador el arte! ¡Inagotables las epopeyas que ha protagonizado nuestro linaje, naufrago en la temporalidad y, sin embargo, ávido de exceder cualquier confín, así como de ingresar en el perturbador abismo del tiempo para navegar hacia lo absoluto!

Humanidad amada...: desde frágiles y humildes cabañas has coronado ese objeto de piedad y contemplación que embriagaba celosamente a tus ancestros: la espléndida Luna. Sí, tu espíritu metódico ha elucidado la cohesión cósmica que todo lo abarca, los pormenores de esa legislación que dictamina

cómo ha de comportarse el universo, y en cuyas formas inteligibles integra lo lógico con lo real, lo matemático con lo hermenéutico...

Injusticia... ¿No es la injusticia ese ímpetu oscuro que conmueve los pilares de la fortaleza humana? ¿Y no es la injusticia abatida por el propio obrar humano? ¿Pudo acaso Raskolnikov rehuir el terrible y tortuoso sentimiento de culpa que assolaba su alma tras cometer su crimen, y desertar de la consecuencia inexorable de su delito: el árido castigo, y el peor se forja en el seno de la conciencia? “Oú va-t-elle la vertu se nicher?” ¿Dónde hallar la virtud sino en el corazón humano, en ese infranqueable núcleo que jamás asimosa? Porque ni siquiera Nietzsche, devanado en su ensayo heroico de transvaloración ética, de trasgresión de lo humano para aventurarse hacia lo que él creía sobrehumano, pudo emanciparse de la conciencia del bien por otros ya sembrada... Todo en su filosofía, alumbrada recónditamente en esos paseos prometeicos a lo largo y ancho de los niveos Alpes, flanqueado por las lechosas cumbres de esa cordillera y por el follaje de esos frondosos bosques centroeu-ropicos, convergía en un “querer”, en un “ansiar”, cuya sombra persevera, indoblegable y vagarosa, en todo sistema metafísico. Retorna a nosotros un absoluto: el indómito deseo.

¿Qué es la cosa en sí, que ya mucho antes de Kant nos atormentaba? Hemos acumulado tanta erudición y hemos anhelado tanta sabiduría que nos acobardamos ante lo desconocido, porque somos ahora más conscientes de todo lo que comprendemos y de todo lo que ignoramos, así como de la existencia de un océano descomunal y quizás indescifrable. Nietzsche consideraba que aún no habíamos asimilado adecuadamente la ciencia de Copérnico, porque si interiorizáramos el significado más profundo de ese “systema mundi” que el genio polaco comenzó a escrutar en los albores de la edad moderna, nos derrumbaríamos irremediablemente, debelados por nuestra fría soledad, perdidos en la infinitud crepuscular del universo... Probablemente sea así, mas ¿cómo no afanarse en trascender ese acantilado de conocimiento y de ignorancia para acariciar la tan ansiada plenitud? ¿No nos proyectará la conciencia de lo conocido y de lo ignorado hacia la superación de lo propio y de lo ajeno?

Se preguntaba Nietzsche en Ecce Homo quiénes éramos nosotros para que se nos tolerara pensar como pensamos. ¿Hay algo así como un ‘yo’? ¡Sí! Lo discernimos de manera reflexiva, aunque no siempre lo disociamos, por completo, de las potencias externas al ser humano. Así como Odiseo se ató al

mástil de su barco para evitar ser prendido por un séquito de sirenas encandiladoras, existen sobradas estrategias para huir de las tentaciones de un mundo que eclipsa ese fascinante espacio de libertad y de creatividad cuyo don mora en nuestro espíritu. Sí, el individuo puede conocerse a sí mismo, superarse, y coronar escenarios inusitados que lo faculten para captar mejor el sagrado misterio de nuestra condición humana.

¿Nos encontramos solos cuando nuestros ojos se proponen divisar los avasalladores perfiles del mundo? ¿No nos acompañan, perpetuamente, los deseos de vislumbre, de plenitud, de elevación? Kant nos aconsejaba no adentrarnos en la tempestuosa mar de lo desconocido, abrigados, mejor, en la amparadora isla del conocimiento certero. Nietzsche, sin embargo, osó, súbdito de impavidez, aventurarse hasta las más remotas y punzantes profundidades del ser humano... Y no cesa mi corazón de preguntarse qué hizo, qué pensó, que saboreó, qué amó, qué escribió, qué sintió un genio como Nietzsche encerrado casi once años en aquel penumbroso manicomio, abandonado por la bella luz del día y por las amables reverberaciones de la noche, distanciado de su pluma tonificadora, recluso ante una fatalidad hegemónica, ante esa enfermedad solitaria que acongoja el espíritu y crucifica el cuerpo con sus tribulaciones, desvalido frente a las afiladas huestes del dolor, mártir del sufrimiento, inmolido por los dioses en el altar del superhombre...

No capitulemos ante la percepción de nuestra tenebrosa soledad, desterrados al borde de un precipicio lóbrego de irracionalidad rebelde, vigilados por la luctuosa locura del universo, como presagiara el cuadro de Friedrich “El monje a la orilla del mar”: subsiste una luz que intuimos, demasiado bella y libre como para encerrarse en la estrechez de categorías humanas; una luz que nos exhorta a otear, en los caminos del tiempo y de la contingencia, radiantes destellos de lo absoluto.

El tiempo une dos dimensiones. Conecta lo objetivo y lo subjetivo. Pero comparece una tercera y candente esfera: la de lo singular, creativo e insólito, el ámbito de lo presente, imperceptible e infinitésimo, “for in a minute there are many days” (Shakespeare). En el instante mismo en que trato de ahondar en lo presente, mi pensamiento cae bajo las garras del pasado, y el futuro que concebía deviene ya pretérito, y lo presente se difumina como un centelleo lejísimo, volatilizado en el decurso del tiempo... Pasado y porvenir: imposible vivir en el pasado, imposible vivir en el futuro, pero imposible vivir en el pre-

sente, si mientras vivo dejo mi vivir en el pasado y proyecto mi vivir hacia el futuro. Mi existencia se confecciona en el tiempo, y por tanto asume lo pasado y se subsume en lo futuro. Sin embargo, sé que, por inapelable necesidad, toda mi acción, todo mi ser, ha de situarse en un presente cuya luz me resulta evasiva, al disgregarse, con los procelosos ecos de la delicuescencia, en el misterio de la temporalidad.

¿No se revela como la más intensa, insoslayable y aleccionadora de las preguntas aquella que alude a lo presente, cuya savia inmane y trasciende el tiempo, pues vincula lo infinitésimo y lo infinito y propala nuestra mente hacia la mismidad libre, hacia el absoluto?

Es ésta la tercera dimensión, la órbita del absoluto, sólo captada por nuestro espíritu en la sublime atmósfera que croma el arte! ¡Cuántas veces no habrá vislumbrado un corazón siempre profético, mientras escucha el recogimiento de brisas celestes que exhala la música de Tomás Luis de Victoria, cúspide de belleza y piedad en el arte del Siglo de Oro español, “El Invierno” de Vivaldi, la “Pasión según San Mateo” de Bach, los pasajes más exuberantes de “El Mesías” de Haendel, el “Requiem” de Mozart, la “Novena Sinfonía” de Beethoven, la “Sinfonía Inacabada” de Schubert, el “Elías” de Mendelssohn y sus “Lieder” más excelsos, el “Parsifal” de Wagner, arias inmortales de Verdi, la “Primera Sinfonía” y el inolvidable “Ein deutsches Requiem” de Brahms, el “Lago de los Cisnes” de Tchaikovsky, la “Quinta Sinfonía” de Mahler, inagotables composiciones para piano de Chopin y Rachmaninov, así como otras muchas -quizás innumerables: infinita es y sea la fertilidad del espíritu- creaciones grandiosas que ha prodigado el genio artístico del hombre, flores inmarcesibles regadas por las aguas perennes de la hermosura más eximia, esa agudeza coruscante que despide un súbito, un efímero mas beatífico relámpago de eternidad, capaz de devolvernos a nuestra auténtica y prístina morada!

Sí, nos hemos sentido redimidos, como astros sanados por un bálsamo angélico, y todas las contradicciones que anegan la Tierra se han diluido tiernamente en la dulce mar de la belleza... Sucede siempre que nuestros ojos, rendidos de devoción, se pliegan ante la hermosura inefable de los cuadros de Velázquez, de Zurbarán (místico pincel, sin duda) o de Goya, o ante los fragmentos más inspiradores de las obras maestras de la literatura, y, en general, ante todo aquello que ha aunado primor estético e inteligibilidad, talento y

sugerencia, en virtud de esa destreza humana para vivificar realidades nuevas y dilatar el espacio de su corazón. Nos palpamos entonces arrebatados, arrobados, absorbidos por la beldad más insondable, por esa fuerza que perfora el interior de nuestra sensibilidad y la copa de nuestra inteligencia, émulos de Santa Teresa, atravesada por una lanza consagradoria descendida desde el cielo en la Transverberación...

¿Cómo permanecer estáticos, impasibles, incólumes ante la poesía de Fray Luis de León, las Rimas Sacras de Lope de Vega o los versos místicos de San Juan de la Cruz, ante las creaciones de Goethe y de Schiller, ante el poder de evocación de los dramas de Shakespeare (un tesoro que sólo emana el suave fluir de la vida, la suprema concordia entre la existencia y el lenguaje, entre el sentimiento y la razón, entre la idea y la fuerza expresiva de una palabra bella, el divino equilibrio de una naturaleza pura)? Pero es especialmente en la música, en esa plasmación sonora bañada con las aguas inexhaustas que bautizan la armonía, donde mejor se atisba el aura de la unicidad, la trascendencia sobre lo objetivo y de lo subjetivo, como si ascendiera nuestro espíritu hasta la sede de lo absoluto. ¡Oh fatalidad de mi mente!, ¿explicarás algún día cómo acaece semejante acercamiento al éxtasis bienaventurado y a la exultación más salutífera? Sólo cuando la filosofía se transfigura en arte aprehende el horizonte más genuino del espíritu, bajo cuyos auspicios convergen lo racional y lo irracional, Apolo y Dionisio; una altura que rebasa toda forma: un don que nada ni nadie cercena. ¿Acaso ha de estarnos vedado el acceso a Dionisio desde Apolo? ¿Hemos de disociar los lazos inextricables que hermanan lo objetivo y lo subjetivo, cuando toda frontera, toda acotación, no hace sino incitarnos a derruirla con un entusiasmo retoñado, para así edificar una morada investida de esa libertad que ninguna autoridad conculca?

¿Cómo fijar una única meta que encapsule los vibrantes latidos de nuestro intelecto? Sin embargo, cabe afirmar, con una vehemencia barnizada por tonalidades humildes, que el ansia de lo absoluto propulsa los esfuerzos más profundos y bellos del conocimiento. Esa sed de lo incondicionado bombea sangre a la empresa más ambiciosa y esperanzadora de la estirpe humana.

Más allá del mero entendimiento persiste la contemplación, desde cuyo púlpito el sujeto se demuda en objeto y el objeto se metamorfosea en sujeto: cobra vida lo objetivo y se convierte en arcano lo subjetivo. Trascendemos ambas dimensiones y arribamos, por fin, a la gloriosa esfera de la plenitud.

En el arte nos regocijamos ecuménicamente, y se funden los polos de todos los binomios, y nos atrapa un cálido anhelo, jamás estragado, de vivir... Es el proficuo consenso de lo racional y de lo irracional, en cuyos emblemas no ondea la razón, ni tan siquiera el sentimiento: sólo la vida inveterada y aún no dividida, el aliento inextinguible de la divinidad.

*

Es tu curso, ¡oh tiempo!, inexorable, y revolotean en tu latido las alas del mayor adversario de la humanidad, porque sólo una vida infinita lograría saciar nuestras inextinguibles apetencias de sabiduría, de amor y de hermosura...

Voz nostálgica: *¡Oh árbol de la vida,
copioso en intuiciones puras!*

*No me destierres ya de tus dominios,
pues no soy aún tu fruto maduro.*

*No quiero caer a la tierra,
donde todo es polvo, vacío y silencio.*

*En tus ramas florece la belleza
y se escuchan palabras tiernas...*

Voces generosas revelan ya, a los afortunados hijos cuyas almas levitan en ese reino ácrono y puro que preludia de lo eterno, la inconmensurable vastedad del espacio cósmico, así como otros muchos secretos que la ciencia se ha demorado siglos en desentrañar... ¡Y qué difícil es arrancarle una sola verdad a esta naturaleza evasiva!

Voz nostálgica: *No te alejes, vida, tan raudamente,
pues aún no he sondeado los cielos,
ni ha palpado mi alma enhiestos destellos
de un amor que perdure eternamente.*

*¿Habrán de marchitar aciagamente
las flores, y elidirse tantos bellos
recuerdos y anhelos, cuando ni en ellos
vislumbre lo que busco ansiosamente?*

*No avances, tiempo, por tus cauces regios,
ni te expandas más, voraz universo,
mientras no esclarezca esquivos misterios.*

*Cese de otear flamantes imperios,
si no compongo el más sublime verso,
ni emerjo libre de estos cautiverios.*

*

El mañana se muestra indolente con el ayer, pero hemos de alzarnos como retoños del amanecer que ha de venir... Nombres otrora ornados con oro, brillo y gloria han fenecido en el silencio. Nadie lee hoy sus escritos o cree en sus ideas. Sólo lo digno, bello y aleccionador se impone al inexorable discurrir del tiempo.

Voz ansiosa: *El futuro es vástago voraz
de una amarga ingratitud;
con presteza borra
los vestigios pasados,
pues con desazonadora rapidez
se fugan todas las horas.*

*Sin clemencia nos fuerza
a mirar unívocamente a lo venidero,
y a enterrar lo pretérito
en las lúgubres grutas del olvido,
aún en los nobles anaqueles
de grandes y bellas bibliotecas,
depósitos ajados
de lo que fue nuestro género,
como ballenas varadas en costas siniestras...*

*Siempre nos desarraiga,
y nos obliga a fijar la vista
en el hoy y en el mañana,
y a exiliar de nuestro espíritu
toda semilla de nostalgia
por cuanto se desvaneció,
por esos féretros de luz
cuya estela lacónica
jamás regresará,
pues sus cálidos destellos
se marchitan en la lejanía...*

*¡Oh tiempo inmisericorde!,
que nos impides afirmar nada
con certeza total y placentera,
más allá de las verdades inmutables
de la lógica, de la matemática
y de los inefables cánones
que nutren de rosas la belleza;
todo lo restante
lo conviertes en pasajero,
en efímero, en peregrino,
en don caduco y fungible,
y cubres nuestra alma
de melancolía,
de oscuridad,
de recelo insanable,
de negror y apatía...*

¿Dónde yace el pasado?

*¿Acaso sólo reside en la memoria,
acunado por los tenaces vaivenes
de una voluntad enardecida?*

¿Acaso sólo habita en los cimientos del presente?

¿Acaso sólo mora en el vislumbre del futuro?

*¿Dónde, poderoso tiempo,
ocultas lo que ya fue, y jamás será?*

*¿Dónde escondes lo perenne e inmutable,
ese pétalo que ansía nuestro fervor,
esa flor que jamás acarician nuestros dedos,
pues ante sus ojos se alza únicamente
la triste sombra de lo perecedero?*

¿Dónde la inexplorada frescura de la vida?

*Prefiero no pensar;
escojo rehuir el uso de la razón
y desisto de sondear,
¡oh cielo de la comprensión
que embriagaste mi juventud
con el aroma de tu claridad!,
el doloroso parto de las galaxias
y la aurora de misterios
que ve la luz en los montes,
pues sólo me inflige pesar,
temor, duda, consternación,
y no palpo la pureza
de esa verdad tan añorada...*

*Suspiro por contemplar,
por vivir,
por disfrutar,
para entregarme al deleite de ese reino
tras cuyos muros impera el sentimiento
entronizado en olorosos sitiales de paz,
sin someterme a una razón aciaga
que nada revela sobre nuestro destino
y nada consuela sobre nuestro pasado...*

Voz profética: *La inescrutable fuente de la fortuna
prodiga los raudos chorros del éxito,
esas coronas de laureles efusivos
que seducen la imaginación presente
con rostros de felicidad efímera
y rudos espejismos de alegrías vedadas,
pero la pregunta insobornable perdura
en los lechos del espíritu:
¿qué permanecerá de esas vanas ficciones?*

¿Qué valor fecundará la Tierra?

*¿Qué legado resistirá
la marcha indómita de los tiempos?*

Coro de ángeles: *Es el futuro ese espíritu,
esa sabiduría forjadora
que hoy sólo presagiamos,
pero que sellará la irrupción
de una mente divina,
incomparablemente superior a la del hombre,
armonía de bondad y conocimiento.*

*¡Oh dulce paradoja!,
porque su luz venidera
también hoy nos ilumina...*

El futuro se edifica ahora, en el *hic et nunc* del instante siempre languidecido, de esa fracción infinitésima cuya luz se desvanece de continuo, sin manifestar húmedos signos de nostalgia. Siempre cede el arcano testigo del devenir a un momento todavía ausente...

Voz profética: *Una sola cosa sé sobre la historia:
no sé hacia dónde se dirige...*

*Pincela el futuro
las oscuras franjas de su luz.*

*Mas en todo cántico,
aun desconsolado,
hallo inspiración...*

*

¡Quién conociera ya hoy los secretos que desvelaremos en el futuro!
¡Quién pudiera ser partícipe de todos los logros de la humanidad, y rejuvenecer perpetuamente su intelecto con todas las verdades que esclarezcan los siglos venideros y con toda la belleza que leguen manos hoy inexistentes!

Voz ansiosa: *¡Quién pudiera morar
en un futuro perenne,
expuesto sin término
a todo nuevo hallazgo
de la ciencia y del sentimiento!*

*¡Oh desventura de quien nace
en una época concreta y elusiva,
condenado a ignorar
la belleza de unos paisajes
escondidos por tupidos velos
de copiosos lirios invisibles,
que el tesón humano descorrerá
con el indolente transcurrir del tiempo!*

*¡Oh tristeza que hiere a todo hombre!,
cuyo espíritu, cuyo amor, cuya voluntad
se constriñen siempre a las determinaciones
de un tiempo esquivo, angosto y dado,
prisioneros de verdades fragmentarias,
silentes esclavos de la cronología,
corazones que sucumben a la fatalidad*

*de percibir, sólo en gozosos sueños,
esa honda luz que pernocta en lejanas estrellas...*

Mas ningún futuro saciaría la serpenteante curiosidad que alberga el alma. Nuestra voluntad se revela demasiado poderosa como para conformarse con un solo tiempo. Aspira a la totalidad. Ondea en sus dominios el más vívido y resplandeciente emblema de la plenitud.

Voz ansiosa: *Nada doy por cerrado,
todo se abre indefinidamente
en la aurora de mi espíritu;
mas palpo inseguridad,
percibo desasosiego
y siento soledad,
mustia, luctuosa y delatadora;
sus premoniciones galopan,
como vientos recios e incommovibles,
sobre los vastos cielos de mi imaginación.*

*Preciso de amor
y necesito entendimiento,
brazos que me acompañen
y manos que me enternezcan
con dedos capaces de tañer las viejas arpas
yacentes en mi más íntima morada,
porque yo no puedo solo
con la fe, con el mundo y con la razón...*

*Soy demasiado débil, hermanos míos,
para acarrear yo tantas cargas
sobre mis hombros maltrechos
y mis espaldas doloridas...*

*¡Venid y palpad mi angustia!
¡Estrechad, alas de ojos celestes,
mi muerte y mi tribulación!*

*La aspereza que hoy me cubre
siega la voluntad
y lacera el pensamiento;
mis deseos oscurecen mi dicha,
y mi corazón vacila sin rumbo,
ávido de voces de consuelo
que rediman su aflicción,
su lástima profunda y agria.*

*Mis ideas vagan, temblorosas,
por caminos solitarios;
desiertos paisajes,
desnudas cordilleras,
árboles desolados
y ríos resecos
flanquean mi arduo viaje
por senderos desangelados...*

*Escogí ser peregrino
en un país deshabitado:
mi alma clamaba
por deambular en libertad,
dueña de su esperanza
y rectora de su propia luz;
se cumplió su proceloso afán,
porque recorre ahora
mundos despoblados,
montañas escarpadas
de grisáceos colores,
a cuyas pavorosas cúspides
nadie más asciende:
veredas de desamparo
despojadas de nombre.*

*Todo anhelo desbordado
es fuente de gozo y de tristeza;*

*en mi alta torre posan sus nidos
las avaras cigüeñas del desánimo:
es el veneno de la impotencia
la sutil ponzoña que me inoculan.*

*Sus vastas alas ocultan mi alegría;
sus picos perforan, con fiereza,
el frágil artesonado de mi alma.*

*Se desploman ya los muros
que simbolizaban mi entusiasmo:
se precipitan las bellas bóvedas
que con esmero he construido;
se hunde el techo de mi ser,
abatido por pasiones insaciables.*

*Ya sé que es mío el no poder:
a los omnipotentes cielos de la gloria
renunció mi espíritu hace ya tiempo...*

*Mas yo busco la vida, la verdad
y las lises del amor;
mi sentimiento no cesa de aspirar
a surcar sus doradas sendas,
tutelado por una orquesta cósmica
que entone nobles odas perpetuas.*

*Trágico resulta afanarme en lo imposible,
cuando soy vástago de la finitud,
mas jábrase ante mí el eterno firmamento
desde cuyas albricias desciendan
serafines generosos, serenos y risueños,
rostros que derramen sublimes lágrimas de paz
y palabras hermosas que mi dolor comprendan!...*

*

El alma atribulada por esta sensación de impotencia, por la constatación de que sus deseos siempre excederán sus logros, y ningún bálsamo calmará la fiereza que percute su voluntad, no sabe en realidad qué busca, ni con qué bella fantasía sueña, ni a qué eternos y voraces cielos aspira...

Athanasius: *Preferiría no pensar,
y no juzgar,
y sólo atesorar experiencias vitales,
para entregarme a aquéllos
en cuya faz despunte la bondad
y florezcan los más bellos sentimientos...*

*Ya ni la ciencia me sacia,
porque busco vida y frescura,
y no me inquieta someterme,
si sucumbo ante la hermosura.*

¡Tanto es lo que ignoro!...

*Mi corazón ya no comprende
ni lo pasado ni lo presente;
el vasto mundo del pensamiento
se descompone en hondos mosaicos fragmentados...*

*¿Por qué no renunciar
a todo progreso,
a esos pálidos aderezos
que preconizan novedad,
y así permanecer
iluminado por soles puros
de atardeceres sollozantes,
explayado en la plácida comodidad
que producen el ascetismo
y su anonadamiento místico,
recogida el alma en ese templo,
icono de cálidos retiros,*

*que cobija el no pensar
y alaba la grandeza del universo?*

*¡Pero me vence la impotencia;
me aprisionan oscuras nebulosas;
me aberrojan tinieblas de tristeza;
la insatisfacción me esclaviza
con relámpagos amonestadores
que zahieren mi entereza!*

*Una fuerza innombrable
espolea mi búsqueda
de la verdad plena;
sus aguas tronantes
me instan a imaginar,
en la inmensa morada
de mi frágil fantasía,
cambios que transfiguren
esta tierra atribulada,
este mundo adolorido.*

*¡Oh crítica universal,
a tu ímpetu, servil, me pliego;
expuestas a tu luz, desfallecen mis rodillas,
y frente a tu inagotable poder me prosterno!*

*Ansío, sí, la melancólica permanencia
de lo que fue y ya no es,
espolvoreado en la inasible noche de los tiempos,
pero me fascina también, por su belleza,
la magia incomparable que irradia el devenir,
cuya luz no sucumbe ante fuerza ni embrujo alguno,
pues todo lo transfigura sin término,
sin clemencia, temor o medida,
y asombra nuestra imaginación, hoy malherida,
con caleidoscopios de colores infinitos,
con su hermoso palpito de furor y de energía.*

*Incoa el futuro un escenario inescrutable,
la resonancia de melodías que intuimos,
mas nunca desentrañamos por completo,
gracias al verde y venturoso don
de un porvenir siempre arcano, libre y sugerente;
somos testigos de la presencia inefable,
allá en astros recónditos que mistifican el cielo,
de horizontes lozanos y envolventes,
cuyo despliegue no se limita a extrapolar,
como vanos consorcios de ciclos reiterativos,
la decadente angostura del pasado,
ni a reproducir yertos patrones ya sumidos
en malhadada obsolescencia,
sino que amnistía nuestra angustia,
nuestro desazonado sufrimiento,
para otorgarnos la dulce dicha
de la frescura inmaculada
que exhala ese docto no saber,
ese humilde esparcimiento
de seres desasidos en las nubes virginales
de lo venidero, incognoscible e innombrado,
cuyo velo nos paraliza y desconcierta,
pero también sana y redime
la altivez de nuestro pensamiento
y las penumbras de suficiencia
que abaten un sentir ensoberbecido,
al mostrarnos, como flor solícita
que prodiga pétalos de luz,
grutas y proficuos hontanares
de amplificados destellos límpidos,
manantiales inexhaustos y azulados
que no cesan de extasiarnos
allende los armónicos presagios
de nuestras flébiles filosofías,
para educir un cosmos rebosante
y por ningún ojo vislumbrado,*

*e inspirar así la ilusión,
regia, sonora y beatífica,
de metamorfosear lo dado,
y de penetrar en un bosque
nemoroso, promisorio, radiante:
en un vergel áureo de voces puras,
sembrado de sueños versátiles
y poblado de indecibles fantasías,
cuyas árboles magnánimos
de copas solemnes y suntuosas,
dueñas de vigores insondables,
coadyuven a rescatarnos
de esta ríspida melancolía
que agrieta nuestro rostro
y martillea nuestro espíritu.*

*¡Oh futuro que nos salva
de la acedia más amarga,
del fiero mal que inocular
el emponzoñado sinsentido,
para catapultar nuestras percepciones,
desde cimas de belleza reposada
y atalayas ancestrales de valentía,
al grato orbe de lo desconocido!*

XIII

Un mal que inunda la Tierra

Lo humano...., mas ¿qué es lo humano? ¿Un producto tardío insertado en la gigantesca trama de la evolución? ¿El auriga de una naturaleza perfeccionada a lo largo de los siglos? ¿La cúspide de las fuerzas creativas de la vida? ¿Un ser cuya vocación radica en contemplar la sabiduría, el amor y la belleza? En cada rostro, en cada encarnación del misterio de la unicidad, hemos de venerar el santo y deleitoso poder de la vida, la creatividad del universo, la rúbrica de lo innombrable, cuya aura resplandece allende toda imagen y toda nomenclatura. Nuestro fervor debe admirar, en esos predios holgados, las maravillas del ser.

Mal, dolor, polvo, ceniza, odio, egoísmo, inclemencia...: su punzante sombra se cierne sobre el cosmos. Pero no hemos sido llamados a derramar lágrimas ante la aciaga y silente oscuridad que siempre nos acecha, sino a entusiasmarnos con el profundo don de la vida, con la gracia incomparable de constatar cómo el milagro de nuestra luz ha despuntado sobre la briosa faz que abre la Tierra al firmamento. Hemos de crear; hemos de expandir las fronteras del ser; hemos de trascender los rígidos dominios de lo posible. El sufrimiento debe convertirse en una minúscula gota diluida en el vasto océano del amor, de la hermosura y de la sabiduría. Hemos de calmar nuestra sed con un bálsamo que sacie todo olvido, con las fuentes de un anhelo cuyas irisaciones irradian el amor, y en cuya claridad se encuentren y acaricien las realidades y los sueños...

Voz ansiosa:

*Cárdenas nubes eclipsan los cielos;
se ondulan montañas de primor incapturable
que diseminan presagios líricos,
mientras ceremoniosas golondrinas
gorjean en la distancia;
el sangriento rojo del ocaso
lo edulcoran destellos de azafrán,
tenues colores que desafían
la agreste vastedad del horizonte.*

*Aquí en la tierra imperan
aridez, sudor y sufrimiento;
tímidos verdores enriquecen
el prado de nuestros sueños,
como lluvias de primavera
emanadas por celajes generosos.*

*Pero allá, en las alturas,
en ese boscoso mundo
cuyo nombre nadie invoca,
¿es cierto que palidece la tristeza
y triunfa el gozo?*

*¿Crece, con pujanza y holgura,
el árbol de la felicidad?*

*¿Alegres peces de escamas áureas
nadan en gratos estanques
vivificados por nenúfares en flor?*

*¿Qué tonalidades insólitas,
qué gamas de belleza y de finura
enaltecen sus mudas extensiones?*

*De siglo en siglo descenden
hábitos incensados de esos dones*

*que a lo lejos se cultivan;
exhalan inolvidables vaticinios
de ignotas maravillas,
que hieren nuestros sentidos
con su dardo, dulce y suave.*

*¿Caerán más gotas de ese rocío
que santifica la tierra con voces
sedientas de eternidad, amor y entrega?*

*Furtivos resplandores
trenzan su luz trémula.*

*Mis ojos los contemplaron
al alba y al ocaso,
en auroras sollozantes
y en crepúsculos dorados;
lánguido, enfrió mi corazón
cuando el eco fugitivo
de esos labios se desvaneció
en el dolor de los tiempos...*

Voz de gratitud: *Mi espíritu tiembla ante un poder
de cuyas fuentes mana la verdad,
receloso de la furia inusitada
que despliega el brotar de lo innombrable...*

*Con la flor de su exuberancia
inspira ansia de creatividad,
la noble emulación de su arrojo,
del sabroso fruto de su reciedumbre,
de ese arcano que hilvana
el sagrado manto de su libertad.*

Pero ¿de dónde procede?

*¿Quizás de madrigueras de silencio
y de grutas sazonadas de honda soledad?*

*El silencio acrisola ese poder
que palpita, con honor y hermosura,
en la perenne y abnegada noche
cuya fortaleza compone el universo;
teje la costura intangible
que trenza los solemnes bordados
de telas que hoy nos cubren,
acogen y despiden.*

*Mas yo quiero un cosmos nuevo,
una luz que desafíe
todo cuanto imagino,
y catapulte mis utopías,
esos sueños musitados
por labios inflamados
de amor, de claridad y de ternura,
hasta un horizonte insurrecto
donde brillen la paz, la tersura y la alegría,
bastiones de belleza en un mundo oscuro...*

*Sin embargo, ¡oh futuro!,
pájaro de espuma
que vuela a lo desconocido
¿hacia dónde nos conduces,
tú, paloma temblorosa
que ocultas tus alas de asombro,
tus nidos de sigilo eterno,
en nombres vaporosos
y fantasías extintas?*

*¿Qué nos tienes deparado,
oh claustro de secretos inmortales
que tanto temes cantarle a la vida?*

*¿Cuándo aplacarás
el fragor de nuestros quejidos?*

*¿Cuándo tu llama vigorosa
arderá al son
de nuestro auténtico destino?*

*¿Germinas del azar,
de la necesidad
o de la inexplorada magia de la autonomía?*

*¿Y si sirvieras a un misterio
de evocaciones eternas, profundas y puras,
que nuestra alma jamás escrutará?*

*Destrúyelo todo,
pero no te lleves la bondad y la esperanza...*

Pero ¿no representa el azar un sinónimo lóbrego de nuestra ignorancia sobre las doctas leyes que rigen estas heredades, y las dotan de armonía, cadencia y hermosura, mas también de una severidad ciega ante el dolor que impera en la difusa esfera de la vida? Ojalá fuera así, y el azar tan sólo rubricara la huella temporal de nuestra incapacidad cognoscitiva. Por desgracia, la ciencia parece revelar que subsiste una indeterminación fundamental en la vasta dinámica de la naturaleza: un muro de desconocimiento cuyos pórticos jamás serán franqueados por la angostura de nuestra inteligencia...

Blandamos la espada del coraje ante el arcano que enardece el mundo, y preguntémonos, en soliloquios desconsolados y fructíferos que todo espíritu ha de mantener consigo mismo: ¿de qué misterioso foco dimana esa fuerza tan gráfica y expresiva que posee el pensamiento puro (la lógica, la matemática...) para describir, con belleza y precisión, el funcionamiento del universo? ¿Por qué esa convergencia entre lo racional y lo empírico? ¿Acaso constituye la cosecha madurada de coincidencias felices, quizás las más fecundas casualidades que hayamos sondeado en el tumultuoso curso de la historia intelectual humana? Pero no olvidemos que esos fértiles destellos de inteligibilidad coexisten, problemáticamente, con densas y desconcertantes

nubes de caos. Los conceptos languidecen: tanta materia oscura resulta demasiado tenebrosa para unos ojos acostumbrados a la luz...

Voz ansiosa: *Los dioses han clausurado
el horizonte de nuestra comprensión;
altas, áureas y recias fortalezas
nos impiden acceder al verde valle
donde prospera, gozosa, la verdad,
y se despliega todo amor prohibido.*

*Inexpugnables potestades custodian
ese reino de níveos esplendores,
su pureza y su vasta soledad:
los eternos dominios
del ser y de la vida,
único nutriente que saciaría
a los enamorados de la plenitud.*

*En sus lechosas colinas
crece bellamente
esa flor ansiada,
ese ángel rosado
de sedosas corolas
y ardientes pétalos,
cuya suavidad todo poeta,
todo buscador y todo sabio,
todo místico y todo asceta,
ha suspirado por acariciar
con sus propias manos.*

Azar, necesidad, libertad... ¿Cabe una conjunción de estos tres factores, o ha de primar inexorablemente uno de ellos? ¿Acaso persisten otros elementos cuya esencia hoy ignoremos? ¿Nos agradecerá el futuro con una verdad nueva y esclarecedora, que nos permita entender mejor la prolija cadena de maravillas y de aflicciones que compone la laberíntica sinfonía del universo?

Voz ansiosa: *Humanidad...*
 ¿Hacia qué puerto navegas?
 ¿Qué singladura has fijado?
 ¿Por qué mares bogas?
 ¿Qué viento inveterado
 impulsa tus olas mullidas?

¡Oh tiempo ignoto,
haz de incertidumbre abrasadora
donde crepitan los deseos
como leña en hoguera recién encendida;
llama flamígera avivada
por el discurrir de cada siglo,
de cada década,
de cada año,
de cada invierno y de cada primavera,
de cada día y de cada conciencia!

¿En qué fuente entiba nuestro destino?

La irreversibilidad del sufrimiento y de la injusticia evoca el gran drama de la historia. La ciencia desentraña el sometimiento de toda la realidad a leyes universales y a conjunciones de necesidad y contingencia, pero palpar la intensidad del dolor de tantos que jamás degustaron el cáliz de una vindicación restauradora, ¿no sella el existir del hombre con gruesos pórticos de impotencia? ¿No revela una dimensión, un orden de valores que se afana vanamente en desafiar los cánones ineluctables de este cosmos, de esta inmensidad de fuerzas y materias ciega a las deprecaciones del corazón humano? ¿No nos llama al llanto? ¿No rubrica nuestra soledad? ¿No despierta los ecos aletargados de una nostalgia por el amor divino que dormita en fondos insondables? ¿No desvela este clamor el verdadero rostro de nuestra estirpe, cuya belleza más pura y conmovedora resplandece en esas lágrimas desesperanzadas que, al deslizarse por nuestras mejillas como destilaciones de sueños recónditos, santifican nuestros ojos y nuestra faz con sus soplos de eternos deseos insatisfechos? ¿No esparce la semilla de un futuro libre, de una aurora inescrutable y por ello capaz de dignificarnos?

*

Puede que la pura actividad rubrique la meta unánime que gobierna el universo: el ser silente de lo inanimado y el bello entusiasmo que exhalan las formas vivas. Constituye la vida una fuerza imbatible que a toda adversidad se sobrepone. Aherrojada en luchas sin cuartel cuyo único objetivo reside en perdurar, en triunfar en aras de la permanencia, Darwin se percató, con una lucidez que ensalza la inteligencia humana y expande sus difusos límites, de que en un empeño tan denodado por perseverar sobre la faz del mundo se inserta, magistralmente, la llave que nos otorga esa hermosa pléyade de manifestaciones tan hechizantes para nuestros sentidos: un don bañado de creatividad, cuya pujanza inunda la imaginación. Esos ojos que nos reflejan en la vastedad del mundo alcanzan a contemplar tan alta huella artística ya en las más más elementales formas de la vida. Su refinamiento se sofisticó conforme se incrementa su nivel de complejidad, porque evolucionar equivale a innovar, a suscitar fervor, a originar la furia propiciatoria de la creatividad: un amanecer que rejuvenece el vigor de la vida, para proyectarla a nuevos escenarios y satisfacer necesidades imprevistas.

La vida enardece la llamarada del arte, cuyo fuego late en la naturaleza y palpita tenazmente, provisto de una energía flamígera e inconfesada, mayor que el brillo desprendido por las rutilaciones de esos astros que reposan en espacios lejanos. “*On m’appelle nature, et je suis tout art*”, declamó Voltaire con su característica elegancia. Para Bergson, en el colorido seno de la naturaleza subsiste un cautivador “*élan vital*”, un impulso creativo que conduce los arcanos de la vida por sendas intempestivas y sinuosas. Bien sabemos hoy que el secreto de la vida no mora en entelequias inasibles, en principios incognoscibles o en potencias inabordables para la ciencia, sino en una bella y sólida estructura, cuyos intrincados mecanismos son susceptibles de desentrañarse gracias a la bioquímica y a la biología molecular: estriba en la admirable complejidad de proteínas y de ácidos nucleicos, en esa capacidad para transmitir información de generación en generación, heroica victoria sobre la indolencia del tiempo. Pero por mucho que la ciencia escrute el enigma de la materia, la vida, dada su improbabilidad, dado su elenco de virtualidades, dado su poder creativo, no dejará nunca de embriagar los resortes de la mente humana...

A quienes hemos nacido bajo este sol, en una época acostumbrada a argumentar en términos evolutivos, nos acosa la tentación de considerar una idea tan profunda, tan aleccionadora y tan intrigante como una mera obviedad, como una blanca y plácida evidencia, como una realidad tan patente, inerme e indiscutible que no entendemos por qué tuviesen que transcurrir tantos siglos hasta que los agudos intelectos de Darwin y de Wallace la convirtieran en recio patrimonio de la ciencia. Sin embargo, ha de poseernos el espíritu de la gratitud hacia quienes lograron ascender hasta las estratosferas de las contribuciones al pensamiento, pues ¿no habrían suspirado las almas más ilustres que ennoblecieron la Antigüedad por haber conocido una verdad tan honda, tan explicativa, tan evocadora? En pocas ocasiones se ha enriquecido tanto la razón humana como al desvelar hombres decimonónicos, indudablemente antecendidos por un rosario de conspicuos e insoslayables precursores, esa evolución que talla el robusto e incesante árbol de la vida; la consagración, no confutada, del persistente devenir de lo inerte y de lo biótico hacia un destino que se nos escapa, porque quizás tan sólo consista en despegar el fiero ímpetu que arroja la materia y siembra la vida...

Nos bendice la diosa fortuna a quienes hemos heredado ya un descubrimiento portentoso, y hemos atravesado ese pórtico inaugural que metamorfoseó la ciencia y transfiguró nuestra concepción del mundo. Llegar a comprender que el néctar de la vida se nutre de un mismo tronco y bebe de unas mismas y fértiles raíces, cuya firmeza hermana inexorablemente a los profusos seres que pueblan la variedad de la Tierra con belleza y ardor, incoa la semilla de dones fecundos y laureados, y nos enaltece con un privilegio único, mayor incluso que el séquito de avances técnicos que han dulcificado nuestras ya de por sí arduas existencias.

Nada aplaca la efervescencia de la curiosidad humana. El dolor más punzante que nos aflige no pertenece al ámbito de lo material, sino a la impotencia para responder plenamente a los interrogantes y deseos que se avivan en la inmensa planicie de nuestra imaginación. Pero entre tanto, sumidos, mientras perdure el tiempo de la humanidad, en una concatenación irresoluble de incógnitas que se ceden infatigablemente el testigo, mostrémonos agradecidos hacia mentes como las de Copérnico, Galileo y Darwin, cuyo vigor ha pacificado la tempestad de la ignorancia y nos ha permitido navegar por mares nuevos y más resplandecientes. Quizás en el futuro se desaten tormentas más bravías, pero hoy hemos de deleitarnos con esta cúspide ya coronada...

¡Oh santo Darwin!, santo de la ciencia: tú ha legado a la humanidad una verdad incomparable, cuya luz sobrecogería, por su trascendencia, a los espíritus más elevados que han enorgullecido a nuestra estirpe con sus obras, hallazgos y pensamientos. La aurora de inteligencia irradiada por Darwin, Wallace y otros científicos ha desenrollado, aun tímidamente, el gigantesco pergamino de la naturaleza, para identificar la ley de un cambio creador, magia vehemente que subyace a la policromía, a la explosión de seres que sazonan el embrujador reino del existir. ¡Y qué fascinante es contemplar cómo, desde los seres más simples que cabe concebir, la vida ha transitado lentamente hasta las plantas, los animales y el hombre! Pero qué duro ha sido todo... La vida ha tenido que vencer los mayores obstáculos, para imponerse sobre las necesidades más acuciantes y resistir los embistes más intensos de una naturaleza cruda y hostil. Ya lo escribió Darwin en *El Origen de las Especies*: “contemplamos la faz de la naturaleza radiante de alegría, vemos a menudo superabundancia de alimentos; pero no vemos, o lo olvidamos, que los pájaros que cantan ociosos a nuestro alrededor viven en su mayor parte de insectos o semillas, y, por tanto, están constantemente destruyendo vida; y olvidamos con qué abundancia son destruidos esos cantores, o sus huevos, o sus polluelos por las bestias de rapiña; y no siempre tenemos presente que, aunque el alimento puede ser en este momento superabundante, no ocurre así en todas las estaciones de cada uno de los años que transcurren”.

Ha brillado la luz de la vida, se ha entonado la voz de este prodigio en los inhóspitos espacios del cosmos, ha triunfado esta maravilla del universo sobre infinidad de contrariedades. Yo sólo puedo preguntarme qué surgirá después. Debemos ser dioses. Pensemos y amemos como dioses. ¡Seamos dioses que anticipen el eterno poder del futuro!

Voz ansiosa: *¡A ti humanidad,
a ti que habitas en este lugar recóndito
de un cosmos cuya inmensidad nos sobrepasa:
a ti te confiesan mis labios
que desbordas su imaginación
y estremeces sus anhelos!...*

*En las claras noches del estío
exhibe el sereno firmamento*

*esos lauros que condecoran
su esplendor de oro y ébano,
haces de majestad exultante y jaspeada,
la flor de esos atributos que nos sobrecogen,
mutaciones de luz primordial
y rostros de belleza unánime...*

*Tú, humanidad, hondo receptáculo
que acoge el fervor de mis cánticos:
no te pierdas en deseos pasajeros
de poder y de avasallamiento,
en chispas que despuntan y fenecen,
marchitas y desvanecidas
de una historia siempre indolente;
porque sólo lo perdurable permanece,
el amor, el conocimiento, la hermosura;
sus cálidos dones
nos salvan,
nos sosiegan,
nos elevan ...*

*Y yo ansío un mundo en paz,
regido por el entendimiento,
donde las tragedias seculares
cedan sus angustiosos relevos
al sueño de la fraternidad
y a su bella y noble épica,
y todos bebamos de la misma copa,
del mismo vino que nos embriaga
con el aroma duradero de la vida...*

*Vivir es lo que todos quieren;
vivir como hijos de la alegría
y vástagos del servicio y de la entrega,
herederos de una dicha ya no efímera,
partícipes de una felicidad*

*por toda alma compartida,
ardor que no vibra allá,
aposentado en la esquiva lejanía
que contiene las fúlgidas estrellas,
en el rutilar de astros idolatrados
que, solemnes, nos maravillan,
sino en el divagante y arcano fondo
que sostiene nuestros espíritus,
tonifica nuestros corazones
e inspira nuestros pensamientos,
fusión de lo posible y lo real,
de lo humano y lo divino,
de la fatalidad y los sueños,
y de cuyas aguas pródigas surgen
el canoro impulso de la creación
y el relente elixir de la vida:
el afán de erigir
la ciudad más sublime,
bordada de incandescencia,
luminosa, leda, inquebrantable,
ribeteada de virtud
y saciada de ciencia,
donde los espíritus se conocen,
se aman las almas compasivas
y exhalan un perfume
bañado de misericordia,
para disfrutar de su exigua,
mas apasionante existencia,
sin temores ni agonías,
sin dramas ni desavenencias.*

*Ojalá cesara todo rencor,
y muriera todo resentimiento
que adultera el profundo ser del hombre;
ojalá expirara toda envidia
y sólo brillase la pureza*

*en la fragilidad de nuestros corazones;
ojalá los cielos extirparan las heridas de la ingratitud,
y las almas hoy manchadas
de odios indelebles
sólo irradiaran amor,
amor invulnerable,
amor jamás traicionado,
amor que refulge con aplomo
derramado sobre las llanuras del dolor,
cuyo cáliz extinguiera cualquier viso de maldad
y diluyera las nubes de todo amargo egoísmo...*

*Ojalá esas palabras que profieren
aspereza, animadversión y resquemor
se transfiguraran en verbos de bondad,
y nunca más edujeran nuestras bocas
lacerantes y agrios vocablos
transidos de infelicidad...*

*Sí, ya lo sé,
proclama mi voz
una utopía incommensurable,
cándidas expresiones
de ingenuidad, inmadurez y bonhomía,
que ignoran la verdadera esencia
de nuestra condición humana;
pero no puedo renunciar a ese sueño,
aun consciente de que la iniquidad
perfila el contrapeso necesario
para que resplandezcan, victoriosos,
los fueros de la honestidad,
y se active esa colosal dinámica
cuya virtud impulsa la maquinaria del cosmos
y desata los vientos de la historia...*

*¡Yo me siento cautivado
por la unidad y por el amor!,
y tanto me hechiza su fragancia
que no vislumbro contraste alguno,
esa concatenación inexorable
de tesis, suspensiones y antítesis,
sino que ya palpo el fuego ubicuo
de un poder inasible y absoluto...*

*He visto, sí,
una miscelánea insólita
armada de facetas y de fulgores,
un terso y tonificado raudal
que rebosa de emociones:
la inagotable riqueza de la humanidad;
y en la luminiscencia de cada palabra,
en cada plasmación léxica
de la insondable fuerza del pensamiento,
he contemplado la luz aquilatada
de un tesoro profundo, de una perla pulquérrima,
en cuyo reflejo me he descubierto a mí mismo,
inconsolable,
sediento,
náufrago en celosas aspiraciones
de alas que se elevan a cielos puros
y se hunden en amores perdidos,
ansioso por acariciar
esas pléyades evocadoras
que esparcen los primores de todo sentimiento.*

*¡Oh estirpe prolífica a la que pertenece mi carne
y de cuya savia se alimenta el hogar de mi espíritu!*

*¡Oh luz grandiosa,
que ciegas mi felicidad!,
todo mi ser te alaba...*

*Mas ahora debo buscar una nueva estrella:
la humanidad ha plantado la semilla
de valores bellos y de sabios deseos,
pero yo he de crear
ese don que aún carece de nombre...*

*

Es en este preciso instante, sumidos los sueños de su ser en el más profundo desconcierto, cuando la vacilación inocular en Athanasius el veneno de la duda y aleja el vislumbre del consuelo. Le sigue vedado desentrañar los verdaderos males que percuten su espíritu. Ansía conocerlo todo y sentirlo todo, pero ¿quién le conferirá la dulce calma de los sabios, la declamada paz de los campesinos, el júbilo silencioso que embarga a los santos de todas las épocas y de todas las culturas? ¿Quién? ¿Quizás una luz noble encendida en el pasado?

Un fulgor, tenue, pero perceptible, se aproxima primorosamente... ¡Su luminiscencia aumenta! ¡Centelleante, intenso, confortador, lluvia matutina que purifica su angustia! Se trata de un hombre, de una figura que, erguida y solemne, se nos acerca, flanqueada por una cohorte de musas, por una pléyade de luces inspiradoras cuya brillantez encarna la genialidad. ¡Es él, alma ardorosa de Roma! ¡Es Virgilio, capaz de exhalar palabras tan bellas que arengarían a los cielos a propiciar lo imposible! ¡Es el arte, la estética personificada, el rostro de lo sublime! ¡Conspicua prosopopeya de los más heroicos sentimientos que anidan en el espíritu humano!

Se desvaneció la edad dorada de la poesía clásica, pero en nosotros pervive la veneración por ese firmamento de hermosura y primavera ya conquistado...

Virgilio: “*Felix, qui potuit rerum cognoscere causas*”...

*Feliz aquél que supo esperar
ante el tácito devenir que renueva el cosmos,
para contemplar su efigie ese orden inalterable,
esa noble y áurea proporción que rige el universo.*

*Todo hombre custodia,
en su profundidad más recóndita,
las enhiestas lanzas de tersura,
bellas, níveas, resplandecientes,
que irradia la razón
y disemina su serena claridad;
chispa lírica y divina,
destello que revela ese verdor
cuya magia florece en los cielos...*

*Su tesoro nos enaltece,
nos mistifica, nos redime,
y compromete nuestro espíritu
con la luz cardinal de la sabiduría.*

Voz piadosa:

*Somos siervos de lo eterno,
pastores de lo innumerable...*

*Nuestras manos blanden
la espada de los ángeles;
su docta antorcha
la portan nuestros corazones...*

*Sí, belleza,
soplo divino en el mudo firmamento,
mi sentir te adora,
mi razón te glorifica,
mis ojos se desviven por tu luz;
corren hacia ti
los arroyos presurosos
que dibujan mis lágrimas;
vivifica tu fuego mi pasión flamígera
y sana tu bálsamo sagrado
vestigios de mi dolor más íntimo.*

*Encarnada en Venus
 o aposentada en el trono de Minerva,
 tus rayos ecuánimes
 resplandecen, ubicuos,
 por ignotas estrellas
 que alfombran cielos invisibles
 y concurren en profundas noches de silencio;
 esparce tu fragancia
 el aroma de un don eterno,
 y exhalan tus labios la verdad,
 preludio del amor auténtico,
 pues “mientras fluyan los ríos hacia el mar,
 giren las sombras alrededor de los montes
 y en el cielo se apacienten las estrellas,
 guardaré tu memoria
 y proclamaré tus alabanzas”...*

Dante:

*¡Conducidme, oh Virgilio!
 ¡Guiadme hacia la quintaesencia
 del más límpido saber,
 donde yacen la verdad pura
 y el amor imperecedero!*

*En lo umbrío de la noche,
 en la húmeda oscuridad
 de un atardecer desconocido,
 perdida mi alma
 en agrestes selvas de ignorancia,
 despuntó una luz muy bella...*

*Con esmero me mostrasteis
 los hondos secretos del infierno,
 la sana realidad del purgatorio,
 las doctas dichas del cielo,
 ¡la flor que tonifica el paraíso
 e inmortaliza el firmamento!*

*En mi creación he ansiado
inflamar la llama vívida
de un arcano sentimiento,
prender la mecha absolutoria
que engendre el más grato universo:
el aplomo de la naturaleza,
la luz que refleje lo eterno,
su hermosa mutabilidad
y el primor que cincela su silencio.*

*He anhelado contemplar en ti,
belleza que inundas los campos
y anegas los mares,
la voz de las alturas,
el verbo del amor
y el rostro de la bondad.*

*Lo que el mundo me ha negado,
me lo has otorgado tú,
generosa fuente de la verdad;
y mi verdad es mi deseo
de sacrificarme por la belleza:
moriré como esclavo e instrumento
del arte, de la fe, de lo eterno,
“del amor que mueve el Sol
y las demás estrellas”.*

Voz ansiosa: *Mas ¿dónde vive ese amor?*

¿Dónde ondea su ternura?

*Mis ojos sólo ven una oscuridad sorda y ciega,
hermanada a un azar gélido e inmisericorde...*

*Fruncen los cielos su ebúrneo manto,
airados ante el dolor que hoy impregna la Tierra...*

Virgilio:

*“¡Nemo nisi Deus,
naturam suam mutare potest”.*

*Tú, humanidad, has de conformarte
con admirar ese sol dorado que te envuelve
y el verdor de esos prados que te acogen.*

*Has de resignarte a aceptar
tu destino inexorable,
la irrevocable causalidad
que empequeñece tus ansias
y humilla tus conceptos:
la blanca verdad de tu ser,
tímido destello de lo divino.*

Teilhard de Chardin: *La naturaleza ha de surcar
las inescrutables sendas del ser.*

*Toda energía se expande
hasta conquistar mundos nuevos:
una primavera aún más hermosa,
donde refulja,
con esplendor y magnificencia,
la honda luz de la creatividad,
y revoloteen libremente
las audaces alas de lo complejo.*

*Todo se dirige...,
¿hacia dónde, Dios mío?*

¿Hacia dónde se encamina todo?

*¿Hacia dónde fluyen
los rumorosos ríos de la vida
desatados en las cascadas primordiales
de un universo en busca de luces ignotas?*

*Hacia el Cristo cósmico,
en la dorada senda
de la integración suprema,
de la sinergia última
que enlace la pujanza de la materia
y el doliente anhelo del espíritu:
hacia el noble Punto Omega...*

Voz ansiosa: *Mas ¿cómo explicar,
desde esos astros luminosos
pincelados de optimismo,
desde esa ventana de luz pura
y cadencia universal
que reverbera hoy
en vuestra alma, digna y bella,
la presencia insoslayable
del mal, de la amargura,
del dolor, la apatía y el pesimismo?*

Teilhard de Chardin: *Me asuela el silencio;
látigos inclementes de ignorancia
flagelan el corazón de mi espíritu,
profundamente enclavado
en el seno de un mundo castigado
por raudales de sufrimiento,
olvido e injusticia;
¿cómo no derramar
las lágrimas más puras
concitadas en los ojos del hombre
al percibir la huella ubicua
del dolor y de la soledad
en las oscuridades del universo!;
“¡cuántos fallos para un éxito!”,
“¡cuántas miserias para una alegría!”,
“¡cuántos pecados para un solo santo!”*

Voz ansiosa: ¿Qué es el mal?

*Diserten los filósofos,
emerjan por doquier los sabios...*

*Mas ¿acaso caminan maestros
sobre la fértil faz de la Tierra,
también en la claridad de nuestros crepúsculos
y en el hastío que sella nuestros mediodías?*

*¿Brilla en algún espíritu
la luz de la sabiduría?*

*¿Arde en alma alguna
el fuego benéfico del amor?*

*¿Se cultiva en algún jardín
la tierna flor de la belleza?*

No, no hay dios que nos escuche...

*La noche es hoy fría,
y se endurecen los corazones.*

*No corren gratos vientos:
tan sólo se respira soledad.*

*Ninguna deidad calmaría
el sufrir de nuestros lamentos,
ni saciaría nuestras miradas
con la luz de su bondad...*

*Tan grande es el mal
que asuela el universo
con sus tempestades de indolencia
que ni un dios se bastaría a sí mismo*

*para encender la antorcha de la alegría,
y propiciar que estallaran,
con sonoros tronares inauditos,
los manantiales de la sabiduría
y los hontanares del gozo compartido,
bajo cuyos auspicios sagrados
todo se transfigurara en dicha
y se metamorfoseara en armonía,
y el mal sucumbiera noblemente
ante el hondo imperativo de la poesía...*

*Sólo el sueño y el deseo,
sólo la olorosa dulzura de la fantasía,
pueden otorgarnos la ventura de ese don
colmado de bien, de paz, de felicidad,
huésped de justicia y heraldo de bonhomía...*

*Sólo en la magia crepitante
que en las palabras se desliza,
cobran vida nuestras ilusiones
y nuestros temores se marchitan;
sólo allí corona el fervor del hombre
el júbilo, la quietud, la utopía
de una humanidad que venza
el poder de la desdicha,
y cuyos labios sólo beban
del santo grial de la vida,
para alzarse finalmente unida,
confraternizada,
sosegada,
¡redimida!*

Voz piadosa:

*¿Por qué?
¿Por qué el dolor?
¿Por qué vivir?
¿Por qué rendir mi corazón al saber?*

¿Por qué la esperanza?

¿Por qué el deseo?

*¡Yo no comprendo,
y me invade la tentación de entregarme,
respaldado por siglos de cánticos piadosos
que han elevado sus súplicas de aflicción
a cielos inescrutables, puros y recónditos,
a ese Dios desconocido
en cuyas manos amorosas encomiendo
mi fervor, mi soledad, mi espíritu!*

Voz ansiosa: *Ráfagas de agrio viento me desvelan;
lágrimas sin consuelo me estremecen;
clamores de lástima me ensordecen,
y la verdad del mundo me revelan.*

*Punzantes dolores mi alma debelan,
y mis hondos sueños se desvanecen,
cautivos de aflicciones que entristecen
mi entero ser y mis ansias congelan.*

*¡Inúndame, agua de bella esperanza!
¡Anegue mi espíritu tu frescura,
y transfigúrame con tu pujanza!*

*¡Bríndame altas dicciones de ternura,
hialino manantial de la templanza,
y baña mis ojos con tu hermosura!*

Coro de ángeles: *La angustia gotea
sobre un alma insegura.*

*El más leve soplo del existir
incrementa su desasosiego,
y ni el brillo de astros inasibles
resucita su esperanza.*

*¡Oh corazón herido,
mudo y ciego ante la vida!*

*Bucea en tu dolor,
arranca la raíz
de esa flor marchita
que te aflige y desconsuela;
conoce, ama y siente,
pues el secreto de la vida
es el misterio
de quien apasionadamente busca
una historia digna de ser vivida.*

*

Ese niño inocente que sufre el mal, el abandono, la impotencia; esa criatura tierna y frágil que conmovió a Camus y cuyas lágrimas han de estremecer a toda alma sensible; ese interrogante abierto a los vastos y bellos cielos que nos envuelven, ¿no constituye el arcano más profundo al que se enfrenta la mente humana? ¿No condensa el enigma del sentido de la vida? Pero ningún heraldo llegado de las alturas, émulo de un Hermes triunfador, acude en nuestro auxilio cuando nos atormenta el fragor de la duda, la sonora ausencia de respuestas que percute la razón y golpea la voluntad...

El problema del mal, “roca del ateísmo” para un Büchner que se pregunta “*warum leide ich?*” (“¿por qué sufro?”), hunde sus raíces inveteradas en la gran tradición filosófica y teológica. ¡Cuántas soluciones, teóricamente consistentes o sólo meras aproximaciones a la verdad presagiada, ha concebido nuestro espíritu para explicar la tremenda y desconcertante realidad de este hecho ubicuo y desolador! Desde el fatalismo de los antiguos hasta el dualismo de zoroastrianos, gnósticos y maniqueos; desde las obras de San Agustín hasta el mejor de los mundos posibles de Leibniz y sus *Ensayos de Teodicea*...

¡Oh teodicea!, quien inventara tu imborrable nombre, pues en ti se ha decidido el destino de Occidente, de una civilización que no puede renunciar a interpelarle a ese dios escondido sobre la omnipresencia del sufrimiento...

Sí, justicia divina y poética, por el advenimiento de cuyas luces sagradas nunca cesarán de clamar muchos corazones devastados... Fue Leibniz, profeta (como Abelardo, Spinoza y Hegel) del conocimiento absoluto y de la cartesiana *mathesis universalis*, inteligencia sideral, sol prometeico descendido del orbe inteligible para ensanchar el espíritu humano, quien acuñó el término “teodicea”. Sin embargo, ¿precisa acaso el Dios incognoscible, ser teóricamente eterno e inefable, omnisciente e innombrable, de la justificación que ofrezca una criatura tan frágil como la encarnada en la faz del hombre?

Nos separa, sí, la indolente superposición de siglos y de profusos modos de pensamiento que proliferan en milenios, centurias, décadas, años y segundos; inmensas extensiones de espacio y dispares fuentes de deseo nos alejan del alma y del corazón de las épocas pasadas; pero nos vincula nuestra inserción en una misma estirpe, atribulada por cuestiones tan insurrectas y desgarradoras, en cuya infelicidad palpita una angustia común, una desesperación que nos remite al misterio en su grado más insondable y genuino...

*Albert Schweitzer: En el silencio de mundos recónditos
se alzan incontables muchedumbres
de almas puras, bellas y abnegadas;
ardorosos espíritus de servicio y caridad,
dulces rostros escarnecidos
que esperan, con lucidez valerosa,
una mano tierna que esparza
las hojas pecioladas del consuelo;
descollantes corazones
que impetran recoger
la aguda luz del amor,
la siembra de la bondad.*

*Renuncié a la docencia de la teología,
a la pompa de los claustros
y al brillo de los paraninfos,
a la vanidad de los libros
y al orgullo de los eruditos...*

*Veneré la música de Bach,
ese don níveo, puro,
pétalo celestial
y corola de luz angélica;
esa espada afilada
que penetra cálidamente
en el sagrario del corazón;
ese séquito de voces beatíficas
cuyos haces de terciopelo
se internan en el alma
con la mansa suavidad
de unas aguas deíficas,
porosas, tonificadoras,
chorros de limpidez cristalina,
linfas que santifican
la alta morada de los sentimientos,
para anegar mis ojos
en lágrimas vidriadas de amor,
pulcras y propiciatorias,
sacrificados en aras de la compasión,
cuyas burbujas elevan
mi frágil imaginación
hasta la más áurea cúspide
donde crece la belleza,
y encumbran mi pensamiento
hasta las gozosas cimas
donde prospera la verdad.*

*Pero me dolía el arte,
en un mundo herido
por tajantes lanzas de sufrimiento...*

*Ya ni siquiera me saciaban
esos destellos pasionales
trenzados por el genio de Bach;
esas alas que sobrevuelan el cielo*

*y desprenden hermosura inagotable;
esos diamantes de luz y vida
que, aun transidos del dolor,
de la muerte, de la vejación,
que Cristo por nosotros padeció,
exultan también en alegría,
en gratuidad, en don y en inocencia,
e infunden en nuestra alma
sanas luces de radiante energía,
a cuyo tenor virginal resuenan
coros de melodías seráficas,
frutos perfumados de honda belleza...*

*Sí, los latidos de dolor
que atrofian el corazón del mundo
eclipsaban mis ojos ante el arte,
los libros, la exégesis y la teología:
ya sólo palpaba huellas de sufrimiento,
cruelles cicatrices de soledad
en el rostro de los menesterosos.*

*Se apagaron en mí los ecos immaculados
del tesoro de amor, verdad y luz
que nos otorgó ese músico inmortal
nacido en la ciudad de Eisenach,
serena urbe de Turingia,
testigo del milagro de una Biblia
gloria perenne de nuestra cultura,
que Lutero tradujo al alemán
en el noble castillo de Wartburg...*

*Apuré muy pronto el cáliz puro
de ese prodigio de recogimiento
alumbrado desde la señera iglesia
de Santo Tomás en Leipzig;
de esa obra astral que rebosa*

*de la piedad más sincera
que cabe auspiciar sobre la Tierra;
de esa transparencia diáfana
del fervor más íntegro y místico
que llega a bendecir el alma humana
con las profundas caricias de sus rayos;
de esa divina claridad cuyo honor exhala
una verdad tutelar demasiado bella,
contrapunto que resalta armonías eternas...*

*Necesitaba entregarme a los demás,
negarme ascéticamente a mí mismo,
y ofrecer los despojos de la ciencia
y los pudorosos retazos de las artes
para inflamar la llama del amor
en los podios de un templo imperecedero:
la inmensidad de todo corazón...*

*Contemplé a Cristo inmolado
en la áspera faz de los oprimidos,
no en el aura ufana de los sabios,
ni en esos textos espolvoreados
desde los anaqueles más altivos,
con cuyas solemnes y fatuas letras
creen los doctos alcanzar la inmortalidad
en un mundo condenado a la desaparición,
a la muerte, a la flaqueza y al olvido...*

*Esa dulce salvación
que mis dedos ya rozaban
debía pregonarla a los rincones
del vasto y fascinante orbe
que ayer y hoy nos circunvala,
ávido de paz y sediento de justicia...*

*Sin sosiego leía,
escuchaba y meditaba,
esclavizado por el anhelo,
insepulto, inexorable y escarpado,
de aprender toda bella sinfonía,
toda creación digna y cromada
cuya luz sazone las provincias
de este severo cosmos insumiso...*

*Pero pronto me afligieron
espesas nieblas de duda,
que atormentaban mi ser
y lo teñían de amargura;
¿cómo podían los resortes
de mi densa alma agrietada
responder a esa oscuridad
que abatía mi corazón
con relámpagos de desidia
y pujantes truenos de cólera?
¿Cómo no sucumbir, exánime,
a la más lóbrega de las agonías?*

*Arrebatadores pensamientos
de amores, celos y desdenes
surcaban, incesantes,
el cálido hogar de mi espíritu,
ahora confuso y zaherido,
como retoños de furiosas tempestades
que no amainan, mas sacuden
las procelosas naves de la vanidad.*

*¿A qué habría de consagrar mi vida:
a la fría vanagloria del saber;
a conquistar el pináculo de las ciencias
y los picos de la erudición;
a investirme de los más excelsos honores de mi mundo;*

*a pronunciar vacuas palabras que sólo suscitaran admiración;
a sumirme en afanes glaciales y en minucias marchitas;
a enterrar mi ser y mis lágrimas en hojas gélidas y grises;
o a brindar mi alma a mis hermanos,
para encender la luz unánime del consuelo
en la ubicuidad de toda faz atribulada,
aun en lejanas tierras de un magno planisferio?*

*Me ahogaba en mí mismo,
devanado en mi propia y desgarrada soledad:
precisaba de la frescura que derraman los rostros,
de la alegría musitada por labios desconocidos;
y por ello abandoné mi amada Europa,
y me despedí de mi amada teología,
y postergué mi amada música,
y marché a la remota África,
a aquellas latitudes inverosímiles
repletas de semblantes que imploraban
ternura, dedicación y entendimiento.*

*Y es en África donde se redimió
un corazón antes angustiado;
allí me reconocí como quien soy,
y respiré, al fin, la fragancia de la vida,
y sentí como jamás había sentido,
y penetré en los más hondos arcanos
de la críptica y sagrada teología,
y la delicada música de Bach
sonó con mayor maestría
que en las iglesias y escenarios
de la vieja Europa, patria mía;
y la hermosura de esas notas colosales
refulgó con tanto esmero y primor,
con un júbilo tan majestuoso e intachable,
que sólo en un dorado reino
de bellos cielos que el amor*

*en su irreprochable pedestal entronizaran,
se emularían su aroma y su dulzura,
la ductilidad que baña su esplendor...*

Voz profética: *Libros y más libros,
conceptos y más conceptos,
construcciones y más construcciones,
pero ¿no han conmovido
innumerables corazones
las palabras de Buda en Benarés
y de Jesús en la montaña,
sencillas y luminosas,
ligeras como aves celestiales,
más poderosas
que todos los reinos
y honores de este mundo?*

*¿No han inscrito esos labios
la inagotable sabiduría de Dios
en los senderos de la Tierra?*

*La más dulce de las bienaventuranzas
brota de la verdad y del amor;
su luz recompensa a los mansos
y consuela a los que lloran,
honra a los olvidados
y engrandece a los misericordiosos;
enaltece a los humildes
y transforma a los altivos.*

*Cuando el hombre corone
la cima de su divinidad,
y se apaguen para siempre
los tullidos amaneceres del dolor,
se fundirán amor y conocimiento
en más puro de los crisoles,*

*revelador y bello,
hondo y sereno,
sede de paz y armonía,
unión perenne
de intelecto y sensibilidad,
dios encarnado
y hombre glorificado
en los invisibles tronos del cielo,
Logos infinito e inescrutable
que todo lo asume,
todo lo redime,
todo lo enaltece,
pues “El Espíritu todo lo sondea,
hasta las profundidades de Dios” (1 Co 2,10).*

Albert Schweitzer: *Buscamos al superhombre;
los filósofos sueñan con rebasar
los dúctiles confines de la vida;
pero anudadas a nuestro corazón
y engarzadas en nuestro intelecto,
nuestras manos han de forjar, primero,
una “razón sobrehumana”,
una compasión sobrehumana,
un amor sobrehumano...*

*

Confesaba **Albert Schweitzer**, probablemente la persona que mejor interiorizó las indescriptibles fuerzas espirituales exhaladas por la música de Johann Sebastian Bach, que la obra del gran compositor alemán entonaba, toda ella, un canto de alabanza a Dios.

La música de Bach enaltece el espíritu. Al escuchar los coros de *La Pasión según San Juan*, o al intuir la intensidad de las lágrimas vertidas por San Pedro en *La Pasión según San Mateo*, el ser humano percibe una realidad que lo trasciende. No se trata de circunscribir esa esfera, arcana y sobrecogedora, a los angostos límites de la temática religiosa, sino de descubrir la pujanza

que atesora la música de Bach para traducir los sentimientos más abisales del alma humana a un lenguaje inefablemente vívido y bello, a verbos despojados de letras pero capaces de exaltarnos y llenarnos con el rocío de la plenitud. Su interpretación no constituye el patrimonio exclusivo de las religiones.

En el *Kyrie* de la *Misa en si menor*, todo fluye armoniosamente; éxtasis y recogimiento se funden en el crisol de un equilibrio sublime que dignifica todo sentimiento humano. Ahí vibran al unísono las dichas y los dolores, emociones ahora expiadas en un cielo de belleza enlazado a las vicisitudes terrenales mediante una gloriosa torre de babel que todo lo purifica con su hermosura ascendente, mesurada y ubicua, eco de una perfección matemática que sólo ángeles de visión incorrupta emularían en las inmensidades de lo eterno.

Con frecuencia nos preguntamos qué puede hermanar a la humanidad. Siempre he pensado que el arte representa una senda privilegiada para fomentar la reflexión y robustecer el ansia de unión entre los seres humanos. ¡Cómo no sentirse profundamente interpelado, en esa instancia insondable que define nuestra individualidad, al deleitarnos con notas colmadas de armonía, de paz, de sobreabundancia estética, de expresividad, transidas de llanto e inundadas de alegría! ¡Cómo no suspirar por una luz que desborde nuestra existencia fortuita y nos integre en una dimensión universal! ¡Cómo no desear que todos los seres humanos logren también gozar de la maravilla insólita que bendice el genio artístico!

La música de Bach esparce paz, pero este arroyo vigoroso no desemboca en mero desasimiento, sino en esa evocadora mezcla de felicidad y tragedia que envuelve la provincia humana. El drama de la vida se derrama con su discordante ambivalencia de belleza y tenebrosidad, doble cara de ese Jano bifronte que tutela todo ser, toda ciencia y todo arte. Bach concibió su obra creadora como una elevación del ser humano a Dios. Muchos corazones albergan la esperanza de que se alce un ser, una realidad, una vida, cuya luminosidad redima la contingencia que oscurece el mundo: un “Totalmente-Otro” al cosmos, tal y como lo ha imaginado una parte sustancial de la teología protestante en lengua alemana (almas tan doctas y sinceras como Rudolf Otto y Karl Barth lo atestiguan), si bien esta noción late ya en las grandes corrientes místicas de todas las edades, desde la renana de la Baja Edad Media hasta la gran tradición castellana del XVI, desde esas escuelas tan fascinantes que ha

prodigado el subcontinente indio hasta la incomparable hondura que permea el sufismo islámico. Lo cierto es que esa nostalgia por un Totalmente-Otro a la que aludiera el filósofo Max Horkheimer palpita en la música de Bach. Las manos de la humanidad han forjado una belleza tan límpida y resucitadora como la de Bach, y si muchas religiones prometen una gloria futura que por lo general contrasta con la ausencia de felicidad en el presente de la historia, parece que, al contemplar la pureza de la obra de Bach, el ofrecimiento de una culminación escatológica se incoa ya en el desconsolado hoy...

Para Heidegger, una de las características más notables del *Dasein*, del “ser-ahí” arrojado al mundo que encarna el hombre, yace en su posibilidad de anticipar el futuro. Este concepto lo ha asumido el teólogo alemán Wolfhart Pannenberg, y exhibe una indudable fecundidad teórica. Creo que, en la música de Bach, a través de sus finas armonías matemáticas, presagios de una perfección ya no vedada al hombre, pródromos de todo sueño sobrenatural, se anticipa el afán de una plenitud cuyos rayos desafíen las sonoras carencias que afligen y ofuscan el mundo. En la música de Bach preludivamos el futuro, el porvenir más bello y aleccionador que nos cabe esperar. Acudamos a ese refugio sempiterno que nos brinda su música, y dejémonos transformar por el poder que disemina su creatividad. Quizás así edifique la estirpe humana un mundo distinto. Ese hogar bañado de quietud y ensimismamiento espiritual que nos concede la música del compositor de Eisenach no justifica una huida del mundo, ni nos otorga un salvoconducto para considerar el arte, al modo de Schopenhauer, como una protección frente al escenario inexorablemente hostil e incomprensible que nos depara la historia, sino que planta una valiosa semilla: la exhortación a compartir, con otras almas, con otros corazones, con otros ojos, con otros labios, esos sentimientos tan profundos, salvíficos y hermosos que inspira en cada uno de nosotros. Invita, en definitiva, a clamar por una humanidad nueva.

Voz piadosa: *Tu música es la más pura que ha escuchado mi alma.*

*En ella resuenan las profundas melodías del universo,
como si Dios hubiese dictado sus compases
a imagen y semejanza de la creación,
espejo de eterna geometría.*

*

El yo sufre, desconsiderado por este mundo que sólo acoge objetividades, “útiles a la mano”, y cuya lobreguez de tintes eternos disipa cualquier tentativa de clamar por la justicia, por el bien, por el amor...

El yo, rostro del sujeto, límite del mundo, como supusiera Wittgenstein; cúspide del universo, pues en él se condensa la más áurea cima de sofisticación, plasticidad y apertura conquistada por el arduo devenir de la naturaleza, siempre ávida de impulsar la estela del ser hacia escenarios ignotos, mas inagotables... El yo, al unísono perteneciente al cosmos y extranjero en sus vastos dominios, porque su esfera más genuina es otra, y converge con su propia y arcana intimidad, con su refugio recóndito e invisible... El yo, heraldo de un reino infinito (“*I could be bounded in a nutshell, and count myself a King of infinite space*”, confiesa Hamlet), tesoro dorado que también oculta una agria caverna demasiado lúgubre...

No es en la oscuridad del yo, sino en la transparencia del yo volcado hacia los demás, en la entrega sincera a tantas almas que ansían sentir lo que acariciamos en la impetrante soledad de nuestro corazón, y pensar con esa luz inasible que sólo nosotros avivamos, y ver lo que divisan nuestros ojos, donde mora la diáfana felicidad...

Athanasius: *A lo alto se elevan mis tenues brazos:
evocan suaves súplicas piadosas
a poderes eternos y escondidos;
ansían palpar la sagrada aurora
del viento ardiente, noble y cristalino
que derrite el frío de la ignorancia.*

*Buscan conjurar esos rayos puros
a cuyo son descienden las respuestas
a las arduas preguntas que me asuelan;
ingenuo es mi implorar, desconsolado,
un santo cáliz de felicidad
en cúspides astrales e incoloras.*

*Ese verbo de amor no tronará
desde los imponentes y hondos cielos;
mi corazón se rompe al contemplar
aquí en la Tierra tanto sufrimiento;
no queda espacio en el alma que acoja
pedazos quebrados de sentimiento.*

*Mis blancas lágrimas se han desgarrado,
y surgen, feroces, de ojos heridos;
acrecientan mis dolores aciagos
en la agria soledad de su silencio.
Me consume la llama del destino:
la enciende el relámpago del deseo.*

*Oscuro era mi afán de eternidad,
pues huérfano de verde amor vivía;
no era sincero el fruto de su llanto,
ávido de escrutar, con valentía,
la pléyade de misterios alados
que esculpen un universo hoy rendido.*

*Pero el más insondable y fiero arcano
clama junto a mí, circunda mi rostro:
voces son de ausencia, olvido, abandono;
lánguidas manos que tan sólo esperan
mi fervor, mi compasión, mi justicia,
ese hermoso paño que me han bordado.*

*Extenderé todo cuanto poseo,
flor y alma fuente de mi pensamiento,
hasta ese castigado y triste reino,
hasta esa patria mía y de mi anhelo.
Desborde, pues, voraz mi sentimiento
las aguas límpidas de la clemencia.*

*“No sombríos, ásperos sacrificios,
sino el poder de la misericordia”,
cantó la bella voz de los profetas;
no es allá, en las nubes, donde se aviva
el fuego de un amor que condescienda:
es en la ternura de los vocablos,
derramado, inefable y docto don
que sólo la sabiduría ofrenda.*

*Yo puedo amar más que dioses recónditos,
y en compasión exceder a los ángeles;
habitarán cielos en mi mirada
y en el alba azul de mi voluntad;
regarán mis suspiros creadores
esas mares profundas y añoradas.*

*

Desdichada es nuestra vida, pues hemos de asumir la contradicción y su desgarradora fuerza. Nos buscamos a nosotros mismos, y sólo en la soledad resplandece esa paz tan implorada que impetra el racimo de nuestros desvelos. Pero nuestra mente adolece de una oscuridad demasiado intensa, y su lástima se nos antoja excesivamente ávida y abrumadora como para internarnos sin ayuda en sus moradas. Hemos de surcar sus mares tempestuosas a bordo de la gran nave de la humanidad. Sólo así ingresaremos en todas las almas, y triunfará la fraternidad, y ningún gozo, ni pesar alguno, se ausentarán de la patria de nuestro recuerdo. Con aplomo brillará el prodigio de la reminiscencia, del bello y clemente espíritu que acoge a quienes ya no sienten ni padecen.

En todas las culturas, en la versatilidad de sus creaciones, hemos de descubrir las pugnaces manifestaciones de ese árbol portentoso en cuyas ramas florece la verdad y exulta la belleza. En Oriente y Occidente, en el Norte y el Sur, en las alturas y las profundidades que sazonan este orbe inagotable, debemos atisbar las reverberaciones de esa huella egregia que nos hermana a todos: la rúbrica de un deseo insaciable. Proclaman las religiones que todo es de Dios: todo fruto que madura sobre la Tierra remite a su majestad in-

sondable. Sí, apela a lo eterno, luminoso e innombrado, a una verdad incognoscible, a un amanecer inefable, arcano foco de poder, cuyo cielo converge con el primor de la hermosura, del amor, de la sabiduría. Todos incubamos, en el afligido seno de nuestro espíritu, el milagro más evocador que haya despuntado sobre los vastos dominios del universo: la conciencia, el pensamiento, la libertad. Todos encarnamos a dioses que ansían desplegar la magia de su virtud creadora. Esculpamos, por tanto, mundos que maravillen el firmamento...

XIV

La bella luz de la fantasía

En busca de sosiego y ensimismamiento, el espíritu se acerca a las alegres orillas de una mar templada y espumosa. La observa ante sí, imbatible, mayestática, rebosante de gloria..., aun después de presurosos milenios y de ocupaciones trepidantes. Escenario desbocado de la vacua codicia de los hombres y marco no menos desenfrenado de su impetrada reconciliación; albergue de sabios eximios, de poetas inmortales y de fieros guerreros...: es el Mediterráneo, es la cuna de cuantos ideales ama una voz de gratitud; custodia el tesoro mejor guardado del viejo mundo, el pináculo de sus copiosos haces de deseos, pues en el recuerdo piadoso de lo antiguo se ennoblece la vida presente.

Sin embargo, el espíritu rehúsa permanecer suspendido en la serena calma que permea la ataraxia estoica. Renuncia a vivir absorto en esa proporción, divina y meticulosa, que tanto fascinara a los griegos, en ese agradable esparcimiento infundido por la medida y la belleza de la naturaleza. Suspira por una luz vertiginosa que rebase los confines del cosmos y colme las energías de la vida: el cáliz de lo infinito y la copa de lo infinitésimo, el reto a todo orden reificado, sustancializado, pétreamente cerrado sobre sí mismo (ambición que condensa una aportación imperecedera de la modernidad a la ciencia y a la filosofía). Lo infinito y lo infinitésimo desbordan toda frontera, capaces de desafiar el anhelo de armonía y circularidad que inspiraba a la cultura griega.

Pero lo infinito abre la más letal de las cajas de Pandora: el afán descomedido de conocerlo todo, de poseerlo todo, de amarlo todo, de contemplarlo todo... Destila el más sutil y doloroso de los venenos. He aquí la muerte ya

en vida, la oscuridad de lo inacabable, cuyas tinieblas enlutan toda luz, pues ante aquello que carece de término languidece el esplendor de toda cordillera. Incluso los más ilustres logros de la humanidad se nos antojan realidades exiguas, porque poco o nada vale lo finito, por grandioso que resulte, si lo conmensuramos con lo infinito... Se abate entonces el ansia de vivir, y se extinguen las fuerzas, y desistimos de comprender el mundo y de edificar la historia.

No toleremos que nos conquiste la tristeza. Nuestras manos han de palpar esa hermosura translúcida y enorgullecedora que tanto subyuga a nuestras almas. Nuestro espíritu ha de reposar en lechos de limpidez, y entregarse a la belleza, a la sabiduría y al amor, soles cuyos brazos irradian lo infinito aun en lo finito. Cielos invisibles nos llaman a sondear la historia y a bucear en las culturas, a sumergirnos en el inagotable océano de la creatividad y en la miríada de rostros que enaltecen la aventura humana.

Pronto se turba, en efecto, la contemplación del espíritu. No es posible vislumbrar la perfecta quietud en las entrañas abisales de este cosmos, ni siquiera en los sueños más imaginativos. Mas no es ese melifluo oleaje cuyas oscilaciones mecen el Mediterráneo el fenómeno que interrumpe tan prístino silencio, sino la presencia de un espíritu nunca antes avistado por los agudos ojos del alma. En este críptico escenario saciado de eternidad, afamadas personalidades de la historia acuden a pronunciar sus discursos más honestos ante la agobiada mente de Athanasius, mártir de la fe y cruzado de la razón. Y no podía faltar él, apóstol de la belleza, digno relator de las más épicas hazañas que involucran a héroes y a dioses, aquél en cuyos talentos confiaba el Olimpo para narrar sus gestas más universales. Toda una constelación de sabios conocía ya el agónico estado del espíritu de Athanasius, dominado por la angustia no sofocada y por el absurdo insumiso, pero estas luminarias insignes ignoraban las arcanas raíces de su aflicción, de esta locura profunda y sobrevenida en cuyo dolor resonaban los gritos irredentos que profiriera Calígula en sus años próceres.

El personaje que ahora llega, convocado por ángeles de sabiduría y corazones de hermosura, no es otro que Homero, sentado en ese sitial mayestático que entroniza a los cantores del mito y de la hazaña, a quien el mismísimo Werther leía durante su cautiverio sentimental en Wahlheim, aun cuando la intensidad indescriptible que envolvía sus más agrios pesares sólo despertaba un llanto transido de amargura, el fluir de lágrimas desamparadoras...

Voz de gratitud: *Mis ojos se deleitan sin fin,
porque contemplan hoy
los perfiles luminosos
de vuestro regio semblante:
esa tersa faz que edujera
las más bellas palabras
declamadas por el hombre.*

*Un don divino se aposentó
en la morada de vuestra alma;
entonar el cántico más hermoso
rubrica un regalo de lo innombrable,
de ese poder hondo y fulgurante
que enardece las galaxias
y canoniza los cielos con su luz.*

*Mis oídos escuchan vuestros versos:
los dioses me invitan a internarme
en húmedas pompas de jabón que ascienden
a astros sutiles, tejidos de armonía
y de broches de noble compostura,
ahora suavizados por su espuma,
gozosa, osada y purificadora;
sea paz, muerte o dolor
lo que expresen vuestros vocablos,
todo transparenta hermosura,
cálida, ingrátida y eterna;
resplandecen mundos vivificados
por bocanadas primordiales,
exhalaciones de labios que poseen
una fuerza desconocida y un amor impenetrable.*

*Lllaman a mi puerta
pálidos ecos de la creación
de universos fenecidos,
cuya luz ancestral aún hoy traspasa
los límites poéticos de la fantasía humana...*

Homero: *Adoro la estética,
y a su cultivo me he entregado,
porque hermana a los hombres,
ennoblece la naturaleza
y revive lo pasado.*

*He plantado en el Olimpo
un árbol que no muere;
su tronco tutela la imaginación,
sus ramas, la hermosura,
y su flor desprende amor.*

*Turbaciones de su luz
santifican el firmamento
desde púlpitos de belleza
profunda y abnegada...*

*

¿Quién osaría fijar un límite para el alcance de la creatividad humana? El aura del genio de nuestra estirpe, cuyo fulgor empalidece, sin embargo, ante el poder genésico de la madre o madrastra naturaleza, pocas veces resplandeció con tanta belleza como cuando, ya hace miles de años, un individuo desconocido, quizás sumerio, quizás egipcio, quizás chino, quizás indio, bebió de las fértiles fuentes de la divinidad, del lácteo rocío que fluye de sus fecundos y dorados pechos, y alumbró la que probablemente constituya la invención más sobresaliente gestada por nuestra raza: la escritura. Humildes fueron sus orígenes, porque toda alta y destellante cúspide se sostiene sobre piedras silentes y abnegadas. De sencillos quehaceres brotó la semilla del más elevado de los ingenios. De frágiles tablillas de barro dimanó un tributo insuperable al anhelo humano de vencer todos los obstáculos impuestos por el indolente devenir de la materia. Con la escritura, infligió la humanidad una noble derrota al aciago discurrir del tiempo. Con la escritura, profunda y obsequiosa, nuestro género otorgó la palabra al mundo, como exvoto al universo por haberse aventurado a propiciar el surgimiento de esa bella e inescrutable luz que mora en cada espíritu. En el interior del alma, honda y

esquiva, florece el pensamiento, ese cáliz recóndito que, mediante la escritura, derrama su fragancia sobre las provincias del tiempo y el espacio. Los astros se regocijan; las plantas y los animales se glorían de que vástagos suyos hayan desencadenado este prodigio: vivificar el mundo con verbos que remiten a lo innombrable...

Ese individuo ignoto, cuyas manos forjaron este portento tan aleccionador, ¿no acoge la esencia de esa luz que tantos sabios han llamado “superhombre”? ¿No ha incoado la unión lustral entre lo humano y lo divino? En el aroma de las palabras hallamos nuestras fruiciones más sublimes. La tristeza también hoy la aplacan vocablos de alegría y la acallan poemas de amor redactados hace ya siglos... Es en la escritura donde plasmamos la virtud del pensamiento, y legamos a la posteridad esa infinitud sobrecogedora que baña el espíritu con la frescura de sus aguas, para triunfar sobre la soledad que oprime el tiempo.

¿Qué sería de la humanidad sin escritura? ¿Qué voces, léxicos y campos semánticos expresarán, cabalmente, el sentimiento de gratitud hacia ese individuo anónimo que ha de invadir nuestro corazón? La Tierra rebosa de lauros vacuos y oscuros, cuyas brisas lánguidas honran a quienes creen portar la corona de la entrega, de la inteligencia y de la pureza de alma, pero con frecuencia olvidan a quienes verdaderamente avivaron ese fuego impulsor de nuestras ansias allende el azulado cielo que nos cubre... Ni Aristóteles, ni Arquímedes, ni Euclides nos han ennoblecido con una creación tan suntuosa como la cincelada por ese misterioso rostro, por ese hijo predilecto de la creatividad, que por primera vez se afanó en imprimir, en la precariedad de la materia, la inconsútil pujanza del espíritu. En la escritura, en esa arcana encrucijada bajo cuyos auspicios convergen lo tangible y lo intangible, la hermosura vistosa y la belleza enmudecida, ha respirado la humanidad un aire tan grato y oloroso como esos soplos, suaves y eternos, que deleitan a los dioses...

Voz de gratitud: *Es la imperfección mi lenguaje;
es la finitud mi reino;
es la muerte mi destino;
pero es la hermosura mi sustento,
ese hontanar resplandeciente*

*de cuyas gratas aguas ya beben hoy mis labios;
el manjar que alimenta
la voz cristalizada de mis deseos
y el séquito que ampara mis sueños,
coronas en trance de engalanar
las altas cúspides del universo
con dúctiles semillas de su luz:
mi fragilidad,
mi entereza,
el lienzo de mi paz
y el retablo de mi desconsuelo...*

*Esa relación seráfica
entre el hombre y la naturaleza,
esa razón de tintes divinales
que insufla en el mundo
la más apoteósica de las bellezas,
es el ardoroso relámpago que aviva
un fuego que me incendia
con prodigios vislumbres
que evocan plenitud,
y esculpen en mis ojos
suaves lágrimas de impotencia,
dulce elegía armada de llantos
que manan de mi flaqueza,
para vivificar, con amor, honra y entrega,
la noble flor que en mi imaginación se gesta.*

Voz piadosa: *Belleza: “¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?”*

¡No cesemos de conmover el mundo con el hálito de nuestras palabras! Cada vez que los labios pronuncian la tersura de unas voces glorificadas por el milagro del sentido, cuya belleza insufla amor y difunde fraternidad, se enternece el cosmos y rejuvenece el espíritu. Acontece la reviviscencia de quienes ya no existen, porque educimos lo impercedero: el recuerdo de una presencia que ningún poder, por indolente e injusto, jamás obliteraría...

Athanasius: *¡Oh almas ya desvanecidas,
corazones que hoy no podéis amar,
vestigios de deseos pasados
que reposáis
en el inhóspito lecho de la muerte!*

Vivid en mí.

*Yo quiero ser dios y dioses,
hombre y hombres,
y que la luz de la historia
no deje nunca de brillar
en ese futuro que tallarán vuestras manos,
en ese nuevo templo del espíritu,
flanqueado por cedros del Líbano
y el dorado hilo de una tradición sabia,
cuando el sueño de la inteligencia triunfe
sobre los irrevocables designios de la naturaleza.*

XV

Fragores de duda

¿Qué ansía el espíritu? ¿Hacia qué meta se dirigen sus afanes? ¿Adolece su voluntad de un carácter ciego, o percibe una luz poderosa capaz de guiarla hacia cimas refulgentes y bellas? Todos sus pasos se revelan demasiado temblorosos, vaivenes titubeantes que nos anegan en incertidumbre y desasosiego... Sus ideas oscilan de un extremo a otro, como un péndulo que se balancea en incesante fluctuación, condenado a experimentar el ambiguo y prohibido milagro del movimiento perpetuo, sin alcanzar jamás el reposo y menos aún jalonar el justo medio, o como una brújula desnortada que ya no obedeciese al brío magnético de nuestra noble Tierra...

¿Despunta la reciedumbre en el espíritu, o habrá sucumbido, como triste esclavo, ante las huestes de la tibieza y las cohortes de la nostalgia? Habrá de abandonar, mejor, la melancólica rigidez que ofusca sus categorías, y crear un lenguaje nuevo, lumbré para un foco luminoso, cuyo vigor despliegue la grata aurora de la existencia...

Voz ansiosa: *El trueno de la duda,
los fragorosos ejércitos
de demonios meridianos
concitados en este ciego día,
las huera sombras distorsionadoras
confabuladas en amargos atrios
de oscuridad y desesperación,
esos agrios relámpagos
que sólo emanan incertidumbre
desde alturas desconsideradas,*

*gozosas en su retraimiento,
se posan sobre mi corazón,
cuan voraces águilas solemnes
que huyen, con presteza,
de unos cielos desgarrados.*

*Crepúsculos de tristeza
se ciernen sobre mí;
sus nubes inspiran sentimientos
transidos de terror, sutil y aciago,
de ansias desbordadas de conocer
y de anhelos de poder no purificados;
no amainan las tormentas de mi duda:
invaden hoy la simplicidad de mi alma
y merman los silentes poros de mi cuerpo,
crispado de un dolor que nada sana.*

*Titubeos horrendos y huracanados
asolan mi espíritu y asaetean mi carne,
y nada puedo afirmar,
sino tan sólo negar;
me he convertido en hijo del no-ser,
en vástago de dócil y filial adopción
que reniega de las caricias de la luz,
porque me han abandonado
esos destellos primaverales
con cuyo don el Sol me agraciaba,
y solo estoy,
velador de mi propia nostalgia:
solo ante la contradicción,
solo ante lo imposible,
solo ante mi apetencia desbocada
de entender, de amar y de sentir.*

*Atrás quedó la pureza,
la alegría que bendijo mi inocencia,*

*cuando mi juventud se afanaba en escrutar
la imponderable vastedad de las ciencias,
la docta inefabilidad de artes luminosas
y la armonía que preside la naturaleza.*

*Ya no puedo aprender más,
ni amar más,
ni sentir más...;
mis ojos ya no toleran
más hermosura,
ni acogen hoy mis ideas,
en cálidos sueños ajardinados,
la dulce flor de la hondura.*

*Serpentean mis voces por caminos oscuros,
implorantes de declamar, por fin, lo infinito...*

*Soy demasiado frágil;
poseo un espíritu tembloroso
y unas manos vacilantes;
escalofríos hielan
mi sangre ya gélida...*

*Una sospecha indefinible
sobre el cosmos que me acoge
alberga ahora mi ser recóndito
en su seno, lábil y angustiado...*

*¿Dónde vislumbraré una luz,
el claro fulgor de la afirmación,
del gozo,
de la verdad,
del amor,
de la belleza diáfana,
antídoto que extirpe
esa áspera oscuridad
que fluye de la negación?*

¡Me rechazas, cielo profundo y eterno!

*Tu lluvia de santidad y juventud
no humedece más mi rostro,
y tus brazos invisibles me destierran
a un mundo de llorosas apariencias,
donde esa luz incondicionada,
por cuyo amor mi ser más íntimo se desvive,
se oculta tras los celajes de la finitud...*

*Voces nostálgicas: Nos desgarran nuestra soledad;
ninguna luz puede brillar en nuestras palabras,
pues todo es oscuro ante unos ojos
deportados de este mundo...*

*Voz profética: Desde las más briosas cimas
que cubren los cielos
y envuelven la Tierra,
todo logro empequeñece...*

*Mas vana es la belleza
que se conquista sin esfuerzo;
y vacua la profundidad
que no precisa del sufrimiento.*

*Quien no se ha entusiasmado por nada
no ha vivido en las entrañas de lo humano,
pero el apasionamiento emana dolor,
trofeos de aflicción penitente y creadora,
coronas ceñidas sobre cabezas ensangrentadas.*

*Hemos de padecer para contemplar
el reino que prodiga la hermosura,
el paraíso del arte, del amor y de la ciencia.*

*

Cuando el alma consagra sus energías a meditar sobre las cuestiones más profundas, ¿no se estremece el corazón? ¿No emerge, de súbito, un abismo inmenso e inasiblemente oscuro, cuyo pavor nos sume en la impotencia, al manifestarnos un fondo inescrutable? ¿No abre el espíritu una caja más terrorífica que la de Pandora, el recipiente que contiene todos los arcanos del universo, el cofre que sólo los dioses se hallan legitimados para custodiar? ¡Ah sí, lo olvidé! Somos dioses, o al menos en coronar la meta de lo numinoso reside nuestra más vibrante vocación. El brillo de las estrellas palidece ante semejante llamada: el destino nos ha conminado a alzarnos sobre lo humano para que nuestras manos acaricien, con suavidad y dulzura, la morada de lo eterno... Pero entre ese vislumbre del don inmortal y la fragilidad de nuestro ser persiste la más amarga de las fronteras: la infinitud. Deseamos aquello que carece de límite, pero sólo nuestro anhelo se revela infinito, porque nuestras fuerzas son hijas de la finitud, y con facilidad se prestan a placeres efímeros que consumen su entusiasmo en ansias presas de una evanescencia vertiginosa. Ya lo declamó Petrarca, con esa incomparable mezcla de hermosura y sutileza que caracteriza a esta cima del humanismo: *quanto piace al mondo è breve sogno...*

Un corazón noble buscó, ya en la noche de los tiempos, un día que trascendiera todo crepúsculo; un amanecer iluminado por una luz tan bella como para propiciar que lo humano franqueara, bajo ese regio sol, la divisoria con lo angélico, y conquistase la realidad más elevada que contemplan sus sueños. Un ímpetu infatigable nos exhorta, desde esas lejanas horas, desde ese memorable silencio noctámbulo gobernado por el esplendor de la luna llena, a identificar una síntesis esquemática de todos los opuestos: la plenitud del sujeto y la culminación del objeto, cuya unificación satisfaga esa ambición indómita de universalidad que anida en nuestro ser. ¿Qué ojos no han oteado, en una esquina recóndita de su alma, la verdadera universalidad? ¿Qué sentimiento no ha suspirado por que todos los hombres y mujeres que enardecen el mundo con su creatividad, con su tesón y con su amor se conviertan en adalides de las ciencias y en emisarios de las artes, inflamado por la ilusión juvenil de que toda acción ímproba sucumba, impotente y desazonada, ante la sabia e imperecedera magia de la bondad? ¿Quién no ha implorado que de todas las almas de esta indulgente tierra brote una enhiesta semilla santa, ya no circunscrita a margen ni cultura alguna, sino metamorfoseada, por el fascinante milagro del perdón, en una aspiración común y diáfana, cuya

hermosura nos entrelace como humanidad gracias a sus manos tiernas de consuelo? ¿Qué nostalgia no se ha rendido a la fantasía de un paño universal que enjuge todas las lágrimas, y de una mirada bañada de tanta misericordia y tanta entrega que se conmueva ante todo dolor, y de una voz apasionada que proclame, con generosidad, la fuerza reconstituyente que irradian el amor y la abnegación? Pero ¿dónde discernir esa síntesis de toda síntesis, ese concepto que aúne la razón y el sentimiento, esa emoción que desborde y enaltezca los rígidos cánones del intelecto? ¿Dónde esa “superforma”, aún más inefable que la arcana *forma formarum* que todo lo integre?

Voz ansiosa: *¡Oh Dios de cielos, almas y tierras!
¿cómo puedo dudar de las irisaciones de tu ser,
de esas teofanías de amor, paz y pureza?
¿Cómo puede tu luz parecerme oscuridad?*

*Sin embargo, de nada estoy seguro;
la verdad me desampara;
la mustia sombra de la duda semeja un halcón,
que en la noche más triste y oscura de mi alma
convierte sus alas en vacío, frialdad y abandono,
en haces que despliegan fiera y dolorosa negación.*

*Dudo, Señor, de todo dudo;
las tinieblas me adoptan filialmente...*

*Desde mi más temprana juventud
aspiré a comprender esa concatenación,
profunda, evocadora y bella,
de regios misterios y de maravillas áureas
que sazonan lo divino y satinan lo humano,
ansioso de amor y huérfano de plenitud...*

*Busqué una infancia eterna
en un reino incondicionado,
cuya belleza me redimiera
con sus bálsamos de entendimiento...*

*¡Mas tanto aprendizaje
me orienta, sin reparos,
hacia la duda más letárgica,
hacia la más airada de las sospechas,
y carezco de sosiego, de claridad y de clemencia!*

*Cuanto más sé, más dudo;
cuanto más descubro,
menos certezas custodio;
cuanto más vivo,
más lejano se revela
el fulgor de un sentido
que todo lo abrace
con su hermosa ternura.*

*Mayor felicidad me depararía
desasirme de todo,
adormecido en los lechos del no saber
al son de suaves susurros arrulladores
que amansan espacios innombrables,
y adorar, en espíritu, la ignorancia,
la silente y plácida lobreguez
de quien desconoce el aroma,
esa grata e insondable fragancia
que exhalan las artes
y desprenden las ciencias.*

*Si mi anhelo de conocimiento
muriera crucificado
en este viernes de soledad,
resucitaría al tercer amanecer
un cuerpo sentiente y amoroso,
una imagen de verdor y entrega,
un alma serena y fortalecida,
por encarnarse bellamente
en la delicada pasión,*

*en el piadoso fuego,
en la raíz y en la flor de la vida.*

*Mi corazón aguarda hoy
ese Pentecostés de luz
que disemine sus rayos de sabiduría
por los ubicuos poros del ser y del pensamiento...*

*

Repentinamente, y como si una deidad desdeñosa hubiese decretado la irrupción de un súbito y fiero crepúsculo, anochece en nuestro espíritu. Todo se convierte en oscuridad, y todo destello lumínico se apaga con ingrata rapidez. Lúgubre y doloroso es el bucle que nos conduce al escepticismo. Se desvanece toda pasión por la vida, toda admiración por la belleza, toda ansia de rendir tributo al don de alzarnos sobre las sugerentes sendas de la existencia. Una borrasca de incertidumbre nos condena a la apatía, y nos abandona todo hábito de fe en el poder de la creatividad para conquistar mundos nuevos...

San Juan de la Cruz: *Cuando la noche oscura acecha,
y gélidos vientos de ásperas dudas se acercan,
desistimos de buscar el amor suspirado,
la gema que humille galaxias, cometas y sueños,
incrédulos ya y desasosegados nuestros corazones
ante el primor de los signos de la naturaleza;
rehusamos beber de esos dulces hontanares
desde cuyas rocas borbolla la felicidad sincera.*

*Adolece entonces, con severidad, el alma,
presa de la más feroz indiferencia,
servil y cautiva de lo incierto,
¿y no ha de plegar sus ímpetus,
sumisa en predios y vergeles
alfombrados de santidad
y sembrados de hondura,
ante el cálido dios de la clemencia,
ante la luz que exhala su misericordia,*

*ante la mansedumbre de las aguas
de su don, de su condescendencia,
invisibles, delicadas e indiscernibles,
límpidas, ardientes y bellas,
hijas de lo incognoscible,
rúbricas de claridad, de amor
y de pureza inextricable,
entregadas a una bondad eterna?*

Nicolás de Cusa: *Alabemos esa docta ignorancia
que revela la íntima verdad del universo,
pues permite a nuestras almas
percibir el fragor de la carencia,
y espolea su bello afán de coronar
cumbres que nunca alcanzarían
si sólo degustasen cálices de luz
y reposadas copas de pureza;
sus sombras y claroscuros,
sus figuras sutiles y estilizadas,
suavizadas por inefables veladuras,
inoculan en las venas
el proficuo elixir que esparce
gotas de fervor
y gránulos de fantasía,
incesante virtud que aviva el fuego
de lo que jamás se agotaría:
la alquimia de la voluntad,
el imperturbable deseo;
el amor, la pulcritud y la sabiduría.*

Milton: *El Dios eterno nos ha expulsado
del paraíso de la verdad
y del parnaso de la belleza;
ante nosotros se alzan ya
las vastedades de la Tierra,
hinchidas de silencio;*

*no crecen árboles dorados
que custodien frutos prohibidos:
sufrimos ya el amargo castigo
que merece nuestra desobediencia.*

*Pero de esta soledad punitiva,
ajena a castos soplos de indulto
y a alegres vaharadas de indulgencia,
emerge la fuente de la salvación,
porque de nuestra doliente carencia
manan las aguas absolutorias de la vida,
cuya frescura nos brinda furor,
acción,
primor,
suntuosidad,
pasión redentora;
la osada pulsión del entusiasmo,
un quehacer inextinguible
que desborda todo imaginario.*

*No nos abandona el dedo de Dios:
su misericordia nos llega hoy
en forma de arte y de anhelo,
gestos de sublime amor;
es hermosa la lluvia que contiene
las linfas de un don imperecedero,
porque riegan la bella semilla
que nuestro corazón custodia,
suave fuerza cuyo aliento plantará
la radiante flor del deseo,
el espeso bosque de la exuberancia.*

*¿Y qué sería de nuestra estirpe
sin palpar, en todas las edades,
la sombra de la insatisfacción,
esa fuerza incontenible
de esperanzas intercaladas*

que vivifica las voluntades?

Hegel:

*Necesario era
salir para pecar,
y así experimentar
la honda fuerza de la negatividad,
modo único de inaugurar
la más bella y flamante novedad,
la síntesis tan añorada
que supere los antagonismos,
esa divina "Aufhebung"
que todo lo reconcilie
en la eterna inmensidad
que envuelve su seno
y tonifica su futuro...*

Athanasius:

¿Cómo postrarme ante lo desconocido?

*¿Cómo arrodillarme ante altares recónditos,
desde reclinatorios de silencio e ignorancia?*

*Pues dudo, dioses celestes y poderes ocultos;
la duda me aprisiona con su oscuridad;
mi espíritu se agita,
trémulo y descorazonado,
mecido por vastas olas de angustia;
mi alma se conmueve,
vacilante y desencantada,
y no palpo atisbos de paz,
sino ríspido desasosiego,
tristeza infausta y profunda,
las tinieblas de una soledad
silente y desconsolada.*

¿Dónde la verdad?

¿Qué verdad?

¿Dónde el ser?

¿Qué ser?

*Mis impotentes ojos contemplan
el inquietante advenimiento
del atroz vacío de la nada,
la punzante y clamorosa marcha
de la noble epifanía de la gracia.*

*¡Alejad de mí la avidez de ciencia,
el anhelo de amor
y el ansia de belleza
por el hombre, la cultura,
la creatividad y la naturaleza,
porque nunca lograré satisfacer
la desmesura de mis apetencias!...*

*¡Poseedme, ausencia de deseo
y generosa pujanza de la quietud;
proteged mi alma
de las vanas sombras de la libertad!*

*Reposaría así mi alma
en estanques de loto
con suaves ondulaciones
mistificadas por reflejos indómitos,
en el perfume de un corazón puro...*

*Paz, serenidad, humildad:
¿por qué me habéis abandonado?*

XVI

Clamor de vida

¡Oh vida! Desprende tu frescura el elixir capaz de apagar el dolor que sentimos, pues tus aguas humedecen la sequedad que petrifica nuestro espíritu, y, al beber nuestros labios de tus manantiales, se desvanece esa feroz pugna que abrasa las almas, asoladas por tanta duda, por tanto desconocimiento, por tanta soledad...

Derrama la vida el mayor bálsamo frente a la incertidumbre, porque su verdor y su belleza invitan a atesorar más y más vivencias, a recorrer sus sendas y a recoger sus flores, a escalar sus cúspides y a cantar con sus ruiseñores...

Vida, mas ¿de dónde brotas? ¿De qué fuente fluye tu pujanza?

Voz piadosa: *¡Oh luz inextinguible
del dorado vientre femenino!,
de ese sagrario regio y cristalino
que custodia, imperturbable,
el bello tesoro de la vida,
la sonrisa del misterio
y el llanto de la creación,
ese brío inspirador dimanante
de cada ser insospechado
que despunta al mediodía,
bajo esta bóveda melodiosa,
bajo esta envoltura iridiscente,
bajo esta estremecedora y cósmica afonía
que preside tiempos, espacios y materias.*

*¿Qué verbos expresarían
lo que rebasa todo vocablo?*

*¡Oh tierna magia de la novedad!
¡Oh arcano que surge sorpresivamente
de las profundidades del cuerpo femenino!*

*¡Oh agua irreprochable,
cuyas corrientes bautismales
fluyen de ese hontanar bendito,
de ese foco inmaculado,
densa matriz que nos brinda
el cálido destello del ser
en la primavera de su espíritu!*

*Del no ser al ser:
brilla aquí la rúbrica de poderes
supremos y siempre esquivos;
de fuerzas recopiladoras
que moran en el más remoto fondo,
en la más íntima fuente de esa luz
cuyas exhalaciones virginales nutren
a nuestra humanidad evocadora,
individuada en almas, ojos y palabras.*

*De esa desmesura incognoscible,
aposentada, con esmero y delicadeza,
en el recóndito trono femenino,
emerge el sagrado fuego de la vida,
haz que apaga toda lágrima
y borra toda desdicha.*

*Suscitan sus brisas esperanzas
incomovibles, recias, lisonjeras,
encarnadas en cada risueño nacimiento
que fértilmente cautiva*

*las provincias de la imaginación,
patria hoy desabastecida;
sus pródidas potencias desencadenan
granadas explosiones de fantasía...*

*¿Qué preciosas piedras,
qué fúlgidas incrustaciones
y qué joyas esmaltadas
ornamentarían sus dinteles,
cincelados por manos elíseas,
aderezarían sus capiteles,
tonificados con hojas de acanto
y corolas de eterno verdor,
y embellecerían el místico artesonado
que cubre, claro y esplendoroso,
el augusto sitial de la vida,
y donde impera, sedente,
el hechizo que prodiga la creatividad?,
ese rayo diáfano e inveterado
cuyas tenaces y espigadas estrellas
inflaman la mecha de la originalidad:
el estallido de una hermosura
saciada de suavidad, albor y piedad,
cuyo valor despacha, displicente,
a los augures de la apatía,
a quienes conculcan la fe sólida
en el coraje de la humanidad
para eclipsar primorosamente,
desde las altas cumbres de su arrojo,
las nubes entumecidas que propagan
el pesimismo no sanado
y el egoísmo enceguecido,
y cuyas huestes inoculan,
sin trazos de compasión,
la indolencia y el desánimo
ante la incomparable maravilla*

*de las energías expansivas de la vida;
de esa pujanza incesante, irreprimible,
que en cada nueva criatura alumbrada
fosforece con color e intensidad,
y sazona esa estancia y esa gloria
alfombradas de ilusiones y enigmas;
ese salón áulico, espejo de portentos,
que alberga el trono más egregio;
ese púlpito de belleza que acomoda
la majestad inmarcesible de la vida;
ese poder no parangonado
para concebir un nuevo prodigio
que consuele el dolor de nuestro espíritu,
atribulado por el silencio
de un firmamento umbrío,
esclavo de cielos demacrados
por su orfandad de palabras
y su carestía de sentimientos...*

*¡Oh noble templo de la vida,
fuente y copa de la existencia,
palabra sonora que nos redime
de este abismo de enmudecimiento!*

*¿No pedías, alma mía,
un inequívoco verbo divino
que te revelara, sigiloso,
el secreto del ser y de la nada,
y cuya generosidad te obsequiara
con el brillo seminal de la verdad,
y te permitiese, fervoroso,
respirar el aura seductora
de la pasión inaugural?*

*¿No suspirabas por esclarecer
ese hermetismo estruendoso*

*que desprenden cielos desinhibidos,
y ese arcano fragoroso
que difunden las alegres criaturas?*

*¡Contéplalo ahí!,
en esa alba gestante,
que preserva, invicta,
la límpida primicia de la vida,
el intangible embrujo de la libertad,
y nos otorga el venerado don
de convertirnos en partícipes solemnes
del más bello de los milagros,
como el de un nuevo rostro angelizado
que perfore, con su mirada sensual, el mío,
y el de unas manos inexploradas
que se aferren efusivamente a las nuestras,
y el de unos labios suntuosos
que besen amorosamente los míos,
y el de unas voces inimitables
que insuflén vigor en las nuestras;
y así no lloraré,
y la agonía de todo llanto
desembocará en océanos
saciados de robustez y alegría,
porque mi tristeza será calmada
por el vislumbre de la compañía,
del altruismo,
de la bonhomía,
del más terso semblante,
de los pétalos de una joven rosa
que antes no comparecía
en los alicaídos senderos de la vida...*

*He ahí la verdad,
la elegancia,
la magnificencia,*

*el milagro condensado,
la más diáfana franqueza,
anhelada con honestidad,
el espíritu de munificencia,
“dulce huésped del alma”,
la certeza de cada nuevo cuerpo
y de cada corazón enternecido;
la evidencia del poder creador
que en nosotros grácilmente anida,
de esa magia pululante y bulliciosa,
de ese encanto insólito, elipsoidal,
cuyas delicadas aguas nos subyugan
con el infrangible reflejo de su fantasía.*

*¿No ansiaba mi alma desentrañar
la profunda mística de la vida,
y despejar la fiera incógnita del sentido
que permea nuestro fatigoso circunnavegar
vastos y ledos mares desconocidos,
vagarosos por tierras inhóspitas
y surcadores de océanos bravíos?*

*¡Se alza ahí!,
alojado venturosamente
en nuestra más proficua hondura,
en ese receptáculo sublime
de una fuerza enardecida
y embriagada de irrevocable hermosura,
que abrasa la naturaleza
con sus sobrias llamas de pureza,
para transmitir la savia de la vida,
la eferescencia de las emociones
y el incontenible furor del pensamiento,
de ese palpito de inmortalidad
que borbotea en cada ejercicio
de la mente y del sentimiento,*

*cuyos osados hijos se asoman
al florido balcón de lo eterno
cuando intuyen la belleza,
el amor, la paz y la ciencia,
¡el éxtasis indómito
de ideas de gloria, honor y felicidad,
bañadas de candor, decoro y cordura,
brazos capaces de sondear
lo que no se extingue nunca
ni jamás ante nada languidece!*

*¡Se alza ahí!,
en ese vientre encinto,
que protege, abnegado,
con su armadura coriácea
y sus hálitos cromados de inocencia,
la perla seráfica
que a todos fascina,
guarecida en esa hondonada,
anárquica, próspera y profética,
cuya luz no sucumbe a ningún designio,
más allá del ancestral imperativo
de irradiar el docto brillo de la existencia,
de conceder el elixir de la creación
y el inconfesado don del espíritu,
de alimentar las ramas versátiles
del frondoso árbol de la naturaleza,
para forjar la críptica multiplicidad
que satina este universo adolorido,
y filtra la inagotable variedad de la vida
a través de sus tamices bellos y puros...*

*

Un coro de piadosos ángeles imaginarios suplica perdón. El espíritu de grandes teólogos como Pablo de Tarso, Agustín de Hipona, Juan Damasceno y Tomás de Aquino se arrodilla ante un altar eterno e impetra la sagrada luz de la misericordia, por haber pronunciado y escrito algunas de las palabras más depravadas e inhumanas contra las mujeres que jamás se hayan escuchado sobre la exánime faz de la Tierra. Lo femenino, desde ahora, evocará para el pensamiento amor, cercanía y respeto, y las religiones rendirán pleitesía a ese despliegue de creatividad tristemente soterrado bajo los suelos de una historia inhóspita y androcéntrica, regida tantos siglos por los cruentos cánones de la ignorancia, de la atrocidad y del fanatismo.

Al unísono, y flanqueado por las nueve musas de Grecia, un coro de mujeres excelsas, formado por la antiquísima Lucy, madre del género humano, Hatshepsut, Nerfertiti, la sempiterna Cleopatra, Hipatia, Hildegarda de Bingen, Leonor de Aquitania, Margarita Porete, Santa Catalina de Siena, Juana de Arco, Santa Teresa de Ávila, Maria Gaetana Agnesi, Mary Wollstonecraft, Sophie Germain, Florence Nightingale, Emmeline Pankhurst, Marie Curie, Eleanor Roosevelt, Edith Stein, Simone Weil y Teresa de Calcuta, así como por muchas otras grandes y valerosas mujeres que han enaltecido la historia con la flor de su vida y el cáliz de sus creaciones, entona el siguiente himno:

*Amada humanidad:
contempla con detenimiento
tus prodigios más insignes y bellos,
esas gestas que nutren tu orgullo,
la luz iridiscente de tu creatividad,
y otea, tras su magia y su fervor,
el suave halo que disemina la feminidad.*

*¿Qué sería del mundo sin mujeres,
sin esas imágenes nobles y vivificadoras
que brindan nueva luz al universo,
hito icónico de la divinidad,
eterna, inefable, innostrada,
hermosura amena y redentora,
culmen dorado de esa felicidad*

*que no cesa de traspasarnos
con sus flechas, doctas y luminosas?*

*¿Qué sería de la humanidad
sin esos amores maternales
cuyas entrañas acogieron
a los más sublimes genios
y a sus recios corazones,
para insuflar las áureas brisas
de su soplo, de su ternura,
de su inextinguible aliento,
en todas las palabras,
miradas y secretos,
en todas las creaciones
cuyo casto ardor nos enaltece,
y en todas las visiones
que, profundas, nos consuelan?*

*¿Cómo olvidar que la mujer,
también maravilla surgida
de ese barro moldeado
por alfareros del Olimpo,
grandiosa y dúctil en su ser,
ha aportado al cosmos
céfiros de violáceos resplandores,
luces insondables, puras e íntegras,
estrellas en frías noches de silencio,
raramente advertidas
y con frecuencia denostadas?*

*Desde adustas sombras de ébano,
impuestas por las potestades
lóbregas, severas y marchitas
de obsolescentes mundos patriarcales,
ajenos a nuestros más hondos clamores*

*de libertad y perfeccionamiento,
nos esclavizó el impulso díscolo
de la indolencia, la oscuridad
y la ofuscación que sella los tiempos.*

*Nos abandonaron los astros,
los cometas, las galaxias
y los soles rubicundos;
condenaron nuestra esperanza
a cielos obturados por fanatismos,
recelos e incomprensiones;
pero nuestro corazón resistió:
sólo la espada de un dios
derrotaría la verdad,
no las armas de los hombres...*

*Una historia aciaga,
despojada del fragante aroma
que exhalan ángeles de gratitud,
obliteró nuestro rastro
y desterró nuestra memoria
del mortificado libro de la humanidad...*

*Nuestros labios hoy entonan
una solemne eucaristía,
una doliente acción de gracias
a esas almas pródigas y dulcificadas
de cuyos brillos corpóreos brotaron
los pequeños y los próceres,
y en cuya firmeza soportaron
las arbitrariedades de un mundo
ríspido, voraz y enajenado,
repudiado al arbitrio de los hombres,
en cuya triste fatuidad ignoraba
el desbordante vigor de lo femenino:
el poder, la belleza, el amor*

*de su creatividad afligida
y de su voluntad atenazada...*

*Reparad devotamente
en esta evidencia fragorosa:
vosotros, los varones,
¿de qué vientres habéis nacido?
¿Qué luz inefable avivó vuestra llama
cuando aún los párpados sucumbían
ante la pesarosa y árida negrura
de un eclipse que no es vida,
y no reverberaba el pulcro fulgor
de ese amanecer prístino
que restituye, cada día,
la inusitada fuerza del deseo
en nuestros ojos fatigados,
anhelantes, afanosos y desfallecidos?*

¡Tanto puede la mujer como el hombre!

*

Pléyades de profetas han enardecido nuestro mundo con sus osadas palabras. Mas ¿por qué no nos deleitaron las inabordables alturas que nos envuelven, y cuya vastedad quizás llegue algún día a conmoverse ante nuestro sufrimiento, con verbos salvíficos entonados, desde altares de pujanza y pedestales de hermosura, por el candor de unos labios femeninos? Quizás un nuevo cielo nos brinde este milagro, mayor aún que el prodigio de observar cómo se abren los mares u opera la glosolalia...

Athanasius: *El azul del cielo luce hoy con un esplendor y una pureza
que la inquietud de mis ojos no había contemplado nunca...*

*Muere la noche y renace la aurora;
la naturaleza se engalana bellamente
con cada nuevo amanecer y cada flamante ocaso.*

*Todo es hermoso, todo es profundo, todo es sugerente;
todo evoca arte, pasión, sabiduría y sentimiento.*

*Se han disipado las espinosas brumas del dolor:
la felicidad redime todo oscuro sufrimiento,
y el presente se impone sobre el pasado.*

*Todo detalle minúsculo se engrandece ahora ante mi ser:
el espíritu venera hoy por igual lo inmenso y lo invisible...*

*La vida es única e inalterable:
su brillo se refleja por doquier,
en el firmamento y en la tierra,
en el silencio y en la palabra,
en la energía y en el sosiego...*

XVII

Ansia de libertad

Libertad, qué bella utopía, cómo resplandece el brío mesiánico exhalado por esas sencillas pero graves letras, cuyo vigor semántico encapsula un deseo inveterado que anida en el corazón de la humanidad... Ya lo proclamó Spinoza: “no hay nada más querido a todos, ni más dulce, que la libertad”. Si el alma suspira por el fervor y por la frescura de la vida, ansiará también la luz de la libertad, por lo que no se revelará vana la pregunta por su significado, y resultará insoslayable ese dilema perpetuo, esa dolorosa aporía, esa antinomia irresoluble que enfrenta necesidad y autonomía

¿Dónde mora el espíritu: en la fugaz esfera de la existencia o en ese críptico y eterno reino poblado por esencias incognoscibles, cuya profundidad rebasa la fuerza de la inteligencia? ¿Cómo encontrar el todo? ¿Cómo venerar la belleza de lo único, de lo insólito, de lo individual, cuando el desvelo de la razón se afana en discernir lo universal, esa luz cuyos rayos trascienden lo singular e incapturable para remitir a una verdad despojada de rostro? ¿Acaso no constituye esa realidad, ese verdor vívido sobre el que habitamos, una concatenación inextricable de todo con todo, de cada parte con cada parte, de cada ser con cada ser? Ya lo escribió Plotino (*Enéadas* V 8.4): “todo en el cielo inteligible está en todas partes. Cualquier cosa es todas las cosas”.

En este cosmos de supremas armonías e inquebrantables encadenamientos, ¿dónde yace la libertad, la novedad, la creación, el desligamiento de esa hilvanada y tupida red que lo entrelaza todo con todo sutilmente? ¿No somos presos aciagos de una realidad inexorable, cuyo ímpetu recapitulador marca nuestro destino mediante el fuego de un poder inexpugnable, insondable y eterno? Inmanencia y trascendencia, idealidad y realidad, subjetividad

y objetividad...: nombres, meros nombres; vanas nomenclaturas que ocultan una fatalidad teñida de la más letal de las honduras....

Nuestras almas anhelan entregarse a la verdad, pero su aura no siempre es bella, ni emana dulzura su fragancia. Su sombra también desprende oscuridad, porque consagra el silencio de un universo enmudecido, ajeno al grito de la humanidad y a las declamaciones de la poesía. Buscamos la plenitud, una hermosura imperecedera, pero nuestro horizonte lo aherroja la más áspera necesidad... Ni Spinoza ni Hegel han logrado integrar libertad y necesidad. Si en sus colosales sistemas metafísicos se ofrecen conatos de reconciliación, no olvidemos que esta percepción se debe a un espejismo sumamente capcioso: han preconizado, en último término, la equivalencia entre libertad y necesidad, para extirpar el problema de raíz. Sin embargo, nuestro espíritu no cesa de añorar una libertad auténtica, ya no igualada o conmensurada con lo ineluctable, sino bendecida con una luz cuya propagación no entrañe el cumplimiento fiel de la necesidad: una libertad verdaderamente libre, una libertad creadora, un *novum* puro.

Si nos sentimos incapaces de conocer la esencia íntima de la libertad, al menos rindamos tributo a todos aquellos héroes que han dedicado sus vidas a luchar contra todo cuanto eclipsa los más tenues vislumbres de esa bella y ardua meta...

Giordano Bruno: *¿Qué ardía en esas llamas
que consumían mi cuerpo
y mis afanes sin clemencia?*

*Todo un ímpetu, todo un valor,
todo furor heroico, noble y bello:
la sed de libertad,
el ansia de conocimiento,
la pasión por la ciencia
y la adoración de la verdad...*

*En voraces llamaradas de odio
se abrasó la anhelante juventud del espíritu
y se apagaron los gozosos ecos de la imaginación;*

*aciagas potestades sepultaron
todo un fervor por conquistar el mundo
y amar celosamente la sabiduría,
desenvainado el dulce sable de la razón.*

*Perdónalos, Señor,
con ese hisopo tierno que asperja
el cálido rocío de tu amor absolutorio,
el fuego redentor de tu misericordia,
porque ignoraban tus auténticos designios...*

*Yo no deseo su castigo,
porque ningún mal cura
las heridas del odio y la injusticia;
acógelos en tu morada eterna
y estréchalos junto a tu seno
de bondades inconcebibles
y felicidad inalterada;
limpia sus carnes y sus almas
con aromas de rosas inmortales
y gotas de pétalos puros;
más alegría se concitará en los cielos
y en la verdad del corazón humano
si quienes vivieron presos
tras la escarpadas murallas del rencor,
encadenados a oscuras celdas de recelo,
acarician los pechos del amor último
y vierten el dolor de sus adversidades
sobre pozos desvanecidos...*

*Señor de la paz y de la vida,
sólo Tú sabes quién es santo,
qué alma es luminosa
y qué corazón mora junto a ti
en las inefables alturas del cielo...*

*Mi ser tan sólo ambicionaba
extender el alcance de nuestras mentes,
expandir el círculo de la fantasía
y estremecer el sentimiento humano
con mundos ignotos y fastuosos,
con orbes infinitos e indescritibles,
con voces recónditas y puras,
límpidos presagios de luz
que aúllan en oscuras lejanías,
labios que sólo proclaman tu grandeza:
la inteligibilidad del universo,
su profundidad, su orden, su medida,
la encarnación de la más alta de las bellezas...*

Lucilio Vanini: *En cada hoja cadenciosa
que con suavidad bate los cielos,
al son de leyes recias y silentes,
se entona la más hermosa música
de un movimiento, creador y eterno:
la corriente del ser y de la vida...*

*Tus estrellas cantarán por siempre
la belleza de tu obra y de tu don;
yo regresaré a las fuentes de la vida,
al vasto espacio que me hermana
con todo cuerpo y todo espíritu.*

Servet: *¿Prendía en mi hoguera
y en mis carnes exánimes
la noble llama del cristianismo?*

No...

*Desde esa angustiosa pira
forjada por Calvino,
sólo se elevaba el humo*

*de la libertad amputada
y de los sueños mutilados,
para alcanzar el cielo del amor
y el docto paraíso de la justicia,
donde la belleza de Dios cultiva
el jardín de la verdad,
el árbol de la ciencia;
quedaban sobre el castigado suelo
de nuestra noble y abnegada tierra
las cenizas de la intolerancia,
los escombros del fanatismo,
la áspera negrura del odio
y el adusto polvo de la ignorancia...*

*Hemos de ser hijos de la valentía,
y amar apasionadamente
el afligido cáliz de la libertad,
tesoro de almas atrevidas;
se abrasarán nuestras carnes,
cautivas de rencores e injusticias,
pero de sus restos brotará
el germen de un mundo nuevo,
la profecía de un futuro noble,
a cuya luz sólo triunfe
el esplendor de la creatividad,
el íntimo deseo humano
de esparcir el fulgor del arte
y abrir el pórtico de la verdad.*

Galileo:

*Sí, se movía;
estática no permanecía
la esfera melodiosa que acoge
nuestra fecunda tierra colorida...*

*Tenaz, se desplazaba,
en derredor del astro regio,*

*foco de luz, primor y alegría,
cuyo bello fulgor nos liberaría
de nuestra ignorancia constrictora,
pues todo ser obedece
a leyes pujantes e inexorables,
a los inderogables cánones
de refinadas y armoniosas geometrías.*

*El vasto y fértil orbe rotaría
alrededor de un Sol incólume;
poco importa que lo negasen,
de nada sirven el encono
y la violencia de sus condenas:
la verdad es diáfana, es transparente;
las ubicuas semillas de su haz
acarician todas las almas
con sus rayos trenzados de suavidad y anhelo.*

*Sufrir por la verdad exhala un don;
el martirio santifica el alma
y bendice todo afán:
yo he entregado mi amor
a la hermosa causa de la ciencia;
mi ser nada vale,
difuminado ante el esplendor del conocimiento.*

*Ni todos los poderes del mundo,
cruelmente conspirados
con hogueras, ballestas y espadas,
silenciarían jamás la verdad
sobre el libro de la naturaleza
y el robusto árbol de la vida.*

*Sus letras no las ha escrito ningún hombre:
la mano de Dios ha estampado su eterna rúbrica
en el vibrante acontecer de la naturaleza...*

Copérnico: *No corona nuestra Tierra
el áureo centro del universo,
mas no ha de inquietarnos
palpar esta certeza irrevocable,
cuyo poder extirpa los clavos
de antiguos privilegios ungidos
sobre lauros de ignorancia;
no palidezcan nuestros deseos,
desamparados en noches inhóspitas,
cautivos de lánguidas tristezas,
porque en lo infinito no existe
solemne núcleo ni aciaga periferia:
sólo subsiste en sus vastos dominios
esa pujanza imponderable y consagratoria
que impulsa el mundo y prende las estrellas.*

Voz profética: *No cabe centro en el espíritu,
tan sólo vida y energía,
razón y sentimiento,
y cuando el coraje del alma
enardece la llama del amor,
el fuego del arte
y la antorcha de la sabiduría,
contemplamos la verdad,
e inhalamos la suave brisa
del anhelo, del fervor,
de la luz y de la libertad,
convertidos, por fin,
en el recio corazón del cosmos,
acomodados, ya sin temor,
en el trono de la naturaleza,
y erigidos, desde cimas de valor
y al compás de cumbres de aplomo,
en custodios de su armonía,
en pastores de su belleza.*

Nicolás de Cusa: *“El mundo es una esfera infinita,
teniendo su centro en todas partes
y su circunferencia en ninguna”;
lo superior es igual a lo inferior,
y lo inmenso se conmensura con lo inmenso...*

Galileo: *Mi honestidad sólo es sierva
de la hermosura que baña el firmamento,
pues su virtud me glorifica
con diademas de vigor
y premios de libertad;
me inspira el sentimiento más noble
y la más entrañable de las alegrías:
amar el mundo y venerar la naturaleza
desde el brío que borda el pensamiento,
para rendir doctos símbolos de pleitesía
al éxtasis de su creatividad,
al sublime don de su belleza.*

*¡Es la ciencia mi elíseo amor,
inquebrantable, hondo e imperecedero!*

¡Fluye por sus doradas aguas el cáliz de mi felicidad!

Voz ansiosa: *¡Oh razón!, te bastas a ti misma;
afianzas tu propia autoridad
e instauras tu divina jerarquía...*

*¡Todo expande silencio en tu seno,
pues encoges toda bella palabra
y acongojas los hondos y desconcertantes gritos
exhalados desde la noble morada del sentimiento!*

Voz profética: *La mayor de las maravillas
no entiba en el brillo de la luna llena,
ni en la silente belleza del arco iris*

*al despuntar la primavera,
sino en cada ejercicio del intelecto
y en cada pulsión del sentimiento,
cuya luz condensa mayor pujanza
que esas estrellas arqueadas
en hermosas bóvedas siderales,
testigos de la vastedad del universo.*

*Quiero pensar,
quiero soñar,
quiero vivir;
no deseo poseer,
ni avasallar,
ni destruir;
tan sólo anhelo
conocer, amar y descubrir,
morador del círculo de la ciencia.*

*En la búsqueda de la verdad
sobre el cosmos y la naturaleza
resplandece nuestra más heroica vocación...*

*Somos hijos de un sueño que nada sacia:
el ansia de conocimiento...*

*Encarnamos el noble milagro de la vida;
aléjense de mí las díscolas tinieblas
de esa idea degradante,
de esa doctrina gris y desconsoladora
que juzga a todo hombre y a toda mujer
nacidos ya bajo la oscura sombra del pecado...*

*

Esa libertad conquistada por la ciencia, ese rescate tanpreciado de las cadenas de la ignorancia, esa apertura a la belleza y a la sofisticación del universo, esa entrega a una búsqueda infinita y cada vez más fascinante, cuya aventura recompensa el dolor que nubla la vida, ha de coronarla también el espíritu en el ámbito de la fe, en esa esfera dúctil y recóndita donde moran las creencias...

Hugo Grocio: *Hube de apartar a Dios
para dejar sitio al hombre...*

*Debemos ser humanos
antes que cristianos;
y hermanos,
antes que enemigos...*

Lutero: *¡Humilde pórtico de una iglesia
que Wittenberg enaltecía
con su figura solemne,
con su augusta belleza!*

*Minúsculo presagio
del radiante fuego de la determinación,
cuyas tenaces llamas metamorfosean el mundo
y trastocan toda lacia potestad
con su ardor, brioso, tenso y profundo:
con el fervor indómito de la pasión.*

*Fue en ti, auspiciadas por tu silente soledad,
donde clavaron mi fe y mi valentía
noventa y cinco honestas tesis,
clamores desgarrados de libertad,
sermones no de castigo y ambición,
sino versos de piedad, amor y entusiasmo...*

*En la fragilidad de tu madera
y con la solidez de mis escarpías*

*crucifiqué toda inocencia;
 al tercer día resucitó
 el Dios eterno,
 padre y pastor del amor
 que rescata sus ovejas
 de cañadas oscuras,
 y conduce el corazón
 por verdes pastos de luz:
 el más bello sentimiento
 y la cima que aquilata todo sueño,
 liberado ya de sumisiones,
 odios y censuras,
 suspendido en la pulcra soledad
 de un espíritu libre,
 de un alma prístina y hermosa,
 de una voluntad que ansía
 conquistar todos los cielos...*

*Ya nada se interpuso
 entre Dios y el hombre:
 nuestros verbos de aflicción
 apelarían, desde púlpitos de limpidez,
 a gozosas palabras de consuelo;
 todo sacramento vibraría
 en el palpito del corazón,
 sediento de felicidad,
 hambriento de amor, sinceridad y vida.*

*Todo hombre se convertiría en profeta
 de una verdad doliente, abnegada y gratuita:
 Cristo nos muestra la rosa
 en la cruz del presente;
 los conceptos enfermos de la teología,
 huérfanos de luz, mística y vida,
 resplandecen hoy acrisolados no por la gloria,
 sino por los lauros de ese sufrimiento redentor*

*que nos revela la ternura infinita y purificadora
de un Dios rebosante de misericordia,
rostro que exhala predilección, paz y sabiduría.*

Voz piadosa: *¡Concédeme un alma noble,
rica en rectitud,
ajena a injusticias, temores o recelos!*

Montaigne: *Devastada mi patria
por interminables guerras de religión,
y asolado mi espíritu
por la ubicuidad del rencor,
decidí entregarme a vivir y a meditar,
para descubrirme a mí mismo,
en el desasosiego de noches solitarias,
como hijo llamado a la libertad.*

*Me retiré a mis propias profundidades;
descansé sobre el lecho de mi imaginación;
rehuí toda certeza hasta entonces declamada;
bebí del angustioso cáliz de la suspicacia,
para que la luz de un cielo invisible
me rescatara de la honda caverna del fanatismo,
y abandonasen mis ojos la adusta prisión de la intolerancia,
cárceles que cercenan la libre expresión del individuo.*

*Imploraba hallar, en la amena infinitud de mi alma,
en las convocaciones de mi más íntima morada
y en el indefinido placer de contemplar el mundo
desde pedestales de honestidad, rigor y perspicacia,
un antídoto frente al avasallamiento
de las verdades que se arrogan blasones infalibles,
y cuyo ímpetu se erige en absoluto, en perfecto, en puro.*

*Es en la templanza donde vislumbró mi ser
un ideal que orientara su fugaz vida,*

convertido en retoño de la calma,
 flanqueado por olorosas
 y apacibles flores de grácil terciopelo,
 sumido en esa indiferencia de tintes beatíficos
 cuyos destellos bendicen a los grandes maestros
 de la mística, de la sabiduría y del ascetismo;
 peregriné por sendas de discernimiento y cordura,
 ajena ya la herida de mi espíritu
 al frenesí de un fervor sacro
 que enardecía las más bajas pasiones
 y secuestraba la luz ingénita a todo hombre,
 al sembrar el germen,
 vil e indomeñable,
 del odio, del desamor y de los enfrentamientos,
 de esos torrentes transidos de sangre aciaga
 que se agolpan en los pórticos del corazón
 y maldicen la rosa de todos nuestros sueños:
 el veneno de esa sinrazón desconsolada
 que ensombrece la entereza de nuestro intelecto.

Voz profética: ¡Vivámonos a nosotros mismos!,
 y veneren nuestras almas,
 desde las orillas de sus moradas recónditas,
 un espacio irrestricto, docto e incommovible,
 donde no vacila la luz ni se desvanece la verdad:
 una ciudadela inexpugnable,
 dotada de muros altos y fortificados
 frente a la áspera negrura de la intransigencia.

No sucumbamos ante un mundo pasajero,
 ni ante la irritante vaguedad de los siglos
 y de sus oscuros ecos retumbantes:
 penetremos mejor, como hijos de osadía
 y discípulos de inocencia,
 en nuestro fondo infinito,
 ¡seamos nosotros mismos!

*No nos comprometamos con nada,
si no es con el abrazo de nuestras fantasías,
porque nuestra alma ha de abrirse,
sin límite, temor o tristeza,
a la críptica maravilla del universo,
y no debe ser conquistada por nada,
si no es por un todo que nos desborda
y una belleza que nos mistifica...*

Voltaire: *Alabemos la vida,
y olvidemos la metafísica y la religión,
pues “hemos de cultivar nuestro jardín”...*

Voz ansiosa: *¿Puede el corazón descansar
en suaves lechos de luz pacificada,
ajeno a todo ímpetu de esclarecimiento,
de compromiso, limpidez y entrega,
sin afanarse en desentrañar
los hondos misterios del firmamento,
ni en edificar, con el soplo purificador
que exhalan sonrisas devotas,
una urbe digna de la humanidad,
para así recorrer los senderos
del bien y de la virtud,
el largo camino hacia la felicidad?*

*La vida es movimiento, no reposo;
la diáfana claridad de los cielos
esconde un bello dinamismo;
toda paz incoa también guerra,
y todo silencio se revela sonoro:
no existe la soledad auténtica
en los mares o en la tierra...*

Pascal: *Yo no soy nada,
tan sólo un infinito pecador,*

*de raíz, sí, inasible,
pero falto de redención,
y debo desertar de mi voluntad marchita:
mi corazón ha de franquear
las angostas y endurecidas puertas
que sellan mi egoísmo.*

*Sólo así posará sus alas,
sanado por brisas de pureza adventicia,
el voraz halcón que libere mi soledad
de la fiera policromía de su crepúsculo;
sólo así se cernirán los ocasos
de ese vano ensimismamiento
que orbita en torno a mi ser más profundo;
sólo así despuntará el amanecer
en la oscura noche de mi alma:
una luz profética, un fulgor divino,
un séquito de emblemas inmortales
que corone esa irresistible cúspide
cuya blancura de límpido alabastro
no cesa de fascinarme,
haz de genuina libertad,
enseña de los bellos reinos del amor,
gozoso cielo donde reposa
el sacramento de la verdad.*

*Son frágiles las alas de mi corazón:
sólo un viento divino,
sólo la grata caricia de lo eterno,
puede impulsar su vuelo...*

*Voz ansiosa: Yo he de ser yo con todos,
pues me ahogo en mi quietud
y expiro en mi dolor
si no respiro el aire
que la humanidad inhala,*

*y no me transfiguran las aguas
que sacian la sed de mis hermanos,
ni me purifican las ilusiones
que forja nuestro amor,
diáfano, humilde y luminoso,
don de paz, pureza y entrega.*

*Desdeñemos sólo aquello
que marchite las alas de la humanidad
y nos aleje de la cálida senda del amor...*

*

Hemos de soñar con ese día a cuya bella luz todo hombre forje sus propias obras. Su alcance justificará el don de poseer una mente y unas manos que nos abren a lo infinito. Al amparo de su libertad, de su valentía, de nuestras ansias de alzarnos como artífices de nuestro más íntimo destino, manumitidos ya de odios, imposiciones y temores, emergerán vislumbres de realidades últimas y florecerán los tallos de la perpetua alegría.

Buscaremos la sabiduría por su propia dignidad, y el amor presidirá el trono del corazón humano, como aquel legendario profeta que surcaba las calles de la esplendorosa Bagdad abásida pertrechado con una antorcha y un cubo de agua. ¿Qué ansiaba? Apagar las llamas del infierno y prender el paraíso, de manera que nadie volviese a alabar a Dios por miedo a la condenación o por apego a la beatitud.

Humanicemos el mundo antes de que su destrucción sea irreversible, marchitado todo atisbo del espíritu. Suspiremos por un amanecer creativo para nuestra estirpe...

Luther King: *¡Oh astros coruscantes,
galaxias imponentes
y vastos mundos indolentes!,
a vosotras, voces enmudecidas,
estrellas geminadas en hondas lejanías,
dirige mi corazón su cántico afligido:*

*yo proclamo con la impecable fuerza
 que me brindan los resortes del sentimiento,
 y con una fe ciega en la pujanza del amor,
 que de la árida montaña de la desesperanza
 extraeremos las sólidas y resplandecientes rocas
 que edifiquen la morada de la paz,
 y de nuestra historia aciaga,
 oscurecida por tragedias inenarrables,
 brotará una semilla límpida y fraternal,
 cuyo fruto maduro contenga el néctar
 de la sabiduría y la clemencia,
 el docto cáliz de la concordia;
 esa llama alegre y venturosa
 que abrasa y redime todo silencio
 con el bello fuego de la misericordia;
 no cesemos, por tanto, de soñar
 con las inminentes caricias del amor,
 pues nos poseerá ya su hermoso halo,
 mientras, al sereno son
 de la pureza del crepúsculo,
 anide en nuestras mentes
 el noble poder de la fantasía...*

*“Creo que la verdad desarmada
 y el amor incondicional
 tienen la última palabra”,
 y me anega una robusta convicción,
 tallo que se implanta en mí como por obra
 de un tierno y fervoroso beso
 deparado por dioses, hombres y manantiales:
 un ósculo enérgico y cristalino,
 rosa que instauro un remanso
 gozoso e insondable,
 oasis de tesón divino,
 en ese irredento corazón
 que en mí escucha*

*las palabras profundas
declamadas por el hombre:
jamás triunfará el mal,
ni nublará el egoísmo
nuestros ojos anhelosos
de la luz dulcísima del amor
y del denso fuego de la solidaridad,
ámbares rutilantes,
tensos destellos celestiales
que perforan el Carmelo del espíritu,
al penetrar en lo más hondo,
en ese sagrario fúlgido y desconocido
de nuestra frágil y atribulada humanidad.*

*“La oscuridad no puede disipar la oscuridad;
sólo la luz puede hacerlo”,
y en todo sueño, aun extravagante,
en toda bella expresión de deseo
sazonada con parpadeantes rayos
de locura, añoranza o inocencia,
late el germen de un orbe nuevo,
el sello de un alma que se afana en coronar
el áureo pináculo de lo imaginado,
de esa posibilidad ya vislumbrada
en las suaves estancias del espíritu...*

*La luz del amor destronará todo ocaso,
y transfigurará nuestros labios con su aroma,
con esa fragancia virginal y profética,
con esa brisa de belleza
alegre y estremecedora,
rebotante de candidez, fuerza y hondura,
velo tutelar que sana toda herida,
toda sombra tenebrosa,
lienzo absolutorio que enjuga cualquier lágrima
y amortigua las lúgubres horas del desasosiego*

*bajo los auspicios delicados
de su cadencia,
amable, libre y escrutadora,
con su brizna cegadora de armonía,
con el bálsamo de su pureza,
trenzado de piedad, honor y celo.*

*Mi alma amará a todo enemigo,
pues contemplará en su rostro
la faz de quien yace en tinieblas,
ansioso de esa mano compasiva
que rescate su ser de la oscuridad,
y conduzca sus ojos vulnerados
hacia el altar de la reconciliación...*

*Sí, yo soñaré,
hermanos míos,
hijos de olvido e injusticia
que suplicáis el rocío del consuelo:
yo reposaré en un lecho
que sólo acoja
sueños vigorosos e intachables;
yo no cesaré de soñar,
aunque decrepitos odios
apaguen el irreprochable fuego
de las fantasías más pujantes;
yo resucitaré,
con ese tesón inmarchitable
que aletea en verbos puros,
la fuerza más hermosa
que posee nuestra estirpe...*

Voz nostálgica: *Si el hombre no es capaz de morir
sacrificado en altares de amor y entrega,
no merece vivir sobre la faz del mundo
y bajo densos cielos de esperanza.*

*Si no vislumbramos un ideal
que eleve nuestra existencia
hacia los prados de lo permanente,
habremos vivido en vano.*

*Hermanos míos:
contemplan nuestros ojos dolor y belleza
para descubrir el amor más profundo,
la clave de bóveda que sostiene
vastedades de galaxias
y miríadas de sueños...*

Athanasius:

*Yo os bendigo,
voces nobles y poderosas
que enaltecéis la historia
y combatís el dolor del hombre:
es más arduo conmover el espíritu
que desentrañar la verdad del cosmos...*

*¡Cómo quisiera mi alma
enardecer las multitudes
y mejorar la vida de quienes sufren!*

*¡Cómo se desvela mi corazón
por nuevos samaritanos
que rocíen el mundo
con el don insondable del amor,
de un amor libre y gratuito!*

*¡Cómo suspirarían mis labios
por pronunciar palabras
capaces de redimir
la ingente aflicción
que aún hoy ofusca el mundo!*

*¡Cómo anhelaría mi corazón
cabalgar por los inagotables prados
del amor y de la entrega,
y sobre los corceles de la valentía,
a lomos de la pureza del deseo,
acariciar los rayos de ese sol eterno
que clama por transformar
lo inhóspita de la naturaleza humana,
la vastedad de su sinsentido!*

*

El más bello y radiante amanecer, la inequívoca alborada de la plenitud, consiste en construir un reino dulcificado por la libertad, en cuyas extensiones se aposente el recio trono de la sabiduría. Al son de la belleza, del conocimiento y del cultivo de los sentimientos más elevados que llega a abrigar el alma humana, florece, reverdecida, la centelleante rosa de la felicidad. Pero su crecimiento exige esfuerzo, renuncia, sacrificio: precisa de amor, ascesis y entrega. El más alto don que ansía nuestro espíritu no fluirá desde cielos silentes e impávidos: hemos de tejerlo con compases límpidos, cuya luz rebose de generosidad y limpidez. Sólo así despuntarán los rayos que enarbolean la más grata de las hermosuras.

Del corazón brota la sinfonía más sublime jamás entonada bajo la bóveda astral que nos envuelve: la custodia el brillo de la fraternidad, a cuyo noble fulgor todos somos hermanos, y si uno abruptamente cae, sus semejantes lo socorren al unísono, hijos de presura, abnegación y desvelo. La belleza de esta música constituye el lenguaje más profundo que exhalan los labios, dotado de una hondura que refleja el rostro de lo innombrable: un sentimiento capaz de abarcar el fuego del corazón y la magia del firmamento, la ley moral que en nosotros palpita y el cielo estrellado que nos contiene...

XVIII

El ser y lo universal

Allí, en ese bello horizonte que nuestros ojos vislumbran desde podios de timidez y esperanza, se fusionan todos los principios y se apagan todas las contradicciones. Allí se abrazan, con delicadeza, el ser y la nada, la parte y el todo, y brillan libremente todas las estrellas. Tan sólo nos llega un hálito, efusivo, piadoso y evocador, de esa noble síntesis que el espíritu presagia. Ya nuestros antepasados más remotos consagraron intensas noches en vela a contemplar la serena belleza que fertiliza un firmamento iluminado por el voraz fulgor de astros durmientes. ¿Qué ansiaban? ¿Qué punzante insatisfacción los exhortó a proyectar sus ansias hacia mundos ignotos, a volcar sus efluvios hacia lejanos y oscuros cielos que sólo bajo el candor del sol exhiben la mística hermosura de sus tinciones azuladas?

Cuando la mirada se eleva hasta rozar las más insondables alturas; cuando la vista reniega de la viveza de la tierra para suspirar por la gloriosa bóveda que nos envuelve, se comprende cuán difícil resulta descender del carro alado que imaginara Platón en sus más fecundas fantasías: encaramados a su furor y hermanados a sus áureos destellos, e impulsados, gracias al aplomo que manifiestan sus valientes corceles, más allá de la intuición, allende la delicuescente esfera de las sombras y de las apariencias, un universo nuevo germina ante la expectación de nuestros sentidos...

*Voz ansiosa: Emerja de cada paisaje un sueño
que acaricie la flor de la esperanza,
y pliéguense mis ojos con templanza
ante su ebrio resplandor de consuelo.*

*¿Qué fuerza apagaría el noble fuego
que abrasa, ubicuo, toda lontananza,
y aviva en mi alma honestas alabanzas
a un mundo del que jamás seré dueño?*

*Vislumbro lo divino en la belleza,
en el amor y en la sabiduría,
fuentes entusiastas de mi entereza.*

*Aun en el dolor hallaré alegría,
y de la compasión y su franqueza
ansiaré ser discípulo y vigía.*

*Voz piadosa: ¡Oh haz ribeteado de fulgor incandescente,
grácil retoño de bondad e inocencia
nacidas en cielos de belleza inextricable,
destilaciones de hermosa claridad que engendran
astros incardinados en parnasos de luz;
ardiente llama de ímpetus sagrados,
cuyas chispas aletean en corazones
que antes dormitaban en silencio y apatía!*

Y así, desasido de toda ansia ondeante, reconfortado en su flaqueza, absorbido por el secreto que vibra en todo cuanto circunda las provincias de su ser (enigma que palpita, con aún mayor vigor, en esas depresiones cuyos cauces surcan su alma irredenta), empieza el corazón a vislumbrar un destello profético y salvífico que sane sus heridas y restituya su júbilo, pues ha contemplado ya lo imposible, el sol que desafía todo concepto altivo y todo sueño angustioso: la oscuridad luminosa y la luz entenebrecida, la dorada coincidencia de los opuestos, aunados en un estallido de fuerza, entendimiento e imaginación que propaga la más excelsa de las armonías...

El alma duda; el alma se sobrecoge. Ha atravesado una terrible y proverbial noche oscura, unos momentos transidos de indescriptible desazón, anegados de un desasosiego hondo, voraz, aflictivo, bajo cuyas garras la desesperación más horrenda ha invadido las remotas entrañas de su espíritu. Todo ha sido cuestionado en su morada: lo humano y lo divino, lo sacro y

lo profano, como si su ánimo se hubiese hundido en el abismo de la nihilidad, en la amarga carencia de un sentido último. Tras haberse embarcado en esta eterna lucha que enemista inmanencia y trascendencia, humanidad y divinidad, el yo libre e indeterminado y lo divino (su soberanía, su amanecer absoluto), el alma alcanza finalmente la síntesis, la añorada unificación que despose los opuestos en nupcias cálidas y perennes.

El alma, clásica e innovadora, sumergida en las fluctuantes aguas del denso océano de un saber siempre inconcluso cuyas olas no desembocan en matrices de luz, abrumada por los oscilantes remolinos de lo moderno y las ignotas e imprecisas corrientes de lo antiguo; ella, que siempre había suspirado por integrar todas las artes, las culturas y las ciencias, ha coronado su objetivo: sus dedos acarician ese elemento inescrutable y misterioso, esa síntesis de universalidad y trascendencia, también apta para penetrar en las húmedas galerías de la inmanencia, esa caliginosa fusión de interioridad y exterioridad, esa superación de lo infinito, incognoscible e inabordable... ¡Infinita e infinitésima! ¡Es la superforma! ¡Es la expresión del ser y del sujeto! ¡Libre e incommovible, integración de posibilidad y realidad, nexo entre lo humano y lo divino! ¡Linde entre el misterio y la naturaleza! Vivamente lo pregona el alma: hemos de encaramarnos al poderoso ímpetu de la humanidad, e intelectualizarnos, anhelosos de beber del cáliz de la estética y quizás también de la copa de la santidad. El alma debe asumir, émula de lo que ya pretendió el incesante espíritu de Leibniz, lo antiguo y lo moderno, ese brío que exalta cualquier época. Todo, por contradictorio e irreconciliable, posee ahora cabida en el intelecto transfigurado de un corazón ansioso de amor, de belleza y de sabiduría. Clama por unir, inextricablemente, todas las eras del hombre, para culminar esa edad última, esa convergencia de todos los reinos del espíritu.

El pavor ante la contradicción se ha extinguido, y sólo brilla el sentimiento de que nada, ni siquiera los antagonismos más insurrectos, derrota esa tersa voluntad de fusionar luces antes condenadas a la dispersión, y de propiciar que resplandezca una claridad inexpugnable: la pujanza de lo absoluto, en cuyo seno no subsisten enfrentamientos, y toda diferencia constituye un tributo honorable rendido a la verdad auténtica, y donde la profusión de epítetos alaba la gloria inmarcesible de la unidad. Ya no priman el egoísmo, ni el odio, ni el pesimismo: tan sólo prevalecen la esperanza, la

dulzura, la alegría, el gozo inconmensurable que infunde la convicción de que esa certidumbre final tan fatigosamente implorada entiba en la coexistencia de lo eterno y de lo pasajero, de lo absoluto y de lo relativo; en esa recapitulación tan embellecedora y profunda que Hegel comprendió como el advenimiento del infinito verdadero... Todo es posible en una morada ir-restrictamente fulgurosa...

Voz ansiosa: *Yo suspiro por lo universal...*

*Voces de dolor que arañan el cielo
me llaman hoy a infringir
promulgaciones severas e inderogables,
única búsqueda que saciaría mis sueños...*

*Integrar todos los saberes
desata un afán que me embruja
por su vigor y su belleza,
pero su rosa de pétalos puros
también ha de hechizar
a cuantos ojos se despiertan
en estas regias heredades,
pues en él resplandece la luz
de una vocación no conculcada...*

*¿Qué otro don anhelaríamos
en el fondo más recóndito del alma,
sino los honestos lauros de encontrar
esa llave hermosa y transparente
que abra los nobles pórticos del ser,
del misterio supremo del cosmos,
de ese porqué de rostro insumiso
que enhebra el todo y ocluye la nada:
de la respuesta última y conmovedora
al haz de nuestros deseos desaforados,
al racimo de nuestras eternas apetencias?*

*

El verdadero cielo habita en cada sentimiento de amor, sencillez, grandeza y entrega que se aviva en el espíritu humano. Su luz redime nuestra pequeñez. Ningún filósofo o profeta ha penetrado en nuestro corazón con la suficiente hondura. El universo nos ha encomendado una tarea: cultivar, con devoción y delicadeza, el grato árbol de lo divino; propiciar que florezca esa belleza escondida que late en cada uno de nosotros cuando logramos nutrir, desde los receptáculos de la insondable voluntad, los deseos más hermosos, las ansias más recapituladores de todo aquello que une a los hombres y los hermana en la sacra morada de la felicidad...

Voz piadosa: *¡Ah, sublime Señor inefable,
seráfica verdad ignota,
Logos infinito
cuyo poder cubre las alturas
y baña las profundidades!*

*¡Ah, pastora del amor,
de la belleza y de la sabiduría!*

¡Planta tu semilla en mi corazón!

*¡Haz de mí un dios,
y un ángel,
y un hombre!*

*¡No olvide jamás mi pensamiento
los ecos de esa luz inalcanzable y ennoblecadora
que evocas en todo corazón puro y en toda razón honesta!*

Voz ansiosa: *Mi cuerpo y mi alma se sobresaltan
con sólo pronunciar esas magnas letras,
sílabas que mis labios mascullaron
ya en la cándida flor de la juventud,
pero que sólo hoy han atravesado*

*mis ojos con su más pujante rayo:
la sobrecogedora plenitud...*

*Verdad eterna e innombrable,
fulgor sutil y denodado,
llama intacta que jamás se extingue
en el arcano sitial del espíritu;
anhelo primogénito e irreprimible
de totalidad y perfección,
¿vana y fugaz utopía
o profundo tesoro indescriptible?*

¿Dónde la superforma?

*¿Dónde el sagrado sable
que desate y libere
las serpientes entrelazadas
en el supremo caduceo del ser,
cetro místico de Hermes?*

*¿Dónde rozarán mis dedos
la lisura de esa santa paz,
de esa reconciliación,
de ese olivo enguirmaldado
que desde la espada de su frescura
y sus cálidos y dorados arcos
sane el negror
de unos opuestos despiadados,
para acoger, blandir y tutelar,
bajo el artesonado de su dulce seno,
lo que a la luz del día aparenta
ser contrario y siempre ajeno,
desprendido de los pechos fracturados
de la unidad prístina que todo lo permea?*

*¿Dónde la puerta a la totalidad,
al milagro del mundo,
sujeto de maravillas insondables?*

*¿En qué oscura gruta
entroncan las raíces
del árbol de la vida
y del cáliz de la felicidad?*

Voz profética: *Tu entero ser anhela
la infinita transcendencia
sobre todo lo dado,
el más que habita
en cada porción del ser,
el clamor escondido en cada estrella,
la superación de todo mundo y meta-mundo,
el límite de todo límite,
el suspiro de una libertad inagotable,
el verdadero rostro de la creación.*

*Admiro tu búsqueda denodada.
Clamas por la belleza,
la luz y la perfección,
y por ello sufres,
pero no desistas,
pues tu dolor riega el universo
con lágrimas de honestidad;
tu soledad vivifica un nuevo mundo,
tu ansia cincela la efigie de Dios,
el límpido semblante de la divinidad,
la síntesis esquiva
de conocimiento y bondad,
el compás celeste que traza todos los sueños,
el receptáculo de la paz auténtica,
el amor que moverá el Sol y las estrellas,
ya no fuente,*

*sino meta del cosmos
y voz de lo inefable,
anticipo de lo que ha de ser,
senda de la historia hacia ella misma....*

¡Trasciende, humanidad, las agónicas fronteras de lo concreto! ¡Eleva tus voraces ansias a lo eterno, puro e inefable! Duda con fervor, y alcanza, sumida en ese doloroso vacilar, el ardiente sol del conocimiento. Tu tránsito por la impenetrable encrucijada de los siglos ha de servir a un deseo acorazonado: el anhelo de libertad y de creación.

¡Apréndelo todo, humanidad; instrúyete a la luz de todos los soles y respira todas las fragancias que exhala la Tierra y derraman los cielos! ¡Explora los resurgentes misterios del arte y de la ciencia!

Voz ansiosa: *Yo busco las inagotables caricias de la vida
y el encandilador aroma de la naturaleza...*

Yo adoro todo lo bello, profundo, inspirador...

*¡Oh anhelo de universalidad!,
subyugas mi cuerpo y atenazas mi espíritu,
al proyectar el haz de mis fatigas
y la máscara de mis deseos tonsurados
a una esfera hermosa e imponente:
la morada de los dioses
y la sede de los sueños...*

*Quiero vivirlo todo,
sentirlo todo,
entenderlo todo,
crearlo todo...*

*Siento escalofríos de sólo pensarlo,
pues el fuego de lo universal
me estremece, aflige y fascina:
me deslumbra con su fulgor
y con la antorcha de su valentía...*

*¡Qué dolor!;
me abruma tanta codicia,
y me enceguece una voluntad tan desbocada;
un calor intenso me quema por dentro,
y palpo ya las heridas que me produce,
esas punzantes espinas que en mí clavan
las cenizas de mi insatisfacción...*

*Necesito los abrazos del agua,
la relente frescura de los ríos
y el grato don que exhalan los mares,
para así humedecer este ardor,
la mecha que prende este sufrimiento tan sombrío
cuyas huestes carcomen mi ser más recóndito...*

*Traedme, dulces ángeles
que habitáis en los invulnerables cielos
del amor, de la belleza y de la sabiduría,
un ánfora colmada de agua límpida,
sean las tenues gotas cristalinas
que derraman vuestros hialinos manantiales,
o esas robustas lágrimas,
hinchidas de fervor y sinceridad,
que desprenden nuestros dolores infernales.*

*He de verter sobre mi piel
y sobre las columnas que sustentan mi espíritu
un suave fluido vivificador,
capaz de devolverme la templanza,
porque este fuego arrolla mi entusiasmo:
eclipsa y abrasa mi mirada.*

*Rehúso plegarme ante la frialdad
de gélidos anhelos constreñidos
a la angostura del aquí y del ahora,
pero tanto candor,*

*tantas y tan bellas llamas,
despóticamente avivadas
por esa voluntad osada,
enhiesta y sobrecogedora,
de reclutar en mi intelecto
las estancias de todas las almas,
me consume, me incendia,
me calcina, me carboniza,
y se secan las fuentes de mi libertad,
se agostan los prados de mi placer
y se marchitan las flores de mi felicidad.*

Voz profética: *¡Oh ciencia que nutres las venas
con la savia del conocimiento,
e inspiras nuestras fantasías
con el bálsamo del entendimiento!*

*¡Noble hija de la valentía humana!,
ojalá tu hontanar bañase nuestra alma
con el agua perfumada de la tolerancia,
y el primor de un empeño análogo
a esa resolución que exhibe nuestro espíritu
cuando suspira por descifrar
el elocuente idioma de la naturaleza
nos exhortara a edificar un mundo de paz,
de solidaridad, de concordia y de sabiduría...*

*Ojalá trabajásemos con denuedo
no sólo para desentrañar
los inveterados enigmas
que sazonan el universo,
y para declamar esas evocaciones poéticas
que encapsulen su vasta hermosura
en la fragilidad de nuestros verbos,
sino también para erigir la sede de la paz
y esculpir la obra del amor,*

*el fruto luminoso de la verdad,
y tanto el prodigio de la belleza
como el milagro que vivifica la ciencia
nos impulsaran a contemplar,
en el rostro ajeno y en el alma extraña,
el secreto de la felicidad,
la dorada y ardiente chispa
que enciende una verdad última...*

*Hemos de palpar en el diálogo
una primicia, un prolegómeno,
la incoación del gozoso paraíso
que con tanto afán anhela
el inquieto corazón humano.*

*¡Comprensión, luz, humildad:
derrumba el dolor y apuntala la esperanza!*

*

¿Cómo no intuir, acompañados por la incontenible profundidad de Heidegger, que cada vez que contemplamos, pensamos, sentimos o creamos, descorre nuestra mente el velo tutelar del ser, de ese misterio oculto, de ese interrogante supremo cuyo ardor ha dominado los avatares del espíritu occidental desde la antigua Grecia hasta la moderna Alemania, desde el alba de la filosofía hasta el crepúsculo de nuestros sueños? ¿Cómo no considerar, inspirados en ese sabio, que la pregunta por el ser constituye el sello de nuestra vocación en esta historia indolente? Él, exhortado por las agudas lecciones que impartió su maestro Husserl, padre de la fenomenología, y tras haber estudiado las enseñanzas de los presocráticos y los escritos de Nietzsche, se convenció de que la cultura moderna se hallaba sumida en el olvido de esa incógnita que, ya desde la remota antigüedad de un sol de inteligencia cuyos rayos resplandecieron sobre las sinuosas costas de Jonia, la había conminado a recorrer la inescrutable senda del pensar: la reflexión sobre el sentido del ser y de la nada.

¿Qué es el ser? Esta pregunta trasluce dolor: la aflicción de nuestra ignorancia, el peso amargo y dramático que rubrica nuestra onerosa impotencia.

Indómita, yacente sobre las aguas del océano de la verdad, persiste aún hoy, sin que nada reprima su furor. ¿Por qué? ¿Por qué hay algo? ¿Por qué se alternan los triunfos del ser y las victorias de la nada? El enigma inveterado del ser sólo puede abordarse, cree Heidegger, desde la pregunta por el ser que atesora el hombre. La vida, la existencia de cada individuo, acrisola un conato de respuesta a esa interpelación tan vasta y sobrecogedora que descansa en nosotros. Mas nos vemos inmersos en un mundo no esculpido por nuestras propias manos. Parece que brazos ignotos nos hubieran arrojado, desde una cima oculta, a las silentes parcelas que componen y encumbran este inmenso cosmos:

*“A la vida nos lanzáis,
dejando que el pobre incurra en culpa;
luego lo dejáis sufrir,
porque toda culpa se ha de expiar”.*

(Goethe, *Wilhelm Meister*, canto del Arpista)

El orbe en cuyo seno recalamos nos colma, sí, de brillantadas maravillas, del acervo de la cultura, de la belleza y de la sabiduría, de una herencia repleta de poetas insignes que han cantado a la hermosura de los astros y a la fuerza del corazón del hombre.... Para Heidegger, la profundidad conquistada por Parménides sólo se atisba, quizás tenuemente, en la poesía de Hölderlin. Pero en nuestra época, en nuestro mediodía, ¿no impera ya el ocaso de esos siglos dorados? ¿No ha expirado ese primor, esa energía sagrada que inflamó el arte más luminoso y la más perspicaz de las filosofías? ¿No hemos marchitado ya la más bella de las flores? ¿Lograremos una hondura que exceda la penetración del intelecto clásico? ¿Nos abatirán las monótonas irisaciones del aburrimiento, del conformismo y de la desidia?

Según Heidegger, el sentido del *Dasein* estriba en su pujante temporalidad: vivimos para morir. Una voz incognoscible nos llama a cuidar de lo que nos ha sido dado, a mirar al futuro sin renegar de edades pretéritas: hemos de convertirnos en pastores del ser, cuan fieles guardianes del legado que nos ampara...

Sin embargo, nuestro deber sólo puede radicar en engendrar lo nuevo, en crear, en ampliar los espacios del ser y en ensanchar las fronteras del pen-

samiento. No nos pleguemos ante un ser enmudecido, aturdidos por ovejas sin rumbo que divaguen a través de collados incomprensibles: desafíemos el ser y tomemos sus nobles riendas. Entreguémonos a crear, a forjar la espada que traspase el corazón de la necesidad...

Teilhard de Chardin: *Hombre arrojado al mundo,
mas ¿desde dónde?,
y ¿por quién?*

*¿Acaso no encarnan nuestros rostros
el fruto persuasivo, bello, glorioso,
de una naturaleza creadora,
de cuyas ramas brotamos
y en cuyas raíces se hunde
el íntimo secreto de nuestro ser?*

*¿No resuenan en nuestra voz
los dúctiles ecos de una mente
que subyace al universo?*

Heidegger: *Somos tan sólo
un ser para la muerte...*

*Convenzámonos de esta certeza,
y así poseerá nuestro espíritu
la autenticidad de un fuego noble;
acariciará la paz nuestro corazón,
ajeno a la angustia y al desánimo...*

*El tiempo es la verdad y es el sentido;
ningún amable atisbo de felicidad
puede exiliarse de la finitud...*

*Nuestra alegría yace en nuestro límite:
adoremos lo fugaz, lo fronterizo,
la luz que nos hermana a un mundo,*

*a un espacio, a un deseo,
siempre oscuro, siempre incesante, siempre esquivo...*

*Nos arropa el cálido manto de la posibilidad:
nuestros ojos contemplan frutos adventicios
destinados a perecer...*

Voz profética: ¿Ser para la muerte?

¿No somos un ser para el futuro?

*Morimos, pero nuestro dolor planta
la hermosa semilla del porvenir...*

*¿Existe una vocación más bella
que el compromiso de inflamar,
desde los altos pedestales de nuestros sueños,
la radiante frescura de la historia?*

*¿No forjan nuestras manos
el sentido del universo
cuando se afanan en crear,
en conquistar lo imposible,
en revelar un cielo
que exalte todo sueño?*

*¿No fertilizan nuestras libaciones
la inagotable morada de la verdad?*

*¿No emulan nuestras almas neófitas
a prosélitos congregados
frente a las puertas de ese templo
que ampara cultos, alabanzas e iniciaciones
en el eterno misterio del ser?*

*

Mas ¿dónde yace el ser? ¿Dónde el hálito de la vida? Muchos sabios nos exhortan a liberarnos de nosotros mismos, a redimirnos de nuestra infausta angostura para penetrar en esa infinitud ignota que define nuestra inmanencia, y así encontrar, en sus predios luminosos, el espléndido sitio de la plenitud. ¿Habremos de sumergirnos en un todo sin semblante, en una universalidad desprovista de la belleza de unos ojos capaces de otorgarnos miradas cristalinas y evocadoras? ¿Dónde vislumbraremos el sol de la libertad en este cosmos fatigado? ¿Dónde la desmesura que desafíe toda voraz necesidad?

El *logos* del cosmos, ese sustrato inteligible que fascina a la ciencia y a la filosofía, no permanece, como en el teísmo, ajeno al mundo, oculto en cielos procelosos, sino que trasciende e inmane el universo. Alcanza sus cumbres en el amor, en la belleza y en la sabiduría.

Quizás sólo consigamos redimirnos de la fiereza del mundo en la profundidad de nuestro espíritu, en la más remota intimidad de nuestro ser, en el don que escapa de la gravedad del universo, y en cuya inasibilidad se alza el reposo, ese remanso de paz que atrae nuestras imploraciones...

¡Oh santo diálogo! ¡Oh hermosa tolerancia de los sabios, nuevo e inocente Toledo, arrebolado amanecer del anhelo ancestral de vida y de conocimiento que exalta la voluntad y la razón humanas!

Voz piadosa: *El ser,*
 cima del pensamiento,
 que está en todo,
 distinto de todo
 y superior a todo.

Encarna y agota su propia razón;
eterna causa de sí mismo,
cristal autosuficiente
que condensa todo prodigio.

Idea santa,
idea sublime,
idea gloriosa

*que ningún hombre escruta,
pues es la rosa y la cruz de toda inteligencia.*

*La más alta de las verdades,
la infinita sabiduría de Dios
en su templo cósmico,
el inabarcable ciclo
de creación,
redención
y santificación,
certeza encriptada
para castigo de los soberbios
y delicia de los humildes.*

Athanasius:

*Cultivemos las ardientes flores
de la belleza, el amor y el saber,
pues las trompetas del conocimiento
derribarán la Jericó del odio.*

*Nos sentiremos dueños
de un universo de formas puras,
triunfante sobre flujo,
gozoso hijo de la plenitud.*

*Todos hemos de ser ángeles
del arte y de la sabiduría;
en todos ha de crecer
el santo árbol de la bondad.*

*Todos debemos beber
de la claridad y de la hermosura,
en cuyos prístinos destellos
refulgen los áureos nutrientes
que brotan, presurosos y melódicos,
por torrentes lechosos y pujantes
sazonados de intuiciones nobles,*

*cadenas de imaginación
cifradas en guarismos escondidos,
que hormiguean laboriosamente
por sendas no trazadas de antemano;
brío que mana de pechos divinos,
haces de una beldad tan luminosa
que no sucumbe
a los despojos del egoísmo...*

*

Es inocultable que la pregunta por Dios se ha desvanecido del horizonte espiritual de muchas personas. Los avances científicos, la percepción de la autosuficiencia del mundo para dar razón de sí mismo, la ausencia de ese hipotético ser divino en medio de tantos y de tan profundos dramas como los que la humanidad ha vivido en tiempos recientes..., no han hecho sino abonar el terreno para que cunda la desconfianza -e incluso la indiferencia- ante el ser supremo.

Mas ¿no hay belleza en la idea de Dios, en la categoría de un ser supremo que ha diseñado el universo con la misma y sabia combinación de medida, armonía y solicitud con la que el más diestro de los arquitectos traza los planos de sublimes catedrales y templos imperecederos? Así lo han creído algunos de los espíritus más eminentes de la historia. Este Dios se asemeja a un matemático, a un fino geómetra que con excelsa precisión y maestría pitagórica plasma la perfección incólume del concepto en la fragilidad de la materia. Al igual que no existe en la naturaleza ninguna estructura que se amolde plenamente a la pureza de las ideas matemáticas, ninguna obra humana puede coronar la perfección a la que sin embargo aspira. La perfección es inexorablemente esquiva para el tesón del hombre. Constituye un límite asintótico, al que nunca dejaríamos de acercarnos aunque nunca cesáramos de alejarnos de su esencia. ¿Es así la creación divina? ¿Yace también teñida de una imperfección ineluctable?

Debemos convencernos de que es inútil demostrar apodócticamente la existencia de Dios. Ninguno de los argumentos clásicos (ontológico, cosmológico, teleológico, moral...) prueba realmente nada. Dios guarda una es-

trecha relación con ese límite asintótico que recoge la entraña misma de la perfección, espectro siempre recóndito pero misteriosamente acuciante para el espíritu. Todo lo que el hombre labra, las más brillantes producciones de la creatividad de las culturas y de los individuos, en realidad trasluce la búsqueda de una realidad ignota, innombrable, trascendente a cualquier explicación. ¿Por qué no desistimos de trabajar? ¿Por qué no abdicamos de nuestro empeño por construir, por añadir a la naturaleza, por imprimir la huella de nuestro anhelo? ¿Qué nos impulsa a tallar una torre invisible que nos enaltece hasta cielos desconocidos? ¿La mera necesidad material? Sin duda, el deseo de vivir mejor ha alimentado algunas de las invenciones más ingeniosas de la humanidad, pero no creo que desde esta perspectiva agotemos las profundidades del objeto de esta denodada búsqueda de una meta inaprehensible. ¿Y no cristaliza en la idea de Dios la recapitulación de ese “más allá”, de ese “siempre más”, de esa inexhausta trascendencia que late en todo esmero del hombre? ¿No marcan los compases del arte, la religión, la filosofía y la propia ciencia las expresiones más aquilatadas de una búsqueda de plenitud que nos fustiga irremisiblemente?

Cuando contemplamos la maravilla del universo, preñado de formas exuberantes, de inefables vastedades, de leyes tan prolijas y sutiles que sólo los mayores genios han sido capaces de desentrañarlas...; cuando admiramos la perfección geométrica de las estructuras que conforman el cosmos, cuando dirigimos la vista a una inmensidad que carece de nombre pero cuyo silencio ha absorbido la fascinación del hombre desde remotos albores, ¿cómo no intuir una realidad trascendente, desbordante, arcana y seductora, síntesis de *intellectus, voluntas et potentia*?

Los hombres nos sentimos tentados de imaginar esa perfección matemática, esa manifestación de una inteligencia infinita que siempre humillaría la débil luz de la mente, como dotada una faz antropomórfica. Proyectamos sobre esa fuerza innominada los atributos del espíritu humano. Pero los mejores filósofos y místicos han vislumbrado la infinita trascendencia de Dios sobre todo concepto, toda representación y toda intuición. En Dios se aposenta una ulterioridad, un “siempre más allá”, un resquicio infinito para expandir el poder de la inteligencia y de la imaginación. La acrisolada pulcritud de las leyes del universo, ese orden inalterable en el universo, capaz de

resistir el flujo temporal, la finura de cada uno de sus detalles, la profunda imbricación de todo con todo..., ¿no elevan la mente a Dios?

Ni siquiera ciertos desarrollos científicos que parecen excluir la posibilidad de un Dios significativo para el hombre, como la teoría de la evolución, prohíben atisbar rúbricas de lo divino. En verdad, la evolución es el descubrimiento científico que más dificulta pensar lo divino. Todo era más sencillo y evocador cuando la ciencia se limitaba a elucidar las leyes del movimiento planetario, cuando Kepler apelaba a un ser divino como único artífice de tan sublime armonía matemática: “El principal propósito de toda las investigaciones sobre el mundo exterior debe ser descubrir el orden y la armonía racionales que han sido impuestos por Dios y que Él nos ha revelado en el lenguaje de las matemáticas” (*Astronomis nova de motibus*). De manera análoga se expresa Newton, incansable buscador de Dios, en el escolio general de sus *Principia* (y no ha surgido en la historia de la ciencia otra obra que contenga tantas verdades y de tal calibre, semejante densidad de sabiduría física y matemática): “Tan elegante combinación de Sol, planetas y cometas sólo pudo tener origen en la inteligencia y poder de un ente inteligente y poderoso (...). Él lo rige todo, no como alma del mundo, sino como dueño de todos (...). Dios sumo es un ente eterno, infinito, absolutamente perfecto: pero un ente cualquiera perfecto sin dominio no es señor (...). La dominación de un ente espiritual constituye un dios, la verdadera al verdadero, la suma al sumo, la ficticia al ficticio. Y de la verdadera dominación se sigue que un dios verdadero es vivo, inteligente y poderoso; de las demás perfecciones que es sumo o sumamente perfecto. Es eterno e infinito, omnipotente y omnisciente, es decir, dura desde la eternidad hasta la eternidad y está presente desde el principio hasta el infinito: lo rige todo, lo conoce todo, lo que sucede y lo que puede suceder”. Extensísima sería la lista de insignes matemáticos, filósofos y científicos poseídos por una convicción similar. Baste una elocuente cita de ese genio vasto y prolífico que fue Leonhard Euler: “las obras del Creador sobrepasan infinitamente las producciones de la habilidad humana” (carta del 2 de diciembre de 1760).

Y cuanto más reflexionamos, ¿no se nos antoja todo más extraño, más embelesador, más impenetrable, como si no pudiera ser fruto de insondables azares cósmicos?

Pero después de Darwin y de los hallazgos sobre el funcionamiento de la mente humana, ¿queda aún lugar para Dios?

Hay espacio para Dios. No para un Dios que supla las lagunas de nuestro entendimiento, sino para un Dios que selle el perenne horizonte de búsqueda con el que debe comprometerse el hombre. Incluso detrás del gigantesco y doloroso telar de la evolución, que forja formas eximias y al unísono siembra el mundo de sangre, olvido y tragedia, persiste el misterio, el porqué de todo lo que nos rodea y, sobre todo, la pregunta por el futuro. Millones de años nos anteceden, pero no importa lo humildes que sean nuestros orígenes, fraguados en el barro de la Tierra, a imagen y semejanza del resto de las criaturas que pueblan este mundo inasible, sino el poder que atesora el espíritu para gestar las obras más sublimes, la música más embriagadora, los versos más gloriosos, las verdades más profundas.

No sabemos si Dios existe, y probablemente se trate de una incógnita que jamás despejemos. Es la fuente de la libertad humana ante lo divino. Pero debemos buscar a Dios, *fons et origo totius realitatis*, porque hacerlo es sinónimo de afanarse en comprender el universo, la vida, la conciencia, el futuro. Buscar a Dios implica alabar lo conocido y lo desconocido, ahondar en el ser del cosmos y en el alcance de la existencia. Y, sobre todo, buscar a Dios es pugnar por divinizar al hombre, por aproximarle a ese límite asintótico que sintetiza una realidad suprema, infinitamente libre, pues ni siquiera el más perfecto de los conceptos lograría nunca agotarla. Buscar a Dios es entonces soñar, vivir, anhelar, comprender y, más aún, amar, porque al sentirse partícipe de lo infinito, el amor, la más hermosa de las experiencias a la que podemos acceder, interioriza una claridad infinita, pura y enriquecedora. Y la mayor bendición de la humanidad resplandece en quienes difunden bondad y luz por los senderos de la vida.

Sólo en la fusión entre el cosmos en cuyo reducido seno habita el individuo y el cosmos universal hallaría el hombre la verdad sobre su ser y su existir. Porque encarnamos a ese ser a medio camino entre la tierra y el cielo, entre la naturaleza y el espíritu, entre lo racional y lo imaginable, que es el hombre. No una criatura estática, encerrada sobre sí misma y constreñida por límites inexorables, sino la viveza de una exhortación a trasladarse al espacio no presagiado. Entre estas tres dimensiones, entre lo material, lo simbólico y la aspiración a la trascendencia, habita el hombre. Y las tres luces

que pueden iluminar su camino son la sabiduría, la belleza y el amor. Una hermosa cita de Leibniz da cuenta de esta idea: “las almas en general son espejos vivientes o imágenes del universo de las criaturas, pero que los espíritus son, además, imágenes de la divinidad misma, o del propio autor de la naturaleza; capaces de conocer el sistema del universo y de imitar algo de él mediante nuestras arquitectónicas, siendo cada espíritu como una pequeña divinidad [*un petit dieu*] en su departamento” (*Monadología* 83; *Teodicea*, parágrafo 147). Forman así parte de una ciudad de Dios que es “un mundo moral dentro del mundo natural” (*Monadología* 86). Es el *Deus sive harmonia* leibniano, punto sublime hacia el que ascienden los esfuerzos del hombre por crear y perfeccionar el mundo, fuente de toda luz y perpetua plasmación de la victoria del sentido sobre el sinsentido, del orden sobre el caos, del ser sobre el no-ser.

No nos avergoncemos por tanto de buscar a Dios, porque nunca dejará lo divino de alzarse como el íntimo horizonte del hombre.

XIX

Un anhelo que nada sacia

Athanasius, jovial, recupera la esperanza: en dulce síntesis con lo humano, lo divino acrisola ese *unum necessarium* que ansía su corazón y añora su espíritu; la luz de la santidad y el cielo de la alegría. Él, sacerdote jesuita, mentor de almas, erudito universal, ocultista apasionado, señor de las bibliotecas de la vieja Europa, alma devoradora, ávida de conocimiento, acostumbrada a desempolvar manuscritos y a escrutar códices antiguos redactados en multitud de lenguas y reflejo de cuantiosas cosmovisiones, maestro de infinidad de ciencias y de copiosas artes...; él, hijo de Dios y de la Iglesia, deprecia la ayuda del Altísimo: la estrella auxiliadora del amor, de la belleza y de la sabiduría, pináculos inalcanzables y por ende libres. Su gozo acaricia la luminosidad que exhalan esos astros saciados de pureza. Su corazón se afana en elevarse, en humanizarse plenamente y en franquear, asistido por el más potente impulso terreno, la frontera que jalona lo divino. Dejará después actuar a la gracia, al fervor de lo inefable, a ese don que jamás será aprehendido por las manos o por las almas, porque representa una meta asintótica que desafía todo lo dado...

¿Y en qué océanos desembocan la naturaleza y la gracia? ¿Qué son lo divino y lo humano? ¿Entraña lo divino el futuro incognoscible, el pasado marchito o la ambivalencia de un presente siempre esquivo?

¡Oh desdicha de quien busca y ama! ¡Oh infortunio de quien vaga por los senderos del cielo y de la Tierra sin encontrar el más profundo de los fulgores! No le falta razón a Juan Ramón Jiménez cuando escribe “*¡Qué triste es amarlo todo sin saber lo que se ama!*”

Voz piadosa: *Es eterna la nube de mi amor.*

*También hoy amaga
con desatar una tormenta,
pero sólo queda un cielo gris,
un horizonte encapotado,
y en la Tierra,
campos de girasoles puros
que buscan elevarse
hacia un nuevo astro de felicidad.*

Voz nostálgica: *¡Vuelve, mi perenne Dios escondido
en simas que raudos ecos ardientes
de esperanzas fecundas y fervientes
reflejan en su abismo indefinido!*

*Suspiro por tu hermoso amor perdido
en ciegas profundidades hirientes;
pronto besarás mis labios gimientes
y encenderás mi sagrado fuego huido.*

*Busqué penetrar en la lejanía
y sentir esas voces anheladas
que todo corazón sincero ansía.*

*¡En eternas noches desconsoladas
fracasó mi sed de sabiduría!
Ya sólo soy vigilias olvidadas.*

Voz ansiosa: *Inhóspita y desazonadora,
sombria y desdeñosa,
onerosa y tajante
es la presencia del olvido
en las aguas de Leteo.*

*¿Cómo identificará mi ser,
hundido en esta fosa de deseos
flanqueada por precipicios inmortales
que sólo acogen dudas
y esquivos pensamientos,
la verdad y el absoluto?*

*¡Ah, alturas celestiales
y profundidades insondables:
yo lo amo todo;
nada es ajeno a mi amor!*

Voz ansiosa: *Denodados impulsos y tentativas
por encender luces inexploradas,
la fuente de esa estrella que exhale
rayos nunca antes presagiados,
sacuden la intimidad de mi alma
con su pujanza intempestiva,
mas ¿acariciaré algún día
la flor de la novedad;
se alzarán ante mis ojos
esos flamantes collados
que preludien originalidad;
vislumbrarán los séquitos
de mis sueños incesantes
el alba de la juventud
y el sol de la verdad?*

*Lo humano, ¿qué es lo humano,
y dónde moran sus límites?*

Schopenhauer: *La única frontera para nuestra estirpe
la esculpe la energía de la voluntad...*

*Todo se pliega ante su señorío;
desde su galería de hondas cavidades*

*y su haz de catacumbas invisibles
manan las aguas lustrales
de la verdad,
del bien
y de la felicidad...*

Ockham: *¡Voluntad, divina esencia!*

Voz piadosa: *Yo no oso proclamar:
“el mundo es mi representación”;
mis labios tan sólo confiesan:
“mi mundo es mi representación”.*

*Brilla mucha más luz
que en la angostura de nuestra mente...*

Hölderlin: *Desde los hermosos valles
y los castillos de piedras inmortales
que bendicen mi patria suaba,
cuna del astral Kepler
y matriz de los Hohenstaufen,
se proclama hoy mi corazón
germano en su vivir
y universal en su sentir.*

*Soy vástago de ese dolor tan bello
que perfora las entrañas de todas las almas,
griegas, alemanas o futuras;
me estremece la sombra de un anhelo
resplandeciente y desbocado,
de cuyo primor no logro despojarme:
su ardor ansía plasmar,
en la frágil finitud
que cubre mis palabras
y mitiga mis pensamientos,
el brillo de la plenitud,*

*el aura de deseos inefables
que invadan mentes y exalten ideales.*

*He escrito sobre Empédocles,
genuino y greco espíritu,
para pregonar, desde los labios
de este ángel de límpida sabiduría,
al dirigirse al aciago Pausanias:
“me conoces y te conoces,
pero no conoces la muerte ni la vida”.*

*Empédocles quiso revelar
la flor de lo divino a los hombres,
pero ¡atroz Hermócrates!,
quien se dispuso, con cruel presteza,
a privarle del sagrado don de la vida,
para aniquilar ese impulso,
indómito, bello y profundo,
que exhortaba la llave de su alma
a rasgar los prohibidos velos del Olimpo...*

Voz ansiosa: *Mi corazón también sueña
con esclarecer el noble arcano
que inflama mundos y existencias,
y con entregar a mis hermanos
el testamento de la pureza
y el sacramento de la verdad,
pero fuerzas oscuras me disuaden
y asesinan mis ansias de grandeza...*

*He cultivado una alegre flor
cuya fecundidad hoy consuela
la tristeza que aflige mi espíritu:
la grata y pujante convicción
de que el fin de la literatura
estriba en encarnar y proteger,*

*en las bellas fuentes de la fantasía,
la presencia, la piedad, el primor,
del más elevado de los sentimientos
que anida en el alma del hombre,
sol de luz que jamás perece,
mas pervive, hijo de gozos e inocencias,
en moradas incognoscibles,
en los lechosos montes del amor,
de la hermosura y de la entrega,
cimas recónditas que refulgen
allende las difusas lindes
de nuestro vasto firmamento,
y cuyas brisas angélicas
vivifican, desde haces de rosas inmaculadas
que esparcen la maravilla de su aroma,
un mundo que resiste la tiranía del intelecto,
un reino virginal e inagotable,
donde sólo cabe bañarse
en las doctas aguas de lo innombrable,
de ese poder inefable,
altar de eternas libaciones
tributadas a bellezas escondidas
de las que todo sentido dimana:
la razón del ser inanimado
y del vástago de la vida,
del silencio inveterado
y de toda cósmica armonía,
de la magia de los vocablos
y de esas copas que contienen
el néctar y el vino de la bonhomía.*

*Al amparo de la suavidad y la ternura
que prodiga este regio bálsamo
de finos cristales redentores,
he buscado calmar
las fragorosas dudas*

*que ni el púlpito de la sagrada teología
ha aplacado con su legendaria audacia;
cavilaciones llenas de punzante agonía
que asuelan el ser de tantos espíritus,
pues en nuestras almas permea
la más agria de las melancolías,
cansados de gritar
a esta sideral y lánguida afonía
que envuelve nuestros sueños tutelares
y secuestra el hondo cáliz de la añoranza,
ante el sello de una dicha efímera,
siempre fugitiva y resbaladiza...*

*Hablamos mucho de la vida,
de la muerte y del destino,
mas ¿qué conocemos, por seguro,
de este orbe que nos acoge?*

*Querriamos metamorfosearlo todo,
como gráciles retoños de la valentía,
pero nos revelamos incapaces
de superar el brío de la naturaleza,
de derrotar los ejércitos de la muerte
y de doblegarnos a nosotros mismos....*

*

La búsqueda de sentido puede resultar extenuante. El espíritu se agota de tanto vacilar por cielos espesos y tierras oscuras. La ética nos ayuda a sobrellevar las serpenteantes vicisitudes de la vida, pero no sólo basta con el actuar correcto, con ese sentimiento (tan satisfactorio y tranquilizador para la conciencia) de haber cumplido el deber ético: el ser humano demanda una fruición, un deleite, una recompensa que le permita soportar la pesada carga de la moral. Dulcificar los severos cánones de la norma constituye una tarea indemorable para el sabio, como lo atestiguan las célebres máximas de La Rochefoucault y, ya mucho antes, las bellas exhortaciones a Meneceo lanza-

das por Epicuro, ese dios de los jardines a quien Nietzsche profesó la estima más elevada, y cuyas enseñanzas nos conminan a buscar un placer bello y enaltecedor...

“Sed perfectos...”, mas la entraña de la plenitud yace en integrar lo finito y lo infinito, abrazados en hermosas luces puras...

Voz ansiosa: *Con lanzas de furia
y espadas de inclemencia,
esperanzas enfrentadas
embisten contra esta alma duplicada
reinante en mi pecho
y conocedora de mi espíritu,
cautiva de amor hacia dos diosas
eternamente enemistadas:
las irreconciliables deidades de la noche y el día;
los lauros del deseo y la corona del saber;
las imposibles nupcias que desposen,
con sus bellos lazos escatológicos,
el anhelo de ruptura y las ansias de armonía...*

Voz profética: *Si buscas la perfección,
jamás la encontrarás...*

*Busca vivir,
anhela palpar
la oculta fuerza del sentimiento,
luz que desborda
los angostos confines de la idea...*

*Atesoramos un afán inmarchitable
volcado en amar, en soñar, en pensar,
¿y no resplandecen ya en su humilde aurora,
sin que nuestra pasión yazca constreñida
por las ingratas sombras de la plenitud,
los pujantes destellos primordiales
de ese hondo fin ignoto,*

*de esa pulcra luna
que codicia nuestro fervor:
el fuego del espíritu,
el sagrado impulso de su juventud,
esa chispa infinita e incognoscible
que contemplamos como meta,
como don y como premio
de nuestros más nobles suspiros,
de nuestros más dulces reclamos?*

*Vasto árbol del espíritu;
tallo tutelar del arte,
enhiesto tronco de las religiones,
pétalo que siembra filosofía:
alta tríada de musas,
triumvirato de belleza piadosa
y coro de voces profundas y aleccionadoras;
hontanar que desprende redención
y sutura las heridas de nuestro espíritu,
retoño de una oscura soledad
que sólo clama por inspiración,
por la eclosión de amaneceres
capaces de restaurar
el entusiasmo, la esperanza, la pasión
con sonoros ecos primaverales;
por estrellas áureas que irradien,
erguidas en noches silenciosas,
irisaciones dignas de nuestra devoción...*

Voz piadosa: *Arte, religión y filosofía:
bríndadnos una exhortación,
bañada de hermosa perpetuidad,
a trascender las rígidas fronteras
del doloroso aquí, del oscuro ahora;
infundidnos un aliento inextinguible
para pensar más allá de lo dado;*

*otorgadnos una fuente inagotable
de inspiración, de belleza, de acción:
una recia luz auxiliadora
allende todo viso de desesperanza
y todo atisbo ocluido en apatía;
invoque vuestro misterio preciosos dones
para palpar, con esa dúctil energía
que tonifica la mente y el corazón
y sepulta los ocasos de la alegría,
el infinito verdadero,
el amor límpido
y la pasión sincera...*

*Consoladnos con esa plenitud
que anticipáis arcanamente,
aun en la fragilidad de vuestras formas
y en la delicuescencia de vuestra materia,
e insuflad en nuestra languidez
un hálito perenne, glorioso, embriagador,
cuyo soplo de honestidad reparadora
nos impulse a sondear lo divino,
y a vislumbrar, en las manifestaciones
más cálidas, primorosas y embelesadoras
que tejen la razón y enhebran el sentimiento,
huellas prístinas, hermosas, purificadoras,
delicadas rúbricas de lo absoluto e imperecedero...*

Voz nostálgica: *El alma busca ser iluminada
por un rayo que descienda de lo alto;
tenue es el fulgor de todo mediodía:
ha de irrumpir una claridad
que no conduzca a ningún crepúsculo:
la alegre luz de la vida,
transmutada en la piadosa sencillez
de inocentes flores franciscanas...*

*¡Oh hermanos míos,
hijos de desasosiego:
contemplad ya hoy
cómo astros de presagios puros
nos atraen dulcemente
con la hermosa flauta de un amor
labrado en eternos silencios!*

Voz ansiosa: *Ni el arte, ni la religión, ni la filosofía
me salvarán de esta angustia tan profunda...*

*He de abdicar del deseo,
y entregar mi entereza al amor,
al más sublime de los pensamientos...*

*Persistirán mis lágrimas,
presas de punzantes desasosiegos,
pero quizás riegue su mudanza
la áurea flor de la concordia,
y viva mi alma para proclamar
la dicha de la paz auténtica,
la perpetua aurora del espíritu,
el anuncio de la misericordia.*

*¡Abrase mi llanto flamígero la tierra,
si así logro que el ardor de mi tristeza
y la estela de mi inderogable sufrimiento
alimenten el hontanar de la esperanza
y las grutas de la más inefable pureza!*

*Venid a mí los que derramáis lágrimas
que estremecen la vastedad del mundo;
besadme con fiereza,
labios crispados de olvido,
quienes palpáis la ubicuidad de la injusticia
y la dolorosa divisoria que escinde*

*las realidades y los sueños,
pues yo os consolaré con mi lamento...*

*Sí, como vosotras siento una lástima
que ninguna mano beatífica
condesciende hoy a sanar,
y mis suspiros no los enjuga
faz alguna saciada de bondad,
porque no hay poder humano que me libere
de esta melancolía, glacial y hegemónica,
que anega mi lacerado corazón:
de esta percepción fuerte, indómita,
de finitud, egoísmo y enmudecimiento.*

*Mi ser sólo contempla
refracciones de un universo oscuro y colosal,
latente en mi imaginación y en mi entusiasmo;
mi secreto se desvive por sus bellas pulsiones,
pero mi grito desgarrado
no halla el eco que implora
en la claridad de este orbe de enigmas
donde camino y envejezco,
mientras la arcana fuente de mis anhelos
no cesa de concitar ilusiones imposibles,
afanes quebradizos
suspendidos en abismos de nostalgia,
semillas que claudican al vértigo y la locura,
comitiva de ansias apóstatas e insumisas,
delirio rehén de un furor demasiado intenso...*

*¡Ah espaciosa desdicha mía,
que mis ojos hayan de vislumbrar tanta desventura,
y mis oídos escuchar cómo resuenan tan agrias elegías!*

*¿Por qué nadie me comprende?
¿Por qué al pronunciar estas palabras*

*ha de humedecerse mi rostro
con lágrimas de sinceridad,
brotes del manantial más recóndito
que nutre el fermento de mi espíritu?*

*¿Por qué nadie puede penetrar
en ese inmenso cosmos que yace en mi interior,
en esas raíces invisibles y en esas hojas frondosas
que envuelven,
desde su desconcertante y gélido sigilo,
el inexplorado reino de mi corazón?*

*¿Por qué esta áspera soledad,
cuyo vacío enternecedor
erige una barrera inexpugnable
entre mi alma y la de mis hermanos?*

Nietzsche:

*Alta, apasionada y bella es tu soledad:
su corona la trenzan el vacío, la angustia y el silencio...*

Hölderlin:

*La mayor tristeza
fluye del ensimismamiento,
de sueños urdidos en mentes solitarias,
y ¿qué es del arte,
si no me alecciona y edifica:
si no me muestra,
anclado en templos de primor,
los valores universales,
el éxtasis, la bondad, la entrega,
los dictámenes inveterados
que sellan el destino
del ser y del firmamento?*

*¿En qué mar desembocan
los alegres riachuelos de la poesía
si sus aguas no declaman*

*la profunda voz de la conciencia:
la meta y gloria de todo saber,
que es la grandeza del amor,
para así hermanarnos,
desde cúpulas consagradorias
y tronos de pujanza resucitadora,
a una humanidad que también hoy llora?*

Voz de gratitud: *Si un alma aporta belleza
con sus obras y con su espíritu,
y preserva la copa de la alegría
a despecho de hirientes soledades,
trae ya la justicia al mundo,
porque todo ser humano
merece ser partícipe
del sagrado don de la hermosura,
de la piadosa magia del arte,
de su bálsamo, de su cáliz,
de su inspiración, de su frescura,
de sus límpidos terciopelos
recamados de presagios puros,
gráciles joyas turquesadas...*

*Reposar la mirada exhausta
en su sabio y amable rocío
brinda la felicidad...*

Voz ansiosa: *¡Mundo avasallador,
técnica temida y admirada!:
tú nos disuelves en el silencio,
en el crepúsculo de esa humanidad
que aspiraba a escrutar
la hermosa vastedad del ser
y la honda belleza del universo,
ajena al ansia de dominio,
a oscuros anhelos de posesión*

*que nos fustigan con carnes tentadoras
y lluvias acuciantes de suplicio,
y embargada únicamente
por la claridad destilada en soles
que redimen, enternecidos de pureza,
toda profunda voluntad del individuo:
la sagrada luz de la contemplación...*

Voz nostálgica: *¡Técnica, rayo fértil del ingenio humano!*

*Llenas el mundo de prodigios y maravillas;
escrutas los misterios de la naturaleza
y elevas al hombre al recinto de los cielos;
multiplicas las cosechas y expandes la cultura;
destierras el sudor de muchas frentes
y enciendes incontables sonrisas
en rostros antes fatigados;
conviertes toda oscuridad en luz
y surtes la fuente de los sueños;
derrotas el temor
ante la execrada sombra de lo desconocido
y comunicas la sangre de todos los pueblos...*

*Sí, tú cantas a la libertad
mientras otros lloran las auroras olvidadas,
sumidos en vigilias inclementes,
pero tú no vives por nosotros,
tú no sientes por nosotros,
y no se humedecen tus mejillas
con las finas lágrimas de la emoción sincera.*

*Ayúdanos a proseguir
en la larga trama de la existencia,
pero déjanos a nosotros amar.....*

Voz piadosa:

*Mi alma ha reparado ya
en la fuerza que atesora cada idea,
cada palabra,
cada concepto,
cada viva manifestación del pensamiento,
y no ambiciona acaparar
en sus manos flácidas y pudorosas
pétalos impregnados de más conocimiento:
rechaza que la ahogue
esa saturación umbría
repleta de pormenores y prolijidades,
teñida de detalles insaciables
que eclipsan la ardua belleza de la primavera
y ahogan los sonoros ecos de toda magia,
montañas cuya vacuidad nubla,
desde sus metas aciagas y baldías,
la inocente suavidad del intelecto...*

*¡Vasto mundo que no me escuchas!
sagrada inmensidad que desoyes
los sueños y súplicas del hombre,
clavos hundidos en el corazón del universo,
ahora despojado de su regia soledad:
yo no deseo amasar más erudición,
pues sólo suspiro por entender más,
por vivir más,
por abrazar un Carmelo libre y enmudecido,
por degustar un cáliz de ansias incunables,
por palpar el significado de cada noción
en su cálida y amada plenitud,
por detenerme, despaciosamente,
imbuido del sosiego que amansa los campos,
de la noble paz que esparcen las estrellas
y del fervor que mistifica bosques silentes,
a contemplar,
auspiciado desde sedes de amor y delectación,*

*esa luz opacada en cada verbo,
ese don que cada intuición
le revela a la avidez de nuestro espíritu...*

*¡Conmuévanse nuestras almas ante cada idea,
haz de resplandecientes llamaradas
que custodia secretos olvidados,
y venérenla con la frescura y la exaltación
que bendicen a los niños,
a esas criaturas que en la edad dorada
bajo cuyos cielos habitan su flor y su júbilo,
como declamara, en grato alarde de clarividencia,
ese heraldo del romanticismo bautizado “Novalis”,
todo lo sondean con la luz enternecedora
de la honestidad, la primicia y la pureza:
sus vibrantes sentidos inhalan
el dulce aroma, la vívida fragancia
que desprende la humanidad
y exhalan los vástagos de la naturaleza;
sus anhelos no se hallan contagiados
por la oscuridad de la apatía,
por la lobreguez del pesimismo
o por la sombra del recelo,
sino que impera en sus dominios
el fulgor flamante,
la admiración sincera,
esa pasión egregia, templada y bella
que exhortó a nuestros ancestros,
ya desde la prístina aurora
que sonrosó nuestro esquivo tiempo,
a dirigir los ojos cándidos
y los labios expectantes
al prodigio del firmamento
y al milagro que enardece la conciencia!...*

Voz profética: *No temamos retornar
a la dorada edad de nuestra infancia.*

*Convirtámonos de nuevo en niños
para afanarnos en lo imposible...*

*Erijámonos en hijos de la sorpresa,
en vástagos de la curiosidad,
en retoños de la admiración...*

*No consiste la vida en saber más,
sino en profundizar,
desde cumbres embrujadas de madurez,
en la irreprochable belleza
que irradian el amor y la pasión,
luz que con idéntico vigor late
en la ciencia y en el arte,
en la certeza y en el sentimiento,
en el vasto océano de la verdad
y en el inasible lago de los sueños...*

Voz ansiosa: *¡No cese de crecer en mí la llama
que suspira por crear un don nuevo,
y vence el lacerante desconsuelo
de quienes niegan tal derecho al alma!*

*Sólo quienes anhelan cuanto clama
por transfigurar en luz todo duelo
entienden el primor de este deseo:
inaugurar ya en el hoy lo que se ama.*

*Ningún docto apagará ese fulgor
que reverbera en mi más honda estancia,
y al mundo disemina su furor.*

*La erudición palpará la fragancia
de flamantes ideas, y el fervor
derrotará toda amarga nostalgia.*

Voz de gratitud: *Si cuanto expresas dimana
del fuego sincero y pasional
que se enciende en tu corazón,
no has de temer el juicio ajeno
ni la ausencia de reconocimiento,
porque gozarás, aun sin testigos,
del calor de la honestidad,
hermoso, insondable, redentor:
corriente de aguas puras
que fluyen por acequias de luz,
ansiosas de fertilizar el alma con su belleza...*

Voz ansiosa: *¡He amado!,
y esta luz es eterna...*

*Nada ni nadie la obliterará
de la biografía del universo...*

Meister Eckhart: *En ser y no en tener,
en contemplar y no en dominar,
en servir y no en triunfar,
mora el secreto de la vida,
la fragancia del amor,
la aurora de la verdad,
el alba de la alegría
y la ventana a reinos saciados de sabiduría.*

Buda: *En extinguir el dolor
de la llama del deseo
brilla el rostro de la felicidad.*

Voz ansiosa: ¿Cómo puedo renunciar a todo anhelo?

 ¿Cómo puedo renunciar a ser hombre?

 ¿Cómo puedo renunciar a la iluminación,
 y despertar al mundo de lo verdadero?

Coro de bodhisattvas: *Ya despuntan los destellos
de la fecunda plenitud,
luciérnagas que presagian
la aurora de la paz,
la reconciliación
del hombre con el universo.*

*Respirad como el Sublime
el perfume de ese amor
que sólo contagia armonía,
la infinita luz de quien halla
en las alas de la rectitud
el sendero a la verdad,
crisálida de sabiduría
que nos une a lo imperecedero.*

*¡Con qué pujanza caen
los generosos pétalos
de tu benevolencia,
flor de amor y valentía!*

*¡Oh, ya limpian nuestras llagas
y borran nuestra tristeza
con su sereno manto de hermosura!*

*¿No muere y renace el mundo
con cada acto de amor?*

*¿No sucumben las montañas
y se rasgan las llanuras
cuando el mundo escucha
un cántico de amor?*

*¿Qué es el nirvana
ante la grandeza del amor,
de quien el Sublime
fue un siervo fiel,
humilde y desinteresado,
un esclavo de su belleza?*

*Seguid la estela del Sublime,
y amad, hijos míos,
inundaos de ese amor
que brota bajo las higueras,
en el silencio de quien busca
la faz de lo permanente;
no ceséis de amar,
y convertid toda fatiga
en un cielo de sonrisas
que sólo exhalen bondad;
pues en el amor elevaréis
toda contradicción,
toda herida,
todo cisma de soledad,
todo poder y toda angustia
al reino de lo profundo,
eterno y nuevo.*

*

Vencemos la contradicción ya en el seno de la mente. El célebre adagio medieval proclama: “*natura ad unum, ratio ad opposita*”. ¿No resplandece aquí el triunfo de la libre unidad del espíritu sobre la rígida y premioso dicotomía que encauza la naturaleza, incapaz de asumir dos estados simul-

táneamente contradictorios? Basta con formular una pregunta, por insignificante que se nos antoje este hecho, para percatarse de la fuerza del intelecto humano, de la conciencia, de ese lenguaje que se habla a sí mismo. Cuando nos planteamos, por ejemplo, si una afirmación es verdadera o falsa, ¿no mantenemos, en un tiempo idéntico y en una unidad semántica coincidente, la tesis y su antítesis? ¿No han revelado los descubrimientos de la física de vanguardia la insuficiencia de muchas de nuestras categorías, inhábiles para integrar realidades aparentemente antagónicas?

El correcto discurrir del pensar requiere de la clara delimitación entre lo verdadero y lo falso. Sin respetar la ley del tercio excluso, se disuelve el entendimiento, pues ahora cabe todo, mientras que el perfeccionamiento de la ciencia y el aquilatamiento de la hermenéutica exigen refinar los criterios de elección entre las diferentes opciones disponibles. No es posible jerarquizar el elenco de nuestras afirmaciones sin apelar al principio de contradicción. Si prescindimos del establecimiento de grados de interdependencia y de subordinación entre unas tesis y otras, el vasto edificio de la ciencia sucumbe, y todo se disgrega en parcelas inconexas, en mónadas desoxigenadas, trágicamente desprovistas de amplios ventanales que permitan respirar aire fresco y genuino. Sin embargo, cuando el espíritu se afana en penetrar en su núcleo más profundo, advierte que posee un privilegio absolutamente inaudito en el contexto del mundo: alzarse por encima de la contradicción y vislumbrar la integración pura, sueño perenne de todo místico y de todo profeta..

Voz piadosa: *Inteligencia y voluntad,
rectitud y prudencia,
culminados en el amor,
te ayudarán a ascender
al cielo de la verdad y la virtud.*

*Tu sacrificio preludiará
un cielo de paz
y suave armonía;
las tinieblas de ignorancia
que sellan esta tierra
cederán el testigo
a las alturas de la claridad,*

*al gran templo de la luz,
corona del esfuerzo humano.*

Voz ansiosa: *Se desvanecen las ideas y brotan suaves haces...
Ingenuo quizás sea mi corazón
ante la complejidad que enhebra el universo,
pero nada son ya para mí los conceptos y las ciencias,
porque me estremece el llanto y me fascina la bondad,
y en su cándida luz hallo llaves que despejan
los arcanos siderales de mi áureo firmamento,
bálsamos fragantes que rediman mi dolor,
mi extensa soledad.*

*El ansia de misericordia vence cualquier afán de potestad,
y toda la sabiduría del mundo sucumbe,
sobrecogida,
ante el divino poder del amor y de la clemencia,
pues en la sonrisa luminosa de esas almas que inspiran
el inagotable don de la hermandad
y el noble fervor de la alegría,
y cuyas hermosas vidas irradian
entrega sincera y valiente a los demás,
palpo el esplendor de lo humano,
la magia de lo celestial:
ya no deseo conocer más,
ni sentir más,
ni anhelar más,
sino tan sólo conmoverme
ante la rúbrica de la santidad,
de la hondura, de la humildad
de tantos que en este reino atribulado
suspiran, cada aurora y cada mediodía,
por ayudar a quienes sufren
y por consolar a cuantos flaquean,
profetas de la esperanza
y heraldos de irreprochable amor,*

*servidores consagrados
a la eterna observancia de la generosidad,
fieles y abnegados custodios
del profundo tesoro de la solidaridad,
cirios puros que se funden
al contemplar belleza y ternura.*

*¿No acrisola el aura de la bondad,
ese amanecer que en todos despunta
cuando dirigimos nuestra mirada
a la hermosura, al amor y a la verdad,
la brisa que sacia nuestras ansias
y transfigura nuestra voluntad?*

*Difícil resulta precisar qué es ser bueno,
tan arduo como encontrar una certeza,
siempre esquiva, sutil y distante,
siempre ágil frente al águila de la razón,
en el seno de tan vasta naturaleza,
pero todos entendemos,
sin la urgencia de verbos alambicados,
de filosofías altivas y de intrincadas ciencias,
memorias de astros envanecidos en la noche, que en muchos de
nuestros semejantes
destella una virtud que nos eleva,
un fuego docto y placentero,
cuyo abrazos de impecable luz
nos muestran nuestro auténtico destino;
pues para amar y compartir
hemos nacido y soñado
bajo ese fulgor de puros tornasoles
que puebla los reinos de las estrellas,
y del desfallecido amor manan las fuentes
que diseminan el elixir de la felicidad;
así que tejamos, huéspedes de esmero,
el florido manto en cuyo honor figuren,*

*con el más egregio de los bordados
y con finos broches de gratitud,
todos esos semblantes buenos,
todos esos rostros desprendidos.*

*Habr  estampado nuestra alma
el legado más perdurable y bello
para los corazones venideros:
la cima de la existencia yace en el amor.*

Voz ansiosa: * Qu  plácido sigilo embarga mis sueños!*

*Palpo una libertad desbordante, inconmensurable,
que me insufla ansias de una belleza inmarcitable.*

*Resplandece hoy la victoria
del conocimiento sobre la ignorancia,
del amor sobre el odio,
de la humanidad sobre el ego simo.*

*Lo que antes sólo era poder y luz
en unas pocas almas,
derrama su claridad y su virtud
sobre todas los espíritus,
para crear su sentido.*

*La plomada de Zorobabel,
emblema de la rectitud,
se alar  ahora los cimientos
del gran templo de lo posible,
de la eterna catedral del espíritu...*

*Con alegría rebosa mi corazón de pasiones y deseos,
y un gozo inagotable lo cubre de hechizos y anhelos,
fuego que lo catapulta allende los confines del universo...*

*Aun en mi pequeñez, me siento dueño del firmamento,
y una potencia innombrable me ha investido en soberano
del cosmos y de su sagrada pléyade de nobles elementos.*

*¡Qué confusa es la vida,
qué tibio y esquivo el mundo, nuestra mística morada,
pues nos permite albergar tan magnas querencias,
y anegar nuestras almas con la luz de una creencia
fascinante, suntuosa, immaculada:
un fulgor arcano,
de lucidez recóndita
cuya magia nos entroniza
en el ubérrimo sitio de las ciencias!*

*¡Qué amor más tierno atisbo en acuosas lejanías!
Mi ardor y mi fe sólo han de caminar hacia el horizonte,
donde reverbera un foco rociado de milagro,
una luz bañada de flamantes hermosuras,
y esos rayos sinuosos, esos destellos virginales,
mostrarán a la avidez de mis ojos oscuros
el pórtico del paraíso de los poetas y de los filósofos,
donde florece el verde de la vida con su furor glorioso,
y los crisantemos custodian palabras de consuelo,
y verbos de misericordia amparan los jazmines,
y rúbricas de lo imperecedero crecen en las alhucemas,
y con ternura nos contemplan gratas oropéndolas,
y todo hastío sucumbe, debelado en su honda tristeza,
ante los mansos bríos de la benevolencia.*

*Mis exánimes vocablos
encontrarán la paz y la dulzura
en esos sublimes predios,
en esas regias fuentes,
límpido manantial de esperanzas fervientes,
y de sus aguas redentoras beberá mi amargura,
para que la utopía la rescate de su soledad,*

*de la húmeda prisión hundida en su angostura;
encaramada a las alas implorantes de la fantasía,
coronará las cumbres beatíficas
en cuyas cimas de blancura, claror y piedad
entona alabanzas al amor
la diosa de la sabiduría,
la belleza inescrutable
del supremo artesano,
el conocimiento desposado
con un poder santo
y una intención honesta,
motor del mundo.*

*Yo cantare en un cielo de rosas puras
donde sólo quienes amen la luz y la bondad
escuchen la música de mis versos...*

*Voz celestial: Procede, admirado Athanasius;
desfila bajo el arco real del amor
y sumérgete
en el gran arcano del universo
bajo la eterna armonía de los números
y los dorados versos de Pitágoras,
pues cerca estás de coronar
la más sublime de las cúspides;
en sus laderas soplan
vientos frescos y vigorosos,
divinas brisas que te conducirán
a tu más bella y fúlgida meta,
en cuyo amado verde florecerá
el primor de tus pensamientos:
Atenas o Jerusalén...*

*Athanasius: No temas, alma mía, amarlo todo,
ni atesorar querencias infinitas,
pues en esas ansias jamás marchitas
despunta tu destino en regio modo.*

*¡Báñese mi espíritu, es lo que imploro,
en aguas creadoras y benditas,
oasis al que tú, dulce arte, invitas,
donde sólo hay gloria, aura sin desdoro!*

*Esas bellas lágrimas que desprendo
al escuchar los compases del cielo
encapsulan, tiernas, cuanto hoy comprendo.*

*¡Oh piadoso llanto, ámbar en deshielo!,
anégame, nutre el sueño que emprendo
y purifica mi indómito anhelo.*

XX

Una luz que venza toda oscuridad

Anegado de esperanza, henchido de una fe gozosa en la luminosidad que flanquea su destino, Athanasius se encamina hacia Atenas, mentora de la filosofía, para decidir si es en sus dominios o en el seno de la Jerusalén celeste donde habrá de morar en un futuro inasible y de luces ingratamente esquivas. Mas ¿por qué tanta confianza? ¿Por qué este inopinado amanecer de templanza abrumadora? ¿Por qué esta súbita adquisición de una alegría desbordante que le permite vencer todo desasosiego, toda contrariedad, toda agonía? ¿Acaso ha cosechado ya su alma el fruto dorado del conocimiento, y ha saboreado su fruición el divino néctar de la belleza? ¿Ha sido poseído, en escenarios de fervor sobrehumano, por la imponente llama del amor? ¿No adolecerá todo de un carácter ilusorio? ¿No representarán estos pálpitos de energía inagotable vanas ficciones que máscaras ocultas le deparan, grácilmente prestas a tonificar su maltrecha psicología, pero cuyos espejismos guardan escasa semejanza con la oscura realidad del vacío, del silencio y de la apatía que presiden este gigantesco cosmos? ¿Ha renegado ya Athanasius de su pasado? ¿Ha sumido en el olvido sus muchos años de búsqueda estéril de una verdad inalcanzable?

Athanasius: *¡Cuánto tiempo malgasté
en descifrar códices miniados
y profundos palimpsestos,
en desempolvar libros incunables
y en aprender ciencias arcanas!*

*¡Cuántos crepúsculos diseminados
en atroces recuerdos de abandono,
frente a ideas embalsamadas
con unguentos mortecinos
y aromas desencarnados,
huesos roídos que mi alma exhumaba
desde criptas de nostalgia
y apego a mundos fenecidos!*

*Perdí la frescura de la existencia
y mi pensar se desbocó
en mares de totalidad;
la sed devoradora de conocimiento
secuestró el don de mi juventud,
y en atardeceres saciados de soledad
se diluyó el sagrado elixir de la belleza.*

*¡Cómo acuden ahora a mi mente trémula
todas esas noches en despiadada vela,
acompañado por el claror de las estrellas,
de esas guirnaldas convertidas en astros
que siempre posan su eterna brillantez
sobre las flaquezas del alma,
mientras estudiaba los inagotables misterios
que pueblan la vida y enardecen la naturaleza!*

*Debería haberme recostado
en la docta dulzura de mi lecho,
y ofrecer mi corazón a la paz,
a la sabiduría del descanso,
a la santa quietud del sueño,
a treguas que aplaquen mi ambición,
a gratos y luminosos remansos.*

*Me sobrecogen hoy las reminiscencias
de esas largas horas noctívagas...*

*¡Escucha cómo se internan en mis venas devastadas
y fluyen avasalladoramente por mi tenue sangre!*

¡Es horrendo!

¡Me aflige y usurpa!

*Emula el más punzante de los cilicios,
clavado en carnes olvidadas;
lastima las grietas de mi espalda:
sus azotes me fustigan
como el más áspero de los flagelos,
como el más adusto de los látigos
y la más cruel de las disciplinas...*

¿Qué pretenden?

*¿Torturarme con la percepción
de que mis ansias se han revelado vanas,
y mis ilusiones, martirios imposibles,
fútiles lluvias de entusiasmo
que se precipitaron sobre mi alma?*

*¿Invocarán acaso
que mi gozo fue efímero
y mi conocimiento, marchito?*

*¡Dejadme, sombras espectrales,
tristes y opacas,
voces pavorosas,
labios burladores,
incesantes haces de nostalgia
que mordisquean mi corazón!*

*¡Huid de mi espíritu,
oráculos altivos que sólo presagian catástrofe
y ocultan las nobles efemérides de la esperanza!*

*Me llamáis loco
si quiero transformar
toda penumbra en fulgor
y propiciar que de las dunas
tan sólo broten flores,
pero yo os liberaré del miedo,
porque todo ha valido la pena
si en mi alma he avivado
la antorcha de la búsqueda,
y ha regado mi devoción
la rosa de la valentía
en los jardines de la entrega...*

*Ya no tiemblan secretos
que embarguen mi vista:
todo es luz,
luz pura y divina,
un chorro diáfano que me bendice
con su exhalación de aplomo y energía,
pues he desentrañado
la íntima verdad de la vida:
el amor,
la belleza
y la sabiduría.*

Voces recriminadoras: *Desiste, Athanasius:
la sabiduría te está vedada,
la hermosura es ficticia
y el amor prohibido.*

*Nada descubrirás,
y no allanarás ninguna flamante senda.*

*Todo lo bello ha sido ya forjado,
y nada nuevo puede despuntar
bajo el anaranjado sol que hoy te ilumina.*

Athanasius:

*Decid lo que queráis;
aturdidme con el fragor de vuestros gritos,
voces desgarradas de aflicción y resentimiento,
gargantas fracturadas por la soledad
y los remordimientos no sanados,
como esquivas que perforan el cielo
con sus odas de fúnebre vacío:
sombras apócrifas que sólo auguran
destrucción, nihilidad y olvido;
paladares reacios a degustar
la incorruptible belleza de la fantasía.*

*No importa ya lo que habléis,
hijas de la agonía:
vuestros rugidos retumban en mi tímpano
como el repiqueteo de campanas rotas
en gélidos días invernales.*

*Vociferad infatigable y despiadadamente,
hasta que el eco de vuestros clamores
regrese a vosotras mismas,
y os inunde el voraz torrente
de vuestra propia iniquidad,
de vuestras propias aversiones,
de vuestra propia desidia,
de vuestra propia infelicidad.*

*Ninguna palabra vuestra
penetrará ya más en mí,
pues no me conocéis,
ni tampoco me seducís,
y no le impetro comprensión*

*a la intacta sede de vuestra sospecha,
ni suspira mi alma por vuestra compasión.*

*Mi mundo es demasiado tierno y límpido,
muy profundo y dulce para vuestra aspereza,
y un exceso de suavidad lo protege
frente a todo atisbo de fiereza.*

*Me basto a mí mismo,
y no tengo enemigos.*

*Proseguid hacia metas oscuras,
tinieblas ensordecidas
por las cataratas de la ofuscación
y los truenos de odios indescifrados;
saturad el abnegado cosmos
con la ferocidad de vuestros vocablos,
ciegos, impuros, vanos,
y eclipsad las estrellas del gozo
con la densa nube de vuestra amargura.*

*Yo ya he vencido el dolor y la oscuridad
de la envidia, del desamor y del recelo,
y mi imaginación reposa
en estanques poblados de bambúes,
junto a las umbrías orillas
por las que vagan ágiles criaturas,
mientras refulgen destellos esmeralda
que sólo evocan luz, pasión y vida.*

*En mí sólo resuenan
los pulcros compases de la prudencia,
y sólo vivo como leal súbdito
de la resplandeciente flor de la esperanza.*

*Reina en mi espíritu la quietud,
y la paz me embriaga tanto
con sus bálsamos hipnóticos
que ya no escucho a quienes profieren
sonidos agrios, rípidos y desazonados.*

*Sólo admiro la belleza,
la bondad,
la alegría,
la gratitud,
la humildad
y la impecable sabiduría;
y al contemplarlas mis ojos
en espejos irreprochables
que perforan cielos de armonía
y finos cristales de templanza,
una bienaventuranza ardiente
conquista la morada de mi corazón:
un sol de beatitud amanece,
y no necesita ya la sed de mi espíritu
sentir más,
ni anhelar más,
ni sufrir más.*

*Cabalgad, pues, a lomos de la ira,
y surcad la senda de la apatía...*

*Yo caminaré por un verde y dorado prado,
cuya exuberancia me rozará
con su frondoso césped de clemencia,
porque mi alma se ha entregado
a una causa que jamás entenderéis,
tristes hijas de animadversión,
arquitectas de letales suspicacias,
y adora un bien tan elevado*

*que sólo quienes irradian amor
alcanzan a desvelarlo.*

*No guardo rencor,
ni me poseen la cólera, la insatisfacción y la venganza.*

*Ansío vivir y soñar;
el coro de mi voz,
patriarca de deseos insumisos
que oscilan en crípticos espacios siderales, tan sólo aspira hoy
a la adopción filial
en el hondo refugio que ampara
el tesoro de la fascinación, pura y sincera,
hacia las sonrisas efusivas,
el amor hacia esos labios que exhalan
solidaridad, misericordia y bondad.*

*Yo sólo doy testimonio
de una pasión que me sobrecoge.*

Mi ser sólo existe para la claridad...

*Extended vuestras manos
y acariciad mi entusiasmo:
tan sólo hallaréis
ilusión, tenacidad y agrado...*

Voz piadosa:

*Voces de tristeza y negación:
adolecéis de oscuridad, vacío y egoísmo.*

*Exhaláis sombras mediocres y adocenadas,
ventiscas de opacidad y presiones gregarias
consumidas por el resentimiento
y su profunda sequedad creativa.*

*¡Enterrad las oscuras invectivas
que balbucen en vuestros labios;
osad desvelar un cielo de luz y pureza!*

*¡Respirad misericordia;
inhalad brisas magnánimas;
inhibid todo impulso lóbrego
que cercene las bellas energías del alma!*

Coro de almas puras: *Las corrientes de la desazón
chocarán con el rompeolas de la entereza,
dulce y delicado
bajo los frondosos arreboles del ensueño,
muralla inexpugnable y generosa
que sosiega a los mensajeros de la angustia,
a los heraldos de una tristeza
ansiosa de conquistar el alma.*

*

Athanasius mira a lo alto, al fervor nocturno que baña una luna espléndida, llena y refulgente, cuya magia plateada parece deslumbrar la totalidad del universo con la pureza exhalada por su parpadeante brillantez. Desde su pedestal de luz y fantasía declama, dirigido a la humanidad entera y a las fuentes primigenias de la verdad y de la vida:

Athanasius: *¿No sientes cómo brota
la ternura de mis palabras?*

*¿No te reconfortan
la dulzura y la belleza,
versificadas en huestes
de soles, cometas y lunas,
que escancia este milagro?*

*¿No palpas, aun en tu silencio,
con qué primor cambia el universo
cuanto pronuncian mis labios?*

*¡Despierta ya a la vida,
y venera racimos de dones intangibles!,
con la aquiescencia de estrellas inmortales
que han presidido la flor de nuestros sueños
y nos han prodigado aplausos cósmicos,
cuyos ecos ahora resuenan
en las entrañas de la esperanza...*

*Mi corazón admira hoy esas manos
que bautizan el fértil firmamento
con las sagradas aguas de lo inefable.*

*Su hermosa luz se apresura a mostrarnos
ese poder creador que mistifica el mundo.*

Voces recriminatorias: *Es nuestro todo placer;
nos pertenece toda bendición,
porque nuestras alas se posan en el hoy,
y la verdad sella las puertas de lo efímero,
de una hermosa aurora que jamás regresará.*

*Ven con nosotras:
abraza nuestros cuerpos
y besa nuestras manos;
derraman nuestros pechos
un lácteo rocío de felicidad.*

*Toda jovial melodía
la entonan nuestros músicos,
y en el reino del hoy,
que acrisola la morada del ayer*

*y los lentos vislumbres del mañana,
no cabe la tristeza.*

*Entrégate a la vida
y rehúye el pensamiento;
sabroso es el fruto
que desafía la abstracción;
delicias esparcen los verbos
que sólo exhalan sentimiento.*

Crear entraña un deseo vano.

*Nada nuevo lució jamás
sobre estas tierras afligidas...*

Voz ansiosa:

*Gritad, amargas voces sin norte;
mi silencio es mi brújula...*

*Poco me inquieta el tañido de vuestros tambores
robustos, antiguos y sonoros.*

*Ahora prorrumpís en cánticos,
e inundáis el aire con vocablos
galantes, melifluos y seductores,
mas ¿quedará algún rastro
de vuestra oscura alegría
cuando se oculte este bello sol?*

*Quizás débiles reminiscencias
de caduca y frágil dulzura;
yo busco el amanecer eterno
y la perpetua primavera,
luces bondadosas
que redimen todo gozo
y empequeñecen todo sueño.*

*Mi ambición es infinita,
libre e infinitésima,
porque yo persigo un don
huérfano de concepto;
una verdad
privada de expresión;
una hermosura
despojada de imaginarios;
un amor
que ningún mundo encarna...*

*Yo busco crear;
yo ansío superar lo dado;
yo quiero desbordar el sentir
y ensanchar el pensamiento
con el soplo de lo incontaminado.*

*Yo me afano en lo imposible,
y soy profeta de la soledad:
jamás comprenderéis mi martirio,
piedra oculta
que derramará
los destellos de lo nuevo
en el valeroso cielo del amor.*

Voz piadosa: *Tú has de existir, amor invisible,
bondad que todo lo redimes.*

*No me desgarres más el corazón:
sana con tu luz mi incertidumbre...*

Voz de conmiseración: *Sufres en silencio
lo que debería ser palabra.*

*Yo te admiro:
humillas las vanidades del mundo*

*y construyes tu propio reino
en tu altar más íntimo.*

*Un espíritu superior
no necesita complacer a la Tierra,
sino edificar cielos
que trasciendan toda imagen.*

*Audaz y libre es tu creación,
ajena a ansias marchitas
y poderes efímeros;
una flor incorrupta
que sólo brotará
cuando mueran las auroras
y se derritan los crepúsculos;
un ciego amor que no has de reprimir.*

Es noble y necesario aspirar a lo más alto. Siempre surgirán voces desalentadoras, teñidas de pesimismo, y muchos profetas de la envidia se alegrarán ante los fracasos mientras desprecian los eventuales éxitos. Pero ¿quién puede vivir por ti la experiencia del esfuerzo, del entusiasmo, del anhelo inquebrantable? ¿Qué otra fuerza colma más la aventura de la vida que la sensación de haberse afanado en algo grande, valioso e inspirador?

Nadie vivirá por ti. Nadie usurpará tu poder para alegrarte o entristecerte. No permitas que otros se erijan en dueños de tus emociones, deseos y esperanzas. No te inquieten las críticas o las incomprensiones. Estima sólo el juicio de quien merece tu admiración (y es preciso recelar de una persona incapaz de admirar a otra), pero no pierdas los dos bienes más elevados, el tiempo y la confianza en uno mismo, a causa de palabras estériles proferidas por labios indiferentes a tu felicidad. Vive, reflexiona, crea, sueña, disfruta y, sobre todo, ama exuberantemente. Ningún honor de este mundo es comparable a la plenitud del amor y la bondad.

*

Produce vértigo volcar la mirada al mundo: lo envuelve todo un fluir continuo y angustioso, una actividad indoblegable, tensa, coercitiva; un fuego que la paz jamás extingue. No logro contemplar la verdad, porque toda certeza se difumina, de modo inexorable, en atmósferas etéreas y sometidas a aciaga evanescencia. Todo hombre ansía conquistar más: un “más” eterno e irredento, una corriente atronadora que no se dirige hacia ninguna meta. El remolino de nuestros deseos nos aprisiona, y se ahoga finalmente el espíritu en los estertores de esta búsqueda ciega de un don cuyo nombre ignoramos.

Mis hermanos trabajan con desnudo: sólo cabe venerar tanta dedicación, tanta efervescencia, la consagración de tantas y de tan nobles energías a la transformación del universo, a recolectar los jugosos frutos de la tierra y a plantar la evocadora semilla del cosmos humano. Embellecemos los cielos con la musicalidad de nuestras fantasías, relatadas por voces que han soñado con escrutar el más recóndito y florido misterio de la vida desde la hermosura emanada de palabras e imágenes. Edificamos construcciones imponentes que desafían la grandiosidad del orbe natural. De los viñedos de la Tierra se derrama un vino que enfervoriza las estrellas. La impavidez de nuestro espíritu se esfuerza en coronar nuevas cimas en la ya ilustre y fascinante aventura de la raza humana. Las manos de nuestra estirpe no cesan jamás de crear y de propagar nuestra buena nueva; nuestros ojos no desisten de deleitarse con la lívida fuente del encanto; la felicidad que tantas veces inunda el corazón no yace destronada por potencia alguna, pues las aguas de la tristeza desembocan siempre en oportunidades rejuvenecidas de goce, de crecimiento, de entusiasmo. La cálida pujanza del llanto inspirador del arte más profundo supera, con íntima y enaltecedora dulzura, la gélida compunción cuyo rocío nutre esas lágrimas que brotan de la injusticia, la soledad y el dolor. Un ardoroso cántico, regado de optimismo, que se incoa al poder de la vida no se nos antoja ya inviable: vivir constituye un triunfo, una victoria de la que ninguna autoridad es capaz de despojarnos, pues la verdad se alza en la cúspide de todas las potestades que rigen la vastedad del firmamento y la inmensidad del alma.

¡Sí, hemos vivido y hemos sufrido, pero hemos impreso una huella valiente y luminosa en la oscura biografía del universo!

Voz ansiosa: *Vorágine de vida,
me aterras, asedias y torturas;
abhuyentas los halagadores besos de la paz
y tus sombras suplician mi alma intempestiva;
provocas que ignore el fin que me rodea,
pues me sumerges en remolinos incesantes,
en aglomeraciones fragmentadas
de ásperas y vertiginosas pruebas,
cuyo horizonte es esquivo y de mi luz reniega...*

*¡Oh sosiego ausente e inalcanzable,
emblema que tremola en oscuras lejanías,
enterrado por una civilización vociferante,
ávida de lo finito,
aunque ya haya vislumbrado
ápices de esa infinitud pura e insondable!*

*Mora en mí el poder de la palabra,
el embrujo aquilatado de léxicos reconfortantes,
el consuelo que exhalan verbos forjados
en crisoles de belleza, deseo y esperanza,
rosas que solas transfiguran un universo.*

Ya despuntan, sí, luz venturosa y música placentera...

*Ya siente mi corazón
el roce de lo perdurable y digno de reminiscencia...*

*Ya no me anegan corrientes inclementes de anhelos
deflagrados en las remotas fuentes del espíritu,
sino que me acaricia una suave brisa enternecedora,
colmada de vocablos serenos y pudorosos,
y brota de mí un amor inmutable,
cálido e imperecedero;
manos de ángeles esparcen sobre mi honda piel
tréboles de tallos vellosos que me consuelan*

*con la verde y risueña luz dimanante de su armonía;
ya no soy yo,
sino otro,
en todos metamorfoseado,
porque penetro ahora
en todas las mentes y en todos los corazones,
inmiscuidas las fragantes gotas de mi espíritu
por los intersticios de toda alma porosa,
abierta a gráciles soles nuevos;
mi orfandad pasajera
se torna en dicha compartida,
y ese torbellino perturbador
repleto de afanes dúctiles y ambiciones insaciables,
esa voluntad irredenta
de dominar mundos y apresar personas,
se desvanece, frágil, agrietada, delicuescente,
derrotada por las huestes de una pasión auténtica,
por los dulces haces propiciatorios
diseminadores de brío y efervescencia,
cuyos dones no consisten en querer más,
ahogado en espirales de codicia
aciaga, expansiva y amenazadora,
en explosiones de vehemencia injusta
y descargas de apetencias indomables,
sino en pensar y contemplar,
con hondura, belleza e indulgencia,
las efigies del amor y del entendimiento,
para descender valerosamente
hasta abismos profundos e inescrutables,
hasta el sagrado corazón de la vida.*

*Ya no me atormentan
ni eternos silencios ni espacios irrestrictos
teñidos de indolente isotropía;
soy yo y soy todo,
soy yo en todos:*

*mi ser recapitula todo sueño;
mi infinito acoge mi próspero infinitésimo;
alumbro todo un cosmos con mi intelecto,
percutido mi espíritu por esos pálpitos purificadores
que desprenden las musas del arte
y propagan los profetas del conocimiento...*

*Me basta con las voces y las miradas fascinantes,
pues me erijo en artífice de una utopía irrepetible,
y quizás irrealizable,
y sellan mi unicidad y mi medida
la amada rúbrica de mi herencia divina,
el delicado icono de mi carácter deífico,
el blasón de mi olorosa paz mesiánica,
cuya luz me hermana con mis semejantes,
para enaltecer, emisaria de generosidad
y preludio de entrega escatológica,
los pilares de mi alma malherida,
y catapultar mis ideas
a bóvedas sembradas de estrellas
sublimes, tersas, inagotables,
a los áureos manantiales
que gestan la sabiduría
y nutren el árbol de la belleza.*

*Bajo este sol de inocencia me abandona
el aguerrido frío de la soledad,
y noblemente me conquistan
los amistosos frescores de un cielo santo,
bendecido de concordia,
recia epifanía de bondad:
el soplo de un tesoro que no muere,
pues he creado un orbe de claridad y hermosura,
alabanza bañada de exuberantes ilusiones...*

*

Si no nos afanamos en sondear todas las provincias de la vida, jamás derroteremos esas inercias poderosas y tentadoras que nos conminan a conformarnos con lo dado y a disipar los pujantes ecos del futuro. Voces desconocidas nos llaman a tomar las riendas de la existencia, a explorar todos los confines del mundo y del saber y a soñar con amaneceres más hermosos, creadores y puros. Ángeles inaprehensibles nos susurran el secreto de la felicidad: compartir nuestro anhelo de perfeccionamiento con otros corazones capaces de redimir nuestra angustia. Buscamos ser libres, pero sólo acariciaremos este néctar divino si aprendemos a caminar juntos y a edificar la nueva morada, la nueva mente, la nueva imaginación. Alas celestes nos elevan ya a universos que desafían todo presagio. Un cosmos bello e inasible emerge ante nosotros cuando palpamos la infinitud que permea toda alma. No es necesario peregrinar hasta mecas remotas tuteladas por estrellas sin nombre: florece ya la eterna juventud en el ansia humana de abrazar valores perennes que engrandezcan todo deseo...

*

El miedo es la fuerza más destructiva que habita en el corazón. El temor ha impulsado a los hombres a perpetrar las peores atrocidades, a diseminar la ignorancia, a incubar el rencor, a fortalecer la envidia, a abrigar recelos infundados hacia sus semejantes, a encerrarse en su propia oscuridad y rehusar consagrar su energía a lo bello y luminoso, a despreciar lo desconocido, a difundir insidias, a esparcir apatía... Las luces más profundas que ha alumbrado la mente humana a lo largo de los siglos convergen en una meta insustituible: el objetivo de extirpar todo residuo de pavor, todo resquicio de desconfianza, aprensión y desosiego que eclipse la visión de lo más elevado, ennoblecedor y edificante. Para el corazón entregado a la búsqueda del amor, de la belleza y de la sabiduría, el miedo no nubla su visión: es la esperanza el faro que guía todos sus ímpetus...

Voz de gratitud: *¡Qué bello puede ser el mundo,
revelación de todo sueño!*

*Todo fluye anegado de color, de vitalidad,
de fervor, luz y sentimiento;*

*bañado por aguas voluptuosas
y colmado de cálidas brisas
que desprenden placer, paz y sensualidad...*

*Su verdor desborda la fantasía;
su potencia es incesante;
su terso azul forja espejos áureos
en cuyos rayos refulge lo inefable
y triunfan, gozosas,
las prolíficas alas de la imaginación...*

*La fecunda lira de la Tierra
la tañe el más hermoso de los ángeles:
la fuerza creadora de la naturaleza.*

*Mas el dolor, el sufrimiento y la ignorancia
ahogan esos suspiros nobles y deleitosos
que exhala la Tierra e irradia el cielo.*

*Sólo yo mismo, ¡oh destino!
me libraré de esta contradicción eterna
que cubren astros acongojados;
sólo mis propios labios declamarán,
absortos ante oscuras vastedades
que mi corazón estremecen:
¡soy feliz!*

Voz ansiosa: *Extirpemos el sufrimiento,
también de almas sosegadas
y corazones melancólicos
que alaban la pureza de los cielos
y oran a la sombra de una higuera;
neutralicemos el veneno del dolor
con antidotos de felicidad,
pues todo progreso en las sendas de la historia
esparcirá siempre nubes de aflicción,*

*y no cabe, ¡oh labios honestos
que cantáis promesas y esperanzas!,
desandar los caminos recorridos:
tal es el precio de la finitud,
llave de toda aventura por amaneceres nuevos...*

Voz piadosa: *Me he aventurado
por las cornisas del espíritu
rota de amor,
exultante en un silencio
que refleja plenitud,
el beso de un principio eterno.*

*Allí todo es más profundo,
más pura la intuición,
más noble el deseo,
más cristalina la palabra,
más intensa la presencia
de un cielo inefable
sobre el dolor del alma.*

*Allí se funden ciencia, arte y ética
en el crisol de la verdad.*

*Allí refulgen los siete dones
que condensan la sabiduría,
siete como los astros errantes,
siete como los altares de Mitra,
siete como los dorados brazos de la Menorá,
siete como las espigas luminosas
que brotan del amor,
siete como las esferas
por las que asciende el hombre al infinito.*

*Y si buscas la sabiduría más profunda
no distingas el arte de la ciencia,*

*ni la mística de la filosofía,
 ni el cielo de la tierra:
 ámalo todo como unidad
 que ansía concitar
 las alas incorruptas de la fascinación,
 el alma de lo universal,
 número áureo que recoja
 la ciencia y el sentimiento,
 la divina proporción
 entre todos los reinos del ser.*

*

Somos conscientes de que el progreso material rara vez conduce a ese grado de crecimiento espiritual que anhela el corazón del hombre. Pero la pregunta es: ¿por qué? ¿Cómo revertir este desenlace tantas veces trágico? Sólo lo lograremos con el conocimiento, cuando percibamos la armonía que baña el cosmos y subsume lo particular en bellas formas universales. Así nos percataremos de cuán insignificantes y al unísono maravillosos somos. Así relativizaremos nuestras dichas y angustias, y transitaremos por las sendas de la humildad. Así advertiremos lo minúsculo de nuestras conquistas en comparación con los hitos más sublimes del pasado y con la fuerza inconmensurable de una naturaleza que no se cansa de crear, renovar y existir.

Voz ansiosa: *¿Por qué inundan las lágrimas nuestros ojos
 al evocar tu nombre?*

*¿Por qué sufren tanto
 quienes te buscan, oh Señor?*

*Si Tú no existes,
 yo estoy condenado a la soledad;
 el hombre me rechaza,
 y todos esos corazones
 en quienes deposité mi confianza
 se desvanecen en la oscuridad.*

*Ahora,
en este instante de dolor,
todo son nubes
que se ciernen sobre mi intelecto.*

Todo es duda y absurdo.

*No encuentro tus huellas en ninguna parte
de este mundo mortal e inhóspito,
donde los hombres persiguen
felicidades vanas y efímeras.*

*¡Cómo suspira un corazón sensible
por enajenarse de causas, leyes y efectos!*

*¿No escuchas las súplicas
más profundas del hombre,
cómo clamamos por oír tu voz
en este desierto de silencios y espesura?*

*Pero si una fuerza desconocida
no nos impulsase a buscar tu rostro,
jamás habríamos superado
la frontera de nuestros sueños.*

*Parece que el propio mundo desea
ir más allá de sí mismo
en cada etapa de la historia,
y este desafío insumiso
que la especie humana le plantea,
lejos de acongojarlo,
siembra su progreso.*

*¿Somos entonces simples medios
en una senda infinita,
en una reiteración*

*de ciclos inconclusos
que siempre retornan al inicio?*

*¿Se contempla el universo
en el espejo de nuestro ser?*

*¿Existe acaso un destino,
una plenitud,
una fusión del tiempo y de lo eterno
coronada de bellos y profundos trabajos?*

*No hay esperanza para el hombre
si no saboreamos lo sublime
en este mediodía,
si no aspiramos a ser dioses
en esta Tierra,
y a forjar lo divino
en las sendas de la historia;
no en ideas y semblantes,
sino en la verdad, el amor y el bien,
luz del espíritu y luz del corazón.*

Pascal: *“Alma, consuélate:
si buscas a Dios
ya lo has encontrado...”*

Desamparado se encuentra el hombre en el universo. No es de extrañar que las almas más sensibles eleven su cántico afligido a las inabarcables alturas del cielo, allí donde nada se oye, salvo tímidos susurros siderales. La mística sufí ofrece excelsas manifestaciones de este sentimiento: “Oh Señor, lleno de misericordia,/ dale vitalidad a mi corazón./ Tú que a todo dolor le prestas remedio” (Abdallah-i Ansari). En términos similares se expresa Jami en Lawa’ih: “El Absolutamente bello es el todopoderoso y sobreabundante./ Cada belleza y perfección que se manifiesta en todos los estratos/ es reflejo de Su belleza y perfección (...)/ Todo aquél que conozcas como sabio,/ lo es

por Su sabiduría, y siempre que/ observes/ prudencia,/ ésta es el fruto de Su prudencia”

*

En el anhelo de crear, en ese ímpetu volcado hacia la forja de lo nuevo, en esa entrega a tomar las riendas del ser, convergen la fe en lo divino y la confianza en lo humano. La inmensidad del universo, el prodigio de alzarnos, aquí y ahora, sobre la resplandeciente faz de la Tierra, ¿no resulta, en último término, inexplicable? ¿No mana de las hermosas fuentes de lo inefable? ¿No somos hijos de lo desconocido? ¿No obedece la totalidad a un poder que todo lo perfora, todo lo circunda, en todo poro se inmiscuye, todo lo contiene, y cuyo entendimiento supera, con holgura, el alcance de la mente humana?

Los destellos de inteligibilidad que irradia la naturaleza nos llegan siempre acompañados de oscuros rayos de incompreensión. Todo el grandioso afán humano por desentrañar los más crípticos enigmas que enardecen el universo se topa, inexorablemente, con una muralla demasiado alta y profunda como para que nuestra fragilidad logre atravesarla. Despuntará siempre una luz más bella que todos los fulgores imaginados por nuestro arte; se concebirá siempre una verdad más honda, vasta y luminosa que todas las certezas conquistadas por la ciencia; nos ennoblecerá siempre palpar que, como declamara el poeta, hay mucho más en el cielo y en la tierra de lo que sueña nuestra filosofía... Sí, ha de surgir algo más elevado que la humanidad...

Athanasius: *¿Para que escribe mi alma estas palabras,
haces de verbos que se desvanecerán
ante el silencio de astros conmocionados?
¿Para qué vierten mis ojos más lágrimas;
para qué tallan mis manos más sueños;
para qué declaman mis labios más versos;
para qué camina mi corazón
por valles, pastos y montañas,
si toda flor ha de marchitarse
y sólo permanecerá lo idéntico?
Hojas nuevas caerán*

*desde el púlpito de árboles esbeltos;
dedos no presagiados embellecerán
la noble biblioteca del universo
con sinfonías pinceladas de letras luminosas;
y yo siento que he acariciado
un tesoro ajeno a la muerte;
voces recónditas me susurran
secretos que jamás perecen;
el dios de la verdad vierte su luz
sobre las fisuras de este espíritu agitado:
sus alas se extienden ante mi dolor,
y penetro ya en la morada eterna.
Sí, todo se extinguirá
en la acuosa vastedad del cosmos;
todo regresará, enorgullecido,
a las fuentes seminales de la vida,
a húmedos pechos primordiales
que derraman su rocío invisible
sobre galaxias, soles y cometas;
mas yo habré añadido
una huella osada e indeleble;
no brillaría el fulgor del firmamento
con esa hermosura tan fascinante
que embriaga las rosas de todo anhelo,
si la ínfima gota de nuestro tenue ser
no purificara, desde pedestales
de basalto humilde, recio y gozoso,
el gran retablo de la historia
y el río inagotable de la naturaleza.*

XXI
Jerusalén o Atenas

Athanasius ha arribado ya a Atenas, patria de Europa. Se interna en la Acrópolis y atraviesa los majestuosos Propileos. Tras contemplar las Cariátides, la esencia de la perfección y de la completitud griegas, así como la sutil rúbrica del oculto fondo de lo dionisiaco, se adentra en la serenidad, augusta y conturbadora, que baña el Partenón, mas no para adorar a Zeus, padre de dioses y hombres, sino para rendir tributo a los grandes espíritus de Grecia. Sófocles, Jenofonte, Esquilo, Tucídides, Eurípides, Fidias y Pericles lo reciben, al unísono, extasiados en un coro polifónico:

*Para comprender a Grecia,
basta con mirar al hombre
y con sondear sus deseos;
para internarse en su esencia,
vuestro espíritu ha de venerar
la bella armonía del universo,
esa docta medida que entrelaza
la tierra con los altos cielos.*

Athanasius: *¡Mundo griego,
héroes, dramaturgos y dioses,
ciudades, bibliotecas e imperios,
áurea alma panhelénica
del Olimpo, Atenas y Delfos!*

*¡Oh divina Grecia!
Oculto la pléyade de tu espíritu
la luz más profunda y honesta,
el sol más genuino y humano,
rayos de primor que en vuestra soledad,
cuan Sísifos condenados a vagar
por las arduas y escarpadas montañas
que perfilan la ciencia, el arte y la vida,
os afanasteis en bendecir y escrutar,
inmersos en incesante lucha
contra el áspero dominio
de oscuras cavernas de apariencia,
epifenómenos del íntimo secreto del universo...*

*Vuestro corazón se revelaba humano,
conmoveramente humano,
pero la fuerza que irradiaba
elevó el alma hasta los cielos,
hasta cúspides ornadas de triunfo,
encadenadas a gloria, honor y belleza,
para conquistar noblemente,
desde hermosos tronos de audacia,
los recios lauros y la tersa corona
cuya antorcha se alza, resplandeciente,
al término inagotable
de esa senda fascinante
que nos conduce a la verdad.*

*

¡Misterio de Grecia...! Nación, en su más escrupuloso sentido, no existió en el seno de esta cultura, pues los griegos moraban en ciudades autosuficientes, en exuberantes microcosmos, trasunto político de una mónada de Leibniz, donde el esplendor de lo medido y armonioso, de esa finitud que se regocija en su propio límite, refulgía sin parangón y sin ventanas. Pero el milagro de Grecia se hace patente en sus pensadores, en sus científicos y en

sus escritores más eximios, quienes heredaron la sabiduría más conspicua del orbe antiguo, de Egipto y Mesopotamia, de Creta, Fenicia y Micenas.

Athanasius, gran erudito de la historia, alma que habría dialogado deleitosamente con el mismísimo Manetón y con el no menos célebre Dionisio el Exiguo para debatir sobre el tiempo y los calendarios, se encuentra en su amada Atenas, patria de sus sueños, sagrada matriz de toda *'prisca sapientia'* que atrae la fascinación de esas mentes cuyas alas se baten en las postrimerías del Renacimiento.

Y es en Atenas donde se produce un encuentro inmortal, por todos presagiado. Pues ¿cómo podía Athanasius, en su viaje por esos mares de fantasía que logra alumbrar el corazón humano, en sus sinuosas andaduras por las implacables fronteras del pretérito y del futuro, dejar de visitar a alguien, como él, sabio y europeo, a un espíritu ardoroso que también experimentó la magia de comunicarse con las grandes almas de la historia, capacitado para vencer la infranqueable barrera de la cronología? ¿De quién se trata? ¡Oh sí! ¡Mis labios osan pronunciar su nombre prohibido! No puede ser otro que el legendario Fausto... ¿Acaso alguien pensó que el relator de los sueños de Athanasius obliteraría esta onomástica egregia, teñida también de hondas y aciagas evocaciones, paradigmas del dolor invisible que aflige al hombre en las eternas soledades de su reflexión? Pero no nos ilusionemos precipitadamente, no creamos que desentrañaremos el significado del enigmático mensaje deparado al rey Baltasar durante un suntuoso festín en Babilonia o que despejaremos la oscuridad profética de la cuarta égloga de Virgilio: se han declamado ya tantas intuiciones que poco cabe esperar de esta augurada entrevista, a la luz de un sol o de una luna que ya lo han sondeado todo. Sin embargo, el hechizo del escenario, el Areópago de Atenas, desde cuya colina predicó San Pablo a los gentiles, con fervor y coraje, sobre ese dios incognoscible a quien le habían dedicado un arcano altar, instaura una atmósfera incomparable y promisoría: la cumbre de la ciencia terrena, el templo de la sabiduría y de la propagación del conocimiento, la universalidad de Grecia, de lo clásico, de lo humano...

Con lenta pasión se dispersan los ecos de su tristeza pasada; la doliente nostalgia ingresa en el reino del olvido y sólo brilla la paz de quien quiere mirar al futuro. Athanasius inhala ya un aroma que huele a plenitud, la fragancia de la sabiduría, pero ¿clausurará su horizonte vital en Atenas, o de-

cidirá proseguir hacia la Jerusalén celeste, hacia el más inescrutable reino del espíritu? He aquí el angustioso dilema al que se enfrenta su tenso corazón.

Fausto: *Has sufrido como yo
la críptica comparecencia
de pléyades de espíritus,
alas de sabios, santos y ascetas,
grandes cúpulas que exhalan
luces imbuidas de amor
y suaves rayos de indulgencia,
rostros de las floridas cohortes
que arman lo sacro y lo profano,
su ardor, su fe y su benevolencia.*

*Como yo has suspirado
por dominar todas las ciencias,
y por atesorar,
en la belleza de tu alma pura,
la vastedad inveterada
de un saber enciclopédico,
perenne y universal,
brillantemente sazonada
con lenguas y culturas,
artes y literaturas,
imágenes y conceptos:
con las cúspides diáfanas
de la verdad y de la hermosura,
con los pináculos herméticos
de arcanos hondos y esquivos,
oscuros, distantes y esotéricos...*

*Mi dolor recibió la visita
del espíritu de la negación,
de Mefistófeles,
voz misantrópica y tergiversadora,
demonio embaucador*

*que me propuso acompañarlo
y convertirme en partícipe
de los lauros de un placer infinito,
de la contemplación de una totalidad
libre, inagotable y suntuosa,
para juntos retornar
a un orbe verde y hechizado,
a la espléndida morada
que acogió a los dioses paganos,
al altivo monte que custodiaba
el docto cáliz de mis anhelos,
de cuyos manantiales brotaría
un entendimiento desbordado,
y cuyos fermentos derramarían
enhiestos chorros de un amparo
delicado, dulce e imperecedero.*

*Accedí a su ofrecimiento,
y junto a él me sumergí
en esos torrentes despiadados
que sólo concitaban frenesí,
cúmulos de insatisfacción y apetitos
que por nada eran saciados;
su vislumbre eclipsó en mi alma
la faz de las íntimas aspiraciones
que alberga el sagrado ser del hombre;
padecí la agria tortura
de esos anhelos desbocados
que anegaban mi corazón
de vacío, silencio y amargura.*

*Mas yo sólo quería
descubrir un mundo nuevo,
y cambiar el universo
desde la fuerza de la poesía,
para esparcir el aroma de la vida
y la luz reparadora de la sabiduría.*

*¡Yo, ave herida cuyos ojos buscaban
ese divino elixir que condensa
arcaicas fórmulas alquímicas,
la transmutación de los metales,
los proverbios, míticos y evasivos,
de las fabulosas cotas de erudición
coronadas por Trismegisto, Flamel y Paracelso,
el espíritu de las leyes universales
que tejen la robusta armonía del firmamento,
sucumbí, tristemente,
a quienes tan sólo prometían
lóbregos conocimientos
transidos de engaño e inclemencia,
fruiciones cautivas de ambición
y atribuladas siervas de apatía,
ajenas al suave brío de los sentimientos!*

*Advertí, después,
que las tenaces y nobles llamas de la ciencia
ya había descubierto
todo cuanto codicié
en aras de esa 'prisca sapientia',
haz que en mis sueños contenía
letras ocultas de magnificencia,
rúbricas candentes,
inenarrablemente bellas,
cuyo secreto mostraría
el ser de la humanidad
y el auténtico destino
de su inmortal herencia.*

*Vendí mi alma al diablo,
en demérito de la fe
en el Dios del amor
y de la bondad absolutoria,
y ¿qué puedo hacer ahora,*

*sumido en la más agria ignorancia,
 condenado al más terrible infierno
 de no discernir, enceguecido,
 la pujante luz de lo divino,
 alejado mi espíritu
 de todo hálito expiativo,
 y privado del palpito
 de la verdad, la entrega y la plenitud,
 desvanecida ya la hermosura
 de los amaneceres del don,
 de las auras de mi juventud,
 del aliento de mi fervor
 y de la brisa de mi ventura?*

*¡Oh humanidad aciaga,
 sentenciada sin remedio a perecer,
 rehén de los delgados perfiles de la muerte!*

*No hallarás ningún consuelo
 si piensas que el individuo perdura
 en la santa y grata memoria
 de las generaciones venideras,
 pues todos hemos de fenecer:
 todos nos revelamos hijos y esclavos
 de ciclos inexorables
 que alternan muerte y vida;
 debemos diluirnos en el silencio de la nada,
 y ni siquiera la pertenencia
 a las ramas de esta bella stirpe
 me brinda el bálsamo anhelado,
 pues nada resuelve sobre mi destino,
 sobre mi yo, inquieto, tenso, ensoberbecido,
 ufano y de sí mismo embebido,
 pero falto de eternidad,
 conmovedoramente ávido de acariciar
 las sublimes manos del amor...*

*Me consume mi sed de misericordia;
mi corazón se rebela sin cesar
contra las sombras indolentes
de la caducidad y la finitud,
y mi piedad ansía demudarse
en una luz astral, foco de concordia,
en la fuente de la más dorada juventud,
en un éxtasis que disemine
tridentes de gozo inmarchitable,
en una epifanía de pasión inextinguible,
en un hontanar de sabiduría inagotable:
en un cielo de bondad...*

Voces de conmiseración: *Tus lágrimas vertidas
ante el sagrado reflejo de la luna llena
nos consumen
con su nueva claridad.*

*Son demasiado puras;
reflejan la soledad
de todo espíritu que busca
con hermoso y noble ardor.*

*El Señor eterno nos lo ha confesado:
“quien siempre desea, aspira y lucha
merece recibir la salvación”,
y tú, Fausto,
emblema de la tragedia humana,
dueño de audaces voluntades
que han ansiado desentrañar
el hondo laberinto de la vida
y la infinita trama del conocimiento,
inhala hoy las brisas del consuelo:
tu estirpe ha coronado la luz del amor;
tu raza estremece los ojos divinos
con su anhelo de superación.*

*Habéis creado sentimientos
profundos, gozosos y bellos
cuya delicadeza nos embriaga:
se os abre ya un cielo de esperanza...*

Melpómene: *He aquí el secreto
de esa naturaleza insumisa
que os afanáis en escrutar
desde auroras olvidadas:
todo brota de un amor
primordial e imperecedero.*

*Y todo amor incoa poder,
grandeza y sabiduría.*

*¡Cantad, flores abandonadas
y corazones doloridos,
melodías indelebles que extasíen
los fríos celajes del cosmos!*

*Humillan vuestros labios
la limpidez de las voces angélicas.*

*Exhala la música del hombre
una fuerza auténtica
que conmueve la luz...*

Athanasius: *Profesemos confianza
en la misericordia divina,
en la fuerza del perdón,
en el sol del conocimiento
y en la belleza de la vida,
pues aun en la oscuridad,
persiste siempre un fulgor
que ilumina toda tristeza,
toda ansia y toda soledad...*

*Talla la luz de lo divino
la inconsútil unidad del ser,
aurora diáfana que todo lo recama
con su soplo vivificador,
con las brisas de noble esperanza
que despide su brillantez eterna...*

*Hilvana lo divino
el bordado del ser universal,
hermoso lazo recapitulador
que todo con todo lo vincula,
en una magna, sutil
y ecuménica concatenación
de cuantos cuerpos y almas integran
la vastedad del firmamento,
el gozoso reino de los sueños
y el regio sitial del pensamiento...*

*Alborea aquí el sentido del cosmos mismo,
su mero yacer, suspendido
en los predios del espacio y del tiempo,
su fascinante suscitación
de formas, dinamismo y entendimiento:
ser y estar;
reposar y actuar;
sentir y pensar;
enmudecer y hablar;
soñar y amar;
para oscilar por siempre
entre los valles abisales de lo posible
y las altas cumbres de lo real...*

*Yo también albergué la certeza
de que con mis solas fuerzas
alcanzaría el saber absoluto,
esa joya de síntesis y plenitud*

*engastada en las diademas
 de la más coruscante pureza,
 mas me he percatado ahora,
 tras conversar con sabios ilustres,
 con la flor de santos venerables
 y con esa tersa voz solícita
 que compone el soliloquio de mi propio espíritu,
 de una intuición irrefutable:
 sólo la copiosa gracia divina,
 sinónimo de la docta luz
 que irradia el sentimiento,
 epílogo de la tierna llama del amor,
 reciamente espoleada
 por el heroico fuego del deseo,
 cuyos haces denodadamente ansian
 integrar todos los opuestos,
 toda perla y toda aflicción,
 puede guiarme todavía
 hacia cielos que me prodiguen descanso eterno...*

*En el amor,
 en la belleza
 y en la sabiduría
 despunta el alba profética
 que regenera mi mente
 y sana su gris angostura,
 y en esas luces imbuidas de clemencia
 palpo ya, huésped de suaves anfitriones
 que desprenden claridad, primor y dulzura,
 hijos de encanto y retoños de delicadeza,
 la visión beatífica,
 la felicidad perpetua
 y la más inefable de las hermosuras.*

*Me revelo eterno:
 soy divino*

*cuando me entrego
a un fervor que me trasciende;
perduro por siempre
cuando inhalo la frescura
de un amor que permanece,
rayo de huellas de tan grata hondura
que transfiguran el frágil universo
y estremecen espacios y tiempos;
porque la verdad es inmortal,
y ese ardor innombrable,
esa pujanza de cuyo don dimana todo cosmos
y a cuya virtud obedece toda potestad,
jamás ocultaría, en ocasos espumosos,
que los ojos de mi espíritu han buscado,
con límpido tesón y acogedora valentía,
bañarse en las cálidas aguas
del amor y de la belleza,
el añorado templo de la sabiduría...*

*Hemos amado,
hemos comprendido,
hemos creado
hemos soñado,
y nuestros dorados blasones,
cuyas insignias ondean
en torres inexpugnables
que resisten todo crepúsculo,
vivifican ya hoy, en nuestro tenue mediodía,
este evanescente y fatigado mundo,
este abrazo de tierras y cielos,
este escenario que no sería el mismo
sin la sonora energía exhalada
por nuestras inagotables almas
y nuestro dolor más profundo...*

*Puede amanecer cada día el cielo
en el fondo inasible del sentimiento...*

*¡Oh Fausto inconmensurable!,
ignota encarnación de todo hombre,
inmaculada recopilación de toda voluntad:
aprende ahora de mí,
porque he sufrido tanto como tú;
mis anhelos convergen con los tuyos,
tus lágrimas son las mías,
y mi corazón ansía compasión y ternura
con mayor fe que esa sangre tan enrojecida
cuyas gotas fluyen, carmesíes, por tus tensas venas
y embriagan, lámparas de brumosa luz, tu densa vida...*

*Me he sumergido en las fuentes del conocimiento,
pero no he hallado el cáliz de la sabiduría...*

*He venerado el esplendor de la naturaleza,
pero no he descubierto el bálsamo del amor...*

*He navegado por lo recóndito de mi espíritu,
pero no he acariciado la rúbrica de la belleza...*

*Buscaré la sabiduría no en la ciencia,
sino en la magia de los rostros;
contemplaré la belleza no en la tierra,
sino en la bondad de las palabras;
perseguiré el amor no en mi alma,
sino en la epifanía de la humanidad.*

*

De repente, aparece un hombre que más se asemeja a lo angélico que a lo humano. Hierático, rubio, de ojos pulcros, azules e imperturbables, evoca en la memoria de Athanasius a los personajes de la épica de los Nibelungos,

de ese cantar de gesta concebido por el noble pueblo germano, a cuyo tronco pertenece nuestro jesuita. El hombre que se acerca confiadamente también se le antoja teutón, en su ser y en su fisonomía. Del rubio seráfico de sus cabellos, de la luminosidad celeste que exhalan sus pupilas, de la blancura casi láctea de su piel y de su porte majestuoso puede intuir Athanasius que se trata de uno de los grandes espíritus de Occidente. Con exquisita y solemne reverencia, más delicada si cabe que esa actitud sumisa y servil que exhibió en el legendario episodio de Teplitz (tan denostado por un genio de no menor magnitud: Beethoven), saluda al padre Kircher de Fulda. Él es Goethe, el más insigne poeta alemán, el más sublime espíritu de Frankfurt. Él, esencia de Alemania, alma de Europa, maestro y señor de lo clásico, inspiración sempiterna de los románticos, literato gigantesco, nuevo Prometeo, de sabiduría profunda y sobrehumana, de conocimientos divinales, encarnación de todo empíreo sentimiento. Pero lo acompaña un ser extraño... ¡Es Mefistófeles!

Goethe:

*Era en el lecho en que yacía
mi atribulado cuerpo moribundo,
alejado de la gris teoría
y del verde y dorado árbol de la vida,
donde una voz doliente pedía,
dirigida a la infinitud del horizonte,
luz y más luz,
¡piadosa luz de mi deseo!,
la iluminación desde lo eterno,
al son del amor y de su aurora,
pues la insurrección de mi alma exigía
el más profundo de los sustentos
para el ser que se consumía
en los abismos de mi interioridad,
en ese sagrario de fervor y anhelo
cuyo corazón me había proyectado
a las nobles altitudes del Olimpo,
cumbres donde ansiaba mi mente hallar
las respuestas a toda agria desdicha,
redimida ya de todo interrogante
y sanada por fin de toda herida.*

*Era luz, súplica de claridad,
 ¡de enhiesto y prístino vigor!,
 la alegre belleza de un cielo ignoto,
 ese don que mi desfallecida alma imploraba,
 al constatar que mi espíritu se anegaba
 en terribles e inenarrables vacíos,
 hundida en grutas donde primaba la oscuridad
 y se ausentaba el pulcro fuego de toda pasión,
 de todo amor, de todo gozo, de todo brío,
 ante ese inescrutable y fiero crepúsculo
 que se cernía, con severidad y pujanza,
 dueño de la muerte y de la vida,
 señor de la tierra y de los cielos,
 sobre las densas nubes de mi alma mendicante.*

*¡Oh fuerza que presagiaba,
 con su haz de augurios infelices,
 el inminente fin de mi ventura!,
 cuan adusto sortilegio
 que teñía de amargura
 las flores primordiales de mi alma,
 al desvelar el cese aciago
 de mis copiosas andanzas,
 de mis inconmensurables fantasías,
 sin haber aún culminado
 todos los sueños que alumbré,
 las llamas descontroladas que avivé
 desde los pedestales de mi pasión desaforada,
 cuya recia luz me impulsó a codiciar,
 despojado de prudencia y cordura,
 ese cielo que trasciende todo verbo,
 todo adjetivo, todo nombre, todo léxico:
 la más inefable desmesura
 que expanda todo profuso sentimiento;
 no ya la perfección,
 sino el desbordamiento,*

*el éxtasis,
el frenesí,
el sobrecogimiento,
el violento estallido
de los más bellos y enérgicos pensamientos...*

*Y en esa noche incipiente,
en ese momento oscurecido,
fuliginoso, virginal, entenebrecido,
cuando lividece y flaquea
el áureo fulgor de esa naturaleza,
honda, desafiante y conmovedora,
que durante mi larga existencia
admiré con arrojo y desvelo,
y cuyos cristales arcanos
trató de escrutar mi espíritu
encaramado a robustos estrados de esmero,
clamé a lo alto por el cáliz de la clemencia,
por la amada luz de la verdad y de la ciencia,
para verter sobre la fragilidad que me cubría
los destellos suspirados por mi conciencia,
la serena y eterna medicina revelada,
ese bálsamo que busqué arduamente,
pero jamás degusté,
y de cuyo don ahora más que nunca precisaba.*

*Recordar no puedo si advino
esa fosforescencia superlativa
destinada a engalanar mi espíritu,
a llenar sus lánguidas estancias
con la ternura, el primor y la magia
del conocimiento innominado
y del más insondable de los sentimientos.*

*Surgían por doquier, revestidas de una críptica vaguedad,
y conquistaban triunfalmente mi espíritu,*

*al elevarse, incólumes,
sobre las pudorosas alturas de mi alma,
para asaetear ese fondo inasible,
ese centro noble, brumoso y profundo
que acoge el vibrante corazón
cuyos atrios latían en mi pecho,
rayo de fe, válvula que había suscitado
un fiel y grato amor
por la belleza incesante
y la irrevocable fuerza de la sabiduría.*

*En lo alto oía
una voz inmaculada,
límpida, evocadora,
hija de inocencia y alabanza,
que bañaba de ternura
mi fiel y entera alma...*

*Desprendía un haz tan hermoso
como las mansas gotas que fluyen
por corrientes de ríos sigilosos,
chispas puras que acarician el espíritu
con sus dulces e irreprochables melodías,
con el racimo de sus brazos nemorosos...*

*Eran voces desconocidas,
vertiginosas, augustas, coloridas,
pertenecientes a la esencia misma
de mi ser y de los podios de mi anhelo,
y como plantas sembradas en los jardines
que cultiva el docto Señor de lo eterno,
parecían atrapar las entrañas de mi espíritu,
ahora acorralado en sus imperios,
avasallada mi alma esclava
por sus fervientes e inconsolables llamaradas;
mas era su fuerza*

*dulce como el amor,
y su pléyade, prudente y delicada,
rayo de mansedumbre luminosa,
haz de sueños tiernos y rejuvenecedores,
pues me liberaba de la ardua tiranía
de esos apetitos insaciables que detento,
para transportarme a un escenario
cuya plenitud jamás imaginé,
mas quizás intuí y vaticiné,
traspasado por sus cálidos presagios,
y sobre la que no en vano cavilé
en el decurso de mi larga vida.*

*El juez supremo alzado,
Pantócrator de temible majestad,
preguntó si en mi existencia,
prometeica, bella y longeva,
realmente había encontrado
ese hondo cielo que siempre añoré.*

*¡Escucha!, me confesaban sus labios,
el agreste estrépito de lo eterno,
ese hálito fantasmagórico
que jamás desiste ni perece,
mientras yo oía súbitos vocablos
que anticipaban la muerte;
pero al concluir sus altos tonos,
estático frente a los egregios ventanales
de aquella áulica y florida sala
donde las almas precursoras debatían
sobre lo terreno, lo efímero y lo excelso,
percibieron mis ojos el fuego immaculado
de luces piadosas y enajenadas.*

*¡Cómo impetraba luz para mi alma,
torrentes de misericordia*

*que inundaran mi corazón despoblado
de felicidad, sabiduría y amistad:
un destello que me purificase
de las espesas tinieblas de la ignorancia,
y de esa indócil y agria impotencia
de ver la suave densidad del sentir
aherrojada, oscuramente presa
en las hostiles redes de la nada!*

*Conforme las garras de la lobretez,
cuan fiero animal, de mí se apoderaban,
arribaban a mi mente los recuerdos,
los semblantes lustrales de una vida
bajo cuyo amanecer surcaron mis desvelos
el frondoso y arduo camino
que conduce al altar de la sabiduría,
al lado templo del entendimiento.*

*Y me preguntaba, fatigado,
rehén del desasosiego más insufrible,
si realmente había conquistado una luz
que pudiera legar, con honor, al mundo,
y si se recolectaría algún fruto apetecible
de esa exuberancia de anhelos que atesoré
en mi juventud y en mi vejez atónita,
en la noche y en el día,
en los eternos desposorios
de la palabra y el silencio:
la bella voluntad de contemplar y amar,
de descubrir la huella cadenciosa,
los suspiros de esa epifanía absolutoria
que derrame las aguas de lo divino e innumerable
sobre los celajes de húmida fugacidad
que sellan todo tiempo, todo tenue atardecer,
toda extensión imponderable,
y de encontrar, en los vergeles de lo humano,*

*en los brocados exquisitos
que doran sus más elevadas pasiones,
el trazo de lo infinito,
la honda rúbrica de lo sempiterno.*

*Una estrella quise ser,
como esos astros coruscantes
que tutelan el tesoro de los dioses
y propician, con su luz llorosa,
la almidonada magia de la vida,
y encienden, desde sus fulguraciones,
la fragosa llama de los sueños,
que ni la tristeza apaga
ni las lágrimas disipan...*

*Ansié brillar en los dominios
de lo humano y lo divino,
y avivar un fuego incandescente,
¡un fervor de soberanía y pureza!,
que ante nada sucumbiera,
bravío, nítido y clemente,
y al que ningún mal ultrajara,
henchido de una piedad
audaz, gloriosa y ferviente,
y cuyas chispas flamíferas
el mundo entero estremecieran,
dueñas de un vigor
nunca antes conocido:
el noble brío del amor,
que por igual inflama
el ímpetu de palabras
y el anhelo de miradas,
la razón y el sentimiento;
pues es del manso amor
de donde dimana mi fuerza,
que exalta las ideas
y vivifica las promesas...*

*¡Oh si mi alma centelleara
junto a esa bóveda adamantina,
clavada en espacios siderales
dotados de inabordable desmesura,
que envuelven los rígidos mundos
con oleaginosos mantos de ternura,
y derrotase la muerte,
y conquistase el inhóspito tiempo,
y cristalizara mi rocío,
solidificado por poderes elíseos,
vástagos de recónditos silencios,
en esos cometas rutilantes
que cruzan, heraldos de aplomo,
la enmudecida vastedad del cosmos,
y difunden relámpagos rebosantes
que bendicen, con su luz, furor y arrojo,
estas oscuras inmensidades!...;
sólo así, sólo en ese seno recapitulador,
la faz de mis temores y pasiones
forjaría una pléyade venerable
colmada de portentosas,
de dignas creaciones,
capaces de inmortalizar mi memoria,
hoy hambrienta de sabiduría
y ayer sedienta de belleza;
sólo así me concederían los cielos
un don de ofrendas sublimes,
cuyo corazón saciase
mi añoranza de reminiscencia;
sólo así resucitaría cada ocaso
cuando cae la noche regia,
y su cálido hechizo cautiva
la avidez de nuestras pupilas,
amarteladas del milagro expiativo
de compendiarse la hermosura
en ese remoto reino,
¡en la sagrada maravilla de las alturas!*

*Me interpelaban vivamente
los ecos de un arcano no sanado,
de pujanza indómita y latente:
yo, que había cultivado en mi alma
el arte en su grado más excelso,
¿lograría finalmente discernir
esa pureza absoluta, esa perfección,
esa quietud universal y bella,
que sólo un ángel me tributaría
desde el trono de su pulcra indulgencia,
para esparcir las fragancias más olorosas
que exhalan los siervos de la clemencia?*

*Mas perseverantes negruras procedían
a invadir el seno de mi alma umbrosa,
y después de contagiar las arterias
por cuyos serenos cauces fluían
los prófugos amores de mi existencia,
rápidamente penetraron en esas venas
donde mis sonoros sueños prorrumpían;
más tarde intoxicaron el corazón,
la sede de mi misterio,
la morada de mi fantasía,
el pórtico de mi yo,
inusitado sanctasanctorum,
rosa herida que padeció
la más tortuosa pena de quien se palpa
ciudadano de un mundo sin destino,
abatido por el más trágico sentimiento,
imbuido de una nada que no perdona
a ninguna voz de raigambre humana,
de un soplo de nihilidad
que aguarda a nuestro espíritu atormentado
en la noctámbula hora del pensamiento...*

*Fue entonces, en ese interludio borrascoso,
 cuando la agria opacidad se instauraba
 en los más recónditos sitios
 que ornan el castillo de mi alma,
 y resaltaba, sin longánimo pudor,
 las luces y tinieblas de una vida admirada,
 pero humana, demasiado humana,
 cuando temí por mi ser,
 y esperé una justicia consumada,
 que me condenase al castigo eterno
 por haber prestado mi impune espíritu,
 así como mi mundanal cuerpo,
 a los placeres ególatras de la vida,
 al arte vano y al brillo infecundo,
 mientras mi estéril ser ignoraba
 el significado último del cosmos,
 la íntima y bella esencia de la sabiduría,
 el sentido que circunvala mis anhelos,
 esa meta, intangible y profética,
 que mereció orientar, desde su hermosa fuerza,
 el rayo que transporta las cohortes de mis sueños.*

*Se cernió sobre mi alma
 un dolor punzante,
 las concitaciones de un miedo intenso,
 una frustración amarga
 que humillaba mi reciedumbre:
 una aflicción descomunal,
 el sobrecogimiento
 de vientos aborrecedores y oscuros,
 yacente en el lecho mortecino,
 sumido en el áspero vacío,
 sin saber siquiera
 si toda la luz que secuestró mis afanes
 me bastaría para franquear
 los umbrales del descanso eterno,*

*y atravesar los áureos pórticos
que conducen al paraíso más excelso.*

*¡Yo que había ansiado escrutar
la totalidad del universo y de la mente,
la síntesis de lo universal y lo particular,
los preámbulos del absoluto;
yo que declamé visiones perdurables
sobre la naturaleza y los sueños!;
yo, me sentía ahora desbordado
por la fugacidad de una vida
atestada de olvido,
ante un escenario que me estremecía...*

*¡Yo, Goethe, señor de los poetas;
yo, alma de Alemania;
yo, hombre del Olimpo,
de quien decían poseer
conocimientos sobrehumanos,
una imaginación angélica
y un sentir divino!,
me veía arrebatado
por poderes de otro mundo,
ante la visión concomitante
de una muerte perentoria,
siempre acechante,
siempre rauda a erosionar
los frágiles pilares del deseo.*

*Águilas de desazón me lanzaban cimas repletas de angustia,
a cúspides solitarias y sombrías,
cubiertas de una eternidad tensa y esquiva,
cuya rectitud admonitoria
me distanciaba de los presagios de la dicha...*

*Temía mi corazón sacrificado,
preso de infaustos y agónicos recelos,
que la oscuridad me expulsase
de ese ledo y plácido vergel,
desde cuyo vigor florecen
iconos de belleza beatífica,
canora e imperecedera.*

*¡Perdóneme el Altísimo si olvidé,
en el torrente de mi longeva vida,
que mi alma habría de responder
ante la serena luz de la verdad,
pues el dominio de lo nebuloso
atacaría las hondas columnas de mi ser!*

*¡Me ahogaba, me anegaba,
me encharcaba y acongojaba,
empapado de un sudor de sangre
y de un llanto descorazonado!*

*Sentía, en el tabernáculo de lo indescriptible,
la ríspida presencia de aquel fin
sobre el que medité, leí y escribí,
mas cuya auténtica realidad
nunca comprendí con agudeza,
pues funde todos los sentimientos
como cirios pascuales que se derriten
al recibir el rayo diáfano de la verdad,
noble diosa que desafía,
rebotante de honestidad, decoro y pureza,
una razón crucificada, impotente
para captar el anhelado sol de la unidad,
estrella insondable, calmada, sabia,
cálido haz de irisaciones regias:
sello de la profunda coalescencia
que vincula el todo y la nada.*

*Luminiscencia deprequé,
nívea hermosura,
¿y qué ojos de bondad atendieron
esa súplica tan trágica,
esos ruegos de insólita amargura,
voces que ansiaban luz, vida y energía
para un cuerpo esclavizado
al que la muerte debelaría?*

*¡Yo que derramé lágrimas divinas
en esa elegía de Marienbad,
llanto que conmovió
mundos y corazones;
yo que sentí, como nadie siente,
una pasión hialina y esmaltada,
un fervor que escapa de las palabras
y rebasa el umbral de las miradas!,
ahora moriría,
abocado a diluirme
en colosales mares de indolencia,
y en la nada me internaría,
y ni sufriría ni gozaría,
rehén de esa oscura morada
en la que nada sucede
y en nada se cavila;
las expiraciones de mi rastro
las evaporarían vientos adustos e inveterados,
incapaces de irradiar luz de misericordia,
pues sólo rubrican el desvanecimiento
de toda emoción, de todo beso y de toda idea,
el óbito de toda caricia y de todo pensamiento,
presos de este manto lúgubre
de causas concatenadas,
de esta hilvanada textura,
de este bordado cósmico
que trenza la historia del mundo,*

*huracán despiadado,
 voraz torbellino que nos sume en la angostura
 de perecer, como criaturas aciagas,
 ante una naturaleza sorda e ingrata,
 cuyos resortes olvidan,
 tristes retoños de ligereza,
 el clamor de nuestras invocaciones,
 el hálito de amor y de ciencia
 que ha exhalado nuestra estirpe
 en sus obras y en sus tenues sueños...*

*¡Yo, viva faz de un anhelo
 que concitó fervor exacerbado!,
 ahora sucumbía
 ante la malvada indiferencia,
 ante desdenes impasibles
 transidos de tibieza y nesciencia,
 ante las pavorosas y displicentes bocanadas
 que agitan los rotundos tornados de la nihilidad,
 y ningún verbo escuchaba,
 ni flor alguna contemplaba...*

*¡Yo que había meditado
 sobre lo humano y lo divino!;
 yo, que en esa sublime fuerza
 cuya savia impregna el universo
 desde los sonoros predios
 de una potestad arcana
 había percibido potencias
 eternas, suavemente abiertas
 a las tiernas súplicas del espíritu,
 dueñas de una ternura tan deslumbrante
 que me exhortó a proclamar:
 “detente, instante,
 eres tan bello”!,
 me hallaba ahora solo,*

*atónito y adolorido,
en aquel fatigoso caminar
hacia las incorruptibles tribunas
que sancionan el juicio divino,
allende el ocaso de la vida...*

*¡Yo que vislumbré la eternidad
y creí acariciar el amor pleno,
y exhalar su agradable aroma,
y degustar, en cálices serenos,
su oloroso manjar albriciado,
y sentir cómo penetraba
una luz maternal y vivificadora
en el santuario de mi espíritu
y en el sagrario de mi cuerpo!,
me advertía ahora impotente,
ahogado en ríos de desventura,
náufrago en la amarga finitud
de océanos de olas malvadas,
que obliterarían mis anhelos
y borrarían el espumoso haz de mi consuelo...*

*¿Quién le hubiera desvelado
al poderoso Goethe,
príncipe de la poesía,
árbitro de aspiraciones eternas
y emisario de quienes aman
las laderas de todo Carmelo
saciado de armonía y colmado de belleza,
que como mortal acabaría,
mientras imploraba luz,
pálpitos de luz y rosas de alegría,
ante la sensación de predominio
que desataba el indolente absurdo,
las fauces del inclemente sinsentido,
los ecos de la más fiera de las agonías?*

¿Quién me habría confesado
a mí, rehén de vacua jactancia,
tras haber arribado
a las borrascosas cumbres
que ensalzan lo terreno
y alaban lo sagrado;
a mí, tras haber pertenecido,
como miembro fiel e insigne,
al excelso Olimpo de lo sabios
y al hermoso pináculo de los genios;
a mí, halcón cuyas tersas alas coronaron
las lechosas cimas de Atenas,
las doradas sedes de lo humano
y los tronos de vívida refulgencia
que acogen dones elíseos
y custodian flores angélicas;
a mí, tras haber recopilado,
en el fugaz espacio de una vida,
esa infinitud latente, precursora y bella
que el hombre y su heredad,
en su inextinguible espíritu
de tenaces voluntades insumisas,
alcanzan a experimentar;
a mí, tras haber testimoniado
las más elevadas pasiones
que en mi intimidad hervían,
el amor, el terror y la desdicha
que afligieron la rutilante estrella
de mis más mesiánicos pensamientos;
a mí, tras haber descubierto,
en profundos cielos de pureza,
las eternas leyes del sentimiento;
a mí, tras haber alumbrado la historia,
el siglo efímero y el vasto tiempo,
con un arte imperecedero,
siempre rejuvenecido,

*siempre flamante,
manantial de un orgullo siempre nuevo,
que se revela hoy
como un partícipe jubiloso
de ese legado polifónico
otorgado por mi humanidad amada,
fuente nutricia cuyas aguas riegan
los tallos cimbreantes
de mi mundo esplendoroso,
que debería concurrir
al irrevocable examen final,
a esa exigente prueba
cuya inclemencia no perdona
ni a Goethe ni a Kant,
a las nobles almas de Germania
o a los eximios próceres de Grecia,
para presentarme ante un juez,
ante el ser justo y supremo,
ante el creador de la vida
y el artífice de la belleza,
y justificar lo realizado
en mi larga existencia
sobre la suntuosa tierra
y bajo el diáfano cielo?*

*¡Oh juicio divino
en la Jerusalén celeste,
en el reino del amor,
en la sede de la verdad,
en el glorioso trono de lo innombrable!,
soy hijo de la humanidad,
y la luenga sombra de la nada
no puede aniquilar mi espíritu...*

*No me condenes, Dios de bondad,
a eternos suplicios primordiales:*

*permíteme palpar humildemente
ese absoluto que mi alma anhela,
la perspicua luz del amor
y los límpidos destellos del conocimiento,
por cuyo don con tanta abnegación suspiran
mis caricias, mis roces y mis besos...*

*Sí, fui ingenuo, fui pobre,
pues creí que al llegar
al Olimpo de Atenas,
e ingresar en la Acrópolis
por la majestad de los Propileos,
y ascender al techo
que embellece el divino Partenón,
para penetrar en Delfos y en Corinto,
cuan dios pacificado en sus verdes dominios,
y resplandecer en los soles de la posteridad
como cálida cumbre del genio humano,
como ornamento, pujanza y decoro
de todo cuanto ansían
quienes todavía se alzan
sobre la fugacidad de lo terreno,
no habría de comparecer
ante el inasible juicio universal
que dispensan las manos de lo eterno,
veredicto que acontece, indeleble,
en los fueros de la Jerusalén celeste...*

*¡Cómo recordaba mi espíritu,
acongojado en esos agrios momentos
de espesas brumas de pesar y angustia,
cuando la oscuridad invadía
y anegaba mi susurrante corazón,
las palabras de la Biblia,
los escritos de San Agustín,
los consejos de los santos*

*y el testamento de los sabios:
los insistentes presagios
de la caducidad de mi vivir!*

*Luz, plácida luz deseaba,
un fulgor misericordioso,
rayo que demudara toda oscuridad,
toda sombra, todo sinsentido,
en astros de brillo ceremonioso,
en verbos templados de esperanza,
en vocablos contagiados de alegría,
en una palabra de suave amor
declamada a quien entonces padecía
un hondo miedo a descender
a abismos húmedos, enérgicos y pavorosos,
a noches de profundidades infinitas,
de cuyo denso y tremendo negror
ningún brazo de cómplice ternura
y gozosa caridad me rescataría:
a grutas de lobreguez impenetrable,
tiznadas de silencio devorador,
de sigilos inhóspitos e implacables,
de rigores que consumirían
mi cuerpo, mi alma y mi futuro,
y lentamente me asesinarían,
abrasado por la orfandad de voces
y por la ausencia de miradas,
sumido en la letal afonía
de la dolorosa e inescrutable nada.*

*¡Oh luz!, perfora mi rostro
y eclipsa mis deseos;
báñame con tu fuerza
y regenera mis sueños.*

*Acaríciame con los dedos
de la mujer más dulce y amorosa,
cuya sola sonrisa de ángel
derrame sobre los vasos de mi espíritu
el aroma de una bondad eterna,
creadora y salvífica.*

*Transfigura mi entero ser
con el rocío que asperjan tus hisopos;
redímeme del torvo egoísmo;
propicia que vislumbre la hermosura
de una verdad lúcida y desprendida,
apta para sanar mi lánguida angostura.*

*¡Muéstrame, oh luz recapituladora,
esa senda enhiesta y adulzorada
que conduce a las olorosas brisas de la paz
y nos brinda la santa pureza del sosiego!;
pues sólo quiero luz,
y ser yo mismo luz,
y sólo anhelar amor,
y ser yo con todos,
y se difuminarán mis mustias fantasías,
e irrumpirán las luminosas huestes de la plenitud
con los tambores de su atronadora valentía,
y esa oscuridad que irradia
mi mente avara y engreída,
águila que todo lo codicia para sí misma,
afanada en poseer y no en servir,
en triunfar y no en exhalar
el aliento mesiánico del amparo,
ávida de atesorar todas las dichas
y de secuestrar las llamas efusivas
que diseminan lo pulcro
y esparcen los murmullos de lo sagrado,
buscará ahora,*

*como hija de desnudo
y ardorosa discípula de inocencia,
que sus verbos y sus sentimientos
asuman el clamor divino
de quienes no pueden hablar,
ni pueden sentir;
y viviré como voz de los enmudecidos
y faz pudorosa de los atribulados,
y bendecirá mi espíritu
a quienes prefieren coger la espina
para que otros acaricien la rosa...*

*Mefistófeles: ¡Oh absurdo!,
¡oh dolor injustificado!,
el de quien teme
el intenso dominio de lo oscuro:
vuestra alma ya había conquistado
las bellas cumbres que ansía todo hombre:
vuestro corazón penetró
en ese eterno sinsentido
que es la vida, que es el mundo,
que son la historia y su hondo abismo...*

*La apariencia de lo lúgubre
esconde ecos de fruiciones sempiternas,
presagios de una pasión sobreexcitada,
rúbricas del conocimiento hermético
y de la voluptuosidad más exaltada:
la gozosa magia de lo esotérico,
las gotas de ese elixir puro y suave
que disemina el bálsamo de la fantasía,
cuya fragancia de aromas nobles
colma la olorosa copa de la alegría.*

*En vuestra alma exultaba
un dios de fuerza, claridad y belleza;*

*el fruto de vuestra creación
os vinculó a un Olimpo eterno:
¿por qué aborrecer la muerte
y renegar del sinsentido,
si la audacia de vuestra palabra
engendró, desde sedes primorosas,
toda felicidad y todo significado?*

*Vanos son los perfiles de esa luz,
salpicada de anhelos difusos,
que parecía alumbrar vuestro espíritu
con antorchas de pureza, amor y sosiego:
su resplandor soterró en vida
un hecho fatal, ineluctable, poderoso,
una necesidad de matrices sagradas,
un dictamen inflexible que gobernaría
el arduo itinerario de la existencia:
la muerte ineludible, inclemente y maldita.*

*No fuiste generosa, regia luz,
con el Goethe yacente que por ti clamaba...*

*Yo no necesito salvación,
ni arrastro nubes de nostalgia:
yo adoro la frescura y la libertad,
el aplomo, la experiencia y la valentía,
las gratas musas que protegen
la pasión, la hermosura y la sabiduría.*

*Nada ni nadie me condena,
porque yo encarno y promulgo mi propia ley
y atesoro mis metas creadoras;
me juzgo a mí mismo,
sin cumplir reglas severas.*

*Cielo e infierno
sólo invocan nombres vigorosos
que expresan el pavor arcaico
ante la profundidad de la autonomía,
ante el ardiente fuego de la vida.*

*En todos nosotros moran
los rostros de ángeles y demonios:
hemos de crecer,
debemos afirmar la voluntad
y expandir el círculo de la vida,
sin sucumbir, como agrios esclavos de tristeza,
a estériles arrepentimientos que sellan
los vislumbres de toda satisfacción;
busquemos, siempre y en todo lugar,
superar la carencia y mitigar el dolor,
para dilatar, desde cimas osadas y fervorosas,
las pujantes energías del espíritu...*

*Yo sólo alabo el deseo;
yo sólo me entrego al conocimiento;
yo sólo repruebo la negación del existir
y los ojos que exhalan amargura;
mi corazón sólo abomina
de todo ocaso que tapie los cielos de la felicidad
y ocluya los doctos ventanales del futuro;
yo permanezco ajeno a todo ser y a toda nada,
a toda mezcolanza de luces y tinieblas,
de sombras y claroscuros,
de lo radiante y lo penumbroso,
de lo frenético y lo sereno,
de lo sosegado y lo estrepitoso,
porque mi afán se concentra en vivir,
y palpita, en los delicados celajes de la vida,
el único don que bajo estos soles venero.*

*Explicadme de qué le servía
a un Dios que creéis justo y bondadoso,
saciado de un amor paternal
que derrama dulces caricias maternales,
revestido de omnipotencia y majestad,
custodiar para sí ese haz de letales secretos
que tutelan el destino de todo hombre,
y no advertiros, con honor y coraje,
sobre el horizonte que os aguardaba
en tan trágica hora,
en tan trágico día.*

*¿Quién embauca,
aquél que, honesto, ofrece
el rocío del placer ya en vida,
o unas alturas insondables
que, silentes, nos prometen
resucitar todo amor y todo deleite,
y contemplar lo imperecedero
en un reino invisible de voces celestes,
exonerado de abrazar
los coros del aquí y del ahora,
la exuberancia que teje la historia?*

*¿Por qué no os revelaron los labios divinos,
ni esas flechas de ternura y compasión
lanzadas por las diestras manos de los ángeles
para traspasar nuestros cuerpos afligidos,
que nada frisa cúspides de eternidad,
ni siquiera los pináculos del arte y de la ciencia,
pues toda luz se difumina
en vastos espacios de silencio?*

Goethe:

*¡Bien lo sabía mi espíritu
y lo intuían mis carnes flácidas;*

*constantemente resonaban en mí los ecos
del infausto Epulón del Evangelio!*

*La vida misma lo auguraba
con la ubicuidad del cambio,
con la divagante relatividad
que humilla lo terreno y confunde lo humano;
con los retazos de ese mal que entumece
el brioso séquito de nuestras acciones,
y apaga la recóndita luz de lo sagrado
con sus rayos de voracidad indolente.*

*¡Ah!, soy hijo de la ignorancia,
esclavizado por la duda,
y mis preguntas reflejan dolor,
no un arco iris de piedad...*

*¿Merecía la pena sufrir tanta desdicha
y concitar, al unísono,
tanta y tan efímera alegría,
sin degustar el cáliz de una certeza,
primicia de eternas primaveras:
mis labios habrían de besar,
en bellos crepúsculos escatológicos,
la gloria de la verdad
y la corona de la felicidad?*

*¿Merecía la pena vivir,
y ser yo mismo,
y perseguir mi propia estrella,
si jamás me despojaría
de mi irrevocable finitud,
y mi ser languidecería inexorablemente,
evaporado sin remedio
el dulce soplo de la juventud
con cada infinitésimo de tiempo*

*que transcurría irreversiblemente,
con cada instante que a la muerte
sin nostalgia me acercaba,
con paso raudo,
con temible determinación,
con maestría aciaga?*

*¿Merecía la pena vivir como sujeto,
si en mero objeto me demudaría,
diluido en ínfimas alícuotas
del vasto océano de la materia,
y mis obras se desvanecerían
como obsequios delicuescentes,
como asustadizas mariposas prófugas,
ávidas de integrarse en las mallas minuciosas
que trenzan toda cósmica armonía?*

*¿Para qué alabar los espacios de la vida;
para qué suspirar por ensayarlo todo;
para qué abrazar los sueños del hombre;
para qué afanarse en escrutar
la escurridiza universalidad del saber,
si en tabernáculos de hondura inextricable
no sentimos la plenitud de una esperanza
que, aun distante, nos aguarda,
y cuyas manos custodian
el más refulgente de los testigos,
la más fecunda de las recompensas,
ese don tan dulce, tan pujante,
tan añorado y tan esquivo:
la luz de la respuesta anhelada
que proyectará nuestra espíritu
hacia la escucha del absoluto,
y toda bella verdad nos mostrará
con su ardor más indómito y profundo?*

*¿Para qué crear,
si los retoños que ennoblecen
el tronco de mi humanidad amada
se hallan abocados a una intransigente brevedad,
a perecer en abruptas sepulturas de olvido,
y nadie leerá sus copiosas poesías,
ni respirará la templanza que exhalan sus odas,
y de nuevo imperarán,
en esas inmensas cúpulas abovedadas
que acogen muchedumbres de astros y cometas,
los desconcertantes coros de un atroz silencio,
inconsolablemente entronizado
en palacios de sitiales eternos,
sedentes, brumosos e impertérritos
ante el dolor que abate el universo?*

*La vida se reveló ante mis ojos
como un devenir incesante,
como la faz de un conflicto perpetuo
entre la fe y el escepticismo,
entre el yo y el todo inabordable,
entre el sujeto y el objeto,
entre lo humano y lo divino.*

*Mi corazón buscó con vehemencia,
en las doctas grutas del arte,
una fuente que rebosara
de áureos torrentes de amor,
hontanares de aguas puras
que saciaran mis exigencias infinitas
de sosiego, novedad y pasión,
de conocimiento y belleza,
de ternura y vitalidad,
de bondad y certeza.*

*El alma de Europa se forjó
en peregrinajes por sendas
de poder, verdad y hermosura;
fue al sondear lo humano
e implorar la recia luz de lo divino
como me convertí en quien ahora soy:
en Goethe, el contemplador.*

*No, no brota redención del arte,
ni fluye su bálsamo de la ciencia,
pues desamparan al hombre
en crueles noches de mutismo,
frente a las grises franjas de sinsentido
y la sequía de misericordia
que rigen la indolencia de este cosmos,
al cincelar, ante pupilas llorosas
transidas de melancolía y desfallecimiento,
la estatua de un áspero horizonte,
repleto de aires insumisos de ignorancia
y plagado de hegemónico vacío.*

*No sé dónde reside la salvación impetrada,
ese elixir que colme nuestros sueños,
esa mano de dulzura
que esparza níveos pétalos de luz
tallados en rosas perennes,
si en Atenas o en Jerusalén,
si en la ciencia o en la fe.*

*Me duele toda pregunta sincera,
porque sus lágrimas esconden
la profunda sombra de la muerte:
toda interpelación ansiosa, franca y abnegada
que dimane de los abismos de mi alma,
laberinto de oquedades gimientes
y dédalo de bifurcaciones ardorosas,*

*me enceguece con deslumbres de inclemencia,
pues atisbo, en inminentes lejanías
que me apocan y entristecen,
los perfiles de una tempestad fiera y solitaria,
la flagrante y desgarradora carencia
de voces mesiánicas y proféticas.*

*No existe salvación
fuera de la humanidad...*

*Pero el espíritu de nuestra estirpe
se encuentra llamado a superarse
en la entereza de un caminar perpetuo,
hábil también para abarcar
los intrigantes senderos de la naturaleza,
y así exhibir, en el templo de lo finito,
creaciones de piadosa infinitud,
la antología de todos los sueños
cobijados en el alma humana:
cielos de verdad, amor y belleza.*

*Es la luz lo que venero,
y atraen sus rayos todos mis suspiros,
porque su ser infunde libertad,
y alfombra la imaginación
con huéspedes de su flamante hermosura,
y estremece la inteligencia,
y fascina la inocencia del corazón,
y sana todo vestigio de angostura,
al desvelar un mundo de géneros nuevos,
fabuloso, noble, descollante,
a la agreste avidez de los sentidos;
sus aguas rocían nuestras mentes
con brisas de capacidad y evocación,
con suaves chorros de experiencia,
con sonoros torrentes de placer*

*que nos catapultan a lo eterno
y enaltecen las artes y las ciencias.*

*¡Sal, sal de tu nocturno refugio,
tú, vívida luz del mediodía;
abandona tus guaridas sacras
y deslumbra la faz de la tierra
con tus dardos de egregio fulgor,
con tu ardorosa llamarada,
con tu crepitante rayo de alegría!*

*Baña nuestros rostros con tu claridad,
y acaricia nuestros párpados con tu ternura;
propaga, desde los castos púlpitos de tu vigor,
la savia de la vida,
y acucia el fuego de unos pensamientos
que no se conformen con lo dado,
mas aspiren a fraguar la efigie de lo eterno,
y jamás sucumban ante la oscuridad
de esas bárbaras nubes que secuestran
la delicada flor de nuestras ansias
en afanes frágiles, huidizos y pasajeros...*

*Propicia un milagro heroico:
transfigúranos con tu poder,
convulsiona los pilares de nuestra alma
con esas pujanzas celestiales
que reverdecen los predios del universo
y nos redimen de toda soledad aciaga;
concédenos declamar, majestuosamente,
un amor
una pasión,
un éxtasis,
un fervor,
colosos de paz que reflejen lo imperecedero
en espacios inmensos y subyugantes...*

¡Repátriame a cielos de sabiduría eterna!

¡Abraza mi agonía con tus llamas vivificadoras!

¡Repara mis sueños desvencijados!

*¡Acrisola mi tímida mirada,
hoy desvanecida en horizontes insumisos!*

*¡Brotá, oh luz, de la vastedad del cosmos,
allá donde la penumbra conquista nuestra morada,
y su lóbrega fuerza aprisiona nuestro corazón,
para aposentarse su negrura en el trono de la vida,
e instaurarse el crepúsculo de las emociones!*

*¡Ah!, noche temida,
por hallarse revestida
de la más lúgubre melancolía;
mas en ti resplandece también una luz pura,
y se derraman los ecos de tu gracia eterna:
ese arco de luminiscencia que exhalan los astros,
cuyo fulgor llueve sobre nuestra vista,
mientras dedos de ángeles diáfanos diseminan
sus racimos de saetas rumorosas,
edificantes, benéficas,
amapolas divinas
de brillo incandescente, evocador e inveterado,
destellos que nos permiten dirigir toda pupila
hacia las insondables profundidades del espíritu...*

*¡Ciégame, oh luz;
repárteme tus sagradas bendiciones,
nútrame con tu hiriente hermosura
y cúbreme con tu despótica blancura!;
asomada a los balcones de tu amor y tu bondad,
todo lo observará mi alma*

*desde la belleza absolutoria
que desprende tu monocromía,
foco de pureza expiatoria,
fuente de palabra, generosidad y deseo,
surtidor de concordia que esconde
un sinnúmero de vivos colores,
una coral de gloriosas sinfonías
armadas por tintes, gamas y fervores:
una mezcrolanza aleccionadora
que vierte tonalidades infinitas,
de dulces e insólitos ardores;
y cesen ya mis anhelos,
y languidezcan mis sueños,
para que mi entero ser,
desasido de toda voluntad,
liberado de cualquier cadena,
retoño ya de ese paraíso
que ningún ojo agota
con el haz de su mirada,
contemple la verdad consoladora
que, ubicua, reverbera,
cuando nuestro ser enarbola,
en la docta fragilidad de sus manos,
la bandera de lo incondicionado;
esa tersura de gratitud ubérrima
que derrama tu radiante unidad,
cuyo soplo anega el universo
con los cálidos trazos
que bordan tu simplicidad,
con esa dúctil manifestación
de resonante y bella energía
que incorpora los dorados misterios
de la convergencia,
de una límpida,
de una inusitada,
de una santa unción de armonía,*

*nudo que entrelaza lo uno y lo diverso,
e hilvana lo sacro y lo profano
con arcanas hebras de platino,
para ahormar amor, hermosura y sabiduría,
la gloria de un alma bondadosa.*

*Se fundirá así mi tenue corazón
con el todo que me contiene y maravilla...*

*De un cielo luminoso
surgirán hondas voces de esperanza,
y encontraré el camino de la salvación
en el reino de la entrega,
en la verdad
de esta dulce pasión llamada vida...*

Voz piadosa: *Todo perece,
todo se supera;
la mayor obra del hombre sólo puede ser
el testimonio de una bondad divina.*

Voz ansiosa: *¡Cantemos hoy a la libertad y a la alegría!*

¡No nos rindamos ante el presente!

*¡Exaltemos un futuro
que labran ya hoy nuestras manos doloridas!*

*Todas las edades de la historia
nos contemplan desde sus astros olvidados
y sus púlpitos derruidos;
ansían hoy degustar
el cáliz de nuestra promesa
cuantas voces entonaron
el nombre prohibido
de lo bello, profundo y enaltecedor.*

*Las blancas alas del entusiasmo
pregonan ahora una verdad inalterable
que redimirá la soledad de nuestro espíritu,
ayer hundido en abismos de aflicción.*

*Corazones invisibles
surcan los vastos cielos de la historia,
y toda la bondad
que ha concitado nuestra estirpe
suspira por acariciar nuestro rostro
con sus hermosos rayos de luz pura.*

Hoy amanece ese himno que todos anhelaron.

*Hoy despunta ese sol eterno
que nunca más perecerá
en crepúsculos de nostalgia.*

*Hoy proclaman los labios del hombre
el recóndito secreto de la vida:
descubrir, amar y trascenderse.*

*Se desbordan ya los mares de la salvación:
caminamos hacia esa meta
que humillará la razón presente
y el sentir de estas almas heridas
por su fragilidad, su abandono y su inocencia.*

*Somos un eslabón
en el vínculo que encadena
la Tierra y los cielos;
quien busca la verdad
con un espíritu limpio
y una voluntad noble
franqueará toda frontera
y viajará a los puertos*

*de la aurora inextinguible,
a la patria de la esperanza...*

*Quien anhela crecer
y no deja de irradiar faros de ternura
a los rincones del mundo
frisa los umbrales de esa ciudad
que absorbe sueños, deseos e ideales...*

*Voz piadosa: Finos retazos de placer y blancura
peregrinan sin cesar
por esas inmensas bóvedas,
teñidas de nostalgia, apatía y soledad,
que envuelven el sagrado hálito de la existencia.*

*Su cáliz derrama corrientes de vigor
en copas enmudecidas y abnegadas.*

*Desde cúpulas místicas,
desde nodrizas de lácteas gotas
bañadas por astros y planetas,
recorridas por cometas afanosos
rezagados en las difusas esquinas
del inspirador artesanado celeste,
fluye su policromía apasionada,
aura de pulcras brisas que pincelan
el misterioso retablo de los sueños
y el dúctil lienzo de la fantasía,
mientras sus tiernos ópalos reflejan
amores pasados, presentes y futuros.*

Es la luz la verdad del mundo.

*Toda certeza germina en sus rayos multicolores,
en esa comitiva azulada, rojiza, verdosa,
elegante, diáfana, inefable*

*como la solemne sombra de un ciprés,
brioso halo de resplandores que humillan
perlas, rubíes, zafiros y esmeraldas
con sus huestes de brillantez exquisita y redentora,
y cuya belleza dispersa el espeso, el mustio vacío,
ansiosa de esparcir tersas y radiantes semillas
de lo desvelador, de lo hermoso, de lo inteligible.*

*¡Perfecta claridad que propaga
pétalos enardecidos sobre un cosmos oscuro!*

*Condensa el rocío de tu pureza
el íntimo secreto que anhelan conocer
todo corazón y todo espíritu,
todo árbitro de dulzura.*

*La materia, el silencio, el drástico olvido,
bruñen ese fulgor que enciende
el gozoso espectáculo de la naturaleza,
los espejos de luminiscencia que hoy besan la vida.*

*Basta con su tenue soplo para desencadenar
el primor, la imaginación, el prodigio.*

*Inauguran sus destellos,
ramos de rosas inquietas
titilantes en la lejanía,
una procesión de enhiestas sensaciones.*

*¡Con qué aplomo desfila
por la vastedad del universo
ese pujante chorro de energía,
capaz de despertar amaneceres dorados
y desatar la suave cólera del arco iris!*

*¡Oh poder escondido
en frágiles exhalaciones
de una fuerza desmedida!*

*Tú informas el mundo
con tu haz de entendimiento.*

*Toda inconmensurable melodía
se acompasa al cálido son de tu limpidez.*

*Toda revelación
de ese tesoro oculto
a nuestras pupilas
adopta tu lenguaje
y encarna tu sutileza.*

*Cielos de sedoso lapislázuli
presagian tu rotundo triunfo
sobre reinos umbríos, lóbregos y caducos.*

*Tú eres vida;
¡no teman nuestros corazones
tus irradiaciones de honda esperanza!
¡no rechacemos los sagrados cálices
que derraman las mieles de lo eterno!
tú destilas tridentes de simétrica inocencia
que acarician todo vértice oscuro;
tú fraguas cristales de belleza homogénea
diseminada por los remotos ángulos del mundo;
tú perfilas entusiasmo, tenacidad y dinamismo;
toda fría muerte se desvanece
cuando irrumpen los corteses silbidos
que declaman tus osados labios purpúreos,
y centellean, valerosas, esas chispas
que custodian tus fuerzas beatíficas,
parpadeantes en las recónditas provincias.*

*Relámpagos de esas bellas flores,
de esas llamaradas efusivas y nobles
que amparan el largo viaje de la luz,
peregrina hacia destinos innombrables,
musitan hoy altas, puras, densas evocaciones,
rayos que exhortan a perseguir lo incognoscible.*

*La oscuridad amenaza con emboscarnos
en sus redes ásperas, desidiosas y aciagas,
transidas de fatalidad y atroz desencanto;
pero la luz no desiste de agraciarnos
con ese futuro de fervor que nos aguarda
allá donde pervivan expectantes lontananzas,
hijas de horizontes invisibles.*

*Ignotos crismas nos ungen
con su bálsamo de bendición:
durmamos ahora,
huéspedes de serenidad y melancolía,
piadosos ante la noche;
habrá de ser mañana,
en los sinuosos dominios del alba,
al despuntar el imperio de la recia luz,
cuando vislumbren nuestros ojos
amables y delicados atisbos
de esa morada infinita, impávida, sincera,
que reverbera en la profundidad de la distancia.*

Todo lo posible es vástago de la luz...

Voz de gratitud: *Que huya del alma del poeta
toda sombra de aflicción,
pues sólo los dedos de un hombre
destinado a acariciar el índice divino,
llamado a alcanzar, al regio unísono,
la cima de Atenas y el apogeo de Jerusalén,*

*las cumbres de lo glorioso y de lo esquivo,
lograría consumir una senda tan humana,
mas imbuida, en todos sus poros e intersticios,
de cálidos soplos celestiales,
del más hermoso amor hacia la vida.*

*Emulasteis a los ángeles
en potencia y sabiduría,
e iluminasteis a los hijos
de la noble stirpe humana
con antorchas saciadas de fervor,
con llamas de sentimiento, honor y valentía;
en vuestro arte reflejasteis
esa verde y dorada imagen
que estampa anhelos ocultos
de felicidad y de alegría,
gratos presagios de belleza, esperanza y vida.*

*¡Oh alma de Alemania,
espejo de perpetua juventud
y rayo de ansia indómita!*

*Sólo un ángel de amistad,
sólo una estrella descendida desde el cielo
para revelar lo que sienten los dioses,
podía culminar, con barnices emanados
de un entendimiento que sangra en corazones
inundados de silencio, hondura y soledad,
esa enciclopedia de lo humano
plasmada en vuestro Fausto eximio,
en la cúspide de vuestras obras inmortales,
en ese catálogo de las más piadosas inquietudes
que circundan el espíritu del hombre,
repertorio de los enigmas recónditos
que nutren las semillas de toda fantasía...*

*Concluisteis vuestra más indescriptible épica
 poco antes de abandonar
 la angostura que menoscaba el mundo,
 cuando las alas de vuestro espíritu
 se palpaban anegadas
 en oscuridades terribles
 e inenarrables dolores invictos;
 sólo un devoto hijo del Dios arcano,
 del creador del amor supremo,
 de la belleza inmaculada
 y de todo amable rui señor
 que bendiga cielos entristecidos
 con ágatas de dulzura deslizadas
 desde los nítidos manantiales de la vida,
 imploraría ardorosamente,
 en la gravedad de su lecho mortuorio,
 acosado por zumbidos de temor
 que auguran la clausura del espíritu,
 la más vigorosa de las luces,
 ese don que derraman los pechos
 de lo profundo, sagrado y eterno,
 cuyo terso haz de átomos puros
 nuevamente insuflara,
 en las frágiles depresiones de un alma
 sitiada por irrevocables sufrimientos,
 la límpida frescura de la vida
 y la áurea magia del deseo.*

Voz piadosa: ¿Cuál fue la mayor obra de Goethe?

*¿En qué creación de su espíritu
 accedió a resplandecer,
 investida de su más imponente hermosura,
 la solemne huella de su genio,
 la rúbrica de su pasión desbordada?*

*En su vida, en su sentimiento, en su corazón,
en su entrega a traspasar todo límite
que detenga la aventura de la historia;
en la transparencia orlada a esas palabras
de corolas bellas, inmortales y redentoras.*

*Selló su vida su creación más sublime,
pues en los graves iconos de su luz
ha manifestado a nuestros ojos
cuán cerca se halla el hombre
de la esfera de la divinidad,
del alabado parnaso que sustenta
astros de medida, felicidad y amor.*

*Ese andar, puro y flamígero,
que dimanaba de vuestra alma,
impulsado por vientos aligeros
en las húmidas frescuras del alba,
sacudía las faldas del Olimpo
y socavaba las laderas del Carmelo,
derruía los pilares de Hércules
y ensanchaba las fronteras del universo;
estremecía el pudor de cielos elíseos
y acongojaba paraísos turquesados,
para abrasar la cúspide del firmamento
y avivar la ferviente llama de lo sagrado...*

*¿Cuándo se alzó, en la historia humana,
un torrente análogo de sentimiento,
un río tan magno, indómito y pujante
como el que vuestro ser exhalaba:
esa corriente virginal y atronadora
imbuida de fuerza sobrehumana,
hambrienta de universalidad
y de beber el cáliz de lo desconocido,
que sobrecojía a los santos*

*y a los doctos deslumbraba,
ansiosa de aplacar a las deidades
y de horadar la colosal muralla
que nos separa de lo eterno y anhelado?*

*Las aguas desprendidas por un corazón
ávido de besar los arquetipos del cielo,
la honesta morada de la perfección,
franqueaban delicadamente,
desde hondos pedestales de firmeza
y nubes sedientas de entendimiento,
el immaculado pórtico de la gloria,
cuya luz esclarece la verdad
y la paz del genuino amor revela
en su más íntegra y generosa belleza.*

Coro de ángeles: *No temas ascender,
hermosa tórtola embriagada
por la dulce luz del cielo.*

*Allí te esperan maravillas
que no presagias;
tu alma gemela
es tu poder para expandir el espíritu...*

*

Los ojos de Goethe sólo contemplan totalidad. Para su espíritu, ninguna parcela del reino de la vida resplandece desligada de ese engarce firme con lo universal. El Dios de Spinoza se halla presente en el suntuoso jardín del mundo, cuya copiosa luz brilla sobre todas las provincias de lo real. Ese Goethe extasiado ante la unidad de la naturaleza que codicia, en la ciudad siciliana de Palermo, descubrir el arquetipo de la planta primordial, de la *Urpflanze* desde cuyas raíces brotaría el sublime árbol de la flora planetaria, personifica un anhelo indómito y avasallador, una voluntad que vuelca todas las energías del alma hacia la veneración de lo universal. El Goethe que investiga los orí-

genes la geología del basalto y se opone a las teorías vulcanistas de Leibniz suspira, con denuedo, por encontrar el *Urphänomen*, el fenómeno primigenio que habría suscitado el vasto desarrollo de todos los resortes de la Tierra. El Goethe que examina los huesos intermaxilares de los vertebrados clama por identificar el vínculo robusto que hermana al hombre con el resto de la naturaleza. Todo atisbo analítico, todo empeño racionalista e ilustrado por descomponer lo complejo con la intención de alcanzar sus átomos últimos o la enumeración de sus mónadas primarias, toda tentativa análoga a la enarbolada por Linneo para clasificar el gigantesco catálogo de las formas naturales desde una taxonomía supeditada a órdenes cuidadosos, se enfrenta a ese deseo hondo, lírico y bello de vislumbrar, en cada frágil y virtuosa brizna del mundo, la libre totalidad del ser. El espíritu de finura absorbe, despótica pero creativamente, toda sombra que exhale el abnegado espíritu de geometría. Ciencia y metáfora entreveradas en el alma de un poeta que ama el universo, y para quien la calidez del sentimiento ha de preponderar sobre la frialdad de la razón...

Goethe no podía consagrarse, de manera franca, a la aventura de la ciencia, al menos en su acepción moderna, porque se habría visto obligado a calmar su sed de universalidad con aguas parciales, tibias e inhóspitas, con meros espejos que tan sólo reflejan destellos imperfectos y ofuscados de esa armoniosa concordia cuya luz bendice el cosmos. Incapaz de asumir ese sano espíritu económico, esa heurística disgregadora que se había mostrado tan crítica y fructífera en el trabajo de Galileo (y más tarde en la obra de Helmholtz), epígono proficuo de la célebre navaja de Ockham; deliberadamente contrario a someter esa prolífica onda efusiva que vivificaba sus indagaciones sapienciales a las doctas, pertinentes y acotadas fronteras que delimitan y propagan la empresa científica, en Goethe posaba sus alas el ángel de lo universal, cuya luminiscencia engloba toda porción del mundo y la integra en la inabordable totalidad del ser. Sólo un destino injusto le habría prohibido amar lo universal, y lo habría forzado a verter todo su ímpetu insumiso hacia la elucidación de cuestiones concretas e insatisfactorias, hacia el esclarecimiento sistemático de islas de saber inconexas, impermeables a ese apetito inextinguible de totalidad que tiranizaba, con barnices de hermosura y retozos de juventud, la inconmensurable alma de Goethe.

Perseguir en todo trazo del mundo la huella de lo universal, escudriñada *sub specie aeternitatis*, agota, y secuestra esa meticulosidad loable, proficua y estratégica que exhorta al científico a acometer la disección entomológica del esponjoso cuerpo de la naturaleza. Las filigranas microscópicas resultan siempre interesantes, pero su estrechez nos impide degustar la belleza del bosque que se yergue ante nosotros. Para Goethe, en toda estructura material cristaliza la morfología de un símbolo, la plasmación de una configuración inteligible y teleológica que evoca la signatura de ese Dios-cosmos aposentado en cada minúscula fracción de lo real. Esa alternancia de sístoles y diástoles que impulsa la sangre humana se perfila también en el movimiento universal de la naturaleza, en la concatenación de sucesivas expansiones y contracciones que acontece en los ciclos de las plantas en crecimiento, como si el viviente se afanara primero en conquistar el mundo y en acariciar la infinitud para después retirarse, para recogerse en los cánones de su exuberante soledad, para ensimismarse, émulo de un muelle que se sirve de su carácter retráctil. Goethe, alma gemela de Schelling, de Hegel y de todos los románticos honestos, oído inocente que ansía escuchar cómo la naturaleza le comunica, sin la intermediación de lesivos instrumentos experimentales que torturen la simplicidad del cosmos, sus más bellos y lípidos secretos; Goethe, heroico antagonista de una visión del universo triunfante, inspirada en el mecanicismo newtoniano; Goethe, ávido de formular una *Weltanschauung* que concibiera el mundo como un grandioso organismo en constante mutación hacia su meta final, ¿no encarnó a uno de los últimos espíritus verdaderamente universales? ¿No reverberaba en su rostro esa estrella fulgurosa que apremia a los vástagos de la humanidad a implorar el conocimiento de lo absoluto? Sí, un monumento al hambre de totalidad que aflige a ese Fausto que habita en todos nosotros caminó sobre la faz de la Tierra con el nombre de Goethe...

La fragmentación de la realidad, incentivada por la ciencia y auspiciada por la técnica, el alzamiento de fosas demasiado profundas y de murallas inexpugnables entre los ámbitos de la naturaleza y del espíritu, entre las esferas de la materia y de la mente, entre los círculos de lo objetivo y de lo subjetivo, rubrica la victoria de la ciencia, pero también sella el entristecedor fracaso de la exaltación poética de la naturaleza. Un mundo desmitificado se cierne sobre nosotros. Esa noble admiración romántica que encumbra y alaba las maravillas del universo, rayo tan puro, diáfano y dulce que parecía eclipsar

toda percepción de lo oscuro y toda vivencia de lo doloroso bajo el suave manto de una luz virginal, delicada y perpetua, languidece ante una razón que escruta y multiplica los más íntimos arcanos de la realidad. Sólo en la imaginación, sólo en ese bello y frondoso vergel cultivado por las sufridas manos de los hombres y emancipado de las cadenas causales que teje la naturaleza, discernimos todavía espacio para la libre expresión de la búsqueda de instancias trascendentes a la fiera necesidad que preside el mundo. Ese sueño indoblegable de cuyas promesas el corazón de Goethe se erigió en epítome ilustre se recluye hoy a los recónditos dominios del arte y de la filosofía, pero su horizonte quizás se revele aún infinito...

XXII

Una ciudad desconocida

Vasto, vasto es el escenario que me envuelve: vastos son los cielos, vasta es la tierra, vasta es la profundidad que soporta el peso de mi espíritu, vasta es la historia, vastos los caudales por cuyos dominios discurren la creatividad y el tesón humanos, y vasta la altura a la que aspira ese ser ansioso que tiembla en mi interior. Todo es vasto, y mi pequeñez me atormenta. Me aterra siquiera pensar en la amplitud de mis deseos, porque mi voluntad se revela más vasta que mi fuerza, y la conciencia de todas las verdades que ignoro, así como de toda la belleza que aún he de contemplar y que todavía debe ensanchar mi pensamiento, me aflige hondamente. ¿Por qué ha de alzarse ante mí un mundo dotado de tanta vastedad, un universo que por igual permea los tenues recovecos de mi alma y las recónditas esquinas del firmamento con el hermoso y perfilado éter de sus leyes, de su inteligibilidad, de su elástica armonía; con ese diseño tan sutil, con esa planificación tan sofisticada, semejante a la de un jinete que cabalga sobre un corcel bravío cuya entera silueta caracolea de modo límpido, sagaz y mesurado? ¿Por qué, en definitiva, he de visualizar este mundo, dueño de un orden impreso por poderes que ninguna mente ha llegado nunca a comprender en su integridad, si todo cuanto yo represento, si todos los destellos que mi nombre evoca, si todo lo que logra conquistar mi corazón, palidece inexorablemente como una entidad minúscula, presa de la más agria finitud, encadenada a esos grilletes tan dolorosos y arcaicos que imponen el aquí y el ahora, el misterio insondable e inveterado que forjan el espacio y el tiempo?

¡Cómo suspiraría por liberarme de toda dimensión, de tal manera que lo vasto se me antojase exiguo, tan suave y amable como esas remilgadas

pompas jabonosas cuya aprehensión endulza la delicadeza de nuestra mano, o como la observación de esos cometas rutilantes que se desvanecen, huidizos, refinados, indescritiblemente bellos, en algunas noches mágicas que la naturaleza otorga a nuestro anhelante y ardoroso espíritu! ¡Con qué fervor sueña ese arcano que habita en mí, esa fuerza tan profunda y tan libre, esas alas que embellecen la atmósfera de mi alma con su revoloteo pujante, cándido e imaginativo, con dilatar al máximo el placer que me transmite el deleite de lo efímero, con la pequeñez tan cálida y enaltecedora que descubro por doquier, con la rúbrica irradiada por los rayos de ese sol de esclarecimiento que no cesa de amanecer cuando entrego mi fantasía y mi capacidad de gozo a lo que no es vasto en su materia, a lo que no es vasto en su espacio, a lo que no es vasto en su tiempo, a lo que no es vasto en su energía, pero es vasto en su idea y en su enseñanza, en ese brío inefable y purificador que alcanza a inaugurar ante mis ojos, y cuyo embrujo inolvidable penetra con encanto, color y juventud en las dúctiles entrañas de mi espíritu!

Se agolparán las sombras espectrales de mis deseos. Con fragor llamarán a la puerta de mi intelecto, y me encandilarán con su enigma, con ese floreciente hechizo que exhala su profundidad, su belleza, el hecho de que encarnen la eterna maravilla del saber, del aprendizaje: del renacimiento que experimenta toda criatura cuando se somete a una experiencia nueva y enriquecedora; cuando se expone a una verdad antes desconocida; cuando comprende lo que antes, atrapado por aciagas tinieblas, permanecía en la íntima morada de su entendimiento; cuando la adusta oscuridad se convierte en una luz que inspira amor, pasión por la vida, por el desafío y por la superación... Sí, no desistirá de tentarme una ambición abrumadora, un anhelo brumoso y desbocado de sabiduría: el ansia de bucear en todos los mares que albergan el tesoro del conocimiento, y de ser bautizado con todas las aguas frescas y dignificantes que contienen el secreto de la felicidad... Mas ¿de qué raíces brotan los tallos de la felicidad? ¿En qué estriba su esencia, sino en esa satisfacción imponderable surgida al desgarrar velos que antes ocultaban dones inaccesibles, para así degustar, con una fruición que ninguna palabra refleja en su sagrada plenitud, la sustancia de ese cáliz divino que custodia la más sublime mística del pensamiento y de la erudición?

No existe tregua para mi alma: “lánzate a escrutar las sendas del saber y a recorrer los esquivos caminos del mundo”, declama una voz de incierto ori-

gen. Mi espíritu implora esa hora, seguramente lejana pero indudablemente bella, bajo cuya brillantez resplandezca el reposo, el sosiego, la inasible paz que lo redima de su angustia, de su avidez, de su irresolución. Sólo cuando la fuerza incognoscible que guía mi alma se compadeciera de esta tensión, de esta amargura, de esta agitación tan estremecedora que me sacude sin piedad, conseguiría por fin venerar la belleza de la vida y amar toda verdad, ahora ineluctablemente sujeta a la indefinición, a la provisionalidad, al desencanto. Sólo cuando aprendiera a alabar la valiente hermosura de lo efímero y a disfrutar de esas caricias imperceptibles que procura toda parcela de la vida, así como a dejarme caer, con serenidad y agradecimiento, en todos los brazos tiernos, generosos y sinceros que me ofrecen su sencillez para sanar, desde tronos de primor, las complejidades que invaden mi espíritu y lo inundan de zozobra, angostura e inquietud, franquearía la muralla más robusta, elevada e inclemente: el reino de mi egoísmo. Sí, sólo entonces crearía mi espíritu la obra más bella, más auténtica, más humilde y poderosa; sólo entonces se bañarían mis afanes en las aguas transfiguradoras de una novedad libre y abnegada, y con coraje y delectación se hundirían en el indescifrable océano de la felicidad...

¡Oh humanidad!, el Reino de Dios está cerca porque siempre ha vibrado una llama de bondad en el corazón: siempre han estado ahí el hombre y lo que ha de superar al hombre; siempre ha vislumbrado el universo el alba de un espíritu puro...

Voz de gratitud: *Viene a mí la vida:*

*un haz de perfectos rayos me acaricia
con luces que sellan todo dolor y todo olvido...*

*Derrocha la naturaleza
fuerza, aplomo y novedad;
desciende ese crepúsculo
que entierra los ecos
de todo dios ya fenecido...*

*Amanecen auroras nobles,
ansiosas de desplegar
mañanas alegres y creadoras...*

Voz nostálgica: *El Sol te ama,
la noche te bendice
y la vida te sonríe.*

Todo irradia luz ante tus ojos.

Gozas del alba y sueñas al ocaso.

*Todo se muestra bello para tu corazón,
un mediodía perpetuo que te llena
de inmarchitable juventud
al son de corteses cantos trovadorescos.*

*Mas sabes que también te atrapará
una flor oscura y dolorosa,
hija de aflicción, polvo y silencio,
deshojada de los atisbos
de esa brisa salutífera
que hoy renueva tu rostro.*

*Has de sufrir,
pues la vastedad del ser
integra también la nada.*

*Tú ansías pensarlo todo,
sentirlo todo,
imaginarlo todo;
tú deseas degustar
el vino que dulcifica todo cáliz,
y anhelas contemplar
todos los cielos del universo.*

*Vive, ama, entiende,
pero no renuncies al sacrificio,
a la tribulación,
a la amarga espera:*

*más fascinante despunta
esa luz intercesora
que mistifica la vida
con el aplomo de lo desconocido...*

*Eres y no eres,
poder e impotencia
vertebran tu cuerpo
y tonifican tu alma;
en ti confluyen
los sonoros ríos de la vida
y los mudos arroyos de la muerte;
pobre se revelaría el espíritu
ajeno a todo vestigio,
a toda exhalación de la nada;
triste y gris se nos antojaría el mundo
si no lo rozaran los rayos de lo incognoscible
con sus despojos inefables,
brillo de estrellas fatigadas;
ciega sería la epopeya humana
sin la ardiente vocación de unir
el ser con la magia de la nihilidad,
lo posible y lo imposible,
los recios nudos que enlazan
las cadenas del individuo y de la historia...*

Athanasius: *Una ardua batalla se libra
en lo profundo de mi corazón,
más allá de mundos perdidos
y paraísos ancestrales.*

*¿Lograré contemplar el orden supremo,
la sublime arquitectura de sus leyes,
la divina geometría del universo,
que baña el cosmos
con gotas puras de su inteligibilidad?*

¡Oh pincel glorioso!

¡Oh razón suma que se yergue detrás de todo devenir!

¡Oh rostro invisible de lo eterno!

*¿Añadirían mis manos
un solo ladrillo
al infinito templo de tu sabiduría?*

*¿Cómo podría la fragilidad del hombre
ayudarte a construir ese monumento
que desafía nombres, poderes y espacios?*

*¡Oh ley de leyes,
ser del ser,
fondo y vértice del todo!*

*Humíllame,
porque es dulce esta tortura,
este anhelo inextinguible de penetrar
en las moradas de lo incognoscible.*

*

¡Hosanna in excelsis! Athanasius cree ya percibir la respuesta final a sus dudas, a sus preguntas, a sus ansias... ¡Gozo eterno de quien intuye su eterno afán colmado, rebasado y sublimado! Del más humano y divino de los poetas alemanes, señor del arte y espíritu universal; de quien galardonó a la historia con un hálito de hermosura que nunca se desvanecerá, al plasmar en sus obras los misterios y las más íntimas emociones del alma; de él mismo, de Goethe, de quien aspiró a conocer los arcanos de la naturaleza y del corazón para contemplar los densos abismos de lo humano; de él, clásico y romántico, venerador de lo antiguo y Prometeo que encendió la cautivadora antorcha de lo nuevo, es de quien nace el ejemplo más decoroso de una vocación creadora: el ser humano vive, ante todo, para admirar una luz que lo excede.

¡Con qué delicadeza vislumbró Goethe la totalidad, el ser y el devenir, lo eterno y lo finito, lo humano y lo divino! Su vida entera se reveló como un continuo atisbar la huella de lo infinito en lo finito, la influencia de lo eterno en la fragilidad del mundo. Y él halló ese trazo en la belleza suprema del arte y en la nívea armonía que exhala lo poético: en la grandiosidad de la creación. Goethe *creó*: inauguró un mundo seminal que complace apetencias inmortales, un reino cuyos frutos siempre nos aleccionarán, al enseñarnos que, pese a todo eco oscuro, se eleva en nosotros la humeante llama de lo absoluto e incandescente. El propio Goethe le ha confesado a Athanasius que no se alza en Atenas la cima ansiada por su espíritu, porque ni el arte ni la ciencia saciarán nunca sus ambiciones más nobles y hondas. Él, que había escalado laderas incorpóreas hasta coronar la cumbre del Olimpo, y cuya alma había degustado las *ipsissima verba* de los antiguos dioses, de Zeus y Poseidón, de Apolo y Afrodita, de Hera y Artemisa, de igual a igual, como dios de lo humano, como humano deificado; él, conquistador precoz, en la brevedad de una vida, de esa *theosis* suspirada por todo hombre; él, fue él quien exhortó a Athanasius a buscar no en Atenas, sino en la Jerusalén celeste y en sus ascéticos umbrales, toda visión de premoniciones dulces y beatíficas.

Sin embargo, fue también Goethe quien aseguró que ni siquiera la fe, ni siquiera la reconfortante certeza jamás verificada, ni siquiera el hecho de discernir amparo en voces melifluas que prometan salvación y rediman el sentimiento, satisfaría por completo el anhelo más profundo que alberga la estirpe humana, porque en esta carencia radica el problema fundamental que nos aflige: en ignorar la naturaleza última de esa luz que imploramos; en perseguir un don sin saber en qué consiste; en yacer como siervos encadenados a los lazos de un deseo infinito...

Goethe: *¡Despunta ya tu luz,
pura, noble y bella,
oh apoteosis final
y eterno espejo
del alma desbordada
por el ansia de libertad,
por la pujante llama
de la hermosura,
el amor y la sabiduría!*

Voz piadosa:

*Todo se fusiona y todo conspira;
todo en la Tierra frisa con el cielo,
y en toda palabra late un deseo:
todo en el mundo refleja armonía.*

*Guerras, plagas, pestes y apostasías,
atroces silencios y hondos anhelos
ascienden a la fuente de lo eterno,
vano nombre de la sabiduría.*

*¿No evoca el mundo equilibrio y medida?
¿No fluye hacia su calma todo río?
¿No contempla todo ojo su hermosura?*

*¡Oh camino inexorable y sombrío!,
epifanía de creación pura,
libre y necesario, ardiente y bravío.*

Voz ansiosa:

*Huye, blanca paloma de esperanza;
coronarás, ¡oh grácil mensajera!,
lívidas estrellas de luces fieras
que saludan tu anhelo y tu pujanza.*

*Tú, la imagen más pura de alabanza,
flor alada que vence la certera
lejanía como audaz primavera,
¿borrará tu hechizo la atroz venganza?*

*Si eres tú la hija de sueños perdidos
en el franco altar de la fantasía,
limpie tu pecho mi espíritu herido.*

*¡Vuelve a mí, renueva mi entristecido
corazón con tu amor y tu alegría!
¡Sella el dolor y acoge lo vivido!*

*

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos, y no quisiste!” (Mt 23,37)... Las lágrimas de todos los grandes profetas corren hacia tus murallas, ciudad tres veces santa, ciudad insondable, ciudad que condensa el conmovedor suspiro humano por abrazar a Dios con ternura para resucitar al son de su amor jamás marchito. Desde tus enhiestas rocas se elevan hacia el cielo los carros alados de cuantos han concebido un mundo nuevo en el trono de su imaginación: los transportan las más hábiles cuadrigas, capaces de maravillar las estrellas con mayor aplomo que el auriga de Platón... Del monte de tus olivos se destila el aceite de la vida, de la fantasía, del sueño volcado hacia el primor de lo inescrutable, hacia esas alturas que anhela todo corazón profundo y herido por la fugacidad de toda alegría sobre esta tierra. En el esplendor de tu templo, hoy mutilado, hoy testigo de glorias pasadas y demoliciones inclementes, hoy símbolo de la inexorable decadencia de toda empresa humana, hoy mar que recolecta los frutos de nostalgias inveteradas, hoy rúbrica de lo esquivo de la historia, hoy signo del misterioso tránsito de los tiempos (cuyo alcance excede el poder de nuestra razón y nos anega en abandono en temor, en desazón inmisericorde ante la muerte de tantas almas bellas que profesaron fe en lo eterno), se refleja lo incomprendible de la existencia humana. En sus lamentaciones, calcificadas en piedras silentes y engeguécidas, yace la tristeza de toda la humanidad, y fluye el llanto de todos los espíritus...

En tu Gólgota, el Sol pujante y fervoroso contempla cómo la humanidad rinde el más hermoso tributo al amor, a la belleza y a la sabiduría. La ceniza de tus maderos carbonizados se ha difuminado ya en la vastedad de la atmósfera: vivifica hoy la inabordable fecundidad de la naturaleza. Un Dios crucificado, nos dicen, pendió de uno de esos árboles humedecidos de calumnia y oprobio, sobre cuya ignominiosa fuente de dolor condenaban los romanos a los más viles criminales y a los más desconsolados inocentes, víctimas de la injusticia y del desamor que impregnan el espíritu de los hombres. ¡También hoy crucificamos, sobre la madera de la historia, los ideales de amor, de belleza y de sabiduría! ¡También hoy expira de agonía, y profiere gritos angustiosos de soledad, todo aquél que sufre el desamparo de una humanidad rota y egoísta! ¡También hoy perece el amor sobre escenarios infames! Pero

también hoy resucita la grandeza humana; también hoy se entonan cánticos eternos; también hoy siente el corazón del hombre la plenitud; también hoy se llora ante la belleza y se gime ante el dolor; también hoy se descubre la fascinante variedad del universo; también hoy se abre nuestra alma al horizonte de la creación... ¡Oh sí, luz verdadera, destello que jamás cesará de iluminar nuestro corazón, fulgor que aviva la voluntad y estremece el pensamiento! Tu llama se enardece en Jerusalén.

Jerusalén, Jerusalén, mis ojos alaban la magia y el misticismo que envuelven tu figura, mientras mi corazón venera en sigilo el mensaje más íntimo que tú evocas, uno de esos rayos que perforan el tabernáculo de cualquier alma sensible. Pues qué hermosa y sublime utopía es el cristianismo, la creencia de que todos somos hijos de Dios, todos, sin distinciones entre razas, culturas o talentos, como miembros de una sola familia que peregrina por esta tierra inhóspita y jubilosa al unísono. Pero la ciencia nos enseña que somos retoños de la naturaleza; ¿acaso es divina la naturaleza? ¡Oh cielo de la verdad que me observas desde distancias infinitas, ojalá todos fuéramos hijos de Dios! ¡Yo quiero ser hijo de una bondad que nos redima, y ojalá brotaran nuestro cuerpo y nuestro espíritu de los pechos invisibles de la divinidad, como un rocío seráfico descendido de lo eterno! ¡Ojalá amaneciera la aurora cristiana y fundiese toda desdicha con su luz incorruptible!

*

Athanasius se encuentra ya en Jerusalén, donde el ardor de su mirada raya piadosamente el cielo. Después de pisar los umbrales de la élisea urbe celeste, pero antes de comparecer ante la morada del juez sumo, protegido por su Paráclito, sin haber aún inhalado el aroma resucitador que exhala lo eterno y esparce la fragancia de lo absoluto, Athanasius se topa con un santo. Viste una hermosa túnica, bordada con un conjunto de trazos luminosos que componen la insignia *IHS* (“*Iesus Hominum Salvator*”). Es Ignacio de Loyola...

San Ignacio: *¡Proceded, firme y gozoso!*
 ¡Proseguid, hijo mío amado,
 en la contemplación y en la acción!

*Pocos corazones han asumido
el heroico deseo de fundir,
en el hermoso crisol de la vida,
el inefable fuego de la fe
y la sólida roca de la razón,
de la ciencia, de la sabiduría.*

*Vuestra alma ha recorrido
con ardor todos los mundos;
ha surcado la universalidad
que rige el entendimiento,
y con pasión ha penetrado
en ese cosmos inasible,
morada de los sentimientos.*

*Las naves de mis hijos
bogan por mares lejanos;
vislumbran sus ojos puros las más recónditas naciones
que componen la textura
de nuestra admirada Tierra;
pero la magia del intelecto
perfora los arcanos siderales
y revive las glorias pretéritas;
todo evoca misión,
de Roma a Alemania,
de Jerusalén a la India,
de Loyola a Veracruz;
en todo vibra ese anhelo
de difundir la sagrada luz
de la fe y del Evangelio.*

*Dios y el hombre,
el Dios humanizado
y el hombre divinizado,
el amor descendido
y el dolor hecho carne,*

*han impulsado vuestro espíritu
hasta proclamar,
desde la aurora de labios contritos,
la belleza de un fervor invisible
en la fugacidad de la existencia;
merece ahora vuestro ser
el perpetuo descanso
de quien en vida ansió
los rayos del reino celestial.*

Athanasius:

*Sólo proclamaré,
obediente a la máxima
del santo padre Ignacio,
cuyo fulgor ha orientado
los afanes de mi existencia,
“ad maiorem Dei gloriam”,
meta de mi servicio;
“et sapientiam hominis”,
brújula de mi acción:
el anhelo de glorificar
a esa mente eterna,
solemne y omniabarcadora,
cuyo hálito dorado
en todo vibra y reverbera,
como fragancia que esparce
aromas doctos e inextinguibles,
fervorosa llamarada
de limpios reflejos aureolados;
emblema que tonifica,
desde estrellas apasionadas
y emociones infinitas,
la arquitectónica del universo
y el copioso brillo del firmamento;
esa inteligibilidad que subyace
a los dominios del espacio y el tiempo;
esa unidad profunda y ancilaria*

*que todo lo hermana
con hermosos lazos de terciopelo,
y cuyas manos saciadas de piedad
tallan el inacabado templo
del corazón humano;
esa mutua dependencia
de la materia y del alma;
esa síntesis suprema
de todos los opuestos;
esa armonía presagiada
entre la naturaleza y el espíritu;
esa superación constante
del ser por sí mismo;
esa capacidad incesante
de trascenderse
y maravillarse,
impresa en ecos
de perenne resonancia;
esa “ulterioridad”
que en todo late,
gime y canta;
ese poder creador
de cuyas grutas manan
las delicadas fuentes
de la belleza y de la vida;
ese sentimiento inefable
que nos embarga,
con dulzura y alegría,
cuando unos brazos tiernos
nos acogen y exaltan,
y una voz noble,
hija de esperanzas no fenecidas,
nos revela la infinitud,
aun en lo finito,
la antorcha de la plenitud,
aun en lo esquivo,*

*la flor de la juventud,
aun en lo ya marchito;
esa vocación irrenunciable
a viajar más allá
de nosotros mismos,
para que el cosmos inaugure
escenarios desconocidos,
donde arda la incesante llama del amor.*

Voz extasiada: *¡Ya se iza, augusta,
la bandera de la valentía
sobre las colinas del alma!;
¡ya se embarcan los navegantes
que anhelan descubrir el cielo,
y sucumben los muros de la desesperanza,
preñados de evocaciones desazonadoras!*

*¡Qué bella esta primavera,
esta constelación inabarcable
de ilusiones, deseos y promesas!;
¡qué sublime el día
en que desciende la voz
de lo profundo,
de lo eterno,
de un firmamento inagotable:
el sagrado eco de la sabiduría,
para anudarnos
a la gran cadena del ser
y vivificarla con un soplo nuevo!*

*

Una disyuntiva fundamental escinde el espíritu, el amor y la pasión del hombre: ¿qué somos, polvo del universo o hijos de Dios? La ciencia apunta a la primera opción; la fe y el sentimiento religioso se inclinan por la segunda. Una vía media consiste en afirmar que nuestra materia emana del vasto barro

del cosmos, pero nuestro espíritu surge del bello soplo creador que Dios exhala. Quizás quepa una tercera posibilidad: encapsulamos el mundo en su encaminamiento hacia lo divino...

No ansiará ya Athanasius ni Atenas ni Jerusalén, esa dialéctica invencible que sume nuestro espíritu en una férrea y avasalladora angostura, sino una ciudad por ahora ignota, porque no sabe si cree o no cree, si conoce o no conoce, si ama o no ama: sólo entiende que vive y anhela. En esa urbe misteriosa brillan al unísono la sabiduría, la hermosura y el amor, triángulo divino, triunvirato sobrenatural, trisagio ennoblecedor en cuya esencia reverbera la tierna llama de la plenitud, al resplandecer por igual la gloria de Atenas, la magia del Renacimiento y el éxtasis del romanticismo. En estas épocas doradas de la historia, el objeto del ideal amoroso trasciende las divergencias entre sexos. Sólo integra, sólo converge, sólo busca belleza y bondad, y no le importa qué figura específica adopte el verdadero rostro del amor. Es el amor de Platón, de Miguel Ángel y de Lord Byron; es un amor universal que acoge toda diferencia humana con los brazos de una unidad más profunda, natural y espiritualizada, armonía de interioridad y exterioridad, espejo de concordia que no distingue artificialmente, pobremente, limitadamente, sino que en todo se afana en vislumbra la huella de una grandeza divina, en cuyo seno percibe pálidas imágenes de una síntesis perfecta de hermosura, sabiduría y amor.

El lenguaje no aprisiona estas realidades, pues nunca se reducirán a una trinidad de vanos bálsamos proferidos por la belleza seductora de los verbos, de los nombres y de los adjetivos, ni a meras ilusiones atrapadas en la espesa tela que lentamente hilvana el encanto de las palabras: vibra un exceso de pensamiento y una desmesura de emoción en la pureza de esas piadosas intuiciones, y los vocablos jamás capturan su corazón más profundo, porque colinda con lo inefable.

No temamos las contradicciones, el vigor de la negación que reverdece el universo al son de cada mediodía: hemos de venerar la existencia, su libertad y su fervor...

Y en la cima de sus esperanzas, acompañado por el vasto y ardiente firmamento, pronuncia Athanasius sus reflexiones finales:

Athanasius: *Espíritu infinito que ahora me envuelves,
luz sapiencial sin rostro ni nombre:
me has hecho vagar
por mundos insondables;
con el fulgor de la inquietud
has sembrado en mí pasión
por lo aún no imaginado;
desde tronos celestiales
me has revelado
la más bella de las fuerzas:
la llama del deseo.*

*

¡Ya asciendo con vosotros a la montaña más hermosa, amados míos! Yo no he escalado ninguna cima, y por ello no he tenido que descender para llegar hasta aquí. Tan sólo he permanecido junto a vosotros. Os he escrutado íntimamente y me he familiarizado con todos vuestros anhelos. Os conozco mejor que ningún dios. Os he visto nacer, crecer, morir y resucitar en infinidad de deseos, sueños e ideas. He caminado con vosotros hasta los confines del mundo, y también me he fascinado ante la belleza serena de las noches más puras y brillantes. Yo no tengo ningún mensaje especial que entregaros. Únicamente resumo vuestras ansias, y les doy una forma que os invite a avanzar. Sois vosotros quienes me otorgasteis esa soledad que yo añoraba, pero unida a una compañía que desató mis lágrimas y mis sonrisas.

He contemplado el mismo Sol y la misma Luna. Los astros errantes que surcan el firmamento también me han subyugado a mí, y las mismas sucesiones de inviernos y estíos me han mantenido en la esperanza de un mediodía eterno. No puedo confesaros ningún secreto de lo alto, porque no lo conozco. Soy humilde como vosotros, hechura de vuestro mismo barro, humus ancestral que adquiere perfiles sublimes en la figura humana. Canto con vosotros, y me extasío ante las mismas manifestaciones de hermosura que a vosotros os atrapan. No me juzguéis como a un ser extraño, como a un profeta celeste que disemina haces de luz sagrada entre la oscuridad de un mundo efímero. Yo soy uno de los vuestros, soy vuestro hermano, os amo profundamente y jamás renunciaré a este amor que me consume. Sí, os amo

demasiado, y la fuerza de este amor me hace creer que nuestra epopeya posee un sentido insondable, hondo y redentor. Yo os exhorto a peregrinar por los senderos del amor, de la belleza y de la sabiduría, no exentos de dolor y de nostalgia, pero colmados de honestidad. Yo os animo a entregaros y a abrazar armoniosamente un mundo que pugna por novedad. Yo no puedo conferir os ese don del que yo mismo carezco. Yo no porto ninguna revelación, ninguna doctrina primordial o ningún cofre cerrado con siete sellos.

Yo sólo os amo, y mi palabra es testimonio de este amor que me esclaviza gozosamente y se erige en mi verdad. Yo quiero encadenarme a vosotros, y llorar sobre vuestros hombros, y alisar vuestros cabellos, y besar vuestra faz afligida. He recorrido el universo de la imaginación, y no existen países que no hayan visto mi sombra desplazarse por sus sendas más recónditas. He atravesado mares infinitos, y he aprendido a admirar todas las creaciones eximias que han forjado las manos de los hombres en el curso de los siglos. He superado el presente y he vivido en edades pretéritas, pero yo os amo a vosotros, y sólo suspiro por estar a vuestro lado. Ninguna águila, por vigorosa y aguerrida, me elevará hasta esos cielos de verdades inagotables que he buscado con denuedo. Mi celo se dirige ahora a la Tierra, pero a un cielo escondido entre bosques frondosos, callados desiertos y enhiestas montañas: es el corazón humano.

Yo aspiro a transformar el corazón del hombre con la belleza de una palabra íntegra, gota de lluvia celestial que en realidad brote de los abismos engendrados en mundos subterráneos. No tenéis por qué escucharme, pues todo lo que proclaman mis labios pertenece al corazón del hombre, y cualquier alma puede descubrirlo por sí sola. No, no me escuchéis. Tapad vuestros oídos ante el estruendo de mi boca, porque ya he hablado demasiado. Oíd mejor la música de la naturaleza e inhalad esas brisas salvíficas que exhalan los retoños de la vida. Cread, cread lo nuevo, cread lo imposible, desafiad toda ley y conquistad todos los mundos desde el carro alado de vuestro amor inmarchitable. Levantaos de nuevo tras cada fracaso, y que el sudor de la frente no nuble el vislumbre de esos prodigios impulsores de vuestra fantasía. Renunciad a lo que os impida profundizar en vosotros mismos, y subsumir el mundo en vuestro interior renacido. Sobreponed a todo egoísmo, a toda envidia, a toda desazón, y convertíos en artistas de vuestra propia libertad. Pronunciad únicamente esos verbos que enaltezcan a la hu-

manidad, y desechad todo rastro de apatía, desidia y lobreguez. Una sola palabra profunda vale más que miles de volúmenes polvorientos cuyas hojas mustias prometen verdades fugitivas. Un solo acto de bondad despierta las auroras más felices y canoniza todas las primaveras. Una sola lágrima sincera, un solo reflejo de un gemido interior que disipe las brumas de la amargura y conquiste los cielos de la fraternidad, redime al hombre. No os conforméis con el llanto ya esparcido, ni con las pálidas verdades ya descifradas, ni con la compasión presente. Debéis ser dioses. Tenéis que ser ascetas, sabios y creadores.

Voz profética: *Siempre se alzaré la oscuridad;
jamás morirá la carencia;
luchemos por la plenitud
y amemos la fantasía,
pero no sucumban
los manantiales del corazón humano
ante la tristeza, el rencor y la apatía,
pues han de brotar sombras pertinaces
de las fuentes de la luz y del amor;
sólo así sentiremos los roces de delicia
que reparten el ansia, la humildad y la aventura;
sólo así encaminaremos nuestras almas hoy dañadas,
como sanos vástagos de reciedumbre y ardor
rejuvenecidos por primorosos rocíos de esperanza,
hacia sendas de pasión, clemencia y ternura.*

*La perfección agota,
y su conquista apaga
el dulce fuego de la vida;
sólo su búsqueda afanosa
otorga a nuestra voluntad
una verdad profunda,
incólume y decorosa:
el incesante anhelo de soñar
con la magia del amanecer
y el fulgor de la bondad.*

*Vedada quizás nos resulte
la añorada plétora celeste,
mas bendigamos cada día
por sus cristales de belleza efímera,
haces de luz solícita que revelarán
el manso sol de la sabiduría:
descubrir el hilo de la infinitud,
tan suspirada y distante,
tan vislumbrada y esquiva,
en la fugacidad de lo finito,
cuya pujanza de rosados pétalos
vertidos en el cáliz del deseo
abre nuestros ojos dolientes y abatidos,
desde ventanales de hermosa valentía,
a la santa aurora de la novedad,
a la grata frescura de la vida,
frente a la impasibilidad de lo eterno
y los ásperos negros de la melancolía.*

*Crezcamos allende los umbrales
que imperan en el presente;
traspasemos las frágiles fronteras
que ciñen todo aquí y todo ahora;
atrevámonos a expandir,
como nobles hijos de audacia
y almas sedientas de creación,
las energías de la existencia
y la vasta morada del espíritu,
para gloria de la inteligencia y del amor.*

Voz extasiada: *¡Desprendámonos de nosotros mismos
para acoger el mundo entero!*

*¡Venzamos las pulsiones tentadoras de lo efímero
para crear, con nuestras propias manos,
el añorado rostro de lo sublime!*

*¡Ensanchemos el espacio del pensamiento
e integremos lo que hoy parece enfrentado!*

*¡Silbemos al son de esas melodías cósmicas
que nos envuelven con solicitud!*

*¡Abrámonos a la vida,
queridos retoños de lo desconocido,
en la callada abundancia de la verdad plena!*

Voz profética: *Rescatad lo que yace oculto,
fundid lo visible y lo invisible,
profundizad en el todo,
en la unidad que vivifica
cualquier cesura
y cualquier fragmento.*

*Bebed el cáliz de lo posible
y sumergíos en las corrientes tenebrosas,
allí donde lo oscuro
clama por despuntar como aurora;
no desdeñéis ninguna luz
que ensanche el hogar del espíritu.*

*En todo objeto subyace
un ser velado,
una evocación infinita,
un jeroglífico universal,
un fuego inescrutable,
un grito estruendoso
que nos arranca del presente,
una mano que nos estrecha
con caricias intangibles
y presagios vedados,
tetraktys sublime
que todo lo unifica.*

*Y en el horizonte resplandece
la blanca túnica
que preconiza paz,
paz pura,
amor irradiado
desde fuentes eternas;
la faz de Dios
en el espejo del cosmos.*

Voz piadosa: *Quieres trascenderlo todo,
la ordenada anarquía que es el mundo.*

Te ahogan las presiones de la Tierra.

*Albas y crepúsculos te encierran
en bucles inmisericordes
que sepultan tus deseos.*

*Buscas una plenitud
que ningún mundo te dará jamás.*

*Eres un alma pura,
un corazón áureo
ribeteado de esperanza,
y en ti sólo contemplo
esa belleza divina
y de ecos fieles
que ningún hombre alcanza.*

*Todo en ti,
cuerpo y espíritu,
pasión e inteligencia,
se desvive por lo que nadie
ha encontrado nunca,
por las reminiscencias
de lo santo y eterno.*

*¡Deja de conmoverme,
yo no puedo soportar
tanta grandeza en un alma!*

Tu bondad te aleja de la condición humana.

Tú no has nacido para este mundo.

*Toda sombra de mal,
desdicha o flaqueza
se ausenta de tu corazón,
espejo dorado de cielos inescrutables.*

*Los dioses deberían haberte trasladado
a otra esfera,
a otro universo,
a un reino donde sólo habitara
la fuente del amor verdadero.*

*Tu mera presencia desata mis lágrimas,
pero lloro en paz y armonía,
lloro en felicidad,
porque la vida me permite conocerte,
y admirar en ti
lo que yo no tengo.*

*Sin ángeles como tú,
el mundo parecería para el hombre,
y tiempos inenarrables
de lucha, fatiga y esperanza
en vano habrían surcado
los ágiles senderos de la historia*

*No ceses de sonreír,
y de irradiar tu aura luminosa
ante quienes se topen con tu bondad.*

*Un día de dolor soñé
que una inteligencia más sublime
acariciaría también el don
de una bondad más elevada.*

*En esa noche de angustia creí hallar
la clave de la existencia humana,
y con claridad beatífica observé
esa fusión de entendimiento y altruismo
en el imperio del futuro.*

*Llegué a pensar
que cada conquista de la inteligencia,
cada paso firme hacia esa especie
que superará la nuestra
y humillará nuestras aspiraciones,
abrirla también el reino del amor,
y mayor entendimiento brindaría
cimas más altas de bondad.*

*¿No me llaman iluso mis hermanos?
¿No sucumbo a las delicias de la soledad,
y me refugio en el libre oasis de mis fantasías?*

*¿No apaga cada hecho de la historia
el fulgor de esas ansias
que mi imaginación absorben?*

*¿No decrece la bondad humana
conforme se expande su inteligencia?*

*¡Oh realidad aciaga
que me circundas,
me estrechas,
me maniatas,
me oprimes,*

*me destruyes,
me aniquilas!*

*Yo no creo en ti,
sino en lo invisible
que aletea en el corazón del hombre.*

*Yo sé que la humanidad del mañana
será divina,
y que una inteligencia futura
habrá explorado con pasión
las profundidades más hermosas del cosmos,
y se extasiará con tanta dulzura
ante el haz de su magnificencia
que sólo respirará
las brisas de un amor sereno.*

*¿Cómo no amar la bondad
cuando el espíritu admira
la belleza del universo?*

*¿Cómo no ensanchar el alma,
y compadecernos del dolor ajeno,
cuando el caudaloso río del saber
nos inunda con sus aguas indómitas?*

*¿Cómo no soñar
con una convergencia plena
de inteligencia y amor?*

*Comprender el mundo
y bucear en el ser del hombre
sepulta nuestro egoísmo,
nos libera de nuestra sed de gloria
y nos otorga un alma nueva.*

*Saber más es sufrir más,
es llorar ante el dolor
de todas las criaturas,
es anhelar el abrazo del universo,
es atisbar los rayos de lo sublime
en cada ínfima porción
del espíritu y la naturaleza.*

¡Sí, ya he descifrado tu lenguaje más recóndito!

Me basta conocerte para amar más.

*La antorcha de tu misterio
yace encendida ante los ojos del hombre,
para exhortarnos a descubrir
esa luz escondida
que todo lo integra.*

*¡Arrebata nuestro entusiasmo,
cielo de preguntas inagotables
que viertes tu furia
sobre la curiosidad humana!;
¡embriáganos con el aroma
de tus secretos más bellos!,
porque el trofeo de la mente
limpiará también el corazón
de soledad, desdicha y abandono,
y las lentes de la razón
compungirán tanto el sentimiento
de quien ve más,
otea flamantes horizontes
y venera vastedades, silencios y palabras
que sólo florecerá la bondad
en el más íntimo sagrario del hombre,
de ese hombre eterno que es ya Dios.*

*Un suspiro irreprimible
arrecia en tu interior;
¡ya caen esas gotas de pureza
que redimirán tu alma atribulada!;
¡ya se asoma al mundo
ese rocío piadoso
que clama por sustraerse
a la áspera cadena
de las causas y los efectos!*

*Tu grito más hondo y emotivo
busca erosionar el corazón
de las deidades apacibles.*

*¡Sigue, amigo, inmerso
en las fatigas de tu lucha,
en esta pugna inmortal
contra el mundo, el alma,
el deseo y el saber!*

*Tú vencerás
como el Sol que entierra la noche;
tú conquistarás un universo
colmado de amor y dulzura;
tu llanto no es vano,
y de tu desvelo brotará
la flor de un mundo nuevo.*

Voz ansiosa: *Despliega su fulgor sobre tierras impasibles,
bajo los profundos cielos de la promesa,
cuyas nubes acunan el cáliz de todos presagios.*

*En todo percibimos
la hondura del espíritu humano.*

*Tal es la grandeza de una voluntad
unida a la sabiduría.*

*Y aquí se halla mi ansia,
mi tristeza desbordada,
las alas que impulsan mi melancolía
en auroras solitarias;
pero no dejes de mecirme,
aire sagrado,
virtud divina que nos lega lo desconocido.*

*Mistifica mi faz
desde tu templo de misterios y cánticos puros.*

*Degustaré tu luz tibia
en noches y amaneceres desbocados.*

¡Oh claridad prístina que todo lo presagias!

*¡Oh recuerdo del amor perdido,
que llama a toda puerta desasosegada!*

*Feliz peregrino por mundos tenebrosos,
llegas ahora a mí,
que suspiro por contemplar
el henchido trazo de tu poder.*

*Irradia ya el ardiente verbo que me deparas,
y revela tu fervor
permeado de esperanza,
astro incandescente que glorifica
a la diosa vida
bajo bóvedas preñadas
de anhelos imposibles y llantos no enjugados.*

*Espléndida rosa de la amistad perpetua,
beso descendido del Olimpo
para borrar toda desazón;
aurora de paz tras tempestuosos ocasos,
retiro del asceta que late en todo hombre.*

*Gema de nuestra atribulada espera,
tu solo centellear dispersa
las tinieblas del desánimo
y seca las lágrimas de la frustración.*

*Jirones de dulzura
bañan la vaga noche de esta soledad,
pincelada de lechosos fulgores
que luchan contra planicies oscuras.*

*Hasta que el sol de lo innombrado
revele el verdadero sosiego,
sólo cabe dormitar en lechos implorantes.*

*¡Oh destino de quienes aspiran a la verdad
en las tumultuosas sendas del saber y de la vida!*

*El cielo como manto te flanqueará
sobre la ardua y muda tierra,
patria de todo viajero;
gozosos serán los pechos del amor
que por ti espera en cumbres inusitadas.*

*Cese ya la celosa vigilia,
la inenarrable agonía
de este silencio sepulcral
que entierra las palabras de la naturaleza
en el crepúsculo del sacrificio.*

¿No escucháis la llamada de los ángeles?

*¡Oh pulcras y serenas alas
que empujan su vuelo!*

*Ya vienen;
ya exhalan sus labios
el docto fuego de la dulzura.*

*Ya emergen todos los colores del existir.
Ya se funden todos los crisoles.*

*Nace la eterna Alejandría,
irrumpe el saber pleno,
que no desdeña
las pujantes llamaradas del amor,
el prohibido amor
que desafía la angostura del concepto.*

*Sagrada es esta hora,
pues el hombre descubre
todo sentimiento y toda acción.*

*El armonioso pensar se rinde
ante el sublime frenesí.*

*Todos los vinos se escancian
en la copa de un corazón
que penetra en las profundidades del espíritu.*

*Entreguemos ya nuestras fatigas,
descorramos el velo de nuestro infortunio.*

*Llueven presagios infinitos
que vivifican el alma
con la ardiente fuerza de la unidad.*

*Cielo y Tierra envainan sus espadas,
y lo eterno blande su luz intacta.*

*¡Oh brillo de estancias inalcanzadas
que ahora nos bendicen con rayos inefables!*

*¿Podía yo intuir vuestra grandeza,
el aura magnánima de vuestra pasión?*

*Encarnáis misericordia,
porque allanáis el camino hacia lo inagotable;
sembráis inexorables deseos de búsqueda,
y esparcen vuestras manos
el secreto de todo existir,
derramado desde ese reino
en el que sólo priman
la imaginación y la bondad,
elixires inexhaustos.*

*Hoy nos enseñáis que vivir es crear,
símbolo de Dios,
cruz de todo entendimiento,
meta de toda idea.*

*Bajo tu soplo piadoso se recuesta mi espíritu,
ansioso de explorar la ternura oculta
que desgarró este universo.*

*Corola de flores invisibles,
refugio para almas temblorosas
y estrellas marchitas,
suave como las caricias intangibles
de celestes melodías,
espejo de hondas verdades
que aguardan a nuestro ser más íntimo.*

*¡Oh faro recóndito que sólo orienta
a cuantos claman por sus enhiestos resplandores!*

*La oscura máscara del dolor ubicuo
esconde un rostro lánguido,
los ojos de un deseo aplacado,
de una voluntad adormecida
que pugna por reverdecer desiertos cósmicos.*

*Aquí habitó el amor en arcanos inicios;
aquí brotaron las aguas primordiales de la libertad
en frescuras genesiáticas
que nadie ha desvelado.*

*No se ha evaporado esa bella gota
que anticipó el perenne rocío de la vida,
el hisopo que asperja el infinito
desde la suprema morada.*

*Es hoy cuando despierta
esa gloria inviolada
que creímos fenecida.*

Crea hoy el mundo su nueva faz.

*Cantan hoy todos los poetas
y se extasían todos los sabios.*

*Dios abraza al hombre
en el templo del amor,
en el altar de la bondad.*

*

En la fuerza de la palabra y en el brío del amor, el alma de vocación universal ha desvelado la faz esa salvación que tanto anhela, la noción más sublime de cuantas alumbra la inteligencia del hombre: la fe en los fines en sí mismos. Ambas realidades custodian una potencia infinita, inconmensurables energías, y es en su seno donde resplandece el fulgor de lo divino, de lo puro, de lo innombrable: de esa luz que ningún labio jamás usurpará.

Pues conforme cruzamos las arduas sendas del existir, vagamos por el mundo, exploramos las artes y las ciencias, leemos infinidad de libros y ponderamos multitud de ideas, vislumbramos el paraíso y pugnamos por conquistar la belleza, soñamos con miradas luminosas y albergamos la esperanza de encontrar la felicidad verdadera, nos damos cuenta de que la lección más

profunda la ha descubierto el hombre desde el principio de los tiempos: sólo el amor da sentido a la vida. Pero cuesta demasiados años interiorizar esta certeza. Primero hemos de navegar por vastos océanos, por enclaves indecifrados y por las estancias más hondas de la sensibilidad y del pensamiento. Primero hemos de recorrer el universo y otear los umbrales de la muerte, para que al final, extenuados en el ocaso de la vida, cuando todo amenaza con convertirse en noche perenne, nos percatemos de que el secreto de la felicidad auténtica es mucho más sencillo de lo que habíamos creído: basta con amar y ser amado.

Esta enseñanza, la del lazo infinito del amor, resume las doctrinas de todos los profetas, de todos los sabios y de todos los santos de la historia, y ninguna evidencia futura la conculcará jamás. ¿No lo dice San Pablo: “Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve. El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará” (1 Co 13, 1-8). Ya lo dijo San Agustín: “*Si sapientia Deus est per quem facta sunt omnia, sicut divina auctoritas veritasque monstravit, verus philosophys est amator Dei*” (*De Civitate Dei* VIII, 1). Así lo expresan también unos versos universales del místico y poeta andalusí Ibn al Arabi: “La religión que profeso es la del amor y sea cual sea el rumbo que tome/ su montura, el amor es mi religión y mi fe”. Cabe proclamar entonces, con Virgilio: “*Omnia vincit Amor; et nos cedamus Amori*”.

No hay mayor honor en la Tierra que conocer la verdad y contribuir a la felicidad de los hombres. Y la verdad más profunda no es otra que la infinitud de todo cuanto ignoramos. Sólo al amar detenemos esa espiral vertiginosa e inagotable que nos sacude con fascinación, celo y desconcierto. El amor es posible. El amor es el puerto de la humanidad. El amor es la meta de toda criatura. Mientras seamos hombres, sólo en el amor acariciaremos el

semblante de la salvación. Pero mientras seamos hombres, peregrinaremos fatigosamente hacia esta luz tan simple, hermosa y vivificadora. Es nuestro destino: escalar hasta la cima de los cielos para regresar, como hijos pródigos, al corazón de la Tierra.

Luchemos, hermanos míos, por engrandecer al hombre e impulsar la odisea de su espíritu hasta sondear las moradas de los dioses, pero no olvidemos que si no redimimos el alma de cada uno de nosotros mediante el amor, la sabiduría y la belleza, nunca alcanzaremos la felicidad.

Y amar es ensanchar la conciencia, es caminar hacia lo desconocido, es el anhelo de expandir las leyes de la naturaleza, es el deseo de eternizar el flujo del tiempo, es el rostro de quien llora de alegría, es la viva voz de quien busca un saber puro y desinteresado. Amar es enaltecer al hombre, es superar al hombre, es divinizar al hombre.

Voz de gratitud: *Suavemente arriba a mí tu brisa;
suavemente palpo la vastedad de tu sentir;
suavemente acaricio las olas que me envías;
suavemente me aferro al refugio que me brindas;
y suavemente cesa toda angustia,
amparado en esta luminosa soledad
que nos alegra, sostiene y custodia,
suspendidas mis ansias insaciables,
desvanecidos mis temores,
asido a tu bondad
de sagradas gotas hialinas
y vivificado por tus emociones...*

*¡Marcha, oh fulguroso anhelo,
hacia llanuras de amor inexplorado;
extiende los brazos de tu corazón
y cubre la noche con tu noble hálito!*

*¡Enmudezcan los astros rutilantes
al contemplar el alcance de mi dicha
y la ductilidad de mis sueños inmortales!*

*¡Hablen sólo quienes conocen la magia de la pasión,
y apáguense cuantas voces aborrecen el júbilo
y reniegan de la euforia y del éxtasis:
de toda bella y divina delectación
capaz de perfumar, con los gratos aromas de su entusiasmo,
la punzante soledad que agrieta el alma humana!*

*¡Prosigue, oh níveo centinela que suspiras por la luz del día,
bajo este despliegue de hermosura sideral que nos observa,
y condúceme hasta el dorado sitio de la paz y de la vida,
escotado por tu generosidad, radiante y amorosa!*

*No desistas de caminar,
por agria, silente y severa
que emerja la sombra del agotamiento,
pues atisbo ya los umbrales del cielo,
y en la magna lejanía del horizonte,
otea mi fervor sus elíseos pórticos.*

*Ya poco nos queda para conquistar
esa cúspide recóndita de mis deseos,
impulsado por el brío atronador
de tu fuerza, tu amistad y tu gentileza,
por esa pujanza tonificadora
que me enaltece y reconforta
con cálidas aguas derramadas
desde fuentes de entrega eterna,
cuya delicadeza me concede olvidar
todo viso de amargura.*

*Ya perece la noche,
y se acerca la claridad del amanecer;
ya escande el día la luz de su belleza
y se desvisten las horas de su manto oscuro;
ya despunta el aura pura de la mañana;
ya enjuga mis lágrimas el rocío del alba,
y humedecen sus hontanares la aspereza de la tierra...*

*Ya, ya casi hemos llegado;
ya se deshace el crepúsculo en ternura;
ya puedo continuar yo solo,
guiado por la antorcha que blande el mediodía;
mas regresa aquí cuando impere la noche,
pues no quiero entristecerme sin testigos,
y precisan las intensas huestes de mi fe,
de mi dolor,
los profundos hijos de mi desnudo,
del regio y casto soplo
que infunde tu bálsamo
orlado de esperanza, tesón y consuelo,
para que tu poder,
glorioso y abnegado,
eleve mi alma herida
hasta cimas que sanan todo anhelo.*

Voz angelical: *Caen las notas celestiales
que aguardaba tu recuerdo;
brota la honda primavera
que nutre el ansioso espíritu
con ternas de anhelos puros;
brillan todas las estrellas
de todos los universos
en esta sagrada noche
donde todo ya converge.*

*¡Oh gozosa emanación
de parajes ignorados,
silenciosos y entrañables!*

*¿No clamaba por fundir
los ardorosos opuestos
en crisoles de almas bellas?*

*¿No deseaba yo ascender
a moradas insondables,*

*dulces lechos de los dioses?
Ya florecen tus ideales
sobre praderas radiantes
y campos algodonados.
Ya canta la vida un himno
que presagia luces nuevas.
Hoy descubre el ser oculto
su pujanza más profunda;
son infinitos sus rostros
e incontables son sus manos;
es materia y voluntad,
es forma y naturaleza,
es mutismo y es palabra...,
continuo fluir por las sendas
de su evanescente imagen,
reflejos de lo inasible.
Es finito cada paso
en este camino eterno
hacia lo desconocido,
pero cada avance planta
una semilla perenne
en los dominios del ser,
en la vasta obra de Dios.
Explora con valentía;
honra cumbres invioladas
y forja toda verdad
desde tu trono entusiasta.
Prosigue y conquistarás
plazas imperecederas.
Es tu auténtico destino
y es también tu desafío.
Necesidades y azares
conspiran junto a tu sombra;
ya eres un dios enraizado
en una tierra de dioses.
Coro de bodhisattvas: Ascende, ¡oh alma!*

*a lo puro y sublime;
inhala las brisas de la plenitud,
pero no olvides volver a la Tierra,
tu hogar inolvidable,
la entraña de tus suspiros,
suelo vivificado por tus lágrimas y sueños.*

*Y elévate de nuevo
en el infinito ciclo,
hasta romper toda cadena
y penetrar en el reino que desafía toda idea,
en el regazo de Dios,
en la morada de la creatividad.*

*Talla el obelisco de la vida,
el vínculo invisible
que enlace la tierra de lo efímero
con el cielo de lo incondicionado;
nirvana de amor,
éxtasis de luz.*

Voz piadosa: *Mis ojos han palpado demasiada belleza,
y ha sentido el corazón caricias de lo eterno;
ya puedes llamarme por mi nombre, noble cielo,
pues me ha revelado la vida su secreto:
soy sopro fugaz de la vasta naturaleza,
pero encarna mi espíritu la magia del verbo,
y exhalan mis labios verdades, amor honesto;
perecerán mundos, se extinguirá el universo,
mas yo habré fraguado esperanza, anhelo y pureza.*

Voz nostálgica: *¡Contempla, espejo de mi ser,
la vastedad del mundo!*

¡Palpa como yo la llama de la vida!

¿No invita todo al entusiasmo?

¿No es el existir una sorpresa continua?

*¿No te tortura alzarte sobre esta tierra
y poseer una sola alma?*

*¡Ah, multiplícate en los sueños,
prolifera como estirpe triunfante
en ese universo que desconoce las fronteras!*

¡Crece y conquista espacios nuevos!

*No, no es justo ser hombre,
atenazado a un único cuerpo
y a un frágil espíritu;
deberíamos ser ya dioses.*

*¡Oh auroras, talismanes y sueños perdidos
junto a rosas de Jericó,
reliquias de naufragos que amaron
la sagrada magia del misterio!,
venid a mí
con vuestro cielo olvidado
en oscuras noches de tristeza;
permead mi entero ser
con la dulzura de esa soledad
que fragua el corazón de nuestra estirpe
en el ayer, en el hoy y en el mañana,
ante crepúsculos silenciosos
y estrellas deslumbrantes,
bajo espacios etéreos
transidos de secretos inmortales,
durante albas y atardeceres
puros y sosegados,
lluvia de anhelo expiatorio
en ocasos de esperanza...*

Voz profética: *Ya cesa toda hora trágica;
ya se apagan las antorchas de la desazón;
ya brillan infinitas lunas llenas
que aclaran los vacíos siderales;
ya sucumbe la oscuridad
en la eterna morada de la luz;
ya fenecen los hijos del dolor
y franquean la aurora de la dicha;
ya despunta la noble primavera
que traza días sin crepúsculo
en el corazón de todo hombre;
ya cantan las voces impecables
de las almas más puras y sinceras;
ya emerge el amanecer perpetuo
que sellará el reinado de la alegría;
ya se fusionan las nubes de lo efímero
con los gloriosos cielos de la permanencia;
ya perecen la Tierra, la palabra, el silencio;
ya muere este mundo de apariencias
y se entroniza la corona de lo verdadero.*

*¡Oh hermanos del ayer y del mañana!
¡Oh vástagos de esta raza esquiva!
¡Oh labios de esperanza que proclamasteis
el advenimiento de lo profundo y pleno!*

*Ha llegado ese día que todos presagiaron;
se ha avivado ya en el espíritu
la última llama de la conciencia;
en este cirio sacro y bello
se funden la idea y el sentimiento;
en esta cripta enmudecida
vagan las sombras de todo anhelo
y penetra, copiosa, toda fragancia;
mis manos palpan ya el fondo del ser
y se posan las alas de mi imaginación*

*sobre los suelos primordiales;
el mundo que empezó
también ha de acabar;
sólo el sueño perdura,
el fértil delirio que abre
las entrañas de lo incognoscible;
el beso límpido que redime
esta soledad que nos aflige
a los retoños de la vida.*

*Sólo la entrega a lo insondable
sana las llagas de nuestra tristeza
y nutre los campos de la libertad;
sólo la contemplación de esa luz
que trasciende todo nombre
y engrandece los soles del misterio
justifica los caminos del existir;
sólo el rayo de la hermosura
que perfora los espacios invisibles
nos descubre nuestra faz
en el espejo más honesto y cristalino.*

*¡Oh amados rostros
que dignificáis esta aventura!,
sólo crear los versos de los dioses,
sólo esculpir las tallas imposibles,
sólo pronunciar los verbos inefables,
infunde esa brisa inmaculada
que nos revela sabiamente
las fuentes de toda aurora,
de todo ocaso
y de todo destino.*

*¡Oh fuerza desconocida,
traspásame con tu tridente
de bondad, inteligencia y belleza!*

Voz incesante: *Pronto conquistará mi corazón
un firmamento de plenitud,
parnaso de fecundas extensiones
que rediman toda sombra de suplicio;
como pedazos de cielo fluirán mis palabras
por esa bóveda de intuiciones puras,
y nuevos astros nacerán en el universo
que destronen la hermosura presente
para exaltar las glorias venideras,
como vástagos de las más nobles profecías.*

*Arderán la materia, la vida y la historia
en una pira de esperanzas infinitas,
y todo presagio de lo eterno
palidecerá suavemente
con el gozo inextinguible de un amor
capaz de esculpir la estatua de ángeles,
dioses y miradas pujantes
que esparzan las rosas de lo nuevo
sobre este pecho ansioso de creación;
de los senos inagotables de un cosmos
saciado de anhelos límpidos
brotará el rocío de una vocación
que pugna por expandir el pensamiento
con las efusiones de su fuerza inmaculada,
y como torrentes de lechosa mansedumbre
se derramarán las gotas diáfanas
de sus misivas claras y extasiadas,
espejos de una imaginación libre,
tributarias de un espíritu primordial,
de una voluntad tallada con labios sinceros,
de un reino donde sólo habita misericordia,
rebotante de sentimientos compartidos,
hogar de paz, efervescencia y ternura,
desasido de apegos caducos
a la obsolescencia de un yo que muere.*

*En las crestas de esas olas espumosas,
la nube de las adversidades
perecerá en océanos de alegría,
tesón y ductilidad,
como haz de rayos exuberantes
que sólo entonen cánticos de concordia
para sanar un mundo enrarecido.*

*De las fosas de huesos reseca-
dos resucitarán las almas de una bondad
que aún hoy enciende la llama de los hombres,
e impulsa las alas de la compasión
hacia metas de luz divina;
¡arriba, esqueletos de valles lacrimosos
que presenciaron la noche de la vida!;
¡alzaos, espíritus fenecidos
en ocasos de indolencia!;
¡ya no más crepúsculos;
ya no más viajes siderales
del Sol que da la vida
y del fulgor que derrite
todo odio, todo rencor y todo olvido!;
que sólo amanezca la amada faz
de un corazón puro
suspendido en cielos de promesa,
y que la boca sólo exhale
verbos ajenos a toda aspiración aciaga,
lentos al egoísmo,
colmados de sabiduría
y difusores de la verdad
en el sagrario de la Tierra.*

Voz esperanzada: *¡Quieta ya,
gran luz que resplandece
allende los peñascos de la imaginación humana,
mi anhelo exasperado de paz última!*

*No ceso de asomarme
a profundos abismos
desgarrados de silencio,
pero yo me aferro a una esperanza
demasiado bella, pura y fértil,
y el mástil de mi nave
aún apunta a cielos de piedad.
Sólo conocer el mundo
y degustar las semillas de lo inédito
sacia ahora mi inquietud,
mas yo os lo ruego,
alturas amorosas que inspirasteis
las deliciosas flores de nuestra fantasía:
¡reveladme ese grial
que ha de traspasar mi boca
para redimir mi dolor!*

*Oigo voces que me susurran:
“Derrama tu luz
por el infinito universo del espíritu,
catedral inacabada;
descubre una verdad
y acariciarás
el sagrado cielo de la permanencia,
el trono del Altísimo”.*

*Del follaje de ideas marchitas
emergerán las alas trémulas de mis sueños,
y surcarán espacios jamás presagiados;
me transustanciaré en el alma de lo nuevo
y respiraré las brisas de islas indómitas...*

Voz extasiada: *Icemos entonces la bandera de la felicidad
sobre las firmes rocas de nuestro silencio;
levantemos muros inexpugnables
frente a los avatares del destino*

*y la ceguera de los hombres;
entonemos en nuestro interior
las odas más sublimes
al oculto poder de la vida,
y tracemos los rostros más puros
con sonrisas invisibles
que suavemente disipen
las enfurecidas nubes del otoño.*

*Conquistemos el mundo del placer auténtico
desde el sagrario de nuestro espíritu,
sede de todo amor,
de toda belleza
y de toda sabiduría,
puente imbatible entre el yo y el otro,
piadoso pelícano
que abre su corazón
y despliega sus alas vigorosas,
ansioso de luz,
sacrificado por un reino jubiloso,
mientras se eleva
al rosado cielo de la verdad,
meta del entendimiento humano,
cruz que sella
la nueva vida del espíritu,
la resurrección de todo pasado
y el florecimiento de todo futuro
en el eterno presente del amor.*

*Cantemos maravillas
en versos imperecederos,
y franqueemos los abismos
de la condición humana
para que resplandezca lo eterno,
la inteligencia universal,
la infinita sabiduría del ser,*

*el perenne trazo de Dios
en el fervor del alma.*

Voz ansiosa: *Sumérgete como neófito
en las aguas primordiales del ser,
y bucea hasta la perla de todo deseo.*

*Camina con humildad y audacia,
a la luz del amor y de la vida;
que nada encienda tu temor:
ni hombres,
ni ejércitos,
ni poderes,
ni dioses,
ni honores,
ni soledades...*

*Si te atrapa el miedo,
perecerás ya en vida,
y tu sol no irradiará esa luz
que tu corazón lleva consigo.*

*Si buscas la verdad,
la belleza y el bien,
toda fuerza palidecerá
en el espejo de tu vigor,
y en la fortaleza de tu espíritu
cabrán todas las almas,
todos los sentimientos
y todos los anhelos.*

*Si cuanto brota de tus labios
es honesto y puro,
ningún mundo te vencerá,
y construirán tus manos
ese templo gozoso
que tu fervor espera.*

*Sólo la verdad y el amor
salvarán al hombre.*

Voz desconocida: *Alza el vuelo,
memoria herida;
no temas:
tus alas son puras
y se funden con el cielo.*

*Corona cúspides no imaginadas
y borra todo vestigio de dolor;
si te despojas
de las vanas sombras del miedo
llegarás a la verdad,
y todo lo que fluya de tu corazón
será auténtico.*

*Alza el vuelo
hacia la amada claridad,
y acoge el pasado
en tus plumas compasivas.*

*Alza el vuelo
hacia el eterno espacio del futuro.*

*Tu esperanza renovará el mundo,
y de tus deseos brotarán
flamantes soles
y hermosas almas de inocencia.*

*Alza el vuelo,
abandona esta tierra
y conquista el reino que mereces.*

*Busca el conocimiento y el amor;
une estas luces,*

*y vislumbrarás
el rostro de lo incondicionado,
navaja invisible
que corta toda oposición,
para que florezca lo indiviso.*

Serás lo que concibas de ti mismo...

Voz indómita: *El hombre ha construido pirámides,
ha declamado versos,
ha inventado historias,
ha erigido catedrales,
ha movido montañas...
para cantar a lo desconocido.*

*Y esa luz que invocaba
se aposenta en el espíritu,
cuando florecen la ciencia y la sabiduría.*

*Entonces acariciamos todas las estrellas
y sobrevolamos todos los cielos.*

*Ama, piensa y siente:
es la única lección
digna de la humanidad.*

*Y pregúntame,
“¿qué has hecho en esta vida?”,
para que te responda:
he amado,
me he fascinado ante la belleza de una idea,
he soñado con un mundo nuevo,
he buscado lo eterno
y he caminado sobre el polvo de la Tierra,
el hermoso polvo creador
que sustenta el universo.*

¿Acaso pedías más de mí?

*¿No he sido un dios
en mi pequeño cosmos
de anhelos, fuerzas y soledades?*

¿No he sido un ángel en mis lágrimas?

*¿No he sido un hombre
en mi sed infinita de felicidad?*

Voz ignota:

*¡Cómo me sobrecoge lo que ahora contemplo!,
auroras intangibles
que me revelan
la pequeñez de mi universo
y la belleza de lo desconocido...;
una verdad infinita que ha de sorprenderme.*

*¡Y por ello busco en esta noche angustiada!
¡Por ello navego hacia lo inesperado!
¡Por ello deseo encontrar lo que nadie nombra!
¡Por ello mi agonía desemboca en deseo!*

*Todo es luz,
luz que ilumina al hombre,
sabiduría que rige el universo,
amor que impulsa
toda gran obra creadora,
hermosura que diviniza
la naturaleza y el espíritu.*

*Es luz sobre tiniebla,
es orden sobre caos;
arte regio que ordena lo distinto
según la eterna ley de la armonía,
conciliando los opuestos;*

*catedral invisible del cosmos,
diseño creador que envuelve el todo,
como espiral de suprema geometría,
al compás de sabidurías perennes
y bellezas invioladas,
para bienaventuranza del alma
y fervor de la vida.*

*Supera cualquier verdad
explorada por el hombre
en este mundo tan extraño,
donde es posible dividir un cuadrado
en dos cuadrados,
pero no un cubo en dos cubos.*

*Ni siquiera el místico ha palpado
una claridad tan desbordante,
tan incisiva
que inflige un dolor demasiado intenso,
y sólo puedo
dirigir la mirada hacia ella
unos cuantos segundos.*

*Siento que ante mí emerge
la auténtica y poderosa novedad,
que nutre el alma
con la dulce sombra de lo desconocido.*

*Una corriente de hermosas intuiciones
salpica mi rostro.*

*Ha llegado la hora
de una mente nueva,
de un corazón nuevo,
de un arte nuevo.*

*Lo pasado amanece ante mí
como un presente inmarcesible.*

*Amor y pensamiento
se funden en la vida,
unidad suprema.*

*Anticipo ya la lógica del futuro,
ennoblecedora de todo pretérito;
es el evangelio de la humanidad,
su indolegable anhelo de creación,
la sublime fuerza de la bondad y del amor.*

*Un templo digno de Dios
en una tierra digna del hombre.*

*Voz celestial: Alzate con amor y valentía:
el mundo espera tu ansia creadora,
esa huella única cuyo arcano aflora
en cada rostro que renueva el día.*

*Gozosos prados de sabiduría
y el manantial de la más bella aurora
aguardan tu palabra redentora,
el rayo que expanda la fantasía.*

*Eternos deseos surcan la mente,
mas tú has de forjar, con honra y grandeza,
un anhelo flamante, un sueño ardiente.*

*Fascina al cielo con tu fortaleza,
y exhala una lágrima tan ferviente
que ella sola encarne toda tristeza.*

*Coro de almas puras: Si cada uno de nosotros se convierte
en un mesías de amor y verdad,*

*en redentor del sufrimiento ajeno,
iluminaremos el mundo
con el relámpago de una luz eterna.*

*El misterio es el hoy,
mugiente ola
que emana de océanos ignotos,
símbolos de lo desconocido,
y la respuesta es el deseo de crear,
inabarcable como el amor,
puro como la verdad,
inagotable como la belleza,
inescrutable como el absoluto....*

*Bondad y sabiduría
son las huellas divinas en el hombre,
pues infinitos son los cielos
que la razón no ha sondeado.*

*Faro de imagen pura, flor pujante,
suave visión, eterno y hondo día
en el albor de todos los presagios,
luz de hermosura.*

Concluyen aquí los sueños de Athanasius, mas no las esperanzas de la humanidad...

